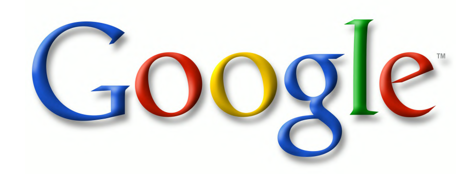





1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



HISTORIA JENERAL
DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE.

HISTORIA JENERAL

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE,

POR

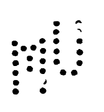
DIEGO BARROS ARANA.

«El deber del historiador es contar cada cosa como ha pasado..... El historiador debe ser sin temor, incorruptible, franco, amigo de la libertad i de la verdad, i como se dice vulgarmente, llamar al pan pan, sin conceder nada al odio o a la amistad, i escribir sin piedad, sin disfraz i sin verguenza: juez equitativo, benévolo para todos.»

LUCIANO — «Historia verdadera.»

TOMO I.

SANTIAGO.
IMPRENTA CHILENA, CALLE DE SAN CARLOS N.° 43.
—1854—



ADVERTENCIA.

Al proponerme escribir la *Historia jeneral de la independencia de Chile*, no he tenido otro objeto que satisfacer una necesidad jeneralmente sentida, de un repertorio completo de noticias sobre aquella época interesante. Mi plan se reduce únicamente a escribir todos los sucesos de alguna importancia para el desarrollo de la idea de la independencia hasta su definitivo afianzamiento, con la mayor exactitud posible, i con el gran acopio de pormenores i detalles que he podido adquirir despues de prolijas investigaciones i de incesantes afanes.

Es en efecto el sistema narrativo el que mas conviene a una obra de esta especie. Cuando se abre la posteridad para los fundadores de la independencia no es llegado el tiempo de juzgar sus obras sino por el interes de la época. Simples narradores, los cronistas de la presente jeneracion, debemos recopilar todas las noticias posibles que ilustren a los historiadores futuros para que puedan dar su fallo con acierto. Mucho habremos conseguido si dando con el pié a las preocupaciones de partido, si comprendiendo bien el espíritu que dictó los pasquines i panejíricos del momento logramos desentrañar la verdad i ponerla de manifiesto.

Por este principio he economizado cuanto he podido los juicios jenerales acerca de los sucesos que narro, tanto mas cuanto que nada le importa al lector lo que yo pienso de ellos. Los hechos hablan mas alto que esas conclusiones muchas veces vagas e inexactas.

Para esto he tenido a la vista todos los libros impresos i manuscritos que tienen alguna relacion con los sucesos que forman mi narracion: i un gran acopio de documentos tomados de los archivos públicos, de la Biblioteca nacional i de entre los despachos i papeles privados que cuidadosamente se conservan en algunas familias de los padres de la independencia. Las notas daran a conocer el crédito que merecen esos documentos.

Otra clase de datos que me han servido considerablemente son las comunicaciones orales. Es este sin duda el momento de recojer esas noticias: cuando quedan todavia algunos actores de aquel gran movimiento es fácil tomar de ellos su testimonio, imponerse del carácter i espíritu de los partidos i descubrir el verdadero significado de esos documentos ambiguos que confunden al historiador, sin participar de sus pasiones ni de sus odios. Cada vez que tomo por este medio algun detalle he puesto en la nota la persona de quien lo he recibido: el lector juzgará si he errado apuntando la noticia que se me comunicaba.

Sin interes de ninguna especie, sin relaciones inmediatas de familia con ninguno de los hombres que figuraron en primera línea en la revolucion, escribo con la conviccion de mi independencia de estrañas sujestiones. En mis pájinas no hai ni adulo ni rencor: narro los hechos como los concibo en vista de los documentos auténticos que he tenido a la mano. Si, por desgracia, ellos no halagan a todo el mundo, me

cabe la satisfaccion de haber escrito sin odio ni temor.

Siguiendo este sistema de imparcialidad, he anotado todos los pormenores que he descubierto, sin omitir ninguno por cálculo o por pasion. «La mentira de reticencia, dice el severo La-Harpe, ménos chocante que la impostura formal, es tan culpable como ella, i todavia mas baja, porque la maldad se esconde para no avergonzarse» (1).

Esta prescindencia de todo juicio no me ha impedido desaprobar fuertemente lo que en conciencia hallo injustificable i ensalsar la virtud, sin recurrir a esos matices con que suele disfrazarse a la verdad. La historia es tambien el castigo de los grandes crímenes i el premio de las grandes virtudes. «El perverso que ha traicionado a sus hermanos, dice César Cantu, podrá ahogar por la fuerza las imprecaciones de sus contemporáneos, pero lee su porvenir en las alabanzas que Plutarco dispensa a la virtud, i en la infamia con que Tacito castiga el vicio» (2).

De este modo he creido evitar ese servilismo vicioso con que se ha solido disimular las nulidades i faltas de algunos hombres si por su dicha han dejado sucesores que amedrenten o comprometan al historiador: asi creo dar a mi obra el interes de la sinceridad. «Me parece, dice el abate de Mably, que a esa cobardia con que la mayor parte de los historiadores modernos traicionan por lisonja su conciencia, se debe la desagradable insipidez de sus obras» (3).

(1) «Cours de Littérature.» Part. I, Liv. III, chap. I.
(2) «Historia universal»—Introduccion.
(3) «De la manière d'écrire l'histoire.»

HISTORIA JENERAL

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE.

CAPITULO I.

I. Amagos de una invasion inglesa en nuestras costas.—II. Acampamento de las Lomas.—III. Entusiasmo i fidelidad de los colonos.—IV. Muerte del presidente Muñoz de Guzman.—V. Competencia de las autoridades para tomar el mando.—VI. Gobierno del brigadier Garcia Carrasco.—VII. El doctor Rozas, sus antecedentes i carácter.—VIII. Primeros actos gubernativos de Carrasco.—IX. Sus relaciones con el cabildo.

I. Una estraordinaria ajitacion tenia violentamente conmovido al *reino* de Chile a fines de 1807. Por todas partes se armaban las milicias i se hacian los mas serios aprestos militares: no se hablaba mas que de una invasion inglesa que debia arribar en breve con idénticos fines a los de aquella que habia atacado a Buenos-Aires poco ántes. La vista de una vela en nuestras costas se comunicaba al interior con la velocidad que infunde el peligro: se tocaba jenerala en las poblaciones i los acampamentos tomaban una actitud guerrera i se preparaban para el combate.

No carecian de fundamento estos temores. Las notas del gobierno peninsular habian comunicado al presidentè Muñoz de Guzman las noticias ciertas de las medidas hostiles que tomaba el gabinete ingles contra las colonias americanas, i mui en particular contra Chile. En efecto, el ministro de la guerra, Mr. Windham, habia dado órdenes al jeneral Crawfurd, con fecha 30 de octubre de 1806, para que al mando de una division de cuatro mil hombres, tomase posesion de alguno de nuestros puertos o plazas i promoviese un pronunciamiento jeneral para desligarnos del dominio de la metrópoli. (1)

II. Esta noticia, abultada por el temor, produjo la consternacion que era de esperar. Sabíase ya la toma de Buenos-Aires por los ingleses, la derrota de estos i los últimos preparativos para un nuevo ataque. El presidente participaba por su parte, de los fundados temores que se abrigaban por el envio de aquella espedicion; pero sus providencias fueron tan prontas i tan enérjicas como lo permitia el estado pobre i abatido de la colonia mas apartada de la metrópoli. Hizo venir dos compañías de dragones veteranos de la frontera, para disciplinar las milicias de Santiago, aumentó con doscientas plazas el batallon fijo de Concepcion i pidió varios informes sobre el mejor medio de poner al pais en un respetable pié militar. El coronel de artillería don Francisco Javier Reina, el oficial de asamblea don Buenaventura Matute i el secretario de gobierno don Judas Tadeo Reyes presentaron sus diferentes planes de defensa. El presidente los tomó en consideracion, pero fue el de este último

(1) Notas de Mr. Windham al jeneral Crawfurd. Entre los documentos justificativos que publicaré al fin de la obra se rejistrarán estas notas bajo el N.° 1. Ellas, como los demas documentos que insertaré allí, no son conocidos sino por uno que otro curioso.

el adoptado: mandó en consecuencia abandonar las costas al primer amago de invasion para privar al enemigo de de toda clase recursos i siguió firme en el propósito de disciplinar las milicias de Santiago. Estas debian hacer la guerra de montoneras, con la lanza i el cuchillo que recibieron casi como únicas armas. Los dragones veteranos i los oficiales de asamblea de Santiago instruyeron, con una prontitud admirable, a las clases de los cuerpos de milicias durante el invierno de 1807: en setiembre decretó Muñoz de Guzman la formacion de un acampamento de todas las milicias del obispado de Santiago en el punto denominado las *Lomas*, una legua al poniente de la capital. (2)

III. Por todas partes se manifestaron las pruebas mas claras de adhesion a los mandatarios españoles. El entusiasmo rayaba en frenesí. Las milicias corrian gustosas al primer llamado: las señoras contribuian con pequeñas sumas de dinero para ayudar a la corona en el abono de sueldos que se hizo a los milicianos: estos ostentaban gran lujo en sus vestuarios i arreos militares i tal contraccion i empeño en el estudio que ántes de mucho tiempo podian competir con las tropas veteranas, apesar de la imperfeccion de sus armamentos. El *guaso* de nuestros campos dejaba sus toscos vestidos de jerga azul para usar la casaca; pero ántes de tomar el sable o el fusil se proveia de un

(2) *Plan de defensa del Reino*, por don Judas Tadeo Reyes Mss. Este informe fué hecho en los primeros amagos de peligro i presentado al capitan jeneral el 14 de setiembre de 1806. Segun él no habia en el pais otras armas, aparte de las que servian en la guarnicion fija de Concepcion i Valdivia, que 5 cañoncitos de calibre de 2 a 6, sin rodajes, pertrechos ni utensilos, 2,500 fusiles, pocos pares de pistolas, 2,200 espadas de malisimo temple, 2,500 lanzas enhastadas, 1,400 fornituras completas i suficientes municiones para este armamento. Por otra parte, faltaban militares de plana mayor, que pudiesen mandar el ejército.

cuchillo i un lazo, con que se créia invencible. El presidente en persona visitaba a menudo el acampamento, convertido de antemano, en el paseo de la poblacion: en su ausencia los diversos jefes de cuerpos se alternaban diariamente en el mando de la línea. El coronel Diaz Muñoz i los mayores don Juan de Dios Vial i don Tomas O'Higgins llamaron ordinariamente la atencion. Las paradas militares eran lucidas i los simulacros de batalla despertaron el ardor a punto de cargar un dia los fusiles con los botones de las casacas i dar serios ataques de caballería haciendo uso del lazo, ántes que de las lanzas, para enredar a los infantes i causar la muerte de un soldado. (3)

El acampamento duró hasta el mes de enero, época en que se recibieron las noticias de la cesacion de las hostilidades en Buenos-Aires. El presidente decretó luego la vuelta de las milicias a sus respectivos partidos, i la suspension del acampamento que ya costaba mui caro a la corona. Todos se retiraban contristados del campo en que habian dado rienda suelta a las ilusiones de gloria militar. Cada cual habia creido descubrir en su ánimo cierto espíritu guerrero que lo hacia soportar gustoso las privaciones i molestias de la disciplina: la separacion del servicio activo para volver a las habituales i pacíficas ocupaciones de la colonia era dolorosa. Al retirarse de las *Lomas* muchos llevaban un pesar profundo en el corazon i un vivo deseo de tomar de nuevo las armas, pero quizá nadie sospechaba que ántes de mucho tiempo esos mismos hombres habian de militar denodadamente

(3) Conversacion con el señor jeneral Pinto i el señor don Diego Benavente: el primero sirvió como ayudante mayor de milicias en el acampamento. A sus buenos deseos de ilustrar la historia nacional debo una relacion interesante de lo ocurrido en el acampamento que publicaré entre los documentos bajo el N.º 2.

contra el sistema que sostenian pasivamente en el acampamento. Acababa de despertarse la pasion por las armas; los colonos habian descubierto su propia importancia militar en fútiles escaramuzas i volvian altaneros i pleitistos a sus hogares. El acampamento de las *Lomas* fué para nuestra revolucion lo que esos tónicos que se aplican a los enfermos para fortalecerlos ántes de la curacion.

IV. Este fué, tambien, el último acto gubernativo del presidente Muñoz de Guzman. Agoviado por el peso de la edad i por las ajitaciones i sinsabores de sus últimos años, murió repentinamente en la noche del 10 de febrero de 1808, cuando los intereses de la metrópoli iban a reclamar en breve su participacion en la direccion administrativa de Chile. Él, cuyo carácter firme, afable i bondadoso le captó todo jénero de simpatías, dejaba la vida cuando era mas necesario en ella. La providencia habia aglomerado un conjunto de circunstancias, encubiertas a la época de su muerte, pero que debian manifestarse en breve con la impetuosidad del volcan que hace su erupcion. Muñoz de Guzman poseia altas prendas administrativas, sagacidad, enerjía, vista superior; era jeneralmente querido i su popularidad e influjo pudieron haber retardado algo mas nuestra emancipacion si el destino no hubiese dispuesto otra cosa.

Pero, talvez, nadie pensaba en la proximidad de estos sucesos. La poblacion entera estaba en duelo por la muerte del gobernador, que se consideraba como el mejor i mas empeñoso delegado para mantener la fidelidad i aprecio por el rei. Al siguiente dia, la jente se agolpaba en corrillos a las puertas del palacio para retirarse en breve lamentando la desgracia que acababa de esperimentar el reino entero. Cada cual tenia

particulares motivos de aprecio o agradecimiento, para llorar una pérdida doblemente sensible por la afeccion i el interes. Su cadáver fué sepultado en la iglesia catedral en medio de una pompa suntuosa i del luto jeneral de los concurrentes. (4)

V. Antes de esta época, el mando superior habria tocado interinamente al rejente de la real audiencia; pero desde la promulgacion de la real cédula de Aranjuez de 23 de octubre de 1806, aquel importante destino debia recaer en el militar de mayor graduacion, a ménos que este no poseyese el despacho de coronel, en cuyo caso debia pasar, como en años atras, al rejente. Era esta la primera vez en que la audiencia iba a perder una de sus mas altas atribuciones; pero en 1808 habian cesado en apariencia los motivos que dictaron aquella providencia, los temores de una invasion inglesa en nuestras costas, i el tribunal se obstinó en no ceder un punto de sus pretensiones. Empeñada en dar una torcida interpretacion a aquella órden, la corporacion sostuvo sus pretendidos derechos proclamando al rejente por capitan jeneral i haciéndolo reconocer como tal por el ayuntamiento: el mismo dia comunicó lo ocurrido a todas las autoridades del reino i a los vireyes i presidentes de las otras provincias americanas.

La noticia del nombramiento de gobernador que la real audiencia habia hecho en su rejente, llegó a Concepcion junto con la del fallecimiento de Muñoz de

(4) Pérez García.—*Historia del Reino de Chile*, Mss.—Este curioso e ilustrado cronista acaba su historia con la muerte del capitan jeneral Muñoz de Guzman. El señor Tocornal ha fijado equivocadamente, en su *Memoria sobre el primer gobierno nacional*, siguiendo al padre Guzman, la fecha de este suceso en 18 de marzo del mismo año, i la de su recepcion del gobierno, en 1800; tambien equivocadamente, puesto que solo hizo su entrada en Santiago el 20 de enero de 1802.

Guzman. Era aquella la capital militar del reino, así como Santiago la capital civil: sus vecinos eran, en gran parte, oficiales retirados o en servicio de guarnicion i no podian mirar gustosos las providencias del supremo tribunal puesto que ellas tendian a hacer ineficaces las prerrogativas i concesiones que hacia el rei al estamento militar. En Concepcion, por otra parte, residian dos brigadieres; don Pedro Quijada, militar envejecido en la guerra araucana i antiguo intendente de la provincia, cuyo nombramiento llevaba la fecha de 1789, i don Francisco García Carrasco, oficial de antigüedad en el real cuerpo de injenieros, ademas del coronel don Luis de Alava que desempeñaba el mando militar i político de la provincia.

En consecuencia, los jefes i oficiales se reunieron el 4 de marzo, a fin de poner un atajo a las pretensiones de la real audiencia: Quijada era el jefe de mayor antigüedad i graduacion, i él fué nombrado con preferencia a los otros; pero su edad decrépita i sus repetidos achaques lo imposibilitaban físicamente para tomar mando alguno. En vista de esto, Carrasco fué proclamado capitan jeneral, apesar de las avanzadas pretensiones del intendente Alava que disputaba para sí aquel destino, i ofició al siguiente dia al supremo tribunal, participándole su nombramiento i sus determinaciones de ponerse en marcha para Santiago.

La competencia habia encendido las pasiones: los jefes militares se hallaban dispuestos a hacer respetar a todo trance su resolucion, aunque fuese a costa de un movimiento armado; i la real audiencia, que abrigaba grandes temores de la obstinada firmeza de la guarnicion fronteriza, se apresuró a ofrecer el mando a Quijada, ántes de saber la resolucion de este. Las circunstancias favorecian a Carrasco, i él debia tomar

el mando, por grande que fuera el desagrado del supremo tribunal de Santiago.

VI. En efecto, el antiguo brigadier de injenieros se puso en marcha para la capital a principios de abril. Su recepcion fue fria, apática i casi ignorada. Nadie esperaba ventaja ni progreso del gobierno de un hombre a quien la opinion pública consideraba incapaz i nulo. El doctor don José Gregorio Argomedo, encargado, segun costumbre, por la real universidad de san Felipe de hacer su elojio, a falta de otras prendas que encomiar, espuso que el capitan jeneral era español, cristiano i blanco, apesar de haber nacido en Africa, tierra de infieles i negros. De él no se citaban hechos que acreditasen sus talentos i ni su carácter siquiera. En tiempo atras, habia levantado un plano de fortificaciones para el puerto de Valparaiso a pedimento del presidente Aviles, que no fué de utilidad alguna, por no haber comprendido los altos fines del gobierno. (5)

Tristes eran los antecedentes de Carrasco, pero mas tristes aun eran los auspicios bajo los cuales se recibia del mando. Enemistado con la audiencia venia a suplantar al querido i apreciable Muñoz de Guzman cuando el recuerdo de sus virtudes estaba fresco aun. El bien perdido se siente mas cuando se nota su falta. Al dia siguiente de haber tomado las riendas comenzaron a hacerse comparaciones tan alabanciosas para el finado presidente como desfavorables para Carrasco. Este, por su parte, no sabia desvanecer las preocupaciones con providencias que revelasen dotes distinguidas. Queriendo ser justiciero hacia él mismo de juez, oyendo demandas de ninguna entidad i sentenciando

(5) «Relacion de gobierno que dejó el señor marques de Aviles, presidente de Chile a su sucesor el señor don Joaquin del Pino,» 31 de julio de 1789. Mss.

como lo acostumbraba un alcalde ordinario de aquel tiempo. Visitaba por las tardes las escuelas fiscales, mas no porque proyectase mejorar el cultivo de las luces, sino solo por presentarse como el abogado de la instruccion pública. Envanecido con su posicion, hacía mui poco caso de los consejos de los hombres de esperiencia i tino que lo rodeaban: a todos oía i no respetaba la opinion de ninguno, a no ser la del doctor Martinez de Rozas. (6)

VII. Al dejar a Concepcion para recibirse del gobierno, Carrasco habia traido a su lado como secretario particular, al asesor de aquella intendencia, el doctor don Juan Martinez de Rozas. El capitan jeneral tenia por él cierta especie de veneracion i respeto que lo obligaba a consultarle las nimiedades mas insignificantes: en esto no hacia mas que adherir a la opinion jeneral de la colonia. Rozas era, en verdad, la cabeza mas fuerte i el hombre que con mas empeño i mejor éxito hubiere trabajado por su prosperidad i adelanto. Contaba cuarenta i nueve años solamente i ya habia recorrido los mas distinguidos empleos civiles. Catedrático de filosofía, física i derecho en el real colejio carolino, primer asesor de la intendencia de Concepcion i asesor interino de la capitanía jeneral, había desempeñado estos destinos con un acierto laudable.

En la enseñanza dictó a sus discípulos testos orijinales de filosofía i física esperimental, que aun no se habia enseñado en Chile. A la época de la creacion de la intendencia de Concepcion, en 1783, Rozas fué nombrado asesor por el presidente Benavides, i mas tarde teniente coronel de las milicias regladas de la provincia. Su actividad i acierto en la persecucion de

(6) Noticias particulares.—Guzman «El Chileno instruido en la historia de su pais,» lec. 40 páj. 260.

los bandidos que inundaban los caminos i los arreglos que introdujo en la guarnicion fronteriza llamaron sobre él la atencion del gobierno jeneral. Al arribo del presidente Aviles, pasó a Santiago en clase de asesor, i continuó desempeñando el mismo destino hasta que, en 1800, fué suplantado por don Pedro Diaz Valdez, mandado de la metrópoli con este cargo. En aquella época existian en la secretaría de indias, en España, informes honrosos para el doctor Rozas remitidos por el obispo de Concepcion, su intendente i la real audiencia de Santiago; pero sea que la corte dudase de estos informes, o que temiese algo, como se ha llegado a presumir, de su carácter i principios, ratificó el nombramiento de asesor de la intendencia de Concepcion, en vez de concederle el mismo puesto en la capitanía jeneral o una plaza togada en alguna audiencia de América. (7)

Rozas volvió a Concepcion; pero desairado por el gobierno peninsular, llevaba el rencor en el corazon. Sospechóse despues que desde aquel tiempo habia trabajado por la independencia de Chile, i se sabe de cierto que vivía quejumbroso contra la política colonial que daba tan morosos frutos. Era él uno de los pocos hombres que conocian las teorías políticas de Montesquieu i Rousseau, que leia el frances i que hablaba algunas veces de las ciencias sociales con desenfado i conocimiento. Acusábasele de impío por ciertas ideas avanzadas, pero nadie dudaba de sus vastos talentos, ni de su dedicacion ejemplar al desempeño de su ministerio. Lo distinguía, por otra parte, una penetracion superior i el precioso don de conquistar partidarios a sus principios i doctrinas, aun-

(7) «Relacion de los méritos i circunstancias del doctor Rozas,» etc. etc.—Apuntes comunicados al autor por el señor canónigo don Juan Francisco Meneses para hacer una biografía del doctor Rozas.

que no empleó estas dotes en servicio de Carrasco. Tenia jenio para conjurar la tormenta que se levantaba, mas sea que en sus planes entrase el propósito de despreslijiar al presidente, o que alucinado por las apariencias no descubriese el peligro, no le aconsejó medida alguna de mediano acierto.

VIII. Pocas eran las simpatías que se habia granjeado el presidente Carrasco en el primer tiempo de su gobierno, al paso, que su conducta débil e impolítica le atrajo desde luego un gran número de enemigos. Carecía, en efecto, de todas las cualidades que pueden hacer recomendable a un gobernante, i, para su desgracia, tenia una multitud de pequeños defectos que lo hacian sino odioso al ménos despreciable. Sin enerjía alguna, adoptaba por firmeza de carácter una rigorosa perfidia i por mesurada circunspeccion un fútil propósito de oir todas las opiniones i pareceres hasta en los asuntos mas insignificantes. Su conversacion familiar era sobre los chismes mas pueriles, i sus relaciones mas íntimas las de hombres casi siempre desacreditados i de escasísimos alcances. Sus gustos eran ruines: su diversion favorita la riña de gallos, i el objeto de sus amores una negra (8). Naturalmente humano i hasta caballeroso, pero sin conocimientos ni antecedentes gubernativos, Carrasco no era mas que una máquina que dirijida por un hábil injeniero pudo haber producido benéficos resultados, pero que abandonada a sí misma o a torpes directores era solo un estorbo que debia removerse.

Su conducta administrativa abria el camino para tocar este último arbitrio: cada uno de sus actos habia despertado enconos i herido susceptibilidades en don-

(8) *Memoria sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*. Cap. I Mss.

de quiera que puso sus manos. Desde su avenimiento al poder se hallaba en lucha abierta con la real audiencia, i como si esto no bastase para su desprestijio, a los pocos meses de haberse recibido del mando, tuvo una ruidosa contienda con la junta de minería, con motivo del rendimiento de cuentas, que dió que hablar a toda la poblacion (9). A esta época ya se hallaba indispuesto con los doctores de la universidad.

Desempeñaba el cargo de rector de aquella corporacion el doctor don Juan José del Campo, abogado distinguido i uno de los hombres mas ilustrados de la colonia. En 1790 era ya ajente fiscal del crímen, i había presidido el cuerpo universitario por un período de dos años algun tiempo atras; pero su ambicion marchaba a la par con su talento: para él no había honor que bastase a saciar su sed de distinciones. Estrechamente relacionado por los vínculos de la amistad con el doctor Rozas, fué introducido por este cerca del presidente Carrasco que le tomó en breve un gran cariño. Veía en él al hombre de talento que podia ser su sosten, i Campo veía en el capitan jeneral al mandatario que debía protejer sus miras de elevacion personal. Ambos se comprendieron en breve i se comprometieron mutuamente a servirse.

Pronto se le presentó al presidente la oportunidad de manifestarle su adhesion: cumplíase a mediados de 1808, el término por el cual fué Campo elejido rector de la universidad, i quiso prorrogar sus funciones por cuatro años mas, pisoteando los reglamentos de la corporacion. Hizo cerrar el claustro, puso en movimiento las tropas de la capital i se manifestó obstinado en defender firmemente su caprichosa órden. Los

(9) Carta del padre Gundian a frai Fernando García. Agosto de 1808. Mss.

doctores burlados de este modo, se pronunciaron con manifiesta enerjía contra el atropellamiento de que eran víctima sus institutos i prerrogativas: hicieron serias protestas contra el atolondrado i arbitrario mandato de Carrasco, i comisionaron a uno de sus miembros, el doctor don Gabriel Tocornal, para que le hiciese presente el desagrado que ocasionaba su providencia, i el deseo de resistirla de los miembros todos de la corporacion. Sus palabras, aunque moderadas, hicieron temer al presidente por las consecuencias de sus avanzadas pretensiones, i tuvo al fin que desistir de ellas, aunque no sin un gran pesar. (10)

Esta clase de asuntos eran los que minaban su crédito. Parece una fatalidad de las almas cuitadas i pequeñas sucumbir bajo el peso de rencillas insignificantes i circunstancias ridículas, por importantes que sean las consecuencias finales. Para ellas ni la gloria de una gran derrota les está reservada: su caida es siempre oscura i oscuros los motivos que la producen. El desprestijio de Carrasco iba a importar por fin el triunfo de un gran pensamiento, pero los motivos que lo operaron no tienen nada de grande: una mano firme pudo haberlos borrado del libro de las previsiones humanas con una sola plumada. El capitan jeneral no podia hacer esto: con su conducta indecisa estaba labrando su ruina sin acertar con el remedio de los males que lo abrumaban. Cuando aun no se olvidaba su cuestion con la audiencia, tuvo lugar la ruidosa controversia con los doctores de la universidad: en pos de esta vino la rencilla con la junta de minería.

IX. En medio de esta oposicion de todas las corporaciones contra el presidente Carrasco, solo el cabildo

(10) Representacion del cabildo al rei hecha en 7 de agosto de 1810.

continuaba sumiso a sus órdenes. Este, es verdad, era en aquel tiempo un cuerpo sin vida alguna, sin importancia i casi sin prestijio que tomaba mui poca parte en las ajitaciones que tenian lugar fuera de la sala de sus sesiones. Los fueros que la antigua lejislacion de Castilla concedia a los ayuntamientos estaban en olvido, sino hollados, a tal punto que el título de rejidor no importaba nada en la sociedad colonial. El cabildo de 1808, sea que desease salir de esta postracion con la ayuda del presidente, o que esperase grandes resultados del gobierno de Carrasco, pidió encarecidamente a la corte la ratificacion del nombramiento de este.

En esta solicitud es forzoso ver tan solo el empeño i la intriga del doctor Rozas. Habia notado la influencia que podia tener el cabildo en los negocios de la colonia si sus miembros, dejando a un lado la apatía e indiferencia, diesen pruebas de un espíritu de vitalidad que parecía amortiguado. Se ha creido que desde aquella época trabajaba por la independencia de Chile con gran teson i firmeza, i hai motivos para sospecharlo en vista de la parte activa que tomó en la solicitud del cabildo para que la corte diera la propiedad del gobierno a un hombre de los reducidos alcances de Carrasco. Pero, la mayoría de aquella corporacion era compuesta de hombres de ideas viejas, arraigadas en sus espíritus, i no se podía contar con ellos para sus proyectos subsiguientes, ni podía pensar en un cambio en el personal puesto que el cargo de rejidor era inamovible.

Rozas creyó fácil subsanar este obstáculo aconsejando a Carrasco el aumento de doce rejidores auxiliares, elejidos a su entera satisfaccion, i probándole la necesidad de nombrar a los hombres de ideas mas avan-

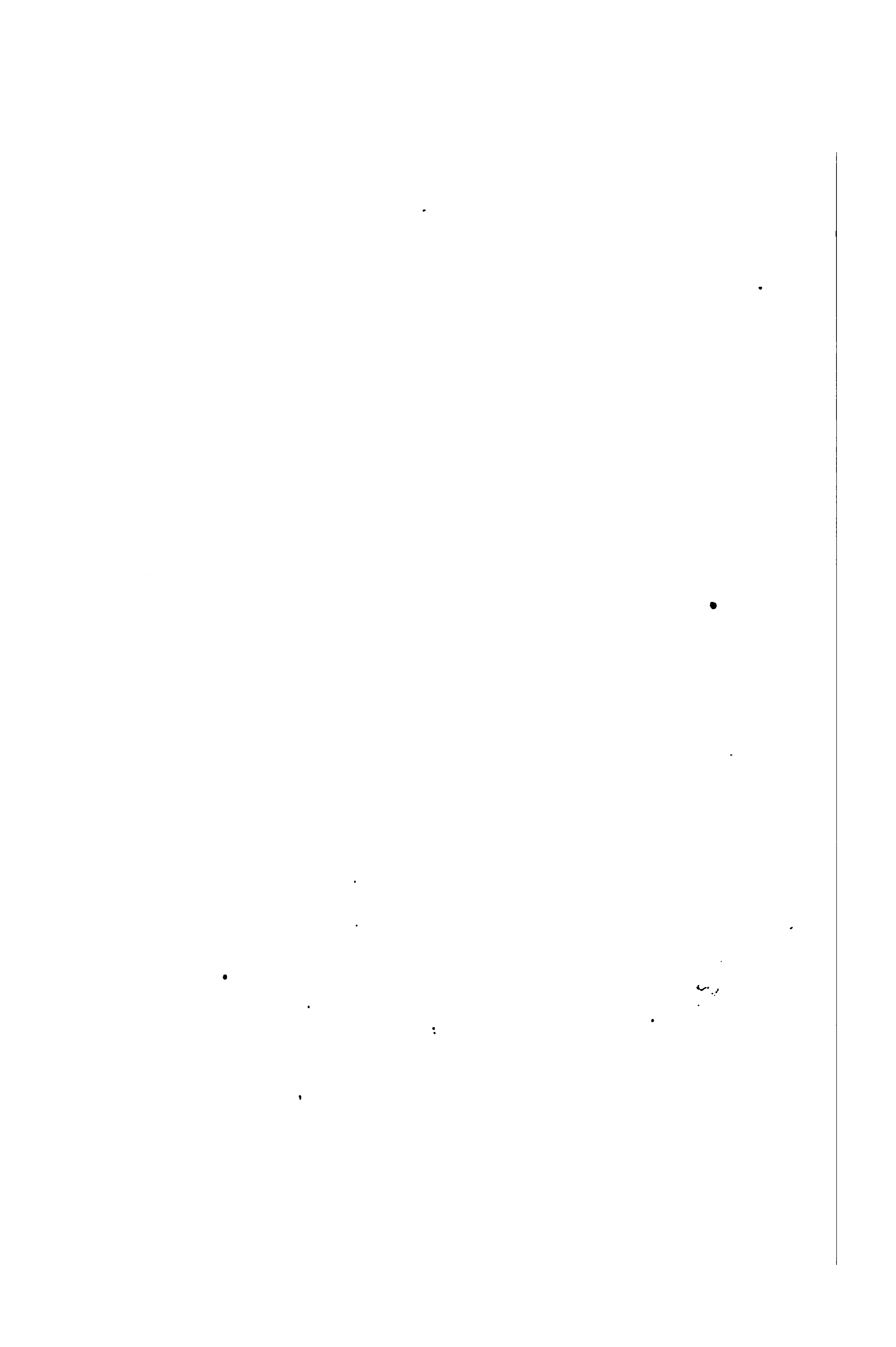
zadas de la capital, como los mas interesados en el adelanto i prosperidad del reino. El presidente, que seguía ciegamente las indicaciones de su consejero, no vió en esta solicitud nada que pudiese turbar la tranquilidad pública, i firmó simplemente los nombramientos que éste le presentaba. (11)

El cabildo contó, entónces, en su seno a los hombres mas adelantados en ideas de la capitanía jeneral. Sus sesiones fueron frecuentes i se celebraban indistintamente a cualquiera hora del dia; mas que sencillas discusiones eran borrascosas tormentas las que tenian lugar en el recinto de sus sesiones. Hablábase con calor de algunos males de fácil remedio, i hasta se llegó a herir indiscretamente la susceptibilidad del presidente Carrasco. Los enemigos de las nuevas ideas, por vagas que estas fuesen, se alarmaron seriamente; temieron por el desprestijio de la autoridad, i esta que vió entónces su engaño, anuló la órden que habia dado poco ántes. (12)

La inercia i la calma invadieron nuevamente el recinto de aquella corporacion. Carrasco llegó a creer sofocado el jérmen de la discordia cuando apénas nacía, i altanero con su triunfo, se atrevió a provocar mas tarde la resistencia con medidas atentatorias i despóticas, vejando la autoridad del ayuntamiento i atropellando sus fueros; porque en su poca penetracion, no alcanzaba a descubrir que del seno de aquel cuerpo habian de salir en breve las ideas de su separacion del mando i de la instalacion de una junta de gobierno nacional, primeros pasos de la independencia de Chile.

(11) El señor Tocornal ha asentado equivocadamente en su *Memoria sobre el primer gobierno nacional*, cap. 2 páj. 39, que el nombramiento de los doce rejidores auxiliares se efectuó a principios de 1810. Para probar el equívoco bastaria ver la historia del padre Martinez sino existiese el nombramiento orijinal de don Manuel Salas, con la fecha de 12 de julio de 1808.

(12) Martinez—*Memoria histórica sobre la revolucion de Chile*, pájs. 24 i 25.



CAPITULO II.

—

I. Noticias recibidas de la península.—II. Apresamiento de la fragata *Scorpion*.—III. Deposicion del asesor Valdes.—IV. Nombramiento de un vicario capitular.—V. Pretensiones de la Infanta doña Carlota Joaquina sobre Chile.—VI. Unidad de miras entre la política de Buenos-Aires i la de Chile.—VII. Primeras medidas fuertes de Carrasco.—VIII. Prision del coronel Arriagada i del padre Acuña.—IX. Medidas del gobierno sobre los estranjeros.

I. Bajo mui tristes auspicios habia comenzado su gobierno el presidente Carrasco. En lucha abierta con todas las corporaciones del reino, no contaba con el apoyo de la opinion pública ni con el jenio superior que las circunstancias iban a reclamar en breve.

Tal era en resúmen su situacion poco tiempo despues de haberse recibido del mando, cuando las noticias llegadas de la península, en agosto, vinieron a preocupar con nuevas ideas todos los espíritus. Súpose entónces la renuncia de Cárlos IV, la caida del favorito Godoy i la exaltacion al trono del príncipe de Asturias, Fernando VII.

Estas ocurrencias fueron altamente celebradas en Chile por la sociedad entera i por las autoridades. Las

persecuciones de la corte daban cierto tinte de interes al heredero de la corona, i los instintos independientes de la voluntad de su padre le hacian juzgar por los que no lo veian de cerca, como el apostol de la libertad i el proclamador de las franquicias coloniales. Decretáronse celebraciones públicas en honor de tan importantes sucesos, pero cuando los ánimos no salian de su placentera enajenacion nuevas noticias vinieron a convertir en luto el contento que produjeron las primeras.

Comunicaban éstas la invasion de la península por las tropas vencedoras del emperador de los franceses, la pérfida prision de la familia real en Bayona i la falta de una autoridad formal que representase la voluntad i el entusiasmo de la nacion española. Traia estas noticias el capitan don José Santiago Luco, encargado tambien de pedir el reconocimiento de la junta central de la metrópoli i de promover la recaudacion de los donativos con que quisiesen los colonos socorrer a la madre patria en sus conflictos.

En vista de esta situacion, Carrasco se apresuró a tomar todas las medidas que consideró del caso a fin de colectar algunos fondos; reunió en el palacio a los vecinos mas influentes de la capital, i declararó voluntarios los donativos que se hiciesen. Esto era, tambien, cuanto necesitaba la jenerosidad nacional: cada cual contribuia con cuanto estaba a sus alcances, ya fuera en dinero efectivo, en frutos de fácil venta o en deudas cobrables, depositando gustosos sumas crecidas para sus respectivas fortunas, a trueque de ver al monarca cuanto ántes libre de las prisiones que lo detenian en el suelo frances, i restablecido en el trono de sus mayores. (1)

(1) Entre los Mss. del archivo del ministerio del interior existen algunos documentos de poco interes acerca de estos donativos.

El cabildo, por su parte, recomendó en cuanto pudo la fidelidad a Fernando, i la cooperacion especial de cada chileno en la causa que tenia empeñada a la madre patria. Se conocian, en efecto, la eminencia del peligro i la gravedad de las circunstancias para las colonias americanas, i quiso hacer algo mas en representacion de los derechos que se creía en el caso de defender. Comisionó con este objeto a don Joaquin Fernandez Leiva para que pasase a España a representar a Chile, ante la junta central, i a comunicarle desde la península las ocurrencias de la guerra. Era éste un hombre aventajado, de ilustracion superior i de una rectitud de carácter poco comun. Sus dotes relevantes llamaron sobre él la atencion: fué, mas tarde, diputado por Chile a las cortes españolas, orador distinguido en ellas, i uno de los doce miembros que formaron la famosa constitucion de Cádiz. Su enerjía en sosten de la independencia española, fué premiada por Fernando en 1815 con un asiento en la real audiencia de Lima.

II. Miéntras el pueblo se hallaba preocupado con las ocurrencias de España, se efectuaba en un punto de nuestra costa un crímen que siempre se ha calificado de atroz, i que, mas que suceso alguno, ha acarreado el desprestijio sobre la administracion que presidia Carrasco. Fué éste el apresamiento de la fragata inglesa *Scorpion*, i la muerte de su capitan.

Las leyes de indias castigaban con el último suplicio a todo aquel que hiciese el comercio de contrabando en las costas de América; sin embargo, se burlaba la vijilancia de los empleados de aduana, i en caso de sorpresa, estos se desentendian o simplemente se descomisaba la carga i se multaba a los culpables. Los buques contrabandistas afluian en nuestras cale-

tás, a donde pasaban los comerciantes a proveerse de mercaderías para revenderlas en las poblaciones del interior. En su mayor parte estos eran ingleses, i la exactitud i honradez que siempre usaron en sus tratos elevó esta clase de comercio a cierto rango de aprecio que distaba mucho de merecer las penas del código colonial.

Uno de los mas conocidos entre estos buques era la fragata *Scorpion*, que hacia la pesca de la ballena blanca en el Pacífico, al mismo tiempo que se acercaba a la costa a vender sus efectos. El carácter suave i apacible de su capitan, Mr. Tristam Bunker, i la buena calidad i condicion de sus efectos llamaban a ella los concurrentes. Bunker era conocido en toda la costa de Chile: los que negociaban con él quedaron siempre contentos de su puntualidad i buena fé, hasta el caso de hacerle pedidos de un viaje para otro, como puede hacerse con un consignatario.

En el verano de 1807, recorria por segunda vez las caletas de Chile, i durante el mes de marzo, cuando negociaba en Quilimari, fué visitado por un norteamericano Mr. Henry Faulkner: propúsole éste un negocio ventajoso a nombre i como por encargo del marquez Larrain, si se avenia a cambiar las mercaderías que le señalaba en una larga factura por cobres en barra. Bunker accedió fácilmente i recibió un plano del puerto de Topocalma que era el punto señalado para el desembarco de sus efectos.

A su vuelta a Inglaterra, la fragata pasó a un astillero, en donde fué cuidadosamente refaccionada: aforróse nuevamente su casco, eleváronse sus escotillas i se le dió un armamento de veinte i dos cañones, buena cantidad de fusiles, sables i otras armas i aperos

de abordaje, i se puso a su bordo una tripulacion de cincuenta hombres.

Con tantos preparativos, soltó velas a principios de marzo. La *Scorpion* no debia ya hacer la pesca de la ballena, porque el cargamento que le daban sus consignatarios era casi mayor que su capacidad. El valor de este alcanzaba a 90,000 libras esterlinas en telas de hilo i otros efectos de aprecio.

Su navegacion fué feliz i corta i en el mes de julio llegó al puerto de Topocalma. Allí halló una carta de Faulkner, sobre la situacion del mercado de Chile i sus buenas disposiciones de seguir adelante el negocio iniciado el año anterior, pero en la estacion mas rigorosa de las lluvias i nortes éste no podia hacerse sin graves continjencias. En vista de esta dificultad, ámbos convinieron en que se retiraria de la costa para reunirse en el mismo puerto el dia 25 de setiembre, miéntras Faulkner presentaba las muestras de las mercaderías al marques Larrain.

La fragata *Scorpion* se hizo a la vela mar afuera hasta setiembre, tiempo en que, vencido el invierno, pudo echar ancla el dia convenido en el puerto de Topocalma. Inmediatamente saltó a tierra el primer piloto i volvió con Faulkner, don Francisco Carreras, subdelegado de San Fernando, i un tal Pedro Sanchez que se daba humos de mayordomo del marques Larrain. Trataron estos el todo del cargamento a precios ventajosos para ámbos i desembarcaron el valor de tres mil pesos, que pagaron al contado; pero alegando la fuerza de la marejada en aquellas playas, convinieron en que el desembarque del resto se haria en la bahía de Pichidangue, a inmediaciones del pueblecito de Quilimari, en el antiguo partido de Quillota.

Esta nueva exijencia habria dado que sospechar a

un hombre ménos confiado que Bunker; pero este sin temer cosa alguna, se hizo nuevamente a la vela, i llegó en la mañana del 13 de octubre a Pichidangue; allí se hallaban reunidos Carreras, Faulkner, Sanchez i el pretendido marques Larrain, que era solo un comerciante español llamado Pedro Arrúe. Todos ellos pasaron a bordo i dieron al capitan las mayores muestras de cariño. Habia este, recibido dos cartas acerca de los propósitos que tenian sus contratistas de asesinarlo (2); pero queriendo darles una nueva prueba de confianza, les enseñó estas cartas i les espresó francamente que no abrigaba temor alguno. En vista de ellas, quisieron desvanecer la impresion que pudieron haber dejado en su ánimo; i le hicieron solemnes protestas de su sinceridad i buenas intenciones; abrazando afectuosamete a Bunker le manifestaban el cariño que tenian a la nacion inglesa por sus eficaces trabajos en favor de la vuelta a España del rei Fernando: i el pretendido marques Larrain agregaba a esto, que nada debia temer de un hidalgo castellano que llevaba en su pecho la gran cruz de Cárlos III.

Bunker quedó completamente satisfecho con aquella protesta, porque pertenecia a ese tipo de hombres superiores cuyo buen corazon desecha hasta la idea del crímen. Por otra parte él no veia entre los pocos hombres que lo rodeaban uno solo que pudiese atreverse a levantar sobre su persona el arma homicida, i creyó que debia desafiarlo todo desembarcando con algunos de sus marineros.

Su entereza debia perderlo; los hombres con quienes trataba estaban resueltos a perpetrar el crímen

(2) Una de estas cartas era de un ingles, Mr. George Edwards, que habia acompañado a Bunker en su viaje anterior i la otra del don Francisco Bascuñan Aldunate, vecino respetable de la Serena.

proyectado i ni la confianza que Bunker hacia de ellos, ni sus buenas intenciones bastaron a desarmarlos. Éste, por su parte, desoyendo los presentimientos de la tripulacion, se resolvió a acompañarlos a tierra con su segundo piloto i veinte i dos hombres, despues de haber mandado preparar una espléndida cena. Las apariencias, en verdad, nada daban que recelar: el cobre parecia estar pronto en la playa, aunque a cierta distancia, i la soledad i el silencio reinaba en el punto designado para cargar la falúa de la fragata: a las nueve de la noche pudo salir la primera partida compuesta de treinta barras unicamente.

Miéntras se hacia esto en la playa, Arrúe estaba asilado en una pequeña choza donde se hallaban reunidos Carreras, Faulkner, i un español, Joaquin Echeverría, a quien daban el título de capitan de dragones. Tenian vino sobre una mesa i conversaban sobre el mejor medio de cargar el buque; Bunker, olvidando sus anteriores recelos, hablaba francamente sobre sus especulaciones, cuando oyó gritos amenazantes acompañados de un gran bullicio. Se enderezó sobresaltado, i recibió una traidora puñalada por la espalda que le impidió desafiar el peligro, como lo deseaba. Su herida era de consideracion, pero no bastaba a enfriar su ánimo: veíase traicionado i sin armas, i creyó que aun le quedaban fuerzas para ganar el bote; pero ántes de haber llegado a la playa fué alcanzado por unos cuantos hombres desconocidos para él, i degollado inmediatamente. Un momento despues fué arrastrado con un lazo que se le amarró a los pies, i cuando aun no habia espirado le arrojaron a una fosa cavada de antemano.

Los marineros, entre tanto, quisieron hacer alguna resistencia; pero envueltos por una partida de ochenta

hombres que habia llegado en auxilio de sus adversarios i estando heridos algunos de ellos tuvieron que rendirse. Por todas partes descubrian las pruebas claras de un plan combinado de antemano, i pudieron convencerse de sus intenciones de saqueo, cuando apoderándose de los botes se prepararon a dar el abordaje a la fragata. Todo esto habia tenido lugar en la oscuridad de la noche. Algunos faroles habian permitido distinguir a la jente de tierra el lugar en que se debia dar el golpe i el sitio de sus operaciones; pero nada se podia descubrir desde la *Scorpion*. Nadie sospechaba en ella la terrible escena que habia tenido lugar en tierra, i por tanto no se opuso resistencia alguna a los agresores; pero deseando éstos hacerse temer, dieron muerte a tres marineros i a un grumete, i a no ser por el diestro manejo del sobrecargo Wolleter, que se defendió con una silleta hasta el restablecimiento del órden en el buque, habria caido indudablemente. La confusion duró poco tiempo; a ella se siguió el saqueo i el apresamiento de la tripulacion.

Tal fué el triste resultado de las pérfidas combinaciones de unos cuantos malvados para cometer el mas horroroso de los asesinatos i la mas atroz de las depredaciones. Suceso tan público no podia efectuarse sin la participacion del gobierno; en efecto, con fecha de 30 de setiembre habia comisionado Carrasco al pretendido capitande dragones Joaquin Echeverría para que ayudase al apresamiento de la *Scorpion*, interesándolo con la parte de presa, i en el mismo dia ofició a José Medina, capitan del bergantin *San Andres*, anclado en Valparaiso, para que acudiera con ochenta hombres al puerto de Pichidangue i se pusiera en comunicacion con los apresadores. Fueron estos los que sor-

ascesinaron al infortunado Bunker en la playa, i los que dieron el abordaje a la fragata. (3)

La indignacion jeneral llegó a su colmo en Santiago, cuando se supo lo ocurrido en Pichidangue; pero el gobierno, desatendiendo el estado desfavorable de la opinion pública, decretó el descomiso para fines de octubre. El cargamento fué tasado por el vista de aduana Bayner en quinientos ochenta mil pesos, que se repartieron, conforme a la antigua lejislacion de indias entre los empleados de mayor rango i los apresadores. Las crónicas de la época refieren que solo al doctor Rozas, asesor particular del presidente, le tocaron ochenta mil pesos, i segun noticias fidedignas se sabe que el casco del buque fué vendido en el Callao en cuarenta mil.

Sin embargo, las riquezas no hicieron olvidar los recuerdos del crímen; parece que la providencia se hubiese encargado del castigo de los culpables, cuando estos se creian poderosos i acaudalados. Antes de mucho tiempo, todos los que tomaron parte en este atentado tuvieron que lamentar las penurias i sinsabores de un número infinito de desgracias. La vindicta pública les puso el sello de la desaprobacion, i así como el proscripto de la antigua Esparta, tuvieron que vagar incesantemente sin encontrar una afeccion de corazon ni el aprecio que buscaban, i hasta les fué forzoso a algunos de ellos cambiar de nombre para encubrir su mengua.

Hai que notar una circunstancia que honra alta-

(3) *Ship Scorpion's Protest.* Mss.—Memorial del sobrecargo etc. etc. Mss—M. Gay fija equivocadamente la época de este suceso ántes de la publicacion de las noticias de España, que segun una relacion o *Carta del padre Gundian a frai Fernando García.* Mss. tuvo lugar en agosto. Sigo los documentos citados, que merecen entera fe. De ellos daré algunos estractos i noticias en el apéndice, bajo el N.° 3.

mente al carácter nacional: ningun chileno tomó parte en el apresamiento de la *Scorpion*, i aquellos que por el empleo que desempeñaban tenian interes en el descomiso se resistieron a tomarlo alegando la injusticia del despojo. Cuéntase que hallándose reunidos algunos españoles, dijo uno de ellos que si no habia entrado ningun chileno en la sorpresa del capitan Bunker, era por la cobardía personal de todos ellos: i que parándose el sarjento mayor de asamblea don Juan de Dios Vial le contestó: «somos mui caballeros los criollos para ensuciarnos en salteos i asesinatos.» (4)

Con hombres de este temple era con los que tenia que habérselas el presidente Carrasco: era éste el espíritu que animaba a los padres de la patria dos años ántes de obligarlo a dejar el mando. Ellos estaban indignados con una iniquidad tan refinada i en breve debian convirtir su odio a los mandatarios en resistencia por el sistema que representaban.

III. Este desagrado era estensivo, como se ha dicho, a todas las corporaciones. El cabildo, que habia sido su único apoyo, debia volverle la espalda tan luego como Carrasco pretendiese tomar medidas avanzadas para la corporacion; esta circunstancia se presentó ántes de mucho tiempo.

Habíase divulgado la noticia de que el asesor de gobierno don Pedro Diaz Valdes deseaba pasar a España, i el presidente, que queria vivamente dar aquel cargo al doctor don Juan José del Campo, sin entrar en averiguar el fundamento de esta voz, procedió a

(4) Como prueba de la indignacion que produjo aquel suceso en la colonia, véanse las siguientes palabras que tomamos de las *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*, atribuidas al jeneral O'Higgins: «El robo público i temerario saqueo que consintió i mandó ejecutar (Carrasco) en el puerto de Pichidangue a las órdenes de los sacrílegos, perversos chapetones, monstruos de inhumanidad, etc. etc.»

nombrarlo interinamente ocupandolo desde luego en el ejercicio de sus funciones. Valdes reclamó a la real audiencia, pero aunque el tribunal hallase fundado su reclamo i aun solicitase de Carrasco la revocacion de una órden tan arbitraria, este, que habia creado enerjía en la desgracia, se negó a oir toda razon que se opusiese a sus designios, i sostuvo firme sus órdenes. El cabildo, por su parte, que debia ser presidido por el asesor, se negó tenazmente a admitir al doctor Campo, i se dió principio a una cuestion mas ruidosa aún que las rencillas anteriores del presidente. En medio de la exaltacion de los ánimos, la acritud producida por la competencia se llevó al último exceso. El tribunal i el ayuntamiento clamaban por el sosten de la lei, miéntras Carrasco, mas i mas iracundo, hacia uso de las amenazas.

No hai tiranía mas imperiosa que la de un espíritu débil cuando está apoyado por la fuerza: la majadería i la obstinacion sostituyen a la firmeza de carácter, i sin oir razones ni fijarse en la justicia hace triunfar su porfía sobre todas las consideraciones. La lucha de Carrasco era absolutamente injusta, i, lo que es mas, impopular en alto grado: importaba nada ménos que un choque con el cabildo, que hasta entónces habia sido su único apoyo; pero en su obstinacion no veia mas que su capricho i tuvo constancia para sostener por largo tiempo la competencia. (5)

IV. A esta ocurrencia se siguió otra de resultados importantes tambien, puesto que vino a desprestijiar al presidente con el cabildo eclesiástico, que únicamente habia permanecido espectador impasible en sus competencias con las diversas corporaciones del reino.

(5) Martinez, *Memoria histórica sobre la revolucion de Chilc*, páj. 33.

Hallábase vacante, desde algun tiempo atras, el puesto de vicario capitular del obispado de Santiago; los miembros del cabildo eclesiástico se hallaban divididos en dos bandos i la efervescencia de los espiritus parecia llegada a su colmo; los debates eran acalorados i la cuestion se hacía mas seria de dia en dia, hasta que Carrasco quiso ponerle término con su intervencion. Como vice patrono tenia derecho para ratificar ciertos nombramientos curiales, mas no para proceder por su propia voluntad a nombrar el vicario; pero burlando las espectativas del cabildo eclesiástico, que pensaba hacer una eleccion pacífica, dió aquel destino al canónigo don José Santiago Rodriguez.

Era éste un eclesiástico de vastos talentos i de una notoria ilustracion: ántes de aquella época habia desempeñado en dos diversos períodos el cargo de rector de la universidad i merecido los mayores aplausos por sus defensas jurídicas ante la real audiencia (6). Jóven aún se abrió por su estudio i sus virtudes una carrera brillante, que llegó a despertar los celos de sus colegas. Por otra parte, él habia sorprendido las nuevas ideas que solian emitirse de vez en cuando sobre libertades, i habia ido mas allá quizá que los que las proclamaban. Presentia que se iba a tratar mas tarde de independencia nada ménos, i, como súbdito fiel del rei de España, combatia estas ideas cuando aun no tenian fijeza ni consistencia. Este papel de conservador no era del agrado de todos: Rodriguez tenia enemigos i enemigos encarnizados tanto por sus principios políticos, como por las distinciones i honores que habia recibido, i todos estos debian volver sus armas contra Carrasco, que tan visiblemente se habia declarado su protector.

(6) Archivos de la universidad de San Felipe.

V. Todos estos sucesos influian en gran manera en el desprestijio del capitan jeneral. En efecto, su conducta débil a veces, i otras arbitraria no le granjeaba partidarios entre los hombres de importancia del reino, i el pueblo ponia el sello del desagrado a cuanto salia de sus manos.

Para su desgracia, la situacion se complicaba mas que por sus providencias gubernativas por un conjunto de circunstancias que debian poner término al dominio de la metrópoli. A mediados de 1809, llegó a Valparaiso la fragata mercante *Higginson Senior*, i en ella un ingles, M. Federico Dubling, con el título de correo de gabinete de S. A. R. la princesa Carlota Joaquina del Brasil, hermana mayor de Fernando VII. Traia éste pliegos de la princesa para las autoridades de Chile i algunas proclamas de la Junta central de España, destinados a recomendar la fidelidad al soberano cautivo en el territorio frances; pero en las apuradas circunstancias de la península, no se veia próximo el fin de la tenaz guerra de la independencia española, i la infanta habia creido del caso agregar notas reservadas para varias personas de influencia en Chile, en que sagazmente esponia sus propios derechos al dominio de las Américas, en defecto del rei Fernando i de los otros individuos de la real familia. (7)

Carrasco comunicó estos pliegos a las diversas autoridades del reino, creyendo que bastarian a calmar los temores que abrigaban todos los ánimos sobre la situacion de España; pero, empeñado en ocultar las notas reservadas de la princesa, guardó un profundo silencio acerca de ellas, hasta que indiscretamente soltó algunas palabras delante de varias personas, de que se

(7) Presas, *Memorias secretas de la princesa del Brasil*, cap. I, pájs 22 i 23.

orijinaron los recelos. Súpose luego que los oidores de la real audiencia, el vicario capitular don José Santiago Rodriguez, el secretario de gobierno don Judas Tadeo Reyes, el asesor don Pedro Diaz Valdes i varias otras personas de influjo habian recibido comunicaciones de la misma especie, i que algunos de ellos se hallaban favorablemente dispuestos para servir a las miras de la princesa del Brasil. Perdida, como se creia, la causa de la independencia peninsular pensaron que era de su obligacion reservar el dominio de estos paises al heredero mas próximo de la corona, que no se hallase cautivo.

Miéntras tanto, no faltaban espíritus inquietos que hablasen de la necesidad de establecer una junta de gobierno que defendiese al pais de las acechanzas de los enemigos de España i para mantenerlo fiel al rei contra las pretensiones de la infanta Carlota. Habia, es verdad, algunos defensores de los derechos de ésta, pero que no querian nada en perjuicio de Fernando si recobraba la libertad; i a ellos se les dió el apodo de *Carlotinos*. Sobre sus principios i propósitos se descargó la saña de los que esperaban alguna independencia de la prision del monarca. Estos querian rejirse por sí solos, miéntras aquellos aceptaban las ofertas de la princesa del Brasil i se disponian a acatar su autoridad, en caso que los sucesos de la guerra de la península no mejorasen la crítica situacion de Fernando. Estos propósitos contaban numerosos enemigos entre la jente mas influente i acaudalada del reino: divulgóse con este motivo que el presidente Carrasco se preparaba a ceder el dominio de Chile a la infanta Carlota, sea porque no considerase justos los derechos del monarca cautivo o porque temiese por las circunstancias apuradas de la metrópoli, de donde

resultó un vivo encono contra aquel funcionario. (8)

VI. De allí surjió la primera idea de un gobierno nacional. Inquietos los espíritus con las noticias de España i temerosos por otra parte de las ambiciosas miras de la hermana de Fernando, se creyó mas que nunca necesaria la creacion de una junta, semejante a la central de la península, que mantuviese a Chile sujeto a la obediencia del rei lejítimo. Ademas, no faltaban en la sociedad chilena de 1809, espíritus avanzados que esperasen grandes franquicias i libertades para las colonias de las circunstancias excepcionales de la metrópoli. Creian estos que el cautiverio del soberano i el estado acéfalo de la monarquía española eran antecedentes ventajosos para sus designios, i ponderaban las desgracias de la guerra peninsular i las espléndidas victorias que por todas partes alcanzaban las armas francesas:

Influian poderosamente en estos propósitos las comunicaciones que se recibian de Buenos-Aires. Allí, donde los principios revolucionarios estaban mas desenvueltos, se hablaba con franqueza i enerjía del triste estado de la metrópoli, se repartian proclamas incendiarias i reunian los iniciados todas sus fuerzas en un solo centro. Este espíritu de efervescencia habia pasado a Chile: residian en el reino algunos jóvenes arjentinos con el objeto de graduarse de doctores en la universidad de san Felipe, que facilitaban la correspondencia por medio de sus relaciones de familia, i que propagaban las proclamas i anudaban las comunicaciones de los corifeos de ambas provincias. Un mis-

(8) El padre Martinez niega la existencia del partido *Carlotina*, i el señor Tocornal i M. Gay lo siguen. El partido en realidad no ha existido, pero que la infanta pretendió el dominio de Chile, i que hubo quien se lo quisiese dar es fuera de duda, como consta de las *Memorias* citadas i otras noticias.—Conversacion con el señor don Gregorio Gomez.

mo espíritu las animaba en 1809, i sin duda alguna, las dos debian seguir el mismo rumbo.

Al mismo tiempo que los novadores del vireinato de Buenos-Aires se comunicaban con los de la capitanía jeneral de Chile, las autoridades se daban mútuamente anuncios i consejos administrativos. El virei Cisneros anunciaba a Carrasco los triunfos del jeneral Goyeneche en el alto Perú i le aconsejaba providencias severas contra los perturbadores del órden público en Chile si osaban levantar la bandera de la insurreccion, miéntras que éste se quejaba de las proclamas sediciosas e incendiarias que llegaban al reino desde las provincias de su gobierno.

VII. En vista de estas comunicaciones, Carrasco llegó a concebir serios temores de la ajitacion que se manifestaba en los espíritus. Las personas que lo rodeaban reclamaron de él medidas enérjicas para cortar el mal de raiz; pero no dirijiéndose éstas sobre personas determinadas, no servian mas que para despertar las pasiones i el desagrado. Por otra parte, todas las corporaciones del reino estaban en desacuerdo con el presidente: lo miraban con ojeriza i no se hallaban dispuestos a apoyarlo en sus apuros. El padre frai Melchor Martinez, superior del colejio de misiones de Chillan, que accidentalmente residía en Santiago, se dirijió a dos personas de las mas influentes en el círculo de Carrasco para que le aconsejasen la reconciliacion con la real audiencia i la adopcion de medidas previsivas para salvar al pais de la hidra de la anarquía que ya asomaba su cabeza. Entre estas consideraba como la principal el buen franciscano levantar un fortin en el cerro de Santa Lucía, con cuatro cañones i una guarnicion de doscientos hombres; pero sea que se considerase ineficaz esta medida,

o que, como él mismo lo dice, sospechase Carrasco de la sinceridad de sus consejos, «nunca tuvo efecto, porque el gobernador, al paso que se necesitaba de mas resolucion i actividad, se puso tan indeciso i desconfiado de todos, que no podía discernir los buenos de los malos, i en caso de ejecutar algunas medidas, eran estas dirijidas por el doctor Rozas, que siempre las enderezaba al descrédito del gobierno, fin principal i primero de sus planes» (9). Sin embargo de esto, Carrasco se resolvió a convocar a la real audiencia, i con su acuerdo fundó una junta de vijilancia compuesta de siete individuos a fin de velar por la tranquidad pública (10). Existiendo esta, creía el presidente que era difícil, sino imposible, burlar sus propósitos de órden i subordinacion.

VIII. Mal seguro aún con estas providencias, Carrasco mandó hacer procesiones i rogativas en todo el reino en favor del cautivo monarca, con el fin de alcanzar de Dios la estincion de las nuevas ideas. Por todas partes se manifestó un gran entusiasmo por la causa de Fernando, i una ferviente exaltacion contra sus enemigos; pero aunque estos no existiesen en realidad, aquellos a quienes el gobierno consideraba de ese número, siguieron tenaces en la difusion de sus ideas, sin arredrarse por las amenazas del presidente.

I no se crea que este movimiento estaba reducido

(9) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 27.

(10) Esta junta era compuesta de las personas en quienes tenia mayor confianza el gobierno: de este número eran los señores don Fernando Márquez de la Plata, ex-rejente de la real audiencia i nombrado miembro del consejo de indias, el oidor don Manuel de Irigóyen, el coronel de injenieros don Manuel Olaguer Feliu, el comandante del rejimiento de la princesa, don Pedro José Prado, el capitan de dragones de la reina, don Juan Manuel de Ugarte, el presidente del tribunal de minería, don Jerónimo Pizana (sobrino del finado Muñoz de Guzman), i el señor Bravo de Rivera. Algunos de éstos adhirieron mas tarde a la causa de la revolucion.

a Santiago únicamente. A fines de 1809 se hallaba de vuelta en Concepcion el doctor Rozas, i de acuerdo con el coronel de milicias de la Laja don Bernardo O'Higgins, habia conquistado un gran número de secuaces de sus principios. Estaban estos diseminados en varios pueblos del sur: en Chillan, sobre todo, se habia descubierto alguna efervescencia, producida por las tristes noticias sobre la guerra de España, que comunicaron en una conversacion familiar el coronel de milicias don Pedro Ramon Arriagada, hijo del administrador de la hacienda de Longaví, propiedad del suegro de Rozas, i el prior de san Juan de Dios, frai Rosauro Acuña.

La graduacion militar i la fortuna del primero, i el talento suave e insinuante del padre Acuña, su vasta ilustracion, sus conocimientos médicos i hasta sus ideas sociales, un tanto lijeras i mundanas, les daban un alto prestijio. Sus palabras sobre la pérdida irremediable de España i el afianzamiento positivo del dominio de José Bonaparte circularon con gran crédito, i llegaron en breve a noticia del presidente Carrasco.

Sumamente alarmado el capitan jeneral, pasó una nota reservada al comandante de frontera, el coronel de dragones don Pedro José Benavente, para que con el mayor sijilo saliese de Concepcion con veinte i cinco soldados veteranos, i arrestando secretamente a Arriagada i al padre Acuña, los remitiese a Santiago con todos los papeles que sirviesen para aclarar el asunto. Todo esto debia hacerlo sin dar noticia alguna al intendente Alava. (11)

Esta comision fué desempeñada con toda puntua-

(11) Conversacion con don Diego José Benavente. Segun las noticias que he recibido de dicho señor, el padre Acuña abrazó con calor la causa de la independencia, i murió en el presidio de Juan Fernadez en 1816.

lidad por el coronel Benavente: los presos fueron conducidos a Santiago i el juicio puesto en manos del oidor Irigóyen; pero sea que no se les pudiese probar el crímen, o que valiesen los influjos de sus amigos, a los dos meses de prision, ántes de concluir aquel año, quedaron en libertad, i en disposicion de continuar la propaganda de sus doctrinas i de tender lazos i asechanzas a sus delatores i enemigos.

IX. Pero no fué esto lo único que hizo Carrasco en aquellas circunstancias. Temeroso de la influencia de los enviados de Napoleon, que segun notas de Buenos-Aires habian arribado a Motevideo (12), habia mandado formar a fines de 1808 un padron de todos los estranjeros residentes en el reino, su patria, edad, condicion i oficio. Los curas i otros empleados de distincion formaron el estado jeneral por subdelegaciones, o partidos, i de él resultó que solo habia setenta i nueve en todo el pais.

Este reducido número no habría intimidado a un hombre ménos bisoño que el capitan jeneral; pero considerando éste la ajitacion de los ánimos i el influjo que podian tener las doctrinas estranjeras sobre los colonos, se resolvió a dar un golpe de autoridad para aniquilar su importancia. Por otra parte, habia recibido notas de la junta central en que se le recomendaba el mayor rigor con ellos, i como hubiese descubierto que un norte-americano, o bostonés, como se les llamaba, Mr. Polloc, hablaba largamente del sistema republicano que tan buenos frutos comenzaba a dar en su patria, creyó llegado el momento de las medidas de severidad.

(12) M. J. Mellet en su *Voyage dans l'Amérique meridionale depuis 1808 jusqu'en 1819*, da algunas lijeras noticias de estos enviados, en cuyo séquito asegura que pasó a América.

Con este fin espidió un decreto con fecha de 28 de noviembre de 1809, ordenando la espulsion de todo estranjero que no tuviera especial permiso para residir en Chile: los únicos esceptuados en aquella estravagante órden eran los qué fuesen casados i con hijos, los solteros católicos de buena conducta i de mas de veinte años de residencia, los que ejerciesen algun oficio mecánico de reconocida utilidad i aquellos que estuviesen imposibilitados para salir por su vejez o enfermedades. Estos mismos debian retirarse de la costa i prestar juramento de fidelidad al rei de España i de odio eterno al emperador Napoleon (13).

Con tan intempestivas providencias pensaba sofocar el espíritu de revolucion, cuando las ideas, que mas tarde debian triunfar, no tomaban todavia cuerpo ni consistencia. Se notaba, es verdad, un gran movimiento: todos los ánimos se hallaban preocupados con una estraña ajitacion cuyo oríjen i tendencias no estaban bastante conocidos. Hablábase a veces acerca de la creacion de una junta de gobierno, pero tras de creerse difícil alcanzar este propósito, nadie esperaba de ella mas que reformas de poca importancia i algun ensanche a las libertades coloniales. Si se hubiese pronunciado en 1809 la voz de independencia, no habria encontrado eco en todo el pais; i quizá, los mismos que mas tarde fueron los corifeos de aquel gran pensamiento, habrian sido los prim eros entónces en atacarlo.

(13) Archivos de la real audiencia. Amunátegui, *Una conspiracion en 1780*, pájs. 134 i siguientes. Gay, *Historia de Chile*, tomo V, cap. IV, páj. 73.

CAPITULO III.

I. Las ideas liberales tienen cabida en el ayuntamiento.—II. Eleccion de alcaldes i procurador de ciudad.—III. Desavenencias entre el cabildo i el presidente.—IV. Carrasco descubre el foco de la oposicion a su Gobierno.—V. Prision de Ovalle, Rojas i Vera.—VI. Desagrado que despertó esta medida.—VII. Llega a Chile la noticia de la instalacion de una junta de gobierno en Buenos-Aires.—VIII. El pueblo obliga al presidente a decretar la libertad de los presos i la destitucion de sus secretarios..—IX. Deposicion de Carrasco.

I. La revolucion, el pensamiento de la independencia de Chile, no habia avanzado un solo paso a fines de 1809; pero la opinion estaba dividida en tres bandos numerosos, i desprestijiado el poderío i la influencia de la metrópoli. Hablábase en ciertos corrillos de la idea del conde de Aranda de establecer una monarquía en América; i se juzgaba oportuna esta medida en el estado acéfalo de la madre patria, i hasta se señalaba a la princesa del Brasil como la heredera mas próxima de Cárlos IV a quien pudiese tocar el dominio de ella durante el cautiverio de la familia

real (1). Otros reclamaban la obediencia pasiva a la junta central, miéntras que un tercer partido pedía la formacion de un gobierno nacional que administrase los negocios del reino hasta la vuelta a España de Fernando VII.

Era este último el mas numeroso. En sus filas se contaban los primeros talentos del pais i los hombres de mayor influencia e importancia. La alta sociedad chilena estaba dividida en aquella época en grandes familias que, así como las antiguas tribus de los tiempos patriarcales, reconocian por cabeza a aquel de sus miembros que por sus talentos, ilustracion i demas distinciones hubiese alcanzado mayor aprecio. La jeneralidad de éstos se habia reunido en un solo centro: sus ideas eran las mismas, i hasta se hallaban dispuestos a coligarse para trabajar de comun acuerdo en el triunfo de sus principios.

Alentados por los mismos propósitos, acechaban continuamente la oportunidad de acrecentar su influencia en el gobierno: deseaban inculcar sus ideas en el ayuntamiento, poner en juego las prerrogativas que concedia a aquel cuerpo la lejislacion colonial, i asegurar por fin el triunfo de sus principios. Pero el cabildo estaba compuesto de hombres timoratos e irresolutos que a nada se atrevian, i era, ante todo, necesario hacer un cambio en su personal. El destino de rejidor era en verdad vitalicio; pero una feliz casualidad había reunido a fines de 1809 tres vacantes que debian rematarse el dia 27 de noviembre de aquel año. No faltaban interesados en todos los partidos; mas fueron los últimos los que usaron de mayor actividad, i fueron ellos los que triunfaron.

(1) Conversacion con don Gregorio Gomez.

Tres de los suyos, el conde de Quinta-Alegre don Juan Agustin Alcalde, el mayorazgo don José Nicolas de la Cerda i don Fernando Errázuriz, llenaron las vacantes i alcanzaron un asiento en la corporacion.

II. El triunfo, por insignificante que sea, siempre da alientos al vencedor i desconcierta i amilana al contrario. El partido radical o novador, si tales nombres le caben, habia alcanzado una victoria, i creyó fácil un nuevo triunfo en la eleccion de alcaldes ordinarios que anualmente debia hacerse a fines de diciembre. Empleáronse las intrigas con una rara i feliz actividad por los mas decididos entre sus miembros: uno de ellos, don Francisco Perez García, abogado hábil i de crédito, supo interponer influjos i tocar toda clase de resortes i empeños hasta alcanzar la eleccion de don Agustin Eyzaguirre i del mismo Cerda que acababa de incorporarse en el ayuntamiento.

Asegurados aquellos destinos, debia nombrarse un procurador de ciudad de la misma opinion, i el empeño i la cabala dieron el triunfo al doctor don Juan Antonio Ovalle, abogado rico e influente. Habia sido éste amigo i consejero de Carrasco; pero, aunque de carácter débil i conciliador, supo manifestarse enérjico i decidido para separársele i espresar su opinion contraria a los actos administrativos de aquel funcionario.

Con esta eleccion, el ayuntamiento tomaba un nuevo espíritu que debia inclinarlo al lado de las nuevas ideas. Sus miembros eran, en su mayor parte, grandes capitalistas, jefes de numerosas familias que arrastraban un gran prestijio, i que contaban con un poderoso influjo en la opinion pública: estas ventajas debian servirles en apoyo de su causa.

III. Así lo comprendió Carrasco: sus medidas enérjicas coincidian con los pasos mas atrevidos i avanza-

dos de la oposicion que surjia por todas partes: al mismo tiempo que daba a los estranjeros el golpe con que habia creido sofocar el espíritu de revuelta, sus enemigos penetraban en el ayuntamiento i le preparaban una resistencia poderosa.

Pero esto no acobardó al capitan jeneral: creia que la autoridad de que se hallaba investido podria aun decidir la contienda a su favor, i poner un atajo al espíritu de oposicion. Con este objeto se obstinó ciegamente en que el asesor Campo, a quien habia nombrado poco ántes, presidiese las sesiones del cabildo i moderase las proposiciones avanzadas que emitiesen algunos de sus miembros: pero el ayuntamiento contaba en su seno hombres resueltos que debian oponerse vivamente a las pretensiones de Carrasco. Apoyados éstos por la real audiencia, sostuvieron sus derechos hasta que, con ayuda de la fuerza armada, el presidente se hizo respetar, i firmó en fin el 9 de abril de 1810, la separacion absoluta del asesor Valdes, cuya vuelta a su antiguo destino parecia orijinar la oposicion. (2)

A esta primera desvanencia con el nuevo cabildo sucedió en breve otra.

Temia el presidente el influjo poderoso de los hombres que encabezaban la oposicion, i como entre éstos hubiese algunos jefes de milicias, llegó a sospechar que la resistencia podia hacerse armada. Para poner un atajo a este mal, dió órdenes secretas a fin de impedir la instruccion militar, i aún mandó desarmar los galpones que su antecesor habia construido en el lugar denominado las Lomas: pero inseguro aún con esto, hizo recojer las puntas de fierro de las lanzas de

(2) Representacion del cabildo al rei hecha en 7 de agosto de 1810.

los rejimientos de caballería i las remitió a Valparaiso, sin consultar a ninguna de las autoridades del reino, pretestando que queria hacerlas transportar a España, como ausilio de guerra.

La poblacion entera de Santiago se alarmó con esta medida, que se creia absolutamente innecesaria. El nuevo procurador de ciudad don Juan Antonio Ovalle, a nombre del cabildo hizo una enérjica representacion a la audiencia contra la arbitiaria órden del presidente. Pedia en ella se le dejase disponer de la cantidad de cuatro mil pesos de los propios de ciudad para darlos al capitan jeneral en vez de las lanzas, que tan necesarias se creian para la defensa del reino; pero obstinado Carrasco en su capricho, tanto mas cuanto con él creia asegurada la tranquilidad, se negó decidamente a desistir de sus propósitos i a entrar en avenimientos de ningun jénero (3).

IV. Esta enerjía postiza que tan sistemadamente queria usar Carrasco, despertó una estraordinaria efervescencia en los espíritus. Los miembros del cabildo se convinieron en reunirse secretamente en algunas casas particulares, para preparar una resistencia poderosa a su despotismo, de acuerdo con algunos otros partidarios. La casa de campo del rejidor don Juan Agustin Alcalde i la del canónigo don Vicente Larrain eran el sitio ordinario de sus reuniones; pero la mas concurrida era siempre la de don José Antonio Rojas, anciano distinguido por sus ideas i antecedentes liberales, su espíritu burlon i anti-relijioso, su estudiosa dedicacion a las ciencias i su crecida fortuna. En su juventud habia visitado la Europa, i allí tomó gran

(3) Representacion del cabildo hecha al rei el 7 de agosto de 1810. *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile. Cap. I. Mss.*

aficion a las avanzadas ideas filosóficas i políticas del siglo pasado, hasta el punto de hacerse su panejirista i defensor. A su vuelta a Chile, se habia rodeado de jóvenes intelijentes, a quienes trataba de inculcar sus doctrinas políticas, i hasta habia aparecido complicado en una causa séria de conspiracion.

Entre sus amigos figuraba el doctor don Bernardo Vera, arjentino de nacimiento, hombre de cabeza despejada, entusiasta i adelantado en ideas; i su sobrino el jóven don José Miguel Infante i Rojas, notable ya por su severidad de costumbres, su rectitud de principios i su firme obstinacion para defender sus propósitos. Sus reuniones tenian lugar por la noche; eran fijas, i fijo tambien el número de los concurrentes. Hablábase allí con enerjía i franqueza de la situacion desesperada de la guerra de España, i de las importantes reformas que era preciso introducir en la administracion colonial; pero delatados a la autoridad por un carpintero, de apellido Trigueros, que tenia su taller separado por una sola pared del lugar de las reuniones, Carrasco supo sobre quiénes debia descargar su poder.

No eran éstos los únicos ciudadanos que llamaron la atencion del presidente. El procurador de ciudad Ovalle, que tan enérjicamente se habia conducido en el asunto del envío de las armas a España, habia hablado poco ántes, en los baños de Cauquenes, sobre la necesidad de formar en Chile una junta de gobierno, atendidas las circunstancias difíciles de la metrópoli. Esta noticia, abultada por el espíritu vengativo de un oscuro delator, llegó a oidos de Carrasco con pormenores i detalles exajerados, que le hicieron sospechar que Ovalle conspiraba contra el rei nada ménos. Los consejeros del presidente le pidieron la prision del

procurador de ciudad; pero recelando aún éste de los fundamentos del denuncio, despachó a Rancagua al escribano de cámara don Juan Francisco Meneses, a fin de recojer informes mas positivos, ántes de avanzarse a arrestarlo. De ellos no resultaron en verdad graves cargos; pero predispuesto como se hallaba a tomar medidas de violencia, acordó su prision junto con la de aquellos liberales mas exaltados que frecuentaban la casa de Rojas.

V. Este procedimiento de Carrasco no era dictado por un mal corazon o por tendencias despóticas, como pudiera suponerse: mas que obra de su voluntad era el resultado de las circunstancias. Sin contar con el apoyo ni aun con el consejo del supremo tribunal, veia por todas partes amagos de resistencia. El virei de Buenos-Aires, le anunciaba frecuentemente una conspiracion próxima, i le aconsejaba las medidas de enerjía i violencia contra el espíritu de insurreccion como las únicas capaces de sofocarlo. Sus amigos i consejeros le pedian empeñosamente la adopcion de un sistema de rigor, i continuamente le llegaban denuncios alarmantes sobre la fermentacion de los espíritus, i los indicios claros de una revolucion cercana.

Azusado por todas partes, temoroso i débil por carácter, el presidente se resolvió, por fin a adoptar providencias perentorias. La real audiencia, tambien, sospechosa de la ajitacion i olvidando sus antiguos rencores en vista del peligro comun, le aconsejó el arresto de las personas señaladas como conspiradores, i le prometió su apoyo en el sosten i defensa de la tranquilidad pública. De allí resultó la prision de Ovalle, Rojas i Vera, efectuada en la noche del 25 de mayo. Cuéntase que Infante salvó felizmente, por no

encontrarse en la casa de Rojas cuando la invadió la fuerza que mandaba el presidente.

No fué ésto todo. Condújose a los tres presos al cuartel de san Pablo, i a las doce i media de la misma noche se les hizo salir a caballo para Valparaiso, bajo la custodia de doce dragones al mando del sarjento mayor de asamblea don Juan de Dios Vial. Llevaba éste un oficio para el gobernador de aquella plaza, en el cual le ordenaba Carrasco la pronta traslacion de los presos a bordo de la fragata *Astrea*, para seguirles su causa: en ella permanacieron hasta mediados de junio, en que el presidente nombró al oidor don Félix Basso Berri para que los hiciese poner en el castillo de San José, a fin de recibir sus declaraciones i acelerar la prosecusion de la causa (4).

VI. La irritacion llegó a su colmo en Santiago cuando se divulgó la noticia del atropellamiento de que eran víctimas aquellos tres personajes. Por todas partes no se oia mas que enérjicas quejas con motivo de la inoportunidad de una medida tan rigorosa i atentatoria, i las mas sérias protestas contra el atolondrado procedimiento del capitan jeneral. Cada cual temia por sí, puesto que no se habia respetado ni la ancianidad decrépita, ni la importancia i antecedentes de aquellos sujetos.

Solo Carrasco i sus consejeros permanecian impasibles en medio de esta ajitacion. Llegaron hasta creer sofocado el espíritu de revuelta, considerando ficticio i de poca trascendencia el resentimiento jeneral que se manifestaba. En esta persuacion, ofició al cabildo el dia 29 de mayo para que llenara el vacío que dejaba Ovalle en el cargo de procurador de ciudad, i pidién-

(4) Carta del doctor Vera desde el castillo de san José. Mss.

dole su coöperacion i apoyo para extinguir las malas ideas. Pero aquel cuerpo se hallaba dispuesto a hostilizarle por todos medios; despues de haber entablado un reclamo ante la real audiencia contra la órden arbitraria de Carrasco procedió a la eleccion de dicho funcionario, dando finalmente el nombramiento al doctor don José Gregorio Argomedo, que siempre se habia presentado como liberal de carácter i enerjía, i enemigo audaz de las disposiciones despóticas del presidente.

Éste, sin embargo, no se arredró por aquel nombramiento, ni por la oposicion que habia despertado su atrevida providencia. Las instancias de sus consejeros habian alcanzado a imprimir en su carácter cierta firmeza postiza, que cuadraba mal con su natural débil e indeciso. La representacion del cabildo ante el supremo tribunal iba tambien acompañada de una solicitud que firmaban los vecinos mas respetables de Santiago, pero en su ciega obstinacion nada bastaba a intimidarlo. La real audiencia por su parte, que habia aconsejado al gobernador el arresto de los denunciados, acordó simplemente el envío de uno de sus miembros, el oidor Basso, a Valparaiso, a tomar el asunto bajo su direccion.

VII. Las ocurrencias políticas de Buenos-Aires, vinieron entónces a turbar su ánimo de un modo mas serio. Por un propio llegado a la capital el dia 24 de junio (5), supo Carrasco la deposicion del virei Cisneros, efectuada el 25 de mayo; se le participaban tambien las determinaciones de don Juan Concha, gobernador intendente de la provincia de Córdoba, de unirse con el jeneral Liniers i el obispo Orellana, para desbaratar la junta de gobierno que acababa de for-

(5): «Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile.» Mss.

marse; mas esto no bastaba a disminuir sus recelos, i ni aun a determinarlo a mostrar los pliegos que habia recibido.

Con esta política de reserva habia creido el presidente alcanzar grandes ventajas: ignorándose en Chile, como presumia, las ocurrencias i trastornos de Buenos-Aires, estaba hasta cierto punto sofocado el espíritu de insubordinacion que por todas partes asomaba.

VIII. Miéntras tanto, la excitacion habia llegado a su colmo con motivo de la prolongada prision de Ovalle, Rojas i Vera. Por todas partes se oian formales quejas contra el gobierno que tan arbitrariamente habia atropellado las garantías legales, i sometido a una causa de morosas tramitaciones a tres sujetos de los mas respetables del reino. El cabildo era el foco de estas quejas: sus instancias i reclamos exijieron moderadamente de Carrasco la libertad de los presos; i éste sin enerjía para negarla, la ofreció formalmente al procurador de ciudad Argomedo, mandado como representante de la corporacion.

En la lucha entre su debilidad natural i la obstinacion que se le aconsejaba, el presidente recurrió a la perfidia: al mismo tiempo que aseguraba la pronta vuelta de los reos, habia acordado, en consejo con la real audiencia, remitirlos secretamente a Lima, a fin de acallar la oposicion con un nuevo golpe de autoridad.

Con este objeto habia pasado una nota por conducto del teniente don Manuel Búlnes al gobernador de Valparaiso en términos tan perentorios, que tan pronto como éste la hubo recibido, el 10 de julio, los puso a disposicion de dicho teniente para embarcarlos en la corbeta *Miontina*, que debia hacerse a la vela para

el Callao. Ni las protestas de los reos, ni los empeños, ni aun las garantías que se ofrecieron hasta pedir al presidente la revocatoria de aquella órden bastaron a demorar la ejecucion del decreto: solo una enfermedad, en parte finjida, del doctor Vera pudo determinar al comisionado a dejarlo en tierra. Pero durante el último tiempo de su residencia, habian estado bajo fianza en casa de algunos amigos, i habian sabido granjearse las profundas simpatías de los mas respetables vecinos de Valparaiso: la noticia de su traslacion a bordo, produjo el efecto que era de esperar: sus amigos corrieron a solicitar la suspension de la órden del presidente, i mandaron a gran prisa dos propios a Santiago con el objeto de alcanzar de Carrasco la revocatoria.

Llegaron éstos a la capital a las seis de la mañana del 11 de julio: al momento la noticia se hallaba estendida por toda la poblacion, con el resentimiento i encono que tal ocurrencia debia necesariamente producir. Formábanse corrillos en varios puntos de la ciudad, i en todos se trataba de vengar el ultraje inferido por el presidente a la sociedad entera: pidióse por algunos la reunion estraordinaria del cabildo, i este grito fué en breve casi unísono en toda la poblacion. El ayuntamiento estaba tambien gravemente injuriado i él debia hacer un esfuerzo poderoso para poner un atajo a los desmanes del capitan jeneral.

Reunióse, en efecto, el cabildo a las nueve de la mañana: la indignacion se manifestaba en todos los semblantes, i las primeras palabras dejaron conocer cuán grande era el encono; pero apénas se comenzó la sesion la sala, fué invadida por mas de trescientas personas de las mas respetables del vencindario, pidiendo a voces la convocacion de un cabildo abierto. Era ésta una de las mayores prerrogativas del reino;

a él podian concurrir i tomar parte en la discusion los vecinos propietarios, cuando las circunstancias lo requiriesen: los miembros todos del ayuntamiento accedieron al pedido, i el cabildo abierto tuvo lugar.

Hízose presente, en breve, la conducta tiránica del presidente Carrasco, su falaz proceder, i la urjente necesidad de dirijirle una diputacion a nombre del cabildo i del pueblo reunidos para que pasase al recinto de sus sesiones a descargarse de las fundadas quejas que contra él se elevaban. Con este objeto, fueron nombrados el alcalde de primer voto don Agustin Eyzaguirre i el procurador de ciudad Argomedo; pero prevenido de antemano el presidente, les contestó con desprecio i altanería, diciéndoles ademas que se retirasen prontamente i que intimasen al pueblo la disolucion del cabildo abierto, si no queria provocar su cólera.

Los grandes movimientos populares necesitan siempre de un obstáculo que vencer para cobrar confianza, crear fuerzas i hacerse poderosos. La negativa de Carrasco no fué un motivo de desaliento: los irritados ánimos por el desaire que acababan de sufrir los diputados del cabildo, los concurrentes todos se encaminaron, en medio de un gran bullicio, al patio de la audiencia. Allí los dos alcaldes hicieron una breve reseña de lo ocurrido, de los motivos de queja que tenia el pueblo contra el presidente, i concluyeron pidiendo la citacion de Carrasco para que diese una debida satisfaccion i reparase el mal cometido anteriormente.

El supremo tribunal se halló perplejo por un momento: veia de un lado la insolencia de los liberales, que apoyados por el pueblo, elevaban reclamos degradantes a la autoridad, i del otro la política falsa i rigorosa de Carrasco, la efervescencia de los espíritus

que ella producia i sus antiguos rencores; pero vacilante entre estos dos estremos, quiso contemporizar con las circunstancias i hasta dar oidos a sus resentimientos. La audiencia, es verdad, habia apoyado las medidas de rigor, mas no lo falsedad i perfidia de que las habia revestido el presidente: en esta circunstancia hallaba su justificacion, i se avino a comisionar al oidor Irigóyen para que en compañía del escribano de cámara, le hiciera presente la voluntad del pueblo, que se agolpaba en el patio del tribunal.

Era ésta una solicitud mui humillante para Carrasco; pero la actitud amenazante de la poblada, el abandono de los suyos que esperimentaba i su propia debilidad lo decidieron a acceder. En efecto, la exaltacion se acrecentaba a punto de hacerle soportar las injurias i burlas de la multitud cuando pasaba a la sala de acuerdos de la audiencia; i allí mismo lo esperaban nuevas i mas sérias vejaciones.

A su entrada, le espuso el rejente Ballesteros el motivo de aquella numerosa reunion, i despues el procurador de ciudad Argomedo comenzó un sentido discurso en que reprobaba altamente su conducta falaz para con el pueblo i el cabildo, i le hacia presente el jeneral desagrado que su política habia producido en el reino; concluyendo por asegurarle que la voluntad del pueblo era que inmediatamente ordenase la libertad de los reos, amenazándolo con que no dejarian la sala hasta no haber obtenido el decreto. Las aclamaciones i aplausos de la jente que se hallaba reunida en el patio contestaron al enérjico discurso de Argomedo, miéntras Carrasco, sumamente enfurecido, no pudo ménos de recurrir a las amenazas, seguro como se creia con la custodia de la tropa de dragones de su guardia. «Quien de Udes., dijo, piensa salir de aquí con liber-

tad»; palabras ridículas que fueron contestadas por el procurador de ciudad con amenazas tambien, aunque mas seria, puesto que la tropa se habia incorporado con el pueblo (6).

Envalentonado con los aplausos, pasó Argomedo a pedir imperiosamente la destitucion del asesor Campo, del escribano de cámara Meneses i del secretario de gobierno Reyes, acusados de ser los principales consejeros del presidente; pero una exijencia tan imperiosa i trascendental necesitaba del maduro exámen, i comenzando a temer por su persona, Carrasco quiso oir los consejos de los oidores de la audiencia. En el acuerdo privado, éstos le espusieron que una obstinada negativa importaba nada ménos que su ruina, puesto que la reunion popular era dirijida por el cabildo i apoyada por la tropa; pero considerando el abandono en que iba a quedar una vez decretada la separacion de aquellos empleados, le aconsejaron el nombramiento del oidor decano don José de Santiago Concha, sin cuya intervencion no podria tomar providencia alguna.

A la una i media recibió el cabildo los dos decretos que solicitaba i el nombramiento del nuevo asesor Concha, en medio de las mayores aclamaciones de júbilo por el triunfo que el pueblo acababa de obtener sobre el presidente. No faltaban, es verdad, entre los hombres que formaban la poblada algunos que hubiesen pedido la instalacion de una junta de gobierno; pero satisfechos con esta primera victoria, se retiraron contentos i resueltos a aprovecharse de ella. El cabildo, entretanto, ajitaba presuroso el pronto envío a Valparaiso de los pliegos de Carrasco relativos a la libertad de los presos: el alferez real don Diego Larrain

(6) *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile. Cap. I.* Mss.

se ofreció gustoso a llevarlos en persona, i salió a las dos de la tarde acompañado de doce vecinos de los mas respetables de la capital.

Este triunfo era en su mayor parte la obra del pueblo, de esa fuerza superior aletargada durante la dominacion colonial de Chile, i cuyo primer movimiento fué tan poderoso i trascendental. El apoyo de la audiencia habia sido importante en verdad; pero fué la efervescencia de los ánimos la que obligó al supremo tribunal a prestarle proteccion. El desprestijio del presidente se habia verificado aquel dia: su humillacion era pública: el pueblo i la audiencia lo conocian bien.

IX. Solo Carrasco no comprendia cuán vergonzosa era su posicion. En la misma noche del 11 de julio tenia preparado en su palacio un concierto musical, a que concurrieron sus pocos amigos, como si quisiese celebrar su propia mengua. Sus enemigos comenzaron nuevamente las recriminaciones, acusándolo de meditar proyectos siniestros, i como llegasen las noticias de Valparaiso de haberse dado a la vela la corbeta *Miontina*, la exaltacion llegó a su colmo. No habiendo buque alguno en la bahía que pudiese llevar al Perú la órden de Carrasco, la esposa de Rojas, doña Mercedes Salas, despachó un propio por tierra, cruzando el despoblado de Atacama, miéntras el cabildo alzaba nuevamente el grito contra la perfidia del primer funcionario.

Ha sido siempre una arma mui usada en cuestiones de esta especie, divulgar rumores falsos que puedan infundir odios i exaltar los espíritus. La noticia de la salida de la *Miontina* llegó a Santiago el dia 13: inmediatamente se esparció por toda la ciudad, acompañada de pormenores agravantes i de temores vagos

acerca de varios propósitos que abrigaba Carrasco sobre castigar con el último suplicio a los alcaldes Eyzaguirre i Cerda, al procurador Argomedo i a otras personas de representacion. Este rumor fué creido fácilmente: el presidente habia removido al comandante de artillería, i aun hecho cargar a metralla los cañones (7). Poco despues de anochecer, varios corrillos de jente se agolpaban en la plaza pública, de donde se repartieron patrullas para defender a las personas a quienes se creia amenazadas; miéntras los alcaldes al mando de destacamentos considerables, recorrian la poblacion entera durante toda la noche, que fué una de las mas rigorosas de aquel invierno; pero aunque nada ocurriese de notable, el temor no disminuyó absolutamente: el cabildo trató de reunir las milicias para el dia 17, al mismo tiempo que la real audiencia, temiendo seriamento los resultados del choque, trataba de calmar los ánimos por medio de medidas conciliadoras,

El tribunal habia notado el acaloramiento de los ánimos, i alcanzó a distinguir que se queria crear una junta de gobierno despues de la deposicion de Carrasco: temiendo que pudiesen efectuarse estos propósitos i deseando tambien calmar la efervescencia removiendo la causa ostensible que la producia, adhirió en parte a la voluntad popular, e indicó disimuladamente para servirle de sustituto al brigadier de milicias don Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista, que hasta entónces habia sido espectador impasible en la contienda. El nacimiento criollo de éste, era hasta cierto punto una garantía para los liberales, i sus inclinaciones i carácter eran la cadena que lo habia de mantener

(7) Representacion del cabildo hecha al rei el 7 de agosto de 1810.

sumiso a las sujestiones de la audiencia. Esta intriga fué diestramente ejecutada; los liberales tragaron el anzuelo adoptando la idea que tuvo nacimiento en el supremo tribunal, i hasta se comprometieron a apoyarla.

Hecho esto, faltaba únicamente hacer comprender al presidente la necesidad de la renuncia. Con este objeto, la real audiencia se reunió en la noche del 15 de julio en casa del rejente Rodriguez Ballesteros, con los alcaldes i el procurador de ciudad. Allí se descubrieron los propósitos de deponerlo por la fuerza, si no se avenia buenamente a dejar el mando, i se convino en pedirle su renuncia, por conducto de una persona de persuasiva e insinuacion, como el único remedio a la ajitacion que tenia conmovido al reino. Por estos motivos, se comisionó al padre Cano, confesor del presidente, para que con suavidad i tino lo redujese a dejar el mando: pero todos estos propósitos fueron burlados por la negativa de Carrasco, que no solo desoyó los consejos del respetable relijioso, sino que aun se le manifestó adusto i terco.

La negativa del presidente iba a producir su destitucion a mano armada: la audiencia, que temia por las consecuencias de su obstinacion, se avino entónces a apersonarse con el mismo Carrasco. El siguiente dia, el 16, que era festivo, pasó temprano a palacio, sin querer manifestarle desde el principio sus propósitos. Espúsole, despues de un corto rato, el rejente los terribles resultados que podia dar su resistencia, la gravedad de las circunstancias i la conmocion jeneral que por todas partes se hacia sentir: pero léjos de acceder desde luego a estas razones, alegó la inviolabilidad de que estaba revestido i se mantuvo decidido hasta que acosado con las pruebas que le daban los oidores, se resolvió a dejar el mando.

Convocó inmediamente la reunion de una asamblea compuesta de los miembros del supremo tribunal, el cabildo i los jefes de milicias de Santiago. Hizo presente allí que el mal estado de su salud no le permitia conservar el mando político de Chile en una situacion tan crítica para la madre patria, i que se hallaba dispuesto a dejarlo si no se lo impedia lei alguna; a lo que contestaron uniformemente los miembros de la asamblea, que no teniendo ninguna responsabilidad por aquel acto, debia considerarlo necesario en vista de las circunstancias; pero deseando aún conservar la autoridad bajo cualquier pretesto, preguntó quién debia sucederle en el mando residiendo dos brigadieres en Chile; i habiéndosele dicho que el mas antiguo, se avino sencillamente a retirarse del alto puesto que habia ocupado por dos años. El conde de la Conquista fué aclamado su sucesor.

La asamblea, sin embargo, quiso manifestarse jenerosa con el presidente caido: le decretó los honores correspondientes hasta el arribo del gobernador propietario, habitacion en el palacio si lo tenia a bien i hasta su sueldo de capitan general de provincia; todo lo cual notificó al cabildo el mismo dia. (8)

Con la deposicion de Carrasco quedaron satisfechos hasta cierto punto ambos partidos. Los liberales creian haber alcanzado un triunfo removiendo al presidente, miéntras sus enemigos se jactaban con la idea de ver sofocado el espíritu de insurreccion i revuelta, i acallado el pensamiento de una junta de gobierno llaman-

(8) Representacion del cabildo al rei.—Acta de renuncia de Carrasco—Martinez, *Memoria* etc. etc. pájs. 43 i siguientes.—*El Chileno Instruido* etc. pájs. 264 i siguientes.—O'Higgins *Memorias* etc. cap. I. Mss.—El P. Guzman fija la fecha de la deposicion de Carrasco el dia 18 de julio; equivocadamente, segun consta por la acta de renuncia.

do al poder a un hombre que esperaban manejar. Aquel suceso fué, sin duda alguna, el primer paso en el sendero de la revolucion i de la independencia; pero nadie quizá lo comprendió entónces así. La audiencia creia que el móvil que alentaba a los ajitadores era solo el despotismo de Carrasco, i éstos sin darse cuenta de sus acciones i propósitos, marchaban arrastrados a la emancipacion de Chile; la providencia, mas bien que el cálculo de los hombres, guiaba sus asos. Si se hablaba en 1810 de la segregacion de la metrópoli, se la consideraba una idea hipotética de imposible consecucion, que no hallaria eco en ninguna abeza. Nuestra independencia fué, pues, una de esas grandes avalanchas, cuyo oríjen es un pequeño copo de nieve, pero que, acrecentada en su caida, derriba cuanto encuentra en la llanura.

CAPITULO IV.

I. Antecedentes i carácter del nuevo presidente.—II. Adopta la política de conciliacion.—III. Malos efectos de ésta.—IV. El presidente contiene los avances del cabildo.—V. Divúlgase la noticia de la revolucion de Buenos-Aires.—VI. Preparativos i propósitos de ámbos partidos.—VII. El cabildo reconoce la autoridad del consejo de rejencia.—VIII. El conde le jura obediencia pública por sujestiones de la real audiencia.—IX. El cabildo acusa al vicario capitular de traidor al rei.—X. I al padre Romo de enemigo del consejo de rejencia.

I. No son los ánimos fuertes, los talentos previsores en medio de las ilusiones populares, los espíritus atrevidos, los únicos que sobresalen en las grandes crísis revolucionarias: fuera de éstos, se elevan con frecuencia esos jénios sencillos i tímidos, esos caractéres débiles i crédulos de que echan mano los partidos a fin de escudarse con un nombre de limpios antecedentes, i de trabajar a su sombra por los propósitos que los guian.

Entre estos dos estremos elije siempre la revolucion

sus hombres: uno ocupa una alta posicion por que es audaz i puede dominar las circunstancias, i otro porque carece de estas dotes: el uno se eleva por sus propios esfuerzos, el otro por los cálculos de los demas.

La revolucion de julio de 1810 habia redundado en provecho del conde de la Conquista. Subia éste al gobierno por los manejos de la real audiencia, i como un término medio entre las ideas exajeradas de ambos partidos. El supremo tribunal creia calmar con esta medida la efervescencia de los ánimos, i dirijir al nuevo presidente, miéntras los liberales consideraban su gobierno como un período de transicion que era preciso atravesar. Unos i otros estaban enorgullecidos con su triunfo, pero dispuestos a seguir en la lucha hasta obtener una victoria mas decisiva que aquella.

Cumplia el conde en aquella época ochenta i cinco años: a esa edad avanzada en que la mayor parte de los pocos hombres que la alcanzan pierden el uso de sus facultades, el nuevo presidente no contaba casi con mas méritos que el prestijio de un nombre puro. Comerciante de mui reducidas circunstancias en el primer período de su vida, habia preferido la venta en menudeo de telas ordinarias a la carrera eclesiástica, a que queria dedicarlo el canónigo don José de Toro, su tio i protector. Su juicio, laboriosidad i economía lo hicieron en breve poseedor de un capital considerable, i le abrieron la carrera de los empleos i distinciones Fué nombrado alcalde de aguas en 1750, alcalde ordinario de Santiago en 1761, correjidor en 1762 i 1768, i el primer superintendente de la real casa de moneda, cuando se mandó incorporar a la corona; pero esto era tambien el premio de un servicio de importancia: a sus espensas levantó una compañía de tropa en la última sublevacion araucana, para auxi-

liar a las autoridades militares; i como si no bastase este sacrificio pecuniario, dió el mando de ella a su hijo mayor don José Gregorio. Esta compañía prestó el servicio pasivo de guarnicion en el boquete de cordillera conocido con el nombre de el Portillo.

Creado conde por Cárlos III en 1771, compró una de las haciendas mas grandes de las temporalidades confiscadas a los jesuitas; i una feliz casualidad le dió, a la época del pagamento, una ganancia tan crecida como inesperada. Remitió sus capitales a un hermano suyo, residente en la península, para que cancelara su deuda en la tesorería jeneral de Indias; pero como allí no hubiese órden de recibir pagos, el encargado los devolvió a Chile en mercaderías, en el tiempo mismo en que el gabinete ingles estaba a punto de declarar la guerra a la España. El temor de los corsarios hizo subir el precio del cargamento a tal punto, que el feliz resultado de este negocio hizo memorable su recuerdo entre los comerciantes de Santiago.

En esta misma época sostuvo una cuestion orijinal ante la audiencia contra el tribunal de comercio, porque no le daba el tratamiento de *señoría*, anejo al título concedido, siendo estimulado a ello por la grande importancia que se daba en la colonia a esas fútiles distinciones (1). El conde de la Conquista, ademas, habia sido oficial i jefe de milicias de la capital; i en 1809, cuando la metrópoli se halló invadida por los franceses, la junta central le dió el título de brigadier

(1) Archivo secreto de la real audiencia.—En el mismo archivo he encontrado dos representaciones del tribunal al rei sobre los méritos de don Mateo de Toro, para recomendarlo a la real bondad: de ámbas se ha sacado su *Relacion de Méritos i Servicios* impresa en Madrid en 1771, de que he tomado las noticias biográficas del texto. Ninguno de estos documentos tiene mas rasgos que los que dejo enunciados.

a fin de interesarlo en su causa (2): fué éste el despacho que sirvió a la audiencia para concederle el mando del reino.

En este tiempo el conde Toro habia perdido absolutamente la enerjía i firmeza, que son atributo de la virilidad. Su carácter era franco, afable i bondadoso; pero irresoluto i débil en alto grado. Sin talento ni antecedentes gubernativos estaba destinado a ser el juguete de pasiones que no comprendia, i la víctima de la tempestad política que se alzaba sobre su cabeza. En medio de la fermentacion de los ánimos, era el único de los hombres influentes del reino que no hubiese tomado parte en la misma política que estaba llamado a dirijir (3).

II. La debilidad escoje siempre el partido medio, aunque ordinariamente es mas peligroso que los estremos: busca la conciliacion i la armonía entre bandos que no han de avenirse jamas, hiriendo suceptibilidades por todas partes, sin acertar a captarse partidarios. Esta fué la política que su buen natural dictó al con-

(2) El señor Tocornal ha dicho en su *Memoria sobre el primer gobierno nacional*, páj. 59, que el nombramiento de brigadier del conde Toro databa de 1804, en abierta contradiccion con uno de los documentos que copia en la páj. 139 de su misma obra, por el cual se vé que su despacho fué estendido en 13 de setiembre de 1809.

(3) Las *Memorias* atribuidas al jeneral O'Higgins, siempre hiperbólicas, bosquejan el carácter del conde Toro con algunos rasgos recargados de ridículo sobre su debilidad e indesicion. «Dócil a los consejos de los sábios», lo llama el padre Guzman. «Hombre el mas a propósito para ser guiado de los revolucionarios a los perversos fines que tenian meditados i dispuestos», dice el padre Martinez; i mas adelante, «tan decrépito que apénas podia firmar, pero no entender i disponer lo justo i conveniente, no digo en la administracion del reino, pero ni en el gobierno doméstico de su casa»: páj. 48.—«Sirvió a los facciosos como máquina, que manejaron a su antojo para el trastorno del lejitimo gobierno, etc, etc», páj. 82. —I M. Gay caracterizando al conde dice: «Su apego a la monarquia era franco i sincero.... Sus alcances eran mui limitados; no tenia enerjia ni voluntad propia, i sus ideas, ya bastante mudables, dependian del último que le hablaba», tomo V, Cap. VII, páj 109.

de Toro: se creyó llamado a conciliar los ánimos, a desvanecer los odios i a unir todas las fuerzas i las intelijencias en un solo centro de accion, la fidelidad al monarca cautivo. Al siguiente dia de haber sido públicamente reconocido i jurado gobernador i capitan jeneral del reino, el 17 de julio, dictó un bando en que mandaba el olvido de las anteriores desavenencias, de las rencillas i enemistades que los sucesos políticas pudieron haber producido, el respeto al ex-presidente Carrasco i la disolucion de las juntas o reuniones en que se tratasen proyectos perturbadores de la tranquilidad pública (4).

Pero, al mismo tiempo que promulgaba aquel bando conciliador por las sujestiones de la audiencia, los liberales ajitaban un nombramiento favorable de asesor i secretario, puestos ambos que las destituciones de Campo i de don Judas Tadeo Reyes habian dejado vacantes. Hablábasele con empeño en favor del doctor don Gaspar Marin, chileno de ilustre familia, de elevadas miras, de talento despejado, i que ántes de aquella época habia sido su consejero; i del procurador de ciudad Argomedo, que con tanto patriotismo habia alzado la voz contra Carrasco: pero no satisfechos los novadores con el mérito de estos honrosos antecedentes, elevaron por conducto del cabildo una representacion, que firmaron algunos de los mas respetables vecinos de Santiago. Sus empeños no fueron infrutosos: el conde accedió a tan poderoso influjo, i nombró asesor de la capitanía jeneral a Marin, i secretario de gobierno a Argomedo.

Este último dejaba un vacío en el cabildo, que era preciso llenar prontamente. El cargo de procurador

(4) Bando de proclamacion.

de ciudad, que habia adquirido tanta importancia en manos de Argomedo con los últimos sucesos, debia ser ocupado por un hombre de carácter i enerjía que como éste, fuese el órgano del pueblo en las circunstancias difíciles que los novadores veian cercanas. Su mayoría pertenecia a las nuevas ideas, i no trepidó en elejir a don José Miguel Infante, que hasta entónces habia desempeñado la asesoría de cabildo: este puesto fué ocupado por don Gabriel Tocornal, el valiente doctor de la universidad que supo alzar la voz cuando los estatutos de aquel cuerpo eran víctimas de la tropelías de Carrasco.

III. Bajo malos auspicios para la real audiencia comenzaba el gobierno del conde Toro. Los nombramientos que acababa de hacer, i la eleccion del cabildo habian recaido en personas que no eran del círculo del supremo tribunal. Comenzaba a ver éste que su triunfo no era tan importante como lo habia creido, i que sus enemigos sabian aprovecharse de las circunstancias i ejercer un influjo poderoso sobre el primer mandatario.

Éste, por su parte, sin querer adherirse a ninguno de los bandos, oyendo a los dos i siguiendo los consejos de ambos, se empeñaba constantemente en dirijir todas las fuerzas a un solo fin; i como todos sus trabajos fuesen infructuosos, resolvió reunir a los hombres mas notables de uno i otro partido en su propia casa, con motivo de un banquete que tenia preparado para el 30 de julio. A él fueron invitadas todas las corporaciones de la capital, i los hombres de mas valer e importancia: el doctor Vera, que recientemente habia vuelto de Valparaiso, era de este número; se presentaba a la reunion acompañado del alto prestijio que le habian dado sus anteriores persecuciones, i con

el sarcasmo i la burla en los labios. Se le consideraba como el primer poeta del reino en aquel tiempo; sus improvisaciones, por escaso que fuese su mérito, eran ordinariamente mui aplaudidas; i él, que sabia aprovecharse de esta ventaja, habló decididamente contra las restricciones coloniales i las tropelías anteriores del gobierno. Imitado por algunos de los suyos, el banquete fué convertido en una discusion acalorada, en que tomaron parte el asesor Marin, el alcalde Eyzaguirre, el procurador Infante i los rejidores Errázuriz i Pérez García, sin que las palabras i protestas de reconciliacion del presidente Toro i de los oidores de la real audiencia bastasen a moderar las espresiones vehementes de los liberales.

IV. Estos eran los primeros pasos a la resistencia que se oponia al supremo tribunal para desbaratar sus tramas i desvanecer una a una sus esperanzas de sofocar el espíritu de insurreccion. Las reuniones particulares de los liberales eran mas públicas; a ellas concurria mayor número de personas que anteriormente, i se hablaba con desembarazo i franqueza de la necesidad de crear una junta de gobierno. Los miembros del ayuntamiento eran los defensores de estas ideas, i aquella corporacion el foco de donde salia la propaganda política.

Pero aquel cuerpo no se encontraba tan uniforme como para alcanzar el triunfo. Dos de sus miembros don Pedro Gonzalez Alamos i don Joaquin Rodriguez, hermano del vicario capitular, eran enemigos francos i declarados de la creacion de una junta de gobierno: la combatian con valor i desicion, a tal punto que la mayoría pidió al presidente la agregacion de seis rejidores suplementarios, pretestando el recargo de

tareas que las graves circunstancias imponian a la corporacion; pero la real audiencia, por conducto del fiscal del rei don Teodoro Sanchez, se opuso tenazmente a aquella solicitud que fué al fin desechada.

Esta era la primera victoria que obtenia la real audiencia sobre sus enemigos; pero ella no bastó a intimidar a los liberales. Malogrado su primer proyecto, se atrevieron a citar a los vecinos mas repetables de Santiago para la sala del ayuntamiento, a fin de celebrar el dia 5 una sesion pública, i resolver el modo mas conducente i abreviado para la instalacion de una junta de gobierno; pero descubiertos estos propósitos por el presidente no se creyó cuerdo chocar con él, cuando era de presumir que en breve habia de adherir a sus propósitos.

V. Influian poderosamente en el desarrollo de estos principios, las noticias ciertas que tuvieron los liberales de las ocurrencias políticas de Buenos-Aires, por medio de un enviado secreto de la junta allí instalada.

Era éste don Gregorio Gomez. Pasaba a Chile encargado por la casa de comercio de Lezica i Saenz para desembarcar en el puerto de Valparaiso algunas mercaderias de un buque estranjero, que en atencion a los sacrificios i trabajos de aquella casa en favor de la reconquista de Buenos-Aires, habia alcanzado permiso para negociar en el Pacífico. Sus vastas relaciones de parentesco i amistad le habian proporcionado cartas de recomendacion para varias personas de alta influencia en Chile: éstas eran en su mayor parte calificadas i conocidas por jente de órden, de modo que bien poco debia sospecharse de él a este respecto. Pero el jeneral Belgrano i el doctor Castelli, principales instigadores de la revolucion arjentina, le dieron el especial encargo de entregar una carta al doctor Rozas,

condiscípulo de ambos en el colejio de Córdoba, noticiándole las ocurrencias de Buenos-Aires, i procurando interesarlo en favor de un movimiento semejante en Santiago Esta carta, para él de tanto aprecio, fué ocultada entre los forros de su sombrero, a fin de sustraerla a las pesquisas de los guardas de cordillera.

Esta prevision no era infundada; tan luego como hubo pasado los límites del vireinato de Buenos-Aires, se encontró detenido en el camino por los empleados de gobierno; tenian éstos un especial encargo de impedir toda comunicacion que pudiese dar a conocer las ocurrencias políticas de aquellas provincias. Su equipaje fué rejistrado escrupulosamente, interrogado con detencion i por último conducido en calidad de preso a Santa Rosa de los Andes. Trajéronlo en breve a la capital bajo la custodia del comandante de milicias don Miguel Valdes i Bravo, que se ofreció gustoso a acompañarlo, con el fin de recojer algunas noticias que interesasen a los liberales de Chile; pero si su mision constituia un mérito para éstos, la autoridad, animada por sospechas vagas e incoherentes lo hizo encerrar en el cuartel de San Pablo, donde solo era visitado por mui pocas personas. De este número fué el doctor don Gaspar Marin, con quien contrajo íntimas relaciones, hasta entregarle la carta que traia de Buenos-Aires, para que se la remitiese a Rozas, que se hallaba en Concepcion.

Permaneció don Gregorio Gomez en el cuartel de san Pablo en calidad de reo: pero entre las cartas de recomendacion que le dieron en Buenos-Aires, venia una de la señora Pizarro, mujer de Lezica, para una hermana suya, casada en Chile con el coronel de artillería don Francisco Javier de Reina, sujeto de influencia i respeto. Tomó éste a empeño sacarlo del cuar-

tel, i para esto lo llevó a su casa, despues de veinte i dos dias de prision, bajo su inmediata responsabilidad, i comprometiéndose a no dejarlo salir de ella, ni permitirle visitas de los *juntistas*, (como se comenzaba a llamar a los liberales). La importancia i buen nombre del coronel de milicias don Ignacio de la Carrera, le daban sin embargo, libre entrada en casa de Reina, i, como tambien hubiese venido recomendado a él, obtuvo de éste el favor de introducirlo en las reuniones de los liberales, bajo el pretesto de llevarlo a su propia casa (5).

VI. Se necesitaba, en efecto, conocer los pormenores de la revolucion de mayo en aquel pais, ya que se queria reproducirla en Santiago ; pero, no porque se desease cobrar ánimos, puesto que se poseia toda la enerjía i desicion que podia exijirse. En sus reuniones hablaban con firmeza i claridad, hasta el punto de sacar uno de ellos, el padre frai Joaquin Larrain, un puñal que, segun dijo, estaba dispuesto a clavar al enemigo mas influente de la junta. I no se crea que esta era una pueril fanfarronada; léjos de eso, era la espresion clara i sencilla de los propósitos de un puñado de hombres que se hallaban dispuestos a arrostrar cualquier peligro a trueque de ver triunfantes sus principios.

Los enemigos de la formacion de una junta no dormian entre tanto. Así como los liberales, tenian sus reuniones, en casa del coronel Reina jeneralmente, en que trataban de poner un dique al torrente de las nuevas ideas. El antiguo secretario de gobierno don Judas Tadeo Reyes, naturalmente bondadoso i moderado, reclamaba las medidas de prudencia i reconciliacion, miéntras otros mas exaltados i fanáticos pedian

(5) Conversacion con don Gregorio Gomez.

cadalsos i destierros. A ellas concurria tambien el coronel de injenieros don Manuel Olaguer Feliú, i llevaba consigo como ayudante, al capitan don Juan Mackenna; pero iniciado éste en los secretos de los juntistas, disimulaba cuidadosamente al lado de Olaguer, i descubria a sus propios correlijionarios las tramas de sus enemigos (6). Estos eran los antecedentes liberales de uno de los hombres que debian alcanzar mayor gloria en el primer período de la revolucion de Chile.

VII. En este estado de irritabilidad de los ánimos, no habia que esperar reconciliacion. Separados absolutamente los dos partidos, la idea de la union se habia borrado completamente; i como si no bastasen las ocurrencias anteriores para mantener dividida la opinion, nuevos acontecimientos vinieron a hacer mas irreconciliable la diverjencia de pareceres.

En los últimos dias de julio se recibieron pliegos i proclamas del supremo consejo de rejencia instalado en Cádiz, en que reclamaba reconocimiento i obediencia a su autoridad. En aquellas circunstancias, el presidente Toro creyó que no podia resolver nada en un asunto tan importante sin oir el parecer del cabildo de Santiago, al que los últimos sucesos habian dado una importancia i representacion desconocidas hasta entónces; i acompañando los antecedentes, pidió informe a aquella corporacion.

Cuando pensaba en instalar una junta de gobierno en Chile, natural era que el ayuntamiento aprovechase esta oportunidad para trabajar por el triunfo de sus propósitos. El procurador de ciudad Infante, encargado de redactar el informe, estendió un largo i confuso dictámen, en que, tomando el asunto por el punto de vista legal, se oponia firmemente al reco-

(6) Conversacion con don Gregorio Gomez.

nocimiento del consejo de rejencia. Pero el conde, que se hallaba en esta ocasion bajo la influencia del supremo tribunal, llevó a empeño impedir que el cabildo sancionase el parecer de Infante, i a este fin se presentó el dia siguiente de leido el informe, el 13 de agosto, a la sala del ayuntamiento acompañado del secretario de gobierno Argomedo.

Su propósito era presidir el acuerdo a fin de interponer su influjo i dirijir todas las opiniones al reconocimiento del consejo de rejencia; pero por grande que fuese el respeto que se le quiso manifestar, la discusion fué acalorada: el rejidor Errázuriz se opuso enérjicamente a las pretensiones del presidente i el secretario Argomedo lo rebatió con maña i talento. La mayoría, que dudaba de la eficacia de una negativa, tanto mas cuanto se iba a dar un golpe al conde Toro, que hasta entónces se habia manifestado tan condescendiente con los liberales, apoyó sus propósitos, i lo dejó volver a palacio satisfecho con su efímero triunfo.

Este paso es la prueba mas clara de la vaguedad de las ideas que ajitaban al partido novador: sus principios eran inciertos i sin consistencia alguna; el pensamiento de la emancipacion de Chile no era en verdad el que lo preocupaba cuando adheria fácilmente al reconocimiento de la rejencia, por profundo que sea el disimulo que se le haya querido suponer. El cabildo obraba tambien con alguna vacilacion: sea que al complacer al presidente lo hiciese con el solo objeto de tenerlo propicio, o que no quisiese manifestar los antecedentes de este asunto, al notificar a la real audiencia su acuerdo ocultó algunos pormoneres, esponiendo sencillamente que se habia aprobado el reconocimiento. En vista de ellos, el supremo tribunal

acordó que debia hacerse con toda la ostentacion posible el dia 18 de agosto.

VIII. Estas ceremonias no eran del agrado del cabildo: queria impedir las manifestaciones populares de fidelidad a la rejencia, i sabia que el juramento público i las celebraciones habian de despertarlas. Con este fin divulgó rumores alarmantes, que el asesor Marin comunicaba al conde Toro, hasta que amedrentado éste, se retractó de su anterior órden i difirió para el dia 21 el juramento, que segun él debia hacerse en su propia casa.

Su pronta facilidad para ceder a las intrigas i sujestiones de los partidos hacia del presidente un juguete que manejaban diestramente los liberales. No satisfechos ya con haber impedido el reconocimiento público del consejo de rejencia, pasaron a pedir una retractacion del anterior decreto. Esparcieron la voz de que se habia llamado a Santiago para el dia señalado a las milicias de las cercanías, a fin de impedir a mano armada aquel acto, i el conde intimidado nuevamente, resolvió dejarlo para despues.

Los sinsabores i ansiedades de aquel buen anciano no se calmaron por cierto con esta última prueba de su perplejidad. La real audiencia insistió en manifestarle la falta de fundamentos para abrigar temores de ninguna especie por la escitacion de los partidos que con tan vivos colores se le pintaba. Pero indeciso entre los consejos de las hombres que lo elevaron, i los temores que el partido liberal sabia infundirle, a nada se resolvia el octojenario presidente. Su espíritu era víctima de una tenaz lucha entre las ideas mas contrapuestas que se pueden concebir; acusado por el supremo tribunal de complicidad en los propósitos revolucionarios del cabildo i por otro lado irresoluto ante

el peligro inminente de que se le hablaba, el conde se veia en la mas angustiada situacion, cuando su espíritu naturalmente pacato, se hallaba sumamente debilitado por los años.

Esta falta absoluta de resolucion no se ocultaba a nadie: la real audiencia comprendió bien que bastaria un esfuerzo supremo para obligar al presidente a prestar el público jurameto. A este fin citó secretamente para el dia 23 a las diversas corporaciones para conducir al conde a la plaza principal, i dar principio a la promulgacion del bando; mas por grande que fuese el empeño en ocultar esta reunion al ayuntamiento, éste se presentó en cuerpo con el objeto aparente de concurrir a la ceremonia, pero resuelto a intimidarlo con los rumores amenazantes que, segun ellos, circulaban en el pueblo. Manifestósele, ademas, que la tropa veterana no estaba preparada para defender a las autoridades; i como apoyase este aserto el sarjento mayor don Juan de Dios Vial, nuevos i mas sérios temores se apoderaron del presidente, hasta que llegada la hora fijada, comenzaron a salir las diferentes corporaciones para probarle la tranquilidad que reinaba fuera del palacio. Siguiólas el conde al son de cajas i casi arrastrado por la fuerza, a la plaza mayor donde fué proclamado i jurado el consejo de rejencia. Cuéntase que era tanta su irresolucion en aquel momento que maquinalmte i casi sin comprender lo que pasaba cerca de él, quiso volverse a palacio, con las mas claras muestras de ansiedad i confusion, i preguntando repetidas veces qué era lo que querian hacer con él (7).

(6) Martinez, *Memoria histórica sobre la revolucion de Chile*, páj. 55.—El último detalle lo he recojido entre noticias particulares; pero M. Gay asienta lo mismo, con mui pequeña diferencia en el tomo VI, Cap. VII, páj. 117 de su *Historia de Chile*.

IX. La estraordinaria debilidad que manifestó el presidente en estas circunstancias, no habia bastado a calmar las inquietudes de los enemigos de la instalacion de una junta de gobierno. Veian ellos el influjo poderoso que ejercia el cabido en el pueblo, en la tropa i en la sociedad entera; pero tambien que les faltaba aun captarse el apoyo del clero, que con raras escepciones, servia firmemente a las miras de la real audiencia i a la santa causa del rei, como se decia.

A este respecto, era el vicario capitular don José Santiago Rodriguez el brazo mas fuerte con que contaba ese partido. La enerjía superior de aquel hábil sacerdote combinaba por todas partes obstáculos poderosos con que minaba el crédito i el influjo de los liberales. Cuando las circunstancias reclamaron mayor empeño i decision de parte suya, repartió una circular a los curas del obispado de Santiago, a fin de empeñarlos en la fidelidad al consejo de rejencia e impedir por todos medios un cambio de gobierno; recomendaba tambien en ella que cada cual hiciese firmar su circular por el subdelegado del partido i el mayor número posible de vecinos.

Estos manejos fueron descubiertos mui luego por el cabildo, i en su primera reunion se trató de poner un serio atajo a una medida que le quitaria indudablemente su influjo ante la jente de la campaña, i que frustraria su propósito de establecer una junta. Convínose en mandar una comision ante el presidente a representar los avances i desmanes del vicario capitular en asuntos, que segun ellos, no eran de su competencia, i en que se mezclaba con propósitos torcidos. A este fin, fueron nombrados los rejidores Larrain, Perez García i Errázuriz i el procurador de ciudad Infante; espusieron éstos moderadamente su reclamo i

solicitaron del conde que lo hiciese comparecer, a descargarse de las fundadas quejas que pensaban elevar.

Un hombre de ménos carácter i confianza en sí mismo que el canónigo Rodriguez se habria amedrentado con un reclamo tan serio; pero él, sin abrigar temores de ninguna especie, se presentó en breve en palacio a contestar los cargos del cabildo. Las recriminaciones, como eran de esperarse, fueron terribles; se le llamó traidor al rei, *Carlotino*, mal discípulo de Cristo i predicador de odios: los diputados todos del ayuntamiento, i en particular el procurador Infante, pidieron al presidente se procediese inmediatamente al rejistro de su correspondencia privada, con tal enerjía i atrevimiento que el conde se halló perplejo i vacilante.

Tan fuertes cargos fueron contestados por el provisor con alguna moderacion al principio, i luego con un calor i efervescencia tan pronunciados, que solo podian ser obra de su justa indignacion. El cabildo, dijo, es el foco de una gran revolucion; por mas disimulados que sean sus caudillos, por reducidos que sean sus deseos ahora, se marcha sin saberlo a la independencia del reino, sin elementos para obtenerla i asegurarla. Los que hoi acusan de traidores, sin fundamento alguno, a los súbditos mas fieles, son los que encabezan ese movimiento. Les toca a los buenos servidores del rei sostener sus derechos contra la idea de una junta gubernativa. Las medidas adoptadas por el clero son justas i necesarias. I sacando una protesta firmada por los vecinos de Rancagua, agregó: esta es la opinion de los pueblos que reprueban indignados los manejos infames de los perturbadores del órden público; pero no satisfecho aun con esto, pasó a reconvenir al presidente por haberlo llamado con motivo de un asunto

que debió tratarse por medio de notas oficiales; i se retiró dejándolo confundido con el poco resultado de la entrevista (7).

X. Ni esta reñida controversia, ni la excitacion que ella despertó bastaron a contener el fervor i entusiasmo del clero contra la idea de un gobierno nacional. El púlpito del cual solo se habian oido bajar palabras de dulzura i conciliacion, fué convertido por algunos relijiosos autoritarios exaltados, en el órgano de la mas acendrada fidelidad al monarca cautivo i al consejo de rejencia. Uno de ellos, el mercenario frai José María Romo, en un sermon de festividad de san Ramon, el 29 de agosto, habló largamente contra los revolucionarios, tumultuosos i traidores, señalando entre éstos a los hombres mas distinguidos de la sociedad chilena, que trataban de imitar la pérfida conducta del pueblo de Buenos-Aires.

Sus palabras no pasaron desapercibidas al ayuntamiento: dos dias despues, el 31 de agosto, envió este cuerpo una enérjica representacion al presidente, acusando al padre Romo de desobediencia al supremo consejo, puesto que habia hablado contra las juntas gubernativas (8); i el conde sin conocer toda la malicia que habia en el fondo de aquel denuncio, reprendió severamente el fervor i fidelidad del exaltado mercenario, cuando se creia por el contrario acreedor a un premio.

La real audiencia comenzó a temer sériamente de

(7) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 51. Por la circular, consta que el vicario tomó el nombre del cabildo, con quien se decia de acuerdo, para dar mas apoyo a su opinion. La traslado integra entre los documentos bajo el N.° 4.

(8) Representacion del cabildo al presidente contra el padre Romo. Agosto 31 de 1810.

la excesiva debilidad del conde Toro. Lo veia, en efecto, rodeado de facciosos i sometido a todo jénero de influencias; pero no perdia aun la esperanza de mantenerlo sumiso a su voluntad. El cabildo, por su parte, habia empleado hasta entónces sus afanes en granjearse la estimacion del presidente, i se preparaba ya a pedirle la instalacion de una junta gubernativa, causa de sus desvelos i afanes. A fines de agosto de 1810 habia andado una parte de su camino, pero le faltaba vencer grandes dificultades para llegar a su objeto.

CAPITULO V.

I. Los partidarios del órden quieren levantar tropas a sus espensas.—II. Llega a Santiago la noticia del nombramiento del jeneral Elio de presidente de Chile.—III. El cabildo reclama del conde de la Conquista que no se reconozca a Elio.—VI. Divídese tambien en bandos la familia del presidente, i una parte interpone su influjo en favor de una junta gubernativa.—V. Los alcaldes obtienen del presidente la reunion de un nuevo acuerdo.—VI. El cabildo cita a los miembros de las corporaciones que debian asistir a él.—VII. Acuérdase la convocacion de un cabildo abierto. —VIII. Resistencia que opone la real audiencia.—IX. Ultimos preparativos de los liberales para el dia 18.

I. La instalacion de una junta gubernativa era la idea que tenia ajitados los ánimos a principios de setiembre de 1810. Los liberales creian entónces haber alcanzado un alto influjo sobre el presidente, miéntras sus enemigos aislados, sin acceso ni crédito, se esforzaban vanamente por recobrar su importancia i contener el torrente revolucionario que todo lo absorbia.

Los últimos sucesos hicieron comprender a los conservadores que no debian contar enteramente con la tropa de la capital: la guarnicion veterana se habia unido al pueblo cuando éste alzaba la voz contra Ca-

rrasco, i entre los señalados por facciosos i revolucionarios habia algunos jefes de milicias, que debian pronunciarse por el cabildo llegado el primer conflicto.

A este mal era forzoso poner un pronto i eficaz atajo: nada podria sostener a las autoridades el dia en que les faltase el apoyo de la tropa, i éste, por su desgracia, se veia mui próximo. La alarma cundia mas cada momento: los defensores del órden se sentian desfallecer ante el poder irresistible de la revolucion que nacia, i en vista de su propia insuficiencia para sofocarla.

Pero entre ellos no faltaban hombres de enerjía i resolucion que no se resignasen a sucumbir sin hacer un último esfuerzo. De este número era don Manuel Antonio Talavera, chileno de nacimiento, abogado hábil i de una honrosa i conocida lealtad a la causa del órden. Habia oido éste lamentar al comandante de artillería Reina la mala disposicion de la fuerza armada cuando comenzaba a hacerse sentir la necesidad de su apoyo, i se atrevió a proponerle un proyecto para salvar este obstáculo tan poderoso. Ofrecióse él mismo a levantar un cuerpo de trescientos hombres de tropa, equipados i pagados por los vecinos, si el comandante Reina alcanzaba del gobierno el permiso para ello. En efecto, obtenido éste, estendió Talavera cuatro presentaciones al presidente que debian firmar los que ofreciesen su cooperacion a aquella obra, i las puso en manos de diversos ajentes para que cada uno recojiese el mayor número posible de firmas.

En pocas horas se habian reunido mas de sesenta suscriptores por varios soldados cada uno: varios de ellos firmaron por diez i muchos por tres o cuatro, para prestar un eficaz apoyo a la causa del órden; pero sorprendido uno de estos ajentes, don Roque Allen-

de, por el comandante don Juan de Dios Vial, fué conducido a presencia del presidente, quien instigado ya por el cabildo, lo reprendió severamente por sedicioso i revolucionario, con lo que se vieron frustrados completamente sus proyectos.

II. Esta nueva prueba de debilidad del presidente vino a hacer mas crítica aun la situacion de los defensores del órden. Sus enemigos ensanchaban progresivamente su dominio en el ánimo del primer funcionario, i adquirian mayor influencia en el pueblo, miéntras ellos, sin prestijio cerca del conde, perdian a gran prisa el respeto que hasta entónces los habia acompañado.

En estas circunstancias llegó a Santiago el aviso del arribo a Buenos-Aires del jeneral don Francisco Javier Elío, nombrado por el consejo de rejencia presidente del reino en lugar de Carrasco, de quien se habian recibido malos informes en la península. Esta noticia venia cabalmente a avivar el entusiasmo i decision de los liberales. Conocíase ya en Chile el carácter despótico i atolondrado de este jefe, sus ideas exajeradas acerca de la fidelidad al monarca i la rejencia, su espíritu de fierro inflexible ante la razon i la conveniencia, i las inclinaciones absolutistas que mas tarde le costaron la vida, i mal podian avenirse con estas prendas los que buscaban el ensanche de la libertad colonial. La idea de su pronta recepcion del mando de Chile, como se anunciaba, despertó en todos los ánimos mayores resistencias que las arbitrariedades de Carrasco i las pretensiones de la real audiencia.

III. El cabildo, foco como se ha dicho, de las ideas liberales, alzó la voz contra el nombramiento de la rejencia, tan opuesto a las palabras de franquicias i libertades de que habia hablado poco ántes a las colonias americanas. Queriendo usar de sus derechos, qui-

so interesar eficazmente al capitan jeneral en favor de la instalacion de una junta de gobierno en Santiago. Con este objeto mandó una comision de dos de sus miembros a su casa en la mañana del 11 de setiembre, a pedir al presidente la convocacion estraordinaria de todas las corporaciones civiles i militares a fin de tomar medidas prontas para calmar la escitacion que aquella noticia habia producido.

Reunida ésta el dia siguiente, el alcalde don Agustin Eyzaguirre propuso enérjicamente, como único remedio para calmar la ansiedad popular, la pronta formacion de una junta, semejante a la de España, que conservase el reino a Fernando VII durante su cautiverio. Sus palabras, sin embargo, no hirieron perfectamente la dificultad: su natural prudencia i moderacion lo habian contenido en ciertos límites de que quiso salir el rejidor don Fernando Errázuriz. Habló éste del jeneral disgusto que por todas partes se hacia sentir con motivo del nombramiento que la rejencia acababa de hacer para presidente del reino en un hombre de principios desconocidos. Debemos, dijo, negarnos a recibir al jeneral Elío i a su asesor don Antonio Garfias, si no queremos entrar en choque con la opinion pública. El reconocimiento del supremo consejo no importa, por cierto, la obediencia pasiva a todas sus órdenes: es preciso que hagamos algo por el pueblo, cuyos derechos representamos.

Sus opiniones, en efecto, eran las de la mayoría del cabildo; i sus palabras hasta inclinaron al conde a convenir en la instalacion de la junta. Pero el rejente de la audiencia, Rodriguez Ballesteros, comenzó en breve a combatir uno a uno los argumentos del cabildo con gran calor. Se acaba de reconocer, dijo, el supremo consejo de rejencia, i ya se quiere desobedecer su autoridad

cuando atiende cuidadoso a las necesidades del reino. Se habla de la excitacion popular, i de la urjencia de instalar una junta para calmarla, i desatendemos el mejor de los arbitrios, la recepcion del gobierno de un hombre de los talentos i enerjía del jeneral Elío. Acceder a los vagos clamores que estudiadamente se elevan, es faltar al juramento que hemos prestado ante Dios i sobre sus santos evanjelios. Propuso en seguida la publicacion de un bando anunciando el firme propósito del presidente de no hacer alteracion alguna en el gobierno, ni ménos acceder a la idea de una junta gubernativa.

En el espíritu débil i mudable del conde, estas razones tuvieron mas fuerza que las alegadas anteriormente por el cabildo. Tan luego como el rejente las hubo espuesto, cambió de parecer, i se comprometió a firmar i publicar el bando, que debia estender el oidor don José de Santiago Concha; miéntras el cabildo, aparentando conformarse con aquella decision, salia de la sala resuelto a combatirla por otros medios, i evitando una discusion que quizá no daria mas fruto que aumentar la irritacion de los ánimos (1).

IV. Tenia efectivamente otros resortes que poder tocar. La familia del conde se hallaba dividida tambien en bandos que influian poderosamente en su espíritu, cansado ya por los años: su hijo primojénito don José Gregorio i la mujer de éste, doña Josefa Doumont, española de nacimiento, combatian con pasion i calor la idea de un gobierno nacional, miéntras que sus otros hijos don Joaquin, don Domingo, doña

(1) Martinez.—*Memoria histórica sobre la revolucion de Chile.*—*Diario* del doctor Argomedo.—Documentos del espediente seguido por la real audiencia sobre la instalacion de una junta gubernativa.

Mariana i doña Mercedes apoyaban por cuantos medios estaban a sus alcances los propósitos del cabildo.

Ambas partes trataban de interesar al conde por sus causas respectivas: le hablaban con igual vehemencia i mantenian su espíritu en una perplejidad singular. Tan pronto se decidia por las opiniones de unos, como aceptaba las mas contrapuestas, i en tan gran vacilacion su parecer apoyaba ordinariamente al último que le hablaba.

Sus hijos comprendian mui bien la alta influencia que ejercian en el ánimo del conde. Sabedores los últimos de lo acordado en la reunion del dia 12, e instruidos por los liberales, se presentaron a pedirle encarecidamente se negase a firmar el bando de la audiencia como degradante a la autoridad que el pueblo entero le habia conferido dos meses ántes, cuando una numerosa reunion habia quitado el mando a Carrasco. Pintósele ademas la urjente necesidad de sancionar el proyecto de la junta de gobierno para calmar los ánimos, i hasta le halagaron con la prerogativa de la presidencia de ella (2).

Sus esfuerzos no eran por cierto inútiles. Por otra parte, habia motivos para temer un movimiento armado del pueblo, apesar de las precauciones que tomaba el comandante Reina, apoyado por algunos partidarios del órden. El conde amedrentado ante la efervescencia de los ánimos que se hacia sentir, trepidaba ántes de firmar i promulgar el bando que en aquella noche le remitió la audiencia hasta no haber oido nuevamente el parecer de algunas personas de consejo i de respeto.

V. La noche no fué ménos borrascosa i ajitada que

(2) O'Higgins, *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile.* Mss. *Cap. I.*

aquel dia de sinsabores para el anciano presidente. Algunos enemigos del cabildo se presentaron en casa de don José Gregorio Toro, para que alcanzase de su padre el permiso de tomar el cuidado de las armas a fin de evitar que los liberales se posesionasen de ellas, i las usasen a favor de sus intereses.

A esta nueva exijencia accedió simplemente el conde para verse libre de las majaderías i molestias de los dos partidos, que sin consideracion alguna le importunaban a cada momento. En vista de esta condescendencia, se reunieron como a las diez de la noche hasta sesenta i cuatro hombres, europeos muchos de ellos, i casi todos a sueldo, i se posesionaron del parque de artillería con el permiso del comandante Reina. Apostaron centinelas hasta en los tejados, cargaron a metralla un cañon i diez i ocho fusiles, i aparentaron en todo tan gran movimiento, que mas parecia obra de la embriaguez, como entónces se dijo, que de la cuerda adhesion al órden.

Fácil es inferir la alarma que tal ocurrencia produjo en toda la ciudad: los alcaldes, acompañados de una considerable partida de paisanos, se presentaron en el cuartel de artillería; pero, en vista del crecido número de hombres armados que en él habia i de la exaltacion que manifestaban todos ellos, juzgaron mas prudente volverse, apesar de las rechiflas i silbos que les dirijian, ántes de entrar en un choque que podia ser de funestas consecuencias (3).

Pero los alcaldes tenian un tribunal a que recurrir en este último caso, cuando una ridícula asonada queria burlar su poder i autoridad. Fueron a palacio, i aunque se les informara que el presidente fatigado con

(3) *Diario* del doctor Argomedo. Martinez, *Mem. hist.*

las ocurrencias del dia, se habia recojido a su cama, ellos penetraron hasta apersonarse con él para esponerle su reclamo contra el atolondramiento de unos pocos hombres que sin guardar respeto a nadie trasgredian toda consideracion. Los mismos que hoi han pedido a V. E. la promulgacion de un bando para evitar el desórden, dijo Eyzaguirre, son los que dan a un pueblo fiel i obediente el ejemplo de la insubordinacion. Este mal no tiene otro remedio que la pronta adopcion de las medidas que pueda aconsejar a V. E. un congreso compuesto de algunos miembros de todas las corporaciones, i en que ocupen tambien su lugar dos oidores de la real audiencia. En la situacion actual no se ve, por cierto, otro remedio. Tan enérjicas palabras para apoyar un reclamo que parecia de perfecta justicia, resolvieron por fin al indeciso presidente a reunir el congreso, dando ademas al cabildo el poder de convocar a los miembros de las corporaciones que fuesen mas de su agrado.

Esta última decision del presidente no era, como podria creerse, el resultado del convencimiento, sino de ese conjunto abrumador de circunstancias que habia pesado sobre su espíritu en aquel dia de ansiedades i amarguras para él. Arrepentido en breve de haber accedido a la solicitud de los alcaldes, parecia hallarse dispuesto a hacer una retractacion formal, i en conformidad negó a su secretario Argomedo el dia siguiente haber dado permiso para la reunion acordada (4).

VI. Sin embargo, esta nueva vacilacion venia tarde, cuando el cabildo habia ajitado el nombramiento de las personas que debian concurrir, i cuando ya estaban citadas para la mañana del dia 13.

(4) *Diario* del doctor Argomedo.

En aquella misma noche reunieron los alcaldes a algunos rejidores para proceder a nombrar los miembros de las diversas corporaciones que debian asistir al congreso o reunion del dia siguiente. Pero siendo ésta la obra del cabildo, natural era que elijiese de entre los que le pertenecian: nombróse al efecto a los canónigos don Vicente Larrain i don Juan Pablo Fretes, liberales entusiastas que habian manifestado grande enerjía en las discusiones; por el tribunal del consulado a su prior don Celedonio Villota, español de nacimiento, pero imbuido ya en los secretos de los novadores, i uno de sus jueces don Joaquin Gandarillas; por el vecindario a don Fernando Márquez de la Plata i a don Ignacio de la Carrera, i por la fuerza militar a los coroneles Olaguer Feliú i Reina, enemigos declarados de la idea de una junta gubernativa. Para no proporcionar consistencia ni apoyo a la segura negativa de éstos, tuvieron el particular cuidado de no citar a ninguno de los miembros de la audiencia (5).

La noticia del consentimiento prestado por el conde para la reunion de este acuerdo, se estendió prontamente por toda la poblacion. El comandante Reina recibió su esquela en el cuartel de artillería, i entónces no mas vinieron a comprender los que allí se hallaban reunidos toda la enormidad de la desgracia que producian sus malos cálculos: la citacion era tan perentoria, que no debia esperarse una contraórden. En su desengaño, no vieron otro arbitrio que dejar el cuartel inmediatamente, a las dos de la mañana, para disimular en cuanto se pudiese sus anteriores desaciertos (6).

VII. Los novadores entretanto, creian completamente seguro su triunfo en la reunion del dia 13. Con-

(5) *Diario* del doctor Argomedo.—(6) Id. id.

sideraban desalentados a sus enemigos con el conjunto de desgracias que habia caido sobre ellos, i se preparaban para darles el último golpe.

Reunióse con este objeto la junta acordada. Comenzóse por hablar largamente sobre la actitud alarmante del pueblo, el inminente peligro que por todas partes se descubria i la necesidad de tomar medidas de precaucion. Los coroneles Reina i Olaguer reclamaron con este motivo la pronta promulgacion del bando sancionado el dia anterior; pero ante aquella reunion nada podian sus palabras, i juzgaron mas prudente retirarse protestando de lo que se iba a acordar (7).

La discusion se hizo entónces mas franca i animada: el procurador de ciudad Infante espuso que el mejor medio para aquietar los ánimos era acordar prontamente qué forma de gobierno debiera establecerse, celebrando para ello un cabildo abierto a que concurrieran todos los vecinos de Santiago; i probando de paso que el bando acordado por la audiencia no haria mas que provocar la resistencia, con las severas penas que imponia, se empeñó en manifestar al conde que debia negarse firmemente a promulgarlo si no queria ver a la poblacion entera con las armas en la mano.

Sus palabras, espresadas con toda la enerjía que caracterizaba a aquel tribuno, decidieron al presidente a revocar el bando acordado i a decretar la convocacion de un cabildo abierto para el mártes 18 de setiembre en la sala del consulado, a fin de que cupiese toda la jente que debia concurrir a él. Una vez acordado esto, se estendió inmediatamente una esquela de convite para «tratar los medios de seguridad pública, discu-

(7) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 58.

tiéndose allí cual sistema de gobierno deba adoptarse para conservar estos dominios al señor don Fernando VII,» que debia repartirse a todos los vecinos propietarios de Santiago.

VIII. El resultado del acuerdo se divulgó en breve en toda la poblacion, con los comentarios que los partidos suelen agregar a sucesos de esta especie. La real audiencia, viendo por tierra todos sus planes i propósitos, alzó el grito contra el resultado de la junta, tanto mas cuanto importaba una entera retractacion de lo convenido el dia anterior, en presencia de todos los miembros del cabildo, i en vista de las circunstancias escepcionales del reino. Con el objeto de remediar en algo su desgraciada situacion, ofició en el mismo dia amistosamente al conde Toro probándole los inconmensurables males que esta decision iba a traer a las provincias que presidia, i agregando ademas algo que no se habia acordado el dia anterior.

Aquellas prevenciones, sin embargo, eran estemporáneas: el presidente se hallaba rodeado de jente decidida que le prestaba ánimos en los momentos en que su espíritu comenzaba a desfallecer. Apurado por las exijencias del supremo tribunal, contestó simplemente que no habiéndose acordado nada de positivo, era natural que se negase a firmar el bando i que adoptase las medidas que de él reclamaba la mayoría de la capital.

Pero no paró en esto todo: las comunidades relijiosas de agustinos i mercenarios, cuyos provinciales habian hecho grandes esfuerzos para alcanzar un asiento en la reunion de las corporaciones, i los monasterios de monjas elevaron sus reclamos en el propio sentido del supremo tribunal, a fin de impedir a todo trance el cabildo abierto fijado para el dia 18. La au-

diencia misma ofició nuevamente al presidente con este objeto, mas no ya en el lenguaje de la moderacion i buena armonía, sino en términos de amenazas por las consecuencias necesarias que iba a producir su concesion; pero estas protestas no produjeron resultado alguno en el ánimo del conde, i el supremo tribunal creyó de su deber tocar otra especie de resortes que debian surtir mejor efecto.

En la mañana del dia 15 de setiembre pasó a palacio la mujer del oidor Concha a pintar al presidente con los mas vivos colores las desgracias sin fin que iba a traer consigo la instalacion de una junta gubernativa; i como no bastasen sus palabras para decidirlo enteramente a revocar sus órdenes anteriores, fué seguida mas tarde por el oidor Aldunate. La natural vacilacion del conde dejaba mucho que esperar a la audiencia: perplejo entre los empeños i solicitudes del supremo tribunal i las poderosas sujestiones del cabildo, su determinacion no tenia fijeza alguna en aquellos momentos de ansiedad i ajitacion. En este estado de perplejidad, una conferencia secreta con el oidor Aldunate lo obligó a cambiar de parecer i a prometerle poner un atajo a las pretensiones de los liberales (8).

Con este fin, mandó suspender la reparticion de esquelas de convite i demas preparativos para la reunion del cabildo abierto; pero alentado nuevamente por las protestas del ayuntamiento, cambió solo la redaccion de dicha esquela, dando por objeto de la reunion «consultar i decidir los medios mas oportunos a la defensa del reino i pública tranquilidad.» En aquellas circunstancias, era el conde un verdadero juguete

(8) *Diario* del doctor Argomedo.

de los bandos contendientes: debia triunfar en su ánimo el mas resuelto i audaz, i bajo este punto de vista, el partido liberal llevaba mui grandes ventajas a sus intrigantes enemigos.

IX. Al mismo tiempo que el palacio se hallaba tan violentamente conmovido por las zozobras i asechanzas de los partidos, las calles públicas eran el campo de la mas singular ajitacion. Cada cual cargaba consigo sus armas, miéntras considerables patrullas de jente acomodada recorrian la poblacion entera. Los liberales custodiaban los alrededores del cuartel de artillería, temerosos de su comandante Reina i de los españoles que lo guarnecian, miéntras se pedia a toda prisa el pronto acuartelamiento de las milicias de las cercanías en los suburbios de Santiago.

Para aumentar esta ansiedad, divulgábanse noticias alarmantes sobre los propósitos de los partidos, sus miras revolucionarias i sus aprestos militares. El comandante Reina, pretestando una enfermedad, dejó el mando de la artillería, i sea para impedir que se posesionasen de las armas los enemigos de la junta o que los liberales quisiesen asegurarse mas aun, obtuvieron la órden de trasladar los cañones al cuartel de san Pablo i el nombramiento de ayudante mayor de plaza para el capitan don Juan Mackenna, que les pertenecia decididamente.

No faltaban, miéntras tanto, espíritus conciliadores que quisiesen aquietar los ánimos por medio de un avenimiento; pero en medio de la efervescencia i exaltacion de las pasiones nada es mas difícil que hacer desistir a los partidos de algunas de sus pretensiones para unirlos i reconcentrarlos en un solo punto. Los defensores del antiguo órden de cosas palpaban ya su derrota, i en su desesperacion, preferian abandonar

la poblacion a ser simples espectadores en el triunfo de sus enemigos. Entre éstos, fué uno de ellos el alguacil mayor don Marcelino Cañas, i la señora doña Josefa Doumont, que con tanta fibra habia combatido la idea de un gobierno nacional. En las notas del diario de uno de los hombres que tomaron una parte mas notable en los sucesos de aquellos dias, se dice que despues de una conferencia, que en la tarde del dia 16 tuvo ella con su suegro el presidente en su casa de campo, volvió éste tan resuelto a revocar todo lo acordado, que fueron necesarios los tenaces empeños de su hijo don José Joaquin i de otros sujetos de respeto, para mantener al conde fijo a los propósitos del cabildo (9).

Miéntras el presidente tenia por su edad i carácter que someterse a estas sujestiones, un conjunto de raras circunstancias venia nuevamente a turbar su espíritu fatigado ya por los sucesos de aquellos dias de angustia i confusion. Presa de las ideas mas contrapuestas, el conde habia sufrido un número infinito de sinsabores i amarguras en los momentos en que los partidos se batian en torno suyo con un calor estraordinario. La ajitacion habia penetrado hasta el hogar doméstico, conmovido a su familia entera; i como si esto no bastase aun para dejarle completamente abrumado, su secretario Argomedo renunció el cargo en palabras descomedidas i descorteses sobre su debilidad característica, i con el solo objeto, quizá, de infundirle firmeza i enerjía, al mismo tiempo que el oidor Concha, pretendiendo aun poner algun atajo a los liberales, reclamaba con urjencia el cargo de asesor de que habia hecho renuncia a la época de la deposicion de Carrasco.

(9) *Diario* del doctor Argomedo.

Confundido con estas exijencias, el conde habria accedido a ellas a no infundirle alguna firmeza los hombres que lo rodeaban, i hasta sus propios deudos.

Las milicias entretando habian llegado a Santiago, i ocupaban los suburbios de la poblacion. El rejimiento de la Princesa, al mando de su coronel don Pedro Prado i el del Príncipe a las órdenes del marques de Montepío estaban acampados en el barrio del tajamar, miéntras los escuadrones del departamento de Melipilla que obedecian a su coronel don Manuel Barros, se hallaban destacados al sur de la poblacion. Venian al llamado del cabildo de Santiago, i sus jefes estaban dispuestos a defender las nuevas ideas contra la tropa veterana, si ésta se sometia a la voluntad de la audiencia; pero felizmente los jefes de línea Vial i don Juan Miguel Benavente pertenecian al partido liberal, i nada habia que temer de ellos.

La alarma no cesó por esto: el supremo tribunal ofició el dia 17, en términos enérjicos al presidente pronosticándole la suerte desgraciada que le iba a caber al pais por su conducta i reconviniéndole severamente por las medidas adoptadas, que indudablemente iban a resultar en perjuicio de la madre patria i aun del reino mismo; pero persuadido el conde de que la ajitacion pública no cesaria hasta la instalacion de la junta i que ésta no podia traer ninguno de los grandes males de que se le hablaba, a nada se resolvió i se llevaron adelante los preparativos para el dia siguiente.

Su mano era tambien impotente para cortar el vuelo a los liberales, cuando éstos habian reunido todos los elementos del triunfo. En la noche del 17 se concluyó la reparticion de las esquelas despues de haber distribuido cuatrocientas treinta i siete; dos terceras

partes de éstas habian ido a poder de jente que debia cooperar a la obra del cabildo, i únicamente catorce estaban destinadas a europeos. De todos los miembros de la audiencia solo el rejente recibió invitacion.

Los liberales entretanto se habian reunido en número de ciento veinte i cinco aquella misma noche en casa de don Domingo Toro, para acordar ciertas medidas de necesidad que debian asegurarles el triunfo. El acuerdo duró hasta mui avanzada la noche, i al separarse todos los que a él concurrieron llevaban en su corazon las mas lisonjeras esperanzas de su próxima victoria. El cabildo abierto del dia 18 iba a importar nada ménos que el primer paso en el sendero de la independencia i la república (10).

(10) Martinez.—*Memoria histórica sobre la revolucion de Chile* pájs. 57 i siguientes.—O'Higgins. *Memoria sobre los hechos principales de la revolucion de Chile. Cap. I.* Mss.—*Diario* del doctor Argomedo. Ademas de estas obras, me ha servido para la historia de estos sucesos un espediente seguido entre el presidente i la audiencia con motivo de la instalacion de la primera junta, que ha sido publicado en la obra del padre Martinez i entre los documentos de la *Memoria sobre el primer gobierno nacional* de don Manuel Antonio Tocornal. Pueden verse tambien el Cap. III de este último trabajo i el Cap. VIII del tomo V de la *Historia de Chile* de M. Gay,

CAPITULO V.

—

I. Parada militar del 18 de setiembre.—II. Reunion del consulado.—III. Eleccion de los miembros que debian formar la suprema junta de gobierno.—IV. Ceremonias de celebracion.—V. Solemne proclamacion i juramento del nuevo gobierno.—VI. Juramento de las corporaciones i tropas.—VII. Las provincias reconocen la autoridad de la junta.—VIII. Sus primeros trabajos.—IX. Aumenta su influencia i popularidad.

I. Aun no despuntaba el dia 18, cuando comenzaron a cruzarse las tropas por las calles de la ciudad al mismo tiempo que los redobles de los tambores dejaban conocer que se preparaba una parada militar. La poblacion entera parecia conmovida i ajitada: cada cual queria tomar parte en el movimiento, miéntras en reuniones particulares dictaban los liberales sus últimas providencias para asegurar el triunfo.

A las siete de la mañana, la guarnicion ocupaba sus puestos señalados. El rejimiento de la princesa estaba destacado en la cañada desde san Diego hasta san Lázaro, con el encargo de impedir al populacho la entrada al centro de la ciudad, miéntras que tres com-

pañías del otro rejimiento de milicias denominado del príncipe se habian colocado en las cuatro calles que caen al consulado i el resto custodiaba el cuartel de san Pablo i patrullaba la poblacion, a fin de evitar los corrillos de jente ordinaria, que contenia a las inmediaciones del cerro de santa Lucía. La compañía veterana de dragones de la reina al mando de su capitan Ugarte, guarnecia la calle que conduce de la plaza principal al consulado con una del rejimiento del rei, i el resto de éste ocupaba las avenidas de la plaza, i la plazuela del consulado con la compañía veterana de dragones de la frontera a las órdenes de su capitan Benavente. En este último punto se habia fijado el jefe de la línea don Juan de Dios Vial con sus ayudantes, pronto a acudir al primer amago de desórden (1).

Con este aparato pensaban los liberales conservar la tranquilidad. Los centinelas, que se habian doblado en las puertas del consulado, ténian encargo de no dejar pasar a nadie que no presentase la esquela de invitacion, i las patrullas que recorrian todas las calles de la ciudad cuidaban del órden hasta en los arrabales, sin embargo de que por todas partes reinaba una calma inalterable.

II. A las nueve de la mañana pasó el cabildo en cuerpo a casa del presidente, i en poco tiempo mas se puso en marcha para el consulado donde lo esperaban mas de cuatrocientos de los convidados. De este número eran todos los prelados de las órdenes relijiosas, dos canónigos representantes del cabildo eclesiástico i dos jefes de oficinas fiscales; pero faltaban el contador mayor i el rejente de la real audiencia.

Esta tácita protesta del supremo tribunal contra lo

(1) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 64.

que se acordase aquel dia, habria intimidado a hombres ménos resueltos que la mayoria de los que allí se hallaban reunidos; pero estos ocuparon sencillamente sus asientos i dieron principio al cabildo abierto con gran compostura i buen órden.

Abierta la sesion, el presidente dejó con alguna entereza el baston del mando, i encomendó a su secretario Argomedo que espusiese a la reunion lo que le tenia prevenido de antemano. Comenzó éste entónces un breve discurso esponiendo la renuncia que hacia el conde del cargo que se le confió dos meses ántes, i encomiando de paso su conducta noble i desinteresada. «Señores, dijo; el mui ilutre señor presidente hace a todos testigos de los eficaces deseos con que siempre ha procurado el lleno de sus deberes. La real órden de sucesion de mandos lo elevó al puesto que hoi ocupa: lo abrazó con el mayor gusto, porque sabia que iba a ser la cabeza de un pueblo noble, el mas fiel i amante a su *soberano*, *relijion i patria*. Persuadido de estos sentimientos, se ofrece hoi todo entero a ese mismo pueblo, agüardando en las circunstancias del dia las mayores demostraciones de ese interes santo, leal i patriótico. En mano de los propios súbditos que tanto le han honrado con su obediencia, deposita el baston, i de todos se promete la adoptacion de los medios mas ciertos de quedar asegurados, defendidos, i eternamente fieles vasallos del mas adorable monarca Fernando: el ilustre ayuntamiento los propondrá primero, i todos como amantes hermanos propenderemos a un logro que nos hará honrados i felices. Este es el deseo i encargo del mui ilustre señor presidente, i cuando yo he sido el órgano de manifestarlo, cuento por el mas feliz de mis dias el presente» (2).

(2) *Diario* del doctor Argomedo.

Concluída esta esposicion, comenzó el procurador de ciudad Infante, un largo discurso, en que, hablando con valentía de los derechos inalienables de los pueblos, reclamaba conforme a las leyes de Castilla, la instalacion de una junta de gobierno en Santiago. «Sabeis, dijo, que cada dia se aumentaba mas el odio i aversion entre ámbas facciones, hasta amenazarse recíprocamente con el esterminio de una u otra. No habia ciudadano alguno que no se hallase poseido de la mayor angustia i zozobra, temiendo el mas funesto resultado...»

«Si se ha declarado que los pueblos de América forman una parte integrante de la monarquía, si se ha reconocido que tienen los mismos derechos i privilejios que los de la península i en ellos se han establecido juntas provinciales, ¿no debemos establecerlas tambien nosotros? No puede haber igualdad cuando a unos se niega la facultad de hacer lo que se ha permitido a otros, i que efectivamente lo han hecho...»

«A todos, nos animan los mas puros deseos; nadie será perseguido, nuestra santa relijion será cada dia mas respetada, reconocemos i confesamos la fidelidad al monarca, i en nombre de él gobernará la nueva autoridad» (3).

Estas palabras fueron oidas con las mas claras manifestaciones de aprobacion i agrado. Todos los concurrentes aplaudian sin duda el parecer del procurador de ciudad sobre la formacion de una junta gubernativa, i quizá ninguno entre ellos habria osado levantar la voz contra lo que sancionaba la mayoria, a no haber dos hombres de enerjía i corazon, que quisiesen hacer algo por la causa que en lo mas íntimo de sus conciencias creian santa. Apénas hubo concluido de

(3) Discurso de Infante, encontrado entre sus papeles.

hablar Infante, se levantó de su asiento don Manuel Manso, administrador de aduana i chileno de oríjen, para rechazar la innovacion que queria hacerse en el gobierno sin considerar los funestos resultados que tal paso debia producir; pero los liberales, que a toda costa se proponian sofocar esta especie de sentimientos, alzaron un clamor jeneral, i le dirijieron tales improperios que le fué forzoso dejar la sala inmediatamente.

Este ejemplo bastaba para hacer enmudecer a todo el que desease seguirlo, mas cuando los espíritus superiores abrigan convicciones profundas, los peligros no alcanzan a intimidarlos. Apesar de las rechiflas con que acallaron la voz de Manso, don Santos Izquierdo, español de nacimiento que llevaba en su pecho la cruz de la órden de Montesa, tomó la palabra para combatir con enerjía i decision las ideas emitidas anteriormente; pero resueltos los liberales a impedir toda discusion, recurrieron de nuevo a dar señales visibles de desagrado i a lanzar gritos descomedidos que lo redujeron a guardar silencio. Despues de él, nadie se atrevió a hablar.

III. Estas últimas incidencias probaron claramente que la mayoría de la asamblea deseaba i pedia la instalacion de una junta gubernativa. En efecto, un voto jeneral proclamó la creacion de la junta, al conde de la Conquista su presidente, i al obispo electo de Santiago don José Antonio Martinez de Aldunate su vicepresidente. Pasóse en seguida a nombrar los vocales de ella, i resultaron electos don Fernando Márquez de la Plata, el doctor don Juan Martinez de Rozas i don Ignacio de la Carrera; pero cuando todo se creia concluido, se suscitó una nueva discusion sobre aumentar el número de los vocales. Algunos pedian el nom-

bramiento de siete, a fin de alcanzar mas seguras garantías, i mayor acierto en las decisiones, miéntras que otros reclamaban que solo fuesen cinco en atencion a las leyes de partida. La mayoría pidió siete, i en conformidad se procedió a la eleccion de los dos que faltaban i resultaron electos el coronel don Francisco Javier de Reina i don Juan Enrique Rosales, por cerca de cien votos únicamente, a causa de una gran diverjencia de pareceres.

Terminada de este modo la eleccion, pasaron los nombrados a tomar posesion de sus asientos i a prestar el juramento de obedecer las leyes i hacer justicia conforme a ellas; i, como faltasen a la asamblea el doctor Rozas, que se encontraba en Concepcion i el obispo Aldunate que aun no habia llegado a Santiago, se les notificó en el acto su nombramiento. Pasaron luego las corporaciones i provinciales de las comunidades relijiosas a prestar el juramento de fidelidad i respeto al nuevo gobierno, i no faltaron voces que reclamaran se llamase inmediatamente a la real audiencia, cuyo rejente se habia negado a asistir a la reunion; pero siendo avanzada la hora, i habiéndose ofrecido el vocal Márquez de la Plata a hacer cumplir esta formalidad, se dejó para el dia siguiente.

Los gritos de triunfo acompañaron a los anteriores nombramientos: en medio de ellos se aclamaron por secretarios a los doctores Marin i Argomedo, que tan eficazmente habian servido a los liberales en los últimos meses, aconsejando al presidente i dirijiendo su debilitado espíritu al triunfo de sus principios.

IV. Tal fué el fin de aquella reunion de tan grandiosos resultados para la suerte del pais. Era ésta la primera vez que el pueblo tomaba parte en la direccion de los negocios administrativos rompiendo las trabas

de un número infinito de difusas leyes que mantenian un mundo sujeto a una monarquía debilitada i caduca. Por primera vez triunfaba la mayoría de la colonia contra los intereses de la metrópoli i de sus defensores, zanjando los cimientos de la república.

El pueblo, sin comprender la importancia de los sucesos que se efectuaban a su vista, tomaba parte en las celebraciones que se siguieron a la creacion de la junta gubernativa. Todos los concurrentes a la reunion del consulado acompañaron en triunfo al presidente i vocales a la plaza mayor i de allí a sus casas en medio de las espresivas manifestaciones de júbilo i entusiasmo. Las calles se encontraban atestadas de jente, que hacia difícil el tránsito: de los balcones i ventanas, que se hallaban aprestados de curiosos, solo se oian gritos de aplauso, miéntras el repique jeneral de campanas aumentaba considerablemente el bullicio de toda la poblacion. El séquito del presidente tenia un particular cuidado de tirar dinero a la plebe que habia podido llegar hasta la plaza, a fin de mantenerla en órden i sumisa (4).

Las celebraciones no concluyeron con el dia: pusiéronse luminarias por la noche en todas las casas de la poblacion al mismo tiempo que recorrian las calles músicas improvisadas que celebraban el triunfo que acababan de alcanzar los liberales. Todo era entusiasmo i alegría en la ciudad; veíase la mayoría en el colmo del contento, despues de una tenaz lucha de que salia vencedora, merced solo al espíritu superior que animaba a sus caudillos. Se habia removido un obstáculo poderoso en pocos momentos, i no trepidaban en creer suya la victoria.

V. La real audiencia era el verdadero núcleo en que

(4) *Diario* del doctor Argomedo. Martinez, *Mem. hist.* paj. 65.

reconcentraban sus fuerzas los enemigos del nuevo gobierno. Su rejente invitado al cabildo abierto, se habia negado a asistir, protestando con esta conducta contra todo lo que se sancionase en él.

No se ocultaban por cierto estos cálculos a la junta: en la tarde del mismo dia 18 se dirijió un oficio reclamando imperiosamente su pronto i formal reconocimiento. Con este motivo cambiáronse varias notas en que el supremo tribunal iba perdiendo progresivamente su resistencia i ganando entereza sus contendores, hasta aplazarlo para la mañana del dia 19.

Este fué tambien el dia de la publicacion solemne de la acta de instalacion del nuevo gobierno en forma de bando, con gran ceremonia i ostentacion. Mas de quinientos hombres del rejimiento del príncipe encabezaban la comitiva formada por el alcalde Eyzaguirre, los rejidores Errázuriz, Perez García i el escribano público don Agustin Diaz. En pos de ellos venia una banda de música militar, la compañía de dragones de la reina i otra de dragones de la frontera seguidas por un inmenso jentio, que no se cansaba de aplaudir i celebrar estos sucesos, cuya importancia distaba mucho de comprender.

La junta entretanto habia dado principio al ejercicio de sus funciones. Aquel dia aguardaba en el palacio a la real audiencia que se habia comprometido al fin a prestar el juramento: el vocal Plata habia allanado con tino i prudencia los obstáculos que al principio se presentaron.

En efecto, pasaron los miembros del supremo tribunal a la sala de las sesiones de la junta, donde los recibieron los vocales de pié i al son de música. Despues de una lijera discusion aviniéronse los primeros

a reconocer la autoridad del gobierno creado bajo la fórmula usada del juramento.

Pero este paso no importaba para ellos la sancion a los procedimientos de los liberales, sino solo la obediencia al gobierno establecido. La audiencia lo manifestó así a los pocos dias, poniendo en alarma a la suprema junta, que no solo le exijió una retractacion completa, sino tambien que pasase una circular a los subdelegados, a fin de obtener la cooperacion de los pueblos en sus trabajos.

El supremo tribunal accedió a esta nueva exijencia, despues de notas reiteradas i picantes, i en vista de la enerjia de las providencias de la junta, i del influjo que alcanzaba a cada momento; pero sin querer perder el todo de su autoridad, la audiencia continuó reclamando con empeño aunque vanamente los primeros lugares al lado del presidente en las ceremonias, apoyándose en las leyes i reales cédulas españolas, i discutiendo el reglamento que acababa de establecer la junta para el despacho de sus asuntos (5).

VI. El juramento de la audiencia no era el único que habia que exijir, ya que se queria dar importancia al nuevo gobierno con las manifestaciones de obediencia i fidelidad. El regocijo público no era tampoco cuanto habia que esperar; era preciso que todas las corporaciones civiles, eclesiásticas i militares del reino manifestáran su franca adhesion a la junta.

Con este objeto se levantó un tablado en la plaza mayor el dia 20, custodiado por la tropa, en que tenian su asiento los vocales de la junta gubernativa i los miembros todos del cabildo. Este cuerpo fué el primero en reconocer, i prestar el juramento al

(5) Espediente seguido para el reconocimiento i juramento de la junta.

gobierno que se acababa de formar, merced solo a sus empeñosos trabajos. Siguiólo despues el cabildo eclesiástico, por órgano de dos de sus miembros, don Vicente Larrain i don Juan Pablo Fretes; los provinciales de las órdenes relijiosas i los jefes i oficiales de los cuerpos. La tropa de los rejimientos del rei, del príncipe i de la princesa juraron sobre las banderas al son de músicas militares i en medio de salvas de artillería.

La poblacion entera de la capital hacia alarde en estas ceremonias de un gran entusiasmo i alegría. Por la noche la ciudad se hallaba alumbrada por luminarias, miéntras recorria las calles una banda de música i se tiraba dinero al pueblo (6).

VII. Hasta entónces la revolucion habia sido en gran parte la obra sola i esclusiva de la capital. Las provincias no habian tenido participacion alguna en la creacion de la junta de gobierno, i hasta se ignoraba como recibirian la noticia de las últimas ocurrencias de Santiago.

Para impedir todo pronunciamiento que fuera contrario a los intereses de los liberales se comisionaron a algunas personas de importancia i distincion que exijiesen en los diversos partidos del reino el homenaje i juramento de obediencia i fidelidad. Don Fernando Errázuriz fué encargado de pasar a Valparaiso, don Francisco Irarrázabal, don Gabriel Valdivieso i don Bernardo del Solar debian trabajar en los partidos del norte, al mismo tiempo que don José María Rozas i don Anselmo de la Cruz se ponian en marcha para el sur.

No fué necesario vencer grandes dificultades para obtener el juramento en las provincias del norte i aun en Valparaiso. Solo en Coquimbo se presentó alguna

(6) Martinez.—*Memoria histórica sobre la revolucion de Chile.*

resistencia, a causa de las noticias anteriores que allí se recibieron acerca de los torcidos propósitos que abrigaban los miembros de la junta. El influjo del clero hizo que el subdelegado i otras personas de respeto i consideracion protestasen contra el acuerdo del 18 de setiembre; pero en vista del acta de instalacion, i de la actitud enérjica i decidida que guardaba el nuevo gobierno se determinó su cabildo a publicar el bando de reconocimiento el dia 8 de octubre.

Ménos dificultades se presentaron en los pueblos del sur. En San Fernando se levantaron arcos i pirámides con versos alegóricos en honra del monarca i de la junta i se prolongaron las celebraciones por tres dias consecutivos. Talca, Chillan i Concepcion recibieron la noticia con igual aplauso: en esta última ciudad, sobre todo, se despreció i amenazó de tal modo al intendente don Luis de Alava por su poca adhesion al nuevo órden de gobierno, que se vió precisado a fugarse a bordo de la fragata *Europa*, que se hacia a la vela de Talcahuano para el Callao, a costa de 10,000 pesos depositados a título de residencia. El reconocimiento fué celebrado con música i salvas de artillería por tres dias: a él se siguió el juramento de la tropa, prestado bajo la direccion del teniente coronel don Tomas Figueroa, miéntras las guarniciones fronterizas hacian otro tanto bajo el cuidado del coronel don Pedro José Benavente, i las milicias de la isla de la Laja, bajo el de su jefe don Bernardo O'Higgins (7).

VIII. La junta entretanto no dormia. El cabildo habia asignado sueldo a sus miembros i secretarios (8), i éstos se hallaban en el caso de corresponder a

(7) Documentos del archivo del ministerio del interior.

(8) Por el nuevo arancel de sueldos, se le acordaron 6,000 pesos al presidente de la junta, 3,000 a cada vocal i 2,000 a los dos secretarios, con la condicion de que si por algun otro destino

los esfuerzos que habian hecho concebir al partido liberal.

A los pocos dias de instalada, el 5 de octubre, decretó la junta un reglamento que debia servirle de norma en el despacho i ceremonial. Constaba éste de solo once artículos, en que sin entrar en deslindar poderes esponia sencillamente sus atribuciones, reducidas a las de un capitan jeneral de provincia i fijaba la hora i demas pormenores sobre el despacho ordinario.

Por escasa que fuese la importancia de este reglamento, probaba al ménos que el nuevo gobierno obtenia consistencia cada dia i se aseguraba mas i mas en el terreno de la revolucion. Sus vocales eran, en parte, hombres de talento que sabian apreciar las circunstancias i los sucesos en su exacto valor, i que trabajaban con fé i conviccion i alentados por las esperanzas de un seguro triunfo,

Hasta entónces las celebraciones habian sido puramente civiles: la iglesia no habia tomado parte alguna en ellas, i era preciso que tuviese lugar una suntuosa misa de gracias en la catedral. Para ésta se fijó el dia 11 de octubre: a ella concurrieron los vocales de la junta, los miembros de la real audiencia i demas corporaciones.

IX. El clero, en efecto, habia perdido ya esa actitud amenazante para el nuevo gobierno, porque muchos de sus miembros, viendo frustradas sus anteriores predicciones, no trepidaron en sancionar i aplaudir la junta que ántes rechazaban. Las comunidades relijiosas, comenzando por Santo Domingo, celebraron misas de gracias en honor del gobierno instalado.

En esto no hacian mas que adherir a la opinion je-

gozasen otro sueldo solo recibirian el completo para enterar la asignacion.

neral. A los pocos dias de formada, la junta no tenia ya ese gran número de enemigos que habia suscitado a los liberales su idea. Las familias de mayor rango, numerosas como eran, les pertenecian decididamente: el cuerpo de los abogados i muchos eclesiásticos de respeto les habian ayudado el dia en que vacilaban sus principios (9).

Sus enemigos cedian tambien de sus propósitos de resistencia: sentíanse desfallecer ante su propia nulidad i los triunfos de los juntistas i quisieron buscar ante todo la tranquilidad pública. No podian desconocer las virtudes i probidad de los hombres que formaban el gobierno, i nada podian esperar de ellos que no fuesen beneficios. Por otra parte en él tenia un asiento el coronel Reina, español de nacimiento i obstinado enemigo de las nuevas ideas, verdadera garantía ante los ojos de los que con mayor justicia se llamaban súbditos fieles del rei Fernando.

Si esta reconciliacion no era absolutamente real, la efervescencia habia cambiado al ménos mucho un mes despues de instalada la junta gubernativa: los enconos se calmaron en breve i hasta se pudo distinguir algun principio de fusion entre ambos partidos.

(9) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 67.

CAPITULO VI.

I. La junta comunica su instalacion a las otras provincias de América i algunas potencias estranjeras.—II. Sus relaciones con el gobierno revolucionario de Buenos-Aires.—III. Llega a Santiago un diputado de aquellas provincias—IV. Primeras ideas de una gran confederacion americana. —V. El doctor Rozas se recibe del cargo de vocal.—VI. Primeros escritos de la revolucion de Chile.—VII. Creacion de los cuerpos de tropas.—VIII. Medidas administrativas de la junta.—IX. Cónvocase a los pueblos para la formacion de un congreso jeneral.

I. Instalada i reconocida por los pueblos la suprema junta de gobierno, pensaron sus miembros que era de su deber comunicar su formacion a los mandatarios de las otras provincias americanas, al soberano español i aun a algunos estados aliados i amigos de la madre patria, a fin de justificar su conducta, ántes que cayese sobre ellos el baldon de facciosos.

Con este objeto ofició al virei del Perú Abascal, al marques de Casa Irujo, embajador español en la corte del Janeiro, i al de Inglaterra, lord Strangford, a la princesa Carlota Joaquina del Brasil i aun al consejo de rejencia formado en Cádiz, como representante del

soberano cautivo. Usaba en este último oficio la suprema junta de una sagacidad superior i de cierto talento para presentar como favorable a los intereses de la metrópoli el cambio gubernativo de setiembre. Decia en él que las desgraciadas circunstancias de la península i el ejemplo de las provincias españolas habian impulsado al pueblo entero a pedir i establecer el nuevo gobierno; pero temiendo que la real audiencia informase secretamente sobre las tendencias liberales que se dejaban ver en el desarrollo de estos últimos sucesos agregaba mas adelante: «Hemos creido por sus oficios i últimas conversaciones que procede este tribunal con aquella buena fé próxima de su dignidad, pero si en la presencia de V. M. hablan de otro modo, (que no creemos) la razon, los papeles, la opinion pública i la esperiencia sincerarán nuestros procederes i manifestarán indudablemente, oyéndonos V. M. en tal caso que estamos mui distantes de cegarnos por otra ambicion que no sea la del bien público i de la nacion cuya lejítima soberanía respetaremos siempre; en este concepto, rendidamente suplicamos a V. M. se sirva aprobar todo lo obrado i disponer lo que fuese de su real agrado» (1).

II. Preciso era tambien que la suprema junta notificase su instalacion al gobierno revolucionario de Buenos-Aires; pero residia aun en la capital don Gregorio Gomez comisionado por aquel gobierno, i éste avisó el mismo dia 18 de setiembre, por medio de un chasque, todo lo ocurrido en Santiago.

Esta noticia llegó a Buenos-Aires el 11 de octubre. Inmediatamente el fuerte hizo resonar una salva de

(1) «Oficio de la primera junta al consejo de rejencia de España» de octubre 2 de 1810. Existe otro documento curioso que lleva por titulo «Motivos que ocasionaron la instalacion de la suprema junta de Chile,» impreso en Cadiz en 1811.

veinte i un cañonazos, en medio de los mayores transportes de efusion por tan plausibles sucesos (2). Ellos iban a dar consistencia a la revolucion que se operaba en aquel pais con franqueza i enerjía, i a distraer la atencion del virei Abascal que despachaba ejércitos al Alto Perú con el objeto de sofocarla.

El movimiento de mayo en aquella capital necesitaba de esta sancion, i llamar por este medio la atencion de los mandatarios españoles, que veian claramente los trabajos incesantes en favor de la independencia. Con este motivo, la junta de Buenos-Aires ofició al cabildo de Santiago i al presidente interino el conde de la Conquista, a fines de agosto i principios de setiembre, interesándolos hábilmente para que trabajasen por un cambio gubernativo en Chile. Proponia en ámbas comunicaciones la aceptacion de los «auxilios que la poderosa nacion inglesa franquea con mano pródiga a los pueblos fieles del rei Fernando» (3), contra el despotismo de los mandones delegados de la corona.

Estas notas llegaron a Santiago a fines de setiembre, cuando la junta estaba reconocida i jurada en casi todo el reino. El cabildo triunfante en la lucha que habia sostenido con los partidarios del viejo réjimen, comenzaba a trabajar por las reformas i mejoras que constituian su plan político, i no trepidó en aceptar las indicaciones que se le hacian. «Nada es tan satisfactorio al hombre, decia al principiar su contestacion, como ver uniformadas sus ideas a las de aquellos que se distinguen por su ilustracion i patriotismo» (4).

(2) Gaceta estraordinaria de Buenos-Aires de 15 de octubre de 1810.

(3) Oficio de la junta de Buenos-Aires al presidente de Chile, de 1.° de setiembre de 1810.

(4) Oficio del cabildo de Santiago a la junta de Buenos-Aires. Este interesante documento que parece haber tenido a la vista el

III. En efecto, la revolucion chilena tenía hasta entónces por norma la de Buenos-Aires, de donde habia venido quizá la primera idea de una junta de gobierno. Un enviado secreto habia participado a los liberales de Santiago las ocurrencias políticas de aquella capital, i su junta revolucionaria habia tomado hasta cierto punto una parte activa en promover el cambio gubernativo de Chile.

Pero esto no bastaba en el concepto de los caudillos de la revolucion arjentina. Cuando no sabian el resultado de sus últimas comunicaciones, el 18 de setiembre, despacharon para Santiago un representante encargado de estrechar las relaciones de ambas provincias con la junta suprema, si esta se habia instalado, o secretamente con el cabildo de la capital. Este enviado era el doctor don Antonio Alvarez Jonte, abogado jóven de talento i valentía que años atras habia hecho sus estudios en Santiago, donde contaba con un crecido número de amigos.

Alvarez Jonte llegó a Santiago el 29 de octubre, cuando el gobierno nacional estaba perfectamente reconocido en todas las provincias. Pocos dias despues presentó al gobierno sus credenciales, i fué recibido el dia 7 de noviembre por la junta, en reunion con el ayuntamiento, los ministros de la real hacienda, i los miembros del supremo tribunal. Con este motivo pronunció un largo discurso destinado a manifestar la triste situacion de la guerra de España i los siniestros propósitos que abrigaban los mandones de América de entregar las provincias de su gobierno al hermano del emperador Napoleon. De aquí pasó a probar la urjente

padre Martinez, ha quedado hasta ahora inédito. Lo inserto entre los documentos, bajo el número 5, con el oficio del comisionado de aquella junta en Santiago, que es absolutamente desconocido.

necesidad de establecer i fomentar eficazmente una alianza mutua entre ambas juntas, la de Buenos-Aires i la de Santiago, a punto de constituir ambos estados una especie de confederacion. Segun sus proposiciones, debian declarar la guerra o aceptar la paz de mutuo consentimiento, firmar tratados de navegacion i comercio de comun acuerdo, i hasta cimentar el gobierno bajo las mismas bases (5).

IV. Estas proposiciones tenian en aquella época muchos sectarios en Chile. Uno de los abogados mas distinguidos del reino, el doctor don Juan Egaña, dedicado tambien a las ciencias sociales con fruto i provecho para aquella época en que la política era un laberinto que nadie comprendia, habia presentado a la suprema junta un proyecto de constitucion para el gobierno interior, en que aconsejaba la libertad de comercio en nuestras costas, la estipulacion de tratados con las potencias estranjeras i la formacion de un congreso jeneral de todas las provincias americanas. Esta idea, que mas tarde ha preocupado a varios políticos de Sur-América, formaba la base principal de la revolucion de Chile, segun el sentir de algunos de sus caudillos.

V. De este número era el doctor don Juan Martinez de Rozas, vocal de la junta. Residia en Concepcion cuando llegó a sus oidos la noticia de las ocurrencias de setiembre. Antes de ponerse en camino para Santiago quiso dejar reconocido el nuevo gobierno en aquella provincia, empeño que le demoró hasta el 1.° de noviembre, dia en que llegó a los arrabales de la capital.

La suprema junta le tenia preparado un recibimiento espléndido. Inmediatamente que se supo su llegada al

(5) **Martinez**, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 73.

Conventillo, punto que designaba para hospedarse aquel dia, se le mandaron veinte i cinco dragones como guardia de honor, i se citó a todos los rejimientos de milicias i a la brigada de artilleros para el dia siguiente. En efecto, en la mañana del 2 hizo su entrada pública, acompañado de los otros miembros de la junta, el cabildo, la audiencia, jefes de tribunales, prelados eclesiásticos, jefes militares i demas corporaciones, por entre una doble fila de soldados i en medio de las salvas de artillería, repiques de campanas i músicas. En seguida prestó el juramento de costumbre, para recibirse del honroso cargo que se le habia confiado, i las celebraciones duraron hasta la noche con iluminacion jeneral i fuegos artificiales.

Por grande que fuera el empeño que se hiciese para manifestar este entusiasmo, habia en realidad un gran fondo de aprecio i admiracion por sus vastos talentos i por la enerjía estraordinaria que le caracterizaba. Él venia a dar impulso a la revolucion, hasta entónces incierta i vacilante, imprimiéndole un sello de firmeza que le convenia. Su carácter serio, sus miras elevadas en asuntos de política, su encono manifiesto contra el réjimen colonial, le constituian en la áncora de salvacion para unos i en el objeto de terror para los que comenzaban a temer por la segregacion de Chile de la madre patria.

VI. Esponia sus ideas con cierta franqueza que le captaba partidarios: la falta de una imprenta en el pais la suplió, desde su llegada a Santiago, por medio de copias manuscritas de un periódico de reducidas dimensiones que hacia circular con el espresivo nombre de DESPERTADOR AMERICANO, i con un opúsculo, tambien manuscrito, que llevaba por rubro CATECISMO POLÍTICO CRISTIANO, especie de curso elemental

de aquella ciencia, puesto al alcance del vulgo; en que se asentaban los principios mas avanzados que hasta entónces se hubiesen emitido en Chile. «La metrópoli, dice, nos manda todos los años bandadas de españoles que vienen a devorar nuestra sustancia, i a tratarnos con una insolencia i una altanería insoportables; bandadas de gobernadores ignorantes, codiciosos, ladrones, injustos, bárbaros, vengativos, que hacen sus depredaciones sin freno i sin temor; porque los recursos son dificultosísimos, pues que los patrocinan sus paisanos; porque el supremo gobierno dista tres mil leguas, i allí tienen sus parientes i protectores que los defienden, i participan de sus robos, i porque ellos son europeos, i nosotros americanos: la metropóli nos carga diariamente de gabelas, pechos, derechos, contribuciones e imposiciones sin número, que acabarán de arruinar nuestras fortunas, i no hai medios ni arbitrios para embarazarlas: la metrópoli quiere que no tengamos manufacturas, ni aun viñas, i que todo se lo compremos a precios exorbitantes i escandalosos que nos arruinan: toda la lejislacion de la metropóli es en beneficio de ella, i en ruina i degradacion de las Américas, que ha tratado siempre como una miserable factoría; todas las providencias del gobierno superior tienen por objeto único llevarse, como lo hace, el dinero de las Américas i dejarnos desnudos, a tiempo que nos abandona en los casos de guerra: todo el plan de la metrópoli consiste en que no tratemos, ni pensemos en otra cosa que en trabajar las minas, como buenos esclavos, i como indios de encomienda, que lo somos en todo sentido, i nos han tratado como a tales. La metrópoli ha querido que vamos a buscar justicia i a solicitar empleos a la distancia de mas de tres mil leguas para que en la corte

seamos robados, saqueados, i pillados con una impudencia, i un descaro escandoloso, i para que todo el dinero lo llevemos a la península. Los empleados europeos vienen pobrísimos a las Américas, i salen ricos i poderosos: nosotros vamos ricos a la península i volvemos desplumados, i sin un cuarto....» «¡Patriotas americanos! continúa, nos vemos elevados a la dignidad de hombres libres, i se despachan órdenes reservadas para que al que de nosotros parezca sospechoso a las miras i designos de nuestros amos, se le arrebate del seno de su familia, i se le traslade al otro lado de los mares, sin oirlo, sin citarlo, i sin ser juzgado en el lugar de su domicilio, donde solo puede hacer i probar sus defensas!...»

«¡Chilenos, americanos todos! prosigue, si nos dejamos engañar, seducir i adormecer con estos finjidos halagos, nuestra suerte está decidida, seremos eternamente infelices: si creemos en promesas quiméricas i falaces, nosotros quedarémos sumerjidos en toda la profundidad de nuestros males....» «Esclavos recientemente elevados a la categoría de hombres libres, mostremos al universo que ya no somos lo que fuimos i que nos hallamos emancipados, i ya tenemos una representacion política entre las naciones del orbe. El tiempo urje, chilenos, americanos todos. Elío el loco, el furioso, el enemigo de nuestra libertad, el hablador eterno e insolente contra los patricios, es el déspota que los cinco hombres que han usurpado el mando de Cádiz i su territorio en la isla (de Leon), han destinado para que venga a oprimir a los hombres libres de Chile....»

VII. Estas ideas eran tambien las de muchos de los hombres mas importantes de Santiago i ganaban a gran prisa crédito entre el vulgo. La revolucion encontra-

ba eco en todas partes i en casi todos los espíritus, que celebraban vivamente cada uno de sus pasos por insignificante que fuese. El 22 de octubre hicieron su entrada en Santiago don Juan Antonio Ovalle i don José Antonio Rojas, confinados ambos al Perú por Carrasco, en medio de un acompañamiento lucidísimo, con que los liberales habian creido avivar el entusiasmo por el nuevo réjimen administrativo.

Sin embargo de esto, no faltaban enemigos, a quienes era preciso vijilar i aun imponer por medio de la fuerza. A los pocos dias de instalada la suprema junta se estendió en Santiago la noticia de que el marques de Cañada Hermosa don José Tomas Azúa queria desbaratar el gobierno al mando de 1,500 hombres de las milicias de Quillota, i hasta que se habia puesto en marcha para Santiago con este objeto (6).

Estos temores eran mui alarmantes para que la junta gubernativa no quisiese poner un atajo formal a sus enemigos. A pedimento del cabildo celebró una reunion el dia 10 para tratar el plan de defensa del reino, a que asistieron los jefes militares i algunas otras personas de consideracion i respeto. El comandante Vial opinó por la creacion de un rejimiento de infantería de mil plazas, i el capitan Benavente por que se formase uno de dragones, que podian servir a pié i a caballo, miéntras la mayoría pedia solo un informe o plan de defensa: para hacerlo se nombró una comision compuesta del capitan de injenieros don Juan Mackenna, el doctor don Juan Egaña i don José Samaniego, cuyo informe debia presentarse al cabildo para su aprobacion.

De los tres miembros que formaban esta comision,

(6) O'Higgins, *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*. Mss. Cap II.

era Mackenna el único intelijente en la ciencia militar, i él fué quien redactó el informe. Esponia en él la necesidad de fortalecer bien las costas del reino, i de levantar algunos cuerpos de milicias, dando de paso serios i hábiles golpes a las autoridades españolas, que segun él, jamas habian comprendido las necesidades militares de Chile, i aconsejando el uso de las contribuciones para subvenir a los crecidos gastos que tal equipo debia ocasionar.

Para dar cumplimiento a esta idea, la junta celebró una contrata con don Diego Whitteaker, comerciante ingles de Santiago, quien se comprometió a traer de Lóndres diez mil fusiles, igual número de pistolas, dos mil sables, i dos mil vestuarios, todo al precio mas ínfimo, obligándose el gobierno a eximir de todo derecho el resto del cargamento que pudiese traer el buque (7).

Mas, como podia tardar este refuerzo de armas, creyóse necesario organizar algunos cuerpos de tropas, como una segura salvaguardia contra los enemigos interiores que podian desconocer el gobierno constituido. Decretóse con este objeto la formacion de un rejimiento de infantería de setecientas plazas con el nombre de *granaderos* i la de dos escuadrones de caballería de trescientas plazas cada uno con la denominacion de *húsares*: la eleccion de los oficiales i jefes de estos cuerpos debia hacerse por la suprema junta.

A este fin se reunió a principios de diciembre: pero empeñado cada cual de los vocales en dar un puesto a los suyos, la eleccion habria sido mui reñida a no interponer el doctor Rozas sus diestros manejos.

(7) Archivos del gobierno.

Supo retirar con frívolos pretestos al presidente Toro i pudo hacerla a medida de sus deseos (8). Don José Santiago Luco i don Juan José Carrera fueron nombrados comandante i mayor del rejimiento de granaderos, i don José Joaquin Toro i don Joaquin Guzman de húsares. Poco despues se comenzó a hacer las levas de tropa, pero como esto tardase en llevarse a efecto, los partidarios del gobierno comenzaron a temer que no se realizase i sus enemigos a poner en rídiculo el proyecto. Con este objeto fijaron en la puerta del palacio «una caricatura que demostraba un cuerpo de infinitos oficiales de lujo, i atras un soldado desastroso» (9).

VIII. Estas medidas tomadas por la junta sin el acuerdo del cabildo, i aun contra el parecer de este cuerpo, sembraron la cizaña entre ambos poderes. El ayuntamiento comenzó a temer por los pasos avanzados de la junta, que obedecia a las inspiraciones del doctor Rozas: éste, adoptando ciertas cláusulas del informe de Mackenna i de un memorial del diputado de Buenos-Aires Alvarez Jonte, queria imponer contribuciones al pueblo para asegurar una renta capaz de sostener un ejército. Pero estas providencias no podian dejar de acarrearle la animadversion de muchos: atribuyéronle intenciones de coronarse nada ménos, i en un pasquin fijado en la puerta de su habitacion se habia dibujado un baston atravesado por una espada ensangrentada con una corona real, i una inscripcion que decia: *Chilenos, abrid los ojos; cuidado con Juan I!* (10)

(8) Conversacion con el jeneral Aldunate.

(9) O'Higgins, *Memoria sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*. Mss. cap. II.

(10) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 75.

Rozas por su parte, sea que no comprendiese este desagrado o que hiciera de él un alto desprecio, marchaba firme en el desarrollo de sus propósitos gubernativos. Algunos miembros de la junta lo apoyaban eficazmente en sus reformas, que casi siempre eran importantes.

Una de éstas fué la supresion de las antiguas subdelegaciones en que estaba dividido el reino. No se ocultaban a los vocales del nuevo gobierno las depredaciones que cometian los subdelegados, sus arbitrariedades i abusos, i creyeron de necesidad suprimirlos pasando su poder i autoridad al alcalde de primer voto, miéntras se decretaba la creacion de gobernadores departamentales.

Pero al mismo tiempo que la junta emprendia trabajos tan formales para la organizacion del pais, su existencia se hallaba amenazada por la conducta de los mandatarios españoles. El consejo de rejencia, que habia confiado a Elío el cargo de presidente de Chile, le nombró virei de Buenos-Aires, i dió a don Antonio Barcárcel, marques de Medina, el primer destino de aquel.

Esta noticia llegó a Santiago a principios de diciembre, i se divulgó con una prontitud estraordinaria por toda la ciudad. La junta gubernativa, en tales circunstancias, quiso tomar medidas enérjicas, i con este objeto ofició al marques de Medina, cuya residencia ignoraba, en términos fuertes i atentos a la vez, probando que «estaba satisfecho el reino que si las provincias de España, i aun Canarias tienen sus juntas, Fernando reconocerá gustoso estas mismas medidas de nuestra constante adhesion»; i añadiendo mas adelante que se sirviera «mantenerse en la península, o por lo ménos no pasar a estas rejiones con el título

de presidente, interin subsistan las cosas en el estado actual, porque será sin efecto su venida» (11).

Este oficio fué remitido a la suprema junta de Buenos-Aires, para que lo hiciese poner en manos de Barcárcel, instándole se opusiese a su tránsito a Chile, si tocaba algun puesto sometido a su jurisdiccion, como tambien a la salida de aquella capital de tres empleados que mandaba el consejo de rejencia. Las estrechas relaciones que existian entre ambos gobiernos dictaron las satisfactorias notas de 31 de diciembre, porque se comprometia aquel a impedirle seriamente su tránsito a Chile (12).

IX. La junta, sin embargo de tomar medidas tan avanzadas como ésta, solo tenia su autoridad provisoriamente. Ella misma habia prometido el dia de su instalacion la formacion de un congreso jeneral, a que debian concurrir los diputados de todas las provincias; pero ahora veia que la revolucion iba a perder ese carácter de unidad que habia tenido hasta entónces, i habia retardado el despacho de las circulares i demas órdenes necesarias para efectuar la eleccion.

Esta conducta produjo algunas quejas de las provincias, i una enérjica representacion del procurador de ciudad Infante, a nombre del cabildo, bastante indispuesto ya con la junta gubernativa, en que reclamaba imperiosamente la convocatoria como una satisfaccion debida a los pueblos para calmar su inquietud.

Habia algo de avanzado en esta representacion por parte del cabildo; pero la junta, convencida de la justicia del reclamo, espidió el siguiente dia 15 una cir-

(11) Oficio de la junta al marques de Medina. Diciembre 10 de 1810.

(12) Oficios de la junta de Buenos Aires a la de Santiago. Diciembre 31 de 1810.

cular en que, despues de esponer detenidamente la necesidad i objeto del congreso, dictaba las providencias mas necesarias para reglamentar la eleccion. Por ella se concedia el derecho de sufrajio a «los individuos que por su fortuna, empleos, talentos o calidad gozan de alguna consideracion en los partidos en que residen, siendo vecinos i mayores de veinte i cinco años: lo tienen igualmente los eclesiásticos seculares, los curas, los subdelegados i militares. No tienen derecho de asistir a las elecciones los estranjeros, los fallidos, los que no son vecinos, los procesados por delitos, los que hayan sufrido pena infamatoria i los deudores de la real hacienda.» El cabildo, i donde este faltare, el subdelegado, el cura i el oficial de milicias de mayor graduacion del partido debian convocar para la eleccion, formando una lista de todos los que podian concurrir a ella.

Podian «ser elejidos diputados los habitantes naturales del partido, o los de fuera de él avecindados en el reino que, por sus virtudes patrióticas, sus talentos i acreditada prudencia hayan merecido el aprecio i confianza, siendo mayores de 25 años, de buena opinion i fama, aunque sean eclesiásticos o seculares. No podrán ser elejidos diputados los curas, los subdelegados i oficiales veteranos cuyos empleos exijen precisa residencia.» Quedaban, tambien, escluidos del derecho de elejir o ser elijidos los que hubiesen ofrecido o admitido cohecho (13).

El número de diputados estaba determinado tambien en ella: éste guardaba proporcion con los habitantes de cada uno de los veinte i cinco partidos en que estaba dividido el reino. La jeneralidad de éstos tenian

(13) Acta de convocatoria para el primer congreso, diciembre 15 de 1810.

derecho a uno solo: Coquimbo, San Fernando, Talca i Chillan a dos, Concepcion a tres i Santiago a seis: pero no contento el cabildo de la capital con este número, acordó, en sesion de 8 de enero de 1811, solicitar de la junta suprema, por medio del procurador de ciudad, el derecho de nombrar doce (14).

La eleccion debia verificarse en los primeros dias de abril, para que el 15 de este mes se hallasen reunidos en la capital todos los diputados de las provincias, a fin de hacer su solemne apertura el 1.° de mayo. Segun las esperanzas del cabildo, este dia iba a ser el mas importante en los fastos de Chile.

(14) Acta del cabildo de 8 de enero de 1811.

CAPITULO VII.

I. Primer escrito en favor de la independencia de Chile.—II. Mackenna es nombrado gobernador de Valparaiso.—III. El consejo de rejencia reclama nuevos subsidios pecuniarios.—IV. La junta ofrece auxilios de tropas al gobierno de Buenos Aires.—V. Decrétase la libertad de comercio.—VI. Las cortes españolas ensanchan las libertades americanas.—VII. Muerte del conde de la Conquista.—VII. Apréstanse socorros militares para Buenos Aires.—IX. Preparativos para la eleccion de diputados al congreso.

I. La revolucion cobró ánimos con sus primeros triunfos. Débiles i vacilantes sus principios el dia de la formacion de la suprema junta, se habian robustecido i fijado al comenzar el año de 1811. Hablábase de reformas sérias, de mejoras importantes que era preciso introducir, aunque fuese rompiendo a golpes con las tradiciones i el pasado.

La libertad de pensar dejó de ser un crímen: la junta gubernativa pidió a Buenos-Aires una imprenta, i miéntras llegaba ésta, las copias manuscritas de proclamas i folletos suplian por la prensa periódica. Entónces tuvo oríjen la idea de la independencia de Chile,

enérjicamente pedida, en una de esas proclamas, por el padre de la buena muerte Camilo Henriquez.

Acababa éste de volver del Perú, adonde le habia llevado un espíritu aventurero, que burlaba las precauciones de sus padres. Perseguido en Lima por el tribunal del santo oficio, encerrado en sus calabozos a causa de sus ideas liberales, el padre Camilo miraba con odio esos despóticos mandatarios que pretendian encadenar el pensamiento. Al tomar el hábito monástico desatendió los estudios teolójicos para dedicarse de lleno a las ciencias políticas i a la historia. Sus ideas tomaron en breve un vuelo elevado; sus principios gubernativos fueron democráticos i liberales, i el proyecto que le preocupaba la independencia de Chile, su patria. Pero sin altas relaciones de familia, sin fortuna i sin antecedentes, en vano habria trabajado por hacer triunfar este principio entre hombres que no debian oirle, i sin probabilidades de buen éxito. Su casual vuelta a Chile en los primeros dias de 1811 le abrió el camino para cooperar poderosamente a la realizacion de sus proyectos.

Su primer trabajo en favor de la revolucion fué la referida proclama. En ella pedia sin embozo ni disimulo la independencia de Chile, con motivo de la próxima instalacion del congreso nacional. «La libertad, decia en ella, elevó en otro tiempo a tanta gloria, a tanto poder, a tanta prosperidad a la Grecia, a Venecia, a la Holanda; i en nuestros dias, en medio de los desastres del jénero humano, cuando jime el resto del mundo bajo el peso insoportable de los gobiernos despósticos, aparecen los colonos ingleses, gozando de la dicha incomparable con nuestra debilidad i triste suerte. Estos colonos, o digamos mejor, esta nacion grande i admirable, existe para el ejemplo i la

consolacion de todos los pueblos. No es forzoso ser esclavos, pues vive libre una gran nacion. La libertad ni corrompe las costumbres, ni trae las desgracias; pues estos hombres libres son felices, humanos i virtuosos.»

«A la participacion de esta suerte os llama, ¡oh pueblo de Chile! el inevitable curso de los sucesos. El antiguo réjimen se precipitó en la nada de que habia salido, por los crímenes i los infortunios. Una superioridad en las artes del dañar i los atentados, impusieron el yugo a estas provincias; i una superioridad de fuerza i de luces, las ha librado de la opresion»

«Está pues escrito, oh pueblo! en los libros de los eternos destinos que fuéseis libres i venturosos por la influencia de una constitucion vigorosa i un código de leyes sábias: que tuvieseis un tiempo como lo han tenido i tendrán todas las naciones, de esplendor i de grandeza; que ocupáseis un lugar ilustre en la historia del mundo, i que se dijese algun dia, *la república, la potencia de Chile, la majestad del pueblo chileno*..... El cumplimiento de tan halagüeñas esperanzas depende de la sabiduría de vuestros representantes en el congreso nacional; va a ser obra vuestra, pues os pertenece la eleccion; de su acierto nacerá la sabiduría de la constitucion i de las leyes, la permanencia, la vida i la prosperidad del estado. Sea lícito al compatriota que os ama, i que viene desde las rejiones vecinas al ecuador con el único deseo de serviros hasta donde alcancen sus luces, i sostener las ideas de los buenos i el fuego patriótico, hablaros del mayor de vuestros inteses» (1).

(1) Proclama de Quirino Lemachez. Con este anagrama circuló este escrito en 1811, i con la misma firma fué publicado en el *Español* de Lóndres, sin espresar el nombre del autor ni el lugar de su orijen.

II. Estas mismas ideas hallaban algunos sectarios en varias poblaciones del reino, pero sus propaladores consideraban difícil, si no imposible, hacerlas triunfar en la mayoría de los espíritus. La junta misma como representante del monarca cautivo, encontraba resistencias poderosas entre los partidarios del viejo réjimen.

En Valparaiso, sobre todo, se habia descubierto una viva oposicion, que apoyaba disimuladamente el gobernador de la plaza don Joaquin Alos. Ocupaba éste aquel puesto desde el año de 1792, i habia sabido granjearse algun aprecio de sus habitantes: reconoció i juró obediencia a la junta en 1810, pero con cierta repugnancia i despues de fútiles obstáculos que no disimularon sus pensamientos a sus miembros; hasta que rumores vagos e inconexos i varios denuncios los decidieron a separarle de aquel destino.

Con esta medida, la revolucion comenzaba una política nueva, quitando de sus puestos a los que le eran desafectos. Se encontraban obligados sus caudillos a buscar hombres aparentes para desempeñar estos cargos, i aun se creia por algunos que era difícil hallarlos. Para la gobernacion de Valparaiso, sin embargo, se nombró con jeneral aplauso al capitan de injenieros don Juan Mackenna, militar hábil i adicto de corazon al nuevo réjimen.

Mackenna era en aquella época un oficial envejecido en el servicio, a quien envidiosas prevenciones de los jefes habian mantenido en tan reducida graduacion. Su nacimiento irlandes i sus creencias católicas le dieron un lugar en los ejércitos de Cárlos III i sirvió con brillo en España i Africa en el último tercio del siglo XVIII, a punto de comprometer atrevidamente su persona en varios hechos de armas, apesar de ocupar

IV. Pero, en tanto que el consejo de rejencia pedia estos recursos pecuniarios a los nuevos gobiernos de América, preparaba espediciones para hacerse respetar, en caso que las ideas de independencia que se susurraban en algunas de sus provincias alcanzasen mayor crédito i aceptacion. Carácas i Buenos-Aires, cuyos movimientos habian tenido alguna franqueza i desembozo, llamaron su atencion, i con este objeto comisionó a don Antonio de Cortabárria para que reuniendo las tropas de Cuba, Puerto-Rico i Cartajena, pacificase la capitanía jeneral de Venezuela; i poco despues se hizo salir de Alicante al jeneral Elío, nombrado virei de Buenos-Aires, al mando de quinientos hombres i tres embarcaciones (5).

La noticia de este nombramiento llegó a la capital del Plata con la mayor prontitud, i aun fué sabida en Santiago ántes de concluirse el año de 1810. Pero se ignoraba la residencia de Elío i sus propósitos, hasta principios de enero en que arribó a Montevideo. En su envanecimiento, creyó que bastaria su presencia para producir un cambio administrativo, i pasó una nota el 15 de dicho mes, pidiendo su reconocimiento como virei nombrado por la rejencia (6).

Tan avanzada solicitud no podia alcanzar de aquel gobierno una acojida favorable: así fué que se le contestó con insolencia i desprecio; pero como se temiera que formase un ejército poderoso en Montevideo para atacar a Buenos-Aires, se halló prudente espedir

su metrópoli para sostenerla en su antiguo poder i señorío».—*Semanario republicano* de 7 de agosto de 1813.

(5) Toreno, *Historia de la revolucion de España*, tomo II, lib. 13 páj. 236.

(6) Fúnes, *Bosquejo histórico de la revolucion de Buenos-Aires; suplemento del Ensayo sobre la historia del Paraguay, Buenos-Aires i Tucuman*, tomo 3.° páj. 493.

una circular a las provincias a fin de que sus gobernadores se pusiesen en marcha para la capital con las tropas de su mando, a socorrer al gobierno en este nuevo conflicto.

De Mendoza pasó la noticia a Santiago, el 6 de febrero, en una carta particular, en que se ponderaba el peligro de Buenos-Aires, aumentando el número del ejército de Elío. La suprema junta se halló perpleja en vista del inminente riesgo que amenazaba la existencia de aquel gobierno; algunos de sus miembros habrian querido levantar tropas para socorrerle; pero temeroso de la excitacion que tal medida pudiese producir adoptaron el mismo dia la idea del doctor Rozas, para que se le pasase un oficio pidiendo mas amplias noticias i ofreciendo auxiliarle con una division de tropas (7).

V. Apesar de estas cuestiones de alta importancia para la existencia de la revolucion, sus corifeos no descuidaban las mejoras positivas i las reformas sérias que era preciso introducir. En juicio de muchos de ellos esas reformas formaban el único objeto del movimiento de setiembre; i les urjia hacer algo que lo justificase ante sus propios conciudadanos.

El réjimen administrativo que la metrópoli imponia a sus colonias de América era sumamente defectuoso i despótico. La organizacion interior era viciosa i sus medios de comunicacion con las otras provincias i con las naciones estranjeras recargados de trabas i hasta de un necio esclusivismo. La junta habia decretado la supresion de las subdelegaciones, fuente i orijen de infinitos males, i habia recibido con agrado un memorial del doctor Egaña en que recomendaba la apertura de nuestros puertos al comercio estranjero.

(7) Oficio de 6 febrero de 1811.

De todas las prohibiciones a que sujetaba la España a sus colonias, ninguna influia tan poderosamente contra la riqueza é industria de éstas como el monopolio del comercio que aquella ejercia. Sin manufacturas, sin marina i hasta sin comercio capaces de subvenir a los pedidos de los pueblos de América, la madre patria queria impedir el contrabando que la mas dura necesidad fomentaba en nuestras costas. Ella no podia consumir ni esportar nuestros frutos, de modo que la agricultura léjos de tomar incremento, permanecia estacionaria i arruinada.

Un mal de tanta consideracion exijia un pronto i eficaz remedio. La junta consultó sobre el particular al tribunal del consulado i a otras corporaciones, pero solo hallaba obstáculos por todas partes. Espúsose por algunos que la apertura del comercio estranjero importaria nada ménos que la propagacion de enfermedades terribles, de pestes contajiosas i epidémicas, traidas por esas embarcaciones estranjeras a quienes se queria favorecer en perjuicio del reino. Otros dijeron que la falsificacion de las especies era segura é inevitable; que las sederias francesas i los paños ingleses iban a ser vendidos en nuestros mercados, como lejítimos productos de Valencia i Barcelona; i, por último, otros alegaron, a falta de otras razones que se iba a defraudar a la madre patria i a su benéfico soberano de un derecho que lejítimamente le pertenecia.

Las preocupaciones populares autorizadas por el tiempo, por absurdas que sean, tienen toda la consistencia i solidez que puede reclamarse en los principios que sostienen una buena causa; i en este caso no eran solo las preocupaciones las que ponian atajo a la sancion de esta medida, si no tambien el egoismo de un reducido número de comerciantes, verdaderos ajiotis-

tas que especulaban con el monopolio mas ruin. La junta lo desatendió todo, i espidió por fin el 21 de febrero el decreto sobre la libertad de comercio. Por él quedaban «abiertos al comercio libre de las potencias estranjeras, amigas i aliadas de la España i tambien de las neutrales» los puertos de Valdivia, Talcahuano, Valparaiso i Coquimbo. Queriendo protejerse tambien la propagacion de las luces i la introduccion de armas i máquinas se acordó dejar libres de todo derecho «los libros, planos i cartas jeográficas, los sables, pistolas, espadas, fusiles i cañones, la pólvora, balas i demas pertrechos de guerra, las imprentas, los instrumentos i máquinas de física i matemáticas, los utensilios i máquinas para manufacturar o tejer el cáñamo, el lino, algodon o lana» (8).

Prontos i considerables fueron los beneficios producidos por este decreto. Él llamó la concurrencia estranjera a nuestros puertos fomentando la industria nacional, i dobló al cabo de pocos meses las rentas de aduanas, reducidas i miserables en los años anteriores (9).

VI. Al mismo tiempo que los revolucionarios de Chile trabajaban con tanto ahinco i eficacia por ensanchar sus libertades, las cortes españolas decretaban franquicias para sus colonias de América, pretendiendo de este modo poner un atajo a la corriente revolucionaria, cuyas tendencias se sospechaban en la península. En febrero de 1811, despues de largas discusiones decretaron que «la representacion americana en las (cortes) que en adelante se celebrasen, seria en-

(8) Decreto sobre la libertad de comercio. Febrero 19 de 1811.

(9) Segun notas tomadas por M. Gay de los archivos del consulado de Santiago, la aduana de Valparaiso producia a principios de 1811, 12,753 pesos i en agosto del mismo año 24,814.

teramente igual en el modo i forma a la que se estableciese en la península, debiéndose fijar en la constitucion el arreglo de la representacion nacional sobre las bases de la perfecta igualdad conforme al decreto de 15 de octubre» (10).

Permitióse en breve el cultivo de la vid i del olivo, prohibido en gran parte de la América, i se dió opcion a los criollos e indios para toda clase de destinos como si fuesen europeos. I como esto no se creyese suficiente, estendieron un nuevo decreto, con fecha de 13 de marzo, por el cual se hacia estensivo a todas las colonias americanas el que con fecha 26 de mayo de 1810 habia dado el consejo de rejencia para el vireinato de Nueva España. Concedíase por él «que la espresada gracia de la escencion de tributos sea estensiva a los indios, i a las castas de las demas provincias de América: i que la gracia del repartimiento de tierras de los pueblos de los indios, no se estienda a las castas» (11).

Estas providencias fueron trasmitidas por los diputados de Chile don Joaquin Fernandez Leiba i don Miguel Riesco i Puente. Recomendaban ademas la fidelidad al monarca cautivo, pero la revolucion no se hallaba mui dispuesta a guardarla a pesar de estos de-

(10) «Coleccion de decretos i órdenes de las cortes», tomo I, páj. 32 i siguientes.—El decreto de 15 de octubre que se encuentra en la páj. 10 del tomo i obra citados establecia la igualdad de derechos i una amnistia jeneral a los revolucionarios en caso que depusieran sus intentos de independencia. El modo como correspondió la constitucion de 1812, denominada de Cádiz al encargo del referido decreto, fué digno i honroso. «Art. 28. La base para la representacion nacional es la misma en ambos hemisferios. Art. 30. Para el cómputo de la poblacion de los dominios europeos servirá el último censo del año de 1787, hasta que pueda hacerse otro nuevo: i se formará el correspondiente para el cómputo de la poblacion de los de ultramar, sirviendo entre tanto los censos mas auténticos entre los últimamente formados».

(11) Coleccion de decretos i órdenes de las cortes.

cretos. «Las cortes decretaron sucesivamente para la América todo lo que establecia igualdad pefecta con Europa, dice el esperto historiador Toreno; pero no decretando la independencia poco adelantaron, pues los promovedores de las desavenencias nunca en realidad se contentaron con ménos ni aspiraron a otra cosa» (12).

VII. Estas noticias llegaron a Santiago cuando el conde de la Conquista, presidente de la suprema junta de gobierno habia dejado de existir. A los achaques de una edad avanzada i a los sinsabores i disgustos de sus últimos años se habia agregado la muerte de su mujer, doña Nicolasa Valdes, acaecida dos meses ántes: estas circunstancias lo llevaron al sepulcro en la noche del 26 al 27 de febrero, despues de algunos dias de enfermedad.

Su cuerpo fué conducido por sus deudos al templo de mercenarios, donde se le sepultó con toda la pompa usada para los antiguos presidentes del reino. La suprema junta le decretó suntuosas exequias, que tuvieron lugar el 15 de marzo: en ellas predicó un relijioso de aquella comunidad, frai Miguel Ovalle, justificando la creacion de un gobierno nacional i todas las medidas i providencias que habia dictado hasta entónces.

La muerte del conde de la Conquista, mui sensible en otras circunstancias, no fué de trascendencia alguna para la revolucion, cuando la junta estaba instalada, i reconocida en todo el reino. Se habia dado principio a las reformas i se comenzaba a gozar satisfactoriamente de los frutos que habia dado el movimiento de se-

(12) Toreno.—*Historia de la revolucion de España* tom. 2.°, lib. XIII páj. 262 i 263.

tiembre. El conde moria cabalmente cuando su existencia comenzaba a ser un estorbo para la revolucion; a no sobrevenirle la muerte, se habria visto en breve vejado por los hombres nuevos que con tan justificadas intenciones habia protejido i hasta elevado.

VIII. A la época de la muerte del conde de la Conquista, la junta se hallaba violentamente ajitada, con motivo del auxilio de tropas que habia ofrecido a Buenos-Aires. Habia oficiado al coronel Benavente, jefe militar i político de la provincia de Concepcion, para que a la mayor brevedad equipara una division de quinientos hombres, a fin de que estuviesen prontos para el primer llamado, i habia concedido permiso al ajente de aquel gobierno don Antonio Alvarez Jonte para levantar bandera de reclutas en varios puntos del reino (13).

Esta providencia no obtuvo la aprobacion jeneral. Creyendo algunos desguarnecido el país en una época de peligros i de temores de una invasion estranjera, i no queriendo otros aprobar nada de lo que saliese de manos de la junta, se le oponia por todas partes una resistencia formidable. El cabildo de Santiago en perpetuo desacuerdo con el ejecutivo, i mui en particular con el doctor Rozas alzó el grito, por conducto del procurador de ciudad Infante, contra la manifiesta trasgresion de sus facultades que acababa de cometer la junta gubernativa, dictando medidas que no podian llevarse adelante sin su aprobacion (14).

La misma resistencia se presentó en Concepcion, mas no apoyada en motivos de competencia, sino en

(13) Guzman.—*El chileno instruido en la historia de su pais*, Lec. XLII, pájs. 285.

(14) Informe de Infante, febrero 11 de 1811.

principios de utilidad para aquella provincia cuya frontera se creia desguarnecida (15).

En medio de este desacuerdo de pareceres, en que la junta misma comenzaba a fraccionarse, acordó ésta, en vista de una representacion popular, convocar una reunion de las autoridades civiles i militares de Santiago, para decidir su último resultado. En consecuencia de lo convenido en ella se consultó al vocal Márquez de la Plata, como hombre independiente, que merecia la confianza de ambas partes, i en vista de su informe se estendió el 7 de marzo un decreto terminante, pidiendo al gobernador intendente de Concepcion doscientos hombres de infantería i cien jinetes, que debian pasar a Valparaiso por mar. El envío de estos socorros parecia urjente; la junta de Buenos-Aires lo reclamaba con instancias en nota de 18 de febrero.

IX. Estos debates, por acalorados que fuesen, no retardaron los preparativos para las elecciones. El 1.° de abril fué, por fin, el dia fijado por el ayuntamiento para la reunion en Santiago.

Con este objeto espidió el cabildo las esquelas de convite, en número de seiscientas: ellas debian servir de calificacion a las personas a quienes les fuesen dirijidas: pero como pudieran haber quedado en olvido algunos vecinos respetables, se hizo fijar en los lugares públicos el siguiente aviso: «Para el lúnes 1.° de abril ha convidado el cabildo para la eleccion de diputados a todos los vecinos que tuviesen las cualidades que previno la exma. junta de gobierno en la instruccion que le pasó para este objeto; i como pueden haberse omitido algunos por olvido o equivocacion;

(15) Representacion del procurador de ciudad de Concepcion don Francisco Javier del Solar, 16 de febrero de 1811.

deseando evitar nulidades i sentimientos, se hace saber al público que en los dias viérnes i sábado, 29 i 30 del corriente podrán ocurrir los que se sientan agraviados a este cabildo que de 10 a 12 del dia espera solo con el objeto de calificarlos, i que gocen los privilejios que les correspondan.»

La diverjencia de opiniones entre los jefes de la revolucion, ya bastante manifiesta, se puso a las claras en estas circunstancias. El cabildo se empeñaba en asegurar el triunfo de los suyos en la eleccion, miéntras Rozas trabajaba con igual ahinco para alcanzarlo él. Habíanse tocado toda clase de resortes, poniendo en juego el influjo de algunos partidarios en los provincias, i ajitándose con una actividad singular.

Los sectarios del viejo réjimen no dormian entre tanto: numerosos e influentes a pesar de sus derrotas, espiaban la oportunidad mas ventajosa para manifestar su poder i su adhesion por la causa que defendian. El cabildo llegó a temerles, i quiso servirse del prestijio del clero i de la autoridad eclesiástica. Servia el cargo de provisor don Domingo Errázuriz, patriota decidido, i a él le ofició el ayuntamiento, en 28 de febrero para que interesara a los curas párrocos en el sostenimiento del órden; con este objeto les pasó una circular dos dias despues.

No habria tomado el cabildo esta medida ocupando aquel destino don José Santiago Rodriguez, antecesor de Errázuriz; pero en aquella época estaba ya separado, a causa de sus ideas de fidelidad al antiguo gobierno. Solicitado el obispo Aldunate por su sobrino i secretario el presbítero don José Errázuriz, habia removido con una órden de cesacion ese obstáculo poderoso que entorpecia la marcha de la independencia de Chile.

CAPITULO IX.

I. Reunion electoral en el consulado.—II. Antecedentes de don Tomas Figueroa.—III. La tropa introduce el desórden en la eleccion i se pone a su cabeza Figueroa.—IV. Accion del 1.° de abril en la plaza de Santiago.—V. Prision de Figueroa.—VI. Su enjuiciamiento i ejecucion.—VII. Se recela en Santiago de los auxiliares de Buenos-Aires.—VIII. Medidas represivas de la junta. —IX. Disolusion de la real audiencia.

I. Al espedir la convocatoria para un congreso jeneral en que tuviesen representacion todas las provincias del reino, la junta habia dado ante la opinion pública una prueba manifiesta de singular desprendimiento. Su autoridad debia cesar el dia de la instalacion de ese congreso; pero razones poderosas obligaron al gobierno ejecutivo a esta dimision del poder. Era en realidad un solemne compromiso contraido con los pueblos el dia de su instalacion, i los reclámos del cabildo las causas que obligaron a la suprema junta a decretar la creacion del congreso.

Grandes intereses se iban a debatir en las elecciones. El partido liberal fraccionado en dos bandos desde 1810, se hallaba en completo desacuerdo. El doctor Ro-

zas que habia tomado a su cargo la direcion de la junta, obraba con tal enerjía i con tan alto desprecio por las otras corporaciones, que habia despertado los celos i el encono del ayuntamiento. Rodeado de algunos jóvenes audaces, creia fácil i seguro su triunfo sobre rivales de poca enerjía, i que trepidaban en dar serios golpes a la dominacion colonial.

Ambos partidos iban a combatir en el campo electoral el lúnes 1.° de abril. El consulado era el lugar en que debia verificarse la eleccion; su plazuela se hallaba guarnecida desde la mañana por una compañía veterana de dragones de la frontera, al mando de su capitan don Juan Miguel Benavente.

La eleccion comenzó a las siete; el mayor órden reinaba en ella hasta el momento en que se manifestó el motin de la tropa, arreglado i preparado, segun todos los indicios, por los partidarios del viejo réjimen, i encabezado por un militar de elevada graduacion.

II. Era este don Tomas de Figueroa. En aquella época contaba sesenta i cuatro años de edad i poseia aun toda la viveza i petulancia de un muchacho. Su vida era un tejido de aventuras capaces de formar una novela, i su carácter un raro conjunto de virtudes i defectos que es difícil comprender. Para conocer bien al jefe de este motin es preciso recordar sus antecedentes.

Don Tomas de Figueroa i Carvajal nació en Estepona, pequeña villa del reino de Granada en España. Sobrino carnal del marques de Figueroa i emparentado con las mas aristocráticas familias de la provincia, alcanzó sin grandes dificultades un puesto en las filas de la guardia real del monarca.

Bajo el reinado de Cárlos IV, la guardia de corps alcanzó una alta influencia sobre las damas de palacio

por intrigas amorosas i románticas. Uno de sus oficiales, don Manuel Godoy, príncipe de la Paz despues, era el amante de la reina i llegó a ser el favorito del soberano, su único ministro i consejero. Figueroa, apasionado i audaz por carácter, concibió un violento amor por una dama de María Luisa, la que correspondió en breve a sus halagos i manifestaciones: el matrimonio era imposible entre ellos: el militar se habia desposado años atras con una señora de distincion i rango llamada doña Rosa Polo, de modo que sus amores tenian cierto aire de novelesco que olia mal a la jente moral i relijiosa de palacio. Se le comenzó a espiar sijilosamente, i fué sorprendido en efecto una mañana al salir de la habitacion de la dama en quien recayeron las sospechas; pero Figueroa notó que habia sido descubierto, i temiendo vivamente por la reputacion de la mujer que adoraba en lo mas íntimo del alma, creyó de su deber sacrificar su propio honor con preferencia al de ella. Quiso que se le tuviese por ladron ántes que la confirmacion de su falta manchase el nombre del objeto de su amor, i como tuviese que pasar por el comedor de palacio tomó con finjida maña una rica pieza de oro de la valiosa vajilla de Cárlos IV.

Tildósele, en efecto, de ladron; pero el primero que le echó en cara su mancha fué provocado a un duelo a muerte por Figueroa. En el cuartel, casi siempre estos lances se llevan a debido efecto, i las palabras del guardia de corps no eran una fútil baladronada: el duelo se verificó, i Figueroa dejó en el sitio a su contendor (1).

(1) «Un lance de honor», dice Ballesteros en su *Revista de las obras sobre la guerra de la Independencia de Chile*, tomo I, nota 243. Mss.

La ordenanza militar española era esplícita i terminante contra un crímen de esta especie. Figueroa fué sometido a un consejo de guerra i condenado a muerte. Inútiles fueron entónces las instancias i empeños de su esposa: se echó a los piés de la reina acompañada de sus dos hijos, de corta edad todavía, con las lágrimas en los ojos, pero las súplicas de María Luisa no alcanzaron a mudar la firme determinacion del soberano, i Figueroa habria sufrido indudablemente el último suplicio a no recurrir sus amigos a un arbitrio no tocado hasta entónces.

El rei debia visitar una tarde el Escorial. Segun costumbre en las balaustradas de aquel templo se reunian todos los que solicitaban alguna merced o querian presentar algun memorial al soberano. Figueroa fué colocado allí, con grillos en los piés i esposas en las manos; en su pecho se habia puesto un cartel con una inscripcion, por la que pedia humildemente gracia de la vida. El rei reconoció en él al hombre por quien se habia interesado su esposa, i su fisonomía altanera i simpática a la vez en aquellas circunstancias, lo dispuso a su favor. Por otra parte, el príncipe de Asturias, despues Fernando VII, niño entónces, que acompañaba a su padre, le pidió encarecidamente por el sentenciado a muerte, i don Cárlos no tuvo enerjía para negarse por mas tiempo a otorgar el perdon que con tanto ahinco se le pedia.

Figueroa fué condenado i reducido entónces a prision perpetua en uno de los fuertes de la plaza de Valdivia, presidio en aquella época del vireinato del Perú i de la capitanía jeneral de Chile. Pero aquel espíritu emprendedor, no podia resignarse a morir en la inaccion de un calabozo: su fecunda inventiva le sujirió cien proyectos de evasion, i despues de medi-

tarlos detenidamente se avino a adoptar uno que debia darle buen resultado. Tomó los hábitos de un relijioso i desfigurándose con barbas postizas, de donde le quedó el apodo de barbon, salió del fuerte que le servia de prision i ganó un buque que se hacia a la vela para Panamá. De allí pasó a la Habana i finalmente a la península, sin dejar en tan largo viaje el disfraz de fraile misionero.

Su presencia en la corte iba a despertar en breve las sospechas; pero Figueroa quiso correr una nueva aventura para cambiar de suerte, i se resolvió a presentarse al rei i a echarse a sus plantas a fin de alcanzar un perdon mas ámplio. Pidióle encarecidamente que se le confinara para siempre al reino de Chile, con un empleo militar, con que sostener a su familia i para servir a su soberano como súbdito fiel.

Tan exijente solicitud no habria tenido aceptacion si la hubiese pedido otro hombre que Figueroa; pero el rei conocia ya el temple de esa alma superior, i sin grandes dificultades se dignó nombrarlo capitan de la guarnicion fija de Valdivia, dos años despues de haberlo absuelto de la pena de muerte (2).

A fines de 1792 fué comisionado por el presidente don Ambrosio O'Higgins para sofocar una sublevacion de los indios del interior de la provincia de Valdivia, al

(2) El sábio mejicano Servando Teresa de Mier, mas conocido con el seudónimo de *José Guerra*, dice, con alguna exajeracion, en la Carta de un americano al *Español*, que Figueroa habia conspirado con los españoles para degollar a la junta, i en una nota asienta: «Es notorio el hecho i las resultas; pero pocos saben que el jefe de la conspiracion, Figueroa, estubo condenado en España a muerte por asesino. Tales jefes se enviaban a América.»—*Carta de un americano al Español* publicada en Lóndres i reimpresa en Santiago de Chile en 1812.—Estas palabras i las de Ballesteros que he citado en la nota anterior, son las únicas noticias biográficas escritas que he visto sobre Figueroa: relaciones orales i documentos sueltos forman la base de mi narracion.

frente de ciento cuarenta hombres. Figueroa era un militar entendido: llevaba un diario de sus operaciones, i en él apuntaba los pormenores de su campaña. Por este diario consta que era de un carácter cruel i de una firmeza singular. «Mandé luego, dice en las notas correspondientes al 21 de octubre, a mis soldados a prender a los espías; i despues de haberles probado que conocia sus malas intenciones di la órden de fusilar a Manquepan i a los diez i ocho mozetones que vinieron a nuestro campo como espías: la sentencia se ejecutó esta tarde» (3). El resultado de la espedicion fué el descubrimiento casual de la ciudad de Osorno, desconocida hasta entónces, a pesar de las multiplicadas espediciones.

El carácter cruel del capitan Figueroa llegó a hacerse proverbial en el ejército, hasta el caso de confiarle comisiones en que solo se requeria severidad i dureza de su parte. Fué una de éstas el castigo de «dos caciques delincuentes de la jurisdiccion de Valdivia,» que se habian negado tenazmente a concurrir al parlamento de Negrete (4). Figueroa fué tambien el fundador del fuerte de Alcudia en 1796.

De Valdivia pasó a Concepcion, i servia en el batallon fijo de infantería en 1810, a la época de la instalacion de la suprema junta gubernativa. Bajo su inmediata inspeccion prestó aquel cuerpo el juramento de costumbre al nuevo gobierno, i su entusiasmo i contento por los sucesos de setiembre, indujeron al

(3) En la obra de *Stevenson*, titulada: «Relacion de una residencia de 20 años en la América del Sur,» cap. 4, reproduce traducida una parte del diario que llevó Figueroa, a quien llama don Thomas de Fiqueros i Caravaca.—M. Famin extracta en su «Historia de Chile» a Stevenson.

(4) Pérez García, *Hist. jen. de Chile.* Mss. part. 2.ª lib. 22, cap. 5.—Ceremonial del parlamento de Negrete. Art. 9. Mss.

doctor Rozas a traerlo consigo a Santiago, cuando vino a recibirse del cargo de vocal de la junta, premiándolo ademas con el grado de coronel. Su simpatía por el nuevo réjimen parecia franca i sincera: nada habia que recelar de un hombre que abrazaba tan de corazon una causa en que mui pocos querian comprometerse militarmente. Pero, por desgracia, sus principios políticos no eran fijos: se le habló de que se combatia abiertamente contra el monarca, i el antiguo guardia de corps no pudo olvidar que debia su vida a ese mismo Fernando VII.

Nada queda mas oscuro para el historiador que los antecedentes de esas conspiraciones malogradas, en que los cómplices ocultan cuidadosamente todas las circunstancias que puedan descubrir su culpabilidad. Figueroa debió haberse convenido con la tropa i con algunos de los partidarios del viejo réjimen, pero no se puede sentar cosa alguna de positivo sobre sus aprestos para el motin del 1.° de abril.

III. Fueron en efecto los dragones encargados de velar por la tranquilidad en la eleccion los que introdujeron el desórden. Reclamaron a voces que viniese mas tropa al consulado, pero con tan gran descomedimiento que el capitan Benavente tuvo que hacer uso de su espada, para castigar con dos golpes al cabo Saez, jefe, por decirlo así, de aquel motin. El resto de la compañía creyó que esta era la oportunidad deseada: «rodeáronlo i lo amenazaron con las armas, diciéndole que se contuviese i retirase, que no lo reconocian por su jefe, i que su verdadero comandante era don Tomas Figueroa, a quien reclamaban i pedian que viniese a mandarlos, i añadieron otras espresiones de que en el dia habian de desbaratar la junta i restablecer al

gobierno antiguo, al señor don Francisco Antonio Carrasco i sus lejítimos oficiales» (5).

Asertó a venir el sarjento mayor don Juan de Dios Vial, que desempeñaba el cargo de comandante jeneral de armas, i a la vista del desórden, creyó fácil el restablecimiento de la subordinacion en la tropa; pero amenazado, como acababa de serlo Benavente, dió la única órden que en aquellas circunstancias podia ser obedecida. Mandó que se retirasen a su cuartel, lo que ejecutaron con no poco tumulto i algazara.

En el mismo cuartel de San Pablo estaba el nuevo rejimiento de húsares. Éste hacia ejercicio cuando llegaron los amotinados, i tomando la palabra el cabo Eduardo Molina, les peroró para que saliesen con ellos a defender los derechos del rei bajo las órdenes de Figueroa i de don Manuel Olaguer Feliú. Sin embargo, los húsares no estaban dispuestos a entrar en sus planes de revolucion; pero intimidados por los dragones de la frontera, que parecian resueltos a descargar sobre ellos sus fusiles, aprovachándose de la ventaja de tener cartuchos a bala, prometieron seguirlos, con escepcion de dos sarjentos que fueron encerrados en los calabozos. Pusieron entónces centinelas a las puertas para impedir la entrada a los oficiales de húsares, i como en el mismo cuartel se encontrasen dos de éstos, el teniente Valenzuela i el ayudante don Pedro Nolasco Astorga, los obligó la tropa a seguirla bajo pena de ser fusilados; aunque el último se les separó tan luego como salieron del cuartel.

No tardó mucho en llegar Figueroa, i despues de

(5) Martinez.—*Memoria histórica sobre la revolucion de Chile.* páj. 90.—Esta confesion en el libro del padre Martinez, escritor realista, es una prueba irrecusable de que el movimiento del 1.º de abril de 1811 era meditado de antemano.

haber preguntado a la tropa si estaba dispuesta a morir por Fernando VII, i de haber oido un *sí* jeneral, dió la órden de desarrajar las puertas de los almacenes i repartir las municiones necesarias para sostener cualquier choque (6).

IV. Figueroa a la cabeza de estas tropas, se puso en marcha para el consulado donde creia se hallaba reunida la junta; pero como no encontrara a nadie en él, siguió con direccion a la plaza. Allí formó en batalla los dragones i los húsares que lo seguian dando a éstos la derecha. Ningun oficial lo acompañaba en aquel momento crítico en que el motin se hallaba comprometido, i cuando ya no le era posible volver atras. Esta consideracion, sin embargo, no bastó a intimidarlo, ni el estado de las cosas le permitia desistir de sus intentos. Queriendo separarse momentáneamente de la línea, dió el mando de ella al cabo Eduardo Molina, que con tanta decision habia entrado en el motin. Subió a la sala donde se hallaba reunida la audiencia, ocupada en su despacho ordinario. El resultado de esta entrevista permanece aun en oscuras tinieblas. Segun su propia declaracion, Figueroa espuso al tribunal el estado de conmocion de la tropa i la obligacion a que lo habian sometido de ponerse a su cabeza. Negó obstinadamente todo aquello que decian haber oido de su boca que pudiera comprometer al tribunal, pero sí sostuvo que se le habia ofrecido para defender los derechos del rei, de la relijion, de la patria i de la junta. Segun él, la contestacion de la audiencia fué que no se le podia dar órden de ninguna especie sin consultar al gobierno ejecutivo, para lo que se le iba a oficiar. Esta opinion adoptada por el padre

(6) Declaracion de don Agustin Muñoz.—1.° de abril de 1811.

Martinez, ha sido seguida por otro historiador (7); pero la opinion pública acusa de participacion a la audiencia en los sucesos subsiguientes, i la jeneralidad de los escritores estan conformes en su culpabilidad, que le valió su muerte (8).

De cualquier modo que sea, ella fué bastante larga para dar tiempo al comandante jeneral de armas, don Juan de Dios Vial, para reunir un cuerpo de tropas capaz de oponer resistencia al que acababa de formar Figueroa. Su primera providencia, emanada indudablemente de la junta, fué ordenar que saliesen del cuartel de los huérfanos el batallon de granaderos que mandaba don José Santiago Luco, i que juntándose con la artillería, cuyo cuartel estaba en frente de la casa de moneda, vinieran a la plaza a sostener las autoridades atacadas. Hasta entónces los granaderos no tenian mas que noticias vagas e inconexas de lo que ocurria en la ciudad, cuando llegaron algunos oficiales de húsares, que informados en las puertas del cuartel de San Pablo de lo que pasaba en él, corrieron al de granaderos a dar aviso del motin (9).

La alarma, entre tanto, crecia por momentos: Luco conocia que era necesario apurar la marcha para acudir en socorro del gobierno. El sarjento mayor de ar-

(7) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 91.—Padre Guzman, *Historia de Chile*. Lec. 42 páj. 287.

(8) La *Memoria sobre los hechos mas notables de la revolucion*, atribuida a O'Higgins dice que la audiencia le habia ofrecido «el mando de la presidencia de Chile, siempre que les diese el golpe a las autoridades constituidas por el pueblo.» Cap. 2.° Mss.—Torrente en su *Historia de la rev. hisp. amer.*, culpa a la audiencia de Santiago de no haber cortado con tiempo el impulso revolucionario, i don José Rodriguez Ballesteros, hijo del rejente de aquel tribunal desmiente este pasaje apoyándose en la revolucion de Figueroa. Véase la nota 4 del tomo 2.° de su *Revista de las obras sobre la revolucion de Chile*. Mss.

(9) Conversacion con don Ramon Cavareda, alférez de húsares en aquel año.

tillería don Luis Carrera, que hacia las veces de comandante, por estar el propietario Reina en sesion con la junta de que era vocal, salió al mando de cuatro piezas, i siguió su marcha a la plaza. Vial, tan pronto como hubieron llegado, hizo formar la línea al lado del portal, i casi apegados a él, colocando dos cañones a cada estremo.

En este estado encontró Figueroa la plaza cuando salió de la sala de la audiencia por llamado de sus tropas. Sus planes habian sido descubiertos, i ya no le era tan fácil llevarlos a cabo. Sin embargo, no se dejó acobardar por las apariencias: entre los suyos habia una compañía de tropa de línea que podia infundir ánimo a los húsares que lo acompañaban, i pavor a los granaderos novicios i bisoños que tenia en frente. Siendo esto así, su triunfo era seguro, i las consecuencias que de él iba a reportar inmensas.

Estas ideas debieron de asaltarlo cuando dió la voz de marcha a su línea. La columna avanzó entónces con órden i disciplina i se acercó a medio tiro de pistola de la de granaderos. Figueroa mandó allí hacer alto, i salió él solo al frente de su fila a encararse con Vial, que tambien se separaba de los suyos. Siguióse entre ellos una corta discusion en la que ambos se disputaron la superioridad del mando; Figueroa lo pretendia apoyándose en su mayor graduacion i sobre todo en su antigüedad, i Vial en el derecho que habia tenido la junta para depositarlo en sus manos como que era mas acreedor a su confianza.

Sin embargo, estas no eran mas que frívolas argucias de Figueroa para justificar su conducta, tomar el mando de granaderos i artilleros i hacerse mas temible a la junta. Vial, por su parte, defendió con tenacidad su derecho, sea que vislumbrase las verdade-

ras intenciones de su contendor, o que quisiese sostenerse en el cargo que desempeñaba. Su obstinacion importó la victoria i la salvacion de las nuevas instituciones.

La discusion era mui acaloradada para que pudiese ser larga, sobre todo cuando uno i otro tenia a sus órdenes fuerzas, que en el juicio de cada cual bastaban para hacerse respetar. Separáronse precipitadamente, i, aun ántes que Figueroa se hubiese juntado a los suyos, les dió la señal de hacer fuego con un pañuelo blanco que llevaba en su mano izquierda. Su descarga fué contestada, en el mismo instante, por los granaderos; pero las balas de éstos hicieron mui poco daño en sus enemigos. Poco diestros todavía en el manejo de las armas, dispararon al aire de modo que la mayor parte de sus tiros pasaron sobre las cabezas de los dragones i húsares i fueron a dar muerte a dos de los curiosos que se habian reunido en la plaza para saber lo que sucedia. Con todo, ni Figueroa ni los suyos supieron sacar provecho de esta ventaja. Inmediatamente que dispararon sus armas tomaron la fuga con una gran precipitacion. Entre los granaderos que se hallaban impedidos por los portales, no fué ésta tan jeneral; sin embargo, muchos de ellos se echaron a correr tirando sus casacas i escondiéndose en las casas vecinas (10); pero de sus filas salieron tambien los bravos oficiales don Santiago Bueras (11), don Enrique Campino i don Juan de Dios Vial, hijo

(10) «...... unos por lo mas pronto se escondieron bajo las mesa de los billares del café de la calle Ahumada, otros avanzaron mas léjos quitándose las casacas, i todos sin poder saber lo que les habia sucedido».—*Memoria sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*. Mss. cap. II.

(11) El Mss. anteriormente citado lo llama Güeras i Gay Guerra. Es este mismo el bravo comandante Bueras víctima de su arrojo en Maipo.—Pocos son los nombres bien escritos en la obra de Gay.

del comandante jeneral de armas: el primero de ellos persiguió al enemigo por todo el ámbito de la plaza i Vial disparó a boca de jarro un pistoletazo al cabo Molina, lo que le valió un honroso premio. El teniente Campino, por su parte, siguió con unos pocos hombres al enemigo por la calle del Puente i el camino de Valparaiso (12).

V. Los sucesos que acababan de ocurrir, estendieron la alarma con una velocidad estraordinaria. El número de los muertos que no habia subido de cincuenta i dos, fuera de los paisanos de que se ha hablado, lo hacian montar a una cifra considerable (13). Cada vecino cerraba la puerta de su casa por donde creia ver entrar al enemigo: todo era confusion i desórden: lo acaecido en la plaza se contaba de mil modos, i los comentarios que se hacian desfiguraban notablemente la verdad i aumentaban el terror.

La junta solo, o por mejor decir solo Rozas, conservaba su serenidad en medio del desórden i turbacion que reinaba en todas partes. Sus miembros, impedidos de entrar a la plaza por el aparato militar, se habian reunido en casa del vocal Márquez de la Plata, i despues de una corta deliberacion salió don Juan Martinez de Rozas a hacer cumplir las órdenes que se creyeron necesarias. Fueron éstas la convocacion de la compañía veterana de Santiago, denominada dragones de la reina, los granaderos que se pudieron juntar i seis piezas de artillería. Esta fuerza era por si sola suficiente para intimidar a los revoltosos, pero Rozas queria ademas castigarlos para lo que era preciso tomar otras providencias.

(12) Conversacion con el jeneral Aldunate.

(13) Guzman.—*El chileno instruido en la historia de su pais.* Lec. XLII, páj. 285.

En su concepto era la real audiencia el autor principal de aquel movimiento, i por ella era preciso comenzar. Rozas con una lijereza superior a sus años, tomó el primer caballo que vió, i seguido de un inmenso jentío, se acercó al lugar de sus sesiones. Asombrados quedaron sus miembros al verlo entrar i enfrentarse con todos ellos para inculparlos como autores de la asonada militar que acababa de malograrse. En valde se vindicó el tribunal, alegando haber comunicado a la junta su entrevista con Figueroa: Rozas negaba este hecho o al ménos decia que lo ignoraba: i el pueblo que formaba su séquito improperó ácremente a sus miembros, i hubo quien dijese que eran acreedores a la pena capital (14).

La captura de Figueroa era de mucha importancia para que Rozas la descuidara. Al fugarse habia intentado introducirse en el monasterio de las monjas reales, situado entónces en la esquina de la plaza, pero sus puertas resistieron a los empujes del fujitivo (15). Tomó luego la direccion de santo Domingo, i despues de haberse desembarazado de su casaca en la calle, para no ser conocido, llegó al convento donde encontró un escondite.

Rozas fué instruido de estos antecedentes; e inmediatamente dió la órden a un piquete de granaderos mandados por el valiente Bueras, i a una compañía de milicias de a caballo para que lo siguiesen: encargó a los primeros el exámen del convento, i a los segundos su custodia esterior. Las pesquizas comenzaron por la iglesia i torre, las que se rejistraron por mas

(14) «........ i hubo uno que dijo: por qué no matan a balazos a esos pícaros?—Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 92.

(15) O'Higgins, *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*. Mss. *Cap II*.

de media hora infructuosamente. El exámen del convento sucedió al de la iglesia, pero éste parecia tambien infructuoso: la compañía de caballería que habia destacado en la parte exterior, no lo habia visto pasar, ni tampoco lo hallaban los granaderos en el interior. Rozas se creyó burlado en sus esperanzas: se retiraba ya cuando se le ofreció un muchacho para llevarlo al escondite de Figueroa. La oferta fué aceptada, i el muchacho llevó prontamente a Rozas i a sus soldados a un huertecillo, perteneciente a la celda del padre Gubilen, que, movido por sus buenos sentimientos, le habia preparado aquel refujio, como el mas seguro; i allí, debajo de un parron i oculto detras de unas esteras, lo hallaron agazapado. No estaba en situacion de oponer resistencia de ninguna especie; así es que solo se le oyeron algunas palabras con que intentaba justificar su conducta como emanada de una autoridad superior, palabras que negó en su confesion haberlas pronunciado (16).

Condújosele entónces al cuartel de granaderos: la calle estaba apretada de curiosos que deseaban ver de cerca al audaz caudillo, capitan i autor de aquel triste suceso. Venia en pos de la tropa un crecido grupo de paisanos que victoreaban a Rozas con el nombre de salvador de la patria i defensor de los derechos del rei (17).

VI. La junta fué bien pronto informada de lo que acababa de pasar: en su juicio el delito de Figueroa necesitaba un castigo ejemplar, pero éste no se debia aplicar sin exámen prévio de la causa i sus antecedentes. Para ello nombró un consejo formado por el vocal don Juan Enrique Rosales, el asesor don Fran-

(16) Confesion de Figueroa, 1.° de abril de 1811.

(17) Comunicaciones particulares.

cisco Antonio Pérez García i el secretario don José Gregorio Argomedo, los que solicitaron la traslacion del reo a la cárcel, donde se comenzó el juicio. Este no podia ser largo: la poblacion entera habia sido testigo de su delito: habia conspirado contra el gobierno constituido i era necesario tranquilizar los ánimos con medidas enérjicas. Su confesion fué corta i digna de un caudillo de mejor causa: el nombre de sus cómplices no apareció para nada, i negó obstinadamente todo aquello que pudiera descubrir su culpabilidad i la de la audiencia. Las prisiones que tenia en las manos le impidieron firmar la confesion, i pidió a don Gregorio Echagüe con noble entereza que lo hiciera por él (18).

Algunas contradicciones que se notaron en aquella confesion, las palabras que se oyeron al reo cuando fué aprehendido i los antecedentes de la sublevacion eran por sí solos suficientes pruebas para creerlo acreedor a la pena capital. Rozas se encargó de redactar la sentencia en vista del reducido espediente que se le siguiera: dábale por ella cuatro horas de término, despues de su notificacion, para que recibiera los auxilios espirituales del confesor que elijiese. Su ejecucion debia efectuarse en el mismo calabozo en que se le habia puesto, temerosa como estaba la junta de gobierno, de un nuevo disturbio para librarlo del último suplicio (19).

La sentencia, redactada en estos términos, fué presentada por Rozas a sus colegas. Algunos de éstos, movidos por una jenerosidad mal entendida o quizá por el temor de las consecuencias, quisieron oponerse a que se ejecutara despreciando los reclamos de un in-

(18) Confesion de Figueroa. Abril 1.º de 1811.

(19) Sentencia de don Tomas Figueroa. Abril 1.º de 1811.

menso jentío que agolpado a las puertas del palacio habia pedido su muerte (20). Fuerza les fué ceder a las circunstancias i a la imperiosa voluntad de Rozas; la sentencia fué firmada, i a las doce de la noche se le notificó para que dispusiera de las cuatro horas que aun le quedaban de vida.

Despues de su lectura Figueroa se vió irremediablemente perdido: la sentencia era ejecutoria i no daba lugar a apelacion, ni dejaba esperanza alguna de indulto. En tan tristes circunstancias manifestó vivos deseos de dar a sus deudos i amigos el último adios, i como ésto no se le permitiese, trazó en la pared del calabozo una especie de protesta contra la avanzada tropelía de que se creia víctima. Volvió entónces su vista a Dios como el único consuelo en su desgracia, i quiso aprovecharse del permiso que se le concedia para elejir un confesor de su agrado. Para ello solicitó al padre frai Blas Alonso, de relijion franciscana; pero como éste fuera conocidamente adicto al viejo réjimen, se le negó por temor de que sirviese para comunicar las órdenes del reo, i en su lugar se le mandó al padre de la buena muerte Camilo Henriquez; i éste deponiendo sus ideas de odio a la dominacion española i sus secuaces, ejerció su santo ministerio hasta las cuatro de la mañana, hora en que lo dejó en manos del capitan de granaderos don José Diego Portales, encargado de su fusilamiento.

El siguiente dia se hallaba su cadáver entre los arcos de la cárcel, sentado en un sillon i espuesto a la contemplacion pública. Su aspecto altanero i sombrío parecia imponer todavía, i la sangre que manchaba sus vestidos lo hacia aparecer mas respetable aun. Su

(20) *Memoria de los hechos mas notables de la revolucion de Chile*, cap. II. Mss.

rostro se hallaba desfigurado por una bala que le habia quebrado la quijada i su pecho manifestaba otra herida, las únicas quizá que habia recibido en su ejecucion.

Tal fué el trájico fin del comandante Figueroa. Era él la primera víctima de la revolucion de Chile, i no víctima inocente como es fácil comprender. Habia conspirado contra el nuevo órden de cosas, cuando éste comenzaba a adquirir respetabilidad e influjo, i era preciso castigar severamente un atentado de tanta trascendencia, ya que se queria imponer a los enemigos i dar confianza i enerjía a los partidarios.

VII. Las patrullas, entretanto, recorrian las calles en todas direcciones en la noche del 1.° de abril: gran número de paisanos queria compartir con el soldado las fatigas i privaciones de la guardia de la ciudad. Muchas de estas patrullas salian por los caminos de los alrededores de Santiago, i el de Valparaiso, sobre todo, llamó con preferencia la atencion de Rozas, el único de los vocales de la junta que se condujera en aquella noche a la altura de su mision.

Sospechábase que la sublevacion de Figueroa no era un movimiento aislado, sino que por el contrario tenia muchas ramificaciones que debian ir apareciendo poco a poco. Se creia que Concepcion era el foco, por decirlo así, de este movimiento, i que los auxiliares que marchaban a Buenos-Aires, estaban iniciados en los secretos del motin.

No faltaban, en efecto, motivos para recelar. El jefe de esta division era el capitan de dragones don Andres del Alcázar, oficial envejecido en el ejército del rei. Al recibir de boca del coronel Benavente la órden de prepararse para el viaje, habia dicho que queria saber por quién iba a pelear. «No me gustan mucho esos rodeos con que se me habla, dijo con la franque-

za de un soldado; voi a defender al rei o a la patria: pero no quiero oir esas palabras de mandones i fidelidad.»

Esta conversacion fué comunicada a Santiago, i nada se temió por de pronto de él; pero un conjunto de casualidades vino a despertar los recelos i las sospechas. Los 300 auxiliares se embarcaron en Talcahuano en la fragata *Begoña* el 20 de marzo, i llegaron felizmente a Valparaiso a fines del propio mes. El 1.° de abril, el mismo dia en que estallaba el motin en la plaza de Santiago, estaban acampados en las Tablas: sus avanzadas supieron por los dragones fujitivos las ocurrencias de la capital, i el cuerpo de la division no dió muestras de adherir al movimiento ni de rechazarlo.

El gobernador de Valparaiso don Juan Mackenna, sabedor de lo ocurrido en Santiago i sospechando tambien de los auxiliares, se presentó en breve al campamento de las Tablas a arengar a la tropa, al tiempo mismo en que llegaban los espías mandados por el doctor Rozas. Allí pudieron convencerse que sus recelos eran infundados: los auxiliares dejaron de ser simples espectadores, i comenzaron a detener a los fujitivos, que perseguidos por una partida de granaderos a las órdenes del teniente Campino, seguian el camino de Valparaiso (21).

En Santiago, entre tanto, se ignoraba el verdadero espíritu de la division. Las patrullas, como se ha dicho, se habian ocupado con preferencia en recorrer el camino de Valparaiso; i aunque no se notó nada que pudiera dar fundamento a la sospecha, la noche fué ajitada. El siguiente dia se esparció la voz

(21) Conversacion con el señor don Diego José Benavente, que servia entre esos auxiliares.

de que la division de los 300 auxiliares cruzaba la cuesta de Prado con bandera roja; las milicias se pusieron sobre las armas; i el rejimiento del príncipe salió de la ciudad en busca del enemigo.

No tardó mucho en conócerse que todo era solo un engaño ocasionado por la turbacion de los ánimos; pero temiéndose que la division se acercase a la capital, se ofició a sus jefes mandándoles siguiesen su marcha por San Felipe, sin tocar en Santiago, con el solo objeto, segun se les decia, de activar su llegada a Mendoza, puesto que el gobierno de Buenos-Aires los reclamaba con instancia. De este modo se ocultaban las sospechas que la Junta i el pueblo entero habian concebido de ellos.

VIII. Estos temores se desvanecieron a la vuelta de Campino i los prisioneros: súpose entónces el espíritu que animaba a la division. El pueblo tambien habia recobrado la tranquilidad con las medidas enérjicas de la junta. Cuando llegaron los prisioneros, pendian de una horca fijada en la plaza pública cuatro de los cadáveres que se hallaron en su recinto, entre ellos el del cabo Molina, para escarmiento de los que en lo sucesivo intentasen sublevarse. Este espectáculo, horrible por sí, lo fué mucho mas en una poblacíon poco acostumbrada a él; pero semejante castigo contribuyó considerablemente a dar mas respeto a las autoridades constituidas.

No fueron estas las únicas medidas represivas que tomó la junta. El mismo dia 1.° de abril fué aprehendido el ex-presidente don Francisco Antonio Carrasco, que vivia retirado de la vida pública en el arrabal de la Chimba, i, despues de varias viscisitudes, fué detenido en Casa-Blanca, para pasar mas tarde a Buenos-Aires, concediéndole la cantidad de «sesenta pesos

mensuales durante el tránsito por el reino» (22). El coronel de injenieros don Manuel Olaguer Feliú i los hijos del comandante Figueroa fueron tambien aprehendidos, i el primero desterrado a Chillan.

En este estado se hallaba la capital cuando llegó el coronel de milicias de los Anjeles don Bernardo O'Higgins (5 de abril). Sabedor del movimiento de Figueroa, en Curicó, donde se hallaba de tránsito para Santiago, apresuró su marcha i se presentó a la junta a ofrecer su espada, ántes de dejar el traje de camino (23). Pero ésta no necesitaba de servicios militares, porque estaba ocupada en otros asuntos que llamaban con preferencia su atencion. Se creia poder descubrir los antecedentes de la revolucion del 1.° de abril, i poner de manifiesto los autores i cómplices de aquella jornada, que hasta entónces habian quedado desconocidos.

Comisiónose con este objeto al alcalde don Francisco Javier Errázuriz i Aldunate (5 de abril), para que siguiera una de las causas criminales que se pensaba entablar. El siguiente dia recibió informes de un delator que aseguraba que don Pedro Arrúe, comerciante español, con otros paisanos suyos estaban implicados en los sucesos del 1.° de abril; pero como las comunicaciones que se tomaron a los supuestos cómplices no corroboraban de modo alguno aquel aserto, fueron pues-

(22) Oficio de la junta, mayo 29 de 1811.—El señor Tocornal ha dicho en su *Memoria sobre el primer gobierno nacional*, páj. 56, que Carrasco se embarcó para el Callao cuatro meses despues de haber dejado el mando: segun esta relacion no podia hallarse en Santiago en abril de 1811. He anotado algunos errores cronolójicos de aquel recomendable trabajo; errores mui disculpables si se toma en cuenta que es el primer ensayo histórico que se haya hecho sobre aquella época.

(23) Gay *Historia de Chile* tomo V, cap. XIII, páj. 193.—Comunicaciones particulares.

tos en libertad despues de haber sufrido una lijera prision (24).

No era solo el castigo de los culpables o sospechosos lo que llamaba la atencion del gobierno. Al mismo tiempo que tomaba medidas tan enérjicas quiso la junta formar el espíritu público acordando premios a los militares que la sostuvieron el dia del peligro. Cada cual tuvo derecho a colocar en el brazo de su casaca un parche cuyo lema decia: YO SALVÉ LA PATRIA (25). Concedióse un grado mas a cada oficial, i una recompensa pecuniaria a los soldados i clases.

IX. La real audiencia, a quien la opinion pública culpaba como principal autor del motin, hasta entónces no habia sufrido pena alguna por la complicidad que se le atribuia; pero habia sido vejada, i esta era suficiente causa para que sus miembros no quisiesen quedar en ella.

El oidor Aldunate fué el primero en solicitar su retiro: altanero i orgulloso por carácter, no podia ver con agrado el desprecio con que se trataba al tribunal de que era miembro. El 6 de abril pasó su renunca, i poco despues solicitó el permiso para ir a Lima, solicitudes ambas a que accedió fácilmente la suprema junta (26).

Aldunate habia dado el ejemplo de una aparente abnegacion, i encontró imitadores en sus colegas Basso Berri e Irigóyen, los cuales solicitaron lo mismo con fecha de 9 de abril.

El tribunal de la audiencia habia, pues, quedado reducido a solo dos de sus miembros, i por tanto su influencia no podia ser sino mui limitada. Sin embargo,

(24) Informe del Alcalde don Javier Errázuriz. Buenos Aires 1811.

(25) *Memoria de los hechos mas notables de la revolucion de Chile*. Mss. cap. II.

(26) Renuncia del oidor Aldunate. Mss. Abril 6 de 1811.—Oficio de la junta. Abril 9 de 1811. Mss.

la junta creyó necesaria su extincion, i con fecha 24 de abril espidió un decreto para la separacion del rejente Rodriguez Ballesteros i el oidor decano Concha, como perturbadores del órden, i cuya destitucion era necesaria para restablecer la tranquilidad, concediéndoles solo una cuota alimenticia. El primero fué confinado a San-Fernando, i el segundo, despues de reiteradas solicitudes, consiguió quedar en Ñuñoa.

Este fué el resultado definitivo del mótin de Figueroa. La autoridad revolucionaria cobró fuerzas, su causa se comprometió seriamente con una ejecucion capital, i pudo presentarse por fin triunfante de las intrigas i tramas de sus enemigos.

La accion del 1.° de abril en la plaza de Santiago fué indudablemente la victoria mas decisiva para comprometer seriamente la revolucion.

CAPITULO X.

I. Exaltacion de los partidarios de Rozas.—II. Muerte del obispo Aldunate.—III. Division de los partidos.—IV. Los diputados de las provincias se incorporan a la junta.—V. Preparativos para la eleccion de Santiago.—VI. Obtiene en ella el triunfo el partido del cabildo.—VII. Incorpóranse los diputados de Santiago en el directorio.—VIII. Trabajos del directorio.—IX.—El marques de Medina reclama en vano que se le reconozca como presidente de Chile.

I. La asonada militar que acaba de malograrse vino a favorecer los planes de los revolucionarios mas exaltados. Ya no debian éstos considerar a los que habian intentado destruir a balazos al gobierno constituido. Las circunstancias reclamaban una actitud enérjica de parte de los defensores de las nuevas instituciones, i Rozas supo tomarla con maña i valentía. La alarma justificaba las medidas avanzadas que pudiese dictar.

Rozas no se dió por satisfecho con las providencias que habia adoptado contra los perturbadores del órden público. Las prisiones i destierros no era cuanto

habia que hacer en su situacion. Temíase vagamente un nuevo movimiento, i era preciso dar confianza a los amigos, e infundir pavor a los contrarios con la ostentacion de una fuerte enerjía. Por todas partes reinaba el terror: un espectáculo nuevo i horrible habia ensangrentado las calles de la capital del reino, i una perentoria ejecucion militar habia sido el último detalle del desenlace de aquel triste drama. Necesario era, pues, que una mano fuerte i vigorosa volviese la confianza a todos los espíritus.

Esta era la mision de Rozas. Apoyado por unos pocos hombres que se le habian unido por los dobles lazos del interes i de la pasion, marchaba firme sobre los obstáculos que derribaba en su tránsito.

Entre los suyos contaba al obispo auxiliar don Rafael Andreu i Guerrero, sacerdote de reducidos alcances, aunque de una exaltacion estraordinaria. Era natural de Aljeciras en Andalucía, i habia negociado años atras en América con un limitado comercio, ántes de hacer los estudios necesarios para la carrera eclesiástica. Su contraccion mas que su talento, lo puso en camino de ordenarse, i alcanzó, no sin gran dificultad, a desempeñar auxiliarmente una parte del curato de Copiapó.

Inducido por una ambicion singular, pasó a España, a esponer al rei el desamparo de las poblaciones limítrofes del despoblado de Atacama: tocó algunos resortes i alcanzó el nombramiento de obispo auxiliar de las cuatro diócesis inmediatas; pero como el de Santiago don Francisco Maran se negase obstinadamente a consagrarlo volvió a España, i reiterando sus esfuerzos i dilijencias fué consagrado por fin en Buenos-Aires.

Acababa de llegar a Santiago. La revolucion tenia

preocupados todos los ánimos: el mismo obispo no pudo resistir al influjo de su corriente: tomó cartas en ella con un calor estraordinario, i se convirtió en el mas audaz predicador de los principios exaltados.

Rozas i los suyos necesitaban de él. Pocos dias despues del motin militar, el domingo 7 de abril, fué encargado de predicar en favor de sus ideas. Se puso el púlpito en la plaza mayor de Santiago, en el sitio mismo de la sangrienta asonada, i sin trepidar recomendó la delacion hasta de parte de los confesores, para castigar a los tumultuarios.

Por grande que fuese la exaltacion de los liberales, estas palabras despertaron un jeneral desagrado en toda la poblacion. Creyóse profanada la cátedra del Espíritu Santo por hombres sin fé relijiosa, animados únicamente por la mezquina ambicion de mando. Desde aquel dia se comenzó a mirar de reojo al obispo auxiliar que sin dicernimiento ni consideracion atacaba las creencias de un pueblo, hasta el punto de obligarlo a retirarse poco tiempo despues a Quillota.

II. Rozas sin embargo no pareció inmutarse por ese desagrado. Se creia en la cima del poder, i nada habria bastado a intimidarlo. Sus desavenencias con el cabildo i los liberales moderados no le importaban mucho, desde que contaba con una mayoria en las discusiones de la junta. Rosales i Márquez de la Plata le pertenecian absolutamente, de modo que la oposicion que encabezaba el vocal don Ignacio de la Carrera no tenia mas apoyo que el voto de Reina. La muerte habia separado de su seno al conde de la Conquista i un conjunto de enfermedades al obispo Aldunate.

Residia éste en una quinta en el barrio de la Estampa Achacoso por la edad, el obispo no habia tomado

parte alguna en la política. Su espíritu, gastado por los años, no tomaba interes por las discusiones revolucionarias, i su físico no habría resistido a las ansiedades de la lucha. Siendo simple espectador se sentia abrumado por el motin militar i sus consecuencias.

En este estado, sus dias no podian prolongarse por mucho tiempo mas, i tocaron a su fin el 8 de abril. La poblacion entera lloró en su muerte la pérdida del pastor santo e ilustrado que dejaba un sendero de altas virtudes, i el recuerdo de sus triunfos universitarios.

Era en efecto el obispo un motivo de orgullo para el reino. Habia estudiado en el colejio de jesuitas de San Francisco Javier, i alcanzó un puesto distinguido entre los doctores de la real universidad de San Felipe: en ella fué catedrático de prima de leyes. Teólogo de nota i predicador distinguido, el clérigo Aldunate ejercia un influjo ilimitado sobre el cuerpo universitario, que presidió por tres períodos consecutivos (1). Sirvió el cargo de provisor de la diócesis de Santiago por cuarenta años: de canónigo doctoral alcanzó a dean de esta catedral. Elejido obispo de Guamanga en 1803, pasó a desempeñarlo hasta que en 1810 fué removido para suplantar en su propia patria al obispo Maran (2). La revolucion estaba hecha ya en Santiago cuando debia recibirse del obispado, i él misma se veia comprometido en ella, sin esperarlo, i hasta sin quererlo.

(1) Conversacion con el señor don Joaquin Tocornal.—Nombramientos i títulos que se hallan en poder de su familia.

(2) En un libro bastante curioso, aunque a veces inexacto, que lleva por título *Las tres épocas del Perú*, se anota la muerte del obispo Aldunate como acaecida en Guamanga en 1810.—En el capítulo XVI, páj. 387 de la «Hist. ecl., pol. i lit. de Chile» de Eyzaguirre, hai algunas noticias biográficas de él llenas de crasos errores, segun resulta de sus títulos que he tenido a la vista. Mui descaminado va el que busque la exactitud histórica en aquella obra.

III. El papel meramente pasivo que habia desempeñado el obispo hizo que su muerte fuera de poca trascendencia para la revolucion. Sus caudillos se hallaban mui preocupados con sus discusiones para distraerse por la pérdida de un hombre que no hacia falta a ninguno de los dos bandos.

La animadversion cundia considerablemente entre ellos. Unido por los vínculos de un odio comun, cada uno de los dos partidos miraba en el contrario un enemigo que era preciso combatir sin reserva de armas i sin disimulo.

Los exaltados obedecian ciegamente a Rozas.

Rozas era en verdad un revolucionario jigantesco, lleno de talento, de audacia, de actividad i penetracion. Su enerjía era sistemática, i no natural: su obstinacion i firmeza era obra del cálculo de su cabeza fuerte, i no emanada de su corazon. No tenia la rectitud ni el desprendimiento de sus enemigos, pero poseia en pago mas jénio i mas recursos. Sus amigos eran mas atrevidos que sus contrarios: querian la revolucion social con la revolucion política, i no temian romper abiertamente con las tradiciones i el pasado. Entre ellos, se distinguian algunos arjentinos i el diputado de Buenos-Aires, i con este motivo se queria presentar como dudosa su nacionalidad.

El partido del cabildo, mas moderado en sus tendencias liberales, reconocia por jefes a don Agustin Eyzaguirre i al procurador de ciudad don José Miguel Infante. Mas timoratos éstos, obraban con ménos enerjía i prevision que sus contrarios, aunque con mas rectitud i sinceridad. Infante, sobre todo, el orador reconocido de su causa, poseia muchas de las dotes de un verdadero tribuno, la honradez, la entereza i la obstinacion en defensa de sus principios; pero ca-

recia de vista previsiva, de perpicacia i hasta del aplomo de sus contrarios.

IV. Estos dos bandos se habian batido en la campaña electoral. Rozas habia alcanzado un triunfo completo en las provincias del otro lado del Maule, ménos en la ciudad de Concepcion, donde salieron electos tres partidarios del viejo réjimen, tildados ya con el sobrenombre de *godos*. Uno de los diputados de San Fernando, otro de Coquimbo, el de Aconcagua i el de Valparaiso le pertenecian tambien, i alcanzaba a juntar por todo hasta doce votos (3).

Con esto solo, la victoria era suya hasta ese momomento. La mayoría de los diputados eran de su círculo i principios; i nada debia temer de sus enemigos. Rozas quiso probarles su triunfo incorporando a la junta los diputados electos residentes en Santiago, como se habia hecho poco ántes en Buenos-Aires para

(3) Hé aquí los nombres de los diputados del partido radical o exaltado.—Don Antonio Mendiburu i don Pedro Arriagada por Chillan, don Manuel Salas por Quirihue, don Luis de la Cruz por Rere, don Bernardo O'Higgins por los Anjeles, don Juan Estévan Manzano por Linares, don Juan Pablo Fretes por Puchacay, don José Antonio Soto i Aguilar por Cauquenes, don Manuel Antonio Recabárren por Coquimbo, don José María Rozas por San Fernando, don Agustin Vial por Valparaiso i don José Sántos Mascayano por Aconcagua.

Los moderados eran estos:—Don Manuel Pérez Cotapos i don Mateo Vergara por Talca, don José María Ugarte i Castel-Blanco por San-Fernando, don Andres del Alcázar conde de la Marquina, don Juan Cerdan i don Agustin Urrejola por Concepcion, don Márcos Gallo por Coquimbo, don Martin Calvo de Encalada por Curicó, don Fernando Errázuriz por Rancagua, don Jose Antonio Ovalle por Quillota, don Estanislao Portales por Petorca, don Juan José de Echeverria por Copiapó, don Francisco Ruiz Tagle por Santa-Rosa, don Joaquin Gandarillas por Illapel, don José Fuenzalida por Melipilla i don Manuel Fernandez por Osorno. Muchos de estos no habian llegado a la capital en aquella época, de modo que los radicales estaban en mayoría. Uno de estos, tambien, don José María Ugarte diputado por San-Fernando adheria ordinariamente al parecer del otro representante de aquella provincia, don José M. Rozas, porque, segun los principios mas recibidos de derecho público en aquel tiempo, creia que un pueblo no podia tener dos diputados de diversa opinion.

quitar su influjo al doctor Moreno (4). Don Agustin Vial, diputado por Valparaiso, fué encargado de presentar esta mocion. Introdújose al lugar de sus sesiones (30 de abril) e hizo presente la solicitud que lo llevaba allí, probando las ventajas que resultarian de esta reunion para los pueblos que habian depositado en ellos su confianza, añadiendo tambien, que en esto no se hacia mas que seguir el ejemplo de Buenos-Aires. La argumentacion de Vial era estudiada i sujerida por Rozas, i por tanto no podia dejar de ser poderosa i concluyente: la junta, no hallando como combatirla, tuvo que acceder simplemente.

El ayuntamiento no quiso ver en este paso mas que su derrota i la obra de Rozas, i con el objeto de atacarlo enérjicamente en el recinto mismo de la junta, comisionó al procurador de ciudad, Infante. El caso estaba previsto por Rozas: sus amigos reunieron un inmenso jentío que dió manifiestas señales de desaprobacion a las palabras de Infante, i lo obligó por fin a desistir de sus intentos (5).

V. La victoria protejió a Rozas en esta ocasion: el directorio le pertenecia decididamente. El cabildo vió destruido su influjo, i quiso arrebatarle el suyo a la junta: en sus manos tenia las armas necesarias para ello. Ajitábase la eleccion de diputados por Santiago: el congreso debia instalarse mui pronto, i en este caso la junta quedaba de hecho disuelta, i si en esta eleccion se trabajaba por sacar diputados desafectos a Rozas i su sistema, la caida de éste era segura e inevitable.

El ayuntamiento conocia las armas que podia mane-

(4) *Obras del doctor Moreno*. Prefacio, etc. etc. pájs. CLXIII i siguientes.

(5) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 99.

jar i quiso batir con ellas a su enemigo. El 4 de mayo se distribuyeron por los alcaldes ordinarios las nuevas esquelas o calificaciones concebidas en estos términos:

«El cabildo convida a V. para la eleccion de diputados el 6 de mayo en la sala de la excelentísima junta, donde espera los votos por escrito, en dos cuartillas de papel, una para los doce diputados propietarios, i otra para los doce suplentes. Durará la eleccion desde las siete hasta las doce del dia no mas. Desde esta hora principiará el escrutinio hasta que resulten i se publiquen los sujetos electos: advirtiéndose que al tiempo de dejar los votos deberá entregarse esta esquela, para con ella acreditar el convite.—*Errázuriz.*—*Echeverría.*

VI. De mucha importancia era para ambos partidos el triunfo electoral en Santiago. El debia asegurar la victoria completa de uno de los bandos, i la derrota final de sus enemigos. El resorte i el empeño debia dárselo al mas audaz.

En el concepto de Rozas, la guarnicion militar estaba llamada a decidir la contienda, si se le concedia el derecho de sufrajio. En esto no se equivocaba; i queriendo aprovecharse de su apoyo, nombró comandante jeneral de armas al sarjento mayor de asamblea don Juan de Dios Vial, que le pertenecia enteramente.

Esta providencia no pasó desapercibida para el ayuntamiento. A fin de resistirla se tocaron algunos resortes que surtieron su efecto el mismo dia de la eleccion, cuando la premura de tiempo no permitió a Rozas dictar contraórdenes ni tomar nuevas providencias. El 6 de mayo fué ese dia: la tropa estaba formada para cuidar del órden en la eleccion, bajo el mando de

Vial; pero queriendo éste dar sus órdenes para sacar algunas partidas de soldados que rondasen la ciudad se encontró desobedecido. En su desesperacion recurrió al directorio ejecutivo; éste sin embargo de pertenecer en gran parte a Rozas, no solo desatendió su reclamo, sino que tambien dió al vocal de la junta i coronel de artillería Reina el cargo que Rozas habia conferido a Vial.

No se creyó Rozas perdido por este contratiempo: segun él, la actividad podia rehacer lo que aquel incidente habia desbaratado. La esperanza de victoria la halló en otro manejo que no tardó mucho en poner en juego: comisionó a Vial para que repartiera esquelas de convite a los oficiales del batallon de Pardos, como tambien una lista de los doce candidatos que él proponia. Con esta conducta el cabildo se creyó en mal terreno: en valde se opuso a la medida que acababa de tomar Rozas: era diestra i defendida por un hombre de jenio. No pudiendo obtener su nulidad, consiguió al ménos que se difiriera la eleccion hasta las cuatro de la tarde. En unas pocas horas se podia poner un atajo al mal. Comenzaron entónces las dilijencias con tal empeño i con tan buen éxito que el triunfo quedó por suyo. El siguiente dia cuando se publicó la lista de los electos, aparecieron los doce candidatos del cabildo (ocho de los cuales eran miembros suyos) sin mas oposicion que ciento cinco votos que obtuvieron los de Rozas (6)

(6) Eran éstos: don Francisco J. Errázuriz, don Joaquin Echeverria, don José Miguel Infante, don Gabriel Tocornal, don José Nicolas de la Cerda, don Juan Jose Goicolea, don Juan Agustin Alcalde conde de Quinta Alegre, don Agustin Eyzaguirre, don Juan Antonio Ovalle, frai Manuel Chaparro, relijioso de San Juan de Dios, don Domingo Diaz Muñoz i don José Santiago Portales, superintendente de la Casa de Moneda. Los ocho primeros eran los miembros del cabildo.

El triunfo del cabildo fué, pues, completo en la eleccion. Para celebrarlo acordó que el dia 9 fueran solemnemente reconocidos los nuevos diputados; con este fin, se decretó formacion jeneral de las tropas en la plaza, misa de gracia i *Te Deum* en la catedral, con salva mayor de artillería.

VII. Como se ha dicho, el gobierno estaba confiado a la suprema junta en reunion con los diputados de las provincias. La opinion de Rozas prevalecia en aquel directorio; por eso el ayuntamiento se habia opuesto a esta forma de gobierno. Pero una vez elejidos los diputados por Santiago, i siendo éstos del parecer del cabildo, nada mas fácil que incorporarse en el gobierno, como lo habian hecho los de las provincias: en este caso la derrota de Rozas era segura.

Una vez concebida esta idea, no perdió tiempo para ponerla en ejecucion: dos dias despues de su reconocimiento i cuatro de su eleccion fueron incorporados en él, sin oposicion alguna, formando un solo cuerpo de gobierno, hasta que se efectuase la próxima instalacion del congreso.

La unidad que necesita un gobierno revolucionario se habia pues perdido absolutamente. Diversos principios políticos, intereses diferentes i muchas veces opuestos, sistemas contradictorios i absurdos, se hallaban reunidos en aquel gobierno hetereojéneo que carecia hasta de una cabeza.

VIII. Una vez incorporados los nuevos miembros del directorio, su primer trabajo fué la reorganizacion del cabildo: era preciso reintegrar los ocho miembros que salieron de él; i el nombramiento recayó como era de esperarse en los sujetos mas respetables que contaba su partido (7).

(7) Fueron éstos: alcaldes ordinarios; don Manuel de Barros i

Pocos dias despues se acordó la creacion de un tribunal de justicia, cuya falta se hacia notar desde la supresion de la real audiencia. Faltaban en verdad, los recursos de la justicia ordinaria administrada por aquel tribunal; su reemplazo era necesario, i solo las intrigas de partido pudieron haber demorado su creacion.

Tan importante medida no podia tardar mucho en llevarse a efecto. Procedióse luego al nombramiento de jueces, el que recayó por pluralidad de votos en don Francisco Sisternas para presidente, i en don Francisco Antonio Perez García, don Juan de Dios Gatica i don Lorenzo Villalon para vocales del nuevo tribunal de apelaciones. El 16 del propio mes prestaron el juramento de obediencia a la junta i de recta administracion de justicia conforme a los antiguos códigos, hasta que el congreso formase uno nuevo como en su delirio llegaron a pensar algunos de sus miembros.

Fuera de la creacion del tribunal de apelaciones, que era de tanta urjencia, nada importante hizo el directorio. La diversidad de elementos que habia en él impedia que existiese la tranquilidad en sus discusiones. La opinion se dividia en bandos, de modo que la mas insignificante de las medidas que se tomasen, era precedida por palabras acaloradas i por riñas indignas de la mision de aquel cuerpo. Esta fué la causa porque establecieron cierto modo de despacho, dividiendo los negocios en varios ramos i encargando a una seccion de diputados el espediente de ellos por este órden: el de estado, el de real hacienda, el de la guerra i el de

don Domingo J. de Toro. Cabildantes, don Juan Francisco de Larrain, don J. Antonio Valdes, don Santiago Errázuriz, don Juan Manuel de la Cruz i don Antonio Martinez de Mata. El procurador de ciudad fué el licenciado don Manuel Rodriguez, tan famoso despues en los anales revolucionarios.

policía. Para cada uno de éstos destinaron seis dipu-tados, reservándose para el consejo pleno los negocios de mucha gravedad, i la rectificacion o confirmacion de todo el despacho de las particulares secciones» (8).

En medio de este caos i confusion, Rozas i sus partidarios creyeron fácil un cambio de cosas. Engañados por una loca esperanza, llegaron a pensar que las circunstancias habian hecho descuidar algun tanto al partido vencedor. Para atacarlo comenzaron por decir que la eleccion de Santiago era ilegal por tener doce miembros en lugar de seis, añadiendo a esto lo que poco mas tarde se dijo en manifiestos sobre todos los miembros del congreso, que «su nombramiento fué efecto de la cabala, del resorte i del empeño» (9).

Apesar de la audacia con que se hacian estas protestas no obtuvieron resultado alguno. Sin desmayar por eso, creyó que nuevos trabajos podian volverle el influjo perdido. A fines de mayo, hizo anunciar la creacion de un rejimiento de *patriotas* que debia mandar don Antonio Mendiburu, su cuñado, i don Manuel Recabarren su amigo decidido. El obispo auxiliar Andreu i Guerrero, el mas entusiasta de los revolucionarios, se habia ofrecido para su capellan.

Pero Rozas se engañaba cuando creyó que el enemigo dormia: a la vista del paso que acababa de dar alzaron la voz Infante, Eyzaguirre i otros partidarios i pulverizaron el proyecto cuando faltaba poco para llevarse a su realizacion.

Tras de esta derrota le vino otra: sus enemigos conocieron que batido en repetidas ocasiones no tardaria en presentarse Rozas haciendo el papel de conspira-

(8) Martinez, *Mem. hist. sobre la revolucion de Chile*, páj. 102.

(9) «Manifiesto de Carrera despues de la disolucion del congreso.» Diciembre 4 de 1811. Mss.

dor. Para evitar esto, como tambien las intentonas revolucionarias de los partidarios del viejo réjimen se organizó un nuevo tribunal, llamado de pública seguridad, cuyo objeto era vijilar e investigar la conducta de los desafectos al gobierno. El nombramiento de presidente recayó en el coronel de milicias don Martin Calvo Encalada, i los de asesores en don Agustin Eyzaguirre i don Gabriel Tocornal.

Este tribunal fué instalado el dia 1.º de junio, i parece que su vijilancia impidió los desórdenes que sin él pudieron haber, puesto que todo aquel mes fué pacífico i tranquilo. Él habia establecido el espionáje i el denuncio, i el temor que inspiraba mantuvo en órden a los exaltados.

Las sesiones del directorio, sin embargo, fueron borrascosas i turbulentas en mas de una ocasion. Como se tratara de la pronta apertura del congreso, Rozas i los suyos, representaron nuevamente con la mayor enerjía la nulidad de las eleciones de Santiago, en vista de la desproporcion de número entre los diputados de la capital i los de las provincias. La cuestion fué defendida con ardor por una i otra parte, pero por justos que fueran los argumentos de Rozas tenian que ceder ante la fria reprobacion de una mayoría numérica (10).

IX. No fueron estos asuntos los únicos que ocuparon al directorio, en el corto tiempo en que dirijió la marcha gubernativa. Una cuestion de grave importancia llamó momentáneamente su atencion.

El 28 de junio llegó a Valparaiso la fragata *Bigarrena*, procedente de Montevideo, con oficios del marques de Casa Irujo, encargado de negocios de España

(10) Martinez.—*Memoria histórica sobre la revolucion de Chile.* pájs. 102 i 103.

en Rio-Janeiro; aprobaba en ellos la instalacion de la junta de Santiago; asegurando que desde que supo el nombre de las personas que la formaban dudó que «varones tan ilustres i jenerosos pudiesen ser instrumentos del desórden i del cruel testimonio que se ha manifestado en la desgraciada capital del Rio de la Plata» (11).

Junto con este oficio venia otro del marques de Medina don Antonio Barcarcel, nombrado, como se ha dicho, capitan jeneral de Chile por el consejo de rejencia: solicitaba en él se le reconociese su nombramiento para salir de Montevideo, donde se hallaba, a ocupar el puesto a que estaba destinado.

Antes de esta época, i sin saber su paradero, la suprema junta le habia encargado que no pasase a Chile, porque no obtendria su reconocimiento. Barcarcel no se arredró por el contenido de esta nota: creyó que el «estado actual» de que se le hablaba, habia cesado con la apertura de las cortes, i se creyó en el caso de insistir nuevamente sobre el particular.

Su comunicacion no alcanzó aprecio alguno en Chile. Se guardó un profundo silencio acerca de ella, miéntras se publicaba por todas partes el oficio del marques de Casa Irujo.

La revolucion tenia ya muchos i mui decididos secuaces a mediados de 1811. El gobierno nacional habia adquirido crédito en todo el reino, i las notas del delegado de España no alcanzaron a menoscabar su poderoso influjo.

(11) «Comunicacion del marques de Casa Irujo.» Diciembre 14 de 1810.

CAPITULO XI.

—

I. Preparativos para la apertura del congreso.—II. Discurso del doctor Rozas.—III. Instalacion del congreso nacional.—IV. Primeras providencias del congreso.—V. Conspiraciones de los exaltados.—VI. El congreso se niega a mandar a España los caudales que habia en depósito.—VII. Dejan el congreso los exaltados.—VIII. Nombramiento de la junta ejecutiva.—IX. Operaciones subsiguientes del congreso.

I. Una vez reunidos en la capital los diputados de las provincias, i elejidos los de Santiago, la solemne apertura del congreso no podia retardarse mucho tiempo mas. Era urjente dar cumplimiento a la voluntad de los pueblos, i al auto acordado el dia de la instalacion de la suprema junta de gobierno.

El directorio se habia apresurado a decretarla para el 23 de junio: con este objeto el 22 se celebró una suntuosa procesion de rogativa a fin de alcanzar la iluminacion de Dios en las decisiones de aquel cuerpo. Una lluvia imprevista, acaecida en aquel dia, impidió las solemnidades con que se proyectaba celebrar i se retardó para el 4 de julio, en recuerdo de la independencia de los Estados-Unidos (1).

(1) El padre Guzman, el señor Lastarria, en su *Bosquejo histórico de la constitucion de Chile* (1810-1814), M. Gay i el señor Alvano en su *Memoria de don Bernardo O'Higgins* ponen la fecha de la instalacion del congreso en 14 del propio mes i año. Seguimos el acta de la sesion de apertura.

Grandes resultados se esperaban del congreso. El directorio habia anunciado nada ménos que la formacion de un código jeneral, i sobraban motivos para creer que las reformas i mejoras debian plantearse tan luego como se hiciesen conocer sus necesidades en el recinto de la representacion nacional.

Solo Rozas i sus partidarios no esperaban ventaja alguna de la instalacion del congreso, a ménos de poder introducir en él un espíritu de animacion i actividad que intimidara a la mayoría. La poblada, en su juicio, debia apoyar las palabras mas avanzadas de los suyos.

A este efecto, hizo presentar al doctor Vera, la víspera de la instalacion del congreso, una solicitud para que sus sesiones fuesen públicas: segun él era justo que los pueblos conocieran el modo como desempeñaban sus representantes el cargo que les confiaron. Traia al pié un considerable número de firmas, muchas de ellas de hombres de suposicion i de respeto; pero la mayoría no quiso ver mas que la obra de Rozas, i se opuso hasta desecharlo.

Este paso ponia, por otra parte, en descubierto la política de Rozas: sus enemigos creyeron descubrir los deseos que abrigaba de introducir el desórden, i hasta llegaron a juzgar que el dia siguiente era el aplazado para hacer efectivos sus planes de trastorno. Para impedir que estos se realizaran, se dieron las órdenes mas estrictas al comandante jeneral de armas, Reina, a fin de que tomase todas las medidas militares que creyera precisas para asegurar la tranquilidad i el órden público el dia de la apertura del congreso.

Estos temores no carecian de fundamento. La audacia de Rozas era mui conocida i sobraban motivos para recelar de él. Reina mismo sospechaba, i no se

descuidó en el cumplimiento de su encargo. A las seis de la mañana ya se hallaba la plaza rodeada de tropas. El batallon de pardos ocupaba el lado de la Catedral, los granaderos se estendian desde el palacio hasta la cárcel i el rejimiento de milicias de infantería, denominado del rei, que constaba de 798 plazas, ocupaba por sí solo los otros dos lados restantes. La compañía veterana de dragones de la reina, compuesta de 50 hombres, custodiaba el costado de la catedral, desde su puerta hasta el palacio, miéntras los rejimientos de milicias disciplinadas de caballería del príncipe i la princesa, guarnecian todas las calles inmediatas a la plaza con órden de no dejar pasar a nadie de capa o poncho. Aparte de estas medidas, hizo asegurar bien el parque de artillería, la sala de armas, i los demas cuarteles con dobles centinelas, como tambien cargar varios cañones a metralla, dejándolos prevenidos para el caso de una sorpresa. El mismo comandante Reina estaba a caballo al frente de las tropas, para acudir con presteza al lugar en que se necesitase de su presencia.

Toda la poblacion se hallaba en espectativa a la vista de aquellos aprestos; se creia que el solo objeto de solemnizar la apertura del congreso los producia, i se esperaba con ansias el resto de la ceremonia. El estampido de una salva de artillería anunció a las nueve de la mañana que las diversas corporaciones comenzaban a salir del palacio de gobierno. La suprema junta encabezaba la numerosa comitiva. En pos de ella venian los cuarenta diputados hasta entónces elejidos (2); seguíanlos los cuatro miembros del nuevo tribunal de apelaciones, el cabildo, los jefes militares i algunos

(2) Solo faltaban el de Valdivia i el Huasco.

pararse sin recomendar el cumplimiento de sus deberes a los representantes de los pueblos.

Un discurso en estas circunstancias es la manifestacion franca de los principios políticos de un partido. Rozas se proponia en el suyo vindicar la revolucion i circunscribir la marcha de aquel cuerpo al círculo de ciertas ideas de importante realizacion. Segun él era urjente remediar el estado administrativo de la colonia, i obrar con enerjía i decision, ya que las circunstancias excepcionales de la madre patria así lo permitian. El bien público, la soberanía popular i el engrandecimiento de la patria, que formaban la base principal de su discurso, eran teorías desconocidas para la mayor parte de los hombres a quienes hablaba. Rozas se encargó de esplicárselas con claridad i valentía.

«A una voz, decia, todos los vivientes de Chile protestan que no obedecerán sino a Fernando: que están resueltos a sustraerse a toda costa a la posibilidad de ser dominados por cualquiera otro; i reservarle estos dominios, aun cuando los pierda todos. Conocen i sienten en sus corazones que son incapaces de otros pensamientos: que pueden sostenerse, porque siempre estarán unidos; i tomando sobre sí los riesgos i fatigas de una empresa que solo creen digna de su lealtad, la fian a ella sola. ¿Ni cómo podrian sin delito fiarla a otros?...

«Observábamos un silencio sospechoso en los gobernadores que notados de infidencia, léjos de vindicarse, solo contestaban con las bocas de los fusiles, con dicterios i suplicios»...

«Nuestra probidad, continúa, nos adquirirá sin duda la consideracion de las naciones; pero no es prudente esperar que todas imiten nuestra conducta justa

i moderada: tratemos a nuestros amigos, sin olvidar que podemos tener la desgracia de perder su amistad. Nunca será esta mas firme, que cuando sepan que no pueden impunemente quebrantar sus leyes, o que vean que nuestra templanza no nace de la debilidad; i que su ambicion se estrellará en el muro de bronce de nuestro patriotismo i disciplina».........

«Debemos emprender este trabajo, prosigue, tratando de dar una constitucion a Chile; porque es necesario, porque nos lo ordena el pueblo depositario de la soberana autoridad; porqué no esperamos este auxilio de la metrópoli: porque hemos de seguir su ejemplo»..........

«Otras naciones carecieron absolutamente de este símbolo de sus derechos, i sucumbieron a la anarquía, i despues al despotismo. La inmortal Roma, que dió leyes al mundo, i cuyos inmensos códices aun sirven de oráculos, pereció por falta de una constitucion. La Inglaterra, apénas tiene la suficiente para vivir en un mar, siempre alterado entre los embates de una libertad aparente, i un despotismo paliado. La Polonia vió como un sueño desaparecer una que le habria conservado en el rol de la naciones. La Francia perdió la que habian labrado los sacrificios mas horrendos. Otras naciones creen tenerla en algunos privilejios que han arrancado a tal cual déspota débil. Otras ni aun tienen nociones de esta piedra de toque de los derechos del hombre; de este talisman, de esta brújula, instrumento pequeño sí, pero precioso, únicamente capaz de guiarnos hácia nuestra prosperidad. Por una fatalidad singular observamos que si el pueblo no es capaz de retenerse en los límites de una libertad ilustrada, los que están revestidos del poder no saben mantenerse en los términos de una autoridad racio-

nal: el pueblo se inclina a la licencia, los jefes a la arbitrariedad. Así el gobierno que contenga aquel en la justa obediencia, i a éste en la ejecucion de la lei, i que haga de esta lei el centro de la dicha comun i de la recíproca seguridad, será el jefe de la creacion humana. Representantes de Chile: esta es vuestra tarea. ¿La llenareis? Sí, porque os conduce la sinceridad, el interes, la rectitud, la firmeza i el amor a la patria. Feliz pueblo, que dominando los acontecimientos, superior a todos los poderes e intereses momentáneos, i cautivando todas las pasiones, os hallais en estado de recojer vuestros pensamientos, de medir el espacio en que debeis establecer la justicia i la igualdad, de combinar los medios de obrar un bien tan jeneral, de remover los obstáculos, i de elevar sobre un suelo llano el grande edificio de la pública felicidad»....

«Encaminemos el valor, talentos i natural virtud de nuestros excelentes jóvenes, por la senda de los conocimientos útiles, hácia el bien que prepara la constitucion, i ellos serán sus garantes»....... «La providad i la virtud seran vuestro asilo contra la lei. El que la quebrante faltando a sus empeños, no es digno de ser miembro del cuerpo lejislativo. No merece concurrir al órden público, quien lo perturba con su ódios, su ambicion o mal ejemplo. ¿Se dirá lejislador aquel que proscribe la lei? ¿Representante del pueblo, el que deshonra el pueblo? ¿Ni tratará de virtudes el que es acusado de crímenes e infidelidades? Pueblos: meditad bien los que elejis, i que sean tales, que no necesiten de la inviolabilidad. Majistrados, procurad ser tales, que la posteridad os bendiga: aspirad a que las naciones os citen mas bien como honrados, que como sabios. Abrazad con celo los negocios mas espinosos; seguidlos con asiduidad i constan-

cia; haced el bien i limitad vuestras miras a la dulce satisfaccion de haber obrado bien; inmolaos jenerosamente a vuestra patria i ocultadle con destreza los servicios que la haceis. Estas son las cualidades de un ilustre ciudadano, señores, i estas son las vuestras.»

III. Desde este momento cesó la suprema junta en el ejercicio de sus funciones. Un cuerpo de mui distinta especie venia a suplantarla en la direccion administrativa del gran movimiento revolucionario. Al congreso estaba confiado desde aquel dia la realizacion del pensamiento que tenia ajitados i conmovidos todos los espíritus, no proclamando la independencia, para lo que no estaba preparado el pais, pero si prosiguiendo en el sendero de las mejoras i reformas que habia iniciado la primera junta de gobierno. El congreso tomaba, pues, a su cargo un gran trabajo.

La revolucion, como la comprendian los exaltados, contaba en aquella época dos especies de enemigos mui diferentes entre sí. Unos, los *godos*, desaprobaban las tendencias que iba desarrollando el movimiento de setiembre; otros, los moderados, no se avenian con Rozas i los suyos en los medios, pero casi siempre en el fin. En poder de estos últimos quedaban las riendas administrativas: los exaltados no esperaban nada de ellos.

Concluido que fué el discurso del doctor Rozas se retiraron los vocales de la junta: pasó entónces a presidir la sesion el decano representante don Juan Antonio Ovalle, el mas anciano, i quizá el mas respetable de los miembros del congreso. Luego que tomó su asiento de presidente dió principió a la lectura de un largo discurso. Justificaba en él la deposicion de Ca-

rrasco como una consecuencia necesaria de la conducta atentatoria i despótica de aquel funcionario: él mismo habia sido una de las víctimas i hablaba con tanta conviccion como enerjía. Aprobaba en frases ampulosas e hiperbólicas la creacion de una junta de gobierno para mantener este pais fiel al unjido de Dios, cuya autoridad, segun él, era lejítima e incuestionable. Persuadia, finalmente, «con elocuencia i enerjía deberá el congreso consagrar sus tareas, en obsequío de la relijion, del rei i de la patria, indicando para ello los mas importantes arbitrios» (5).

Procedióse entónces a la eleccion de presidente i vice, la que dirijió don Francisco Ruiz Tagle, que hacia las veces de secretario por ser el mas jóven de los diputados (6); ésta recayó en el mismo Ovalle, para el primer cargo, i en el coronel de milicias don Martin Calvo Encalada para el segundo. Segun se convino la autoridad no podia quedar en sus manos por mas de quince dias, al cabo de los cuales deberia hacerse el nuevo nombramiento. Decretóse, al mismo tiempo, el tratamiento de excelencia para el primero de estos funcionarios con los honores de capitan jeneral del reino, dentro i fuera de la sala, i con el de alteza i honores de capitan jeneral de ejército a cada uno de los diputados; con esto solo quedó terminada la primera sesion del congreso.

El siguiente dia fué el aplazado para rendirle el juramento de fidelidad.

Con este fin concurrieron los jefes i militares, prelados i corporaciones, a quienes tomó el juramento el secretario en esta forma: «Reconoceis, se les dijo, en

(5) «Acta de la instalacion del congreso nacional. Julio 5 de 1811.—Conversacion con el señor don Joaquin Tocornal.

(6) «Por lo mas mozo,» dice el acta arriba citada.

el congreso de diputados de este reino, la suprema autoridad que a nombre de nuestro mui amado Fernando VII representa? I dijeron todos: «reconocemos.» Jurais obedecer sus decretos, leyes i constitucion que establezcan segun los santos fines a que se han reunido, i observarlas indudablemente? I respondieron todos: «si juramos,» con lo que dejaron la sala.

Procediose, entónces, a la eleccion de secretarios, por medio de votacion secreta; esta recayó en los abogados don Francisco Echaurren i don Diego Antonio Elizondo, cura de Colina el primero, i de San Fernando el segundo, con el sueldo de 2,500 pesos (7).

Desde aquel dia quedó instalado i reconocido bajo juramento el alto congreso nacional de Chile, denominado conservador de los derechos del rei. Por primera vez se ponia en ejercicio la autoridad lejislativa en un pais acostumbrado a obedecer i acatar las leyes dictadas desde la metrópoli, cualesquiera que fuesen sus disposiciones. Nadie conocia la táctica de asambleas: los trámites parlamentarios eran griego para los miembros del congreso, i se encargó al secretario Elizondo la formacion de un reglamento interior de sala que les sirviese para rejirse en sus sesiones. Las disposiciones de ese reglamento no se apartaban mucho de las jeneralmente usadas en los cuerpos lejislativos: establecia sí que sus sesiones fuesen diarias escepto los dias festivos, i que comenzasen a las diez del dia para concluir a las tres. La vanidosa novedad de

(7) El padre Martinez dice que este nombramiento se hizo el 6 de julio; Gay asienta que pocos dias despues, i el diario ya citado con el titulo de *Epocas i hechos memorables de Chile* la pone entre el 10 i el 18 de este mes. Seguimos el acta redactada el mismo dia de la sesion.

los primeros lejisladores de Chile se habia convertido en frenético entusiasmo (8).

IV. Las primeras sesiones del congreso tuvieron por objeto discutir el reglamento interior de sala de que se ha hablado. Pocos dias despues, el 10 de julio, se nombró una comision de once diputados que debia formar otro reglamento para la junta ejecutiva que se pensaba formar (9). En ellas hubo paz i tranquilidad, porque aun no habia llegado el caso de romper: la efervescencia de los partidos era grande: los exaltados trabajaban con constancia i enerjía, miéntras sus contrarios descansaban en su triunfo.

Rozas no podia olvidar su derrota electoral, i la absoluta separación de los negocios públicos a que ella lo reducia. Ahora asechaba con arte i maña la mejor oportunidad para reponerse de sus desgracias.

El 20 de julio se elijió presidente del congreso al coronel de milicias don Martin Calvo Encalada: uno de sus primeros pasos fué promover la creacion de una junta ejecutiva, segun se habia convenido anteriormente, que debia componerse de tres miembros: ya el cabildo de Concepcion habia pasado nota a sus diputados, a solicitud de Rozas, para que uno de estos tres miembros representase a aquella provincia: en consecuencia se acordó que se nombrase uno por ella, otro por Santiago i finalmente el tercero por Coquimbo. Pero débiles los moderados hasta en el uso de su triunfo, a nada se resolvieron definitivamente sobre la eleccion. Esta fué aplazada para el 27 de julio.

V. Rozas en tanto veia por todo anuncios de su triunfo. La falta de enerjía de sus contrarios le daba

(8) Comunicaciones del señor obispo Elizondo. Mss.

(9) *Epocas i hechos memorables de Chile*. Mss.

alientos: creia que una asonada impondria al congreso que se veria obligado a aceptar los nombres que él i sus partidarios quisiesen proponer para formar el ejecutivo. Con este fin, se reunieron en la noche del 26 de julio, en casa de don Diego Larrain, los mas vehementes radicales, i acordaron presentarse tumultuosamente el siguiente dia en la plaza a fin de impedir la eleccion. Allí mismo i en la propia noche elijieron a los que debieran componer el nuevo gobierno, si sus cálculos no salian fallidos. Rozas, jefe del partido, debia ser su presidente: don José Antonio Rojas, don José Gregorio Argomedo i el presbítero Larrain los vocales. Los secretarios elejidos fueron el doctor Vera i el padre Camilo Henriquez, ambos entusiastas i decididos parciales del doctor Rozas.

Los exaltados tenian mucha audacia para dejar de intentar lo que habian proyectado, tanto mas cuanto que contaban con el apoyo del mayor de granaderos don Juan José Carrera, i hasta con su tropa; pero carecian del caudillo que pudiera convinar el ataque i dirijir las operaciones en la asonada.

A las diez de la mañana del 27 se presentaron de uno en uno en la plaza, como estaba convenido. Habian cuidado de llevar capa para ocultar mejor las armas i hacer ménos notable su reunion; sin embargo, ésta aumentaba considerablemente, i sus intentos no tardaron en ser conocidos. Algunos diputados que veían engrosar por momentos el número de los tumultuarios, se apresuraron a dejar la sala, i quizá todo se hubiera concluido felizmente para Rozas, a no haber uno entre ellos, don Manuel Diaz Muñoz, que oficiosamente diera parte al comandante jeneral de armas Reina; éste se apresuró a venir a la plaza con las tropas de que podia disponer.

El congreso, entretanto, se hallaba en la mayor turbacion; veia engrosarse a cada instante aquella reunion, tan insignificante en su principio, sin hallar qué resolver: temia entrar en la discusion del asunto en tabla, i le faltaba el arrojo para dar la órden de dispersar a los amotinados. Estos por su parte, no se atrevian tampoco a acometer su proyectada empresa, esperando sin duda aumentar su número para hacerse mas respetables: los granaderos, con que Carrera debia apoyarlos, tardaban tanto que Rozas i los suyos comenzaban a temer seriamente por las consecuencias de su intentona. Su perplejidad dió tiempo a Reina para llegar con sus tropas a la plaza. Fuerza les fué entónces dispersarse disimuladamente para ocultar su derrota.

Procedió luego el congreso a la averiguacion de los autores del malogrado movimiento i halló complicados en la trama a un crecido número de oficiales: por esto solo se abstuvo de proceder a su castigo, recurriendo únicamente al aparato de la fuerza armada para imponer a los facciosos. Su debilidad fué mas allá aun: el partido moderado no se atrevió siquiera a nombrar los miembros de la junta ejecutiva.

Esta falta de enerjía no podia ménos de infundir el desaliento entre los mismos moderados; así fué que cuando dos dias despues, esto es el 29 de julio, se pensó tratar en el congreso de la formacion del ejecutivo, solo se acordó que se compusiera de tres individuos, los cuales se alternarian cada dos meses para la presidencia con el sueldo de 2,000 pesos anuales. La debilidad los contuvo en estos límites.

VI. Un asunto de mayor trascendencia para la revolucion se discutió tambien aquel dia: habia llegado

poco ántes al puerto de Valparaiso el navío de guerra ingles *Standart* (10), mandado por Mr. Cárlos Helphistone Fleming. Venia éste encargado de conducir pliegos al virrei del Perú, tomar a su bordo los diputados a córtes que hubiesen sido electos, i recojer el dinero que debia mandarse a España. Esta comision la habia desempeñado ya otra vez, llevando de Méjico los caudales con que aquel rico virreinato queria contribuir para el sosten de la güerra peninsular: sus poderes, ahora, eran legalizados por la rejencia.

Ofició con este objeto al congreso que se ocupó de contestarle en la sesion del 29 de julio. Su nota se redujo a simples cumplimientos, sin acceder directamente a la entrega de los capitales; Fleming exijia una contestacion precisa, i ofició de nuevo con fecha de 2 de agosto (11).

Habia en aquella época en deposito de la real casa de moneda, del consulado i otros ramos, cerca de 1.600,000 pesos, que en tiempos de calma i sujecion habrian formado parte de las rentas de la corona. Un número no pequeño de diputados compuesto por los godos o sarracenos, i los moderados opinaron por su entrega como lo pedia Fleming. No así los trece adictos a Rozas. Estos alzaron la voz contra tal intento: la necesidad que habia de aquellos capitales para el sostenimiento de tropas i pago de los nuevos empleados fueron las razones que se alegaron por su órgano, don Bernardo O'Higgins, el mas vehemente i enérjico orador de aquel partido. Pero estas razones servian de poco cuando el asunto debia someterse a votacion, i

(10) Gay dice equivocadamente el 31 de julio: el primer oficio de Fleming tiene la fecha de 27 del propio mes. Llegó el 25.

(11) «Oficios de Fleming al congreso.»—«Contestacion del congreso a Fleming.»

ésta no podia ser dudosa desde el momento en que una mayoría numérica i aleccionada tenia que llevarla a cabo. O'Higgins comprendió bien esto, i cuando lo vió todo perdido, se lanzó a proferir protestas i amenazas: «Apesar de que estamos en minoría, dijo, sabremos suplir nuestra inferioridad numérica con nuestra enerjía i nuestro arrojo, i no dejaremos de tener bastantes brazos para oponernos eficazmente a la salida de este dinero, tan necesario para nuestro pais amenazado de invasion» (12).

Esta bravata del jóven militar surtió un efecto que él mismo no esperaba. Aquel rasgo de enerjía iba a darle el triunfo: dudando todos que otros sentimientos pudieran producir la vehemencia con que se habia espresado, consintieron finalmente en dar su negativa a la solicitud de Fleming.

En consecuencia, se redactó la contestacion en los términos mas corteses que fué posible, para no herir las susceptibilidades del comodoro ingles, que ya se manifestaba herido. En ella se le dijo que la «imprevision con que los mandatarios del gobierno antiguo prodigaron la hacienda real en edificios de lujo i otros objetos de menor importancia, la trajo a nuestras manos debilitada de un modo que ha sido necesario usar de los exiguos ramos remisibles para costear un pié de ejército, no solo indispensable para defender el reino de la fuerza armada del usurpador, sino mui especialmente de sus maquinaciones e intrigas, dirijidas a revolucionar estos dominios, cuya seguridad nos está encargada para mantenerlos a nuestro soberano; por consiguiente, i apesar de los mejores de-

(12) Gay, *Historia de Chile*, tomo 5.°, capítulo XII, pájina 214 i 215.

seos, no contamos en el dia con caudal alguno que poder enviar» (13).

En vista de esta contestacion, conoció ya Fleming lo que tenia que esperar del congreso: ya no se le podian ocultar las verdaderas tendencias del partido exaltado que con tanta vehemencia se oponia a sus pretensiones, i se dispuso a darse a la vela para el Perú, rompiendo bruscamente la estrecha amistad que contrajo a su arribo a Valparaiso con el gobernador Mackenna.

VII. Este triunfo no dió, por cierto, a los exaltados ascendiente alguno sobre sus contrarios, ni bastaba por sí solo a mejorar en nada su situacion. Ni siquiera alcanzó a reconciliar entre sí a ambos partidos: la campaña habia quedado abierta i la lucha empeñada. Ajitábase el nombramiento de los vocales que debian formar el poder ejecutivo, retardado entónces por la debilidad de los moderados. Rozas i sus partidarios asechaban cuidadosamente las circunstancias, i activaban con empeño sus dilijencias para ser vencedores. Con este fin, comenzaron a divulgar falsas noticias que daban un triste colorido a la situacion. Díjose que Fleming habia apresado a Mackenna, que su venida al Pacífico era con el objeto de entregar al virei del Perú un armamento de veinte mil fusiles con que someter estos paises a la princesa Carlota del Brasil, i que el único remedio capaz de cortar el mal era proceder inmediatamente a la formacion del ejecutivo; segun los exaltados debian componerlo las personas mas enérjicas que poseia el pais, bajo la presidencia del mismo doctor Rozas.

En el estado de excitacion i sobresalto que tal noticia debia producir, el nombre de Rozas era una

(13) Contestacion del congreso a Fleming. Agosto 6 de 1811.

garantía de seguridad i victoria. Aquella parte de los liberales que hasta aquel momento se habia mantenido indiferente se declaró ahora por Rozas: era en efecto el único hombre capaz de salvar la revolucion en aquellos momentos de peligro i confusion.

Rozas no dudó en creerse vencedor: la ajitacion que aumentaba parecia serle favorable; pero el congreso, guiado por ese espíritu débil i conciliador que distinguia al partido moderado, resolvió transferir para el 9 de agosto la resolucion del asunto (14).

En este dia fué mas que nunca acalorada la discusion. O'Higgins, ese jóven diputado por los Anjeles que poco ántes habia dado tan evidentes pruebas de nérvio i enerjía, haciendo cambiar de parecer a una mayoria empecinada, el canónigo Freles i don José María Rozas fueron los oradores de los radicales; Infante el de los moderados. Se recurrió otra vez a las manifestaciones enérjicas, a las protestas i hasta a proferir algunas atrevidas amenazas; pero ahora no debia influir en ella la vehemencia de O'Higgins; la mayoria habia sido aleccionada; nada tenia que temer de los exaltados si intentasen echarse sobre las armas: el comandante Reina habia tomado de antemano las medidas preventivas que creyó necesarias, de modo que sus palabras se iban a estrellar contra la obstinacion con que eran oidas.

Pisaban en esta vez un terreno falso: sobrevino el desengaño y se creyeron débiles e impotentes para sostener por mas tiempo la lucha en que habian entrado: en un momento de desesperacion, juzgaron mas prudente dejar la sala protestando contra el congreso i cuanta providencia tomase como nula en

(14) 9 de julio dice equivocadamente Gay.

todas sus partes, i amenazando formalmente a la representacion nacional con no obedecerla i dar parte de su conducta a los pueblos que los elijieron (15).

De este modo dejaron los radicales o exaltados, en número de trece, la parte que les cabia en el gobierno, fatigados de las intrigas i lazos que mútuamente se tendian los contendientes, i deseosos, como estaban, de hacer cambiar de rumbo a la revolucion.

Su protesta no era una pueril bravata soltada al viento, sino la manifestacion clara i sencilla de sus propósitos i la formal declaracion de guerra. Sus cálculos se habian frustrado por la tenacidad de sus enemigos, i en su efervescencia no podian resignarse a ver desvanecerse una a una las esperanzas que habian acariciado.

VIII. La calma i la tranquilidad perdidas desde tiempo atras volvieron a los debates de la asamblea; pero esta no parecia tan estable que se quisiese elejir los miembros que debieran componer la junta en ese mismo dia. Creóse sí, el empleo de auditor de guerra, suprimido con la real audiencia: éste recayó en el coronel de milicias don Manuel Joaquin Valdivieso, primer oficial, que habia sido, de la antigua secretaria de gobierno (16).

(15) Entre los diputados que dejaron la sala aquel dia, fué uno de ellos el coronel de milicias don José María Ugarte i Castel-Blanco, diputado por San Fernando. Sus ideas eran moderadas i pertenecia de corazon al partido mismo que capitaneaba Infante; pero como el otro diputado de la misma provincia, don José María Rozas, era de los exaltados, adheria siempre a su opinion porque creia que ámbos debian marchar acordes en la representacion de sus poderdantes. Sirva esta nota para dar a conocer el estado de la ilustracion en las ciencias políticas en Chile en 1811.

(16) Tanto el padre Martinez como M. Gay, asientan que el empleo de auditor de guerra era desconocido en Chile. Tal opinion es falsa: por real ordenanza, dada en 26 de abril de 1703, se mandó que lo hubiera i lo desempeñase uno de los oidores alternándose cada tres años.

La debilidad que manifestó en esta ocasion el congreso retardando el nombramiento de vocales que debian componer el ejecutivo, no podia ménos de serle perjudicial. El partido moderado carecia de la enerjía que sobraba a sus contrarios. Su vigor era limitado a ciertas circunstancias, i desfallecia en los momentos en que mas se necesitaba. No empleaba su actividad mas que en la defensiva. Esta conducta usada casi siempre por los secuaces de Infante, contribuyó, mas que cualquiera otra cosa, a desalentarlos despues de pasado el peligro.

Esa misma noche recibió la mas elocuente de las lecciones: los partidarios de Rozas, derrotados pero no abatidos, proyectaron una nueva asonada en que por otra vez mas iban a oponer su enerjía contra su desgracia. Habian acordado la toma del cuartel de artillería: con este objeto lo rodearon por todas partes, i aun consiguieron apresar un centinela aprovechándose de la sorpresa: pero como éste gritara, se juntó la guardia i su jefe mandó disparar un tiro contra los tumultuarios que permanecian agrupados en la pared de enfrente. Éstos, que indudablemente creyeron vencer sin usar las armas, se dispersaron precipitadamente sin hacer un solo esfuerzo.

Este suceso tuvo lugar a la una de la noche i en una poblacion como la de Santiago, poco acostumbrada a tales espectáculos; pero no se estendió la alarma que pudiera esperarse de un incidente de esta especie; sin embargo, el congreso llegó a conocer que se necesitaba tomar medidas enérjicas i prontas. El siguiente dia, domingo 10 de agosto, se reunió aquel cuerpo, apesar de ser dia festivo, i entónces fué cuando se acordó «que para facilitar de una vez el mas pronto despacho de los negocios públicos i obstruir los inconvenientes que en

su pronta espedicion suele presentar la union del poder lejislativo en lo ejecutivo i judicial, era indispensable el sistema adoptado de division de esta autoridad, nombrando por consiguiente para lo ejecutivo una junta de gobierno con reserva al alto congreso del pleno ejercicio de la lejislativa en toda su estension» (17).

Procedióse luego a la eleccion de las personas que debieran componerlo, de la cual resultaron electos por mayoría de votos don Martin Calvo Encalada, el doctor don Juan José Aldunate i don Francisco Javier del Solar, como representantes de las provincias de Santiago, Coquimbo i Concepcion; i como no se hallase en la capital el último de éstos, se nombró suplente al teniente coronel de ejército don Juan Miguel Benavente. Los cargos de secretario i asesor recayeron en don Manuel Valdivieso, nombrado poco ántes auditor de guerra, i en el licenciado don José Antonio Astorga.

Era esta eleccion la que ajitaba todos los ánimos i producia la efervescencia de los exaltados. Con ella se creia pòner un dique a sus pretensiones, haciendo desaparecer la causa de la ajitacion.

El 8 del mismo mes, es decir dos dias ántes, se habia aprobado el reglamento que limitaba su autoridad, despues de algunos debates acalorados: en él se deslindaban los poderes o atribuciones del congreso i del ejecutivo, de un modo altamente orijinal, i que, mas que cualquiera otra pieza, puede manifestar los conocimientos en derecho público de aquella época. Segun él al congreso era a quien correspondia entender esclusivamente en el cumplimiento o infraccion de las leyes: el vice-patronato, que residia en

(17) Bando del 10 de agosto de 1811.

manos de los delegados de la metrópoli, quedaba ahora en las suyas; reservábase ademas la administracion de las relaciones esteriores, el mando de las tropas de que no podria disponer el ejecutivo sin su aprobacion, la revision de las concesiones de empleos que él hubiese dado, crearlos o suprimirlos cuando lo tuviese a bien: igual prerogativa tenia por lo que respecta a la graduacion militar.

Arrogándose el congreso tantas i tan importantes facultades, pocas e insignificantes podian quedar al ejecutivo. Debia entender en los crímenes de alta traicion, sin dejar «enteramente inhibido al congreso,» i sin poder aplicar la pena capital sin su permiso; sus miembros debian prestarle el juramento de fiel cumplimiento de sus obligaciones, asistir a todas las funciones de tabla, gozar en cuerpo del tratamiento de exelencia i los honores de capitan jeneral de provincia, i a cada miembro en particular el de señoría, dentro de la sala. No podia disponer de mas de 2,000 pesos sin la vénia del congreso: debia, ademas, entender como juez en las causas de gobierno, hacienda i guerra. Las causas para la recusacion de vocales eran del todo semejantes a las que servian para la de los oidores de la estinguida audiencia.

Establecíase, ademas, por aquel reglamento que las causas de hacienda tuviesen «sus alzadas ordinarias, i la junta de ella i sala de ordenanza i las de guerra, para recurso de la lei de Indias, con la variacion que en adelante formaran la junta de hacienda, el vicepresidente del congreso, ministro mas antiguo del tribunal de justicia, contador mayor ministro de real hacienda i fiscal; i la alzada de guerra el mismo vice-

presidente, subdecano del tribunal de justicia i auditor de guerra» (18).

Por la simple esposicion del citado reglamento, llegará a conocerse, mas bien que por los comentarios, la confusion que, en vez de arreglo, introducia en la distribucion de los diversos poderes políticos. El congreso era quien poseía las mas importantes atribuciones, de lo que resultó que la junta ejecutiva carecia de la fuerza i autoridad que necesitaba para hacerse respetar i cumplir fielmente con sus obligaciones, autorizando, por decirlo así, los movimientos revolucionarios que se siguieron a su instalacion.

IX. La derrota de los exaltados era ya completa: Rozas, acabó al fin por creerse enteramente perdido. Conocia ahora que ya no le era posible impedir por mas tiempo su ruina. Irritando con tanta desgracia, abrumado por las repetidas victorias de sus enemigos, quiso buscar otro terreno, vírjen en la revolucion, en que plantear sus teorías i sacar recursos para hacer triunfar su ambicion. Las provincias del sur eran para él la única tabla de salvacion en el naufrajio de su partido: allí tenia influjo, relaciones, amigos, i allí solo podia reponerse de sus desgracias con nuevos empeños que en su sentir debian serle mas fructíferos. Rozas se avino, pues, a dejar este foco de política morosa i a su juicio retrógrada, pero ántes de partir recomendó la constancia a sus amigos que quedaban en la capital. Estos debian trabajar en Santiago: Rozas en Concepcion.

El congreso, desembarazado ya de tan formidables

(18) Reglamento de la autoridad ejecutiva aprobado en 8 de agosto de 1811 i sancionado por decreto de 12 del mismo mes. El señor Briseño hace de él un *lijero análisis* en su *Memoria histórico crítica del derecho público chileno*, cap. I, pájs. 50 i siguientes.— El señor Lastarria lo ha olvidado en su obra citada.

enemigos, pensó en llenar el vacío que ellos dejaban, reemplazándolos por otros que le fueran adictos. Con este objeto espidió, con fecha de 11 de agosto, una circular a sus respectivos partidos poderdantes, «previniendo que la eleccion de los mismos seria del desagrado del congreso» (19).

Sin embargo, la carcoma de la division estaba entre ellos: la vista del enemigo los habia mantenido acordes hasta que alcanzaron la victoria; desde entónces se descubrieron claramente las tendencias de desunion. El primero en manifestarlas fué don Agustin Eyzaguirre, que hasta aquel dia habia sido uno de los principales cabezas del partido vencedor; comenzaba a disgustarse con la marcha tortuosa que se seguia i pedia un cambio de política: esto no era fácil; sus antiguos amigos temerosos todavía, no querian dividirse entre sí. En tal situacion halló cuerdo retirarse de los negocios públicos, i aun llegó a presentar su renuncia: ésta no fué admitida por el congreso. Su separacion, importaba nada ménos que el completo descrédito de su causa.

En efecto, la separacion de uno de los caudillos venia a desprestijiar al partido moderado cuando éste se creia triunfante, i asegurado en sus victorias con algunas providencias gubernativas. Entre otras, se habia pedido a la suprema junta de Buenos-Aires la remocion de su representante en Chile don José Antonio Alvarez Jonte, abanderizado de tiempo atras en las filas de los exaltados, consejero en sus cabalas, i partícipe en sus proyectos. Aquel gobierno nombró en su lugar al doctor don Bernardo Vera, amigo i discípulo del doctor Rozas, exajerado en sus ideas políticas, i

19) *Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile.* Mss.

enterado en todos los manejos de sus secuaces. Este nombramiento, que solo llegó a Chile en los primeros dias de setiembre, venia a desbaratar sus cálculos: pero entónces un peligro de la mayor importancia amenazaba de muerte al partido moderado.

Las sesiones del congreso fueron sin embargo mas tranquilas: la última parte de agosto fué empleada en discutir un proyecto de constitucion que no alcanzó a sancionarse i publicarse hasta mucho despues. Los debates fueron acalorados, «especialmente sobre la inconsonancia que se presentaba entre la nacion constituida soberana i la especie de reconocimiento atribuido al rei Fernando o a quien le representase; no ménos sobre la necesidad en que constituia a Chile de mendigar la proteccion europea para poder subsistir al abrigo de las invasiones, despues de proclamarse nacion soberana e independiente» (20). Era presentado al congreso por el doctor don Juan Egaña, diputado electo por Melipilla, a causa de la renuncia del primer elejido (21).

Esta fué, sin duda alguna, la obra mas importante del congreso durante su primer período; pero, como se vé en las palabras copiadas mas arriba, ella no fué sancionada sino despues de grandes variaciones. La política tardía del partido moderado, i la exitacion i efervescencia de los ánimos retardó por entónces el

(20) El señor Lastarria ha dicho en su *Bosquejo Histórico*, ántes citado, que este proyecto no «fué considerado en el congreso de 1811.» Sigo una comunicacion manuscrita del señor Elizondo de que son las palabras que se copian entre comillas. He visto este proyecto de constitucion, escrito de puño i letra de don Mariano Egaña, con notas i correciones marjinales de su padre don Juan. Por su carátula se vé claramente que fué presentado a la consideracion del congreso, i por su contenido se descubre la verdad del aserto del señor Elizondo.

(21) Conversacion con el señor don Joaquin Tocornal.—Papeles i apuntes del señor don Mariano Egaña.

triunfo de algunas ideas: sin embargo es preciso confesar que en medio de la exaltacion del momento habia mas pasion i entusiasmo que odios i rencores. El interes i la emulacion de familia habian asuzado los ánimos de los corifeos: éstos estaban divididos: habian trazado su marcha i manifestado sus principios opuestos. Impetuosos los unos en sus deseos, exajerados en sus principios liberales, formaban una verdadera oposicion con los antiguos partidarios del cabildo, ménos vigorosos en sus pretensiones i mas moderados en sus pensamientos de reforma. Pero su division no era violenta, ni sus enconos duraderos. Los folletos que con este motivo circularon en aquella época estan salpicados de sarcasmos en vez de injurias, destinadas casi siempre para los secuaces del viejo réjimen, *godos* o *sarracenos*, como se les llamaba. A no dudarlo, habia en los padres de la patria ideas elevadas, i casi siempre una jenerosidad digna de los mayores elojios (22).

(22) Entre estos folletos i hojas manuscritas se hicieron notar el *Diálogo de los porteros* de don Manuel Salas, que ha merecido los honores de la impresion, i la *Linterna májica* del mismo autor. Este está destinado a descubrir algunos secretos con ayuda de la injeniosa idea que indica su título, i está escrito en versos octosílavos con bastante gracia. Debe tambien recordarse otro que llevaba por título: *Diálogo entre el rollo de Santiago i el de Lima* de don Anselmo de la Cruz. En aquella época estaba plantado de fijo en la plaza de la capital un poste en que se azotaba a los criminales: a este, que la plebe llamaba *don Juan Cariñoso*, le hace hablar el autor sobre las ocurrencias del dia, con otro de igual especie que habia en Lima. Circularon tambien varias composiciones poéticas, recargadas de retruécanos tan al gusto de la época; aludiendo en una de ellas el auditor de guerra Valdivieso a la vuelta de Rozas a Concepcion decia;

De carrera van las rosas....

Estas ocurrencias traen a la memoria las palabras de un eminente historiador frances, M. Mignet, que ha dicho: «En un pais nuevo, despues de una revolucion de independencia, como en América, toda constitucion es posible; solo hai un partido enemigo, el de la metrópoli; i en cuanto se ha vencido cesa la lucha, porque la derrota lleva consigo la espulsion.» *Hist. de la Rev. de Francia*, cap. IV. En Chile, la revolucion estaba fraccionada desde sus primeros dias.

CAPITULO XII.

I. Antecedentes biográficos de don José Miguel Carrera.—II. Alcanza crédito e influjo entre los exaltados.—III. Desagrado contra el congreso.—IV. Preparativos de Carrera para un cambio gubernativo.—V. Revolucion del 4 de setiembre.—VI. Se establecen en el gobierno los exaltados.—VII. Rozas en Concepcion.—VIII. Establece una junta provincial.—IX. Consecuencias.

I. Con la vuelta de Rozas a Concepcion, el partido radical de Santiago se encontró sin un caudillo reconocido por todos sus miembros, i la revolucion sin la cabeza fuerte i el espíritu emprendedor que tanto impulso i animacion le habia dado en pocos meses. Los hombres mas influentes de aquel bando, lo presidian en sus deliberaciones, pero la vista de las dos intentonas malogradas desarmaba su brazo en vez de darle enerjía para descargarlo contra el enemigo. La oposicion carecia pues de concierto.

Nada podia hacer para mejorar su situacion. En su desgracia le fué necesario recurrir a un jóven de audacia e influjo llegado recientemente a Chile, i por lo tanto impopular todavía para dirijir por sí solo la opinion.

Era éste don José Miguel Carrera.

Su carácter afable e insinuante, su intelijencia clara i su graduacion militar alcanzada en los campos de batalla peleando contra los franceses en la península, hacian esperar grandes cosas de aquel jóven lleno de espíritu i de vigor. Sus relaciones de familia eran, por otra parte, un título que lo recomendaba a los aristócratas exaltados.

Su padre, en efecto, era don Ignacio de la Carrera, vocal como se sabe de la primera junta gubernativa, jeneralmente conocido por un buen hombre de corte antiguo, dotado de apreciables prendas i de elevadas virtudes. Si su fortuna no era mui considerable, si su carácter no tenia toda la firmeza que regularmente eleva a los hombres, su cuna era ilustre i poseia bastante solidez en sus buenos principios, mucha modéstia i contaba con el aprecio de cuantos le conocian. Habia sido alcalde ordinario de Santiago, i alcanzó el grado de coronel de milicias. Sus ideas en política eran débiles: se resistia a las miras avanzadas de Rozas hasta oponerse en las sesiones de la junta a la corriente impetuosa de los principios de los exaltados. El partido del cabildo lo habia considerado como jefe, hasta el momento de la disolucion de la junta: desde ese dia, don Ignacio se habia retirado de los negocios públicos.

Contaba don José Miguel en aquella época veinte i siete años: en esa edad en que los hombres mas avanzados comienzan apénas a figurar, don José Miguel se sentia con aspiraciones para dirijir la revolucion i con fuerzas i espíritu para dominar las circunstancias i los hombres. Era apénas sarjento mayor de un re-

jimiento de húsares i se hallaba con nérvio i deseo para mandar un ejército.

I no porque poseyera una quietud de ánimo superior a su edad: por el contrario, aquel jóven habia sido un verdadero calavera, autor de mil travesuras, que dieron grandes trabajos i angustias a su anciano padre, i que, hasta en medio de la seriedad que su ambicion le hacia guardar, usaba de jugarretas i chanzas.

En las áulas del colejio carolino se habia distinguido entre todos sus camaradas por una feliz inventiva para urdir travesuras de todo jénero, i fuera de ellas alcanzó a ser su caporal en los combates que los muchachos solian tener a pedradas. Desde esa edad se manifestaba propenso al lujo i a la ostentacion: su prodigalidad no guardaba armonía con la fortuna de su padre, así como su carácter atolondrado estaba en perpétua oposicion con la gravedad i reposo de don Ignacio. Su jénio inquieto no le permitió contraerse largo tiempo a los estudios: cuando entraba a cursar segundo año de filosofía, en 1801, se fugó del colejio por los tejados para librarse de un castigo. Su padre le perdonó al fin esta falta, i lo dejó en su casa.

Don José Miguel tenia un ojo mui penetrante. Conocia bien las ventajas de su posicion, el crédito i respetabilidad de su padre, sus antecedentes de familia i el prestijio que se habia conquistado sobre sus compañeros. Su espíritu inquieto, i sus naturales inclinaciones formaron de él un muchacho alegre que pisoteaba las preocupaciones mas arraigadas en la colonia, i burlaba a los hombres mas encumbrados, así como mas tarde los habia de humillar en su carrera politi-

ca. A los veinte años ya se habia dado a la vida libre: su existencia era una perpétua tempestad, aunque habia sabido mantenerse en ciertos límites de buen tono.

Su primer contratiempo le sobrevino en aquella edad. Una intriga amorosa lo habia llevado cierta noche a casa de un caballero que se hallaba ausente de Santiago. La desgracia de Carrera quiso que éste llegase esa misma noche, i encontrase cerrada la puerta: a sus reiterados golpes respondió tercamente don José Miguel. El dueño de casa insistió, como era natural; a sus gritos concurrieron los vecinos i algunos transeuntes, que le ayudaron a entrar en su casa, i obligaron a Carrera a fugarse. Este incidente fué el tema de muchas conversaciones, i pasó a los tribunales, como un escándalo perjudicial a las costumbres.

La persecucion cayó sobre él. Ocultóse con este motivo en la hacienda de San Miguel, propidad de su padre. En todo el tiempo que vivió en la hacienda, no se ocupó en las faenas campestres de su padre, ni se contrajo a hacer cosa alguna por lucro propio. Tomó sí gran aficion por las carreras i demas ejercicios de caballos, i llegó a ser tan diestro en poco tiempo, que adquirió una gran fama en todo el lugar. En las inmediaciones de la hacienda está el pueblecito llamado el Monte: este era el campo ordinario de sus correrias. En una de ellas tuvo un choque con un *huaso* sobervio, que se negaba a complacer a su *patron*. Ambos se provocaron, sacaron puñal i se empeñó uno de esos duelos tan frecuentes en nuestros campos, en que se pelea seguramente a muerte, i con aplaudidores por padrinos. Don José Miguel tuvo la

dicha de salvar i la desgracia de dejar en el sitio a su contendor.

Esta nueva ocurrencia hizo revivir la persecucion con mayor actividad. Su padre supo burlarlo todo, embarcándolo secretamente para el Perú, miéntras el oidor Irigóyen, amigo íntimo de don José Ignacio, trataba de acallar la causa que se seguia a su hijo. La justicia colonial obedeció por esta vez al influjo i la cabala; i el jóven Carrera no fué perseguido en Lima, a donde iba destinado por su padre.

Mandábalo éste al cargo de su cuñado don José María Verdugo, comerciante chileno establecido desde años atras en el Perú. El jénio duro i severo de su tio iba a acarrear en breve pesares i persecuciones al jóven Carrera. No habia conocido valla alguna hasta aquel momento: nada le contenia en los límites de la moderacion, i su carácter habia llegado a hacerse imperioso i obstinado. Sus primeras travesuras fueron castigadas con dureza: queriendo evitar a su familia la mengua de una causa criminal, lo puso su tio, por medio de una providencia privada, a bordo de la corbeta de guerra *Castor*, surta en la bahia del Callao.

Don José Miguel encontró un amigo entre los marinos de la *Castor*, en el alférez de navío don Felipe Villavicencio. Jóven tambien como Carrera, el alférez Villavicencio se convenció de que los delitos del preso eran solo muchachadas de una cabeza verde i atolondrada que no habia alcanzado el reposo que solo dan los años. Le sirvió decididamente, hasta el instante de embarcarse para Chile.

Vivia en aquella época en Lima don Franciscon Javier Rios, rico comerciante chileno, apreciable por

su benevolencia i afabilidad. Este se empeñó con Verdugo para llevar a don José Miguel a su casa, lo que consiguió al fin. Allí vivió hasta su vuelta a Chile, acaecida poco tiempo despues: entónces ya debia a Rios mas de dos mil pesos.

Su padre estaba resuelto a darle una ocupacion fija. No veia en Chile una carrera a que poder destinarlo, que le sirviese a la vez de ocupacion i de freno. Don José Miguel no se sentia inclinado a los negocios, i aceptó gustoso la idea de su padre de enviarlo a España a servir en el ejército. La carrera militar le ofrecia mas de una esperanza alhagüeña.

Un nuevo obstáculo vino a demorar su viaje cuando estaba pronto para partir: don Francisco Javier Rios no se avenia a dejarlo embarcarse sin que su padre le cubriese sus créditos: la causa debia llevarse a los tribunales, i aunque allí estuviese el oidor Irigóyen, siempre activo e influente en favor de don Ignacio, fuéle forzoso a éste pagar las deudas de su hijo. Con estos estorbos, su viaje se retardó algunos meses: don José Miguel dejó a Chile en 1807, segun parece.

Carrera llevaba consigo muchas recomendaciones para que no fuera incorporado en el ejército peninsular. Una de ellas, para el marques de Villapalma, le sirvió sobre todo: éste lo presentó al jeneral Castaños, vencedor entónces en Bailen, que se resolvió a ocuparlo. Don José Miguel fué reconocido con el grado de teniente en el rejimiento de Algarves a los pocos dias de presentado al jeneral en jefe. Habia llevado tambien de Chile el grado de teniente de milicias.

El estado de la península le era favorable para

abrirse una carrera militar: su territorio estaba invadido por el ejército frances, i se organizaba una resistencia poderosa. Por todas partes se levantaban rejimientos de voluntarios a que acudian gustosos los estudiantes i los labradores, los doctores i los bandoleros. El alma de la nacionalidad se habia encarnado en cada uno de los hijos de España. Don José Miguel alcanzó su pase, con la efectividad de capitan a los voluntarios de Madrid, que mandaba uno de los héroes de la independencia española, el coronel Freire.

En la capital vió por primera vez los fuegos del enemigo, atacada por Napoleon en persona, en los primeros dias de diciembre de 1808. En febrero del año siguiente se encontró en la momentánea ocupacion de Mora i retirada de Consuegra; en marzo en la batalla de Yeneves; en julio, su rejimiento apoyaba las operaciones de la caballería inglesa en Talavera de la Reina; en agosto en una sangrienta escaramusa para impedir a una division francesa el paso del Tajo por el puente del Arzobispo; i en octubre en la desastrosa derrota de Ocaña, en que fué levemente herido: siempre a las órdenes del duque de Albunquerque. En premio de sus servicios llevaba la medalla de Talavera, i alcanzó el grado de sarjento mayor del nuevo rejimiento de húsares de Galicia, en cuya formacion habia tenido alguna parte.

Con motivo de curar radicalmente su herida, solicitó el permiso para pasar a Cádiz, centro entónces de la nacionalidad española. Allí se impuso don José Miguel del estado de Chile, del movimiento liberal de setiembre, de la formacion de la junta gubernativa de Santiago, i no pudo dejar de reirse de lo que él con-

sideraba una tramoya ridícula. «Mis paisanos, dijo al marques de Villapalma, cuando oyó de sus lábios las noticias de Chile, no saben lo que quieren, ni a dónde van. Hablan de juntas i congresos porque no tienen en qué pensar, i sin saber lo que dicen. Nada hai que temer de ellos, i yo me comprometo a ponerlos en órden. Pienso partir para Chile, i los haré entrar en vereda de un modo u otro» (1). Su determinacion de volver a Chile era irrevocable.

Tan exajeradas eran las palabras con que se despedia en Cádiz don José Miguel. Si en ellas habia un sentido oculto o una ficcion, natural era que ocultase sus verdaderos propósitos; i si hablaba injénuamente, su acaloramiento no se puede atribuir mas que a precipitacion: don José Miguel iba a desmentir con hechos pocos meses despues aquellas palabras. Las resoluciones duraderas van siempre acompañadas de sangre fria i de reposo.

Sin embargo, no le fué tan fácil salir de aquel puerto. La escaces de fondos por una parte, i las desconfianzas del gobierno de Cádiz, que tenia informes de su caracter emprendedor por otra, eran una valla poderosa que iba a postergar su viaje. Fué encarcelado i procesado formalmente, i sin las dilijencias de los marinos del navío *Standart*, Fleming i Jorge Corckburn, no habria podido eludir las persecuciones que algunas sospechas de liberalismo habian traido sobre él. Su embarque en el navío, i su salida de Cádiz tuvo algo de misterioso.

(1) Conversacion con el señor don Ventura Blanco, que sirvió en la guerra de la península en la misma division con don José Miguel Carrera, i que supo esta conferencia de boca de su tio el marques de Villapalma.

II. El *Standart* arribó a Valparaiso el 25 de julio de 1811. Carrera tenia sobrada impaciencia para dejarse estar en aquel puerto: queria ante todo imponerse del estado de la revolucion adquiriendo las noticias en su propio foco, de los labios de sus caudillos mismos, si le era posible. Sentiase destinado a tomar una parte principal en ella i en su vehemente deseo nada bastaba a contenerlo. El dia 26 llegó a Santiago.

Don José Miguel Carrera no queria perder un momento. Aquella misma noche, en vez de entregarse al sueño, que un viaje precipitado exijia, la empleó en imponerse de la situacion. En la pieza que se le destinó en su casa debia dormir su hermano mayor don Juan José, pero ni uno ni otro cerraron los ojos. Por sus reiteradas preguntas, i las respuestas, muchas veces vagas e inconexas de su hermano, alcanzó su perspicacia a descubrir algo del verdadero estado de la revolucion. Sus hermanos i su padre habian alcanzado puestos distinguidos en el nuevo gobierno: éste dejaba la política cuando los exaltados buscaban con empeño a aquellos: el mismo don Juan José lo impuso de que el dia siguiente debia apoyar con su batallon una poblada contra el congreso, i le dió a comprender las miras opuestas que tenian dividida la revolucion en su cuna.

Don José Miguel vió ventajas en donde otro hubiera visto embarazos. La existencia de ese conjunto de ambiciosos de ideas encontradas era para él una esperanza: el triunfo sería del mas audaz. Desde luego le aconsejó que no hiciese cosa alguna, que no debia trabajar como órgano sino como cabeza, probándole que

de este modo serian ellos, los Carreras, dueños de la situacion. Don Juan José, halagado por esperanzas tan risueñas, dió oidos a las palabras de su hermano, i la asonada del 27 de julio se malogró por su falta de cooperacion.

Carrera tenia aun algo que hacer en Valparaiso, de modo que solo a mediados de agosto pudo establecerse definitivamente en la capital. En poco tiempo mas se impuso a fondo del verdadero estado de los ánimos i logró introducirse entre los magnates del partido exaltado. Su penetracion habia necesitado de solo veinte dias para conocer los hombres i las circunstancias, i su insinuativa lo habia hecho confidente i consejero en las tramas de los conspiradores. Natural era que el jóven que tales distinciones alcanzaba tuviese una gran cabeza: los exaltados así lo comprendieron, i desde luego se mostraron decididos a hacerlo su caudillo en la asonada.

La eleccion en este punto era feliz. Los militares de Chile no habian prestado otro servicio que el de guarnicion, miéntras don José Miguel habia asistido a ocho funciones de guerra en la península : el oscuro subalterno en la metrópoli era indudablemente el militar mas esperimentado i aguerrido en la colonia; i el jóven Carrera ademas poseia a los veinte i siete años algunas dotes de un jeneral.

Los exaltados o radicales querian a todo trance reponerse de sus quebrantos. Tramaban una asonada que debia reformar radicalmente el congreso, acusado de tardío i débil en sus decisiones. Don José Miguel se avino con sus jefes, don Joaquin Larrain, don Francisco Antonio Perez García, don Manuel Salas i

otros, a dirijir el movimiento, en una reunion que tuvieron en la noche del 27 de agosto. El plan i la ejecucion debian ser obra esclusiva de su cabeza i de su brazo (2).

III. El momento era mui bien escojido. El congreso se desacreditaba de dia en dia: los hombres que lo formaban reunian las afecciones de todos, pero se comenzaba a pedir algo para la revolucion, cuando aquel cuerpo no daba nada. Los godos habian alcanzado cierto influjo en sus deliberaciones: se habian remitido 80 quintales de pólvora a Buenos-Aires venciendo las grandes resistencias que habia opuesto el empeño de un español, don Antonio Martinez Mata, que vislumbraba ya la independencia de las provincias arjentinas. El congreso, por otra parte, prodigaba los grados militares a los godos: el conde de la Marquina don Andres del Alcazar, diputado por Concepcion, fué nombrado comandante del batallon veterano de la frontera, i el capitan Jimenez Navia, sarjento mayor. Sus méritos reales eran la oposicion al nuevo réjimen (3).

El desagrado se manifestaba visiblemente, i la efervescencia de los ánimos se puso a las claras en pasquines injuriosos por los cuales se llamaban *ladro-*

(2) «Manifiesto del coronel de artilleria don Luis Carrera» octubre de 1813.—Nota del mismo al intendente de Santiago.—Don Francisco P. Garcia negó este hecho en el número 85 del *Monitor Araucano,* aunque sin fundamento, segun resulta de los documentos.

(3) «Comunicaciones del obispo Elizondo.» Mss. O'Higgins *Memoria sobre los hechos mas principales de la revolucion de Chile*, cap. III. Mss. Es preciso no confundir al conde de la Marquina con el capitan de dragones don Andres del Alcazar, mas tarde mariscal de la república, que a la sazon se hallaba en Buenos-Aires, con los auxiliares.

nes i *sarracenos* unos a otros (4). Preciso era que los espíritus estuviesen mui exaltados.

IV. Sin embargo, las tramas de los radicales debieron quedar en perfecto secreto. Segun resulta de los hechos, ni el congreso, ni el ejecutivo debieran tener noticia alguna de la conspiracion, puesto que nada hicieron para impedir la ejecucion de sus planes. Los exaltados trabajaban indudablemente a mansalva contra las persecuciones del gobierno que iban a derrocar.

Con esta neglijencia de una parte, el triunfo de la otra era seguro. Las medidas de Carrera eran tambien mui acertadas, para que se malograse el golpe: por medio de sus hermanos i con el poderoso influjo de los exaltados contaba con las tropas veteranas i milicias de Santiago, con la sola excepcion del rejimiento del rei, i al disponer el plan de la asonada no lo echaba por cierto en olvido, caso que quisiese oponer alguna resistencia (5). Como este cuerpo ocupaba el palacio del obispo, se proponia destacar una compañia de granaderos en las murallas de la Catedral, miéntras los piquetes del mismo cuerpo que servian las guardias del palacio de gobierno, congreso i cárcel tenian órden de cerrar las puertas i colocarse en las ventanas para hacer fuego todos a la vez contra el rejimiento del rei. El resto de los granaderos debia ocupar la aduana, el consulado i la compañia, i los dragones fueron destinados al basural de la cañada.

Don José Miguel no habia destinado para el asalto

(4) O'Higgins, *Memoria de los hechos notables de la revolucion de Chile*, cap. III. Mss.

(5) *Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile*. Mss.

del cuartel de artillería mas que 70 hombres del rejimiento de granaderos (6). Con ellos, que pensaba mandar en persona, se hacia cargo de la parte mas dificultosa de la empresa.

V. Se daba entónces una gran importancia al parque de artillería, i se recelaba mucho del comandante Reina. En efecto, este era español, i cada vez que habia manifestado su opinion con alguna franqueza se habia dejado entrever de sus palabras que reprobaba la revolucion, en que se le habia hecho tomar parte. Su tropa era pues un estorbo poderoso para la marcha de ésta.

Don José Miguel se puso de acuerdo con algunos de sus oficiales; pero éstos nada podian hacer, sino era reducirse a simples espectadores, cuando la tropa no les pertenecia de modo alguno. Era necesario un asalto, i solo los granaderos podian verificarlo.

Con este fin exijió 70 hombres de la segunda i cuarta compañía del cuerpo, con algunos oficiales, i les dió la órden de ocupar en la mañana del 4 de setiembre la casa de su padre, cuyo fondo tocaba los pies del cuartel. Allí habia hecho conducir en las noches anteriores en carretones el armamento i municiones necesarias para el asalto. Les hizo decir por su hermano don Juan José que los artilleros de acuerdo con la tropa del rejimiento del rei formaban proyectos siniestros contra ellos, i que era menester hacerles sentir su importancia en aquel dia.

Pero esto no bastaba: era preciso tomar muchas providencias para hacer mas fácil el asalto.

(6) Don José Miguel Carrera ha asentado en su diario militar que eran 60 granaderos los que tomaron el cuartel de artillería. Reconocidamente es una equivocacion.

Don Luis por su parte se propuso distraer al oficial de guardia, que era el capitan Bareinca, llamándolo a su cuarto con el objeto de pedirle una carta. Dos sarjentos distinguidos de artillería, Picarte i Duarte, fueron encargados de echarse sobre los dos centinelas que estaban colocados en las esquinas esteriores del cuartel, para impedir que pudieran dar aviso alguno, miéntras el mismo don José Miguel llamaba la atencion por otro lado. Para esto, habia vestido el gran uniforme de húsar, i montaba un brioso caballo. Así ataviado, colocóse en la esquina del poniente de la Moneda, cerca de la casa del mismo coronel Reina, a esperar el momento convenido, que era el toque de las doce.

La curiosidad llevó a los soldados del reten al rededor de don José Miguel. Su vistosa dorman i demas atavios, i el porte marcial del jóven húsar, cuyo nombre habian popularizado estudiadamente sus parciales, llamaban la atencion de todos en aquel instante en que sin esperarlo se presentaba de gran parada.

Al primer toque de las doce, los granaderos, a las órdenes de don Juan José, salieron con gran prisa por la puerta escusada de la casa, que les servia de escondite, al mismo tiempo que los sarjentos se precipitaban sobre los centinelas apostados, i les arrancaban el fusil de entre las manos. Miéntras tanto, los granaderos ganaban la puerta del cuartel, que se hallaba casi desguarnecido: mui pocos de los soldados que se habian separado para ver de cerca a don José Miguel pudieron entrar en aquel momento de confusion i trastorno: solo habian visto a los granaderos cuando ya ocupaban la plazuela.

Don Luis, entretanto, a la hora convenida, echó precipitadamente la llave al cuarto del oficial de guardia, dejándolo encerrado. Desenvainó entónces su espada, i colocándose delante del armamento del reten, amenazó con la muerte al primer artillero que intentase tomar su fusil. Su denuedo los contuvo de tocar este último recurso.

La victoria estaba por los agresores sin derramar una gota de sangre: pero el sarjento Gonzalez, que hacia la guardia, apuntó su fusil a don Juan José dando el grito de *traicion*. El comandante habria quedado en el sitio a no adelantarse uno de los soldados de granaderos, Manuel Fredes, a presentar con arrojo inaudito su pecho al fuego de Gonzalez: el tiro salió i Fredes fué herido levemente en el costado derecho. Don Juan José, salvado así por el heroismo de uno de sus soldados, descargó entónces su pistola sobre el sarjento, que cayó muerto en el acto (7).

El cuartel quedó por los revolucionarios: don José Miguel tomó entónces a su cargo la direccion de lo que aun quedaba por hacerse para completar la victoria. Despachó al capitan de artilleria Zorrilla con doce hombres a tomar preso al comandante Reina, al mismo tiempo que otra partida apresaba al capitan Ugarte. Un rasgo de heroismo i decision de éstos po-

(7) Hasta ahora no se habia contado este hecho con todos sus incidentes; en las obras de Martinez, Guzman i Gay no se encuentran grandes detalles, i sí algunas inexactitudes. El fondo de mi relacion la debo a los documentos i memorias: pero los detalles son recojidos de boca de algunos oficiales de artillería, de otros testigos i actores, i mui en particular del jeneral Aldunate, a quien debo un gran acopio de noticias, con las cuales he podido comprender algunos documentos. Él mismo me ha referido que Manuel Fredes fué pasado por las armas el año de 1813, por sentencia de don Juan José Carrera i a causa de una insubordinacion militar.

dia embarazar sus planes, i era urjente i necesario tomarlos para que no pudiese llegar ese caso (8).

El congreso, entretanto, ignoraba lo ocurrido en el parque de artillería, i la junta ejecutiva no lo supo hasta que el oficial de guardia cerró las puertas del palacio por las noticias que daban los transeuntes. La turbacion debió preocupar los espíritus en el primer momento, pero los vocales Aldunate i Benavente creyeron de su obligacion salir al encuentro de los hermanos Carrera a fin de impedir los desórdenes i excesos consiguientes a la victoria, puesto que ninguna resistencia se les podia ya oponer, dueños como eran del parque. Se proponian juntarse con el vocal Encalada, que a causa de una lijera enfermedad no habia asistido aquel dia al despacho.

Esta conducta halló admiradores desde el primer momento. En las puertas de palacio habia destacado Carrera un piquete de cincuenta granaderos a las órdenes del teniente don Julian Fretes, que les dejó paso libre, sin recelar siquiera que pudiesen abrigar sentimientos siniestros. El alcalde ordinario don José Domingo Toro tomó luego el primer caballo que se le presentó, i reuniendo algunos curiosos que habian llegado a la plaza, fué escoltándolos hasta dejar a los tres en el cuartel de artillería (9).

La mision era inútil : Carrera no queria derramar sangre ni cometer exceso alguno, sino solo efectuar un cambio en el gobierno i el ejecutivo no bastaba a hacerlo retroceder. Creia, por otra parte, que el pueblo entero apoyaba un movimiento puramente militar

(8) *Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile.* Mss.

(9) « Comunicaciones del obispo Elizondo. » Mss.

hasta entónces, i que contando con este apoyo no debia ceder a consideraciones ni palabras. En esto se engañaba i bien pudo conocerlo, cuando al llegar a la plaza vió solo un medio centenar de hombres (10), reunidos allí por sus parciales para apoyar a la tropa. Sin embargo, ya no era tiempo de desistir, ni don José Miguel lo queria : su triunfo importaba mucho para que no se aprovechase de él. Hizo abocar seis cañones al congreso, al mismo tiempo que el capitan de granaderos don José Diego Portales, que disponia de cien hombres, doblaba las centinelas en todas las puertas a fin de impedir la salida a los diputados.

El congreso pudo entónces conocer su verdadera situacion : no tenia otro arbitrio que capitular con el enemigo vencedor ; pero tras de resistirse algunos de sus miembros, nadie sabia a punto fijo cuales eran los propósitos de Carrera, i mal se podia solicitar una transaccion sin conocer las exijencias de una parte. De este estado de perplejidad los sacó el mismo don José Miguel, presentándose de improviso con las peticiones que a nombre del pueblo llevaba a aquella corporacion. Siguióse un debate en que algunos diputados querian probar que solo el congreso tenia legalmente la representacion del pueblo (11); don Juan Egaña, sobre todo, que ocupaba en él un asiento como diputado por Melipilla, fué uno de los mas acalorados i firmes defensores de las prerrogativas del cuerpo (12): pero les fué forzoso desistir de sus derechos

(10) « Manifiesto que hace a los pueblos el comandante jeneral de artilleria. » Octubre de 1813.

(11) Comunicaciones del Obispo Elizondo. Mss.

(12) Conversacion con el señor don Joaquin Tocornal.—Este hecho lo tomo de unos apuntes biográficos del señor Egaña, redacta-

cuando supieron por el presbítero Larrain, don Cárlos Correa i don José Gregorio Argomedo que toda la guarnicion estaba por los amotinados. De nada les servian los argumentos cuando los abandonaba la tropa.

Las peticiones que presentaba don José Miguel eran mui exijentes. Los exaltados habian querido reponerse de sus derrotas en su primer triunfo, i pedian al congreso lo que éste no les habria acordado sin el imponente aparato de la fuerza armada. Inútil fué entónces el empeño de algunos diputados de postergar la discusion para otro dia: don José Miguel i sus parciales habian dado órden de no dejar salir a ninguno, de modo que a las once de la noche el congreso vino a aprobar i sancionar lo que se le habia pedido en la punta de las bayonetas, salvo algunas modificaciones en que convino Carrera.

VI. Aquella misma noche quedó formado el nuevo gobierno, que se dió a reconocer el siguiente dia por medio de un bando. El poder ejecutivo quedaba como hasta entónces confiado a una junta compuesta ahora de don Juan Enrique Rosales, don Juan Martinez de Rozas, don Martin Calvo Encalada, don Juan Mackenna, i don Gaspar Marin, i como suplente de éste don Joaquin Echeverría: el cargo de secretario recayó en don José Gregorio Argomedo i don Agustin Vial (13). Con este personal, los exaltados quedaban completamente dueños del poder ejecutivo: de todos los miembros que componian la estinguida junta, solo

dos por su hijo don Mariano, o al ménos formados por notas e informes suyos.

(13) M. Gay sufre algunas equivocaciones al enumerar los vocales del poder ejecutivo.

Encalada alcanzó un asiento en ésta: su prestijio i sus virtudes le hicieron merecedor a esta distincion.

La reforma del congreso era tambien importante. Quedaban separados de su seno los diputados Ovalle, Diaz Muñoz, Portalez, Goicolea. Chaparro, Infante i Tocornal representantes de Santiago, i el de Osorno don Manuel Fernandez. Con esta conducta se queria nivelar el número de diputados por la capital en proporcion a los de las otras provincias, i dar entrada en el congreso al presbítero Larrin i a don Cárlos Correa para contar con una mayoria que perteneciese desididamente al partido exaltado. El aprecio que se hacia de don Agustin Eyzaguirre lo salvó de ser tambien espulsado.

No era esto todo: el nuevo gobierno iba a necesitar del apoyo de la fuerza armada, i le era necesario contar con los jefes. La artilleria iba a quedar sin comandante, i los revolucionarios habian pedido que viniese de Valparaiso el gobernador Mackenna, no solo a tomar un asiento en el nuevo poder ejecutivo sino tambien a hacerse cargo de aquella fuerza. En su reemplazo debia ir don Francisco de la Lastra (14).

Con este arreglo, los exaltados quedaban definitivamente en el poder. Su trama habia sido bien urdida, el movimiento bien ejecutado, i las medidas que tomaban para asegurarse en el mando eran de alta importancia. La política nueva debia ser atrevida i reformista, i las seguridades con que contaban sus caudillos para sostenerse en el mando eran positivas. Se necesitaba de muchos elementos i de una gran cabeza para producir un cambio gubernativo.

(14) Acuerdo del 4 de setiembre de 1811.

VII. El movimiento revolucionario de 4 de setiembre coincidia con otro de la misma especie efectuado en Concepcion. Las mismas causas habian producido un cambio gubernativo, cuyas tendencias eran mui semejantes.

Concepcion i Santigo eran en aquella época los partidos o provincias de mayor importancia del reino; los otros se consideraban agregados a éstos. El uno era la capital civil i el otro la militar. Entre ambos existia cierto contrapunto que la rivalidad de los pueblos del sur por la capital convertia en verdadero odio: desde Atacama hasta el Maule todo era Chile; del Maule para adelante todo Penco.

Estos sentimientos queria poner en juego el doctor Rozas cuando, de vuelta en Concepcion, pensaba reponerse de sus derrotas. Allí los hombres de importancia i valer no hallaban un térmimo de transicion en las ideas políticas: eran exaltados o godos: el partido moderado no contaba con las simpatias de nadie.

Rozas se presentó lamentando la marcha tortuosa i débil del congreso, los avances que Santiago habia hecho en su favor en la eleccion, i el descrédito que amenazaba al partido liberal de todo el reino. Segun él, el mal no tenia otro remedio que la formacion de una junta provincial, que diese un rumbo mas liberal a la revolucion i toda su supuesta importancia a la provincia de Concepcion, desatendida hasta por sus propios diputados, que nada le comunicaban. «En Santiago, decia, se forman gobiernos sin consultar para nada la voluntad de los pueblos; i solo se nos manda que obedezcamos ciegamente. No debemos soportar

tanta vejacion» (15). Con esto solo su proyecto ganó muchos prosélitos.

VIII. Antes de esta época, a fines de julio, los vecinos mas pronunciados contra el congreso habian pedido al gobernador don Pedro José Benavente, la convocacion de un cabildo abierto, a fin de discutir el atajo que se debia poner a tanto desprecio como sufria la provincia del congreso. Benavente nada resolvió, por no ser, segun dijo, de sus atribuciones, sino de las de aquel cuerpo. Pero con la presencia de Rozas en Concepcion todo cambió completamente: habia llegado el 25 de agosto, i el 2 de setiembre una reunion de ciento cuarenta i un vecinos que se juntó en casa del licenciado don Manuel Vazquez de Novoa, solicitó de nuevo el permiso, agregando que estaban dispuestos a «preparar el referido consejo abierto de su jeneral voluntad en el acto mismo no esperado de negativa». En aquella misma reunion quedó acordada la formacion de una junta provincial, i hasta determinados los miembros que debian componerla (16).

Benavente se inclinaba por si solo a satisfacer sus exijencias, i dió el permiso que se le pedia, fijando el dia 5 de setiembre, a las nueve de la mañana, como el dia i hora designados para la reunion, i la casa del despacho del intendente como el lugar para ella (17).

La opinion estaba mui pronunciada en aquella provincia contra el congreso, para que la discusion fuese acalorada. Acordóse luego el retiro de sus poderes

(15) Conversacion con el señor don Manuel Novoa.

(16) «Solicitud de ciento cuarenta i un vecinos de Concepcion al gobernador de armas.»—Conversacion con el señor Novoa.

(17) «Oficio de Benavente.»—Setiembre 4 de 1811.

a los tres diputados del partido, por haber aprobado la marcha del congreso, emplazándolos en el término de cuarenta dia para justificarse de los cargos que se les hacian, bajo la pena de ocupacion de sus bienes: para suplantarlos fueron nombrados el presbítero Larrain, el padre Orihuela i don Francisco de la Lastra.

Pero, no era esto lo único ni lo principal que habia que resolver aquel dia. El verdadero objeto de la reunion era la formacion de una junta gubernativa que debia imponer a la de Santiago. Enuncióse en breve esta idea; se aprobó, se elijeron sus miembros i se determinaron claramente sus facultades, sin la menor tardanza, i sin discordar ninguno de los asistentes. Debia ser presidida por el coronel de dragones don Pedro José Benavente: sus vocales eran el mismo doctor Rozas, corifeo i autor de todo esto, el coronel don Luis de la Cruz, el capitan don Bernardo Vergara i el licenciado don Manuel Vazquez de Novoa. Su mision era representar i sostener los derechos de la provincia, procurando allanar las diferencias hasta entónces ocurridas bajo una base de uniformidad para todos los pueblos. Para cumplirla debia comenzar pidiendo la separacion de su representante en el gobierno ejecutivo de la capital, i su reemplazo por don Manuel Salas (18).

Concediéronse ademas a la junta provincial en la misma reunion algunas prerrogativas como remudar el cabildo i proveer los empleos de hacienda, civiles i militares.

IX. Bajo tales bases se formó la junta de gobierno

(18) «Acta del cabildo abierto.» Concepcion, Setiembre 5 de 1811.

de Concepcion. Sus principios eran idénticos a los que habian triunfado en Santigo el 4 de setiembre, i sus tendencias eran tambien reformadoras i enérjicas. Era uno mismo el partido que habia triunfado en ambas partes, i uno mismo el hombre que parecia imprimir el movimiento. Chile i Penco, como entónces se decia, debian marchar acordes miéntras estuviesen preponderantes los principios. Desde el momento en que la cuestion se hiciese personal, en que la ambicion de un hombre i no el sostenimiento de una idea, operase un cambio gubernativo, la ruptura era inevitable, i este mal, por desgracia, no estaba mui léjos.

CAPITULO XIII.

—

I. Tendencias reformistas i avanzadas del nuevo gobierno.—II. Sus primeras reformas.—III. Creacion de un supremo tribunal de justicia.—IV. Medidas militares del congreso.—V. Nombramiento de un plenipotenciario en Buenos Aires.—VI. Abolicion de la esclavatura.—VII. Desavenencias de Carrera con el gobierno.—VIII. Revolucion del 15 de noviembre.—IX. Formacion del nuevo gobierno.

I. El cambio administrativo que introdujo el movimiento de 4 de setiembre no era solo una simple variacion en el personal del gobierno, como ya queda dicho. Habia triunfado un partido exajerado quizá en sus principios, i que no contaba enteramente con las simpatias de la provincia de Santiago, pero que debia dar al pais reformas serias i trascendentales i a la revolucion un empuje vigoroso. Se proponia cambiar de política: en vez de medidas conciliadoras e insignificantes, los vencedores trazaban mejoras de alta importancia, i avanzaban mas i mas en la arena de la independencia.

Sin embargo, la organizacion del nuevo gobierno tardó algunos dias. Mackenna, por su parte, no pudo

30

salir de Valparaiso hasta el 8 de setiembre: al separarse de aquel pueblo se despidió con una proclama en que esplicaba a la lijera la marcha política que pensaba seguir, i pedia consideraciones para su sucesor (1). En ese mismo dia, el congreso elijió para su presidente al presbitero don Joaquin Larrain, uno de los miembros mas activos i entusiastas del círculo de los exaltados. Dos dias despues se celebró en la catedral la misa de estilo en accion de gracias.

Por fin, se encontraron en entera posesion del mando. Nada tenían ya que temer: la tropa era suya, habian separado a los caudillos mas influentes del bando contrario, i contaban en sus filas hombres de brios i cabeza a la vez.

Preciso era que se creyesen muí seguros en el poder para poner en juego su enerjía, no contra sus rivales a quienes olvidaron, sino para combatir a los enemigos de la revolucion. En su primer manifiesto, que llevaba la fecha de 14 de setiembre, se mandaba a todos los descontentos poner sus nombres en ciertas listas, en el término de treinta dias, a fin de obtener su libre pasaporte para el estranjero. «Déjennos, se les decia, si odian los principios que proclamamos. Desde este momento, se conceden treinta dias para suscribir en las listas jenerales de descontentos. Ninguno será inquietado por este hecho, i a todos se les dispensan seis meses para realizar sus negocios i disponer libremente de sus personas, de sus familias i de sus intereses. Conozca el mundo las ideas que forman nuestro carácter; pero tiemblen en adelante los que no sean decididos por nuestra sagrada causa. Exami-

(1). Esta proclama, aunque de escaso mérito histórico, se rejistra entre los documentos, por ser absolutamente desconocida Véase el documento n.º 6.

nen detenidamente los motivos para no llorar su libre eleccion. Una vez hecha, se declara crímen de lesa patria la indiferencia, i será irremisible la pena sobre todas i cada una de las clases del estado. El buen ciudadano gozará tranquilo dentro de nuestra constitucion sus derechos: vivirá unido a la gran familia de los españoles libres: será verdadero señor de sus propiedades: no tendrá que volver el rostro mas a la horrorosa arbitrariedad: trabajará el mismo su felicidad venidera: solo le juzgará la lei que él ha dictado i aprobado, sin que jamas se encargue a desconocidos mandatarios, ni necesite curadores desnaturalizados para asegurar su subsistencia» (2).

II. Estas medidas, por avanzadas que fuesen, se creian de mera seguridad. Un nuevo trastorno iba a desmoralizar la revolucion i a poner un serio atajo a la planteacion de las mejoras que proyectaban los exaltados, cuando era preciso afianzarse en el poder.

El congreso por su parte trabajaba con notorio empeño. Fué una de sus primeras providencias el pronto despacho de un proyecto de lei sobre dotacion de de parrocos, que se habia sometido a la deliberacion del congreso en el mes de agosto. La abolicion de los derechos parroquiales era una medida de alta utilidad para mejorar la condicion de la clase pobre, i de los campesinos atrozmente vejados en sus intereses por los curas. El subido precio de los derechos, por otra parte, los imposibilitaba para pagar los sacramentos, i preferian con frecuencia no recibirlos a hacer sacrificios pecuniarios superiores a sus fuerzas.

(2) El mérito de esta proclama para la obra de la revolucion es mui considerable: ella corre impresa en la *Gaceta de Buenos Aires* de 5 de noviembre de 1811, i en el *Español en Londres* núm. 24 de 30 de abril de 1812.

«Cuando la piedad de los obispos, dice mui bien don Juan Egaña, concede indultos para celebrar matrimonios, o ministrar oleos gratis, es excesivo el número de los que se apresuran a gozar de tal beneficio. Tambien la absoluta falta de auxilios que sufren los párrocos, suele compelerlos a escenas que oprimen la humanidad» (3).

Una vez iniciadas las reformas de los delegados de la iglesia, el congreso pasó mas allá. En sesion de 23 de setiembre «se acordó que desde el dia todas las dotes que se den a las que tomen el hábito de relijiosas se devuelvan despues de su muerte a aquellas personas a quienes corresponderian segun las disposiciones de las leyes» (4). El 2 de octubre estendió la suprema junta el decreto para que se diera cumplimiento a la citada disposicion.

En medio de esto, el congreso no olvidó la instruccion pública: en la sesion del 5 de octubre «se acordó prevenir a la junta que mandase pasar a la secretaría del congreso todos los espedientes concernientes a establecimientos públicos» de educacion, tratando de la creacion de una academia militar, i de un colejio para indíjenas en Chillan (5). En 10 de marzo de 1813, se vino a hacer uso de dicho acuerdo.

III. El congreso era incansable en sus reformas: ponia el hombro a toda clase de mejoras sin tomar en cuenta mas que sus buenos deseos: aplicaba el remedio a donde veia el mal con gran actividad, ya que no con todo el acierto que pudiera exijirse. Queria suprimir todos los abusos de ese sistema monstruoso con que la España rejia sus colonias, sin dejar nada

(3) «Chileno consolado.» Seccion IX, § 6, n. 556.
(4) Acta de aquella sesion.
(5) Acta de la sesion de 6 de octubre.

al tiempo, i hollando las preocupaciones. Trabajaba empeñosamente en la estirpacion de males que habian echado profundas raices, i desacreditaba a la metrópoli, mas que con palabras poniendo en manifiesto, con hechos, los errores de su sistema gubernativo.

El estado de la revolucion, por otra parte, exijia reformas. Chile estaba hasta cierto punto segregado de la metrópoli, i necesitaba de nuevas instituciones. Dé esta clase, era un tribunal supremo de justicia que supliese al consejo de indias, en los recursos estraordinarios de las sentencias pronunciadas por los tribunales inferiores. Segun el reglamento que se dictó con este objeto, debia «entender en los nuevos recursos i en todos aquellos que quedaron pendientes en la época crítica de la revolucion española» (6). Debia componerse de tres miembros, i la eleccion de estos recayó en don Juan de Dios Vial del Rio, don Joaquin Echeverria i don José María Rozas, los tres abogados distinguidos del foro chileno.

IV. Providencias tan avanzadas iban a abrir los ojos a los enemigos de la revolucion. Mucho daba que sospechar ese movimiento administrativo; esas reformas radicales a un enemigo siempre alerta: nada, en verdad, se hablaba de independencia, pero nunca se habia obrado con mas enerjía i decision.

Los exaltados conocian mui bien el terreno que pisaban. Sus reformas iban a despertar a los delegados de España en el Perú, i se comenzó a temer las provocaciones del virei Abascal, que a la sazon rejía aquellas provincias.

La cuestion debia sin duda decidirse por las ar-

(6) Reglamento provisional, etc., etc. Octubre 4 de 1811.

mas: necesario era que el principio de las hostilidades no los hallase desprevenidos. Con este objeto se acordó la creacion de un batallon de «patriotas,» como habia propuesto anteriormente el doctor Rozas, cuyo mando se le confió a este con el grado de coronel de milicias, que ya poseia en Concepcion. A fin de llenar sus plazas, se citó, en 11 de octubre, por un bando, a todos los que voluntariamente quisiesen alistarse en sus filas: al cabo de pocos dias ya constaba de ocho compañías, mandadas en su mayor parte por los deudos del presbítero Larrain, que se decia su capellan.

Pero esto no bastaba para armar el pais, i prepararlo a la resistencia en caso de invasion: el congreso lo comprendió así, i pasó a pedir obligatoriamente lo que ántes habia exijido de gracia. Por bando de 29 de octubre, se mandó «que todo hombre libre de estado secular, de 16 a 60 años se presentase dentro del término de veinte dias al cuerpo qué su calidad e inclinacion le determinara» (7). Pocos dias ántes se habia dado una forma estable al batallon de milicias urbanas, llamado de Pardos, bajo el mando del oficial de asámblea don Juan de Dios Vial Santelises.

Un inconveniente insubsanable al parecer, se habia presentado para la realizacion de este proyecto: faltaban armas para equipar un ejército, i no era posible pedirlas inmediatamente al estranjero. El congreso acordó, a fin de remediar esta falta, la compra de todas las armas servibles o descompuestas que los particulares presentasen a una comision formada por cuatro miembros (8). Este advitrio era calculado a

(7) Bando de 29 de octubre de 1811.
(8) Informe del congreso, octubre 9.—Decreto de 29 de octubre de 1811.

las circunstancias del pais: el temor a los bandidos de los caminos públicos obligaba a armarse a todo campesino que pudiese despertar la codicia del ladron. En todas las haciendas habia pistolas, escopetas i machetes que, si bien inútiles en un ejército aperado, podian formar el armamento de las tropas de Chile.

La prevision de los hombres del gobierno no habia sido infundada: el virei del Perú tenia encargo de la rejencia de Sevilla de velar sobre la marcha de la junta de Santiago, i aun de usar de las armas si en ella descubriese las tendencias de independencia i segregacion de la madre patria que ya se notaban en los pasos del gobierno de Buenos Aires. En cumplimiento de este encargo, pidió cuenta de su conducta al congreso chileno en términos de amenaza. A su nota queria contestar ahora esta corporacion, sino provocándolo abiertamente al ménos en el tono de la dignidad ofendida. Algunos opinaron por una declaracion solemne de sus verdaderos propósitos, inciertos quizá, entonces, miéntras que otros, mas cautos i previsores, quisieron ganar tiempo contestando con sagacidad i disimulo: este parecer prevaleció. La nota esplicatoria fué redactada por don Manuel Salas.

V. Temeroso el congreso de los enemigos de la revolucion, natural era que quisiese estrechar las relaciones de fraternidad i buena armonia con el gobierno de Buenos Aires. Ambos paises habian marchado acordes hasta entónces: las mismas ideas se habian proclamado en ellos, i los dos se habian auxiliado mutuamente: Chile habia remitido un continjente de 300 auxiliares en abril, i doscientos quintales de pólvora en vez de los ochenta que habia decretado el congreso: de Buenos Aires vinieron comunicaciones liberales, i ajentes secretos para propagar la

revolucion i poner de acuerdo a los caudillos de ambas provincias.

Poco despues del cambio gubernativo de 4 de setiembre se habló de la necesidad de acreditar un ajente diplomático de Chile cerca del gobierno de Buenos Aires. El congreso lo discutió, i el 11 de octubre representó a la suprema junta la urjencia de tener en aquella capital «una persona destinada a examinar con interes el verdadero estado de las cosas, a inquirir noticias de España i otras potencias de Europa, i de la costa del Brasil, i que a presencia de todo anuncie oportunamente la verdad.» Disponíase tambien, «que con este carácter se énviase inmediatamente un sujeto de la instruccion, prudencia i patriotismo, celo i fidelidad que son necesarios para el desempeño de tan delicado encargo.» La eleccion de este empleado, que hizo el congreso en el mismo dia, recayó en el capitan de milicias de infanteria don Francisco Antonio Pinto, recomendable ya por la sagacidad i pulso de un diplomático.

Merced a esa vigorosa actividad administrativa que introdujeron los exaltados, no tardó mucho la resolucion de este asunto: pronto se le entregaron sus instrucciones, por las cuales debia representar a Chile como ajente del congreso, que se creia de mas autoridad que la junta ejecutiva.

Pinto partió precipitadamente como lo pedia el congreso, llevando consigo recomendaciones para los corifeos de la revolucion arjentina.

VI. Los exaltados no habian interrumpido por estos aprestos militares la planteacion de las mejoras que formaban la base de su política: su actividad no conocia motivo alguno que los distrajese de sus propósitos de reformas.

Aquel partido contaba indudablemente entre los suyos grandes hombres, estadistas entendidos i filántropos eminentes que querian a todo trance curar los males de la sociedad i difundir la ilustracion. De este número era don Manuel Salas, diputado por Itata i secretario del congreso despues de la revolucion de 4 de setiembre, hombre de conocimientos superiores a los del pais i de la época, i animado de celo evanjélico en favor de la difusion de las luces i de los establecimientos de beneficencia. Anciano ya a la época de la revolucion, su pecho no abrigaba ninguna de esas rancias preocupaciones de los colonos: su cabeza era fuerte, i desde años atras habia clamado con un tino notorio por la supresion de gabelas a la industria nacional que redundaban en perjuicio de la clase obrera i necesitada. La revolucion era para él una obra de reparacion : se iba a borrar males a millares, a sostituir un sistema ilustrado i humanitario a ese fárrago de monstruosas disposiciones que normaban la sociedad colonial.

Movido por estos sentimientos presentó al congreso un proyecto de lei para abolir la esclavatura, que fué aprobado el 11 de octubre. Salas no queria por él despojar de su propiedad a los dueños de esclavos; pedia solo que todo hombre fuese libre al pisar el territorio chileno , i que tambien lo fuese toda persona nacida en el pais despues de la promulgacion de la lei. Con esto se encontraba satisfecho su espíritu filantrópico, i daba a Chile la gloria de ser el primer pueblo americano que hubiese avanzado un paso tan noble en el sendero de la civilizacion.

I no se crea que Salas se encontraba animado por la compasion al proponer esta lei: lejos de eso; la esclavatura no habia echado hondas raices en Chile;

las suaves faenas de los campos no necesitaban de la robusta complexion del negro, ni de la subordinacion forzosa del esclavo, i para el lamentable estado en que se hallaba postrada la industria agricola sobraba la poblacion de nuestras campiñas: el mismo don Manuel Salas habia espuesto al ministro del ramo de hacienda de España, que en Chile se consideraba agraciado el hombre a quien se le concedia trabajo para ganar su subsistencia diaria (9).

Salas tambien habia reclamado siempre franquicias para el comercio i la agricultura. En el informe citado habia propuesto mejoras de que se hizo mas tarde su abogado en el congreso. Sus ideas contaban partidarios entre los exaltados, i triunfaron mas de una vez. Por dos decretos, que llevaban la fecha del 10 de octubre, se habia permitido el libre cultivo del tabaco, i de la yerba del Paraguai, para mayor fomento de la industria agricola, i a fin de remediar la falta que de estos artículos se hacia sentir.

VII. Tales eran las providencias dictadas por los exaltados en el primer tiempo de su gobierno: ellas tendian eficazmente en favor de un cambio radical en la sociedad, i de la supresion de leyes que solo las preocupaciones podian apoyar.

Aquella corporacion habia hecho mucho mas de lo que se esperaba: habia borrado trabas perjudiciales a la industria, mejorado la condicion de la clase necesitada i habia suprimido la bárbara institucion de la esclavatura.

Por desgracia, los exaltados no habian sído mui prudentes para granjearse todas las simpatías: de-

(9) «Informe del tribunal del consulado, presentado al ministro de hacienda en España en 1796,» redactado por Salas. Mss.

bian en gran parte su ascenso al poder a don José Miguel Carrera, i al dia siguiente del triunfo quisieron tratarlo como a un ajente de segundo órden que habia obrado por inspiraciones ajenas. A su padre, es verdad, lo graduaron de brigadier de milicias el 4 de setiembre, pero ni de él ni de sus hermanos se acordaron para nada. D. José Miguel no entró al congreso, ni al ejecutivo, i ni siquiera al ejército, i lo que es mas que todo le hicieron sentir el peso de su estudiado olvido. La junta dió las gracias oficialmente a los militares que apoyaron aquel movimiento, i aun a los que lo sirvieron con su prescindencia: solo se acordó de Carrera el 28 de setiembre, cuando este habia podido pesar bien la injuria que se le hacia. Poco despues, queriendo el gobierno oir el parecer de algunos militares en un consejo de jefes, a fin de organizar el ejército, no lo citó ni a ninguno de los Carreras que tan eficazmente habian cooperado a su elevacion.

Este aparente desprecio era dictado por el deseo de humillar i desprestijiar a don José Miguel: mucho habia que temer de ese jóven que con tanto desembarazo se habia hecho árbitro de la situacion en pocos dias, i que contaba en su apoyo con una gran popularidad; preciso se creyó abatir al que tan bien sabia tramar las conspiraciones, i realizar los motines.

Carrera, por su parte, no habia podido ver con ojo indiferente la ingratitud con que se le trataba. Exajerado en su ambicion, no tenia la suficiente sangre fria para olvidar ese desprecio, ni el necesario desprendimiento de sí mismo para perdonar aquellas faltas, a trueque de ver la rejeneracion de la patria. Se sentia burlado cuando pensaba ocupar un alto puesto, i nada bastaba a justificar ante sus ojos a los

hombres que así lo trataban. Queria a todo trance figurar en la escena política de un modo importante, i los exaltados lo habian reducido a la nulidad alejándolo del poder.

VIII. En su desgracia solo halló un recurso que lo salvase: hacer una revolucion. Sus hermanos tenian influjo en la tropa, i él mismo habia alcanzado gran crédito entre los militares. Despues del acertado golpe de mano de 4 de setiembre, su popularidad habia acrecentado tanto como su resentimiento con el gobierno: en los cuarteles se hablaba de él como de un héroe, i en los corrillos se le citaba como un hombre de prevision i tino.

El gobierno, es verdad, habia tratado mal a sus enemigos: los caudillos fueron desterrados de Santiago, pero ¿cómo podria Carrera mancomunarse con los mismos hombres a quienes habia quitado el poder el 4 de setiembre?

D. José Miguel contaba de seguro con el apoyo de la tropa, pero le faltaban otros recursos sin los cuales nada podia hacer. Entónces, cabalmente, los *godos* murmuraban del congreso que tan activo i avanzado se mostraba en sus decisiones; i algunos mandaban comunicaciones secretas i con firmas disfrazadas al virei del Perú para que pusiera un atajo formal a las tendencias revolucionarias que se manifestaban. En ellos creyó hallar Carrera los recursos que necesitaba. Nada le era mas fácil que halagar sus espíritus dando pávulo a sus esperanzas ya casi desfallecientes: él mismo se ofrecia a poner en órden las cosas, restableciendo el gobierno antiguo. Para esto, i a fin de que se le creyese mejor, hablaba de colocar a su padre al frente del gobierno, hasta el arribo del brigadier

Vigodet, nombrado presidente de Chile por el consejo de rejencia.

Los *godos* le creyeron fácilmente: la mas ilimitada esperanza nace de ordinario de las grandes desgracias, i sus circunstancias no eran por cierto mui favorables. Le facilitaron recursos para la realizacion de sus proyectos, i se comprometieron seriamente a servirlo en cuanto fuese necesario (10). El coronel Reina se ofreció a tomar una parte en el mando militar de la revolucion, aunque dudando mucho de la sinceridad de Carrera.

D. José Miguel tenia entrada libre a todos los cuarteles, i mui en particular al de granaderos i artillería, donde mandaban sus hermanos. Los oficiales lo recibian siempre con particular agrado, aunque sin apercibirse, quizá, de los proyectos que abrigaba. El comandante de artillería, don Juan Mackenna, sin embargo, alcanzó a vislumbrar sus verdaderos propósitos, i aun habló francamente a Carrera de los recelos que tenia: éste le contestó con una aparente franqueza que desvaneció sus sospechas (11).

Carrera sin embargo proyectaba la revolucion sin ocultarse del gobierno. Todo el mundo esperaba el movimiento, pero pocos creian que triunfase. La guarnicion no podia pertenecerle enteramente, i segun los cálculos de los exaltados, era la parte mas importante la que iba a quedar con ellos. Por otra parte, les sobraban motivos para despreciar el peligro, cuando tenian por contendor a un jóven casi aislado, i que ni aun podia contar con el apoyo de los moderados.

(10) P. Martinez. «Memoria de la revolucion de Chile» paj. 125. —P. Guzman, «Hist. de Chile» Lec. 43 paj. 227.

(11) «Informe de Mackenna sobre los Carreras» impreso en el núm. 15 del *Duende*, 1818.

Esta temeraria persuacion los hacia dormir tranquilos la víspera del movimiento.

Al amanecer del 15 de noviembre todo habia cambiado. La jente recorria confusamente las calles sin poder darse cuenta de lo ocurrido en la media noche: se tocaba jenerala en los cuarteles, se apostaban piquetes de tropa en varios puntos de la ciudad, i se reunian a gran prisa el congreso i la suprema junta; pero pocos sabian la realidad de lo acaecido. De las diversas relaciones se sacaba en limpio que los Carreras habian ocupado el cuartel de artillería.

Don Juan José, en efecto, habia tomado posesion del parque a las tres de la mañana. De antemano estaba de acuerdo con el oficial de guardia, alferez Quezada, que no solo no le presentó resistencia alguna, sino que le entregó el cuartel cuando se presentó a sus puertas. Llevaba consigo cien granaderos, a los cuales confió la guardia del parque i sus alrededores: para facilitarla sacó a la plazuela de la moneda cuatro cañones que abocó a sus avenidas, i dejándolos bien guarnecidos hizo conducir el resto al cuartel de granaderos.

Antes de esa hora el coronel Reina se habia acercado al cuartel, a imponerse del estado de la tropa: asegurado del buen espíritu de ésta, se dispuso a volver en breve a tomar el mando de la artillería, segun estaba convenido; pero Carrera se le habia adelantado algunos minutos i se posesionaba del parque. Entonces pudo ver claramente su engaño (12).

El triunfo estaba asegurado por Carrera con la toma del cuartel: don Joé Miguel quiso, sin em-

(12) Conversacion con algunas personas iniciadas en el complot realista.

bargo, tomar algunas medidas militares para impedir cualquiera resistencia: despachó a los granaderos, i a los húsares, que tambien habian entrado en el motin, a ocupar varios puntos de la ciudad, que él creia de interes, divididos en partidas considerables (13); i temeroso de que el comandante Vial reuniese los otros cuerpos de tropas para hacerle frente, le ofició amenazándole con pasar por las armas a todo aquel que presentase obstáculos a sus pretenciones.

El congreso i la suprema junta, entre tanto, se habian reunido estraordinariamente con el fin de poner algun atajo al motin que aparecia triunfante. Apénas estaban en sesion ambos cuerpos cuando recibieron pliegos cerrados del comandante de granaderos en que se les daba cuenta de lo ocurrido en la noche, encargando imperiosamente al gobierno ejecutivo la publicacion de un bando que le incluia, i al presidente del congreso la convocacion de todos los diputados, para tratar de las reformas que pedia el pueblo. Estas notas eran terminantes: la seguridad de la victoria las habia dictado.

La situacion del gobierno era mui angustiada en aquel momento. Las tropas con que contaban los amotinados eran las mejores de la guarnicion, i las providencias militares de estos frustraban todo intento de su parte de acudir a las armas. Nada podia hacer que no fuera tranzar con el motin alcanzando algunas ventajas.

Con este fin despacharon casi simultaneamente el congreso a don Manuel Salas i don Juan Egaña, i la junta a su secretario don Agustin Vial:

(13) P. Guzman. «Chileno instruido, etc.» Lec, 43 paj. 299.

llevaban encargo de arrancar cualquiera concesion, i un arreglo que no fuese deshonroso a aquellas corporaciones.

Carrera estaba mui seguro de su victoria para capitular con el vencido: a sus enviados les contestó tercamente que solo queria la pronta publicacion del bando que habia remitido a la suprema junta, i que no se contentaria con ménos. Fuera de estos terminos no habia arreglo posible, i se hallaba dispuestò a mover las tropas, para alcanzar por la fuerza lo que no se le concedia por su intimacion.

En vista de palabras tan concluyentes, i de la actitud amenazadora del que las dictaba, el gobierno tuvo que ceder. Ordenóse la publicacion del bando de los revolucionarios: por él se mandaba que concurriesen a cabildo abierto todos los ciudadanos de representacion, a fin de acordar las medidas que las circunstancias de la patria demandaban.

Era este el momento deseado por los *godos* para presentarse en público a gozar de su mentido triunfo. Reducidos hasta entónces a la mas completa nulidad, creyeron firmemente que la revolucion era para ellos, segun se les habia hecho entender. Enorgullecidos, pues, con su engaño, se presentaron al cabildo abierto, que tenia lugar en la cárcel pública, en número de mas de trescientos.

La sesion anunciada comenzó a las cinco de la tarde; en ella hablaron con descomedimiento, haciendo callar a los liberales que solo reclamaban del motin un cambio en el personal del gobierno. Uno de los oradores mas exaltados fué don Manuel Aldunate: improperó este a los novadores diciendo que en ellos no residia de modo alguno la soberanía popular que querian asumir, i espresando la firme

resolucion de la mayoria de los presentes de disolver la junta i el congreso.

Con este objeto nombraron una comision compuesta del licenciado don Manuel Rodriguez, el doctor don Juan Antonio Carrera, el capitan de granaderos don Manuel Araos i el de milicias don José Guzman: ésta debia apersonarse al congreso, i esponer la voluntad de los vecinos que se hallaban reunidos en cabildo abierto. Al salir de la cárcel ya los seguia un inmenso jentio, que los acompañó hasta las puertas del congreso.

Esta corporacion, entretanto, permanecia reunida, esperando el resultado del cabildo abierto, para tomar sus providencias en conformidad a lo acordado por el pueblo: pero al saber de los comisionados lo ocurrido en él, sus miembros todos protestaron contra tal acuerdo, resistiéndose a creer que tales opiniones fuesen las del comandante de granaderos, que hasta entónces aparecia como caudillo del movimiento, i negándose solemnemente a obedecerle si esos eran sus propósitos. Con esta respuesta despachó una comision formada de algunos de sus miembros, que debian apersonarse al mismo don Juan José Carrera.

Era urjente que el congreso se condujese con enerjia en momentos tan críticos. Los enemigos de las nuevas instituciones se reconcentraban en corrillos en varios puntos de la poblacion, i especialmente en la plaza, proclamando su victoria, i engrosando sus filas por todas partes: la trama de don José Miguel estaba a punto de surtir un resultado mui distinto al que él mismo esperaba. En las puertas del congreso estas manifestaciones pasaron de raya a tal punto, que el oficial de granaderos que hacia la guardia, capitan don José Santiago Muñoz Bezanilla, llegó a formar

la tropa de que podia disponer, diciendo a gritos: «En vano pretende el sarrasenismo levantar bandera ; solo podrá conseguirlo cuando no quede un solo granadero;» i despachó a uno de los hombres que componian la guardia a dar parte a Carrera de las pretenciosas disposiciones de los *sarracenos*, i del serio peligro que corria el congreso en aquel momento (14).

Cuando Carrera se consideraba vencedor de los exaltados, esta noticia no podia inquietarlo mucho. Los enemigos de la revolucion tenian ya poco crédito en Santiago, i, segun se veia a las claras, todos los partidos se aunaban para combatirlos. El mismo don Juan Jose se encargó de darles un duro desengaño: movió su cuerpo con direccion a la plaza, i se presentó solo a la sala del congreso a protestar contra las torcidas interpretaciones que los *godos* querian dar al movimiento. Este, segun sus palabras, iba dirijido a afirmar el nuevo réjimen en bases sólidas i duraderas, mas no a favorecer las pretensiones de los enemigos del gobierno nacional. La vergüenza de estos fué igual a su derrota: el público desmentido de uno de sus falsos caudillos los redujo a la desesperacion i al aislamiento.

IX. La revolucion contra los exaltados habia quedado hecha en un solo dia: el congreso i la suprema junta, en vista de su situacion, obedecieron a sus caudillos, que les pedian la convocatoria del cabildo abierto. Solo las avanzadas exijencias de los *godos* habian impedido el establecimiento de un nuevo gobierno en el mismo dia.

Pero en aquel estado de exitacion, la noche debia ser ajitada: las ocurrencias del dia eran mui trascen-

(14) P. Martinez, Memoria hist., etc.,» paj. 128.

dentales para que no preocupasen a toda la poblacion. Carrera, sobre todo, temia perder por la noche lo que habia alcanzado en el primer momento, i movia los granaderos de su hermano don Juan José en todas direcciones, a fin de impedir que el comandante Vial reuniese alguna fuerza con que resistirle. En los círculos particulares se hablaba del peligro que habian corrido las nuevas instituciones aquel dia, i no faltaba quienes elojiasen al comandante de granaderos por el pronto desmentido que habia dado a los enemigos de estas en el momento crítico; en juicio de muchos, esto justificaba el atentado que habia cometido sublevandose. Las patrullas, mientras tanto, recorrian la ciudad en todas direcciones infundiendo aliento a los unos, rabia i desaliento a los otros.

Así se pasó la noche; a las siete de la mañana siguiente se publicó un bando por el cual se citaba nuevamente a cabildo abierto, pero solo a todos «los de notorio patriotismo». Para el mejor cumplimiento de esta cláusula, el cabildo hizo ocupar las bocas calles que dan entrada a la plaza, por alguna fuerza, precedida de un oficial i un paisano, para no dejar pasar sino a aquellos cuyo patriotismo les fuese conocido i notorio. De este modo ocuparon el primer patio de la cárcel mas de trescientas personas, i como algunos de los presentes temiesen que se hubiera pasado algun *sarraceno*, se procedió a un exámen individual de todos los concurrentes, a peticion de don Nicolas Matorras.

El pueblo no dió muestra alguna de desaprobacion a los actos del gobierno, ni de desagrado por los hombres que lo formaban: preguntando el secretario Vial desde una de las ventanas del congreso acerca de las quejas que tenian de la junta, respondió satisfactoria-

mente, aunque continuaba ajitando con bullicio el cambio gubernativo (15).

En el cabildo abierto se habia discutido esto mismo, i sin resolver nada definitivo, se nombró una comision compuesta de don Antonio Hermida, don José Manuel Astorga, don Anselmo Cruz i el P. Jara, que debia acercarse a la junta ejecutiva: no iba a pedir su renuncia, a lo que no se habrian prestado algunos de los miembros que la formaban, sino solo a reclamar la adopcion de algunas reformas de urjente necesidad que pedia aquella numerosa reunion (16). Mas no alcanzó a salir de la sala del cabildo: la suprema junta se habia decidido a dejar el mando, i encargó a sus secretarios que pasasen a hacerlo presente a la reunion, agregando que estaba pronta a rendir cuentas de su administracion.

Esta renuncia venia a simplificar mas las cosas en aquel momento: el pueblo reunido en el cabildo abierto pidió en seguida la formacion de una nueva junta gubernativa que debian componer don Juan Martinez de Rozas, como representante de las provincias del sur, don José Miguel Carrera por las del centro, i don Gaspar Marin por las del norte: la falta del primero debia suplirla, por peticion unánime, don Bernardo O'Higgins.

El acta en que esto se acordaba se sometió al acuerdo de los jefes militares, i despues de algunas variaciones de poca monta, se sometió a la deliberacion del congreso, con una nota de don Juan José Carrera en que frívolamente reclamaba para al-

(15) M. Gay, *Historia de Chile*, cap. XVI paj. 242.
(16) Conversacion con don José Manuel Astorga.

gunos de sus parciales colocacion en los empleos vacantes o por crear (17).

La derrota no habia privado de su enerjía a los exaltados, que imperaban en el congreso. En aquellos instantes de mayor peligro, cuando la tropa los habia traicionado plegándose a los Carreras, la mayoria de aquella corporacion se manifestó digna de la alta mision que desempeñaba. Se negó firmemente a sancionar el acuerdo del cabildo abierto, sin discutirlo detenidamente, aunque fuese por mera fórmula. Los diputados O'Higgins i Marin, por su parte, protestaron solemnemente contra la revolucion que los llamaba al poder, diciendo que desconocian la justicia del motin militar, i que no tomaban el asiento que se les ofrecia en el gobierno ejecutivo.

Esta resolucion parecia irrevocable, segun el calor con que la habian espresado: pero se puso entonces de por medio el interes de partido. El canónigo Fretes, que era el presidente del congreso, les instó reiteradamente para que no desechasen ambos esta feliz coyuntura que les permitia a los exaltados asegurarse en el gobierno. Si todo estaba perdido, ventaja era por cierto para aquel partido, que dos de sus miembros mas influentes alcanzasen un puesto desde donde poner algun atajo à los males que veian cercanos. Esta consideracion los decidió a sacrificar su voluntad, i a aceptar el puesto que se les ofrecia.

La discusion duró hasta las once de la noche: despues de ella quedaron aprobadas i concedidas las peticiones que se elevaron a nombre del pueblo. Por estas, se daba el grado de brigadier i el mando de grana-

(17) «Nota de don Juan José Carrera i de los capitanes de granaderos.»—Noviembre 16 de 1811.

deros a don Juan José Carrera, el de teniente coronel de ejército a don José Miguel i a don Luis, dando a éste último el mando de la artillería, que hasta entonces habia poseído Mackenna; i como no se queria despojar a éste de sus honores, se le nombró comandante jeneral de artilleria e injenieros.

Los enemigos de la revolucion, que el dia anterior habian querido levantar cabeza, ocuparon tambien una parte mui deslucida en estas peticiones. Los comisionados del cabildo representaron la urjente necesidad que habia de juzgar sumariamente hasta definitoria a varios individuos «como perturbadores i atentadores contra el sistema i autoridades constituidas,» encargando ademas se siguiera igual causa a los que el dia anterior «se arrojaron a pedir la reposicion del antiguo gobierno, entre los que se distinguieron don Fernando Cañol, don Tadeo i don Manuel Fierro, don Rafael Garfias, don Manuel Talavera i otros, imponiéndoles castigo severo para que sirva de escarmiento» (18). El congreso accedió a ello, i se les mandó formar su causa.

El siguiente dia 17 se recibió del mando la nueva junta de gobierno i tres dias despues esparció un manifiesto en que esponia las razones que justificaban el movimiento que la habia elevado. Decíase en él que el partido triunfante el 4 de setiembre no habia efectuado lo que meditaba por la «debilidad de sus bases.» Para su instalacion, añadian, «no se habia consultado la voluntad libre del ciudadano, i aparecia atropellada la representacion nacional por la separacion de sus prostituidos miembros» (19).

(18) «Peticiones del pueblo» i otros documentos de aquellos dias.
(19) «Manifiesto de gobierno.» Noviembre 20 de 1811.

Bajo tales auspicios subia al poder el nuevo gobierno: su personal, segun aquel manifiesto, no pertenecia a ninguno de los partidos políticos en que estaba dividida la revolucion hasta entonces: era una nueva entidad distinta de las anteriores que no contaba por secuaces a los moderados ni a los exaltados. Por esta causa, Carrera comenzó a descubrir resistencias a su voluntad en sus cólegas, que aun se creian fuertes, como representantes del partido caido. Rozas estaba preponderante en el sur, i él podia resolver la cuestion.

CAPITULO XIV.

I. Aislamiento de Carrera en el poder.—II. Descubre una conspiracion contra él i sus hermanos.—III. Disolucion del congreso.—IV. Nueva formacion del poder ejecutivo.—V. Oposicion de la junta de Concepcion a la política de Carrera.—VI. Medidas políticas i militares de Carrera contra ella.—VII. No se cumple el tratado de avenencia.—VIII. Suspéndense al fin las hostilidades. —IX. Revolucion en Valdivia.

I. Poco despues de instalada la nueva junta no contaba con las simpatias de nadie: todo el mundo creia que Carrera iba a dirijir la política como jefe absoluto, i se temieron desórdenes i vejaciones. Su prestijio en la tropa, el apoyo que debian prestarle sus hermanos, su jenio fuerte, i sus antecedentes hacian creer que desatenderia a sus cólegas. En esta posicion no contaba con mas partido que las armas. Los exaltados a quienes acababa de quitar el mando i los moderados a quienes los despojó el 4 de setiembre, lo miraban como enemigo, i trataban de desacreditarlo por todos los medios posibles.

Carrera habia pensado suprimir algunos sueldos, disminuir otros, i hasta solicitar empréstitos, a fin de

subvenir a las necesidades de la revolucion. Con este motivo se esparció pronto la voz de que se pensaba en saquear las casas particulares a mano armada. Tan ridícula suposicion se estendió prontamente en toda la ciudad con un crédito estraordinario: algunos vecinos se retiraban al campo i otros ocultaban su dinero, sustrayendo siempre los recursos a la supuesta rapacidad del gobierno.

La trascendencia de este mal se hacia notable de hora en hora: Carrera tuvo al fin que publicar un manifiesto firmado por los comandantes militares, desmintiendo rumores tan vergonzosos para su dignidad, i tan alarmantes para el pueblo. «Se ha resuelto, decian en él, manifestar del modo mas solemne la falsedad de estos rumores, i la protesta que hacen solemnemente los mismos jefes de estos cuerpos de cuidar con el último esmero i actividad de la seguridad pública e individual de que responden con su vida i honor» (1).

II. Este manifiesto, como era de esperarse, no tranquilizó los ánimos de modo alguno: el desagrado era mui grande para que una simple protesta volviese la paz a los espíritus ajitados. Por otra parte, inútilmente se empeñaba Carrera en calmar a los radicales i atraerlos a su política: estos le volvian la espalda, i trabajaban con todo empeño en favor de una contra revolucion. En Concepcion mandaba Rozas i la junta provincial que debian apoyarlos, i en Santiago ellos podian operar con un golpe de mano un cambio gubernativo.

El jefe de esta revolucion debia ser don Juan Mackenna. En ella se comprometieron algunos oficiales

(1) Bando de 19 de noviembre de 1811.

de granaderos i artilleria, i el comandante don Juan de Dios Vial. Estos debian apoyar la revolucion con la tropa que pudiesen reunir, aun cuando no se esperaba el caso de un movimiento formal. La revolucion iba dirijida únicamente contra los hermanos Carreras: los iniciados pensaban que el pueblo se les plegaria en el primer momento. Se fijó definitivamente la noche del 27 de noviembre.

En el plan de la revolucion, entraba como parte principal el pronunciamiento de los cuarteles de artilleria i granaderos en su favor. Mackenna i algunos oficiales respondian del primero, i se creia fácil insurreccionar al segundo, retirando de él al comandante Carrera. Hecho esto, la revolucion debia triunfar.

Don Juan José Carrera pasaba todas las noches al barrio de la Chimba, i para prenderlo debian esperarlo algunas personas en el puente i a fin de facilitar la captura, el capitan don José Domingo Huici quitó furtivamente la ceba a las pistolas que de ordinario llevaba consigo el comandante.

Con tan adelantados preparativos, la revolucion podia realizarse: se habia trabajado con empeño en reunir elementos, i en pocos dias todo estaba presto, a punto de decidir a un hombre de la prudencia i reposo de don Juan Mackenna. Preciso era para esto, que tuviese plena seguridad de su triunfo: las ilusiones del conspirador no pasan por cabezas tan bien organizadas como la del comandante jeneral de artilleria.

Pero la situacion especial de los revolucionarios vino a desconcertar su plan: para ganarse la tropa habian necesitado comunicarlo a algunos oficiales: el secreto se habia propagado de boca en boca, i llegó a oidos de dos capitanes de granaderos, don José

llevaban encargo de arrancar cualquiera concesion, i un arreglo que no fuese deshonroso a aquellas corporaciones.

Carrera estaba mui seguro de su victoria para capitular con el vencido: a sus enviados les contestó tercamente que solo queria la pronta publicacion del bando que habia remitido a la suprema junta, i que no se contentaria con ménos. Fuera de estos terminos no habia arreglo posible, i se hallaba dispuesto a mover las tropas, para alcanzar por la fuerza lo que no se le concedia por su intimacion.

En vista de palabras tan concluyentes, i de la actitud amenazadora del que las dictaba, el gobierno tuvo que ceder. Ordenóse la publicacion del bando de los revolucionarios: por él se mandaba que concurriesen a cabildo abierto todos los ciudadanos de representacion, a fin de acordar las medidas que las circunstancias de la patria demandaban.

Era este el momento deseado por los *godos* para presentarse en público a gozar de su mentido triunfo. Reducidos hasta entónces a la mas completa nulidad, creyeron firmemente que la revolucion era para ellos, segun se les habia hecho entender. Enorgullecidos, pues, con su engaño, se presentaron al cabildo abierto, que tenia lugar en la cárcel pública, en número de mas de trescientos.

La sesion anunciada comenzó a las cinco de la tarde; en ella hablaron con descomedimiento, haciendo callar a los liberales que solo reclamaban del motin un cambio en el personal del gobierno. Uno de los oradores mas exaltados fué don Manuel Aldunate: improperó este a los novadores diciendo que en ellos no residia de modo alguno la soberanía popular que querian asumir, i espresando la firme

resolucion de la mayoria de los presentes de disolver la junta i el congreso.

Con este objeto nombraron una comision compuesta del licenciado don Manuel Rodriguez, el doctor don Juan Antonio Carrera, el capitan de granaderos don Manuel Araos i el de milicias don José Guzman: ésta debia apersonarse al congreso, i esponer la voluntad de los vecinos que se hallaban reunidos en cabildo abierto. Al salir de la cárcel ya los seguia un inmenso jentio, que los acompañó hasta las puertas del congreso.

Esta corporacion, entretanto, permanecia reunida, esperando el resultado del cabildo abierto, para tomar sus providencias en conformidad a lo acordado por el pueblo: pero al saber de los comisionados lo ocurrido en él, sus miembros todos protestaron contra tal acuerdo, resistiéndose a creer que tales opiniones fuesen las del comandante de granaderos, que hasta entónces aparecia como caudillo del movimiento, i negándose solemnemente a obedecerle si esos eran sus propósitos. Con esta respuesta despachó una comision formada de algunos de sus miembros, que debian apersonarse al mismo don Juan José Carrera.

Era urjente que el congreso se condujese con enerjia en momentos tan críticos. Los enemigos de las nuevas instituciones se reconcentraban en corrillos en varios puntos de la poblacion, i especialmente en la plaza, proclamando su victoria, i engrosando sus filas por todas partes: la trama de don José Miguel estaba a punto de surtir un resultado mui distinto al que él mismo esperaba. En las puertas del congreso estas manifestaciones pasaron de raya a tal punto, que el oficial de granaderos que hacia la guardia, capitan don José Santiago Muñoz Bezanilla, llegó a formar

la revolucion, i aun reunirlos estraordinariamente en la misma tarde, a fin de obtener reparacion. La opinion estaba allí mui pronunciada en contra de su conducta, i de su persona.

III. Con este motivo, pudo ya Carrera conocer cuál era la verdadera actitud del congreso. En cada uno de sus miembros veia un tenaz enemigo que despreciaba sus llamados i sus amenazas. El triunfo de don José Miguel no los habia acobardado por un momento: miéntras los exaltados se mantuviesen unidos en la capital, i Rozas imperase en Concepcion no tenian que temer nada de su enemigo.

Carrera no temia tampoco al congreso: contaba con el apoyo de la fuerza armada, i con ella podia disolverlo, i acabar la cuestion de un solo golpe. Miéntras existiese, su autoridad era limitada: don José Miguel no podia gobernar con las trabas que aquel cuerpo le presentaba, ni con esos hombres tan poco complacientes que lo componian.

Sus aprestos no fueron largos: cinco dias despues de inferida la injuria, Carrera, apoyado por la tropa, satisfacia su venganza. En la mañana del 2 diciembre, cuando aquel cuerpo acababa de reunirse, recibió un oficio de los comandantes militares don Juan José i don Luis Carrera, don Pedro Prado, don Joaquin Aguirre, don Manuel Barros i don Joaquin Guzman, anunciándole que el pueblo pedia su disolucion.

Tan estraña exijencia fué rechazada por todos los diputados, i se les contestó que nada harian hasta no saber la opinion de los pueblos que los elijiéron; pero su enerjía debia ceder ante el aparato de la fuerza armada. Carrera hizo avanzar las tropas hasta la plaza sin tropiezo alguno, i desde allí pidió nuevamente la clausura del congreso, abocando seis caño-

nes, i cubriendo todas sus puertas con granaderos para impedir la salida a los diputados. Toda resistencia fué inútil: el terror se habia apoderado de la mayor parte de ellos, i tuvieron que dejar la sala, invadida ya por la tropa, protestando contra el atropellamiento de que eran víctimas, i prometiéndose informar de lo ocurrido a la junta de Concepcion i al doctor Rozas (3): en su juicio, este debia dar un nuevo rumbo a las cosas.

El congreso quedó disuelto desde aquel dia. El siguiente, dió el ejecutivo la órden de que ningun diputado se ausentase de la capital (4); i el 4 publicó un largo manifiesto en que justificaba la disolucion del congreso, porque «nulo desde el plan de su instalacion no podia corresponder en sus obras sino con vicios intolerables.» Hablábase en él de la crasa ignorancia de los diputados en los principios gubernativos; de la irregularidad en la eleccion, i de los sentimientos sanguinarios i despóticos que alimentaban muchos de sus miembros, i que quisieron poner en juego con la desgraciada revolucion del 27 de noviembre.

Estas ideas eran de don José Miguel Carrera únicamente: ese manifiesto, destinado a justificar su política, era obra suya: sus cólegas no lo firmaron siquiera. O'Higgins i Marin abrigaban simpatias por el congreso, i Carrera habia proyectado su disolucion en secreto, sin descubrirles sus propósitos, ni consultarles su parecer.

La disolucion del congreso, en verdad, fué mirada, por la mayoria de los liberales, como un atentado inaudito contra la soberania popular, que empezaba

(3) *Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile*. Mss.
(4) Id. id.

a predicarse. Por otra parte, aquella corporacion habia planteado en su último periodo reformas liberales i avanzadas que impulsaron sériamente la revolucion, i la hicieron aceptable a muchos. Ni era compuesta en su totalidad de hombres nulos i atrasados, como se ha dicho; en sus bancos tenian un asiento los políticos que con mayor acierto supieron dirijir mas tarde la revolucion, i la mayoria consideraba como jefe al doctor Rozas, la primera cabeza de aquel tiempo. El verdadero crímen del congreso fué haberse opuesto a las pretensiones de Carrera, cuando este tenia en su apoyo la tropa. Su disolucion daba el funesto ejemplo del desprecio por el cuerpo lejislativo i la representacion nacional (5).

IV. Contra lo que esperaba Carrera, su política despertó muchas resistencias desde luego. Los vocales O'Higgins i Marin no quisieron ya transijir con él: la disolucion del congreso era para ellos una arbitrariedad injustificable, i se negaron firmemente a continuar en el gobierno por mas tiempo.

Esta circunstancia vino a favorecer las miras de Carrera: si aellos dos hombres habian manifesta-

(5) Vea el lector una lista de todos los presidentes del congreso desde su instalacion hasta su clausura. Ella podrá esplicarle cuales fueron sus hombres mas importantes.

4 de julio, presidente don Juan Antonio Ovalle; vice-presidente don Martin Calvo Encalada.

20 de julio, presidente don Martin Calvo Encalada.

5 de agosto, presidente don Manuel Perez Cotapos; vice-presidente don Juan Cerdan.

20 de agosto, presidente don Juan Cerdan; vice-presidente don Agustin Eizaguirre.

8 de setiembre, presidente don Joaquin Larrain; vice-presidente don Manuel Antonio Recabarren.

12 de octubre, presidente don Juan Pablo Fretes; vice-presidente don José Maria Rozas.

22 de noviembre, presidente don Joaquin Echeverria; vice-presidente don Hipólito de Villegas.

do un pensamiento propio debia buscar dos colegas manejables, que dependiesen enteramente de su sola voluntad; i queria reunir en sus manos la suma de poderes que la revolucion habia depositado en una junta gubernativa.

La eleccion fué efectuada por el cabildo en union con los jefes militares. Tuvo lugar esta el 16 de diciembre, i de ella resultaron electos don José Nicolas de la Cerda, i don Juan José Aldunate; pero habiéndose negado el último a aceptar el cargo, fué reemplazado en nueva eleccion, el 12 de enero de 1812, por don Manuel Manzo (6).

V. Nuevas ocurrencias, en verdad, habian complicado la política, i Carrera necesitaba de la concentracion de su poder para salir bien parado en la contienda.

Como era de esperarse, Rozas i la junta de Concepcion desaprobaron altamente el cambio gubernativo del 15 de noviembre. Presintieron que el vencedor ajaria la dignidad del congreso, i vejaria a los exaltados de Santiago, con quienes estaban de acuerdo, i se prepararon para apoyarlos eficazmente.

Con este objeto la junta dirijió al presidente del congreso un pliego bajo el epígrafe de *reservado*, en que le pedia su consentimiento para remitir tropas con que sostener su autoridad. Este oficio llegó a Santiago el 3 de diciembre, cuando aquella corporacion habia sido disuelta, i cayó en manos de don José Miguel Carrera.

No salia aun éste del estupor que tales propuestas debieran producir en su ánimo, cuando recibió una nueva nota dirijida por la junta de Concepcion al

(6) *Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile*. Mss.

gobierno de Santiago, en que, en medio de amargas reconvenciones, le hacia ver las desgracias que traeria al estado la opresion i degradacion en que tenia al congreso, manifestando enérjicamente que aquella junta i toda la provincia estan en ánimo de preparar un ejército que restablezca la autoridad del congreso» (7).

Estas amenazas eran proferidas cuando todavia se ignoraba en Concepcion la clausura de aquel cuerpo. Si los ánimos estaban ya tan irritados, esta última noticia debia formalizar una resistencia vigorosa a la voluntad de Carrera. Los cuerpos veteranos de la frontera, i las milicias regladas que frecuentemente defendian la línea del Bio-bio, eran tropas mui superiores en número i disciplina a las que pudieran presentar las provincias del centro.

Carrera comprendió todo esto. La guerra importaba no solo el descrédito de la revolucion, sino tambien su derrota segura: si salia de la capital con el ejército que lo apoyaba, sus enemigos se sublevarian indudablemente, i entónces se iba a encontrar sin la fuente de sus recursos. Su situacion era mui angustiada, i necesitaba de un tino singular para no verse arruinado.

Don José Miguel era naturalmente atolondrado i hasta irreflexivo; pero esta vez supo contemporizar hábilmente. Su cabeza, de ordinario tan llena de recursos, no descubrió en tan crítica situacion mas medio de salvamento que las medidas conciliadoras. Un plenipotenciario podia allanar las diferencias entre ambas partes, evitando desde luego a la revolucion el descrédito de una contienda entre los mismos libe-

(7) *Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile*. Ms.

rales. Debia este hablar el lenguaje del patriotismo, i apelar a los sentimientos jenerosos de la junta de Concepcion en favor de la obra revolucionaria. Sus poderes fueron amplios, puesto que Carrera tenia confianza en «el patriotismo, virtud, talento e ilustracion» del plenipotenciario elejido (8).

El nombramiento recayó en el coronel de milicias don Bernardo O'Higgins, que empeñosamente pedia su separacion del poder ejecutivo, desde la clausura del congreso. Si él no adheria de modo alguno a la política de Carrera, estaba al ménos dispuesto a prestar su influjo en favor de una avenencia pacífica. O'Higgins olvidaba la injuria que se le acababa de inferir a su partido i a él mismo por servir a la unidad de la revolucion.

Aquel hombre era el mas aparente para el desempeño de esa comision. O'Higgins gozaba de mucha influencia en las provincias meridionales, i de gran crédito cerca de Rozas, i de los demas vocales de la junta de Concepcion. Su crecida fortuna, su cuidada educacion, su carácter franco i sus principios liberales le habian labrado una posicion importante en aquella provincia. Al partir de Santiago, Carrera quedaba con la conciencia de que su mediacion no seria infructuosa.

VI. Pero esta confianza en los resutados de la política no lo tranquilizó: le importaba mucho la cuestion para dejar de prepararse para el caso de ruptura.

Quiso ante todo despachar alguna fuerza que debia acuartelarse en Talca, « para oponerse a cualquiera

(8) Nota del gobierno de Santiago, de diciembre 13 de 1811, inserta en la defensa del jeneral O'Higgins por don Juan Ascencio, publicada en Lima en 1833.

mira militar de Concepcion» (9). Con este objeto salieron de Santiago, a mediados de diciembre, dos piezas de artillería, con 50 hombres para su servicio, i 300 granaderos a las órdenes del capitan don José Diego Portales, a quien se consideraba el mas valenton entre los oficiales de aquel cuerpo. Esta pequeña division debia ser la base del ejército de operaciones de Carrera.

Sus preparativos siguientes, fueron mui sérios. Con una actividad estraordinaria, don José Miguel empezó a reformar los cuerpos organizados en Santiago, disolviendo los antiguos, aumentando los granaderos, i formando un nuevo rejimiento de caballeria que debia mandar en persona. «La inspeccion de la caballeria, dice él mismo en su diario militar, recibió una buena organizacion. El batallon de granaderos se elevó a la respetable fuerza de 1,200 plazas. Se reformó el cuerpo de 300 dragones por inútiles, i se levantó el de la guardia nacional de 500 plazas. Se quitó a los frailes de San Diego el convento i se hizo de él un excelente cuartel de caballeria. Se fabricaron 10,000 lanzas, 1,500 tiendas de campaña, vestuarios i monturas para todos los cuerpos, municiones de todas clases, i, por último, cuanto se necesitaba para la defensa del pais.»

(9) «Epocas i hechos memorables de Chile.» Mss. Este manuscrito es de alta importancia para la historia del primer periodo de la independencia. Está escrito en forma de diario, aunque parece que no ha sido redactado dia por dia, i en el momento mismo de los sucesos, vistos ciertos pequeños errores cronolójicos e históricos, i algunos vacios. Contiene noticias mui curiosas, sobre todo en las fechas; i hai en todo él una rara imparcialidad, a tal punto, que nadie podria conocer por su lectura las opiniones del autor. Existe manuscrito en la biblioteca nacional, i ha sido publicado en la *Gaceta del Comercio* de Valparaiso, en noviembre de 1844. Hasta ahora se ha ignorado el nombre de su autor, pero he podido descubrir que lo es don Juan Egaña, quien formaba esos apuntes para escribir una historia de la revolucion, que nunca comenzó.

Carrera fué mas allá en sus aprestos: deseando formalisar su cuartel jeneral de Talca, despachó a su padre, graduado poco ántes de brigadier de milicias, con el título de jeneral en jefe del ejército de observacion. Llevaba consigo 200 soldados veteranos, i un secretario o asesor de ejercito, don Gabriel Tocornal, para arreglar las dificultades que pudieran suscitarse. El 28 de diciembre llegó a Talca, i pocos dias despues recibió los primeros recursos de la capital, i entre ellos la cantidad de 20,000 pesos para los gastos de la guerra (10).

VII. La junta de Concepcion no habia dormido por su parte. Los preparativos de guerra eran tambien formidables en las provincias meridionales, i las probabilidades de victoria estaban indudablemente por ellas. Sus tropas eran mejores, i sus jefes eran, en su mayor parte, militares mas esperimentados que los de Santiago.

Estos aprestos de guerra no se llevaron adelante desde que O'Higgins llegó a Concepcion, i presentó sus poderes a la junta provincial. Segun sus palabras, Carrera queria restablecer la autoridad del congreso, i gobernar por leyes de equidad i moderacion: él mismo iba a pedir la reconciliacion entre ambas provincias.

Las propuestas de O'Higgins eran aceptables; i la junta de Santiago, queriendo dar mas autoridad a las palabras de su plenipotenciario, pasó nota a la de Concepcion, convidándola a una avenencia pacífica. «Acerquémosnos, decia en comunicacion de 7 de enero, i estrechemos los vínculos de nuestra union, estimando nuestras relaciones, i haciendo nuevas i since-

(10) Oficio a don Ignacio de la Carrera. Diciembre 31 de 1811

ras protestas que nos liguen siempre como hermanos a defender i sostener mutuamente nuestras causas. Son incalculables los males de la division i de la rivalidad, i nuestros enemigos que nos asechan para aprovechar el primer momento favorable, no dejarán pasar los instantes de nuestras oposiciones para echarse sobre nosotros, al paso que nos respetarán perpetuamente miéntras seamos unos» (11).

Cuando llegó aquella nota a Concepcion, la junta habia convenido ya en la formacion de un tratado que allanase las diferencias suscitadas entre ambas provincias; i habia nombrado a uno de sus vocales, el licenciado don Manuel Vasquez de Novoa, como apoderado hábil para tratar con el coronel O'Higgins.

En tales manos la resolucion no tardó mucho. Ambos estaban animados de buenos sentimientos en favor de la paz; para ellos la guerra era la ruina de la revolucion, i ya que Carrera se ofrecia a restablecer la autoridad del congreso, fácil era arreglarse definitivamente bajo bases de equidad para ambas provincias.

Estos sentimientos dictaron los tratados de avenencia firmados por los plenipotenciarios el 12 de enero de 1812. Constaban de veinticinco artículos: por ellos se declaraba que el gobierno de Chile fuese únicamente provisional, i compuesto de tres vocales, representantes de Santiago, Coquimbo i Concepcion, i que desde ese dia debian cesar «todas las diferencias políticas entre los gobiernos de las dos provincias con motivo de las ocurrencias de la capital.» La junta de Concepcion debia tambien reconocer a la de Santia-

(11) Nota de la junta de Santiago a la de Concepcion. Enero de 1811.

go, i proveer los empleos civiles i militares hasta coronel miéntras que se «restableciese el congreso i se formase la constitucion.»

Ambos plenipotenciarios quisieron señalar en aquel documento las tendencias fijas de las dos juntas. Si pensaban marchar acordes, natural era que fijasen el verdadero término de su marcha, i el plan de su conducta. «Perdida la España, decia el artículo 12, a todo trance, i en cualquiera circunstancia se declarará la independencia, i se tendrá por perdida en el caso que los franceses ocupen las provincias del continente, aunque se sostenga la plaza de Cadiz.» Acordábase ademas por ellos que tan pronto como Santiago i Concepcion tuviesen imprenta, deberia decretarse la libertad de la prensa (12).

Los tratados correspondian sin duda a las exijencias de ambas partes: estaban concebidos con arreglo a las instrucciones de los plenipotenciarios, i a los deseos de la todos. La junta de Concepcion los aprobó en el primer momento, i, a no sobrevenir nuevas ocurrencias, los habria sancionado.

Miéntras se convenian las bases del tratado, Carrera no habia dejado de hacer sus aprestos de guerra, engrosando su ejército de Talca, i tomando otras medidas militares, hasta que llegó a creerse en buen pié. Sus tropas mejoraban en número i disciplina, i el espíritu de provincianismo, que despertaba la cuestion en los pueblos del centro i del norte, le daban un apoyo eficaz. Con esto, pensó que ya no necesitaba transijir, i que podria imponer la lei al enemigo, i disolver la junta provincial de Concepcion. Siendo así, los tratados no merecian su aprobacion.

(12) Tratado de avenencia entre la junta de Santiago i la de Concepcion. Enero 12 de 1812.

VIII. Estas circunstancias enfriaron el ánimo de Rozas en favor de la paz. Si Carrera despreciaba la avenencia pacífica, él debia ostentar todo su poder en sosten de la autoridad de la junta provincial.

Sus medidas fueron prontas i enérjicas: despachó inmediatamente al teniente coronel don Manuel Serrano, al mando de cien dragones, a ocupar la rivera sur del Maule: allí debia esperar el resto de las fuerzas.

Estas no se hicieron esperar mucho tiempo. La junta, a fin de activar las operaciones de la guerra, se trasladó prontamente a Chillan, dejando el mando civil de Concepcion a uno de sus vocales, don Manuel Novoa, i el militar a don José Antonio Fernandez, aunque el primero se juntó despues de algunos dias a sus colegas (13).

La provincia entera se conmovió con estas primeras medidas. El batallon fijo que mandaba el coronel don Francisco Calderon, el cívico de Chillan a las órdenes del capitan don Clemente Lantaño, los dragones de la frontera bajo el mando de don Juan Miguel Benavente, i un reducido aunque buen tren de cañones que mandaba el comandante jeneral de artillería de Concepcion, un español inválido i viejo don Juan Zapatero. A esta fuerza, considerable ya, se agregaban las milicias fronterisas, reunidas por el coronel O'Higgins.

Las resistencias de Carrera a aceptar el tratado de avenimiento, decidieron a O'Higgins a tomar una actitud hostil. La política de don José Miguel despertó en su ánimo los antiguos resentimientos; si este se negaba a aceptar los tratados que él estipuló con arreglo a

(13) Conversacion con don Manuel Novoa.

sus poderes, i en conformidad a las exijencias de sus partidarios de Santiago, natural era que se creyese desligado de todo compromiso para permanecer impasible en la contienda, tanto mas cuanto que tenia de por médio su conciencia como hombre, i su deber como militar.

O'Higgins tomó la causa de Rozas con calor i entusiasmo. Reunió las milicias de la Laja, i se puso en marcha para Chillan: con ellas el ejército constaba de mas de tres mil i quinientos hombres. Este número bastaba para asegurarle la victoria, i en consecuencia la junta avanzó hasta Linares, i acordó que Rozas, nombrado poco ántes brigadier, se adelantase con la vanguardia a acampar en la rivera sur del Maule.

I no se crea que esa actividad era intempestiva: el 9 de marzo habia salido de Santiago el brigadier don Juan José Carrera, al mando de 900 granaderos i 200 caballos, i con ellos i las tropas que habia sacado su padre se formaba una division respetable en Talca. Un mes déspues salió don José Miguel, con plenos poderes de la junta de Santiago para arreglar definitivamente la cuestion, al mismo tiempo que su ejército se iba engrosando por momentos con nuevos refuerzos. En ese pié, ya no tenia que temer al enemigo.

Rozas se hallaba aun dispuesto a una avenencia pacífica. Un tratado podia ser mas ventajoso para la provincia de Concepcion que el incierto resultado de las armas: inducido por este propósito no dejó resorte sin mover a fin de llegar a su objeto. Apeló a los llamados del patriotismo, i al influjo de los personajes mas encumbrados é importantes de las provincias meridionales, aunque sin resultado alguno.

Fué uno de estos el obispo de aquella diócesis don Diego Antonio Villodres, enemigo tenaz de la revo-

lucion, aunque político i disimulado (14). Habia comenzado a principios de enero la visita del obispado, por la parte de la frontera araucana, i en abril fué llamado a Chillan para servir de mediador entre ambas juntas; pero habiendo cambiado algunas notas con los jefes militares de Talca sin arrivar a resultado alguno, desistió de sus propósitos, i se volvió por fin a Concepcion, dudando mucho de que la contienda tuviese un resultado pacífico (15).

Desde el principio, O'Higgins habia manifestado al doctor Rozas que no era posible tratar con Carrera, puesto que se negaba a aceptar el convenio de 12 de enero. Segun él, la junta de Concepcion i los exaltados de la capital no se conformarian con ménos; i en su juicio la cuestion no podia ventilarse mas que por las armas.

En conformidad con estos sentimientos, propuso a Rozas un plan de campaña que él podia llevar a efecto con 400 dragones i otros 400 hombres tomados de los cuerpos de infantería i de los lanceros de la Laja. Pensaba cruzar el Maule por el oriente, dejar las fuerzas de Carrera a su espalda, tomarle la artillería, que segun noticias ciertas debia estar en camino, i posesionarse de la capital (16).

La empresa era mui realisable confiada al brazo de O'Higgins; pero Rozas, sea que temiese las consecuencias de un rompimiento armado, o que no le mereciese plena confianza la pericia i coraje de aquel,

(14) Conversacion con don Manuel Novoa.

(15) «Informe de la conducta de los padres misioneros de Chillan durante la revolucion» pasado al padre Fr. Melchor Martinez, para que escribiese la historia de las turbulencias de Chile por el prelado Fr. Juan Ramon, en 1.º de abril de 1816. Mss.—Conversacion con don Joaquin Tocornal.

(16) Gay («Historia de Chile» tomo V cap. XVII), ha asentado este hecho segun conversacion con el mismo O'Higgins.

se desentendió de sus propuestas, firmemente resuelto a tocar los últimos recursos en favor de la paz.

Con este objeto, pasó Rozas dos veces el rio que separaba los dos ejércitos, i conferenció con Carrera sobre las bases de la avenencia. Las circunstancias habian inclinado entónces poderosamente el ánimo de don José Miguel en favor de la paz; esa tenaz persistencia que manifestaba su enemigo en no salir de los límites de los tratados de 12 de enero, le hacia sospechar que no obtendria ventaja alguna por la política, i que la junta provincial poseia muchos elementos con que hacerse respetar, llegada una ruptura formal. Por otra parte, se hacia sentir cierto espíritu de insurreccion en las provincias de su mando que le infundió sérios temores por la tranquilidad.

En aquellas conferencias, Rozas habló a don José Miguel sobre la necesidad de la reinstalacion del congreso, en lo que éste se manifestó acorde, pero sin estipular nada definitivamente. Se disponia a pasar de nuevo el rio para concluir el arreglo proyectado, cuando los jefes que estaban a sus órdenes le motejaron su imprudencia poniéndose voluntariamente en manos de un enemigo de quien habia mucho que recelar. Si él era el alma de la resistencia del sur ¿por qué no se habia de temer que fuese apresado por Carrera?

Esa circunstancia venia a demorar la negociacion del tratado; i quizás habria entorpecido su conclusion a no ofrecerse voluntariamente el coronel O'Higgins a llevar él mismo al campamento de Carrera los pliegos de Rozas.

Aceptósele su oferta, i partió con las comunicaciones el 28 de abril. Decia Rozas en ellas que no le era posible pasar a Talca, oponiéndose su tropa i la junta

provincial; i con este motivo lo invitaba a acercarse a Linares a conferenciar con las autoridades de Concepcion. Manifestábase altamente empeñado en favor de la avenencia, i dispuesto a arreglar con franqueza i prontitud un asunto que ya tenia canzados todos los ánimos, i paralizadas todas las relaciones entre las provincias del centro i las del sur. «El orijen, principio i fundamento único de nuestras diferencias, decia en su nota, consiste en la no ratificacion del convenio de 12 de enero. En el oficio de US. a la junta de 27 del corriente, asegura que trae poderes bastantes para terminar este negocio: trátese de él ante todas cosas: ratifiquelo US. desde esa i todo está acabado. Si hai reparos que oponer a algunos de sus capítulos, diga US. con espresion i claridad cuales son para contestarlos i allanar los medios de que concluyamos en breve. Si hai otro medio mas racional de comunicacion propóngalo US. que yo estoi llano i pronto a todo.

«Si US. gusta acercarse al rio con cierto número de tropas, decia al concluir, como proponiéndole un aabitrio mas aceptable, yo pasaré a la otra banda con igual número, i las mias no se opondrán a este paso. —US. sabe que las que hai aquí todas son de caballeria i que por lo mismo no pueden haberse traido con intencion hostil.»

Sin embargo de estas protestas, Carrera no llegó a cruzar el Maule: sus tropas se oponian tambien a que se entregase confiadamente en manos de Rozas. Recibió cortezmente a O'Higgins, i le aseguró que abrigaba buenos deseos en favor de la paz; aviniéndose en definitiva a pasar por la mayor parte de los artículos de los tratados de 12 de enero, aunque

dejando algo a la deliberacion del congreso (17). Esto mismo aseguró al doctor Rozas, cuando éste tuvo su última conferencia en el sitio denominado Fuerte destruido.

Este resultado se mantuvo aun en secreto por largo tiempo: parecia que ambos contendientes esperaban mas de la capitulacion, i que, por tanto, no estaban satisfechos con lo obtenido. Rozas aseguraba a la junta provincial que Carrera adheria enteramente a lo pactado anteriormente; miéntras este comunicaba al gobierno de Santiago que el arreglo no era definitivo, pero que solo por los medios de la política se debia concluir lo que quedaba por hacerse; asi se espresaba la junta en los documentos oficiales (18).

Desde luego aquel arreglo, tan incompleto i defectuoso como era, trajo un buen resultado. Los ejercitos dejaron sus campamentos para volver a sus respectivos cantones: se restablecieron las comunicaciones suspendidas entre ambas provincias, i cesaron las espoliaciones i vejámenes que tuvieron que sufrir los campecinos, i los capitalistas: miéntras los unos esperimentaban los destrozos que hacian los ejércitos, los otros pagaban contribuciones para el sosten i sueldo del soldado, que entonces se satisfizo puntualmente (19).

Si la última avenencia no daba un resultado definitivo para ninguna de las partes, fué sin embargo mui bien recibida en Santiago i Concepcion. Cuando se creian inevitables un rompimiento armado i los es-

(17) Conversacion con el señor don Manuel Novoa, vocal de la junta de Concepcion.

(18) En 6 de junio de 1812.

(19) O'Higgins, *Memoria de los hechos mas notables de la revolucion de Chile*, cap. V. Mss.

tragos de la guerra, recibian con agrado aquella avenencia incierta. En Santiago se celebró públicamente la entrada de Carrera i de sus tropas, que tuvo lugar el 1.° de junio: habian salido a recibirlos la fuerza de artilleria, la guardia nacional i el batallon de Pardos, o voluntarios de la patria como se les comenzaba a llamar.

IX. Las circunstancias habian obligado a Carrera a aceptar la avenencia bajo bases opuestas a sus intereses i deseos. Si pasaba por ofrecer la convocacion de un nuevo congreso, i por dejar existente la junta provincial de Concepcion, era en fuerza de la urjente necesidad que tenia de volver a Santiago a recibirse del mando, i tomar una actitud séria contra el espíritu de desobediencia que habia asomado lijeramente en varios puntos del reino.

En Valdivia llegó a triunfar invocando el nombre de Fernando VII.

Ese movimiento fué una verdadera contra revolucion: aquella provincia habia seguido de cerca los pasos de Santiago i Concepcion; habia instalado junta gubernativa, i aceptado con entusiamo las ideas liberales.

El triunfo de los exaltados de la capital en 4 de setiembre dió mayor vida i actividad a la revolucion en las provincias. En Valdivia sobre todo hicieron mucho eco las reformas que planteaba el gobierno que subió entónces al poder. Allí se supieron las ocurrencias de la capital por cartas apasionadas de uno de los exaltados, del P. Camilo Henriquez, que las comunicaba a un tio suyo oficial de la guarnicion fija de la plaza, el sarjento mayor don Gregorio Henriquez, i a su cuñado don Diego Perez de

Arce; i no faltaron espíritus inquietos que proyectasen la formacion de una junta gubernativa.

De estos, tres eran sacerdotes i varios de ellos militares. El cura don Isidro Pineda, el capellan del hospital don Pedro José Eleysegui, el presbítero don Laureano Diaz i el mayor Henriquez quisieron ponerse a la cabeza del movimiento, i llevarlo felizmente a cabo. En la mañana del 1.° de noviembre, cuando la mayor parte del pueblo salia de la iglesia, los conjurados apresaron al gobernador de la plaza don Alejandro Eagar, i al capitan de injenieros don Miguel Atero. La tropa estaba por los sublevados, i ninguna resistencia pudieron oponer.

En el mismo dia se instaló una junta con atribuciones semejantes a las que tenia la de Concepcion (20); i se embarcó a los presos para Talcahuano; a donde no arribaron a causa de una sublevacion a bordo, que llevó el buque a Chiloé.

Aquella junta gobernó mui poco tiempo. La revolucion no preocupaba muchos ánimos en la provincia: separada del centro del movimiento, las comunicaciones eran tardias, i el interes que ellas despertaban era mui escaso. La fidelidad al rei llamó a todos los espíritus por un sendero diverso, i la tropa misma que habia cooperado eficazmente a la instalacion de la junta, fué el órgano de una reaccion que acabó por un movimiento armado, i por un cambio gubernativo.

Influyó tambien para esto la presencia en Valdivia de don Pedro Asenjo, orjundo de aquella provin-

(20) Compuesta del coronel don Ventura Carvallo, don Isidro Pineda, don Pedro Jose Eleysegui, don Vicente Gomez i don Jaime de la Guarda, i don Diego Perez de Arce, como secretario. Gay i el manuscrito titulado «Epocas i hechos memorables de Chile», equivocan los nombres de los vocales de esta junta.

cia, i emparentado con varios oficiales del batallon fijo. Volvia de Santiago en donde habia hablado con don José Miguel Carrera, en los momentos en que se mostraba disgustado contra la junta de Concepcion, i habia oido de sus propios labios quejas contra la política de las provincias, i su falta de fidelidad al monarca cautivo (21). Sus palabras debieron de ser vagas, puesto que se separaban mucho de sus deseos.

El movimiento contra-revolucionario tuvo lugar el 16 de marzo. En la madrugada de aquel dia los godos se hicieron dueños del cuartel, i citaron a toda la oficialidad a la sala donde se depositaba la bandera del cuerpo. Precididos por el capitan Pinuel i el sarjento mayor don Lucas Molina, dieron la órden de apresar a los vocales de la junta, con la sola excepcion del coronel Carvallo.

Al amanecer se mandó formar la tropa, i batir jenerala. En aquel momento la contra-revolucion estaba hecha en toda la plaza; los castillos del puerto hicieron sus salvas de artilleria, i todo el mundo viveaba a Fernando VII, a la rejencia, i a don José Miguel Carrera como presidente interino del reino de Chile.

En el mismo dia quedó instalado i reconocido un nuevo gobierno formado por un consejo de militares i vecinos respetables, bajo la presidencia del coronel Carvallo, a quien se nombró gobernador. Se enviaron desterrados a Concepcion a los miembros del gobierno caido, se restituyeron sus empleos a las personas que los perdieron con la revolucion, i se

(21) «Informe de Mackenna sobre los Carreras» publicado en el *Duende*, núm. 15, 1818.

pasó un parte circunstanciado de lo ocurrido al gobierno jeneral de Santiago (22).

Llegó este cuando Carrera se hallaba en Talca, tratando con el doctor Rozas las bases de una avenencia pacífica entre Concepcion i la capital. Desde luego don José Miguel se negó a aceptar el título de presidente de Chile que le ofrecia el nuevo gobierno de Valdivia; i la junta de Santiago se manifestó disgustada con las ideas políticas que emitia en sus comunicaciones. «En Chile, decia en su nota, no hai presidente, ni el reino se somete a la rejencia de España» (23).

Ese título no importaba nada para Carrera: ofrecido por una provincia aislada no podia encontrar aceptacion en ningun ánimo, i mucho ménos en el suyo. Pero la contrarevolucion era para él un sério contratiempo: aquel movimiento venia a desconcertar sus planes, i a probarle cuan incierto era su poder en las provincias. El gobierno de Valdivia habia ido mas allá de lo que él pensó en el principio, i ese espíritu de reaccion podia cundir fácilmente en todo el reino.

Fué esta consideracion la que obligó a don José

(22) «Acta de la instalacion del consejo de guerra.» «Comunicacion a la junta de Santiago.» Los miembros que componian el consejo de guerra eran: don José Ulloa, don Lucas Ambrosio Molina, el comandante de artilleria, capitan don José Berganza, don Diego i don Antonio Adriasola, don Juan Gallardo, don Dionicio Martinez, don Julian Pinuel, don Teodoro N. Egron, don Manuel de Lorca, don Juan de Dios Gonzalez i don José Antonio Martinez, secretario. Todos los miembros del anterior gobierno fueron apresados en el mismo dia, ménos el presbítero Eleysegui que consiguió fugarse a Concepcion por el territorio araucano: la providencia lo destinaba todavia para seguir sirviendo eficazmente a la causa que habia abrazado de corazon.

(23) Nota publicada en la *Aurora de Chile* núm. 22.

Miguel a concluir brevemente sus arreglos con la junta de Concepcion. Si no alcanzaba cuanto queria de Rozas, se conformaba al ménos con aquel pacto que le permitia volver a la direccion de la política. Al separarse de su rival, ya meditaba los lazos en que queria envolverlo, i saboreaba de antemano los resultados de sus triunfos.

CAPITULO XV.

I. La AURORA DE CHILE.—II. Medidas administrativas.—III. Llega a Chile el del cónsul norte americano Mr Poinsett.—IV. Disolucion de la junta de Concepcion.—V. Adelantos de las ideas de independencia.—VI. Diversos cambios en el personal del gobierno—VII. Promulgacion de la primera constitucion política de Chile.—VIII. Amenazas del virei del Perú.—IX. Planteacion de algunas mejoras.—X. Conclusion.

I. En el mismo tiempo en que se ventilaba en las orillas del Maule la cuestion que tenia dividido al reino entero, la política interior de la junta de Santiago ofrecia un interes escaso. Los partidarios del viejo réjimen habian enmudecido, i los enemigos de Carrera se manifestaban indiferentes en la contienda, i hasta se mantenian retirados de la politica; nadie simpatisaba en la capital con los principios de federalismo que aquella cuestion parecia despertar en las provincias del sur.

Fué sin duda el hecho mas notable de aquella época la publicacion de la AURORA DE CHILE, primer periódico que se daba a luz en el reino. La imprenta

habia llegado de Nueva-York en noviembre de 1811, en la fragata *Galleway*, consignada a don Mateo Arnaldo Hœvel, sueco de nacion, a quien le concedió el congreso carta de ciudadano chileno.

Venía la imprenta a servir poderosamente a la causa de la revolucion. Por medio de ella se iba a predicar un dogma político mas exacto que ese que enseñaba practicamente la madre patria, con sus unjidos de Dios, i su lei de pasiva obediencia. Era preciso desarraigar del pecho de los colonos esas absurdas preocupaciones, i solo la prensa podia hacerlo.

Apesar de los deseos de todos, la imprenta no estuvo en estado de trabajar hasta tres meses despues; i solo el 13 de febrero se publicó el primer número o prospecto de la *Aurora*. Grande fué el efecto que produjo en todos los espíritus aquella hoja, destinada a herir de muerte la autoridad de los reyes de España. El artículo de fondo llevaba por título: «Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos»; i en él se contenian, entre otras ideas avanzadas para la época i el país las siguientes: «Establezcamos, pues, como un principio, que la autoridad suprema trae su oríjen del libre consentimiento de los pueblos, que podemos llamar pacto o alianza social..... ¡Pueblos! decia mas adelante, tales son los principios de que emanan vuestros derechos. Ellos ennoblecen vuestro ser: los debisteis al soberano autor de la naturaleza: apreciadlos i no permitais que os los arrebaten i obscurezcan la injusticia i malignidad de los hombres. La suprema mano que os los concedió, os dió corazon i ánimo para defenderlos. Si sois capaces de sentimientos heroicos, de altos intentos i de virtudes sublimes, es para que conserveis

vuestra dignidad: nada de esto se necesitaba para ser esclavos.»

Para los defensores de la causa del rei que comprendian la importancia de este golpe, la publicacion de la *Aurora* fué un suceso insignificante en su principio, pero de sérias consecuencias para el porvenir. Uno de los mas sensatos entre ellos se burlaba de ese periódico durante la reconquista española, cuando los realistas se creian fuera de peligro, en términos de despecho. «No se puede encarecer con palabras, dice el padre Martinez, el gozo que causó este establecimiento: corrian los hombres por las calles con una *Aurora* en la mano, i deteniendo a cuantos encontraban, leian i volvian a leer su contenido dándose los parabienes de tanta felicidad, i prometiéndose que por este medio pronto se desterraria la ignorancia i ceguedad en que habian vivido, sucediendo a estas, la ilustracion i la cultura que transformaria a Chile en un reino de sábios..... Para editor i maestro que debia aumentar i formar la opinion del público fué elejido por el gobierno un fraile de la buena muerte, natural de Valdivia, el cual por haber sido declaradamente secuaz de Voltaire, Rousseau, i otros herejes de esta clase, habia sido castigado por la inquisicion de Lima, i despues de haber tenido buena parte en la revolucion de Quito, se hallaba fujitivo en este reino, activando cuanto podia las llamas de esta insurreccion..... Efectivamente, no padecieron engaño en la eleccion, porque desde la primera pájina de su periódico, empezó a difundir muchos errores políticos i morales, de los que han dejado estampados los impios filósofos Voltaire i Rousseau, aunque en la doctrina del segundo estaba mas iniciado, pues tras-

lada por lo comun literalmente los fragmentos de sus tratados» (1).

El autor de aquel impreso era el padre Camilo Henriquez, conocido ya por otros escritos en favor de la revolucion. Instruido en la historia antigua i moderna, i en las doctrinas político-filosóficas del siglo diez i ocho, entraba en la tarea de romper uno a uno los resortes con que la madre patria mantenia sumisas sus colonias. Todos sus ataques iban dirijidos contra esas preocupaciones absurdas que negaban la soberania popular, i los principios democráticos. Su lenguaje, templado en el principio, fué haciéndose progresivamente mas claro i enérjico, aunque considerando siempre al enemigo en cuerpo, i sin vaciar una injuria, ni un sarcasmo en sus publicaciones.

Hasta aquel momento no se habian escrito sobre política mas que proclamas o folletos que circularon manuscritos con escasa aceptacion: pero la *Aurora* despertó en muchos el deseo de publicar sus pensamientos, i surjió una reducida falanje de escritores en que descollaron don Antonio José de Irisarri, don Manuel Salas i don Bernardo Vera.

Aparte de esto, la *Aurora* tenia un interes inmediato. En sus columnas se dilucidaron importantes cuestiones de estadística, agricultura, comercio i civilizacion de indíjenas con el pulso i buen sentido que distinguen todos sus artículos. Todos ellos iban a ilustrar al gobierno, i a ponerle en manifiesto las necesidades del pais. La junta gubernativa habia pedido en 29 de enero la cooperacion de todos en sus trabajos, i la *Aurora* satisfacia sus exijencias con escritos luminosos.

(1) P. Martinez. «Memoria de la revolucion de Chile» paj. 140.

Recorriendo las columnas de aquel periódico, se ocurre desde luego una observacion que constituye un justo elojio del escritor. Las cuestiones caseras, las diferencias de opiniones entre los mismos revolucionarios, no lo ocuparon una sola vez. Henriquez no veia mas que un solo enemigo, i a ese lo atacaba con firmeza demostrando palmariamente la inconsistencia de las bases en que apoyaba su dominacion.

II. El gobierno ejecutivo habia recibido entonces modificaciones en el personal, aunque de ningun influjo en las ideas que lo dominaban. El vocal don Manuel Manzo quiso dejar su puesto el 25 de enero: en su lugar entró don José Santiago Portales, superintendente de la casa de Moneda, i uno de aquellos diputados cuya separacion del congreso pidió Carrera en 4 de setiembre de 1811.

Este cambio en el personal de la junta no importaba nada a Carrera, ni a sus enemigos: ni aquel mudó de política, ni estos dejaron de hostilizarlo. El 2 de abril descubrió una conspiracion militar (2), mal combinada i peor dirijida; a ella se atribuyó otro cambio en el personal de la junta, que se efectuó pocos dias despues: fué este la renuncia del vocal Cerda i el nombramiento de don Pedro Prado Jaraquemada.

Don Jose Miguel, sin embargo, era el jefe único i absoluto de la política: sus cólegas no tenian imperio alguno sobre él, ni habrian podido hacerlo desistir de sus propósitos una vez emitidos. Suyas fueron todas las providencias gubernativas dictadas en ese periodo.

Debe contarse entre estas, un decreto por el cual se mandaba refaccionar i mejorar los hospitales (3);

(2) *Epocas i hechos memorables de Chile.* Mss.
(3) Decreto de 26 de febrero.

i otro para reconocer los grados militares, a fin de que los oficiales usasen solo los distintivos correspondientes a su graduacion (4). El siguiente dia se decretó la correccion de las cartillas que debian formarse para la tropa (5).

Era don José Miguel quien se mostraba tan empeñoso en reglar el ejército, i en dar fomento al espíritu militar. El mismo mandaba el cuerpo de caballería denominado la *Gran guardia*, i en el vestuario i equipo de la tropa hizo tan crecidos gastos que sus enemigos i hasta su hermano don Juan José le hicieron los cargos de dilapidador de la hacienda pública.

El gobierno, sin embargo, no olvidó las mejoras de otra especie. La instruccion públiea le mereció tambien particular atencion. Si la metrópoli se habia empeñado en negar la difusion de las luces en sus colonias, la revolucion quiso fomentarla obligando a los conventos a que estableciesen escuelas gratuitas para niños de ambos sexos, i echando las bases de un colejio central, que solo vino a plantearse el año siguiente.

III. La revolucion recibió en esa misma época un poderoso apoyo moral con el envio de un cónsul estranjero. Mr. Joel Robert Poinsett, este era su nombre, venia acreditado por el gobierno de la Union americana, como cónsul de comercio en Chile; i fué reconocido por tal el 24 de febrero (6), a pesar de la viva oposicion del tribunal del consulado, que ale-

(4) Id. de 27 de febrero.

(5) Id. de 28 de febrero.—Por dos decretos de 24 de marzo i 22 de abril se mandó formar una junta de vacuna, cuyo delegado fué don Judas Tadeo Reyes, i se prohibieron los juegos de asar i embite.

(6) La *Aurora* número estraordinario de 26 de febrero de 1812.

gaba no haber tenido empleados diplomáticos ninguna de las otras provincias americanas.

Tan fútil pretesto era solo el resultado del despecho que producia en los godos la presencia de un cónsul, a quien miraban como el comprobante de la justificacion que obtenian en el estranjero las turbulencias de Chile. Esta misma interpretacion tenia para muchos el nombramiento de un ministro diplomático.

Por otra parte, Poinsett era un hombre de ideas liberales, i de algun talento; i el vice-cónsul era el sueco Hœvel, que poco ántes habia introducido la imprenta en el pais. Ambos estaban dispuestos a servir a la revolucion eficazmente, como en efecto lo hicieron pidiendo a Estados-Unidos armas i vestuarios militares segun nota de la junta gubernativa. Debian venir dos cañones volantes de bronce, 6,000 fusiles, 1,000 pares de pistolas, 1,000 sables con sus correspondientes correajes i demas aperos, dos surtidos de vestuarios completos, mil portapliegos, dos surtidos de monturas i 25 a 50 clarines. El gobierno ofrecia comprarlos todos por buenos precios, rebajando tambien los derechos de aduana a los otros efectos que compusiesen el cargamento del buque en que viniese el encargo, i permitiendo ademas la introduccion de grandes cantidades de tabaco (7).

IV. La idea de armar la revolucion ganaba pues terreno en todos los espíritus. La division de los partidos habia distraido los ánimos, i los últimos movimientos del año anterior habian suscitado una cuestion que estubo a punto de orijinar la guerra civil; pero los principios de federalismo de que parecia hacer alarde la junta del sur habian reconcentrado

(7) Oficios de 10 i 14 de marzo de 1812.

á los liberales de la capital de tal modo que todos comenzaban a marchar acordes, sin dar muestras de desagrado ni resistencia.

En el concepto de Carrera, estos sentimientos podian ir mas allá. No se ocultaba a su penetracion que esos odios desprestijiaban el movimiento liberal al mismo tiempo que menoscababan su influjo, i hábilmente se empeñaba en calmarlos, i en tender lazos a su enemigo. Esto último no era, por cierto, mui dificil.

La junta de Concepcion mantenia sobre las armas a los milicianos de la frontera, cuando sus recursos no alcanzaban para la tropa veterana. Sabedor de esto don José Miguel sujetó en Santiago el situado con que la tesoreria jeneral auxiliaba a la de Concepcion, i, como era de esperarse, la guarnicion comenzó a murmurar (8).

Los godos vieron entonces una circunstancia favorable para sobreponerse a sus enemigos. Para esto, se pusieron de acuerdo con los parciales de Carrera, i la junta de Santiago, sin sospechar siquiera que pudiesen ser víctimas de algun engaño.

El movimiento contra revolucionario estalló a las diez de la noche del 8 de julio. Toda la guarnicion estaba por él, a tal punto que nadie opuso resistencia alguna: las tropas acamparon en la plaza principal en silencio, i sin que se supiesen sus designios. Los jefes militares que encabezaban la revolucion, don Juan Miguel Benavente, comandante accidental de dragones, don Ramon Jimenez Navia, mayor del batallon veterano, i don José Zapatero, comandante jeneral de artilleria, dieron la órden de prender á

(8) Conversacion con don Manuel Novoa.

retener en sus propias casas a los vocales de la junta, con la sola excepcion de su presidente. Con esto solo, el triunfo estaba asegurado.

La ciudad quedó sometida aquella noche a las autoridades militares; pero a las nueve de la mañana siguiente mandaron estas publicar un bando en que se daba por estinguida la junta gubernativa, e instalado en su lugar un consejo de guerra, que reasumia sus atribuciones. Debian componerlo don Pedro José, i don Juan Miguel Benavente, como presidente i vice, i don Ramon Jimenez Navia i el capitan de dragones don José María Artigas, como vocales. El secretario electo fué don Luis Garreton.

Aquel gobierno en realidad era misto: sus miembros eran liberales i godos, i sus providencias se resentian de ese doble espíritu. Al mismo tiempo que daba parte de su instalacion al gobierno central de Santiago, sometiéndose a su autoridad, se libró órden de prision de los miembros de la estinguida junta de Valdivia, que se hallaban en Concepcion, i se repuso en sus empleos a todas aquellas personas a quienes se los quitó la junta (9).

Por grande que fuera la sensacion que esta noticia produjo en la capital, la mayoría no lamentó las ocurrencias de Concepcion i los mismos partidarios de Rozas felicitaron a Carrera por la feliz conclusion de las desavenencias (10). Las celebraciones públicas, con iluminaciones i salvas de artilleria, se prolongaron por algunos dias. La disolucion de la junta provincial era en juicio de muchos un acontecimiento favorable a la concentracion i unidad de la revolucion.

(9) «Relacion de las novedades ocurridas en Concepcion.»
(10) Representacion de 20 de julio de 1812, publicada en la *Aurora* núm. 24.

Así lo creyó tambien doe José Miguel Carrera; i sin temer las resistencias del Consejo de guerra de Concepcion dió la órden de conducir a los presos a Santiago, i mui en particular al doctor Rozas: este debia salir inmediatamente bajo su palabra de honor, i acompañado de un solo oficial, para que la prision le fuese ménos molesta.

Las autoridades provinciales deseaban vivamente desembarazarse de sus prisioneros: contaban con muchas simpatías en el pueblo i en el ejército para que dejasen de temer un atentado; tanto mas cuanto que entre ellos habia hombres audaces, que podian reponerse de su caida.

Pero estos se sentian fatigados de la política, i no se hallaban con fuerza para seguir luchando por mas tiempo. Son pocos los espíritus fuertes que despues de haber sido apoyados por la fortuna se sienten con valor para resistir cuando los abandona. Rozas no era de ese número reducido; i desechó las propuestas que le hacia el vocal Novoa, para operar una contra revolucion.

En la noche del movimiento, se hallaba este fuera su casa, i miéntras los soldados la allanaban para comunicarle la órden de arresto, él, disfrazado con una sotana, reconocia personalmente las posiciones de los sublevados: dióse preso mas tarde a las nuevas autoridades; pero ya sabia cual era el espíritu de la guarnicion. Miéntras estaba arrestado en su casa recibió ofertas de varios oficiales veteranos para deponer el consejo de guerra, i ántes de aceptarlas quiso proponerle el plan a Rozas, a quien él i los demas vocales consideraban como cabeza. Para esto hizo que uno de sus hermanos escalase las pared interior de su casa, que la separaba de la de Rozas, llevándole un

pedazo de papel en que le comunicaba la propuesta: Rozas escribió en el mismo papel esta breve frase: «No es tiempo» (11).

Era el desaliento lo que habia dictado a ese hombre singular aquellas palabras, pero el consejo de guerra no trepidó en mandarlo a Santiago a disposicion de Carrera. Temeroso este de que su presencia en la capital consitase a sus parciales a tumultos i asonadas, dió la órden de que desde Maipo se le condujese a la hacienda de San Vicente, propiedad de un sobrino de Rozas.

La misma suerte le cupo a los otros miembros de la junta, i al comandante de infanteria don Francisco Calderon: fueron remitidos bajo la custodia de un piquete de tropa al mando de un oficial de la confianza de Carrera, don Diego Padilla, i cuando llegaron a los suburbios de la capital se les notificó la órden de deportacion a varios puntos del reino (12); aunque a los pocos meses pudieron volver libremente al seno de sus familias.

No así al doctor Rozas: Carrera conocia demasiado

(11) Conversacion con don Manuel Novoa.—En un curioso manuscrito que existe en la biblioteca nacional con el título de «Ocurrencias que colocadas con oportunidad pueden servir para caracterizar los excesos de Chile», he encontrado las palabras siguientes: «Los mismos oficiales que hicieron en Concepcion la revolucion de 8 de julio ofrecieron sus vidas en defensa de la del doctor Rozas a causa de haberse estendido la voz de que los Carreras habian sobornado a unos asesinos para este efecto.—No hai duda que aquella voz tuvo algun orijen, pues es indudable que a un José Gaete, natural de Cauquenes, se lo propuso uno i se opuso don José Miguel.»

(12) Don Bernardo Vergara a Melipilla, don Manuel Novoa a Quillota, don Luis de la Cruz a Illapel i don Francisco Calderon al Huasco.—«Epocas i hechos memorables de Chile.» Mss.—Conversacion con don Manuel Novoa.

el temple de esa alma; era mui poderoso para enemigo, i podia sobreponérsele si lo tomaba por consejero. Su permanencia en el lugar de su confinacion le habia probado que todavia le quedaban sequito i partidarios en Santiago; que lo visitasen con frecuencia, i comenzó a temer una nueva oposicion a su gobierno.

Un arbitrio le quedaba para calmar sus temores: era mandar fuera del territorio chileno al doctor Rozas. En efecto, dióle un simple pasaporte fechado el 10 de octubre de 1812, para pasar a Mendoza a arreglar asuntos de intereses, con que este se puso en marcha.

Mírese como se quiera, i se verá que esta era una tropelia inaudita cometida en el primer hombre de aquel tiempo. La ambicion de don José Miguel i sus resentimientos, no importaban nada ante la revolucion para que atropellase a Rozas, el político práctico de su primer periodo, el que supo comprometerla con maestría i dirijirla por el sendero de las reformas industriales, predicando los principios de libertad i democracia, i despertando, primero que ningun otro, el espíritu militar.

Su desgracia tuvo un influjo poderoso en su salud, i falleció en los primeros meses de su residencia en Mendoza: frisaba entónces en los cincuenta i cuatro años. Su muerte no hizo gran ruido en Chile; los periodicos de la patria no dieron cuenta siquiera del fallecimiento de su fundador. Asi castigaba la revolucion a su primer corifeo.

Antes de partir para su destierro, Rozas habia invitado a Carrera a la union de ambos, i le descubrió que los principios dominantes en el gobierno de Concepcion eran contrarevolucionarios, puesto que el

obispo Villodres tenia entre sus miembros un notorio influjo; segun él, ya habia oficiado el consejo de guerra al virei del Perú, poniéndose a sus órdenes. Don José Miguel, sin desatender esta advertencia, la miró al principio con desprecio.

Pero aquella noticia importaba mucho para que fuese desatendida, tanto mas cuanto que resultaba ser cierta. El consejo de guerra se negó a obedecer a Carrera, cuando este le pedia la reposicion del coronel Benavente en la intendencia de la provincia (13); i se manifestaba obstinado en mantener la autoridad en sus manos.

Don José Miguel concibió un medio para batirlo: queria promover un pronunciamiento en Concepcion que determinase al consejo a dejar el mando. Para esto comisionó al sarjento mayor de la Gran guardia don Juan Antonio Diaz Muñoz: llevaba consigo seis mil pesos i una proclama firmada por los tres miembros del gobierno de Santiago, en que se aplaudia el movimiento de 8 de julio, i se prometia fraternidad i union a los habitantes de las provincias meridionales, si se sometia el consejo de guerra a dejar su autoridad en manos del coronel Benavente. El influjo de este en la tropa, el de su hermano don Juan Miguel, vocal tambien del gobierno, i las tramas de los liberales, que veian la preponderancia que alcanzaban los godos, obtuvieron su completa disolucion a mediados de setiembre; desde ese dia, el reino entero reconoció la autoridad de la junta de Santiago.

V. La unidad que con esto tomaba la revolucion, venia a servirle cuando el espíritu de sus parciales se

(13) *Epocas i hechos memorables de la revolucion de Chile.* Mss.

imbuia mas i mas en los principios de independencia.

Hasta entónces la revolucion habia pasado sin marcar una idea fija acerca de sus tendencias; pero desde que se calmó la ajitacion de los partidos, desde que cesaron las cuestiones entre exaltados i moderados, los espíritus habian buscado un miraje, i muchos se fijaron en la independencia absoluta del pais. Nada en realidad se hizo por el triunfo de esta idea, pero se habló algo, i algunos sucesos de aquel año revelan esas inclinaciones.

El aniversario de la independencia de los Estados Unidos fué pomposamente celebrado por el cónsul Mr. Poinsett. El gobierno le abrió las salas del consulado para un banquete, i en él se habló de la independencia de Chile. Con ese motivo publicó la *Aurora* unos versos latinos de Henriquez, en que pronosticaba que el mundo de Colon sacudiria su yugo i romperia sus cadenas; i el mismo periódico habia pedido el 18 de junio una manifestacion esplícita de las ideas revolucionarias. «Comenzemos, decia, declarando nuestra independencia. Ella sola puede borrar el título de rebeldes que nos da la tirania.»

A palabras tan francas, se siguieron en breve otras manifestaciones. El 16 de julio publicó la suprema junta un bando para que todos los empleados usasen una escarapela tricolor, roja, amarilla i azul; i catorce dias despues otro por el cual se permitia a todo ciudadano i hasta a los eclesiásticos el libre uso de esa misma escarapela (14).

Estos decretos guardaban armonia con el espíritu de todos los liberales. Comenzóse a hacer risa de las

(14) Bandos de 16 i 30 de julio de 1812.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Número 1, páj. 2.

Las siguientes instrucciones se hallan entre los documentos del proceso seguido por la corte marcial en Inglaterra al jeneral Whitelocke en 1808. Cuando se escribieron, el jeneral Craufurd estaba en Buena Esperanza. Las he traducido fielmente del orijinal ingles.

« *Dowingstreet, octubre* 30 *de* 1806.

« Señor :

« De los triunfos que han alcanzado las armas de S. M. en las costas orientales de Sur América, i la esperiencia que los habitantes de aquellos paises tienen de la diferencia entre la opresiva dominacion de la España i el benigno i protector gobierno de S. M., lo que debemos estender en el continente sur americano, se espera que una intentona para ganar un punto en las costas occidentales de aquel continente sea afortunada.

« Fijándose en esto, i para abrir i facilitar las relaciones comerciales con el interior, S. M. se ha servido decretar que se embarque alguna fuerza ; i yo tengo la satisfaccion de agregaros que S. M. ha tenido la gracia de escojeros para el mando de esta fuerza; tambien se ha ordenado que acompañe al ejercito una competente fuerza naval a las órdenes del Almirante Murray, con el cual de-

he operar de acuerdo: i estoi persuadido que es inútil esplicaros cuanto depende el buen resultado de la empresa de la mas perfecta armonia i buena intelijencia con aquel oficial.

«La eleccion del rumbo que debe seguirse, sea tomando al oriente por el derrotero de la Gales meridional, o al occidente dando vuelta el Cabo de Hornos, se deja al arbitrio del Almirante Murray; i a vuestra llegada a las costas occidentales de América, debe ser mayor vuestra union para marchar acordes en la prosecucion del plan de operaciones.

«El objeto de la espedicion es la captura de los puertos de mar i las fortalezas, i la total reduccion de la provincia de Chile para lo que es de esperarse, segun los positivos informes que se han recibido, i tambien por la inferencia deducida de los triunfos de Buenos Aires, que vuestra fuerza sea capaz.

«Sin embargo, es necesario deciros que no se quiere que vuestras operaciones pasen mas allá de los límites de Chile, estendiéndolas al Perú o intentando la captura de Lima aunque las circunstancias aparezcan favorables, porque podeis empeñaros en una empresa desproporcionada a vuestros recursos, i puede arriesgarse la pérdida de lo alcanzado en Chile, degracia que materialmente contrariaria los posteriores proyectos del gobierno, para las futuras operaciones en mayor escala, en que vuestra fuerza debe tomar parte.

«Si la espedicion entrase al Pacífico por el Cabo de Hornos, se ha dicho aquí que el mejor lugar de reunion para la flota en caso de dispersion será la isla de la Mocha: en este punto puede el Almirante Murray obrar con arreglo a la estacion del año en que llegueis allí. Siendo Valparaiso el puerto de Santiago, del que se provee principalmente Lima de granos, i sabiéndose por las noticias mas recientes que no tiene medios formidables de defensa parece presentar el lugar mas aparente para vuestro primer ataque. Vuestra determinacion a este respecto debe ser tomada de acuerdo con el Almirante Murray, puesto que la cuestion envuelve algunos puntos de la ciencia naval en lo que toca a los medios de aproximarse a tierra i desembarcar las tropas con la ménos pérdida posible. Comprendereis que el establecimiento de una fuerte posicion militar en la costa occidental de América, que apoye las futuras operaciones, es el objeto principal de vuestra espedicion.

«Si consiguiéseis reducir la provincia de Chile, o una parte de ella, vuestra conducta para con sus habitantes debe ser guiada por los instrucciones siguientes:—La principal consideracion que contuvo a S. M. de invadir una parte del territorio enemigo en América, fué el peligro de exitar en aquel pais, a causa de la bien conocida impaciencia de sus habitantes contra aquel gobierno, un espí-

ritu de insurreccion i de revuelta que llegue a los mayores excesos, i que, si no se presenta una fuerza mui superior, será imposible contenerlo. Para prevenir este peligro, es la voluntad de S. M. que se empleen todos los medios de autoridad i conciliacion sin usar de la fuerza: i que vuestros principales esfuerzos sean siempre diri jidos al mantenimiento del órden interior i tranquilidad de los territorios ocupados por las armas, i jamas a los paises adyacentes. cuando no tengais medios para animar a actos de insurreccion o revuelta, u a otras medidas dirijidas a un cambio que sea para colocar el pais bajo la proteccion i gobierno de S. M.

«Es tambien la voluntad de S. M. que continue, en cuanto sea posible, el mismo órden en lo que toca a los puestos i distinciones de cada clase de habitantes, como hasta ahora han gozado i ejercido, conservándoles la forma del antiguo gobierno, sujeto únicamente a los cambios que la sostitucion de la autoridad de S. M. a la del rei de España, haga inevitables, con respecto a los individuos empleados en la administracion de los negocios de la provincia, o a las leyes i principios por los cuales es gobernada actualmente. Adoptareis, sin embargo, aquellas medidas que os parezcan bien calculadas para arreglar la condicion i conciliar la buena voluntad de los habitantes: entre estas debeis incluir la abolicion del impuesto de capitacion, que al presente grava a los indios, i las diferentes restricciones comerciales i monopolios impuestos por el gobierno español.

«Es la voluntad de S. M. que en la eleccion de las personas que empleeis particularmente en los destinos judiciales i de hacienda, prefirais en todo caso los naturales de la América meridional sobre los españoles; i que cuando propiamente puedan sostituirse aquellos por estos últimos hagais el cambio.

«Es tambien la voluntad de S. M. que todos los reglamentos comerciales establecidos por el consejo privado de S. M. para el comercio de Buenos Aires, segun las copias que se os envian de las dos órdenes del consejo, se estiendan, tan pronto como las circunstancias lo permitan, a todas las otras posesiones que S. M. pueda adquirir en Sur América.

«Pero la parte de nuestra conducta, en caso del triunfo a que aludo, que requiere mayor cuidado es la que concierne a las seguridades que debeis dar a los habitantes por proclamas u otros medios, i al apoyo que ellos deben esperar de la conclusion de la paz. Así no podeis seguir una regla mejor que la seguida por el brigadier Beresford, absteniéndoos de toda declaracion por la cual se empeñe S. M. en algunas condiciones que eventualmente pueda serle inconveniente o dificultoso cumplir. Los habitantes conocerán el objeto con que se haya establecido entre ellos la autoridad de S. M. i juzgarán de la repugnancia con que conservará sus posesio-

nes para manifestar los beneficios de su gobierno: en este concepto ellos deben reglar su conducta; pero no puede dárseles propiamente ninguna seguridad sino es la proteccion, tan pronto como las tropas puedan establecerse en el pais, i el vehemente deseo de S. M. de reglar las condiciones de una paz futura sin darles prueba alguna de despotismo.

«Si tomáseis posesion de Valparaiso i Santiago, u os establecieseis en algun punto de Chile, emplearcis los medios mas prontos posibles para comunicaros con el brigadier jeneral Beresford, i concertar con él los medios de asegurar, por una cadena de puestos, o por otro modo adecuado una no interrumpida comunicacion comercial i militar entre las provincias de Chile i Buenos Aires.

«Tengo el honor de ser etc., etc., etc.

(Firmado) «W. WINDHAM.»

« *Octubre* 30 *de* 1806.

«Señor:

«En el manejo de los gastos de la espedicion, i en caso de un triunfo en la administracion civil de aquella parte de las colonias españolas, que pueden ser ocupadas por las fuerzas de vuestro mando, atendereis del modo que lo permitan las circunstancias, a las siguientes instrucciones, miéntras se os comunican las nuevas órdenes de S. M.—Observareis la mayor economía posible en todo lo que depende de vos, por lo que toca al espendio de municiones, i a los suplementos de dinero que es necesario poner de tiempo en tiempo en manos del comisario agregado a la espedicion, i dareis, por esta razon, informes instructivos a dicho comisario, para que pueda proveeros de los artículos necesarios al menor precio, o jirar billetes o proporcionar suplementos de víveres del modo mas ventajoso, cuidando de no autorizar que se haga ninguna compra, se jire ningun billete, o se invierta ninguna suma de dinero por medio de empréstito, salvo el caso en que la necesidad os sea evidente, i por esta razon seguireis cuidadosamente las instrucciones dadas por los Lores comisarios del tesoro de S. M. al diputado comisario jeneral Bullock, i al diputado comisario jeneral de cuentas Manby, i por tanto las observareis en cuanto os permitan vuestras atribuciones. Es tambien necesario prestar particular atencion a la acta pasada en la última sesion del Parlamento, para el mejor arreglo de las cuentas públicas, cuya copia se os trasmite por esta razon, i particularmente las secciones 8, 9, 10, 12 i 14, que de ello tratan, i las observareis trasmitiendo a los Lores comisarios del tesoro de S. M., o a su secretario o a los auditores de

cuentas públicas, las cuentas como allí se indican, i sin limitarse a los periodos de que allí se habla, así que las circunstancias lo permitan, pero estais tambien estrictamente obligado a exijir, i en consecuencia a trasmitir del mismo modo las cuentas de cualquier empleado, tanto civil como militar, que se hallen bajo vuestra autoridad, anotando cualquier recibo o pago de la hacienda pública; i en esta materia como en cualquier otro asunto de cuentas debeis comprobar las entradas o los espendios con una cuenta del secretario del tesoro.

« En caso de tomar posesion de un puerto o fortaleza de la costa de Chile, i especialmente si os posesionaseis de un distrito considerable se pondrá bajo la proteccion de S. M., i usareis todos los medios que estén a vuestro alcance para conciliar la buena voluntad de sus habitantes, i convencerlos de las superiores ventajas que se derivan de las conexiones con el gobierno británico; por esta razon es altamente importante absteneros de todo ejercicio de las reglas de la guerra, que puedan hacer creer que el objeto del gobierno británico fué el botin i no la proteccion, i a este respecto la liberalidad i amplia proteccion dada a los intereses privados i a la propiedad en la captura de Buenos Aires es altamente recomendable para ser imitada, i esto es tanto mas necesario cuanto que las costas de Sud América han sido atacadas en diferentes tiempos por espediciones de corsarios, cuyas rapiñas no han sido olvidadas, i será indudablemente el principal objeto del enemigo procurar confundir con aquellos el ejército que está bajo vuestras órdenes i las del almrante Murray.

« En seguida debeis absteneros de todo lo que pueda ofender las opiniones relijiosas o usos establecidos de los habitantes, o tiendan a confundir las diferentes clases de su sociedad, o destruir la subordinacion al presente habitual en ellos, excepto únicamente, que cuando sea posible i sin usar de dureza, deis preferencia en todas las ocaciones a ios criollos, o naturales del pais sobre los españoles europeos,

« En caso de encontraros con algunos franceses u otros estranjeros europeos residentes en el pais, estareis particularmente atento a su conducta, i usareis de los medios mas efectivos i espeditos para contrariar sus peligrosos designios, si teneis motivos para sospechar de ellos; i sacarlos fuera del pais si fuese necesario.

« En el manejo de las rentas públicas continuareis empleando aquellos oficiales que encontreis en posesion de los diferentes destinos hasta que se os comuniquen las nuevas determinaciones de S. M., siempre que esteis satisfecho de su buena conducta, reemplazándolos si los creeis sospechosos, por nombramientos temporales, hasta que recibais nuevas instrucciones; en este tiempo conservareis las contribuciones en el presente pié, ecceptuando la

abolicion de la capitacion de indios i algunas reducciones en los derechos de aduana, como se os ha indicado en otra carta.

« El trabajo de las minas continuará en su presente estado, i se atenderá al interes de S. M. del mismo modo que hasta ahora se ha atendido al del rei de España, eceptuando solo que dareis las órdenes para mejorar la condicion de los indios i negros empleados en ella del modo que os dicte vuestra razon: i que prohibireis estrictamente la importacion de esclavos para ellas o cualesquiera otros trabajos conforme a la proclama de S. M. para regular el gobierno de Buenos Aires, a la que os sujetareis en todos casos, tan pronto como los podais aplicar a alguna de las plazas que hayan caido en vuestro poder.

« Las sumas que entren de las rentas públicas serán aplicadas en primer lugar a los gastos necesarios del gobierno civil, i en segundo lugar a los gastos del ejército que está a vuestras órdenes; por cuya razon las sumas necesarias serán decretadas por vos al diputado jeneral de pagos, como tambien las subsistencias i suplementos necesarios a la escuadra de S. M., que se hacen bajo el mando del almirante Murray, i los sobrantes que resulten despues de estos pagos, los reservareis poniéndolos a disposicion de S. M. Las cuentas de estas diferentes aplicaciones deben ser trasmitidas regularmente ya sea por vos o por vuestros oficiales empleados en ellas, para el exámen i final revisamiento de los comisionados de cuentas públicas, del modo arriba indicado.

Dareis de concierto con el almirante Murray las órdenes necesarias para fomentar el comercio de cabotaje de la provincia i sus relaciones con el Perú, asi que las circunstancias os lo pidan; en este punto no se os pueden dar instrucciones exactas; pero seria mejor promover los intereses del gobierno británico, que su comercio sea protejido i quede abierto, i ya nointerrumpido por el enemigo—1.° Para procurar los medios de fomento a las producciones de aquella provincia, i principalmente a la agricultura, i al recibo de los retornos que es necesario mantener para la circulacion i comercio—2.° Para alentar la introduccion de mercaderías inglesas al Perú de los puertos de Chile, que pueden ser con el tiempo los lugares de depósito de un comercio considerable—3.° Para que esta conducta subministre oportunidades de manifestar a los peruanos las ventajas de las relaciones con los ingleses, disponiéndolos para favorecer las medidas que se tomen para echar por tierra al gobierno español.

« Debo agregaros que en ningun caso debeis conceder o autorizar para que se concedan donaciones de tierras o licencias para que se ocupen, sin especiales instrucciones de S. M.

« Tengo el honor de ser etc., etc.

(firmado) «W. WINDHAM.»

Número 2, páj. 4.

« ....Tan luégo como supo el gabinete de Madrid la ocupacion de Buenos Aires por una espedicion ing'esa al mando del Jeneral Beresford en 1806 ordenó al capitan jeneral de Chile don Luis Muños de Guzman, que pusiera el reino (así se llamaba en esos tiempos) en estado de resistir cualquiera invasion que se intentara por los ingleses. Para cumplir con esta órden, dispuso entre otras cosas, que se disciplinasen las milicias de Santiago, comenzando por la instruccion teórico-práctica de los oficiales. Existia entónces el rejimiento de Infanteria del rei compuesta de dos batallones, i un batallon que se llamaba de Pardos, i tomó despues que comenzó la guerra el nombre de Infantes de la Patria, i dos rejimientos de caballeria compuesto de la jente de los suburbios i quintas inmediatas a la ciudad.

« La instruccion del rejimiento del rei fué confiada a su sarjento mayor don Tomas O'Higgins, excelente oficial que habia servido en el rejimiento de Usbonia. i hecho la campaña de los Pirineos contra el ejército de la república francesa. Reunia todos los dias en su casa toda clase de oficiales de capitan abajo, i despues de las lecciones teóricas sobre el servicio les hacia ejecutar bajo sus órdenes todas las evoluciones de táctica hasta los fuegos en los diferentes accidentes que pudiera ofrecerse a una compañia o batallon. Instruidos los oficiales pasaron estos a disciplinar las clases de sarjentos i cabos, i despues la de la tropa que se reunia diariamente en el basural (hoi plaza de abastos) desde la madrugada hasta las 10 de la mañana, i desde las 4 de la tarde hasta que se ponia el sol.

« Para enseñar el servicio de campaña, se mandó construir un campamento en las Lómas poco mas de una legua de Santiago conforme a las reglas de la castramentacion i con la capacidad de poder acampar cómodamente una division de mil hombres de todas armas, que estuviese al frente del enemigo.

« En el mes de setiembre de 1806 caminaron para el campamento 400 infantes del rejimiento del rei; como 100 artilleros con sus respectivas piezas i 400 soldados de caballeria, mitad del rejimiento del principe i mitad del de la princesa con sus oficiales i planas mayores de los tres rejimientos. El jeneral en jefe de esta division era el capitan jeneral que iba casi todos los dias al campamento, i en su ausencia mandaba el campo uno de los coroneles acampados que alternaban entre sí como jenerales de dia.

« Después de un mes de servicio activo de campaña hecho con la puntualidad i vijilancia como si el enemigo estuviese al frente,

regresaba esta division a la ciudad para ser reemplazada con otra de igual fuerza i de la misma arma. Quedaban solamente en el campamento las planas mayores, las que no se retiraron hasta que se levantó completamente el campo.

«No puedo omitir un episódio curioso hablando de este campamento. A fines del primer mes de disciplina quiso el capitan jeneral que se diese un simulácro de batalla entre las tropas acantonadas i otras que debian venir de la ciudad a desalojarlas. No sé si hubo plan de ataque o de defensa, i mas bien creo que no lo hubo porque jamas oí hablar de él. Salió pues de la ciudad una columna como de 307 infantes, dos compañias de dragones de la frontera i algunas compañias de caballeria al mando, sino estoi equivocado, del sarjento mayor de plaza don Juan de Dios Vial.

«Luego que se supo en el campamento que se habia puesto en marcha la columna agresora se mandó colocar en el camino una pequeña emboscada como de 40 hombres de infanteria detras de una arboleda, con la órden de hacer fuego, cuando pasase a su frente la columna en marcha. Esta que no tenia la menor noticia de tal emboscada cuando siente el fuego (sin bala) sobre su flanco se sorprende primeramente, i viendo la poca jente que le habia desordenado la cabeza, carga con todas sus fuerzas sobre la emboscada, la dispersa, maltrata i quedan algunos heridos i un muerto. Se dijo en el campamento que los soldados de caballeria habian sacado sus lazos, i tomando los estremos dos de ellos hacian ronda a los dispersos i los volcaban de espaldas. El resultado fué que la mayor parte de ellos, mui mal parados, muchos con contusiones i todos jurando vengarse de los agresores, en circunstancias que las tropas del campamento estaban armándose para recibir la columna, i con estas impresiones se incorporaron en la formacion.

«La tropa acantonada se formó en batalla fuera de las líneas del campamento, i cuando la invasora se formaba tambien a su frente, mandó el sarjento mayor O'Higgins cargar las armas. Era yo ayudante mayor del rejimiento del rei, i me hallaba al lado del sarjento mayor, cuando adverti que muchos soldados arrancaban los botones de su chaleco o casaca i los echaban dentro del fusil. Lo avisé inmediatamente al mayor, quien vió tambien hacerlo a algunos otros. Concluida la carga, mandó descansar sobre las armas, i fué en persona a dar parte al coronel don Domingo Diaz Muñoz que estaba al lado del capitan jeneral. Se habló de que aunque no alcanzasen los botones a ofender a la tropa opuesta, pero que conocida la intencion de la del campamento, era de temerse que algunos se hubiesen proporcionado piedras, o dejasen la baqueta dentro a la segunda carga.

«El capitan jeneral mandó entónces que la tropa acampada

volviese a su campamento, i la de la ciudad regresase, despues de dar un descanso a la tropa, sin romper las filas.

«Duró cuatro meses el campamento, en el que alternando, aprendieron el servicio de campaña las milicias de Santiago, i en enero del año 8 fué abandonado enteramente.

«Un año entero estuvieron disciplinándose oficiales i tropa, i esta iniciacion de nuestra juventud en el arte de la guerra exaltó su fantasia; i comenzaron a oirse conversaciones mas o ménos atrevidas sobre independencia. I la opinion pública comenzó a pedir enérjicamente lo que hoi llamamos 18 de setiembre.

«F. A. Pinto.»

Número 8, páj. 25.

Desde los primeros años de la revolucion se culpó al gobierno de haber tomado parte en el apresamiento de la fragata *Scorpion*, i se dió a este suceso su verdadera importancia para el desprestijio de la administracion colonial. Hé aquí lo que dice el P. Martínez en su «Memoria histórica de la revolucion de Chile,» páj. 20:

«De este hecho no solo era sabedor i consentidor el jefe, sino que es opinion pública que recibió su cuantioso regalo, i lo que no tiene duda es que todos los armadores eran de la tertulia i amistad de palacio en donde se fraguó i maquinó toda la trama de la *Scorpion*. El comun de las jentes llevó mui a mal este hecho, i con él se redobló el número de enemigos del gobierno, pues la muerte del capitan ingles i aun la de todos los marineros se aseguraba fueron sin necesidad supuesto que los pocos ingleses desarmados que saltaron en tierra se rindieron desde luego al verse rodeados de mas que cuadruplicado número de españoles armados i prevenidos, pero el desórden i la esperanza en la proteccion de Rozas, que es lo mismo que decir del gobierno, los ponia a cubierto de toda resulta. Los mas sensatos decian que el gobierno debió i pudo ejecutar la aprehension de dicho buque con utilidad del erario; pero yo prescindo de dar sentencia en tales hechos i solo las noto de motivos de discordia i ajenos de los tiempos en los cuales mas importaba la prudencia i la buena política que todas estas contiendas.»

En un informe pasado por el cabildo al rei en 7 de agosto de 1810, sobre las causas que produjeron la obligada renuncia de Carrasco, se encuentran los cargos siguientes:

«2.º A poco tiempo ocurrió lo de la fragata *Scorpion* al mando de su capitan Tristan Bunker. Tuvo las mejores proporciones para descomisarla de cuenta de S. M., como se reconocerá del espediente que debe existir en la secretaría del superior gobierno i de otros documentos que hasta ahora no ha contradicho el nominado señor ex-presidente, i sin embargo comisionó a varios particulares que se hiciesen dueños de este cargamento, lo que ejecutaron asesinando i robando impiamente a sus dueños, despues de haberlos atraido donde ellos estaban protestándoles con afectada sinceridad la seguridad de sus individuos, i suponiéndose marqueses, para con esta recomendacion lograr mejor su engaño, i si hemos de asistir a la voz jeneral, tuvo dicho señor parte de la presa en un cuantioso regalo que recibió.

«3.º Este cruel atentado se cometió cuando ya en todo el reino se sabia la alianza de la Gran Bretaña con nuestra España i la jenerosidad con que se le auxiliaba para sostener la guerra contra la Francia. Por este motivo i el de precaver la defraudacion de la real hacienda, ofició inmediatamente la administracion jeneral de la real Aduana al señor presidente para que se consignase aquel cargamento hasta dar cuenta al rei i saber su soberana resolucion. Lo mismo exijió verbalmente el teniente coronel don José Santiago Luco; pero todas estas prevenciones se despreciaron por el señor presidente e hizo ejecutar prontamente el reparto de aquellas presas.

«3.º Desde entónces seis o siete individuos, los ajentes e interesados en este negocio aborrecidos de este honroso pueblo por la cruel muerte que dieron a su capitan i despojo de la real hacienda, han formado su corte, han llenado su confianza, i con el mayor orgullo han hecho frente a este pueblo, distinguiéndose con el nombre de Escorpionistas.»

En un folleto impreso en Cadiz en 1811 con el título de «Motivos que ocasionaron la instalacion de la junta de gobierno en Chile,» se acusa a Carrasco de haber protejido el apresamiento de la *Scorpion*, despertando de este modo el principio revolucionario.

«A su llegada le rodearon todos los hombres de bien, pero empezaron a separársele por la concurrencia de los viciosos i desacreditados, que al principio con reserva, i despues descaradamente tenian una familiaridad i confianza de que se habria desdeñado cualquiera persona de mediano pundonor. Estos indignos satélites hallaron un vasto campo a sus operaciones. Empezaron por un crímen que hizo jemir a la humanidad, i nuestras costas fueron manchadas por la sangre de unos negociantes estranjeros, que fiándose de la fé i de la gratitud, fueron impiamente asesinados i robados. La atrocidad i el horror que inspiró a las jentes del pais, obligó a sus autores a seguir una conducta conforme a tales principios.»

Entre los documentos manuscritos que he tenido a la vista para la relacion de este suceso es el mas importante la protesta de la tripulacion. Júzguese por el estracto siguiente:

Santiago de Chile, noviembre 18 de 1808,

«Sabed que los infrascritos Juan Eduardo Wollester, sobrecargo de la fragata *Scorpion*, capitan el finado Tristan Bunker, actualmente anclada en el puerto de Valparaiso, Guillermo Kennedy primer piloto; Isaac Ellard segundo piloto, certificamos i decimos que la fragata *Scorpion* i su cargamento pertenecian a varios mercaderes de la ciudad de Lóndres, i salió de Inglaterra el 6 de marzo último, que traia un viaje comercial en el Océano del sur i Pacífico, en donde habia negociado anteriormente i vuelto a Inglaterra, que en el mes de mayo arrivamos a las islas de Falkand, sacamos bandera americana, hicimos aguada i salimos, que en el mes de julio arrivamos al puerto de Topocalma en la costa de Chile, en donde el finado recibió una carta de cierto doctor Henrique Faulkner, que es ingles o americano de nacimiento, i avecindado en un lugar de la costa llamado Quillota, fechada dos meses atras; sobre un contrato hecho por el antedicho doctor i el finado en su viaje anterior, en que le informaba del estado del mercado en las costas de Chile, i de las esperanzas de hacer rápidas ventas, que el finado le escribió una carta al doctor instándole a venir a bordo de la fragata *Scorpion*, que vino al poco tiempo permaneciendo a bordo dos dias, i que volvió a tierra llevando las muestras de nuestro cargamento, conviniendo con el finado que volveria al mismo puerto de Topocalma el dia 25 de setiembre, que salimos de dicho puerto costeando hácia el norte hasta el 11 de setiembre en que entramos a Coquimbo, que estando allí anclados divisamos una vela»

nos preparábamos para la accion cuando le dimos alcance, lo hicimos fuego, siguió lijero, echamos al agua nuestros botes en su persecucion i tomamos posesion de ella; resultó ser un lugre llamado *Napoleon I*, capitan Antonio Iglesias, que venia de Lima a Valparaiso con un pequeño cargamento de azúcar de la que nosotros tomamos algunos panes i un pequeño anclote, ofreciéndole al mismo tiempo pagarle estas especies, lo que rehusó el capitan, que el finado dió al capitan español un certificado con todas las circunstancias de la captura, i lo dejó irse, que del dicho puerto salimos para Topocalma, i llegamos el 25 del mismo mes; en la tarde percibimos las señales de fuego, como estaba convenido con Faulkner, por los cuales supimos que ya estaba allí.»

Sigue luego la relacion como se halla en el testo de la historia, con la sola falta de algunos detalles que he tomado de otras fuentes igualmente exactas. Al concluir dice así:

«Nosotros cuyos nombres están abajo, aseguramos i decimos que durante nuestra permanencia en Santiago hemos sido informados que este plan fué tomado algun tiempo despues de llegada la noticia del armisticio a consecuencia de la declaracion de guerra de España a Francia, i que la comision dada a José Medina i Joaquin Echeverria está fechada el 30 de setiembre de 1808, segun aparecerá en las copias de los procedimientos de este gobierno para con la fragata *Scorpion*, en cuyo apoyo hacemos nuestra protesta.»

Número 4, páj. 75.

Los documentos que siguen fueron citados por el padre Martinez en su «Mem. hist. etc.» pero no se rejistran entre sus documentos. Yo los saco del tomo 8.° de manuscritos de la Biblioteca Nacional, folios 50 i 51.

CIRCULAR.

«Mui señor mio i dueño de todo mi aprecio: En esta capital ha habido sus novedades de consecuencia, que obligaron al señor Carrasco a hacer dimision de la presidencia, que ha recaido por ministerio de la lei en el señor conde de la Conquista como brigadier mas antiguo: con esto estamos en alguna tranquilidad, habiendo

cesado los alborotos i perturbaciones que nos han ajitado i puesto en bastante cuidado. Para precaver otras en lo sucesivo, i continuemos viviendo en paz, he acordado con los individuos de este ilustre ayuntamiento, i los vecinos de mas suposicion de esta capital el hacer una protesta al tribunal superior de la real audiencia en los términos que comprenderá Ud. por la adjunta copia que se me ha encargado dirijir a los párrocos de las villas cabeceras para que de acuerdo con los señores subdelegados procuren la suscriban sus vecinos. He de estimar a Ud. practique esta dilijencia con empeño i prontitud recojiendo cuantas firmas pueda de los vecinos de esa villa, i demas personas de representacion de ese curato, i que me la devuelva con la mayor brevedad posible para presentarla a la real audiencia con las demas que he circulado, i la que se ha hecho por el vecindario de esta capital. Quedo celebrando la buena salud de Ud., i todo a su disposicion deseoso de servirle i complacerle en todo lo que por acá ocurra en su obsequio, i de que Nuestro Señor guarde su vida como se lo pide su afectísimo servidor i capellan Q. S. M. B.—*José Santiago Rodriguez.*»

PROTESTA.

«Los mui leales, buenos i honrados servidores de esta villa que abajo firmamos, deseosos de dar una prueba nada equívoca de nuestro verdadero patriotismo i del respeto i veneracion con que miramos la sagrada persona de nuestro augusto soberano, la constitucion del estado i las santas leyes bajo cuya influencia han vivido nuestros padres i abuelos, de las que no nos es permitido, ni es nuestra intencion apartarnos por ninguna causa, pretesto o motivo, tanto porque así cumplimos con el juramento que tenemos hecho como por que de otra suerte no podemos ser felices: evitando por este medio los designios de ambicion, odio i avaricia que pudieran concebir algunos pocos, queriendo innovar el órden establecido por la lejítima potestad a quien siempre hemos obedecido; i deseando tambien que ésta no decaiga de su autoridad, ni se degrade por sorpresa o acaloramiento de una parte del pueblo que suele tomar el nombre de todo el vecindario para sus miras i fines particulares mui distantes de la felicidad pública i seguridad individual que ahora disfrutamos, i temeriamos perder en cualquier otro sistema o peligrosa innovacion; por estas consideraciones i otras infinitas que a nadie se le ocultan, protestamos bajo nuestro honor i conciencia i la sagrada relijion del juramento que ratificamos, que seremos constantes, leales i fieles a nuestro mui amado rei i señor i al gobierno que lejítimamente lo represente, no admitiendo ni consintiendo las peligrosas innovaciones i novedades que se han intentado en otros puntos de esta América sin otro fruto ni provecho que la desolacion i la muerte que han padecido los culpables o inocen-

tes i todos los demas ciudadanos útiles i honrados, que en estas circunstancias sufren las más horrorosas estorciones, vilipendios i violencias en que los malvados encuentran su aparente i momentánea felicidad, i para que se logren nuestras justas i buenas intenciones i la públ ca tranquilidad que tanto apetecemos, i es inseparable de la fidelidad i obediencia a las autoridades lejítimas, ponemos a disposicion del supremo gobierno i tribunal de la real audiencia nuestras personas, bienes, arbitrios i facultades.»

Número 5, páj. 108.

Excelentísimo Señor:

«La variedad de opiniones sostenidas con ardor sobre la crisis actual de los negocios públicos, habria hecho desaparecer la tranquilidad del pueblo mas fiel sino se hubiese adoptado el pensamiento de colocar a toda la nobleza, i diputados de las corporaciones, para deliberar el medio mas oportuno a fijar la quietud comun. El dia 18 de setiembre de 1810 será el mas glorioso en los fastos de la historia de Chile. La asamblea majestuosa de 500 vecinos congregados en el gran salon del real consulado presentaba hoi toda la dignidad de que se revisten las almas libres i jenerosas, cuando desprendidas de las pasiones se identifican al bien jeneral. Las aclamaciones unánimes de este congreso magnífico (sin que se singularise un voto) decretó la necesidad de instalarse una junta provisional que en nombre del señor don Fernando VII gobernase este reino; i en el momento quedó establecida, juramentada, i admirada del pueblo, con las demostraciones mas espresivas de su gozo.

«Los vocales son el excelentísimo señor Conde de la Conquista presidente.

«El Illmo. señor obispo de esta diócesis doctor don Juan Antonio de Aldunate.

«El señor consejero don Fernando Marquez de la Plata.

«El señor coronel de Milicias don Ignacio de la Carrera.

«El doctor don Juan Martinez de Rozas.

«El señor coronel don Francisco Javier de Reina.

«El señor maestre de campo don Juan Henrique Rosalez. Sus secretarios, los doctores don Gaspar Marin i don José Gregorio Argomedo, ambos con voz afirmativa.

«El tratamiento de la junta en cuerpo i de su presidente en particular es el de exceletísima. Los demas vocales el de señoría hallándose corporados i fuera de este caso ninguno.

«El deseo de participar a V. E. esta noticia me hace tomar la libertad de ponerle esta, al momento mismo de concluirse tan digna obra (que solo ha durado cinco horas) sintiendo por la cor-

tad del tiempo no poder instruirle de las facultades de la junta, que pienso en todo se nivela por la instalada en esa capital.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Santiago de Chile 18 de setiembre de 1810.»

Oficio del Cabildo de Santiago a la Junta de Buenos Aires.

«Nada es tan satisfactorio al hombre como ver uniformadas sus ideas a las de aquellos que se distinguen por su ilustracion i patriotismo. I cuando este cabildo recibe el oficio de V. E. de 30 de agosto último tiene el honor de participarle que en el dia 18 del corriente se instaló la junta provisional, cuya acta acompañamos.

«Los antecedentes que precedieron a esta instalacion pudieran haber causado el temor de algun acontecimiento sensible, si los ajentes que conspiraban contra los derechos del pueblo no hubieran cedido contra las persuasiones de la lejitimidad con que se procedia.

«La aclamacion jeneral de 450 nobles reunidos en la asamblea mas digna manifestó el voto comun de esta capital, con que se empeñaba en afianzar su seguridad; i al punto que se proclamó el establecimiento de la excelentísima junta de gobierno, la quietud i gozo universal de los habitantes de Santiago pusieron silencio a las débiles turbulencias, excitadas en los dias anteriores por algunos hombres, que despues se rindieron francamente a la opinion jeneral del pueblo.

«La junta ha sido reconocida por los majistrados, jefes de las corporaciones i militares. La real audiencia que le prestó tambien el juramento de fidelidad, ha circulado a todo el reino una proclama exhortatoria a la obediencia: i sin este paso ya se ha reconocido la junta en las provincias, a donde ha podido llegar la noticia de su instalacion. Chile descansa en la sublime gloria de su tranquilidad: i se promete perpetuarla, cuando estrechando sus relaciones con V. E. pueda añadir a los recursos con que se prepara contra cualquiera invasion, las luces i auxilios de la jenerosa e inmortal Buenos Aires.

«Es mui respetable la garantia de V. E. para no contar con la de la Gran Bretaña, que admitiremos con la mayor gratitud, dignándose V. E. instruirnos del sistema que adopten los ingleses en las circunstancias, i de las demas prevenciones que V. E. juzgue mas oportunas i condocentes a la conservacion i prosperidad de estos dominios para el mejor de los monarcas.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Santiago i setiembre 30 de 1810.—*Agustin de Eyzaguirre—José Nicolas de la Cerda—Diego de Larrain—Pedro José Prado Jaraquemada—Justo Salinas—Ignacio Valdez i Carrera—Francisco Diaz de Arteaga—José Joaquin Rodriguez Zorrilla—Francisco Ramirez—Francisco Antonio*

Perez.—Pedro José Gonzalez Alamos—Fernando Errazuriz—El Conde de Quinta Alegre—José Miguel Infante, procurador jeneral:»

Número 6, páj. 226.

Despedida que hace el señor Mackenna a los habitantes de Valparaiso.

«Ciudadanos: cuando la patria me llama a su servicio, es un deber mui sagrado el obedecerla. Nada hai mas dulce ni mas conforme a mis sentimientos que la necesidad de emplearme en las presentes utilidades de la América. Ni las tareas de la nueva comision que se me ha confiado, ni la temeridad de un déspota rayano tolerado injustamente, ni la indocilidad de razon de algunos hombres egoistas i rudos; en fin, nada podrá arredrarme en la crísis actual de este reino, hasta que vea consumada la obra justa de su sistema, adoptado por los principios mas legales de la monarquía española. Parece que la Divina Providencia quiso descargar sobre Chile el peso de su justicia; uniendo al azote de la guerra otras calamidades políticas; la cábala, la intriga, i la diverjencia de opiniones lo cubrian de dolor i amargura; pero mirándolo con clemencia, solo intentó purificarlo, mas no oprimirlo. Los sucesos del 1.º de abril i 4 del corriente son los testimonios que convencen esta piadosa creencia. Por eso hemos visto nacer los bienes al lado de los males; i establecidos con majestad los fundamentos de la futura felicidad de este pais en los momentos mismos de sus desgracias. Ciudadanos, ya teneis libertad i gobierno a poca costa: ya desapareció este monstruo de la anarquía, que tenia sumerjidos los pueblos en la inaccion i en la mas vergonzosa apatia. Vuestra seguridad se ha conseguido de un solo golpe: apénas resta consolidar vuestros sentimientos con los de todo el continente para que seais el modelo de la enerjia, de la jenerosidad i patriotismo. Yo me separo de vosotros, pero no de vuestro mérito. El concepto que debeis a la capital, os distingue con una gloria tan preferente, que solo puede avaluarse en el precio de una eleccion tan acertada, como se ha hecho por la opinion pública en la digna persona de mi sucesor, que va a tener la dicha de rejiros. No olvideis las lecciones de confraternidad i leal correspondencia que os dejo. Sabed que os ama *Mackenna*.—Valparaiso 8 de setiembre de 1811.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

HISTORIA JENERAL

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE.

CAPITULO I.

I. Predisposicion del virrei Abascal contra la revolucion de Chile.—II. Antecedentes del jeneral Pareja.—III. Se le encarga la pacificacion de Chile.—IV. Comienza a organizar un ejército en Chiloé.—V. Lo engruesa en Valdivia.—VI. Desembarca en San-Vicente.—VII. Accion de Chepe i toma de Talcahuano.—VIII. La traicion de los jefes militares entrega a Pareja la ciudad de Concepcion.—IX. Manda alcanzar los caudales de la tesorería, i hace jurar la constitucion española.

I. La revolucion prendió facilmente en todas las provincias hispano-americanas: solo en el Perú se mantuvieron firmes los celosos defensores de los derechos del rei, sofocando la insurreccion en unos puntos, combatiendo a los ejércitos insurjentes en otros, i organizando por todas partes los elementos i recursos para una larga lucha.

El virrei Abascal, que allí mandaba, era uno de

esos hombres que no se dejan abatir por los contrastes. Habia puesto el hombro a la atrevida empresa de sofocar el espíritu revolucionario en las provincias vecinas, i debia acometerla por todos medios, sin temer a las fatigas consiguientes.

La revolucion de Chile llamó con preferencia sus miradas. Parece que sospechaba la futura importancia del movimiento revolucionario; desde el dia de la instalacion de la primera junta gubernativa habia vijilado paso a paso su política, i el desarrollo de ésta lo indujo a proferir severas amenazas. En un oficio en que exijia de la junta de Santiago el reconocimiento de la constitucion de Cadiz decia al concluir: "Admitan UU. la constitucion nacional, de que acompaño un ejemplar, i que con inesplicable placer i júbilo acaban de jurar los pueblos españoles, i entre ellos esta inmortal e insigne capital que tengo el honor de mandar: condenen UU. a las llamas i a un eterno olvido la que estan para adoptar i tienen puesta a exámen, como un eterno padron de ignominia i el mas feo borron de la fidelidad del reino; i cuenten UU. con cuantos ausilios pueda i deba prestar: de lo contrario las tropas reales, que puestas al norte de este virreinato deben descansar ha mucho tiempo en la capital de Quito, i las del sud, que posesionadas ya del Tucuman continuaran estrechando la infiel capital del Rio de la Plata, dejando quieto i tranquilo el Perú, se abriran en mui breve paso por esas cordilleras, que consideran UU. inaccesibles; i tomando sus victoriosas banderas bajo su proteccion a esos inocentes i desgraciados pueblos, acabaran con

los ambiciosos usurpadores i tiranos que los oprimen (1)."

I no debia quedar en amenazas únicamente. Abascal proyectaba la invasion de Chile con un ejército, i solo la escasez de recursos i de hombres a que lo reducia la guerra del Alto-Perú lo habia separado de sus propósitos. Por fortuna de su crédito, se le presentó un militar de talento i ciencia que se prometia conquistar a Chile sin mas ausilios que un cuadro de oficiales, i algunos miles de pesos.

II. Ese militar se llamaba D. Antonio Pareja. Contaba en aquella época cincuenta i seis años, cuarenta de los cuales habia empleado en el ejercicio de las armas, en mar i tierra. Su cuerpo conservaba una honrosa herida que recibió en el famoso combate de Trafalgar, i en su pecho llevaba la venera del órden de Santiago; si su salud estaba quebrantada a causa de los años i de los padecimientos de la guerra, su ánimo conservaba la virilidad i nervio de la juventud.

Pareja pertenecia a una familia que produjo a los Alcalá Galiano i a otros muchos marinos ilustres de la España: estaba ésta establecida en un villorio a inmediaciones de Medina-Sidonia, cerca de la costa de Cadiz. A los quince años de su edad se alistó entre los guarda-marinas de la escuadra, i en las campañas de Arjel, Melilla, Ceuta i Oran, en que se distinguió, alcanzó un honroso ascenso. El bloqueo de Gibraltar, i ataque de las flotantes, el

(1) *Nota del virrei Abascal a la junta de Santiago.* Lima 19 de octubre de 1813. Mss.

sitio de Tolon, con la escuadra combinada de España e Inglaterra, i la toma de las islas de San-Pedro i Antioco le valieron el grado de capitan de fragata.

Con este grado i al mando de la *Perla* se halló en el desgraciado combate del cabo de San-Vicente: ascendido despues al de capitan de navio mandó el *San-Agustin* i el *Príncipe-de-Asturias.* Mas tarde tomó el mando del *Argonauta,* hermoso navio de tres puentes i de 92 cañones, i a su bordo combatió heróicamente en Trafalgar: de los setecientos noventa i ocho hombres que formaban su tripulacion perdió trescientos entre muertos i heridos, i el casco quedó tan maltratado en el combate que se fué a pique el dia siguiente. Esto solo formaria el elojio de su denuedo en la refriega si no hubiese recibido una grave herida.

Pareja era entónces uno de los marinos españoles de mas renombre i gloria. En pago de sus buenos servicios fué ascendido a brigadier, i en 1808 contribuyó eficazmente a la rendicion de la armada francesa en Cadiz, i alcanzó el mando de la escuadra lijera de la isla de Leon.

En esa época la rejencia española comenzó a temer seriamente por la tranquilidad de sus colonias de América. El espíritu de insurreccion podia asomar i cundir facilmente, i para contenerlo era preciso ocupar en los puestos militares hombres espertos i entendidos, capaces de cortar el mal a tiempo. Con este objeto confió al brigadier Pareja, en 26 de julio de 1810, el mando militar i político de la provincia de Concepcion de Chile.

III. CuandoPareja llegó al Perú, esa provincia no obedecia ya a los decretos de la rejencia española. El virrei, que seguia una correspondencia secreta con varias personas de Santiago i Concepcion, estaba al corriente del estado de Chile, i lo detuvo allí por algun tiempo.

En Lima se impuso Pareja, por las comunicaciones de Abascal, del rápido vuelo que tomaba la revolucion de Chile. En ellas le esplicaban sus ajentes la escasez de recursos militares que se esperimentaba, i las rivalidades que tenian divididos a los corifeos del movimiento. De su lectura infirieron ámbos que era una empresa fácil la organizacion de un ejército en Valdivia i Chiloé, i la reconquista de todo el pais.

Desde luego Pareja fué nombrado comandante jeneral de Valdivia i Chiloé; con este título disimulado se pensaba ocultar al gobierno de Santiago el verdadero objeto de la proyectada espedicion. Debia organizar una division invasora en aquellas provincias, i pacificar todo el pais publicando completo olvido de las anteriores disidencias.

Pero el Perú no podia facilitarle los ausilios necesarios para la empresa. Abascal le dió únicamente la cantidad de cincuenta mil pesos, i le facilitó cinco embarcaciones para el transporte de las tropas: las tesorerías de Chiloé i Valdivia debian tambien suministrarle todos sus fondos.

En cumplimiento de su encargo, Pareja comenzó desde luego los aprestos necesarios para la organizacion del ejército. El Perú tenia entónces muchos militares esperimentados en la instruccion

de milicias, i de entre ellos pensaba formar la base veterana del ejército pacificador. Para esto estableció una nueva dotacion, i ascendió a sarjento mayor al teniente don José Rodriguez Ballesteros, que debia disciplinar el batallon de Chiloé, i nombró ayudante del mismo cuerpo a don José Hurtado, de la asamblea veterana de Lima (2). Tomó tambien cincuenta soldados para repartirlos en los cuerpos invasores.

Tan reducidos aprestos no pedian mucho tiempo. Pareja, activo de carácter, los hizo en mui pocos dias: estaba convencido de la necesidad de obrar con prontitud, i queria aprovecharse de la estacion de verano, ántes que las lluvias viniesen a retardarlo en Chiloé i Valdivia. Con este deseo zarpó del Callao el 12 de diciembre de 1812 (3).

IV. La navegacion fué corta, i por tanto favorable a sus propósitos: arribó a Chiloé el 18 de enero sin averia alguna, i desde luego se hizo reconocer de comandante jeneral. Ocupaba el gobierno de la provincia un militar habanero de fidelidad i decision, el teniente coronel don Ignacio Justis, quien se apresuró gustoso a suministrarle cuantas noticias necesitaba, i todos aquellos recursos que estaban en sus manos.

Impúsose Pareja con brevedad del estado de las milicias i de los fondos de la real hacienda. Aquella tesorería pudo facilitarle mas de doscientos mil pesos, i las milicias estaban arregladas bajo un buen

(2) Ballesteros. *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*. Cap. I. Mss.

(3) *Relacion de los méritos i servicios del coronel Ballesteros* Mss.

pié. El sarjento mayor Ballesteros fué encargado de disciplinar todas las de la provincia i con ellas debia formar un batallon de ochocientas plazas, agregando a él la asamblea veterana que llevaba desde el Perú.

Estos no eran todos los recursos que podia sacar de allí. Chiloé poseia tambien entónces cinco compañías de tropa de línea, i una brigada de ocho piezas de artillería. Pareja las aprovechó, confiando las primeras, despues de alguna vacilacion, al capitan don Cárlos Oresqui, i al teniente don Tomas Plá el mando de ésta, habiendo montado su dotacion a 120 hombres.

El jeneral comenzaba sus aprestos estimulando a los jefes subalternos con rápidos ascensos; de este modo queria suplir la notoria escasez de hombres de importancia que hasta aquel tiempo sufria. En los momentos de abrir una campaña aventurada, Pareja no se desalentaba por esas pequeñas continjencias, i con una decision mayor de la que podia esperarse de su avanzada edad, velaba cuidadosamente por los aprestos necesarios de la espedicion.

Su anhelo por activarla fué mas allá todavía. Inmediatamente despues de su arribo a Chiloé despachó para Valdivia al Ministro de la real hacienda don Juan Tomas Vergara, i al teniente coronel don Ignacio Justis: debian anunciar a las autoridades políticas i militares de la provincia la próxima espedicion que iba a invadir a Chile, i procurar los preparativos de tropas i víveres.

Con tanta actividad su permanencia en Chiloé

fué corta. El mayor Ballesteros puso en veinte i un dias en buen pié de guerra a los voluntarios de Castro, como se llamó a las milicias, i los otros jefes no estuvieron en breve ménos adelantados en sus trabajos. El jeneral Pareja, para dar a la tropa una garantía de la puntualidad con que debian hacerse los pagos, decretó que la tesorería provincial cubriese a las familias de la jente de su ejército las asignaciones correspondientes a sus sueldos respectivos. Despues de esto fijó los dias 12 i 13 de marzo para el embarque de la tropa: la division espedicionaria contaba entónces cerca de mil cuatrocientos hombres (4).

V. No se condujo con menor actividad en Valdivia. Sus comisionados Vergara i Justis habian animado el espíritu público ántes de su arribo en favor de la espedicion, i las autoridades de la provincia se prestaron gustosas a suministrarle los recursos con que podia contribuir la plaza en aquella campaña.

Estos fueron considerables. La provincia de Valdivia mantenia un batallon fijo de infantería veterana, i una brigada de artillería bien montada. Ambos pasaron inmediatamente a engrosar su ejército. Mandaba el primero el sarjento mayor don Lucas Ambrosio de Molina, militar tan fiel como valiente, i la segunda, compuesta de doce ca-

(4) Formados de los cuerpos siguientes:

Batallon veterano	450
Voluntarios de Castro	800
Artillería	120
Total	1370

ñones, el teniente coronel don José Berganza. Con ellos el ejército montaba a dos mil setenta hombres (5).

El tren i municiones correspondian al ejército. Valdivia era una plaza bien guarnecida, que poseia bastantes elementos de guerra, i todos ellos estaban a su disposicion en virtud de los ámplios poderes que le confirió el virrei.

Al paso que Pareja empleaba tanta actividad en la formacion del ejército, habia tenido la táctica de ocultar a la tropa el verdadero objeto de la espedicion. Segun las palabras que se le oían, pensaba unicamente tomar el mando político i militar de Concepcion, como se le conferia por el nombramiento de la rejencia de Sevilla. A los jefes sin embargo se les descubrió, segun parece, con mas franqueza.

La forma que Pareja dió al ejército le permitia este engaño. Habia dividido el total de sus fuerzas en tres cuerpos, formados de cada uno de los tres batallones, i a cada cual le dió seis piezas de artillería con su dotacion respectiva: sus comandantes pasaron desde luego a ser jefes de division. Solo estos jefes, depositarios de su confianza, debian entenderse con él.

El jeneral, sin embargo gustaba del arreglo hasta en sus mas ínfimos detalles. El estaba al corriente de todo lo que pasaba, i a todo atendia con gran

(5) El batallon de Valdivia tenia 600 plazas, i la artillería 100. M. Gay sufre muchas equivocaciones al dar cuenta de los preparativos de esta espedicion. Mis datos i notas están perfectamente acordes con la obra manuscrita del coronel español Ballesteros, que formaba parte principal de la espedicion.

celo. Para esto le servia mucho don Juan Tomas Vergara, nombrado intendente de ejército, hombre empeñoso i entendido, i el mayor-jeneral coronel don Manuel Montoya.

Estando todo tan espedito en Valdivia, el ejército espedicionario no debia quedar allí mucho tiempo mas. Pareja ardia en deseos de abrir la campaña; i su tropa, sin conocer a punto fijo el objeto de la espedicion, anhelaba tambien por el pronto embarque. Efectuado éste con felicidad, pudieron soltar velas el 23 de marzo.

VI. Las circunstancias favorecian los propósitos de Pareja: tres dias despues, el 26, se hallaba a la vista del puerto de San-Vicente, que por su falta de defensa se prestaba mas a sus propósitos. "Entre las doce i la una del dia, dice el Gobernador de Talcahuano en una nota, arribó al puerto de San-Vicente la espedicion enemiga que se dirijia de Chiloé i Valdivia en cinco buques, de los que dos eran fragatas i tres bergantines. A las cuatro i media dió fondo en el surjidero del rio Lenga, i en el momento se conoció ser espedicion enemiga venida de Chiloé, por la construccion de las chalupas que echaron al agua (6)."

El puerto de San-Vicente está situado a espaldas de Talcahuano, de que solo dista media legua de un terreno cortado por las serranias de Gualpen. Su poblacion era unicamente compuesta de pescadores, i no poseia mas medio de defensa que una batería de dos cañones ineficaces para impedir el

(6) Nota del Gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota. Mss.

desembarco, si el enemigo tenia la precaucion de escojer un buen fondeadero (7). Pareja habia previsto esto mismo: al escojer el puerto de San-Vicente para el desembarco de la espedicion, queria evitar el primer choque, i habia tenido la precaucion de anclar en el surjidero del rio Lenga, fuera del alcance de aquella batería.

El jeneral solo aguardó el anochecer para efectuar el desembarco. Para comenzarlo, fué comisionado el sarjento mayor don José Ballesteros a la cabeza de la primera division: puso a sus órdenes doce lanchas, tres de las cuales iban armadas de un cañon, i con ellas tomó tierra en corto tiempo. Situó bien su artillería, i distribuyó sus avanzadas i guerrillas para protejer el desembarco del resto del ejército, que debia concluirse en la noche.

Hasta ese momento Pareja no habia encontrado estorbo alguno, ni podia conocer el espíritu de la provincia por la calma i la tranquilidad que reinaban en aquel punto de la costa. Parecia que nadie se habia apercibido en tierra de la escuadra espedicionaria. La realidad era mui diversa cosa.

Gobernaba la plaza de Talcahuano el teniente coronel de milicias don Rafael de la Sota, hombre audaz, que habia abrazado con gran calor i entu-

(7) *Relacion de gobierno del Presidente Aviles a su sucesor don Joaquin del Pino.* Mss.—El historiador Carvallo cuenta en la segunda parte de su curiosa obra que en San-Vicente se habian construido buenos buques en el siglo pasado, entre otros la *San-Miguel,* hermosa fragata de guerra (*Historia jeneral de Chile*) Mss.—I el injeniero don Juan de Ojeda asegura que sus alrededores abundaban en maderas de construccion, i que el uso anticipado que de ellas se hacia empleándolas ántes de secar las desprestijió mucho (*Descripcion de la frontera de la Concepcion*). Mss.

siasmo la causa de la revolucion. Sabedor del arribo de la espedicion invasora ofició luego al intendente gobernador don Pedro José Benavente, informándolo de lo ocurrido, i consultando su dictámen sobre lo que debiera hacerse, sin descuidarse por esto de poner sobre las armas los ciento i cincuenta hombres que tenia disponibles. En esa misma noche se pusó en marcha para San-Vicente, i despues de algunas escaramuzas que pusieron en peligro su vida, hizo disparar por elevacion los dos cañones a fin de dar la alarma a la ciudad, i de simular una resistencia al enemigo. Despues de la primera descarga, considerando imposible la resistencia, dió la órden de inutilizarlos (8).

Ballesteros no se dejó intimidar por el fuego dándole mayor importancia; inmediatamente despachó al teniente don Pablo Vargas, al mando de cincuenta granaderos de los voluntarios de Castro; éstos encontraron desmontado uno de los cañones, clavaron el otro i volvieron al punto del desembarco. Vargas no volvió con ellos: tan pronto como se hubo alejado de la division se separó sijilosamente de los soldados, i fué a engrosar el número de los enemigos de la invasion.

El gobernador de Talcahuano, entre tanto, no se habia desalentado: al abandonar en ese momento la resistencia, meditaba ya un proyecto de ataque mas vasto i vigoroso que debia efectuar en la mañana siguiente. Para combinarlo mejor, i a fin de poner la guarnicion de Talcahuano en mejor pié de

(8) Carta del gobernador de Talcahuano. Mss.

guerra, volvia a la plaza en la misma noche, cuando encontró al intendente del ejército invasor don Juan Tomas Vergara, que tranquilamente se dirijia a Concepcion, con el encargo de parlamentario. En su acaloramiento, Sota no trepidó en llevarlo prisionero a Talcahuano, exijirle con amenazas los pliegos de que era conductor i dejarlo bien asegurado, miéntras remitia las comunicaciones al gobernador intendente (9).

VII. La noticia del arribo de la flota invasora causó en Concepcion gran sorpresa. El coronel Benavente mandó luego tocar jenerala, i formar en la plaza todas las tropas disponibles: éstas no alcanzaban a ochocientos soldados, i de ellos apartó ochenta hombres, i cuatro cañones de poco calibre que salieron en la misma noche a reforzar al gobernador Sota.

No fué menor la sorpresa cuando se recibieron los tres pliegos de que era conductor el intendente Vergara. Iban dirijidos al gobernador de la provincia, al cabildo eclesiástico i al ayuntamiento, i en los tres pedia clara i esplícitamente la pronta rendicion de la ciudad, con la promesa de completo olvido de los anteriores movimientos.

Despues de una corta deliberacion con algunas personas de importancia e influjo, se ofició al gobernador Sota encargándole pusiese inmediatamente en libertad al parlamentario Vergara, i recomendándole la resistencia miéntras le fuese posible, para lo que se le ofrecian todas las tropas de

(9) Carta del gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota. Mss.

la plaza; si esto no le era fácil debia replegarse a Concepcion. A la nota del jeneral invasor contestó el intendente que nada podia resolver definitivamente hasta no oir el parecer de los jefes i corporaciones, justificando tambien a la provincia de Concepcion del cargo de rebeldia (10).

No creyó Sota que era llegado este caso: en sus ventajosas posiciones, las alturas de Chepe, podia resistir largo tiempo, miéntras venia el refuerzo de la ciudad a tomar al enemigo entre dos fuegos. Contestó unicamente que esperaba el pronto socorro, i se preparó para sostener el choque. Su determinacion de mantenerse en aquel punto era fija e irrevocable.

Pareja no dormia entre tanto. A la vuelta de Vergara al campamento supo cuales eran los propósitos de los insurjentes de Talcahuano: solo un pronto ataque podia hacerlo dueño de aquel puerto, i no trepidó en ordenarlo inmediatamente. A las tres, una division de su ejército, compuesta de 1500 hombres, estaba a tiro de cañon de la plaza: sus primeros fuegos hicieron abandonar sus puestos a una guerrilla de veinte i cinco dragones, que a las órdenes del alférez don Ramon Freire tenia destacada a la espectativa el gobernador Sota.

Resuelto como estaba éste a resistir hasta la llegada del refuerzo que esperaba de Concepcion, dió prontamente la órden de romper el cañoneo. Pareja hizo desfilar mañosamente su ejército, de

(10) *Nota del intendente de Concepcion al jeneral Pareja*. Marzo 27 de 1813—Parte del mismo al gobierno de Santiago, id., id. Mss.

modo que las balas hacian mui poco estrago en sus filas; pero las tropas realistas, que no esperaban resistencia alguna retrocedieron tres veces casi despavoridas, lamentándose del engaño de que eran víctimas: se les habia hecho entender que no necesitarian batirse para pacificar el reino entero, i el segundo dia despues de tomar tierra sufrian ya los estragos de un fuego vigoroso.

Pareja conoció en el instante las desventajas del desaliento de sus soldados, i mandó cargar a la bayoneta, a fin de posesionarse de los cañones de Sota; pero los artilleros de éste, despues de clavarlos precipitadamente, los disputaron por breve tiempo con sus fusiles, hasta que envueltos por el mayor número les fué forzoso quedar prisioneros o tomar la fuga. El gobernador salvó por entre las bayonetas del enemigo favorecido por la velocidad de su caballo, i se dirijió en busca del refuerzo que venia de Concepcion.

Talcahuano quedó entónces abierto al enemigo. Pareja avanzó sin dificultad alguna i se posesionó del pueblo ántes de oscurecer: a su entrada se siguió el desórden que de ordinario acompaña al triunfo (11).

VIII. Miéntras Sota resistia en las alturas de Chepe a las fuerzas realistas, habia salido de Concepcion el ausilio prometido por el intendente de la provincia. Su jefe era el comandante del batallon veterano, don Ramon Jimenez Návia; pero léjos de avanzar a favorecer al gobernador de Talcahuano,

(11) Carta del gobernador de Talcahuano. Mss.

se retardó estudiadamente hasta que la victoria estuvo pronunciada en favor de Pareja. Sota lo encontró en el camino, i en presencia de la tropa lo improperó fuertemente llamándolo traidor, i excitando a los soldados a volver sobre Talcahuano: Jimenez Návia abrigaba pérfidas intenciones, i no poseia la suficiente resolucion para intentar unirse a Pareja; manifestó unicamente las instrucciones del gobernador Benávente, en que le mandaba replegarse a Concepcion si el enemigo habia penetrado a Talcahuano, i dió la órden de volver a la ciudad.

La hora avanzada de la tarde no era tampoco favorable a un ataque de esta especie: cuando la division entró a la ciudad eran las ocho de la noche. A esa hora llegó a Concepcion el intendente del ejército realista don Juan Tomas Vergara, con oficios del jeneral Pareja, en que intimaba la pronta rendicion de la plaza.

Tan perentoria era esta intimacion, que habiéndole pedido el intendente el término de diez dias para contestarle, espuso Vergara que no podia dar uno; pero no queriendo Benavente resolver por sí solo en un asunto tan grave, reunió inmediatamente a todas las corporaciones para deliberar sobre lo que debia hacerse.

La opinion de aquella junta estuvo dividida i casi inclinada por la entrega de la ciudad. Espíritus timoratos que creian ver un completo desquiciamiento social los unos, mezquinos especuladores que temian la pérdida de títulos o perjuicios pecunarios en la revolucion los otros, hubo muchos que pensaron de ese modo, i entre ellos el dean de la catedral don

Mariano Roa, i el conde de la Marquina don Andres del Alcazar. Sus palabras fueron contestadas con un enérjico discurso de don Rafael de la Sota, que habia asistido tambien a la reunion. El, que acababa de batirse con el enemigo, trató de probar que era fácil resistirle si inmediatamente se reunian las milicias de los alrededores, miéntras que otros sostenian que era preciso abandonar la ciudad, llevándose los caudales, pertrechos de guerra i ganados de las inmediaciones para organizar la resistencia fuera de ella.

El espíritu revolucionario, como se ve, habia perdido mucho en aquella provincia. Al paso que los godos habian cobrado alientos, los rebeldes se habian sustraido a las discusiones políticas desanimados para seguir en ellas por mas tiempo. El asesor de la intendencia don Manuel Vazquez de Novoa, vocal que habia sido de la estinguida junta, conociendo cuan poco habia que esperar del desaliento de los unos, de las dilijencias i empeño de los otros, llamó a parte al procurador de ciudad don Juan de Dios Mendiburu, i le sujirió la idea de pedir un cabildo abierto para la mañana siguiente. Ámbos se pusieron de acuerdo con el coronel Benavente, que debia acceder a la peticion : Novoa dictó el escrito dando por pretesto la gravedad del asunto, pero con el objeto de ganar tiempo, i tomar de acuerdo algunas medidas de urjencia. Miéntras Benavente trataba de sustraer al invasor los capitales de la tesorería, Novoa, que no queria firmar la capitulacion el dia siguiente, se puso en marcha precipitada para la capital a instruir al gobierno de lo ocurrido.

La peticion de Mendiburu fué concedida en el acto: en conformidad, Benavente avisó al parlamentario que en la mañana siguiente se le contestaria, despues de oir el parecer de los vecinos en un cabildo abierto que pensaba convocar. Vergara accedió fácilmente a esta exijencia.

Se reunió éste, en efecto. La mayoría del pueblo opinaba por la resistencia, como habia propuesto Sota, a quien se nombró en definitiva segundo jefe de las fuerzas que mandaba Jimenez Navia i se le ordenó retirar las tropas a Puchacai, para engrosarlas allí con las milicias de la provincia.

Pero ya el comandante Jimenez Navia habia seducido secretamente a la infantería de su mando, i cuando Sota llegó a la alameda, en donde estaba acampada la guarnicion, la tropa se hallaba en completa rebelion, i los soldados pisoteaban la escarapela tricolor que habian arrancado de sus sombreros. Los dragones, que mandaba don Pedro Lagos, i la artillería estaban tambien sublevados. En vano quiso poner atajo con su presencia: algunos soldados del batallon de Concepcion se echaron sobre él, i escapó casualmente de los balazos que le dispararon al huir (12). El capitan de dragones don Juan José Benavente, que habia intentado hacer otro tanto, quedó prisionero de sus soldados (13).

La turbacion i el desaliento se apoderaron de los insurjentes de Concepcion: traicionados por la tropa, nada podian hacer sino era capitular con un ene-

(12) Carta del gobernador de Talcahuano. Mss.— Martinez, *Memoria historica*. Mss.

(13) Benavente. *Memoria sob. las prim. camp.* Cap. I.

migo que podia entrar a la plaza como vencedor. El intendente i muchos otros vecinos creyeron mui angustiada su situacion para alcanzar una avenencia, i se resolvieron a dejar la ciudad i dirijirse a la capital: pero fuéle forzoso al coronel Benavente quedarse en Concepcion para protejerla del saqueo, i entregarla al enemigo despues de un tratado de avenencia.

El parlamentario Vergara podia servir para esto: habia prometido la noche anterior esperar el resultado del cabildo abierto, i debia volver al campamento de Pareja con la resolucion adoptada. Benavente se aprovechó de esta circunstancia: por las bases del tratado debia reconocer el invasor la perpetua fidelidad de los habitantes de la provincia a Fernando VII, i ésta se sometia a la autoridad de las córtes i de la constitucion española. Pediase ademas a Pareja que a nadie se persiguiese por sus opiniones, ni se le privase de su empleo, como tambien que no se obligaria a los oficiales ni a las tropas veteranas i milicias a tomar las armas contra la provincia de Santiago, con la que estaba relacionada.

Esto era cuanto podia hacerse en aquellos momentos de angustia i de temor: cuando no habia fuerza con que resistir al enemigo esta capitulacion era mui ventajosa. El jeneral Pareja, que podia ocupar la ciudad militarmente, pasó por todo: solo a la última cláusula le puso la condicion de someterla al parecer del cabildo i demas corporaciones ántes de aprobarla.

Arreglado este convenio, la ciudad quedó abier-

ta a los invasores: la traicion la habia dejado indefensa, i una honrosa capitulacion la ponia en manos del vencedor. En el mismo dia hizo su entrada el ejército realista: su jefe parecia dispuesto a respetar el tratado.

IX. Desde luego Pareja pudo conocer que el gobierno de Concepcion habia capitulado cuando no se podia resistir, i despues de haber tocado los últimos estremos para privarlo de recursos. La tesorería provincial se encontraba exausta, i los cuerpos de tropa no estaban completos: faltaban algunos oficiales de dragones, i no pocos soldados.

En la noche que precedió a la entrada del ejército realista, el intendente Benavente dió órden al ministro interino de la tesorería de Concepcion don José Jimenez Tendillo, de empaquetar todo el dinero existente en cajas, que montaba a 36,000 pesos, i de ponerse prontamente en marcha: debia esperar nuevas órdenes en algun punto de las inmediaciones.

El siguiente dia, cuando la tropa veterana de la ciudad se pronunció en contra de las autoridades, el capellan de dragones don Pedro José Eleyzegui, aquel sacerdote que habia fugado de Valdivia despues de la disolucion de la junta provincial, salió de las filas con arrojo inaudito acompañado de siete soldados, un sarjento i un tambor a quienes entusiasmó con sus palabras, i se puso en precipitada marcha en busca de Jimenez Tendillo. En el mismo dia despachó el intendente en alcance de éste a su hijo el cadete de dragones don Manuel José Benavente, para recomendarle que siguiera el ca-

mino de Santiago. Esta órden i las exijencias del capellan Eleyzegui lo decidieron a apurar el paso para salvar los caudales de mano del enemigo. Los insurjentes debian recibir en sus pobres cajas ese valioso refuerzo.

Pareja contaba con él para los gastos de la espedicion: al ver frustradas sus esperanzas, exijió del intendente que despachase en su alcance una partida de dragones al mando de un oficial de reconocida fidelidad que le diera alcance. El oficial elejido fué el teniente coronel don Melchor Carabajal; salió de Concepcion el siguiente dia de la entrega de la plaza, el 29 de marzo, de modo que Jimenez Tendillo i sus compañeros le llevaban un dia de ventaja.

Desde entónces, Pareja se ocupó de la organizacion política de la provincia, para proseguir la campaña.

En sus instrucciones le encomendaba Abascal que hiciese jurar i reconocer solemnemente en Chile la constitucion que las córtes de Cádiz habian sancionado en 1812: ella debia ser la piedra fundamental de la nueva organizacion que los liberales de España querian dar al réjimen administrativo. El jeneral invasor, soldado tambien en la causa de la independencia de la península, aceptaba de corazon el código constitucional con que los defensores de los derechos de Fernando VII lo esperaban a la vuelta de su cautiverio.

Dueño de Concepcion, quiso hacerla reconocer allí desde luego: los principios liberales consignados

en aquella constitucion podian atraerle algunos indiferentes, i dar firmeza en sus opiniones a los parciales. Pareja, inducido por este propósito, fijó el dia 4 de abril para el público i solemne juramento de obediencia i fidelidad a la constitucion.

La plaza mayor estaba rodeada de tropas desde la mañana, i en el centro se elevó un tablado en que tenian sus asientos el jeneral Pareja, el obispo Villodres, el intendente Benavente i las corporaciones i empleados eclesiásticos, civiles i militares. Allí se leyó la constitucion para prestarle el juramento; i despues de este acto se cantó en la iglesia catedral una solemne misa en accion de gracias al Dios de las batallas que habia protejido hasta entónces las armas españolas, i cuya proteccion se imploraba para lo futuro.

En breve comenzó Pareja los aprestos para seguir la campaña, aunque la falta de caballada le impedia alijerarla tanto como deseaba. Habia dado el cargo de mayor jeneral a don Ignacio Justis, que tan bien le habia servido hasta entónces; i a fin de obtener los ausilios de que necesitaba para seguir la campaña, habia pasado con fecha de 2 de abril el primer parte oficial al virrei Abascal. En su nota reclamaba el pronto envio de los socorros ofrecidos por el virrei al partir de Lima; sin ellos serian esteriles los triunfos que alcanzaba al abrir la campaña, que segun ésta comenzaba podia decir como Cesar, "vine, ví i vencí." En ménos de tres dias se habia hecho dueño de dos ciudades importantes, i sin duda las mejor defendidas de todo el reino; pero, por

dicha de la república que creaban nuestros padres, sus triunfos debian de quedar en esto solo (14).

(14) Entre los muchos documentos que he tenido a la vista para formar este capítulo, me han servido principalmente la carta o parte del gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota, los oficios de Pareja al intendente Benavente, las contestaciones de éste, i sus partes al gobierno de Santiago. Estos sucesos le han merecido unas pocas pájinas a Ballesteros, Gay i Guzman.—El señor Benavente en su apreciable *Memoria sobre las primeras campañas* pasa tambien mui a la lijera sobre ellas. Creo que esta parte de mi trabajo no solo es absolutamente nueva, sino que rectifica los errores en que han caido, por falta de documentos, los historiadores que me han precedido. He tenido tambien a la vista el primer borrador de la *Mem. histórica* del P. Martinez, i por él he visto que la cópia de la Biblioteca nacional, i por tanto la obra que corre impresa, carecen de una hoja en que da cuenta de la toma de Concepcion i otras ocurrencias. Basta leer con atencion la pájina 164 de la obra impresa para notar esa falta. La publicacion completa de los documentos i memorias históricas es un trabajo que exije estudios detenidos, i que todavía está por emprenderse en Chile.

CAPITULO II.

I. Tercera conspiracion contra los Carreras.—II. Preparativos de don José Miguel para un viaje al sur.—III. A la noticia del desembarco del ejército invasor marcha a Talca a organizar la resistencia.—IV. Se le incorporan en el camino algunos patriotas.—V. Llega al campamento el coronel don Bernardo O'Higgins.—VI. Antecedentes biográficos de éste—VII Su primer ensayo militar.—VIII. Se incorporan a Carrera algunos cuerpos de milicias del otro lado del Maule.—IX. Llegan los socorros de Santiago.—X. Primeras operaciones militares de Carrera.—XI. Oganizacion del nuevo poder ejecutivo.

I. Miéntras el brigadier Pareja organizaba el ejército con que proyectaba invadir a Chile, el gobierno de Santiago, que debia resistirle, seguia pacíficamente la marcha política trazada anteriormente. No se habia prestado mucha atencion a las amenazas del virrei del Perú, i nadie creia próxima la invasion.

Preocupados los ánimos con las ocurrencias domésticas de la revolucion, la política interior mantenia en espectativa a todas las personas que habian tomado alguna parte en ella. Proyectos de utilidad pública llamaban la atencion del gobierno, miéntras sus enemigos murmuraban i se reunian en juntas secretas a tratar sobre poner algun atajo a sus medidas.

En uno de esos círculos se comenzó a tramar una conspiracion dirijida a quitar el mando a los hermanos Carreras. Se reunian en casa del escribano don Juan Crisóstomo Alamos varios amigos suyos, que se manifestaban disgustados con el gobierno: don Manuel Rodriguez, ese perpetuo conspirador contra todo gobierno establecido, que poco ántes habia desempeñado el cargo de secretario de la junta i de don José Miguel Carrera, era uno de éstos. Los tertulianos pasaron de las quejas a los proyectos de revolucion: hablaron libremente en contra del gobierno, i principiaron a aglomerar elementos para realizarla.

No avanzaron mucho estos aprestos: don José Miguel Carrera estaba instruido dia a dia de todo lo que pasaba, por el órgano de uno de los iniciados en la proyectada revolucion, un sarjento con cuyo ausilio pensaban seducir a la tropa; i seguia con paciencia la trama de los conspiradores, fomentándolos con vanas esperanzas. El 28 de enero puso fin a sus quiméricos propósitos, haciendo apresar a todos los iniciados en el proyecto. Despues de una causa demorosa fueron condenados a deportacion a varias provincias de Chile, o desterrados a Mendoza (1).

(1) Los pormenores de esta conspiracion son altamente cómicos. Los iniciados en ella eran dos padres domínicos Fr. José Funes i Fr. Ignacio Mujica, tres escribanos, don Juan C. Alamos, don Manuel Solis i don Juan Lorenzo Urra, el hijo de éste don Tomas José, don José G. Argomedo, don Manuel, don Cárlos i don Ambrosio Rodriguez, i el subteniente retirado de artilleria don Ramon Picarte. Una casualidad presentó como culpable al rejidor de la municipalidad de Santiago don José Manuel Astorga, que sabia de la conspiracion pero que no tomó parte alguna en la trama. Este, i los padres Mujica i Funes fueron desterrados a Mendoza.

Carrera sin embargo le dió a aquella intentona mas importancia de la que merecia: en su interes estaba presentar como séria i temible la conspiracion de unos cuantos ilusos que creyeron derrocarlo sin elementos para hacerlo. En una proclama de 22 de marzo, aludiendo a ella, se jactaba de su magnanimidad al cartigar tan suavemente a los que trabajaban con teson contra el órden público i el gobierno cimentado de hecho (2).

II. En ese mismo tiempo don José Miguel meditaba un vieje a las provincias del sur: su objeto era estrechar las relaciones de éstas con la capital, i ponerlas de acuerdo en sus ideas i tendencias Si sus recursos le alcanzaban, debia tambien promover la union de Valdivia al réjimen revolucionario.

El senado consultivo apoyaba este viaje, que creia de gran importancia; i por indicacion de Carrera procedió el 27 de marzo a elejir la persona que debiera subrogarlo en el puesto de vocal. La eleccion recayó en su hermano don Juan José, con quien habia estrechado nuevamente sus relaciones desde la jura del reglamento constitucional.

Carrera pensaba armar los partidos del sur, i prepararlos para la resistencia, en caso que se realizasen las amenazas del virrei Abascal. En ellos habia muchos enemigos de la revolucion que la combatian con actividad i eficácia, i éstos estaban dispuestos a plegarse al invasor tan pronto como pusiese en tierra un puñado de hombres capaz de dar con-

(2) Proclama inserta en la *Aurora* núm. 11 tom. 2 de 25 de marzo de 1813.

sistencia a sus esperanzas. Desde la disolucion de la junta provincial de Concepcion, en muchos vecinos se habia resfriado el entusiasmo, i los enemigos de la revolucion cobraron ánimos. Don José Miguel llevaba consigo una larga lista de personas que, segun noticias ciertas, se sentian en abierta oposicion con el gobierno revolucionario, i dispuestas a promover una contrarevolucion realista (3).

III. El viaje de Carrera no alcanzó a emprenderse. El 29 de marzo, cuando sus preparativos estaban mui avanzados, llegaron a Santiago los primeros rumores del arribo a las costas de Concepcion de la flota enemiga. Desde luego se estendieron por toda la poblacion aumentados por el temor.

Dos dias despues, en la tarde del 31, llegó la nota en que el intendente de Concepcion daba parte al gobierno del arribo i desembarco de la espedicion realista. Don José Miguel, que recibió los pliegos, convocó prontamente a los otros vocales de la junta ejecutiva, el senado i jefes militares, i dió cuenta en la reunion de las noticias que acababa de recibir. Allí se le confirió el delicado cargo de jeneral en jefe de la frontera, como decian sus títulos, comisionado de espulsar al invasor i pacificar las provincias del sur. El vacío que dejaba en el gobierno ejecutivo fué llenado por su hermano don Juan José, como se habia elejido anteriormente.

En el primer momento de confusion, Carrera supo hacerse el órgano del entusiasmo jeneral, i diri-

(3) *Informe sobre la conducta observada por los P. P. Misioneros de Chillan*. Mss.

jirlo por buen sendero. A las cinco de la tarde de ese mismo dia circulaba una proclama firmada por él en que hablaba del triste estado de la España, i de las avanzadas pretensiones del virrei del Perú, que proyectaba subyugarnos, traspasando sus atribuciones i sin atender a los intereses del rei cuando estaba "decidida la causa de nuestra libertad (4)." El senado lo acababa de investir de omnimodas facultades, i él, sin pérdida de tiempo, despachó sus órdenes al gobernador de Valparaiso, el capitan don Francisco Lastra, concediéndole ámplios poderes para sujetar los buques de propiedad peruana que allí hubiesen, i para poner sus fortalezas en estado de defensa. Con la misma actividad ofició a los jefes de milicias de todos los partidos inmediatos convocándolos a la capital para organizar la resistencia.

Su actividad fué mas allá todavía: desde luego quiso indicar su marcha, para intimidar al enemigo. En esa misma noche, i a la luz del farol de la retreta, hizo publicar la solemne declaracion de guerra al virrei del Perú, prohibiendo desde aquel dia toda comunicacion con el enemigo i las provincias de su mando, amenazando con la pena de muerte al que infrinjiese esta órden o al que diese pruebas de simpatias por la invasion, o esparciese noticias falsas para alarmar a las autoridades.

Para dar mayor fuerza a este bando, Carrera hizo plantar inmediatamente la horca en la plaza principal, i decretó la imposicion de un empréstito o

(4) Proclama inserta en la *Aurora*, núm. 12 tomo 2 del 1 de abril de 1813.

contribucion extraordinaria de doscientos sesenta mil pesos, que debia gravar a los enemigos de la revolucion únicamente (5). Con este aparato i esta actividad, el jeneral improvisado en el momento del conflicto, imprimia a todo un sello de enerjia que lo colocaba a la altura de la situacion.

Así lo creyeron todos los vecinos de Santiago: los enemigos de Carrera enmudecieron en aquel momento. Segun ellos, solo esa cabeza llena de recursos podia salvar el pais de la invasion armada, i don José Miguel por su parte parecia corresponder perfectamente a esa esperanza. Empleó toda la noche i el siguiente dia en el apresto para su viaje, convocando las milicias i dictando órdenes militares, i a las seis de la tarde del dia 1.° de abril se puso en marcha. Lo acompañaban solamente el cónsul norte-americano Poinsett, el capitan de la Gran Guardia don Diego José Benavente, doce soldados, un cabo i un sarjento. Con esa pequeña partida pensaba llegar a Talca, i esperar allí las tropas que debian formar el ejército insurjente.

IV. Don José Miguel emprendia un viaje precipitado: su mision era importante i su responsabilidad inmensa para que descansara un momento. Caminaba con la celeridad de un correo, i solo se detenia en los puntos en que necesitaba dar órdenes, o escribir notas, poner sobre las armas las milicias, formar juntas de ausilios del ejército, confinar a los enemigos de la revolucion o tomar unos

(5) *Epocas i hechos memorables de Chile.* Mss.
Carrera propuso a las corporaciones que montase a 400,000 pesos, pero solo alcanzó poder para 260,000.

pocos milicianos para plantear un rejimiento de caballería que organizaba el capitan Benavente.

No le faltaban motivos para apurar la marcha: en el camino encontraba a menudo algunos patriotas que abandonaban las provincias del sur en vista de la ineficácia de toda resistencia que quisiese oponerse al invasor, i por ellos sabia que era menester apresurarse a fin de salvar algunas milicias del otro lado del Maule.

Encontró al primero en la angostura del Paine: era éste el licenciado don Manuel Vasquez de Novoa. Dejaba las provincias del sur cuando creia inevitable la entrega de Concepcion i venia a Santiago a ofrecer sus servicios para la campaña que debia abrirse. Carrera, que conocia la importancia de hombres de sus conocimientos i esperiencia, i la necesidad que de ellos habria en el campamento, le confió el delicado destino de auditor de guerra.

Novoa no le dió noticias mui adelantadas acerca de las ocurrencias de Concepcion, porque habia salido de la ciudad cuando aun quedaba alguna esperanza de resistencia; pero en San-Fernando se encontró el dia 3 con el teniente-coronel don Rafael de la Sota, el gobernador de Talcahuano que habia presenciado la defeccion de Jimenez Navia. Amenazado entónces por la tropa insurrecta, Sota huyó por el camino de Penco viejo, i de allí siguió por la montaña de la costa hasta Coelemu: en su tránsito por Quirihüe i Cauquenes, informó a las autoridades militares de lo ocurrido en Concepcion, e indujo a sus jefes a regresar i marchar en busca del ejército de Santiago, que debia

comenzar la campaña (6). El traia a Carrera la noticia lisonjera de la buena disposicion de las milicias del otro lado del Maule.

El dia siguiente recibió el jeneral *un ausilio importante i necesario* en la villa de Curicó. Era éste el tesoro de las arcas de Concepcion que escoltaban Jimenez Tendillo, el capellan de dragones Eleyzegui, catorce soldados i algunos sacerdotes i militares. Habian emprendido su marcha casi al mismo tiempo que el gobernador de Talcahuano; pero tomaron el camino de Chillan, de donde sacaron mas de cien fusiles, i sólo se juntaron con Carrera el dia 4 (7).

Este resfuerzo, por insignificante que parezca, era de gran importancia: el jeneral en jefe iba a organizar su campamento en Talca sin tropas, sin armas i hasta sin dinero. Confiaba mucho en el entusiasmo jeneral del pais, i esperaba el arribo de las milicias: esas pocas armas eran para él un valioso presente en aquellas apuradas circunstancias.

A su arribo a Talca, el 5 de abril, vino a conocer de cerca su verdadera situacion. Pocos momentos ántes de haber entrado recibió notas del intendente de Concepcion en que le comunicaba quedar ocupada la ciudad por el ejército enemigo a causa de una forzosa capitulacion. Esa noticia habia producido en Talca una triste impresion: a consecuencia de ella se recibió con frialdad i hasta con desconfianza al

(6) Carta de don Rafael de la Sota sobre el desembarco de Pareja. Mss.
(7) *Monitor Araucano*, núm. 1 de 6 de abril de 1813.

jeneral insurjente. Creyendo inútil e ineficaz toda resistencia, el vecindario temió comprometerse por una causa desesperada, cuando el enemigo estaba tan inmediato. Carrera descubrió esa timidez, i en el mismo parte en que comunicaba al gobierno de Santiago la entrega de Concepcion i el arribo de los capitales de su tesoreria, reclamó con interes i empeño la tropa reglada de Santiago, i la pronta salida del obispo ausiliar Andreu i Guerrero.

V. El mismo dia en que don José Miguel llegó a Talca, se le presentó el coronel de milicias de la Laja don Bernardo O'Higgins, que al anuncio del peligro venia a ofrecerle gustoso su espada. El conocia a palmos el territorio de las provincias meridionales, tenia entre sus habitantes un gran influjo, i poseia bastante audacia para dirijir un golpe de mano: Carrera lo recibió desde luego como un importante ausiliar.

Hallábase O'Higgins en los Anjeles a la época del arribo de Pareja: con este motivo recibió una órden del intendente de Concepcion para ponerse en marcha con las milicias de su mando a fin de engrosar las tropas con que pensaba resistir al enemigo. Sin pérdida de tiempo mandó armar los escuadrones de lanceros de los Anjeles, i a su cabeza se dirijió a Concepcion a marchas forzadas.

Cuando hubo cruzado el rio de la Laja, fué informado de la rendicion de la ciudad; al saber lo ocurrido resolvió volverse a los Anjeles, pero este pueblo se habia pronunciado por el invasor: allí se encontraba el obispo Villodres, a quien el cabildo habia pedido que exijiese de sus vecinos el juramento solemne

de fidelidad (7). Por otra parte habian salido de Concepcion varias partidas de dragones, i O'Higgins, no teniendo plena confianza en su tropa, resolvió dispersarla, despues de una breve arenga para que no hiciese armas contra la patria, i se puso en marcha para Santiago, acompañado de dos de sus criados (8). A pesar de esta precaucion, le fué forzoso tomar el camino de la cordillera para no caer en manos de los dragones de Carabajal.

VI. Ese militar que se presentaba en el campamento con el pobre título de teniente coronel de milicias, debia ser en el trascurso de la guerra el primer soldado del ejército chileno. A un arrojo sin límites, unia un aplomo singular, i una modestia superior a todo elojio. Era sin duda uno de los jefes mas entendidos e ilustrados del ejército, el hombre de posicion mas encumbrada entre todos ellos, i sin embargo venia dispuesto a desempeñar cualquiera comision con el entusiasmo i fé de un buen sarjenton.

O'Higgins contaba en aquella época treinta i siete años de edad. Nació en Chillan el 20 de agosto de 1776 (9): era el fruto de una union ilejítima, de que fueron culpa las promesas falaces de su padre i el candor de una hermosa jóven. Aquél era don Ambrosio O'Higgins, teniente coronel de ejército en

(7) *Informe de P. Ramon sobre la conducta de los misioneros de Chillan.* Mss.

(8) Noticias comunicadas por el jeneral Riquelme.

(9) Hasta ahora no se habia asentado con fijeza la época del nacimiento de O'Higgins. Los biógrafos pasaban en silencio esta fecha; i en ningun documento ni memoria impresa ni manuscrita se encontraba dato alguno para inferirla. Debo esta noticia al señor jeneral don Manuel Riquelme, tio materno de O'Higgins.

aquel año, i capitan jeneral, presidente de Chile, i virrei del Perú mas tarde; i su madre doña Isabel Riquelme, señorita principal de aquel vecindario.

Pasó su niñez en Chillan, i cursó las primeras letras en el convento de misioneros franciscanos. Acompañó a su padre a Santiago cuando vino a tomar el mando del reino, i al Perú cuando fué nombrado virrei. De allí se embarcó para Inglaterra, mandado por don Ambrosio a seguir sus estudios en un colejio católico.

Don Bernardo residió fuera de su patria nueve años. En ese período adquirió una regular instruccion en humanidades, i algunos conocimientos en medicina i cirujía: en poco tiempo habló el ingles con gran perfeccion i el frances con bastante facilidad. Cursó los principios elementales de dibujo i de música, i si no alcanzó a ser un artista regular, era quizá el chileno mas apto para trasladar al papel un paisaje.

O'Higgins sacó aun otro mejor provecho de su permanencia en el colejio. Separado de sus padres, i confiado a la direccion de maestros severos, adquirió, apesar de sus cortos años, una seriedad de carácter mui poco comun en los hombres i sumamente rara en un jóven. Su cuerpo se habituó a la carencia de comodidades, i su espíritu tomó cierta gravedad que le abrió el camino para comunicarse desde luego con personas notables, i que vino a ser mas tarde la calidad distintiva de su carácter público.

A su vuelta de Inglaterra tocó en España, i allí contrajo relaciones con varios americanos residentes en Cádiz, que hablaban ya de segregarse de la domi-

nacion peninsular. El jóven O'Higgins, gracias a la seriedad de su carácter, obtuvo la confianza de la mayor parte de esos proyectistas revolucionarios i con ellos se convino para trabajar en Chile por el triunfo de la independencia. En Inglaterra habia oido esto mismo de boca del famoso jeneral Miranda, i esas ideas echaron en breve hondas raices en su ánimo.

De vuelta a Chile, O'Higgins estuvo a punto de desmayar en sus propósitos. A juzgar por las apariencias, el pais no estaba dispuesto para proclamar su independencia; i con la excepcion de poquísimos hombres, aquella idea habria sido desechada por todos como el mayor de los crímenes. Los sucesos posteriores vinieron a dar consistencia a sus esperanzas, cuando su influjo era mui considerable, i teniendo a su disposicion las milicias de la Laja, que mandaba en jefe.

Sus mejores amigos desde entónces fueron los hombres de pensamiento que residian en las provincias meridionales: se comunicó con algunos patriotas de Santiago, i con todos ellos hablaba de la necesidad de reformas materiales, i de ensanchar las libertades públicas. Mas sólido i positivo en sus ideas que los otros corifeos de la revolucion, que estudiaban la política en Rousseau, O'Higgins traducia al español las leyes constitucionales de la Inglaterra, como la base para formar un gobierno liberal i progresista. Todo esto se hacia en gran secreto, hasta que en el año de 1809 esas conversaciones alarmaron sériamente a los delegados del gobierno peninsular.

Hasta entónces O'Higgins habia sido solamen-

te un hacendado emprendedor i de tino, sin aspiraciones a la vida pública, i sin mas ocupacion fija que la que le procuraban sus faenas de campo que él habia planteado en grande escala, i con arreglo a los adelantos agrícolas de la Inglaterra, en la valiosa hacienda de las Canteras, que habia heredado de su padre. Los ejercicios militares eran para él un agradable pasatiempo en que daba rienda suelta a su entusiasmo; pero sin la revolucion su nombre no habria salido del reino de Chile, i quizá de la provincia de Concepcion. El nuevo sistema encontró en él un ardoroso sectario, un constante propagador de las ideas liberales, i mas tarde un atrevido campeon, acreedor al título de héroe.

El pueblo de los Anjeles lo elijió diputado al congreso de 1811, i en ese mismo año ocupó el alto puesto de vocal de la junta gubernativa que residia en Santiago. Pero disgustado con la política de Carrera, se retiró a su hacienda resuelto a sustraerse a la política.

VII. Al presentarse en el campamento de Carrera a ofrecerle sus servicios, O'Higgins olvidaba sus anteriores resentimientos que lo habian mantenido separado de la política. En el mismo dia reclamó enérjicamente que se le confiase una partida de tropa, con que atacar a los dragones de Carabajal que él habia dejado en Linares: su plan era atravesar el Maule en la noche, i atacar al enemigo por la madrugada.

La empresa no mereció la aprobacion del jeneral en jefe: a su juicio era de mui poca importancia para aventurar sus soldados, cuando habia tanta

escasez de ellos, i para esponer la persona de un oficial de confianza. Pero instado por el cónsul Poinsett, accedió al fin a las exijencias de O'Higgins.

La partida se compuso de casi toda la fuerza que habia en Talca i algunos oficiales. A su cabeza cruzó O'Higgins el caudaloso Maule en la noche del 5 de abril, en medio de una tempestad desecha, que lo hizo estraviarse en el camino, i en la mañana siguiente se acercó a Linares. La fuerza realista que ocupaba este pueblo era formada de veinte i un dragones, mandados por el teniente don José María Rivera, al cual intimó rendicion por medio del parlamentario don Lúcas Melo. La partida de Rivera, aunque era inferior en número, estaba mejor armada, i obraba con mas táctica i disciplina; pero no se atrevió a resistir: los dragones engrosaron las filas de O'Higgins, i su jefe quedó en clase de prisionero de guerra (10).

Este triunfo correspondia a los deseos del comandante insurjente; pero no satisfecho con él se dispuso a seguir a la villa de Cauquenes, en donde creia encontrar a Carabajal. Para esto reunió precipitadamente las milicias de la provincia, que obedecian al coronel don Santiago Arriagada; pero como supiese que Carabajal se habia dirijido a marchas forzadas a Chillan, desistió de sus intentos, despues de encargar a los jefes militares de los partidos vecinos que se juntasen prontamente con el jeneral Carrera.

VIII. Este encargo del coronel O'Higgins no era inútil. Las milicias del otro lado del Maule, en

(10) Parte de O'Higgins inserto en el *Monitor Araucano* núm. 3.

su mayor parte de caballeria, eran numerosas i cada uno de sus soldados tenia un conocimiento práctico del terreno destinado a ser el teatro de la guerra. Si ellas carecian de instruccion militar en cambio cada soldado podia servir de guia a las guerrillas, i aun al ejército. Esas milicias eran un ausiliar poderoso del ejército a que se plegasen, i convenia atraerlas cuanto ántes al campamento insurjente.

Por fortuna, sus jefes habian abrazado la causa de la revolucion, i desde que supieron que las nuevas autoridades se encontraban amenazadas se prepararon a defenderlas. El coronel de las milicias de Quirihue don Antonio Merino las puso sobre las armas al saber el desembarco de Pareja, i a su cabeza se dirijió a Concepcion por llamado del intendente: en el camino encontró a Sota, que dejaba a la tropa de esa provincia en abierta rebelion, i en vista de las noticias que éste le comunicaba, se volvió a Quirihue (11). Su objeto fué engrosar sus milicias, retirar los recursos que pudiesen servir al enemigo, i seguir su marcha a Santiago hasta encontrar el ejército que, segun sus conjeturas, debia formarse en la capital. Antes de ponerse en camino se apoderó de un sarjento i dos dragones, que llegaron a Quirihue encargados por los jefes invasores de comprar caballos: para ésto llevaban seiscientos pesos que les quitó el coronel Merino, para llevarlos al jeneral Carrera.

Las milicias de Cauquenes corrieron en todo la misma suerte. Reunidas por el subdegado del par-

(11) Carta del Gobernador de Talcahuano sobre el desembarco de Pareja. Mss.

tido don Juan de Dios Puga, su comandante don Fernando de la Vega, i el ayudante don Juan Felipe Cárdenas, se dirijieron a Concepcion, i, habiéndose encontrado con Sota, volvieron por el camino de Santiago hasta llegar a Talca. Con su arribo se engrosó la fuerza del campamento con 1800 hombres que componia el total de las milicias de Cauquenes.

Con no menor empeño se reunian los ganados de la provincia del Maule. Los insurjentes querian a todo trance privar al enemigo de esos recursos, i llevarlos al campamento de Carrera. En estos trabajos se emplearon los subtenientes don Jerónimo Villalobos i don José Ignacio Manzano: entre ambos retiraron cinco mil vacas, algunos carneros i bastantes mulas i caballos(12).

IX. En Santiago entre tanto se trabajaba empeñosamente por la salida de las tropas i el envio de los recursos que necesitaba Carrera para comenzar la campaña. Un gran entusiasmo mantenia ajitados á todos los vecinos, miéntras el gobierno tomaba las providencias mas activas a fin de poner el pais en el mejor estado de defensa.

Al dia siguiente de haber salido don José Miguel Carrera de la capital, las corporaciones que lo nombraron jeneral en jefe procedieron a la eleccion de dos miembros ausiliares de la junta gubernativa: esta recayó en don José Miguel Infante i don Francisco Antonio Perez García, liberales de corazon i de firmeza.

Desde luego llevaron al gobierno enerjia en sus resoluciones. Sin abrigar temores de ninguna espe-

(12) Benavente, *Mem. sob. las primeras campañas, etc., etc.*

cie, comenzaron a decretar medidas vigorosas contra los enemigos de la revolucion. Por un supremo decreto se mandó cerrar el camino de las cordilleras para todo español, i poco despues se prohibió solemnemente toda comunicacion con las provincias ocupadas por el enemigo.

Trabajaba el gobierno con la misma enerjia en el equipo de las tropas que debian salir de Santiago al campamento de Talca. Para infundir mayor entusiasmo en la oficialidad decretó premios para los militares que salvaron los capitales de la tesoreria de Concepcion, i para el capellan Eleysegui (13), i mandó acuñar medallas con pomposas inscripciones para los que mas se distinguiesen en la campaña que se iba a abrir.

Con ese empeño pudo salir en los primeros dias de abril una partida de ochenta húsares de la Gran Guardia a las órdenes del teniente don Manuel Cuevas, que escoltaban al obispo ausiliar Andreu i Guerrero. En breve salió el resto del cuerpo a las órdenes de su comandante don Juan Antonio Diaz Muñoz, i las milicias regladas del Príncipe i la Princesa.

A estas milicias siguieron luego las de Maipo i el cuerpo de artilleria, que montaba en su totalidad a diez i seis piezas de campaña i a doscientos hombres, al mando del coronel don Luis Carrera: para su conduccion i el transporte de municiones se emplearon setenta carretas, i 400 mulas (14). La artilleria de la capital quedó al cargo del batallon de Pardos.

(13) Nota de la junta de 4 de abril inserta en el *Monitor Araucano*, núm. 1.
(14) *Monitor Araucano* núm. 3.

Hasta el 6 no salió de la capital el rejimiento de granaderos. Era éste sin duda el mejor cuerpo de cuantos se habian organizado en Chile: su fuerza ascendia a 1000 hombres, i sus oficiales eran jóvenes notables por su nacimiento, fortuna i patriotismo. Llevaba por jefe al mayor don Cárlos Spano, militar intelijente, que habia servido hasta poco ántes en los fuertes de la frontera. Su nacimiento español habia despertado al principio algunas sospechas, pero su caballerosidad característica dió confianza al gobierno para emplearlo en una guerra en que debia sucumbir (15).

Spano llevaba ademas el destino de secretario de ejército, i acompañaba en este rango al brigadier don Juan José Carrera, que dejó en ese mismo dia el puesto de vocal del gobierno para servir en el ejército. Con ellos marchó tambien el coronel de injenieros don Juan Mackenna: el gobierno lo habia llamado a la capital para darle el importante destino de jefe de estado mayor, o, como entónces se decia, cuartel maestre jeneral de ejército.

Estas fuerzas llegaron a Talca con prontitud. El dia 9 de abril entró el obispo con los ochenta hombres que lo acompañaban, i tres dias despues el resto de la Gran Guardia i las milicias regladas de Santiago.

El obispo llevaba su mision especial: Carrera lo habia pedido a la junta de Santiago para que con sus prédicas infundiese entusiasmo a las tropas. Con este fin se celebró el 11 de abril, en la iglesia

(15) Conversacion con el jeneral Aldunate.

matriz de Talca, una misa solemne en que predicó el obispo. Sus palabras, si bien sencillas, iban acompañadas de enerjía i uncion en defensa de los principios liberales. En ese mismo dia se enarboló el estandarte tricolor en medio de las salvas de fusilería (16).

X. Con este refuerzo pudo ya Carrera dar principio a las operaciones de la guerra. Antes de esta época habia meditado ocupar los partidos del Maule, estender la línea de operaciones hasta el otro lado del Ñuble, i apoderarse de Chillan. A este fin, O'Higgins habia quedado en el Parral, esperando ser reforzado para avanzar al sur; pero su plan se vió frustrado ántes de tiempo por la actividad de los realistas. Chillan se pronunció por la causa de los invasores, i sus milicias pasaron a acordonar el Ñuble, oponiendo una valla a las correrías de los insurjentes. Desde entónces Carrera tuvo que desistir de su proyecto.

A pesar de este contratiempo, el jeneral no perdió la oportunidad de reforzar a O'Higgins tan luego como tuvo a su disposicion algunas tropas. Pensaba ocupar uno de los pasos del rio, construyendo fortificaciones en el cerro de Bobadilla, distante como doce cuadras al sur del Maule: el cónsul Poinsett, que dirijia esos trabajos, formaba allí una especie de reducto. El 14 de abril le mandó Carrera tres cañones a las órdenes del sarjento mayor don Hipólito Oller, i 200 milicianos de Cauquenes: estos debian servir en los trabajos de la fortificacion,

(16) Oficio de Carrera, inserto en el *Monitor Araucano* núm. 6.

porque no tenian armas i carecian de toda instruccion militar.

O'Higgins, a la cabeza de esta fuerza, comenzó a escaramusear contra la vanguardia enemiga que habia avanzado hasta las inmediaciones de Linares. Cuando llegó Mackenna al campamento fué informado del estado del ejército, i del terreno que ocupaba aquella partida avanzada. Quiso reconocer por sí mismo las fortificaciones de Bobadilla, i desde luego se opuso tenazmente a que se mantuviese, por mas tiempo una guarnicion en aquel punto. Segun él, esas fortificaciones eran inútiles, e importaban el sacrificio seguro del valiente O'Higgins, puesto que el rio tenia muchos vados transitables, i que desde ellas mui poco o nada se podia hacer contra el que intentase cruzarlo: dejar una division del ejército en la ribera sur del Maule equivalia a dejarla abandonada al enemigo. Carrera que lo acompañó tambien en esta inspeccion, conoció su error en vista de razones tan poderosas, i dió la órden de volver a Talca (16).

Sin embargo, la visita al otro lado del rio no fué infructuosa: el jeneral pudo recojer mejores noticias sobre las fuerzas del enemigo, i a su vuelta a Talca despachó a Santiago al coronel de milicias don Antonio Mendiburu a pedir a la junta gubernativa el pronto envio de las milicias de infanteria que pudiese remitirle.

En efecto, habia una gran escasez de infanteria en

(16) Mackenna, *Informe sobre los Carreras*, inserto en el *Duende*, núm. 15.

el campamento, miéntras sobraban tropas de caballeria, aunque faltas de instruccion i disciplina. Carrera trabajaba en las asambleas con teson, i a fin de metodizar los ejercicios i de organizar desde luego la disposicion del ejército, hizo de él tres divisiones que estacionó en la ribera del norte del Maule. "La primera, dice un militar distinguido de aquel ejército, se componia de 200 granaderos, las milicias que habia retirado de Cauquenes el teniente coronel Vega i las partidas i piezas de campaña que tenia el de igual clase O'Higgins en Bobadilla: esta se puso al mando del coronel don Luis Carrera.—La segunda la formó el resto del batallon de granaderos, cuatro piezas de artilleria i el rejimiento de Maipo, mandado por el brigadier don Juan José Carrera i se situó en Duao.—La tercera la formaban la Gran Guardia, la Guardia jeneral cuatro piezas de campaña i los rejimientos del Príncipe i Princesa a las inmediatas órdenes del jeneral en jefe i acampó a una legua de distancia de la segunda (17)". Debian mantenerse a la defensiva únicamente, sin acometer empresa alguna al otro lado del Maule.

XI. El modo como el jeneral Carrera acababa de distribuir el mando del ejército suscitó desde luego algun disgusto entre sus enemigos, i predispuso en contra suya al gobierno de Santiago. El celoso republicano don José Miguel Infante, que ocupaba un asiento en él, desaprobó esta conducta, calificándola de ambiciosa e injusta con militares de me-

(17) Benavente, *Mem. sob. las primeras campañas*, cap. 1.

jores aptitudes i mayor mérito que sus hermanos.

Verdad es que Carrera no poseia mucho partido entre los hombres de importancia i de valer de Santiago. Solo la tropa de que disponia pudo mantener acallado el encono de sus enemigos; pero tan pronto como hubo salido de la capital, las corporaciones que él habia hecho elejir le volvieron la espalda.

Desde la salida de don Juan José, el gobierno quedó confiado a los otros dos vocales de la junta ejecutiva; pero ni uno ni otro se hallaron con ánimo para sobrellevar la carga que les imponian las circunstancias, i renunciaron sus puestos dejando el gobierno confiado a los dos miembros ausiliares, Infante i Perez Garcia.

Pero este estado no podia durar mucho tiempo: era preciso regularizar la marcha administrativa, colocando en el poder hombres de crédito e influjo que le acarreasen partidarios. El senado hizo la eleccion el 15 de abril, i recayó en don Agustin de Eyzaguirre i los dos vocales ausiliares. Todos tres eran antiguos enemigos de don José Miguel Carrera.

Con no menor entusiasmo siguió el nuevo gobierno el sendero que mas convenia en aquellas circunstancias. Desde luego tocó con la escasez de fondos, cuando la guerra demandaba tan injentes gastos. Para subvenir a ellos ya se habia acordado hipotecar las entradas fiscales, i especialmente cuatrocientos regadores del canal de Maipo, a fin de aumentar el monto del empréstito de contribucion que impuso don José Miguel en los primeros mo-

mentos de llegada la noticia de la invasion (18); pero todos estos arbitrios dieron mui pobres resultados.

Los donativos por el contrario ayudaron mucho en aquellas circunstancias. El vecindario de Santiago contribuyó con grandes erogaciones, mui superiores a lo que podia esperarse de los recursos del pais : miéntras unos daban gruesas sumas de dinero, i algunos empleados se ofrecian gustosos a servir sin sueldo, otros ciudadanos mandaban sus ganados al ejército. Habia algunos que sostenian a sus espensas hasta diez soldados, que perdonaban a sus inquilinos los arriendos miéntras durase la guerra, o que se comprometian a llevar a sus haciendas a las viudas de los soldados que muriesen en la campaña.

A fin de estimular estos donativos, i de reglamentar el envio de subsidios al ejército, el ejecutivo acordó mas tarde la formacion de una junta de auxilios compuesta de tres individuos (19). Debia ésta velar por los recursos para la guerra, i remitirlos al cuartel jeneral así que se fueran colectando, o cada vez que se pidiesen.

De este modo dirijia el gobierno el entusiasmo de los pueblos: con esa política fuerte i vigorosa, a que todos los ciudadanos prestaban alguna cooperacion con sus personas i vidas, la revolucion se encarnaba mas i mas, i creaba mayores brios para arrostrar los peligros i seguir su marcha.

(19) Decreto supremo, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 2.
(20) Don Maduel de Barros, don José Maria Guzman, i don José Manuel Lecaros.—Decreto de 7 de mayo de 1813.

CAPITULO III.

I. Primeros aprestos del brigadier Pareja para abrir la campaña.— II. Sale de Concepcion a la cabeza de su ejército.—III. Avanza para cruzar el Maule.—IV. Sorpresa de Yerbas-Buenas.—V. El ejército realista desobedece las órdenes de su jefe.—VI. Pretende éste entablar negociaciones con el enemigo.—VII. Emprende su retirada perseguido por Carrera.—VIII. Batalla de San-Cárlos.— IX. Se retira a Chillan el ejército realista.

I. Iguales aprestos hacia el brigadier Pareja en Concepcion. Sin pérdida de momento habia activado empeñosamente los aprestos de guerra para proseguir la campaña. Su propósito era tomar posesion de las provincias centrales del reino, i avanzar hasta la capital, ántes que el gobierno insurjente alcanzase a organizar un ejército capaz de resistirle.

Guiado por este deseo, i a fin de engrosar cuanto pudiese su ejército, privando al enemigo de sus recursos, despachó varios destacamentos a los fuertes de la frontera i demas puntos guarnecidos de la provincia en que estaban repartido el batallon veterano de infanteria i el cuerpo de dragones. Su intencion era penetrarse bien del espíritu de la tropa, sacar de cada guarnicion algunos soldados i per-

trechos, i dejar el resto para mantener la tranquilidad.

Esta empresa era sumamente fácil : desde la disolucion de la junta provincial se habian enfriado los ánimos de los revolucionarios, i en la tropa esa indiferencia rayaba en desagrado por el nuevo sistema. Por otra parte, todos los oficiales tildados de godos habian sido confinados a los fuertes del interior en donde mandaban una pequeña partida que se agregó gustosa al ejército del brigadier Pareja.

Estos aprestos no podian hacerse con toda la brevedad que exijian las circunstancias. Pareja carecia de caballadas i demas elementos para mover su ejército, i por grande que fuera la actividad de sus comisionados no pudo salir de Concepcion con la presteza que deseaba.

Otra dificultad con que topó desde luego, fué la escasez de oficiales para su ejército. Por un artículo del tratado de rendicion, no se podia obligar a ningun militar a hacer armas contra la provincia de Santiago, i fueron tantos los que dejaron el servicio, que el batallon veterano de Concepcion salió de esta ciudad con solo dos oficiales subalternos (1).

El mando de este cuerpo fué confiado a uno de sus capitanes, don Juan Francisco Sanchez, militar de firmeza i valentia, que estaba destinado a figurar en grande escala en el trascurso de la guerra ; pero como se sacaron de él algunos soldados para los otros cuerpos, quedó tan reducido su número que solo al-

(1) Tan curiosas noticias las he sacado del manuscrito ántes citado del P. Martinez. La *Memoria histórica* que corre impresa carece de todo detalle sobre el particular.

canzaba a 130 hombres. Estas fuerzas se engrosaron luego con las milicias de los cercanos partidos Rere, Arauco i Chillan, las que recibieron su armamento a medida que se incorporaban al ejército.

II. Estos eran sus aprestos para abrir la campaña : lleno de vigor i de enerjia, Pareja no vacilaba en marchar prontamente al norte, a encararse cuánto ántes con el enemigo. En su juicio, de la actividad pendia en gran parte el resultado de la empresa.

Un temor sin embargo vino a asaltarlo ántes de ordenar la marcha. Concepcion habia sido hasta cierto punto el núcleo de exaltados insurjentes que podian sublevarse, i quizá inquietarlo por la retaguardia. Para poner un remedio a ese mal, quitó la intendencia al coronel Benavente i se la dió al obispo de la diócesis, don Diego Antonio Navarro i Villodres, hombre de un carácter fuerte i vigoroso, a quien una bien entendida prudencia habia hecho disimular de algun modo i en cuanto le era posible la firmeza de sus convicciones contra la revolucion, pero que al arribo del brigadier Pareja se habia mostrado con valentia i desemboso. Como fuerza de resguardo, se le dejaron en Concepcion 60 soldados veteranos i 300 milicianos de lanza. (2).

El ejército pacificador contaba con 2000 soldados veteranos o milicias regularmente instruidas, i gran número de milicias de caballeria sin órden ni disciplina, que iban llegando poco a poco de las inmediaciones. Entre los veteranos contaba 200

(2) Martinez. "*Mem. hist.*" Mss.

artilleros con 25 piezas de artilleria de campaña, regularmente montadas i servidas.

Para el mejor arreglo, Pareja respetó la division de su ejército que habia hecho en Valdivia, aunque engrosó considerablemente los tres cuerpos de que constaba. Formó ademas una division de vanguardia compuesta de caballeria miliciana, cuyo mando confió al capitan don Ildefonso Elorreaga que se le acababa de agregar, i otra de retaguardia, compuesta del batallon veterano de Concepcion i seis cañones, a las órdenes del capitan don Juan Francisco Sanchez.

En este mismo órden rompió la marcha el ejército invasor : el 8 de abril salió la vanguardia, el 9 la primera division, el 10 el centro, el 11 la tercera division i con ella la retaguardia, bagajes, parque, provisiones : solo el 14 pudo salir el jeneral en jefe con sus ayudantes, entre los cuales iba don Antonio Quintanilla, tan famoso mas tarde por la defensa de Chiloé : lo acompañaba tambien el estado mayor, el cuartel maestre Tejeiro, i el mayor jeneral Justis, 180 dragones veteranos i algunos milicianos. Pensaba reunir todo el ejército en Chillan para engrosar sus fuerzas, aunque la vanguardia debia avanzar a marchas forzadas a defender la línea del Maule (3).

III. En Chillan no habian contado con mucho partido los insurjentes : los padres franciscanos del colejio de propaganda ejercian un ilimitado influjo en aquella poblacion, i habian sabido ponerlo en

(3) Martinez, *Mem. hist.* etc., Mss. — Ballesteros. — *Revista de las obras sobre la independencia de Chile*, cap. 2 Mss.

juego en todas las cuestiones políticas, pronunciándose desde el principio en contra de la revolucion. A la noticia del desembarco de la espedicion, se efectuó un inmediato cambio en el personal del gobierno, i se desterró a muchos de los señalados como patriotas o rebeldes (4).

El nuevo subdelegad o don José Maria Arriagada, que desde tiempo atras los miraba de reojo, reunió prontamente el rejimiento de caballeria, i el sarjento mayor don Clemente Lantaño, tan célebre en el curso de la campaña, el batallon cívico de infanteria que mandaba accidentalmente.

Con este refuerzo se encontró Pareja al entrar a la ciudad. Su ejército ascendia ahora a cerca de seis mil hombres, i contaba con no pequeños recursos. Los padres misioneros, por su parte, se apresuraron empeñosamente a suministrarle todos aquellos de que podian disponer : desde luego dieron al ejército quinientos pares de ojotas para otros tantos soldados que marchaban descalsos, una gran cantidad de hortalizas i galleta, i los demas ausilios que pudieron proporcionarle. Ellos mismos se ofrecieron gustosos para recibir en sus claustros a los enfermos militares, i presentaron al jeneral uno de sus mas distinguidos miembros para el cargo de capellan del ejército : era este Fr. José Amirall, hombre astuto e insinuante, capaz de prestar importantes servicios como consejero (5).

(4) Informe del P. Ramon sobre la conducta observada por los misioneros de Chillan.—Mss.

(5) Informe del P. Ramon, etc. Mss. El cura Venegas, que desempeñaba hasta entónces este cargo, volvió a Chiloé a causa del mal estado de su salud.

La vanguardia, a las órdenes de Elorreaga, habia avanzado miéntras tanto sin resistencia alguna hasta la villa de Linares, de que tomó posesion pocas horas ántes que se acercase a ella don José Miguel Carrera con el mismo objeto. Allí se juntó el grueso del ejército el 25 de abril, i la vanguardia, compuesta de 800 hombres a las órdenes de Elorreaga, avanzó el 26 hasta Bobadilla acompañando a un parlamentario que mandaba Pareja al jeneral insurjente.

Era este don Estanislao Varela, sarjento mayor del rejimiento de Rere, patriota de corazon a quien cierta debilidad de carácter hacia servir en las filas de los invasores. Llevaba un oficio de Pareja en que éste pedia a Carrera la rendicion de su ejército a fin de evitar la efusion de sangre, pero desempeñaba esta comision tan a su disgusto que luego que se halló en el campamento insurjente, i a instancias del auditor de guerra Novoa, pasó nota al jeneral avisándole que a causa de un golpe del caballo se hallaba imposibilitado para volver al ejército (6).

IV. Elorreaga pensaba reconocer el campo de Carrera con el pretesto de enviar ese parlamentario. Al pasar Varela el Maule, hizo avanzar algunas partidas de su destacamento hasta cubrir el vado de Bobadilla, i aun ocuparon algunas isletas del rio. Una de estas partidas, sea que tuviese órdenes superiores o que obrase por su sola voluntad, tuvo la imprudencia de hacer fuego contra el rejimiento de

(6) Conversacion con don Manuel Novoa.

San-Fernando, que acordonaba la ribera norte del Maule, con notorio desprecio de las leyes de la guerra : dos centinelas del ejército insurjente quedaron en el sitio.

Carrera fué informado mui pronto de lo que ocurria ; i, en su despecho, resolvió escarmentar prontamente al enemigo. Creyendo que Elorreaga no se habria retirado de Bobadilla, determinó sorprenderlo en la noche con un destacamento superior en número : el parlamentario Varela le aseguró que solo lo acompañaban 300 hombres, i que el grueso del ejército se hallaba en Linares con el jeneral en jefe (7).

Para un golpe de mano de esta especie, ninguno de los oficiales de su ejército era mas aparente que el teniente coronel O'Higgins ; pero se encontraba postrado en la cama, sériamente enfermo a consecuencia de las ajitaciones i fatigas con que para él se habia abierto la campaña : sus escaramuzas en el canton del Maule lo ocuparon de tal modo que en mas de veinte dias no tuvo reposo ni aun para quitarse las botas ántes de tenderse a dormir, no sobre una cama sino sobre la montura que llevaba a su caballo (8). Por esta causa, Carrera dió el mando de la division al coronel don Juan de Dios Puga, subdelegado, que habia sido de Cauquenes.

Esta se compuso de 200 granaderos que mandaba el teniente don Santiago Bueras, 100 huzares o nacionales, i 300 milicianos de caballeria. En la misma

(7) Conversacion con don Manuel Novoa.

(8) *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*, cap. 7, Mss.

noche cruzó el Maule el coronel Puga; pero al llegar a los cerrillos de Bobadilla, donde creia encontrar a Elorreaga, supo que se habia retirado esa misma tarde a la hacienda de Yerbas-Buenas, i no vaciló un momento en seguir en su alcance: sus guias eran prácticos i fieles, i él mismo conocia a palmos el terreno que cruzaba.

La capilla de Yerbas-Buenas era entónces el sitio en que estaba acampado todo el ejército realista. En la tarde del 26, a puestas de sol, llegó Pareja a marchas precipitadas con todas sus fuerzas, i sin reconocer el terreno, ni tomar mas providencia de seguridad que repartir algunos centinelas en los alrededores, dió la órden de pasar la noche en aquel punto: cuando tenia un parlamentario en el campo enemigo, i encontrándose separado de éste por un rio caudaloso i una distancia de ocho leguas, no abrigaba temores de ser inquietado en esa noche (9).

El terreno, en verdad, no era mui aparente para infundir esa confianza. El estado mayor ocupaba las casas del cura de Yerbas-Buenas; estas, la capilla i una cerca de rama, formaban un cuadro, abierto en uno de sus lados, que comprendia una superficie de media cuadra.

No era esta la única circunstancia desfavorable al ejército realista: la noche estaba oscura, i los soldados i jefes dormian en completo descuido, cuando, como a las tres de la madrugada, cayó sobre ellos i sin ser sentida la division de Puga: los cen-

(9) Ballesteros. *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*, cap. 2, Mss.

tinelas dieron las señales de alarma despues de las primeras descargas de fusileria.

Desde este momento todo fué turbacion i desórden: los Voluntarios de Castro, que cerraban el cuadro de edificios, se entreabrieron dejando pasar a los granaderos, i haciendo siempre una tenaz aunque incierta resistencia. La artilleria fué tomada por los insurjentes, i su jefe, el teniente coronel don José Berganza, cayó prisionero del capitan don José María Benavente. La tropa se dispersaba en desórden causando gran estrago entre los suyos, miéntras una gran parte de los batallones veteranos de Concepcion, Valdivia i Chiloé, permanecian inmóviles apegados a la muralla de la capilla. Para aumento de la confusion, habia caido a los primeros tiros mortalmente herido el intendente de ejército don Juan Tomas Vergara, cuando salia de las casas a organizar la resistencia; i el coronel Puga quedó herido i prisionero en los primeros momentos, i solo pudo escaparse poco ántes de amanecer.

Los agresores, entretanto, no se daban un momento de descanso: creyendo al enemigo en completa dispersion amontonaban armas, cuidándose únicamente del botin que debian presentar al jeneral Carrera. Recorrian victoriosos todo el campo de la accion, infundiéndo el pavor con gritos i amenazas, al mismo tiempo que sus enemigos se manifestaban inermes i rendidos; miéntras los primeros juzgaban que acometian a una sola division del ejército de Pareja, las tropas de éste se mostraban amilanadas, creyéndose envueltas por todas las fuerzas insurjentes. Los soldados de Puga se incorporaban en los

piquetes enemigos, creyéndolos de los suyos, miéntras los jefes de éstos daban sus órdenes a los agresores, confundiéndolos con sus soldados. Berganza fué apresado por los húzares que tomaron sus cañones, i a los cuales mandaba como si fuesen sus artilleros; i en la mañana siguiente aparecieron algunos soldados patriotas en las filas de los veteranos de Valdivia (10).

Solo al amanecer del siguiente dia vino a conocer uno i otro contendiente la fuerza contra la cual combatia. Los primeros albores descubrieron a los patriotas que habian atacado a un ejército diez veces mayor, i a los realistas que solo tenian por contendores a un corto destacamento: i miéntras los primeros proyectaban retirarse, éstos cobraron ánimo, i se organizaron para cargar contra los patriotas. El teniente don Mateo Loyola, de la asamblea veterana de Chiloé, tomó a su cargo un cañon abandonado hasta entónces, i con él causaba sérios estragos en las filas de Puga, al mismo tiempo que la infanteria realista hacia sobre ellos sus fuegos de fusileria.

Apesar de esto, los agresores se retiraban en buen órden, llevándose los cañones, prisioneros i demas botin que habian asegurado en la noche, cuando cayó sobre ellos el rejimiento de milicias de caballeria de Rere, que estaba acampado a una legua mas

(10) Ballesteros *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia.* Mss.—*Relacion de los servicios del coronel Ballesteros,* Mss. El parte oficial de Carrera no arroja mucha luz para descubrir los detalles de la jornada. Ni la fecha del dia del ataque está designada en él, descuido que ha inducido al señor Benavente a asentar que la sorpresa tuvo lugar en la noche del 28 de abril, atendiendo a que el parte fué escrito el dia 29.

al norte del ejército. Los prisioneros, a ejemplo del coronel Berganza, que apresó al alferez de milicias de Maipo don José Molina, que le servia de custodia, trataron de escaparse, aprendiendo a sus conductores i unidos con sus salvadores, rescataron los cañones i tomaron a los insurjentes mas de cien prisioneros. En esa retirada, recibió el valeroso capitan de granaderos don Enrique Ross, aventurero norteamericano, cinco heridas, i su ropa las señales de diez i nueve balazos (11).

Esta persecucion duró hasta que el ejército hubo llegado a las orillas del Maule: don Luis Carrera, que mandaba la division de vanguardia, tenia órden de pasar el rio a favorecer a Puga, si las circunscias lo exijian, i a las primeras noticias lo cruzó con alguna artilleria; si bien ésta era incapaz de batir a los realistas, que cargaban en mayor número i con la rabia de la venganza, ella bastó a protejer a los patriotas, cuando volvian al campamento.

El jeneral en jefe recibió a la division como si hubiese alcanzado un triunfo espléndido. En efecto, aquel puñado de hombres habia introducido la confusion en un ejército numeroso i bien armado, i llevaba consigo treinta i un prisioneros, que fueron remitidos a Santiago, i muchos fusiles i bagajes, que eran de gran valor para el ejército de Carrera. En su parte, felicitaba al gobierno por la victoria, i como tal se celebró en la capital. Si ella habia costado cincuenta muertos i cerca de 200 prisioneros,

(11) Decreto del gobierno supremo de 15 de julio de 1813, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 46.

bien indemnizados estaban con haber infundido el pavor i el desaliento en las filas enemigas.

Aquel golpe de mano habia hecho en realidad estragos mui sérios en las filas de Pareja. La dispersion de las milicias de caballeria fué la primera consecuencia de la sorpresa; i muchas entre éstas no se volvieron a unir al ejército. Al siguiente dia de la accion, murió el intendente don Juan Tomas Vergara, uno de los hombres mas útiles de su ejército, i en la misma noche el capitan don Ventura Vargas, los subtenientes don José Pacheco i don José María Martinez, i mas de sesenta soldados.

Pero no fué este el mayor de los males que le resultaron de aquella jornada. Las tropas se manifestaron recelosas i desconfiadas del resultado de una campaña, que, contra lo que se les habia dicho, comenzaba de un modo tan desastroso. El historiador Torrente, dispuesto siempre a deprimir la importancia de las victorias de los americanos, consideraba la sorpresa de Yerbas-Buenas como "el oríjen de todas las desgracias que esperimentaron sucesivamente las armas del rei (12)."

V. Léjos de desalentarse con este contratiempo, Pareja hizo en pocas horas sus aprestos para seguir hasta la ribera del Maule: la sorpresa no habia desalentado su espíritu superior, i a las diez de la mañana se puso en marcha: pero conducido pérfidamente por caminos estraviados, solo llegó a las cuatro de la tarde del dia 30. Segun las palabras

(12) Torrente. *Hist. de la revol. hispano-americana*, tomo 1.o, cap. XXVIII, páj. 370.

de su parte al virrei, marchaba deseoso de avistarse con el enemigo (13).

Desde luego el ejército patriota lo divisó por el vado de Andarivel; pero al anochecer fué a acampar en los altos de Queli. La division del mando de don Luis Carrera no lo habia perdido de vista un momento, i en la noche hizo pasar una guerrilla de treinta dragones a las órdenes del teniente don Francisco Molina, catalan emigrado de Concepcion, que debia inquietarlo, i tomarle algun ganado. Los movimientos de éste fueron bastante acertados i felíces; i habria pasado un destacamento mas numeroso a incomodar a Pareja, si no se hubiese notado pruebas de insurreccion en la partida de granaderos que formaba parte de dicho destacamento.

En ese mismo tiempo, el campo realista estaba en abierta resistencia a las órdenes del jeneral en jefe. El ejército, que no esperaba encontrarse con enemigos en la campaña, segun se le habia anunciado, no podia rehacerse del pavor que le infundió la sorpresa de Yerbas-Buenas: i las vehementes sospechas de ser traicionado por algunos jefes que merecerian la confianza de Pareja, produjo un verdadero motin militar.

Entre estos lo acompañaba el jefe del rejimiento de milicias del Parral don Juan Urrutia, conocido en el campamento con el apodo de Coronel de la manta verde, a quien tenian los soldados una séria ojeriza. Servia de guia al ejército como mas prácti-

(13) Parte del jeneral Pareja al virrei Abascal.—Linares, Mayo 8 de 1813, publicada en la *Gaceta de Lima*, núm. 54.

co en los caminos; pero abrigaba deseos de pasarse al ejército insurjente, segun lo verificó mas tarde, i tenia un particular empeño en retardar la marcha de Pareja: en el camino solo de Yerbas-Buenas a las orillas del Maule, demoró tres dias, porque tomó el sendero de la sierra, dando así una vuelta tan grande como inútil (14).

La tropa, que aun no se reponia de la sorpresa de la noche del 26, se creyó traicionada: solo la traicion pudo, segun ellos, poner en noticias de Carrera el lugar en que estaban acampados i el descuido que reinaba en el campamento. A estos motivos de queja se agregaron en breve otros mas poderosos: se les habia dicho que el único objeto de la espedicion era posesionarse de la provincia de Concepcion, lo que se podia conseguir sin disparar un solo tiro; i se hallaban en la ribera del Maule, a punto de cruzarlo, i en los principios de una cruda guerra.

No fué éste el único contratiempo que le sobrevino al ejército realista en aquellas circunstancias. Su desgracia habia comenzado con la sorpresa de Yerbas-Buenas, i el pavor producia en sus filas el desaliento. En la orilla del Maule, la alarma no habia cesado un momento, i los milicianos de caballería que seguian el ejército, tras de creerse amagados a cada instante por graves peligros, ardian en deseos de volver a sus hogares. A esto no accedia de modo alguno el jeneral, ni tampoco lo aprobaba la tropa veterana: pero esos sencillos campe-

(14) Ballesteros, *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*, cap. 2.º, Mss.

sinos, militares improvisados en los momentos en que creian seguro su triunfo, no se dejaron estar: habiéndose estendido la voz de que venia sobre el campamento todo el grueso del ejército de Carrera, desampararon las filas todos los rejimientos de milicias de caballeria, con sus jefes i oficiales. El cronista Ballesteros, testigo presencial de todo esto, asegura que de 6,000 hombres de esa arma que acompañaban a Pareja, "no quedó uno para memoria (15)."

Una circunstancia casual vino aun a infundir en sus filas el espíritu de desobediencia. Carrera, en vista de la insubordinacion de una partida de granaderos en la noche del 30 de abril, i temiendo que ésta cundiese en el ejército, lo retiró todo a Cancha-Rayada, al norte de la ciudad de Talca, lo que hizo creer a su enemigo que le dejaba franco el paso del rio por estratejia militar, para sorprenderlo cuando lo hubiese cruzado i ya tuviese a sus espaldas esa formidable barrera.

Todas estas circunstancias influyeron en el ánimo de la tropa para desobedecer la órden de pasar el Maule. Creyéndose traicionados, i lamentándose de su engaño los batallones de Valdivia i Chiloé, se negaron resueltamente a dar un solo paso adelante: ni las órdenes de sus jefes, ni las insinuaciones de Pareja pudieron nada en el espíritu de los soldados.

En circunstancias tan angustiadas, el jeneral tuvo que resolverse a perdonar la insubordinacion: cuando se le desobedecia abiertamente, las amena-

(15) Ballesteros, *Revist. sob., etc.*, cap. 2.º, Mss.

zas harian sido infructuosas i el castigo imposible. Quiso mas bien disimular la falta haciéndose desentendido, o considerarla como una indicacion del ejército sobre la marcha de las operaciones militares (16).

VI. La ruina de Pareja se habia completado. Carecia hasta de caballeria con cuya ayuda emprender su vuelta a cualquiera de los pueblos del sur para tomar cuarteles de invierno, cuando ya no le era posible permanecer por mas tiempo en aquel punto falto de muchos recursos i tan inmediato al enemigo.

Sin embargo, estas consideraciones no lo arredraron para pedir al jeneral insurjente un tratado de avenencia o rendicion. Con este objeto, pasó el Maule el dia 3 de mayo el teniente coronel don José Hurtado, trayendo una nota de Pareja para Carrera : hablaba en ella de la importancia i magnitud de los preparativos i recursos con que contaba la espedicion invasora venida del Perú. Segun sus palabras, el ejército que mandaba era una parte de ella, i otras divisiones debian desembarcar en Coquimbo i Valparaiso. Por estas razones, lo invitaba a fijar un sitio en que debiesen tener una entrevista, para discutir i sancionar un convenio que evitase "los estragos consiguientes a la guerra entre individuos que por ningun título deben considerarse enemigos, siendo propiamente hermanos, hijos de una madre que mira a todos con igual afecto, i que sa-

(16) Martinez, *Mem. hist.*, i Mss.—Ballesteros, *Revist. sob.*, *etc.*, cap. 2.o, Mss.

brá olvidar jenerosamente cualquier defecto en que hayan incurrido" (17).

El parlamentario, por su parte, no se descuidó en esponerle al jeneral insurjente la magnitud de los recursos con que contaban los espedicionarios: con este motivo se empeñó en probar que su causa era perdida puesto que muchas personas de suposicion del reino mantenian relaciones con el virrei Abascal. Segun él, la junta de guerra de Concepcion, i el padre fr. José María Torres, su asesor, esperaban desde tiempo atras el arribo de la espedicion (18).

Carrera creyó que, en aquellas circunstancias, convenia ganar tiempo. Esperaba refuerzos de la capital, i con ellos podia ya pensar en comprometer una accion decisiva con ese enemigo que se decia tan poderoso. Siguiendo este propósito, en su contestacion admitia la entrevista, i fijaba la isla del paso del Duao para ella.

Con esa contestacion volvió el mismo dia Hurtado al campamento realista. En las pocas horas que pasó entre los insurjentes, pudo imponerse del buen espíritu del ejército de Carrera i de los recursos con que contaba, mui superiores a los de Pareja, de modo que llevaba a éste noticias desfavorables. Estas, sin embargo, no hicieron sospechar al jeneral que la pronta i buena acojida que Carrera daba a su invitacion de avenencia era solo una asechanza estratéji-

(17) Oficio del jeneral Pareja—Mayo 3 de 1854.

(18) Oficio de Carrera al gobierno de Santiago—Mayo 9 de 1813.—Ms. Este documento, así como muchos otros que me han sido de gran utilidad para escribir la historia política de los primeros años de la revolucion, los he encontrado entre los papeles i manuscritos del señor don Mariano Egaña.

ca, puesto que manifestándose dispuesto a entrar en avenencia el 5 de mayo, dos dias despues contestó su nota.

Creyendo haber asertado en sus cálculos, Pareja aceptó la propuesta del jeneral insurjente, i se prestó gustoso a concurrir al sitio designado con solo cien hombres, a fin de no mover sin necesidad su ejército: pero su oficio llegó al campo de Carrera cuando éste estaba resuelto a acometer decididamente al enemigo. En esos dias, habia recibido informe del verdadero estado del ejército realista, del mal espíritu de sus soldados, i de los principios de insubordinacion que se notaban.

Si ántes habia vacilado en cruzar el Maule, i aun si se habia abstenido de mantener su ejército en la orilla, esa noticia lo alentó para desechar toda propuesta de avenencia, tanto mas cuanto que acababa de recibir de Santiago el batallon de Infantes de la patria, que, en número de 250 hombres conducia su comandante don Santiago Muñoz Bezanilla, i que se le pedia en rehenes a su hermano don Luis (19). El pretesto para romper las negociaciones fué el haber caido prisionero de los enemigos en Nueva-Bilbao, miéntras estaba Hurtado en su campo, el capitan del rejimiento de Lautaro don José Cruz Villalobos, i una partida de 25 hombres. En su nota, se quejaba de esta trasgresion de las reglas de la guerra, i se manifestaba decidido a no transijir.

(19) Este batallon era el conocido ordinariamente con el nombre de *Pardos*, i que por un decreto supremo de 25 de abril de 1813 tomó el de *Infantes de la patria*. M. Gay dice que fué formado en 1812, confundiéndolo con el de *Voluntarios de la patria*, creado en ese año: éste llegó a Talca el 9 de mayo.

VII. Este oficio vino a desconcertar a Pareja. No le era posible permanecer por mas tiempo en aquel punto : las lluvias casi diarias, la carencia de recursos, i la falta de subordinacion que reinaba entre sus soldados, eran motivos capaces de decidirlo a retrogadar, cuando sus medios no bastaban para tomar siquiera una actitud defensiva.

Por estas razones, emprendió su marcha a Chillan. Los últimos acontecimientos causaron en su ánimo tan gran pesar, que su salud comenzó a sufrir los efectos de una fiebre maligna que nada pudo contener. En su retirada carecia ya de las fuerzas para montar a caballo, i seguia al ejército llevado en una parihuela que cargaban gustosos sus soldados. Los pueblos de su tránsito, por los cuales habia pasado poco ántes con las apariencias de un conquistador, atribuian su precipitada marcha a una fuga vergonzosa.

La inmediata persecucion del ejército de Carrera vino a corroborar esas sospechas. Así que éste supo el movimiento que acababa de verificar el enemigo, se resolvió a seguir en su alcance : solo los aprestos tan necesarios en aquellos momentos, cuando abria decididamente la campaña i se separaba del centro de sus recursos, pudieron retardar la marcha del ejército hasta el 11 de mayo.

Habia llegado a Talca el dia 9 el batallon de Voluntarios de la Patria que mandaba el teniente-coronel don José Antonio Cotapos : su fuerza montaba únicamente a 250 hombres, de escasa disciplina, pero entusiastas, i capaces de infundir alientos a los milicianos que seguian al ejército.

Los cuerpos que éstos formaban necesitaban de ese estímulo: los campesinos que los componian, sin instruccion militar se encontraban en el campamento llevados por el entusiasmo de sus jefes, que a la vez eran sus patrones. Carrera conoció bien la desventaja de semejante séquito: armados de malas lanzas, esos milicianos llegaron a ser mas bien un estorbo que un ausilio, puesto que era menester mantenerlos aun cuando de nada sirviesen en la campaña. Separó sí cuatro brigadas, compuesta cada una de 600 hombres, dos de las cuales confió al mando de O'Higgins a quien el gobierno acababa de elevar a coronel, i al de igual grado don Luis de la Cruz: el resto quedó en el ejército para conducir a la grupa a la infanteria, i acompañar los comboyes (20).

Estos arreglos retardaron a Carrera. El mismo dia en que él cruzó el Maule, el 12 de mayo, despachó al capitan de la Gran-guardia don Diego José Benavente, al mando de 250 hombres para que picase la retaguardia de Pareja, que alcanzó el siguiente dia, tomándole mas de dos mil vacas, 20 soldados veteranos que la escoltaban, i muchos milicianos, mujeres i vivanderos que seguian al ejército (21).

El resto del ejército insurjente seguia su marcha en mal órden a causa de las copiosas lluvias que caian: el invierno se anunciaba borrascoso, i mui

(20) *Así* aparece de los boletines del *Monitor Araucano*, aun cuando el señor Benavente dice en su obra citada que se licenció el resto, despues de armadas las cuatro brigadas, como innecesario.

(21) Benavente, *Mem. sob. las prim. cam.*, cap. III.

desfavorable para la campaña comenzada. Los soldados no guardaban formacion, i marchaban dispersos, sin que las órdenes e instancias de algunos oficiales pudiesen decidirlos a esponerse en cuerpo a la intemperie de una cruda estacion. En este estado llegó el ejército a Linares, i al dia siguiente, Carrera queriendo proporcionar a su infantería algun descanso, desmontó las milicias de caballería para que le sirviesen sus caballos. En Longaví, confió el mando de la tercera division al cuartel-maestre Mackenna : constaba de los Infantes i Voluntarios de la patria, las brigadas de caballería de O'Higgins i de Cruz, i las piezas de artillería de mayor calibre (22).

La vanguardia entre tanto, a las órdenes del coronel don Luis Carrera, no se habia retardado en su marcha : las noticias que recibia del estado de dispersion del enemigo lo decidian a apurar el paso para darle alcance. El 14 se juntó con la division de Benavente en el estero de Buli, i entre ambos sorprendieron un carro cargado de equipajes, i sesenta hombres que se habian atrasado (23).

Pareja se hallaba a dos leguas únicamente de aquel sitio : las lluvias incesantes habian desordenado su ejército, i le fué forzoso acampar en la villa de San-Cárlos el 14 de mayo. Allí llegó ese mismo dia don Manuel Vega, ayudante de don Luis

(22) *Informe del brigadier Mackenna sobre los Carreras*, impreso en el *Duende*, núm. 15.

(23) Benavente, *Mem.*, etc., cap. I. M. Gay, que en esta parte sigue la memoria del señor Benavente, dice equivocamente que se le tomaron al enemigo doscientos prisioneros, *Historia de Chile*, cap. XXII. Muchos de sus errores provienen mas de un descuido, como en este caso, que de falta de investigacion.

Carrera, pidiendo que se rindiese el ejército enemigo.

Vega habia propuesto un envío de un parlamentario, i él mismo se habia ofrecido para desempeñar el encargo, aunque no llevaba credencial alguna. Cuando llegó a San-Cárlos, Pareja aquejado por sus dolencias i enfermedades, habló con él unas pocas palabras para vindicar la espedicion que capitaneaba de los graves cargos que le hacian sus enemigos: segun se espresó no habia creido que le fuese necesario hacer uso de las armas para pacificar el pais entero, i ya que esto no le era posible no distaba mucho de hacer un tratado bajo bases que debian acordar los oficiales presididos por el mayor jeneral Justis.

No trepidaron éstos en entrar en negociaciones; pero ántes de esponer las bases bajo las cuales debia tratarse, reclamaron la devolucion de los equipajes que contenia un carro apresado por la vanguardia, despues que el parlamentario habia dejado el campo insurjente (24). Con el pretesto de este reclamo, querian los realistas ganar tiempo, i paliar un poco lo angustiado de su situacion a fin de obtener mayores concesiones en el tratado.

El parlamentario volvió al campo de Carrera trayendo la lisonjera noticia de los deseos de capitular que abrigaban los jefes invasores. Pidió única-

(24) El señor Benavente dice en su *Mem.*, etc., que uno de los baules apresados contenia pocas prendas de vestuario, pero muchos paquetes de pastillas de Lima. Las *Memorias* atribuidas al jeneral O'Higgins asientan la misma incidencia, i aseguran que ese baul pertenecia a un oficial Hurtado.

mente la intimacion por escrito i algunos pesos con que resarcir el valor de los equipajes. El mismo estendió el oficio que debia llevar en términos moderados como lo exijian las buenas intenciones en que se hallaban los jefes enemigos; pero el cónsul norteamericano Mr. Poinsett, que consideraba mui desfavorable la situacion de aquellos, puso una nota altanera en que reclamaba la inmediata rendicion del enemigo, i esto solo en virtud de la "jenerosidad i humanidad que distingue al ejército de la patria.". En el mismo momento se le envió al jeneral en jefe, que todavía distaba una legua de Buli, para que la firmase. Se creia que con esas espresiones de superioridad i ventajas se lograria rendir a un enemigo abatido, pero no humillado.

Con esta contestacion volvió Vega a San-Cárlos, llevando tambien quinientos pesos para compensar el valor de los equipajes apresados. Fué bien recibido i agasajado, pero las exijencias de la nota de Carrera no merecieron la aprobacion de la oficialidad: su posicion no era de modo alguno tan desesperada que debiesen rendirse a discrecion. Contaban con algunos elementos de guerra, i si la fortuna no les habia sonreido en los principios de la campaña, podian tomar mui diversa actitud en poco tiempo mas, así que recibiesen los ausilios que esperaban del Perú.

Por esta consideracion los jefes militares contestaron la nota de Carrera ofreciéndose gustosos a entrar en capitulaciones, para las cuales prometian enviar a su campo al mayor jeneral Justis, al intendente de ejército don Matías de la Fuente,

o al secretario fr. José Amirall, si el jefe insurjente enviaba un parlamentario, que quedase en rehenes miéntras se estipulaba el tratado. Con esa contestacion volvió Vega despues de media noche (25).

VIII. No era esto cuanto esperaba Carrera. En su juicio el enemigo no podia hacer otra cosa que capitular para no rendirse a discrecion, de modo que sólo necesitaba presentarse para batirlo. En esa misma noche se reunió todo el ejército en Buli, i ya no se pensó mas que en atacar al enemigo en la mañana siguiente. La batalla debia darles el resultado que no alcanzó la intimacion.

La division de vanguardia a las órdenes de don Luis Carrera se puso en marcha en la mañana del 15 (26). Al acercarse a San-Cárlos alcanzó a ver que el ejército de Pareja abandonaba a gran prisa aquel pueblo, i no trepidó un momento don Luis en seguir en su alcance para presentarle batalla con la corta division de su mando; tal era la confianza que tenia su jefe en el estado de postracion en que se hallaba el ejército realista.

En efecto, ni Pareja ni sus jefes lo creian en estado de mantenerse en San-Cárlos, a dos leguas únicamente del enemigo. Temerosos del resultado de una batalla campal, i dudando que Carrera quisiese capitular con un ejército que podia batir, creyeron mas prudente repasar el Ñuble, i fortifi-

(25). *Memoria sobre los hechos mas notables de la revol. de Chile*, cap. VIII. Mss.

(26). El señor Benavente dice en su *Mem.* citada que la vanguardia avanzó con el objeto de interponerse entre San-Cárlos i el rio Ñuble, para cortar al enemigo. No hai duda que este movimiento era estratéjico, pero si se dió tal órden don Luis Carrera desempeñó mui mal el encargo.

carse en Chillan miéntras llegaban los nuevos refuerzos del Perú. En la misma noche del 14, poco despues de haber salido de San-Cárlos el parlamentario Vega, dió órden el jeneral Pareja que saliesen para Chillan las municiones, parque i bagajes, a las órdenes del mayor jeneral Justis, del cuartel maestre Tejeiro, i que cada cuerpo diese una pequeña partida de soldados para la escolta: con ellos salió tambien una multitud de oficiales i tropa en clase de enfermos.

El resto del ejército se movió a las nueve de la mañana siguiente. A las once, en los momentos en que los artilleros trabajaban empeñosamente por sacar del fango dos piezas que se habian atollado, pudieron ver que la vanguardia enemiga distaba solo un tiro de cañon. Desde luego el jeneral pudo conocer que ya no le era posible seguir su marcha, cortado como iba a hallarse en breve por el caudaloso Ñuble: intentar pasarlo perseguido de cerca por un enemigo poderoso habria sido una empresa desgraciada. Forzoso le fué resolverse a organizar la resistencia.

Inmediatamente, Pareja ordenó a los dragones veteranos, única caballería con que contaba, que alcanzasen las municiones, ántes que separados de ellas por el rio no le fuese ya posible sostener el choque. Sus tropas siguieron siempre avanzando a fin de ganar la altura de una loma, en que queria formar la línea.

Sin embargo de la sangre fria con que dictaba estas órdenes, el brigadier Pareja no estaba en situacion de dirijir su ejército en la batalla que se

iba a empeñar. Hasta entónces habia sido transportado en una camilla; su cuerpo estaba agobiado por las dolencias físicas, i su espíritu carecia en aquel momento del reposo que las circunstancias exijian. A fin de calmar la inquietud que tenia dominado a todo el ejército, hallándose sin un jefe que lo mandase, hizo reconocer por tal al capitan don Juan Francisco Sanchez, comandante interino del batallon veterano de Concepcion.

Su eleccion fué mui acertada : en pocos instantes Sanchez pudo disponer el mejor plan de batalla que era posible adoptar en aquellas circunstancias. Hizo formar su línea en la eminencia mas pronunciada de aquellas lomas, dando su frente al noroeste que era el punto en que se hallaba el enemigo; i como temiese que éste lo atacase por el flanco, dobló las estremidades de la línea formando un cuadrilongo de infantería veterana, i colocando entre filas los veinte i siete cañones de que podia disponer. Las carretas, los tercios de víveres i bagajes del ejército fueron colocados adelante de la línea para servir de trincheras. Su determinacion era la de mantenerse allí todo el tiempo que le fuese posible, defendiendo sus posiciones con la artillería.

Inmediatamente dió la órden de romper los fuegos de cañon. Desde entónces algunos relijiosos franciscanos que acompañaban a su ejército comenzaron a recorrer las filas infundiendo por todas partes valor i resolucion con palabras acaloradas i prometiendo las delicias de la vida futura a los que sucumbiesen en defensa de su rei. El casi agonizante jeneral Pareja se hizo montar a caballo i recorrió

tambien la fila para infundir entusiasmo en la tropa.

La division de vanguardia del ejército insurjente era mui inferior en número a las fuerzas de Sanchez: pero su jefe sin arredrarse un momento siguió avanzando hasta que estuvo al alcance de la artillería enemiga. Llevaba dos cañones i con ellos contestó sus fuegos, hasta que a causa de su mal estado, se les desmontaron despues de los primeros tiros.

Entónces cabalmente llegó la segunda division: don José Miguel comenzó desde luego a impartir órdenes para formar la línea. Los cuerpos entraron al combate en columna natural, i fueron estendiéndose en batalla: tomó el centro la infantería, la Gran-guardia i artillería, los Granaderos ocuparon la derecha, i la izquierda los Infantes de la patria. Las milicias de caballería marcharon a ocupar los estremos, con el objeto de formar un círculo fuera del alcance de los tiros del enemigo, para rodearlo, i colocarse a retaguardia, a fin de cortarle el paso del rio.

Esta disposicion era bastante estratéjica: las fuerzas de Sanchez, que no alcanzaban a mil hombres, estropeados por marchas largas en una estacion sumamente cruda, no podian de modo alguno tomar la defensiva. Pero el ejército de Carrera no tenia la disciplina necesaria para llevar a cabo este plan, i la turbacion i el mas completo desórden vinieron a desconcertar sus propósitos. El comandante de la segunda division don Juan José Carrera, "lleno de ignorancia i de insubordinacion, dice su

hermano don José Miguel en su diario militar, apénas formó en batalla, cuando mandó atacar a la bayoneta marchando a toda carrera; pero no habian avanzado cien pasos cuando empezaron a sufrir las descargas del enemigo, cuyo efecto unido al cansancio la dispersó en una quebradilla que estaba al pié de la posicion del enemigo." Desordenado así el cuerpo de Granaderos, abandonado por dos de sus capitanes, Portales i Tuñon, la tropa se dispersó en pelotones, que mantenian un fuego graneado, aunque ineficaz contra el enemigo.

El ejército insurjente, como se vé, estaba persuadido que solo le bastaba presentarse para rendir al enemigo. Los Infantes de la patria que mandaba Muñoz Bezanilla, participaban de esa persuasion, i avanzaron en seguida de los Granaderos para retroceder así que comenzaron a sufrir los fuegos de los cañones de Sanchez.

Para mayor confusion la artillería de la segunda division se desmontó e inutilizó a los primeros tiros, i sus jefes, el capitan don Joaquin Gamero i el teniente don Nicolas Garcia se mantuvieron sentados sobre sus cañones para defenderlos. En esos mismos instantes la caballería miliciana, que habia recibido órden de formar a retaguardia del enemigo, se dispersaba desordenada: sus jefes no habian querido o no habian sabido dar un rodeo para evitar los tiros de la artillería realista, i a las primeras balas que alcanzaron a sus fuerzas desistieron de sus propósitos. El rejimiento de Melipilla, que mandaba don Baltazar Ureta, habia intentado, a la voz de su jefe, atacar el cuadro realista, desobedeciendo las órde-

nes del jeneral, pero tuvo tambien que dejar el campo en completa dispersion.

Sin embargo, la infantería formando pelotones separados entre sí se estendió en torno del cuadro enemigo, haciendo sus fuegos de fusil, que no alcanzaban a las tropas de Sanchez. Avanzando poco a poco dió una vuelta entera a aquella loma describiendo un gran círculo segun le permitian los fuegos de la artillería realista. Solo en la tarde volvieron a encontrarse en el punto en que formaron la línea por la mañana.

La batalla estaba concluida con esto solo: el ejército insurjente se hallaba disperso i desordenado. No habia ya mas esperanza de triunfo sino era en lo que pudiese hacer la division de retaguardia, que mandaba el cuartel-maestre Mackenna. Asi lo entendió el jeneral en jefe, i le despachó repetidas órdenes para que apurase la marcha i viniese a hacer algo a fin de evitar una derrota. La artillería gruesa que conducia lo habia demorado toda la noche anterior en el paso del rio Perquilauquen, i marchaba del modo que ella le permitia.

Mackenna era sin duda el militar mas esperimentado de todo el ejército, i traia consigo un buen refuerzo en el valiente O'Higgins; pero su division estaba sumamente reducida. Antes de salir de Buli, don José Miguel apartó de ella la brigada de caballería de Cruz, i el batallon de Infantes de la patria, dejándole solo 600 milicianos que mandaba O'Higgins, i los Voluntarios que no alcanzaban a cien hombres, con solo una veintena de fusiles útiles, i algunos cañones de grueso calibre. Al entrar

en el campo, la desercion redujo éste cuerpo a sesenta hombres, sin mas oficiales que el comandante Cotapos, i el capitan don Francisco Cruz, que fué muerto en la accion por uno de sus mismos soldados i por casualidad.

Esta reserva nó alcanzaba a mejorar la situacion del ejército; pero Mackenna, instado por Carrera para hacer un esfuerzo que impusiese al enemigo, se avanzó a reconocer sus posiciones a pesar del cañoneo, i fué a ocupar su retaguardia con toda la artillería disponible, i las milicias de caballería.

O'Higgins, que mandaba las milicias, comenzó el ataque dispersando a una partida de dragones veteranos que Sanchez habia colocado a su espalda a fin de mantener espedito el paso del rio, para el caso de una retirada, i para recibir municiones del otro lado del Ñuble.

Desde luego se hicieron sentir los efectos de esta evolucion, Sanchez, que habia sostenido un vivo fuego de cañon desde la mañana, se encontraba en la tarde exhausto de municiones, cuando el ejército insurjente comenzaba a obrar con mas órden i acierto. Su infanteria, sin embargo, estaba fresca, i bien provista de cartuchos; i ella podia tomar con ventaja la ofensiva contra esos pocos soldados que intentaban cerrar el paso, tanto mas cuanto que el grueso del ejército insurjente estaba disperso.

Movióse en efecto, con intencion hóstil; pero informado Mackenna de que avanzaba sobre sus cañones, previó luego el peligro que corrian, i en pocos momentos le puso el remedio mas eficaz i quizá el único que le permitia su apurada situacion.

El cuartel-maestre era mui prudente para comprometerlo todo en una accion; pero sin tener otro arbitrio que tocar, dió a O'Higgins la órden de cargar con su caballeria contra el cuadro enemigo. Este jefe acometió sable en mano a la cabeza de sus lanceros sin calcular el seguro sacrificio a que se esponía: sus soldados i oficiales lo siguieron alentados por el valor que su presencia les infundia, hasta que el jefe de uno de sus cuerpos comenzó a dar gritos avisando que se iba a sacrificar a toda la brigada en un ataque infructuoso. A esa voz la línea se desorganizó haciendo un remolino, i comenzó a triplicar i cuadruplicar su fondo, hasta formar una columna en que no reinaba mui buen órden. Este solo movimiento, que a la distancia parecia estratéjico, mantuvo en sus puestos al cuadro realista.

La noche vino a poner término a aquella singular jornada: Mackenna i O'Higgins, que habian alcanzado a contener al enemigo, o a impedirle al ménos que cantase victoria, fueron los últimos en retirarse del campo. Al frente de la caballeria dieron una vuelta por el lado del oeste recojiendo dispersos e imponiéndose del estado del ejército de Sanchez; hubieran querido hacer un reconocimiento del cuadro que él formaba, pero carecian de una partida de fusileros que los acompañase, i en valde la habrian buscado, porque todas las fuerzas de Carrera volvian por su órden a la villa de San-Cárlos (27).

(27) Martinez, *Mem. hist.*, *etc.* Mss.—Ballesteros, *Revista de las obras, etc., etc* cap. 2.° Mss.—Benavente, *Mem. sob. las prim.*

En ese pueblo se reunia, en efecto, todo el ejército: pero era tan grande la dispersion, que se pasó la mayor parte de la noche reuniendo soldados ocultos en las inmediaciones. La jornada costaba, por otra parte, cerca de cien muertos i setenta heridos, que se colocaron del mejor modo posible en un hospital improvisado, i bajo la asistencia del cirujano don José Olea, de escasisimos conocimientos profesionales.

Las ocurrencias de aquel dia habian infundido por todo la turbacion i el desórden. En medio de ella, la exaltacion de las pasiones indujo a un acto de inhumanidad. En los primeros momentos del combate, cuando Sanchez no formaba su línea, se separaron de su ejército algunos soldados que cayeron prisioneros de la caballeria insurjente, cuyo núme-

camp., cap. III.—O'Higgins, *Mem. sob. los hechos mas not.*, *etc.*, *etc.*, cap. IX, Mss. El *Informe sobre la conducta militar de los Carreras*, del brigadier Mackenna, inserto en el *Duende* (periódico de 1818) núm. 15, contiene la mejor relacion que haya visto de la batalla de San-Cárlos, apesar de los fuertes cargos contra el jeneral en jefe i sus hermanos. El *Diario militar* de don José Miguel Carrera contiene detalles mui curiosos e importantes, i que no discordan de los que asienta Mackenna en su *Informe*. De una i otra pieza se puede conocer cuanto se odiaban aquellos dos hombres: Carrera dice que Mackenna no cumplió sus órdenes al atacar, i éste intenta probar que las malas disposiciones de Carrera pusieron en derrota su ejército ántes de comenzar la batalla. El parte oficial de Carrera no es de utilidad alguna para el historiador: recargado de exajeraciones, inexacto en los detalles, abunda ademas en contradicciones i vaguedades. El P. Martinez le hace una graciosa i justa crítica en su *Mem. hist.*—El historiador Torrente, no satisfecho en esta parte con acordar la victoria a Sanchez, hace montar a cifras imajinarias el ejército de Carrera. Este, por su lado, asienta en su *Manifiesto a los pueblos de Chile*, publicado en Buenos-Aires en 1818, que no tenia a sus órdenes aquel dia mas de 3000 hombres, miéntras que Sanchez contaba 6000; para conocer la exajeracion, baste saber que le da 3000 soldados de caballería, cuando solo tenia 25 dragones.—Debo algunos detalles de aquella accion al jeneral don José Santiago Aldunate, que servia en clase de ayudante de Granaderos.

ro, unido a los que se habian tomado en los dias anteriores, alcanzaba a 200 hombres. Algunos de esos soldados, que se habian atrasado en el camino, i que no alcanzaron a formar el cuadro, temerosos de caer en manos de los enemigos, se subieron a unas pataguas i otros árboles que allí habia, i fueron fusilados desde abajo por las partidas que volvian al anochecer a la villa de San-Cárlos (28). En varias memorias de aquella época, se asegura que tambien fueron pasados a cuchillo algunos prisioneros.

IX. Ninguno de los dos ejércitos podia cantar victoria despues de aquella singular batalla. El campo quedó por los muertos: los realistas no se movieron de sus atrincheramientos, i los insurjentes se replegaron a San-Cárlos para reponerse de sus fatigas, i prepararse para el dia siguiente.

La jornada infundió un gran desaliento en el campo de Carrera: cuando se creia fácil batir al enemigo, cuando los jefes se disputaban la gloria de prenderlo en su retirada, aquel duro desengaño vino a cortar el vuelo a su entusiasmo. El comandante de la division del centro, don Juan José Carrera, que temeraria i confiadamente habia comprometido la accion, pensaba que era preciso volver atras i repasar el Maule para reorganizar sus tropas. El jeneral en jefe se sentia abatido por aquel contraste, i desesperaba de la salvacion del ejército i de la patria (29). Pero don José Miguel supo mostrarse

(28) Conversacion con el jeneral Aldunate.

(29) *Diario militar* de don José Miguel Carrera, Mss. Carrera asegura allí mismo que Mackenna pedia como su hermano don Juan

superior a tamaña desgracia: sin pérdida de momento ordenó que se compusiesen los fusiles que se hallaban en mal estado, i lo dispuso todo para recomenzar el combate el dia siguiente. La Gran guardia a las órdenes del comandante don Juan Antonio Diaz Muñoz, i algunas milicias de caballería quedaron esa noche en observacion del enemigo.

No faltaban motivos para que desesperasen los jefes patriotas: los fusiles habian sufrido mucho con el fuego de ese dia, i las municiones no alcanzaban mas que para dos horas: la caballería estaba cansada i estropeada, i solo cinco cañones quedaron servibles. El mal armamento del ejército habia sufrido cuanto es dable en un solo dia con el torpe manejo de soldados inhábiles.

El ejército invasor no se hallaba en situacion mas favorable. En la jornada habia consumido sus municiones de artillería, a tal punto que solo le quedaron cuatro balas de cañon; i perdió una pieza de a cuatro, que se desmontó, i otras dos que quedaron en poder del enemigo. La batalla le costaba ademas seis muertos i quince heridos.

El desaliento habia cundido en sus filas, apesar del éxito favorable del combate. Sanchez habia sabido sostenerse en su puesto contra tropas mui superiores en número, i habia estado en situacion de arrollarlas i concluirlas, cuando marchaba en retirada a encerrarse a Chillan para evitar un encuentro en campo raso; pero esas ventajas no habian

José que se volviese a Talca: pero este, que no conocia el escrito de Carrera, dice en su *Informe* citado lo contrario.

alentado al ejército, que se consideraba débil en número, i traicionado por algunos de los que lo acompañaban.

Sanchez mismo no creia ventajosa su situacion: ignoraba la del enemigo, la turbacion i el desórden que en sus filas habia infundido la batalla, i quiso consultar el parecer de sus oficiales para tomar sus medidas segun lo que acordase la mayoría. La opinion allí fué unánime: todos pidieron que se repasase el Ñuble para ir a encerrarse a Chillan. Segun ellos, ese movimiento debia verificarse en la misma noche, aprovechándose del descuido del enemigo.

En efecto, a las once de la noche movió su campo en buen órden i silencio, para no inquietar a las tropas que pudiesen estar en observacion. Formó sus cuerpos en columna cerrada en situacion de resistir por cualquier punto que se le atacase, i al amanecer llegó al rio sin la menor molestia i sin ser perseguido por la Gran-guardia.

Este descuido del enemigo no dió mayor confianza al astuto Sanchez. Las primeras lluvias del invierno habian aumentado considerablemente las aguas del caudaloso Ñuble, i el paso presentaba mas de un inconveniente: a fin de vencerlos, el jefe realista hizo pasar ante todo algunos cañones que colocó en una altura en la ribera del sur, en las casas de una hacienda, para favorecer el paso del ejército, i al mismo tiempo situó otros en la ribera del norte para impedir que fuese molestado por la retaguardia. A la orilla del rio se hallaban los dragones veteranos, equipajes i municiones que se habian

enviado a Chillan ántes de la batalla; i con este refuerzo podia maniobrar para el paso del rio. El resto de sus fuerzas siguió pasando en balsas (30).

A esa misma hora Carrera dió la órden de marcha a su ejército, apesar del desórden i confusion que se habia introducido en su campo el dia anterior. Salió primero una guerrilla que mandaba don Francisco Molina, conocido en el campamento con el apodo de *Catalan*, i tras de ella la vanguardia mandada por don José Miguel en persona: su objeto era atacar a Sanchez en sus posiciones; pero viendo que habia burlado la vijilancia del comandante de la Gran-guardia, aceleró su marcha, i dió sus órdenes para activar la de las otras divisiones.

Molina se adelantó a todo el ejército: ese diestro guerrillero tenia pasion por la guerra, i gustaba de burlar el peligro con maña i audacia. Era peninsular de nacimiento, i habia servido en el batallon fijo de Concepcion, que pagaba el rei de España: pero a la época del desembarco de Pareja corrió a ponerse a las órdenes del jeneral insurjente, porque habia abrazado la causa de la revolucion con entusiasmo, i queria servirla con eficacia.

A las diez de la mañana llegó Molina a la orilla del rio, porque el mal estado de los caminos no le habia permitido andar con mayor presteza las cuatro leguas de su marcha. Entónces cabalmente pasaban las últimas partidas del ejército realista: su sola presencia desconcertó al enemigo, que se pre-

(30) Martinez, *Mem. hist.*, Mss.—Ballesteros, *Revist., etc., etc.*, cap. 2.°, Mss.

cipitó al rio dejando abandonados dos cañones, algunas carretas de equipajes i pertrechos, i perdiendo muchos de sus soldados que fueron arrastrados por la corriente (31). La bateria que Sanchez habia colocado en la rivera sur del rio hizo sus fuegos contra Molina; pero apesar de la confianza que debia darle su segura posicion, abandonó el punto en que se habian situado a los primeros tiros de dos piezas con que el teniente don Nicolas Garcia vino a reforzar al guerrillero insurjente.

La fortuna acababa de protejer visiblemente a las armas realistas. Si la Gran-guardia i demas partidas de observacion hubiesen inquietado a las tropas de Sanchez en el paso del rio, su ruina habria sido inevitable i completa. Por su dicha pudieron pasar el rio sin gran pérdida, engrosar sus filas con los dispersos que vagaban al otro lado del Ñuble, i entrar en esa misma tarde a la ciudad de Chillan.

Los misioneros franciscanos esperaban allí al ejército con camas para los enfermos, i víveres en abundancia. "Todo el gozo de la comunidad en la primera entrada del ejército, dice uno de esos misioneros, se convirtió en amargura a su regreso a esta ciudad. Su vista movió el corazon de los relijiosos a la mayor compasion, porque llegaron las tropas estropeadas de las marchas, faltas de ali-

(31) El parte oficial de Carrera habla de cuatro cañones quitados al enemigo.—Tengo a la vista una *Relacion de servicios i campañas del jeneral de brigada don Joaquin Prieto,* Mss., formada en 1819, que contiene muchos detalles mui exactos sobre aquellos sucesos, i que asienta fueron solo dos los cañones tomados. Los partes de Carrera abundan de ordinario en exajeraciones.

miento i fatigados de los choques de Yerbas-Buenas i San-Cárlos, i para corona de males el jeneral gravemente enfermo (32)."

Desde entónces el ejército invasor se encontró parapetado por murallas i edificios, pero dueño solo del terreno que pisaba, i crudamente hostilizado por un enemigo tenaz. Se necesitaba de muchas peripecias para que pudiese dejar el encierro que voluntariamente se habia impuesto.

(32) *Relacion de la conducta observada por los PP. misioneros del colejio de Chillan, desde* 1810 *hasta* 1814, por el P. Fr. Juan Ramon, Mss.

CAPITULO IV.

I. El gobierno fomenta el espíritu militar.—II. Donativos con que que contribuian los particulares al sostenimiento de la guerra.—III. Los insurjentes arman dos buques para cortar al enemigo sus comunicaciones.—IV. Zarpan del puerto i se entregan a la fragata *Warren*.—V. Aprestos del gobierno para impedir un desembarco del enemigo en Valparaiso.—VI. Creacion de un juzgado de policía i de una junta de arbitrios.—VII. Organizacion de patrullas para cuidar del órden.—VIII. Medidas represivas de la junta contra los españoles.

I. La invasion de Pareja, como se ve, no habia calmado la fiebre revolucionaria; ni la salida de Carrera para el sur habia disminuido el entusiasmo de la capital. La junta de gobierno que le habia sucedido en el mando obraba con gran actividad, i dictaba toda clase de providencias para despertar el espíritu de resistencia i crear recursos militares para la guerra.

Las batallas de la campaña se celebraban en Santiago como victorias decisivas que destruian completamente al enemigo. Los partes oficiales de Carrera, recargados de exajeraciones, servian perfectamente a los propósitos del gobierno, i bastaba su sola publicacion en el periódico oficial, el *Monitor Araucano*, para que todo el mundo se impu-

siese con avidez en los detalles muchas veces inexactos de la jornada.

Pero, no se crea que se carecia en la capital de noticias verdaderas acerca del modo como se conducia la campaña, i que no habia quien estuviese al corriente de lo que pasaba en el teatro de la guerra. No faltaban en el ejército insurjente militares murmurones que informaban a sus amigos i deudos, i hasta al gobierno, de los pobres resultados de la campaña, i que descubrian la verdad de lo ocurrido en esas decantadas victorias. Sus comunicaciones venian a Santiago junto con el parte oficial de Carrera, de modo que con la primera noticia llegaban los informes secretos que desmentian al jeneral en jefe (1).

El gobierno, por su parte, cuidaba de dar a esas batallas mucha mas importancia de la que tenian en realidad. A cada noticia se seguia alguna celebracion, algun gran banquete en que se pronunciaban bríndis entusiastas por la libertad de Chile, i por las victorias de sus ejércitos.

Las proclamas de la junta gubernativa respiraban ese mismo entusiasmo: en una de ellas se hablaba a las guardias cívicas de Santiago, invitándolas por la gloria i la inmortalidad a marchar a engrosar la guarnicion de Valparaiso, en circunstancias en que se temia un desembarco del enemigo: "Dejad vuestros hogares, decia, corred valientes ántes que pase el dia de la gloria...... i al volver

(1) Martinez, *Mem. hist., etc., etc.* año de 1813, Mss.—O'Higgins, *Mem. sob. los hechos notables de la revol. de Chile*, cap. IX, Mss.

cubiertos de honor i de la admiracion i gratitud de un millon de ciudadanos, recibireis por recompensa ese tierno respeto con que se digan unos a otros: "He aquí un valiente de la lejion inmortal (2)."

Para dar mayor aliento a ese espíritu militar, el gobierno decretó la construccion de una pirámide en la plaza mayor de Santiago, en cuya cúspide debia colocarse una estátua de la Fama, con inscripciones alegóricas i entusiastas. En ella debia fijarse láminas de bronce con los nombres de todas las personas muertas en defensa de la patria: i para ayudar a elevarla, se acordó que se vendiesen los escudos de armas españolas que adornaban el solio del despacho del gobierno, i el de los tribunales.

No satisfecho el gobierno con el efecto de las proclamas, ni las espontáneas manifestaciones de civismo de muchos vecinos, dió un decreto, por el cual se mandaba bajo penas, que todo ciudadano se alistase en los cuerpos militares, señalando las tardes para los ejercicios doctrinales, i autorizando a los comandantes para la recoleccion de las armas que poseyesen los particulares, con un simple recibo para cuando llegase el caso de devolverlas.

II. En realidad esta era una nueva contribucion que se imponia a los poseedores de armas, pero contribucion mui suave i soportable para los parciales de la revolucion, si se atiende a las fuertes sumas con que contribuian, por via de donativos, al sostenimiento de la guerra.

Desde los primeros aprestos para la organiza-

(2) Proclama de la junta gubernativa.—Santiago, mayo 3 de 1813.

cion i equipo del ejército insurjente, se habia colectado espontáneamente algunas cantidades de consideracion entre los ciudadanos, las señoras i algunos superiores de las órdenes relijiosas. Muchos empleados servian sin sueldo alguno, i cada cual contribuia con efectos, víveres o caballos para el ejército, sosteniendo por su propia cuenta a algunos soldados. Don José Antonio Rojas i don Juan Antonio Ovalle, las primeras víctimas de la revolucion chilena, inscribieron sus nombres en las listas de erogaciones, presentando mil pesos aquel, i quinientos este. Don Pedro Prado, don Ignacio de la Carrera, don Martin Encalada, don Domingo Toro, don Pedro Solar, don Domingo Errázuris i don Agustin Eyzaguirre, contribuyeron con una suma igual a la de Ovalle. Don Juan de Dios Vial del Rio, que servia el destino de juez del tribunal de apelacion, dejó la mitad de su sueldo; don Mariano Egaña, que desempeñaba la secretaria de la junta gubernativa, los vocales Infante i Eyzaguirre, i el juez de policía, don Martin Encalada, se prestaron a seguir en sus puestos sin emolumento alguno, miéntras durase la guerra. El coronel del rejimiento de milicias de Melipilla, don Manuel Barros, se ofreció graciosamente a recojer en su hacienda a todas las viudas de los soldados de su cuerpo muertos en la campaña; i el marques de Cañada-Hermosa, que remitió al gobierno un buen ausilio de vacas i trigo, ofrecia que se usase su hacienda hasta consumirla (3). Los donativos en metálico dieron

(3) El *Monitor Araucano*, contiene largas listas de donativos voluntarios, de que he sacado los razgos del testo.

al gobierno, en los meses de abril i mayo, mas de veinte i seis mil pesos.

III. Estos donativos fueron tambien considerables en las provincias. En Valparaiso, sobre todo, se vió un desprendimiento singular, hasta de parte de los oficiales de la guarnicion, jóvenes muchos de ellos de corta fortuna, sin mas renta que sus sueldos, i estos tan escasos que el gobernador don Francisco de la Lastra los mantenia en su casa del mejor modo que le permitian sus recursos.

Allí, en verdad, se necesitaba estraordinariamente de esos donativos para dar cima a un proyecto del gobierno. Se trataba nada ménos que de armar dos buques para dar caza a cierta fragata corsario del virrei del Perú, que bloqueaba el puerto, i se mantenia fuera del alcance de las baterías que lo guardaban. Esa fragata era la *Warren;* ella no podia hácer mal alguno, sino era incomodar al comercio; pero el gobierno habia creido que una vez desembarazado de ese estorbo, podia tomar la ofensiva, i mandar su débil escuadra a bloquear a Talcahuano, i cortar al enemigo sus comunicaciones con el Perú. Este proyecto fué discutido por el cabildo de Santiago en sesion de 8 de abril, cuando la *Warren* no se habia acercado a las aguas de Valparaiso, i se acordó consultar al gobernador Lastra sobre el particular. Su informe fué favorable a la empresa, i el gobierno comenzó desde luego a dictar las órdenes conducentes a su realizacion.

Aquella obra requeria recursos que no estaban al alcance del gobierno. Era preciso equipar prontamente buques, sin poseer un solo casco, sin arma-

mento, sin marineros i sin capital para tamaños gastos. Se necesitaba mucha audacia para emprender ese trabajo; i, por fortuna, los hombres que dirijian el estado no carecian de fibra i de constancia.

Una casualidad vino a dar alientos al gobierno en aquellas circunstancias. En los primeros dias de abril, cuando la junta de Santiago estaba preocupada con la idea de echar al oceano una flotilla insurjente, acababa de entrar al puerto de Valparaiso una fragata portuguesa, la *San-José de la Fama*, mandada de Rio Janeiro, segun decian sus papeles, por Lord Strangford, embajador de S. M. B., a cargar trigo en los puertos de Chile, para semilla, que hacia falta en Inglaterra. La fragata venia armada como de guerra i bien equipada: sus cañones eran buenos, i poseia armas de abordaje.

Informado de estas ventajas, el gobierno no trepidó en emplear la fragata para la proyectada empresa. Su capitan era un teniente de la armada portuguesa, llamado don Dionisio Manuel Costa, i el sobrecargo don Andres Munró: a ambos invitó la junta a entrar en un arreglo para formar parte de la escuadrilla que se preparaba, i ambos se negaron decididamente. En vista de esta negativa, el gobierno acordó usarla, apesar del desagrado de la tripulacion.

El reconocimiento del buque hizo conocer que era necesario carenarlo, i entrar en crecidos gastos: el gobierno desistió de su propósito, i quiso únicamente emplear sus armas en las otras embarcaciones que debian salir en caza de la *Warren*. Estos

eran la fragata *Perla*, i el bergantin *Potrillo*, que el gobierno tomó en alquiler a una compañía de filibusteros americanos, interesándolos en la presa: para tripularlos se buscaron marineros de las naves mercantes surtas en la bahía, i se dió el mando inmediato de la *Perla* i el jeneral de ambos buques a don Vicente Barba, capitan de una de aquellas naves. El gobierno ofreció a la tripulacion su parte de presa.

IV. Los esfuerzos incesantes del gobernador dieron los buenos resultados que esperaba la junta de Santiago. Lastra habia servido en la escuadra española, i conocia mui bien las dificultades de la empresa i los medios de subsanarlas. No hubo fatiga, ni trabajo que no soportase con gusto para el mejor desempeño de su encargo. El gobierno premió desde luego sus afanes, concediéndole el grado de coronel.

Todo estaba listo el primero de mayo, i solo se esperó que se avistara la *Warren* para desplegar las velas. El siguiente dia, que era el domingo 2, el audaz corsario se acercó hasta las entradas del puerto, i la escuadrilla solo tardó en zarpar el tiempo preciso para oir la misa que dijo su capellan a bordo de la *Perla*.

La poblacion entera ocupaba la playa para ver salir a la escuadra insurjente. Todos creian inevitable un combate, si la *Warren* no huia, i muchos esperaban verla entrar en aquella tarde, remolcada por la *Perla* i el *Potrillo*. Salieron estos felizmenmente de la bahía sin que la *Warren*, que permanecia inmóvil, les disparase un solo cañonazo: la *Per-*

la, que marchaba adelante, siguió acercándose a la fragata enemiga hasta ocupar un lugar a su costado, miéntras el *Potrillo*, que se veia traicionado, recibia los fuegos del corsario. Siguió un momento de confusion, en que parecia que el bergantin intentaba el abordaje, i al oscurecerse, cuando los observadores veian apénas lo que pasaba fuera del puerto, muchos creyeron que seguia mar afuera sin grave daño, i libre ya de los tiros del enemigo.

Lo que el pueblo de Valparaiso veia desde la playa era una horrorosa traicion, dispuesta de antemano i efectuada por el influjo i el dinero de algunos comerciantes i vecinos de aquel puerto, de acuerdo con la tripulacion de la *Warren*.

En el tiempo en que se armaba la escuadrilla, algunos godos de aquella poblacion supieron que la fragata que bloqueaba el puerto solia acercarse a las caletas del lado del sur, i mandar botes a tierra a hacer aguada. No faltó entre ellos quienes espusiesen hasta su vida por entablar comunicaciones con los marinos del corsario: por desgracia tuvieron en breve la primer entrevista en Playa-Ancha, i tras de esta muchas otras, en que impusieron a la jente de abordo del equipo de la escuadra, i de los recursos con que contaba el gobierno. De allí se empezó a hablar sobre seducir a la tripulacion que debia embarcarse: i se pusieron en todo de acuerdo para conquistarse por medio del dinero a algunos marinos de las naves nacionales.

Uno de estos era un italiano llamado Antonio Cárlos Magi, marinero sacado de la fragata portuguesa *San-José de la Fama*, el cual se embarcó en

la *Perla* resuelto a revolucionar la tripulacion el dia mismo de su salida del puerto, tan pronto como se hallase fuera del alcance de las baterias de sus castillos.

Realizó en efecto la revolucion, poniendo una pistola en el pecho al comandante Barba, i fué a ofrecerse a las órdenes de la *Warren*: ambas fragatas dirijieron entónces sus fuegos al bergantin *Potrillo*, que tuvo que rendirse despues de corta resistencia. Los tres buques quedaron desde entónces a las órdenes del virrei del Perú (4).

V. Este suceso produjo desde luego una gran turbacion en Valparaiso, i no pocos temores en Santiago. La traicion de la escuadra, acaecida cuando el ejército insurjente no habia tenido con el enemigo mas encuentro que la sorpresa de Yerbas-Buenas, vino a afirmar en sus esperanzas a los enemigos de la revolucion, i a hacer vacilar en las suyas a sus parciales.

En valde se quiso evitar esos temores, dejando sin publicacion los partes de Lastra en que imponia a la junta gubernativa de lo ocurrido, i ocultando la noticia. La traicion de la *Perla* fué en breve tiempo un suceso que nadie ignoraba, apesar de la reserva del *Monitor Araucano*; éste solo comunicó en sus boletines que el *Potrillo* se habia salvado de los tiros de la *Warren*, i que seguia felizmente mar afuera.

(4) *Manifiesto del gobierno de Chile a las naciones de América i Europa.* Santiago, mayo 30 de 1813.—*Proclama a la valerosa marina de Chile.* Abril de 1813.—La mayor parte de las noticias sobre aquella escuadra las he tomado del *Manifiesto*, antedicho i de algunas comunicaciones orales

El Gobierno temió, despues de aquella desgracia, un desembarco de tropas del virrei en el puerto de Valparaiso, tanto mas, cuanto que no habian fuerzas para impedirlo. A fin de evitar un suceso de esta especie, dió órden inmediatamente al capitan don Fernando Marquez de la Plata para que partiese en la mañana del 4 de mayo, a ponerse a las órdenes del gobernador Lastra, al mando de una division de ciento veinticinco Voluntarios de la patria.

Para entusiasmar a los milicianos el Gobierno publicó una proclama el mismo dia : apelaba en ella al sentimiento patriótico de cada chileno, i hablaba de la gloria que iba a darles la guerra. Muchos de entre ellos quisieron partir a Valparaiso con los Voluntarios, i el gobierno formó una pequeña division, cuyo mando confió al valiente gobernador de Talcahuano, don Rafael de la Sota, que habia opuesto la primera resistencia al ejército invasor (5).

Esta desgracia desalentó decididamente al gobierno, para entrar de nuevo en empresas navales. Desde entónces desistió de sus proyectos de formar una escuadra nacional: en vano fué que un rico vecino de Valparaiso, don José Vicente Iñiguez, se ofreciese a armar por su propia cuenta un bergantin, porque el gobierno se limitó a darle las gracias, i no volvió a acometer una empresa cuyo primer ensayo le costaba tan caro.

VI. La noticia de la traicion de la *Perla* llegó a Santiago un dia despues del parte oficial de la sorpresa de Yerbas-Buenas : ella venia a minorar

(5) *Monitor Araucano*, num. 12.

el contento que este produjo, i a separar momentáneamente al gobierno de los proyectos que tenian ocupada su atencion.

El gobierno no habia desatendido un momento las necesidades de la guerra por cuidarse de los otros trabajos. Como sufria una gran escasez de recursos, apesar de los cuantiosos donativos i de los ingresos del estado, que ponia infinitas trabas a las reformas que lo preocupaban, quiso oir los consejos de algunas personas de prudencia i patriotismo, capaces de sujerirle algunos pensamientos útiles para remediar las necesidades del erario.

Para esto, acordó la creacion de una junta de economia i arbitrios, encargada de "examinar el estado del erario público, i que formando un cómputo de los gastos a que debe ocurrirse propondrá al gobierno los medios mas equitativos con que pueda llenarse el déficit que resulte; cuidando de ahorrar todos los gastos que no sean de indispensable necesidad, contando que para el desempeño de su comision se le facilitaran los informes, razones i documentos que pidiere(6)." Por medio de esta junta, i con los consejos de sus miembros, el gobierno creia reunir recursos para hacer frente a las urjentes necesidades de la guerra, i para mejorar la administracion pública.

El réjimen colonial era tan sumamente vicioso que los corifeos de la revolucion lo atacaban por todos lados para correjir sus defectos, i arreglar la

(6) Decreto de 12 de abril de 1813. Los miembros elejidos para formarla fueron el senador don Juan Egaña, el intendente de hacienda don José Santiago Portales, los rejidores don Joaquin Gandarillas, don Antonio José de Irisarri i el procurador de ciudad don Anselmo Cruz.

administracion bajo bases de libertad i progreso. El ayuntamiento de Santiago, la junta gubernativa i el congreso habian trabajado empeñosamente desde 1810 por el triunfo de ciertas ideas que desde luego dieron sazonados frutos. El senado consultivo, que parecia el sucesor del alto congreso, no se mostraba menos interesado por la reforma del antiguo sistema.

De un acuerdo de este cuerpo con la junta de gobierno celebrado en los primeros dias de abril, resultó un aumento de doce rejidores para el cabildo de Santiago (7). Su primer trabajo fué el nombramiento de inspectores de barrio para la capital, i de un juez mayor de policía, segun un nuevo reglamento discutido en el congreso de 1811, i mandado observar por el gobierno en el partido de Santiago primeramente, i despues en todo el pais (8).

Ese reglamento exijia la creacion de un prefecto o juez de alta policía en cada partido o provincia, dependiente en el ejercicio de sus atribuciones del prefecto de Santiago. Debian ser nombrados por la junta gubernativa i proceder de acuerdo con el cabildo, respetando en todo el reglamento jeneral de policía, a menos que entre sus artículos encontrare alguno que no fuese adaptable a las circunstancias de la provincia, en cuyo caso era de su cargo informar inmediatamente al ejecutivo.

(7) Fueron estos rejidores don Joaquin Gandarillas, don José Manuel Escalada, don Agustin Eyzaguirre, don Martin Escalada, don José Maria Rozas, don Miguel Ovalle, don José Antonio Rojas, don Juan Francisco Barra, don Francisco Cisternas, don Timoteo Bustamante, don Manuel Ortúzar, i don Joaquin Tocornal.

(8) Decreto de 17 de mayo de 1813.

VII. Este arreglo en la policía de seguridad estaba destinado a mantener el órden público en todo el reino. La revolucion habia ajitado bien poco los ánimos en las provincias; pero desde que se comenzó la organizacion del ejército insurjente, se hizo sentir por todas partes una séria alarma. Los caminos se infestaron de bandidos que querian enriquecerse en la turbacion i el trastorno; i hasta en las mismas poblaciones se cometieron asesinatos i robos, a que no estaban acostumbrados sus habitantes.

Pero como no bastase la sola institucion de ese juzgado mayor de policia, el gobierno decretó otra providencia que creia complementaria de aquella. Con fecha de 5 de mayo, ordenó que todas las noches saliesen rondas mayores, con el encargo de velar por la seguridad i tranquilidad públicas, a las órdenes de sujetos caracterizados i de confianza, comisionando para ello a siete personas que debian alternarse cada dia de la semana (9). De este modo el sostenimiento del órden imponia un sacrificio personal a unos cuantos hombres ricos i bien acomodados, que ya habian prestado a la patria otros servicios mas importantes.

VIII. Los enemigos de la revolucion, godos i sarracenos, como únicamente se les llamaba, infun-

(9) Decreto de 5 de marzo de 1813.—Segun él debian mandar esa ronda las personas siguientes: El domingo el señor don Joaquin Echeverria.—El lúnes el comandante de guardias cívicas don Javier Errázuris.—El mártes el rejidor don Jose Maria Guzman.—El miércoles el vocal de la Junta don Agustin de Eyzaguirre.—El juéves el juez mayor de policía don Martin Encalada. —El viérnes el rejidor don Antonio Hermida.—I el sábado el senador don Francisco Ruiz Tagle.

dian tambien una parte de estos recelos. Se hablaba ya con tanta franqueza de libertad e independencia, que los españoles de nacimiento i algunos chilenos o americanos, adictos a la causa de la metrópoli, trabajaban incesantemente i del mejor modo que les permitian las circunstancias, en contrariar las providencias de los insurjentes i en favorecer el ejército invasor que ocupaba las provincias del sur. Algunos de estos fueron los verdaderos aunque disimulados autores de la traicion de la fragata *Perla*. Muchos entre ellos ocultaban cuidadosamente al gobierno su modo de pensar, i no pocos contribuian con erogaciones graciosas para ayudarlo en su escasez de dinero; pero las autoridades no se dejaban engañar por esas mentidas manifestaciones, i vijilaban con constancia por el mantenimiento del órden público. Sus providencias contra los enemigos de la revolucion eran vigorosas de ordinario, i desde el principio de la guerra fueron aun mas fuertes i represivas. Se habia prohibido entrar a Chile a los españoles de nacimiento, i el gobierno velaba sobre la conducta que observaban los residentes.

El 8 de mayo espidió la junta un decreto para reglamentar i restrinjir la adquisicion del derecho de ciudadanía. Por él permitia a todo español solicitar del gobierno la carta de ciudadano chileno, "justificando su adhesion a la causa de la patria," i a los americanos sindicados de enemigos de la revolucion se les permitia que pudiesen "reclamar un decreto del gobierno, que les compurgue i justifique de estos indicios, probando su adhesion en forma bastante." Para el mayor acierto, la junta no de-

bia dar la carta de ciudadania sino despues que el interesado obtuviese un informe favorable del prefecto del distrito de su residencia, i aun asi podia revocarla i recojerla si no reconociese "en los agraciados pruebas manifiestas de su adhesion e interes por la patria." Sin esa carta, o sin ese decreto comprobante de notorio patriotismo, ningun español o americano podia adquirir empleo alguno (10).

Este era el modo como la junta gubernativa queria mantener alejados de los empleos a sus enemigos, para verse libre de conspiraciones durante la campaña. Cuando esta ocupaba toda su atencion, se proponia atar las manos a los que podian turbar la tranquilidad pública.

(10) Decreto inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 15.

CAPITULO V.

I. Apurada situacion de los realistas en Chillan.—II. El jeneral Carrera los inquieta en sus posiciones.—III. Se rinde la ciudad de Concepcion.—IV. Divide su ejército don José Miguel para atacar en detalle al enemigo.—V. Toma de Talcahuano.—VI. Captura de la fragata *Tomas*.—VII. Campaña de O'Higgins en la frontera.—VIII. Preparativos del jeneral en jefe para estrechar al enemigo en Chillan.—IX. Los fujitivos de Talcahuano introducen la alarma en el norte de Chile.

I. El ejército realista tocaba a su ruina poco despues de haber llegado a Chillan. La insubordinacion militar habia introducido la desmoralizacion en sus filas, i la muestra de preferencia que acababa de dar el jeneral Pareja por el capitan Sanchez, confiándole el mando de sus tropas, vino a despertar el desagrado i la envidia entre los jefes de mayor graduacion.

Entre todos ellos Sanchez era sin duda el mas digno i el mas capaz de dirijir la campaña, i aquel que hubiese dado mejores pruebas de amor al servicio i de intelijencia para mandar. Pero sus émulos no conocian o al menos no confesaban esas ventajas, i, tan pronto como el ejército hubo entrado a Chillan, espusieron que no podian seguir sirviendo a las órdenes de un militar de inferior graduacion.

Tres de ellos, el mayor jeneral Justis, el cuartel-maestre Tejeiro i el sarjento mayor Jimenez Navia, pasaron en seguida a Talcahuano; si algunos comandantes de cuerpos, que como ellos se creian desatendidos, no siguieron las mismas huellas, fué solo por evitar la desercion que inevitablemente se habria seguido así que hubiesen dejado el campamento (1).

Este rasgo de desprendimiento era tanto mas laudable cuanto que estos jefes consideraban mui angustiada su situacion, i por lo mismo inútil todo lo que se intentase para resistir al enemigo de quien huian. La campaña habia sido hasta entónces mui desgraciada para el ejército realista; i esos desastres, debidos en la mayor parte a su mala fortuna, les hacia presajiar derrotas sin término i todo jénero de males. Se necesitaba de mucho celo, de mucho entusiasmo para seguir sirviendo en ese ejército, que cuando no creia necesario disparar un solo tiro, la sorpresa habia abatido, diezmó la desercion i la insubordinacion vino a desmoralizar.

Para colmo de males, la salud del jeneral Pareja empeoraba de dia en dia. Ya no le era posible ordenar nada desde el lecho en que se hallaba postrado, i apénas podia imponerse a medias de la resistencia que organizaba el esforzado Sanchez. Era este en realidad el alma de ese esquilmado ejército, que un accidente casual habia puesto a sus órdenes: él debia organizarlo para resistir a un enemigo su-

(1) Ballesteros, *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*, cap. II. Ms.

perior en número, i que a su juicio, poseia los recursos de que el comenzaba a carecer.

II. En este punto las conjeturas de Sanchez no eran mui acertadas. El ejército con que tenia que batirse no era tan temible como lo creia, i si no le escaseaban los recursos, su jefe no sabia sacar todo el provecho posible de ellos.

Hasta entónces la campaña habia sido conducida por Carrera sin grandes movimientos de estratejia i del modo mas natural que era dado conducirla: se habia buscado i perseguido al enemigo llana i simplemente hasta encararse con él en San-Cárlos. El mal éxito de aquella jornada, en que Carrera creia concluir con el ejército realista, vino a dar otro rumbo a la guerra i a desconcertar las operaciones militares.

El siguiente dia de aquella batalla, el 16 de mayo, el ejército insurjente salió de la villa de San-Cárlos i acampó en la rivera del Ñuble. Desde allí despachó don José Miguel al capitan de la Granguardia don Joaquin Prieto, al mando de una partida de cien hombres entre los cuales llevaba al teniente Molina; su encargo era el de cruzar el rio i observar los movimientos del enemigo, entreteniéndolo miéntras se sacaban dos piezas de a 8 que habia dejado abandonadas. Prieto pudo acercarse a Chillan, i, aun cuando lo atacó una division cuadruple en número i de todas armas, supo desempeñar su comision disputando bien el terreno que tenia que abandonar, i todo esto con la pérdida de mui pocos hombres (2): dos soldados suyos que cayeron en

(2) *Relacion de campañas del jeneral Prieto.* Mss.

poder del enemigo se fugaron esa misma noche de Chillan, trayendo noticias del campo realista, i en particular de la postracion en que se hallaba el jeneral Pareja.

En ese mismo dia descubrió Carrera a los jefes de su ejército el plan de campaña que pensaba seguir, i que iba a poner en planta en la mañana siguiente. Segun él, Concepcion i Talcahuano debian estar mui mal guarnecidos, i era fácil posesionarse de ambas plazas, cortando de este modo la comunicacion al enemigo y privándolo de sus recursos militares.

Este plan mereció la censura del cuartel-maestre Mackenna: en su juicio el camino que tenia que andarse era pésimo, i debia agotar los sufrimientos de la tropa al mismo tiempo que se iba a dejar abierto el camino de la capital. En efecto, la adquisicion de esos puntos no era el objeto principal de la campaña, sino un mero accesorio que empeoraria mui poco la suerte de los realistas: la prudencia aconsejaba que se atacase desde luego al grueso de su ejército, para concluir la campaña ántes que las lluvias del invierno, que se anunciaba terrible, viniesen a embarazar las operaciones militares (3). Nada de esto tomó en consideracion el jeneral en jefe.

(3) En un *Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile*, escrito en Buenos Aires en 1815 por Camilo Henriquez, i que dejó inédito, se encuentran las siguientes palabras: "El enemigo se retiró precipitadamente a Chillan donde habria sido vencido, si inmediatamente lo hubieramos atacado, pues en San-Carlos se burló de la misma fuerza con que debiamos atacarlo." El opúsculo que contiene ese reproche a la conducta militar del jeneral Carrera dista mucho todavia de ser imparcial: el autor no quiso herir suceptibilidades, i entró en disculpar los actos mas injustificables de ese jeneral.

III. En cumplimiento de este plan, la vanguardia se movió en la mañana del 17 en marcha para Concepcion. Habia sido reforzada con algunos fusileros i cuatro piezas de artillería, i llevaba a su cabeza a don Luis Carrera.

Marchaba este resuelto a atacar la ciudad; pero habiendo cruzado el Itata el dia 20, se le reunieron algunos ciudadanos fujitivos de Concepcion, por quienes conoció que era posible que se rindiese sin disparar un solo tiro. A fin de alcanzarlo despachó a uno de ellos, a don Juan Estevan Manzano, encargado de exijir la pronta entrega de la ciudad, como el único medio capaz de evitar un ataque cuyo resultado no podia ser dudoso. Si, como era de esperarse, esta intimacion surtia buen resultado, el nuevo plan de campaña del jeneral en jefe comenzaba a dar sus frutos.

Por fortuna, Concepcion no se hallaba en estado de resistir: los jefes que se separaron del ejército realista en Chillan llevaron las noticias de los descalabros que habrian sufrido las armas espedicionarias, i el desaliento se introdujo desde luego en las autoridades i en la guarnicion. La presencia de Manzano, i el objeto de su mision bastó para que el obispo Villodres, que desempeñaba el cargo de intendente, depositase el gobierno en manos del cabildo que allí habia ántes de la invasion, i del conde de la Marquina, i se replegase precipitadamente a Talcahuano, en donde creia mas posible la resistencia.

Así que tuvo noticia de esta ocurrencia, el jeneral en jefe despachó a su edecan don Antonio Mendiburu, con cien hombres de caballería, a ocupar a

Concepcion : el capitan Prieto, que habia marchado poco ántes con una partida de igual número, lo puso en posesion de la ciudad en los momentos en que mas se necesitaba de fuerzas que asegurasen el órden público. Los soldados enemigos habian saqueado algunas casas (4) ; pero a la aproximacion de Prieto i Mendiburu se replegaron precipitadamente a Talcahuano.

IV. Don José Miguel no habia sido un frio espectador de este triunfo; léjos de eso, nada se habia hecho sin su intervencion, a pesar de que su espíritu estaba mui ocupado con las otras providencias que requeria la ejecucion de su plan de campaña.

A fin de avanzar sin temor alguno por las fuerzas que quedaban encerradas en Chillan, Carrera nombró comandante jeneral del canton del Ñuble al coronel don Luis de la Cruz : debia este inspeccionar simplemente al enemigo, sin empeñar accion, i aun se le encargó que, en caso de ser atacado, se replegase a Talca, en donde se organizaba una division de reserva, a las órdenes del coronel don Juan de Dios Vial. Algunos Voluntarios e Infantes de la patria, i una compañia de voluntarios de Talca formaban las fuerzas que a sus órdenes dejaba el jeneral Carrera : ellas debian engrosarse con las milicias de caballería de Linares, Parral, Quirihue i San-Cárlos, tan pronto como las reuniese el coronel don Fernando de la Vega, que marchaba con este objeto a Cauquenes, i don Francisco Barrios, que se dirijia con igual mision a Quirihue.

(4) Parte de Carrera, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 23.

Mas vasto fué el encargo con que despachó al coronel O'Higgins al mando de una corta partida de fusileros i milicianos. Debia reunir los escuadrones de lanceros de la Laja de su dependencia, apoderarse de los Anjeles i otros fuertes interiores de la frontera, i traer al campamento todas las armas, soldados i ausilios que pudiese recojer para proseguir la campaña. Deseando O'Higgins aprovecharse de la confusion que reinaba entónces en las provincias meridionales, a causa de los descalabros que acababa de sufrir el ejército de Pareja, emprendió la marcha prontamente.

Con no menor actividad se movió don José Miguel, con el centro de sus fuerzas. Siguió su marcha por la orilla del Ñuble, con direccion a la costa, i cruzó este rio el 20 de mayo, en la parte en que ya ha aumentado sus aguas con las del Itata. El dia siguiente fué a situarse a Collanco, a inmediaciones de Chillan, i desde allí despachó al capitan don Diego Benavente, a exijir la rendicion la plaza: debia manifestar a los jefes enemigos que era inútil cuanto hiciesen por mantenerse en aquel punto, habiendo cambiado tanto las circunstancias, i habiendo mandado una parte de su ejército a ocupar a Concepcion i Talcahuano, solos puntos de que podia esperar refuerzos.

El mismo parlamentario cuenta su entrevista con Sanchez del modo que sigue: "Benavente fué recibido a una legua de Chillan por una partida, i vendados los ojos le condujeron por entre mil rodeos i centinelas que se multiplicaban para dar la idea de un campo estenso i de fuerzas numerosas. Sanchez

le recibió en medio de todos los oficiales, i contestó que participaria estas ocurrencias al jeneral, i él resolveria lo que creyese conveniente, despachándole sin mas contestacion.—Era el caso que Pareja se hallaba actualmente agonizando (5)."

Inútil fué en realidad el envio de ese parlamentario: Sanchez ni aun se dignó dar la contestacion ofrecida, permaneciendo firme en su obstinado empeño de fortificarse en Chillan. En vista de esa descortez negativa, Carrera se resolvió a marchar en persona a Concepcion, que acababa de rendirse, a activar las operaciones de la guerra, para caer despues sobre Chillan con todo el grueso de su ejército. Entónces cabalmente, se hallaba todo él fraccionado i dividido en varios puntos, miéntras el enemigo con gran maña, reconcentraba la parte mejor, o mas bien dicho, su única fuerza en uno solo.

Como medida de mera precaucion dejó a su hermano don Juan José al mando de una division de 300 hombres de todas armas, encargado de cubrir a Concepcion de cualquiera tentativa de Chillan. Esa fuerza debia observar por el sur los movimientos del enemigo, al mismo tiempo que la de Cruz debia inspeccionarlo por el norte; pero ni una ni otra division era capaz de contener a Sanchez en caso de hacer una salida, i no bastaban de modo alguno para inquietarlo en sus posiciones. Eran, en realidad, centinelas avanzadas, que no podian tomar la ofensiva, i ni siquiera la defensiva.

V. Don José Miguel entró a Concepcion el 25

(5) Benavente, *Mem. sob. las primeras campañas de la guerra de la independ.*, cap. III.

de mayo. Animado como estaba por los deseos de concluir pronto la campaña por aquel punto, despachó en el mismo dia al capitan de la Gran-guardia, don José María Benavente, a Talcahuano a intimar rendicion. Allí se hallaban asilados el obispo Villodres, a quien le pasó nota para que volviese a Concepcion, i varios jefes del ejército realista: todos ellos trataron al parlamentario con gran consideracion, aunque sin acceder a sus exijencias. El coronel Tejeiro, que hacia las veces de gobernador, le contestó tercamente que no se rendiria hasta que no viese sobre Talcahuano las fuerzas patriotas.

Esta contestacion hizo creer al jeneral Carrera que no habia transaccion posible con aquel puñado de hombres, que o dudaban de sus victorias, o estaban resueltos a resistir a todo trance. Desde luego despachó al capitan Prieto con su guerrilla para que se mantuviese a las inmediaciones de Talcahuano inspeccionando e inquietando al enemigo, i publicó un bando ofreciendo indulto a todos los chilenos que hasta entónces servian en sus filas, i una gratificacion a los soldados que presentasen su armamento. Esta providencia surtió tan buen resultado que en poco tiempo se le presentaron mas de 300 hombres llevando aun mayor número de fusiles.

El jeneral en jefe no vaciló ya en dar el asalto a Talcahuano. Concepcion lo habia recibido con los brazos abiertos, habia celebrado con una solemne misa en accion de gracias la salida de los invasores i por todas partes engrosaba su ejército con dis-

persos i pasados. Un sarjento de artillería, Tadeo Villagran, prisionero de guerra de los realistas, que logró fugarse de los pontones de Talcahuano, le descubrió el estado precario de la guarnicion de la plaza i la absoluta imposibilidad de mantenerse por largo tiempo. Todo esto lo inclinó a atacar al enemigo en sus posiciones, sin esperar otras fuerzas para engrosar las suyas.

El 28 salió Carrera, acompañado del cónsul Poinsett, i escoltado por la guerrilla de Prieto, a reconócer personalmente las posiciones del enemigo. Apesar de varios tiros de cañon con que este quiso incomodarlo, el jeneral pudo conocer por sí mismo los puntos por donde convenia atacar; i tan seguro creyó su triunfo que en la misma noche hizo avanzar toda su division, compuesta de 700 infantes, 300 jinetes i 4 cañones.

Este movimiento fué ejecutado con felicidad, protejido como estaba el ejército por una noche oscura i conducido por guias tan prácticos como fieles. A juzgar por las apariencias, el enemigo ignoraba los preparativos para el asalto: ninguna resistencia opuso a la division patriota, i solo se dió por apercibido del ataque cuando las guerrillas de los capitanes Prieto i Freire avanzaban a ocupar las alturas en que él pensaba hacer su defensa.

No quiso don José Miguel ordenar el asalto ántes de exijir nuevamente la rendicion de la plaza; pero los realistas que no estaban dispuestos a rendirse a un enemigo a quien temian, i solo deseaban ponerse en salvo para evitar las prisiones i penas que en su juicio debia imponerles Carrera, pidieron

a su parlamentario el término de cuatros horas para resolver. En ese tiempo creian alcanzar a embarcarse para buscar un asilo contra la saña de los insurjentes.

En vista de esta contestacion, se dió la órden de ataque a las guerrillas de Prieto i Freire, reforzados con 200 Infantes de la patria, que capitaneaba su comandante Muñoz Bezanilla, una carronada i un cañon de a cuatro, dirijidos por el capitan don Joaquin Gamero i el teniente don Pedro Nolasco Vidal. Estas fuerzas bastaron para tomar las alturas de la izquierda, que ocupaban 150 realistas, i obligarlos a replegarse a la plaza despues de un corto tiroteo. El resto de la infanteria, apoyada por un cañon que mandaba el capitan Morla, habia avanzado al mismo tiempo, i tomó posesion de las alturas de la derecha sin obstáculo alguno.

Esas ventajas no importaban el triunfo. Los realistas, apoyados por las lanchas cañoneras, hacian un fuego vivísimo sobre las filas patriotas, aunque siempre retirándose al pueblo, sea porque se considerasen débiles para resistir el ataque, o a causa de los estragos que hacia entre ellos la artilleria enemiga: el cañon de Morla les echó a pique un bote armado, i la carronada de Gamero hizo grandes estragos en una lancha.

Sin embargo, solo despues de cuatro horas de accion dió don José Miguel la órden de tomar el pueblo. El fuego de los realistas habia hecho mui poco estrago en la línea insurjente, de modo que sus soldados avanzaron con rapidez i decision: la partida de Granaderos que mandaba el capitan don

Manuel Rencoret, i a la que acompañaba el capellan de ejército don Juan Manuel Benavides, entró a la poblacion casi sin resistencia alguna, abriendo el camino al resto de la tropa. Este último, no contento con haber penetrado al pueblo, avanzó seguido de unos pocos granaderos, sin respetar el fuego de los enemigos, hasta colgarse de la bandera real; i no pudiendo sacarla entera, la redujo a jirones en pocos momentos. Este heroico rasgo del capellan contribuyó bastante a asegurar en breve el triunfo. Persiguióse al enemigo hasta la plaza, cuando ya se embarcaba en botes para alcanzar un asilo a bordo de la fragata corsaria *Bretaña*, adonde se habian asilado el obispo Villodres, los jefes i las autoridades de Talcahuano. Los soldados insurjentes entraron al mar con el agua hasta la garganta, i sacaban de los botes a los fujitivos. Algunos jefes no ménos audaces abordaron las lanchas cañoneras i se preparaban a gran priesa para atacar a la fragata, cuando esta levó ancla i zarpó del puerto huyendo de la récia persecucion que se organizaba (6).

La toma de Talcahuano costó mui poca pérdida al ejército insurjente, miéntras que sus soldados tomaron al enemigo 150 prisioneros, entre ellos siete oficiales, i rescataron del ponton *San José* mas de cien hombres que estaban detenidos allí desde la sorpresa de Yerbas Buenas. El jeneral en jefe, por

(6) El parte oficial de Carrera no da detalle alguno acerca de esta accion, i ni aun fija el dia del ataque. Su *Diario militar*, seguido en esta parte por el señor Benavente en el cap. IV de su *Memoria* citada, i estractado por don Claudio Gay en el cap. 23 de su 5.° tomo, contiene buenas noticias. De ellas me he aprovechado, agregando otros pormenores que he recojido de boca de algunos testigos, i de la *Memoria* atribuida al jeneral O'Higgins, cap. IX. Mss.

un estravío culpable, i quizá por dar un premio a la tropa, permitió el saqueo de la poblacion por algunas horas. Pasado esto, la comisaria de ejército inventarió las municiones i víveres que se encontraron en la plaza.

VI. La victoria acababa de dar a los patriotas la posesion de aquel puerto importante, sin sacrificios ni pérdidas. Desde luego don José Miguel confió el mando de la plaza al teniente coronel Muñoz Bezanilla, i dió la direccion de dos lanchas cañoneras quitadas al enemigo al capitan de artilleria don Nicolas Garcia, oficial de prudencia i de valor, i que habia navegado ántes de abrazar la carrera de las armas, con encargo de abordar la *Bretaña*, que aun estaba a la vista. Atajada por los nortes, que comienzan a soplar en aquella estacion, la fragata permanecia anclada en la isla de la Quiriquina, esperando solo una ráfaga bonancible para abandonar aquellas aguas; pero el mismo obstáculo que la atajaba impidió a las lanchas darle caza, de modo que a la aparicion del viento sur pudo salvarse ántes de ser inquietada.

Esa flotilla que capitaneaba el esforzado Garcia vino a ser de gran utilidad en corto tiempo. El 6 de junio se avistó en Talcahuano una hermosa fragata, que voltejeaba a la entrada de la bahia. Bien que el jeneral Carrera hubiese ordenado que se conservase en las fortalezas la bandera española, a fin de atraer al puerto las embarcaciones enemigas, la fragata parecia recelar de esas señales, i solo en la tarde despachó un bote a tierra a adquirir noticias para buscar un fondeadero seguro. El bote, monta-

do por el oficial de marina don Felipe Villavicencio i por otros cuatro marineros, tocó tierra en Tumbez: habíanse despachado ya partidas de observacion a los diversos puntos de la costa, i una de estas lo apresó sin gran dificultad. Súpose entónces que el buque que estaba a la vista era la fragata *Tomas*, procedente del Perú, i que conducia a su bordo treinta i ocho oficiales, i cien mil pesos entre efectos i dinero para el ejército de Pareja.

La demora de los esploradores debió haber causado desconfianza a bordo de la fragata; pero como no se apercibiese señal alguna de preparativos hóstiles en tierra i como por todas partes flamease el pabellon español, la *Tomas* fué a echar el ancla en el puerto del Tomé. Su capitan tuvo la precaucion de fondear cuando ya estaba bien entrada la noche, pero sus movimientos no pasaron desapercibidos a los patriotas de tierra. Gracia preparó sus lanchas, i confiando el mando de una al bizarro capitan Freire, que años atras habia navegado en calidad de sobrecargo de un buque mercante, salió de Talcahuano a atacar a la fragata, seguido por algunas faluas armadas para el caso de un abordaje. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, fué a situarse al costado de la fragata, i al venir el dia le intimó rendicion en términos amenazantes. Los marinos de la *Tomas*, que no esperaban aquella sorpresa, i que carecian de elementos para resistir, creyeron mas cuerdo rendirse a discrecion, que sostener un choque de funesto resultado, tanto mas cuanto que creyeron completamente perdida la espedicion del jeneral Pareja, a la que querian reforzar.

La captura de la fragata *Tomas* produjo desde luego resultados mui favorables al ejército insurjente. Su cargamento i los capitales que conducia pasaron a la caja militar; i entre los pasajeros que traia a su bordo para servir al ejército realista, venia don Manuel Grajales, hábil cirujano, que ya habia recorrido a Chile con la mision de propagar la vacuna, i cuyos conocimientos fueron en breve de gran utilidad en el campamento patriota. Entre esos mismos pasajeros venian el brigadier Rávago, el coronel de injenieros Olaguer, el capitan de fragata Colmenares, el teniente coronel de artilleria Montuel, i muchos otros oficiales (7): algunos fueron remitidos a Santiago, i tratados con toda consideracion. Don José Miguel por su parte se empeñó en atender al marino Villavicencio, a quien lo ligaba el doble lazo de amistad i gratitud, por sus buenos servicios durante su permanencia a bordo de la corbeta *Castor*, en la bahía del Callao.

VII. Tan prósperos sucesos fueron acompañados por otros no ménos felices. La mayor parte de las plazas de la frontera, defendidas por una regular guarnicion i bien provistas de municiones i víveres, cayeron en poder del coronel O'Higgins despues de una campaña de pocos dias.

Queda dicho ya que O'Higgins se separó del jeneral en jefe en Collaneo, para reunir las milicias de la Laja ocupar algunos pueblos de la frontera araucana. El mismo habia pedido tan importante comision, i a su desempeño partió el 23 de mayo,

(7) El *Monitor Araucano*, núm. 33, contiene una lista de todos ellos.

acompañado únicamente por una partida de 20 Infantes de la patria e igual número de milicianos de caballería de Lautaro, con sus respectivos oficiales i clases. Su armamento i equipo no pasaba de lo que tenian sobre el cuerpo, i siete paquetes de cartuchos a bala.

Las lluvias, que entónces caian a torrentes en aquellos campos, lo retardaron algo en su marcha, bien que a los pocos dias ya se hallaba en las inmediaciones de la plaza de Yumbel, ocupada por el enemigo. Sin tener probabilidades de buen éxito para emprender el ataque de la plaza, tanto mas cuanto se hallaba allí cerca el capitan don Antonio Bites Pasquel con 80 dragones, O'Higgins tuvo buen cuidado de ocultarse en un bosque vecino, para no ser sorprendido en su marcha. Felizmente el siguiente dia pasó esa fuerza a Chillan a juntarse con el grueso del ejército, i O'Higgins pudo avanzar hasta el vado del Salto del rio de la Laja.

Guardaban ese vado 20 lanceros de las milicias de los Anjeles, que ántes de esos dias habian estado bajo su mando. Aquellos sencillos campesinos profesaban a su jefe un respeto que rayaba en veneracion, i bastó su sola presencia para que pasasen gustosos a engrosar sus filas. A su cabeza avanzó O'Higgins hasta el pueblo de los Anjeles, a donde llegó despues de oscurecerse; allí despachó en busca de noticias a su asistente, que era un dragon veterano mui conocedor de aquellas localidades, i hombre de valor i astucia. Por él supo O'Higgins que hasta la puerta del rastrillo del fuerte no habia avanzado alguno, i que las centinelas ocupaban única-

mente las puertas i las murallas, i, por un hacendado de las inmediaciones, apellidado Guevara, se impuso que el gobernador era un coronel español, don Fermin Sorondo, i que la guarnicion se componia solamente de 50 dragones veteranos i una compañia de artilleria de milicias; pero que el batallon de la villa estaba sobre las armas i pronto a acudir al primer llamado.

No vaciló ya O'Higgins en dar el asalto a la plaza en la misma noche; si fuertes temporales le habian impedido avanzar con la presteza que deseaba, no queria perder un instante en inútiles preparativos. Reunió a sus soldados, i despues de una corta arenga i de recomendarles el silencio, se adelantó seguido de dos de ellos, miéntras el resto ocupaba la plaza mayor del pueblo. Sea por el tino con que se ejecutó este movimiento, o a causa del estado excepcional de aquella poblacion, sesenta hombres a caballo penetraron en ella sin ser notados.

O'Higgins, tomando las apariencias de un campesino, se dirijió tranquilamente a la puerta del fuerte, que custodiaba un soldado. Acercóse a este, i se echó sobre él para desarmarle, lo que consiguió fácilmente: los dos soldados que le seguian impusieron silencio al centinela, amenazándolo con quitarle la vida. Hizo a su tropa la señal de acercarse i echar pie a tierra, i penetró en la fortaleza, seguido a alguna distancia por sus soldados.

Los dragones que la defendian se hallaban reunidos al rededor del fuego en una sala interior. O'Higgins, aprovechándose de esta ventaja, entró al cuerpo de guardia que encontró abandonado, i

distribuyó a su jente los fusiles que estaban arrimados a la muralla. El mismo se adelantó hasta encontrarse con los soldados que componian la guardia, i les dió el grito de ¡viva la patria! presentándose como vencedor dispuesto a perdonarlos. Sea que así lo creyese la tropa, o que el influjo de O'Higgins la indujese a abandonar el servicio de una causa que no habia abrazado con gusto, los dragones contestaron viveándolo, i manifestándose rendidos i dispuestos a seguir sus banderas.

Desde ese momento, O'Higgins quedó dueño de la plaza de los Anjeles: los artilleros milicianos imploraron el perdon de los vencedores, presentándose rendidos a tomar las armas por la causa de la patria: a esta súplica accedió desde luego O'Higgins, sin mas garantia ni seguridad que la de apresar al gobernador Sorondo, relevar los centinelas del fuerte, i conducir a él todo el batallon de infanteria de milicias bajo la direccion de los tres hermanos Soto, sus oficiales, que lo acompañaban en la sorpresa.

Las ventajas de la toma de los Anjeles fueron mui grandes. O'Higgins engrosó sus fuerzas con 50 dragones, 120 artilleros con 6 piezas de a cuatro bien provistas de municiones, un batallon de infanteria miliciana i bastantes pertrechos de guerra. Hizo conducir al fuerte el rejimiento de lanceros de la Laja, de su mando, i despachó a varios oficiales con el encargo de intimar rendicion a las otras plazas militares. Tucapel, Vallenar, Santa-Bárbara, Príncipe Cárlos i Mesamávida, se sometieron sin dificultad alguna, i entregaron su armamento, com-

puesto de algunos cañones. Seis de ellos fueron remitidos al jeneral Carrera por el Biobio (8).

VIII. El feliz éxito de esta espedicion a la frontera fué altamente celebrado en el campamento del jeneral en jefe, aunque tan próspero resultado se presentaba ante los ojos de muchos como dudoso. La importancia del triunfo infundia esos recelos; el coronel O'Higgins, que habia salido de Collanco al mando de 40 soldados, avisaba desde los Ánjeles que habia reunido una division de mas de mil hombres, bien armados i equipados, i remitia ademas seis cañones que podian ser de gran utilidad al ejército.

La importancia de los triunfos de O'Higgins no podia ocultarse a Carrera; pero celoso de la gloria con que habia sabido cubrirse desde el principio de la campaña i en particular en la reciente espedicion, quiso despojarlo mañosamente de una parte de ella, para quitarle ese vasto prestijio, peligroso casi siempre en un ejército desmoralizado. Para hacer creer que su posicion, léjos de serle favorable, era mas peligrosa de lo que pensaba, encargó a su hermano don Juan José, cuya division era inmensamente inferior a las fuerzas que habia reunido O'Higgins, que defendiera a éste de cualquier golpe de mano que intentara el enemigo desde Chillan; i, cuando no necesitaba de ausilio alguno, le remitió

(8) *Mem. sob. los hechos mas not. de la revol. de Chile*, cap. X, Mss.—Esta campaña de O'Higgins era uno de los sucesos mas desconocidos en la historia militar de las primeras campañas. Don Diego Benavente le ha consagrado dos líneas en su *Memoria* citada, i Gay media pájina. Mas minucioso que estos anduvo el señor Albano en su *Memoria biográfica del jeneral O'Higgins*.

300 granaderos, a las órdenes del comandante don Enrique Campino. Fué cierto que en aquellos dias despachó Sanchez contra O'Higgins una partida de 200 hombres con dos cañones; pero se volvió a Chillan asi que se hubó acercado a las orillas del rio Diguillin, sabedores sus jefes de la gran superioridad numérica de las tropas de los Anjeles.

Apesar de estas ventajas urjia mucho apurar las operaciones de la guerra, para concluir con las fuerzas que habian quedado en Chillan. Concepcion abundaba en recursos militares, i en Talcahuano se encontró abundante armamento i bastantes cañones clavados, pero servibles despues de una compostura que se encargó de hacer el cónsul Poinsett. De ambos puntos sacó don José Miguel injentes recursos para proseguir la campaña.

Para esto era preciso vencer grandes dificultades: los realistas habian sabido aprovecharse del descuido del enemigo, i habian construido fortificaciones que a la distancia parecian formidables. En Concepcion se ponderaba tanto su solidez que el jeneral creyó indispensable el envio de artilleria de grueso calibre. Con este objeto pidió a Talca dos cañones de a 18, i sacó de Talcahuano otros dos de a 24, que remitió el 20 de junio al jefe de la segunda division: estos debian marchar en grandes carros, construidos a propósito, arrastrados por muchas yuntas de bueyes, precedidos por peones destinados a la compostura de los caminos, i escoltados por fuerzas respetables. El coronel don Luis Carrera i el cónsul Poinsett salieron dos dias despues a juntarse con don Juan José, i a dirijir la

marcha de esos dos cañones, que tan necesarios se creian para el asedio de Chillan.

Don José Miguel dejó tambien a Concepcion el siguiente dia: el servicio reclamaba su pronta presencia en Talca a fin de apresurar la marcha de la division de reserva, que mandaba don Juan de Dios Vial, i que acababa de engrosarse con 300 hombres, que sacó de Santiago el teniente coronel don Francisco Calderon. Esa reserva tardaba tanto en socorrer la division del coronel Cruz, que hacia temer alguna desgracia.

Antes de ponerse en marcha, Carrera quiso cimentar el órden público, i dejar planteado un gobierno en aquella importante provincia. Para atender a la tranquilidad de los pueblos meridionales durante el transcurso de la guerra i para favorecer el envio de algunos ausilios, formó en Concepcion una junta gubernativa compuesta de tres miembros, los presbíteros don Salvador Andrade i don Julian Uribe, i el secretario de la intendencia don Santiago Fernandez, i estableció en la Florida un presidio, para asegurar a todas las personas sospechosas de mantener comunicaciones con los realistas. Quedaba este a cargo del subdelegado don José Maria Victoriano.

Como ya trataba Carrera de estrechar al enemigo en Chillan, pensaba acercar a sus inmediaciones todo su ejército. Aunque no dudaba del buen éxito de la empresa, pidió al gobierno de Santiago, para mayor seguridad, todas las fuerzas que pudiesen remitírsele, i en particular una division de 300 hombres que acababa de llegar de Bue-

nos-Aires. Componian esta los ausiliares que a las órdenes del capitan don Andres de Alcázar pasaron en 1811 a socorrer al gobierno arjentino en sus escaseces de tropas. El gobierno los habia pedido a la primera noticia de la invasion del jeneral Pareja, i ellos se apresuraron a venir al llamado de las autoridades de su patria.

La division salió de Buenos-Aires el 18 de abril i llegó a Chile a fines del mes de mayo: el gobierno de aquellas provincias habia premiado a cada oficial con un grado, que la junta de Santiago les reconoció por un decreto supremo (9), al mismo tiempo que se daban órdenes a los prefectos de Santa-Rosa i San Felipe para recibirlos i obsequiarlos del mejor modo que les fuese posible. Esos pocos hombres eran en su jeneralidad esperimentados veteranos, a quienes el gobierno queria mantener contentos i ligados a la causa de la revolucion, i de cuyos servicios en el ejército se esperaban buenos resultados.

IX. Un peligro inesperado hizo que el gobierno no mandase al sur la division de Alcázar. Cuando ménos se esperaba, i en los momentos en que se celebraban en la capital los triunfos de Carrera, llegó la noticia de una segunda espedicion invasora que ya habia intimado rendicion al Huasco, i que se decia de acuerdo con otra que debia atacar a Valparaiso. En el primer momento de alarma, nadie atinaba a descubrir la verdad de lo ocurrido, i el gobierno i el pueblo se dejaron llevar del temor de una nueva invasion en los puertos del norte, que

(9) Decreto de junio 3 de 1813.

estaban indefensos. Para no dejar duda. la noticia se habia recibido por un parte del gobernador de Coquimbo, en que copiaba la nota de intimacion.

Esa noticia llegó a Santiago a mediados de junio. Con una actividad estraordinaria, el gobierno comenzó a impartir órdenes a los diversos partidos para organizar la resistencia que queria oponer a esas dos divisiones espedicionarias. Para esto necesitaba de dos ejércitos que guardasen las costas i puertos de Coquimbo i Valparaiso, regularmente armados i dirijidos por jefes de intelijencia i confianza. El gobernador de Valparaiso, coronel don Francisco Lastra, reasumió el mando de uno de ellos: debia componerse de las milicias de aquella ciudad, Quillota i Aconcagua, del rejimiento de Melipilla que habia vuelto del sur conduciendo los prisioneros de guerra, i de una parte de la division llegada de Buenos-Aires, que debia conducir el coronel Alcázar. El de Coquimbo fué confiado al jefe político i militar de los partidos del norte, coronel don Tomas O'Higgins, militar irlandes, tan intelijente como laborioso, que residia en Chile desde algunos años atras, i que habia simpatizado con la causa de la revolucion. Las milicias de Petorca, Illapel i Huasco debian formar sus fuerzas.

Tantos preparativos, por fortuna, no tenian una causa séria; la alarma era producida por un embuste de los fujitivos de Talcahuano que alcanzaron a embarcarse en la fragata *Bretaña*, que mandaba don Francisco Parga. Impotente para hacer otro

mal, ese buque se habia acercado al puerto del Huasco el 11 de junio, i desde allí oficiaron los pasajeros al subdelegado, mandando poner a su disposicion "los minerales, la capital i demas pueblos, con las armas i milicias de su jurisdiccion," i amenazando con pasar a cuchillo a todos los individuos que se encontrasen armados. A fin de hacer mas creible esta superchería, decian en su nota que la fragata *San-Juan* (así denominaban a la *Bretaña*) formaba parte de la tercera division que venia del Perú a las órdenes del coronel don Mariano Ossorio, a quien conducia a su bordo con encargo de desembarcar en el norte, al mismo tiempo que el brigadier don Joaquin de la Pezuela ocupaba a Valparaiso i las provincias centrales. Esa nota iba suscrita con el nombre de Ossorio, i en ella se pedia ademas al gobernador que aprontase los caballos i víveres necesarios para una division de 800 hombres (10).

El subdelegado del Huasco, tomando a lo sério la intimacion, no se manifestó dispuesto a rendirse desde luego. Reunió los pocos elementos de resistencia que poseia, i pasó nota al gobernador de Coquimbo, reclamando ausilios, i contestó al mismo tiempo al supuesto coronel Ossorio pidiéndole ocho dias para reunirle los recursos que necesitaba, aunque con el verdadero propósito de juntar tropas. La fragata sin embargo se hizo a la vela, despues de prevenir que volveria con otros buques al siguiente dia.

(10) Ese curioso documento fuè publicado en el *Monitor Araucano*, núm. 82.

La *Bretaña* no volvió a aparecer en aquellas costas, pero ya habia despertado la alarma en todo el reino. El gobernador de Valparaiso fué el primero en sospechar que todo era un embuste (11); la junta dudó por largo tiempo, la simple noticia de haberse distinguido una vela en toda la estension de la costa, desde Maipo hasta Atacama era un motivo de nuevos aprestos militares i de un envio de comunicaciones a todas las provincias, para estar sobre las armas.

La alarma producida por la *Bretaña* dió un resultado que no era de esperarse : el gobierno encargó al jeneral Carrera que activase las operaciones de la guerra, a fin de concluir cuanto ántes con las fuerzas que se hallaban encerradas en Chillan, i para ponerse en estado de rechazar otra espedicion. De esta órden nació la actividad con que don José Miguel comenzó los aprestos para asediar al enemigo en sus posiciones; pero, por desgracia, ese empeño venia demasiado tarde, cuando los realistas se habian fortificado i estaban prevenidos para sostener el sitio.

(11) Nota de Lastra, de 18 de junio de 1813.

CAPITULO VI.

I. Toma Sanchez el mando del ejército realista. - II. Se fortifica en Chillan, i organiza guerrillas. - III. La division del coronel Cruz cae prisionera. - IV. Se acerca a Chillan el ejército insurjente.— V. Comienza el asedio de la plaza.—VI. Accion del 3 de agosto.— VII. Incendio de la pólvora de la bateria avanzada.—VIII. Situacion respectiva de los dos ejércitos.—IX. Accion del 5 de agosto. X. Carrera intima rendicion a Sanchez.—XI. Levanta el sitio de Chillan.

I. La entrega de Concepcion, el feliz asalto de Talcahuano i la toma de las ciudades fronterizas no habian abrumado a los realistas de Chillan. Sus ánimos estaban connaturalizados con la desgracia; i ni la desmoralizacion de la tropa, que traia por resultado la desercion i el desórden, ni la pérdida de sus posiciones, que los privaba de sus recursos, bastaban a abatirlos. Estaban resueltos a defenderse miéntras les fuese posible, i todos los contratiempos que hasta entónces habian sufrido no eran capaces de hacerlos desistir de sus propósitos.

Ese espíritu de tenaz resistencia estaba dignamente representado por el coronel Sanchez, sucesor del brigadier Pareja. Una fiebre inflamatoria, que no pudo cortarse con los reducidos recursos médicos del campamento, llevó al sepulcro a este desdi-

chado jeneral en la tarde del 21 de mayo, despues de haber nombrado aquel sucesor para el mando de sus tropas.

La muerte de Pareja fué llorada en el ejército. Su carácter bondadoso i su espíritu superior le granjearon profundas simpatias entre los subalternos, i su fallecimiento causó un profundo pesar en toda la ciudad. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de San-Francisco el dia 23, en medio de las lágrimas de su tropa, i de la pompa que los relijiosos del colejio de propaganda supieron preparar (1).

Pero Sanchez no se abatió un solo momento. Con ánimo firme se preparaba para la resistencia, i no perdia un instante en reunir elementos de guerra, no solo para sostener el sitio, sino tambien para tomar la ofensiva. En medio de la tosquedad de sus maneras i de su aparente ignorancia, fruto de una vida pasada toda entera en los campamentos, Sanchez poseia bastante penetracion i un buen juicio poco comun para desempeñar con tino el delicado puesto que ocupaba.

Frizaba en aquella época en los cuarenta i cinco años: era natural de la provincia de Galicia, i habia abrazado la carrera de las armas siendo mui jóven: en ella comenzó por los grados mas ínfimos de la milicia, de modo que su carácter se empapó desde luego con el espíritu de severidad i rijidez de un ejército moral i bien disciplinado.

Sin muchos esfuerzos llegó a ser un buen sol-

(1) *Informe sobre la conducta observada por los PP. Misioneros. Ms.*

dado de infantería, tan intelijente en la táctica militar como fiel observante de la disciplina. Sánchez sirvió con el grado de sarjento en el rejimiento de "las tres armas," que creó en Madrid el coronel don Fernando de Abascal, virrei del Perú mas tarde, i mereció despues el favor i la proteccion del distinguido jeneral O'Really, que siempre lo tuvo a su lado con un empleo en la secretaría de ejército. Entónces vió el fuego de las batallas.

En 1795 llegó a Concepcion en clase de ayudante mayor del batallon de infantería veterana, i con el despacho de capitan graduado. En breve Sanchez se hizo notable por la austeridad de su carácter, su celoso empeño en el fiel cumplimiento de sus deberes i por la firmeza de sus resoluciones. Sus compañeros de armas lo llamaban el *gallego*, no tanto aludiendo a su nacionalidad como a su obstinacion i porfia : con ese apodo se le conoció siempre entre amigos i enemigos durante la guerra de la independencia.

No fué en Chile mas feliz para sus ascensos que lo que habia sido en España. En 1810 era todavía capitan del mismo batallon ; pero léjos de manifestarse quejoso por esto, o de adherir a la revolucion, como otros muchos militares que se sentian agraviados por igual causa, Sanchez se declaró en Concepcion enemigo descubierto del cambio gubernativo de setiembre, a punto que las autoridades de la provincia juzgaron conveniente colocarlo en alguno de los fuertes fronterizos, alejándolo del sitio en que pudiese trabajar por una contra revolucion. En consecuencia se le dió el mando

de un piquete de tropa que debia guarnecer la plaza de Santa-Bárbara: allí permaneció hasta que el brigadier Pareja hubo ocupado a Concepcion (2).

II. Sanchez sin embargo no era de modo alguno un gran militar, i ni siquiera un valenton audaz; su mérito principal consistia en su porfiada tenacidad para la defensiva, i en un buen ojo para aprovechar sus elementos i escojer a los hombres de accion, sin los cuales mui poco habria podido hacer. Por desgracia de la revolucion, no escaseaban en su campo esa clase de servidores dispuestos a arrostrarlo todo en defensa de la causa por que pelean. Sin recursos para cubrir los sueldos a su oficialidad, Sanchez recurrió al único arbitrio que le era posible tomar en su situacion: era éste aumentar los grados de sus servidores por despachos que él firmaba, i que pretendia que fuesen ratificados por el virei del Perú.

Ellos debian ayudarlo poderosamente, ya que el destino lo habia obligado a encerrarse en una plaza desguarnecida e indefensa. Sin pérdida de momento habia activado la obra de fortificaciones i trincheras, i entre los subalternos encontró un hombre práctico capaz de dirijirle esos trabajos: era éste el comandante de artilleria don José Berganza, que en pocos dias habilitó el fuerte de San-Bartolomé, situado al sur de la ciudad, i lo puso en un respetable estado de guerra.

(2) El documento anteriormente citado da esta última noticia, que de allí toma el P. Martinez. Debo estos datos sobre Sanchez a los señores don Manuel Novoa i don Antonio M. Villavicencio: ambos lo conocieron de cerca.

Sanchez tambien contaba en aquella plaza con los abundantes ausilios que podian proporcionarle los padres misioneros, i con el vasto influjo de estos en el pueblo i en las milicias. Los relijiosos habian combatido la revolucion desde sus primeros dias, i esta los habia incomodado lo suficiente para que ellos se creyesen las primeras víctimas de la insurreccion. Juzgándose perseguidos, no economizaron sacrificios para combatir a sus perseguidores: hicieron de su convento un depósito de prisioneros, i sus graneros i bodegas, bien provistos de comestibles i vinos, estaban a disposicion del ejército. Con no ménos decision se empeñaban en probar con palabras acaloradas que la causa de Sanchez era la de Dios, representado en la tierra por el rei de España, Fernando VII, a quien locamente se queria despojar de sus prerogativas i dominios. "Desde este punto, dice un curioso documento de que se sacan estas noticias, el ejército i el colejio se miraban como un solo cuerpo unido para sostener con la mayor pujanza la justicia de la causa (3)." La hacienda de los padres proporcionó a Sanchez considerables partidas de caballos, i los libros de la biblioteca del convento i los de los relijiosos suministraron papel abundante para hacer cartuchos. Para privar a los insurjentes del abrigo que podian encontrar en las habitaciones inmediatas a la ciudad, ellos dieron el primer paso a la guerra sin cuartel, incendiando el caserio de la hacienda de su propie-

(3) *Informe del P. Ramon sobre la conducta observada por los PP. Misioneros del colejio de Chillan.* Mss.

dad, denominada los Guindos, cuatro leguas al oriente de la poblacion.

No satisfecho ya con haber alentado los espíritus i reunido los elementos para sostenerse, Sanchez supo aprovecharse del desacierto del enemigo que lo dejaba en libertad para reorganizar su ejército i fortificar sus posiciones. Creyendo que miéntras Carrera tenia divididas sus fuerzas él podria obtener algunas ventajas de interes sobre sus partidas, concibió el atrevido proyecto de tomar la ofensiva, organizando guerrillas que debian observar los movimientos del enemigo, interceptarle las comunicaciones, tomarle algunos víveres i atacarlo cada vez que las circunstancias les fuesen favorables. Para esto montó en buenas cabalgaduras algunos piquetes de soldados escojidos de sus batallones, i les dió por jefes a varios oficiales de milicias conocedores del terreno, a los cuales juzgó aptos para el destino.

De este número eran don Ildefonso Elorreaga i don Antonio Quintanilla, españoles dependientes de comercio en Concepcion i oficiales de milicias de la provincia; don Luis Urrejola i don Juan Antonio Olate, chilenos comerciantes de Chillan, jefes tambien de milicias de este partido, i hombres decididos i entusiastas por la causa del rei (4).

III. Desde luego comenzaron esas guerrillas a inquietar a los insurjentes, aunque no con favorable resultado. Una que se dirijia a la frontera, fué bati-

(4) He tomado estas noticias de los guerrilleros de unos apuntes sueltos sobre esa campaña escritos en ingles por el jeneral O'Higgins.

da por la guerrilla insurjente del catalan Molina, enviada por O'Higgins.

Este contratiempo no desalentó a los realistas de Chillan. Don Luis Urrejola, que, como mas conocedor del terreno, dirijia las operaciones militares fuera de la plaza, concibió el proyecto de atacar la division que habia dejado Carrera a las órdenes del coronel Cruz. Relacionado de antemano con algunos oficiales i con un capellan de esta division, Urrejola se impuso perfectamente de las posiciones que ocupaba, del número de hombres que tenia, i del desaliento de los soldados en vista del abandono en que se les dejaba.

En realidad la situacion de Cruz no era mui lisonjera : la desercion habia diezmado sus filas, i la insubordinacion de la tropa produjo un motin contra los oficiales que obligó a este severo jefe a hacer pasar por las armas al soldado que lo encabezaba. Sin fuerzas con que imponer al enemigo, Cruz pasó mas de un mes sin recibir ausilio alguno, i tuvo que replegarse poco a poco hácia el norte, segun le habia encargado el jeneral Carrera.

Conocedor de estas circunstancias, Urrejola le habia incomodado en sus posiciones, i aun le habia tomado algunos prisioneros que fueron llevados a Chillan : pero noticiado por los espias que tenia en el campo de Cruz del abandono en que lo dejaba Carrera, dispuso un nuevo ataque, cuya ejecucion confió al esforzado capitan Elorreaga. Para esto le dió 114 fusileros i 100 milicianos, i a su cabeza salió de Chillan en la tarde del 30 de junio, dispuesto a caer sobre el enemigo en la mañana siguiente.

Elórreaga comprendió mui bien lo que debia hacer : para mejor ocultar sus movimientos a los parciales de Cruz, que podian informarlo de su salida de Chillan, finjió dirijirse al sur, hasta que entrada la noche cambió de rumbo, i se acercó al Ñuble con el objeto de cruzarlo. La lluvia que no habia cesado en todo el dia habia engrosado su corriente, al paso que la oscuridad hacia sumamente difícil el descubrir el vado ; pero sin vacilar un instante se metió al rio, i llegó ántes de amanecer a la hacienda de don Juan Manuel Arriagada, en cuyas casas estaba acampado el coronel Cruz.

Habia dividido este sus fuerzas en dos cuerpos, que ocupaban dos edificios separados por cerca de una milla. Elorreaga, que estaba informado de las posiciones que ocupaba, dividió igualmente sus fuerzas en dos partidas, i, dando el mando de una al capitan Quintanilla, le encargó que atacase a Cruz, miéntras él se dirijia contra el otro cuerpo que mandaba el capitan don Pedro Nolasco Victoriano. Sus providencias, como se ve, eran dictadas con perfecto conocimiento de la situacion del enemigo, i no podian dejar de ser mui acertadas.

En efecto, los soldados de Cruz fueron sorprendidos cuando apénas amanecia, i su jefe, que no se hallaba en estado de presentar resistencia alguna, tuvo que rendirse a discrecion. La traicion lo habia vendido al ejército realista, i una inesperada sorpresa lo puso en manos de sus enemigos.

Elorreaga, sin embargo, no fué tan feliz en la parte que le cupo en aquella empresa. Apercibido por el valiente Victoriano, preparó este una resis-

tencia tenaz con que destrozó la primera partida que al cargo del guerrillero Cháves se acercó a sus posiciones. Colocó ventajosamente a sus fusileros, i comenzó un fuego graneado bien dirijido: de la primera descarga hizo morder el polvo a Cháves i a siete de los suyos, obligando al resto a replegarse. Elorreaga, que se veia perdido, reunió sus fuerzas, i se acercó mañosamente al edificio en que estaba atrincherado Victoriano, poniéndose a cubierto de las balas detras de una muralla: desde allí ganó el corredor de la casa i no pensó mas que en asaltarla i ponerle fuego. Forzoso le fué entónces al esforzado Victoriano entregarse al enemigo, como lo hizo despues de obtener una capitulacion honrosa, que Elorreaga violó inmediatamente.

Toda la division quedó prisionera del jefe realista, con la sola excepcion de treinta hombres que, a las órdenes de don José Ignacio Quezada, se hallaban en las inmediaciones, i de los heridos a quienes inhumanamente dejó tirados en el campo. En el mismo dia dió la vuelta a Chillan conduciendo a Cruz i Victoriano con todos sus soldados; i apesar de la lluvia incesante que cayó todo el dia entró al pueblo ántes de oscurecerse.

Allí fué recibido como si hubiese alcanzado un triunfo espléndido i completo sobre el enemigo: los repiques de campanas i una gran iluminacion anunciaron al pueblo la victoria que se acababa de obtener, miéntras se preparaban estrechos calabozos para los prisioneros. Para mayor castigo de estos, se hizo entrar al coronel Cruz desnudo i en un mal ca-

ballo, que excitaba la risa del pueblo agrupado en las calles, para ver pasar al vencedor.

El activo Elorreaga mereció los elojios de toda la poblacion por el feliz éxito de la empresa: en ménos de veinte i cuatro horas i en medio de un temporal deshecho habia cruzado dos veces un rio caudaloso, batido i capturado fuerzas superiores a las suyas, i desvanecido en gran parte el desaliento que produjéron los triunfos de los insurjentes(5).

IV. Carrera recibió esta noticia cuando ya se dirijia a Chillan a poner el sitio, i se resolvió a estrechar desde luego al enemigo para evitar mayores males. Con este objeto, dió órden a las otras divisiones de su ejército de acercarse a Chillan, i despachó al capitan de la Gran guardia don José Maria Benavente con cien hombres a guardar el vado de Cocharcas en el Ñuble, e impedir a las partidas realistas el paso al canton del Maule. El mismo siguió avanzando a juntarse con el resto del ejército, con la lentitud a que lo obligaba la prudencia, para no verse atacado por las partidas realistas: solo el 11 de julio pasó el Ñuble, favorecido por las guerrillas de los capitanes Prieto i Serrano.

Las otras divisiones habian pasado el Itata en los primeros dias de julio, burlando o atacando a las guerrillas enemigas que quisiéron oponerse a su paso. El dia 7 lo cruzaron las últimas partidas, i el siguiente

(5) Torrente dá algunos detalles de esta expedicion en el tomo 1°. cap. XXVIII de su *Historia de la rev. hisp. am.*, que no hé querido apuntar en el testo por que esta parte de su obra abunda en inexactitudes, i no he encontrado mas datos autenticos que los que dejó asentados.

todas ellas se hallaban acampadas a dos leguas de Chillan, en las casas de Fonseca. Desde allí salieron los coroneles don Luis Carrera, Mackenna i O'Higgins, i el cónsul Poinsett, acompañados por 180 fusileros con el fin de reconocer la plaza; i aunque una partida enemiga quiso estorbarlo, abandonó el campo perdiendo dos de sus soldados, i dejando prisioneros otros dos. Mackenna aprovechó esta escursion para levantar un plano del campo destinado a ser teatro de la guerra que le pedia el jeneral Carrera. — El 10 avanzaron, por órden de este, a ocupar la altura de Collanco.

Don José Miguel llegó al campamento el 11: venia con la division de reserva que habia organizado en Talca el coronel Vial i dos cañones de a 18, para comenzar el sitio de la plaza. El mismo, acompañado del cónsul Poinsett, recorrió el terreno para reconocerlo, desatendiendo asi el plano que habia levantado el cuartel-maestre Mackenna. Desde entónces no pensó mas que asediar a Chillan, para lo cual reconcentró todas sus fuerzas en Collanco, esperando tan solo los cañones de a 24, que habia sacado de Concepcion, para comenzar las hostilidades.

Dificultades invencibles para hombres ménos decididos que los soldados que componian el ejército insurjente habian retardado el arribo de esos cañones. Las repetidas i prolongadas lluvias de ese crudísimo invierno habian cortado los caminos mas llanos i transitables; i para mayor trabajo las carretas que los conducian marchaban por laderas escarpadas que hacian sumamente difícil su tránsito. Por contentos i satisfechos se daban sus conducto-

res si caminaban dos leguas en un dia, i si no tenian que emplear largas horas en sacar las carretas de un atolladero de barro que diezmaba a los bueyes i caballos.

Para colmo de males, el enemigo sabia que se esperaban esos dos cañones, i aguardaba la oportunidad de posesionarse de ellos. Miéntras Carrera avanzaba a las márjenes del estero Maipon, un cuarto de legua de Chillan, para estrechar mas i mas a Sanchez, las guerrillas de este salian frecuentemente de la plaza por la parte del sur, para quitarlos. El jeneral en jefe, que fué informado de sus intenciones por un espia, despachó a su hermano don Luis con una division a protejer los cañones, i al fin llegaron al campamento el dia 25 de julio. Con ellos el ejército insurjente podia comenzar las operaciones del sitio.

V. No tardó mucho, en efecto, el jeneral Carrera en dar principio. El siguiente dia 26 sus guerrillas ocuparon las alturas del lado suroeste de la poblacion, i en la noche construyó el cuartel-maestre Mackenna, a una distancia de 1500 varas de la plaza, la primera bateria con salchichones i sacos rellenos. Detras de ella se acampó el ejército, aunque una parte se estendió sobre una lengua de lomas que avanzaba hácia la plaza: sus flancos estaban resguardados por dos grandes pantanos o pajonales, de modo que si bien en aquella posicion tenia que sufrir los terribles estragos de un crudísimo invierno, estaba defendido contra una sorpresa de los realistas. Desde ese momento Carrera podia impartir la órden de principiar el fuego contra la plaza.

Sin embargo, este no comenzó. Enorgullecido el jeneral patriota, con las ventajas de su posicion, creyó que una intimacion suya al cabildo de Chillan decidiria a esa corporacion a dar algunos pasos para evitar los estragos del sitio i el fuego que pensaba ponerle. Con esta mision entró a la plaza el teniente coronel don Francisco Calderon, pero tuvo que volver al campamento sin contestacion alguna: don Antonio Adriazola, que la trajo el siguiente dia, aseguró que apesar de la terca negativa del cabildo i de Sanchez para rendirse, no le parecia difícil hacer una capitulacion ventajosa para ambos ejércitos.

Preciso fué entónces comenzar las hostilidades: En consecuencia, a las tres de la tarde del dia 29, mandó Carrera romper el fuego de artillería; i el ejército vió con gran contento que sus tiros alcanzaban sobradamente a la ciudad, a tal punto que las dos primeras balas fueron a caer a la plaza misma. El castillo de San-Bartolomé contestó con bastante acierto, pues obligó a la parte avanzada del ejército insurjente a replegarse detras de la batería. Desde entónces el cañoneo continuó hasta el anochecer, sin causar grave daño a ninguno de los dos ejércitos.

No satisfecho con esto, el jeneral Carrera pensó ordenar el asalto del castillo en la noche, i sin duda lo habria emprendido sin la desconfianza que le inspiraba la falta de disciplina de la tropa. Por esta causa se contentó con mantener el fuego de cañon el siguiente dia, i aun pretendió hacer efectiva la amenaza que habia hecho al cabildo de Chillan, de incendiar el pueblo si no se rendia el ejército realista.

Con este objeto se le dieron al coronel O'Higgins 300 soldados de infanteria, i 80 al capitan don José María Benavente: debian entrar a la ciudad por el sur i norte i prender fuego a algunas casas, despejando así el camino que precisamente debia de andar el ejército para penetrar en la ciudad.

Esta operacion fué desempeñada felizmente por esos jefes durante la noche, sin ser notados del enemigo. Pero no satisfecho O'Higgins con haber allegado el fuego a algunos edificios de los arrabales del pueblo, avanzó a atacar al enemigo en sus mismas trincheras, hasta que, despues de un corto tiroteo, al que puso término el amanecer, tuvo que retirarse a su campo. El enemigo lo habria perseguido si no hubiesen salido del campo insurjente algunas partidas a sostenerlo.

VI. La mayor parte de los jefes patriotas se hallaban animados de los mismos sentimientos que el coronel O'Higgins de atacar cuanto ántes al enemigo para concluir la campaña. El sitio de Chillan costaba muchos sacrificios desde sus primeros dias, para que se mirasen con ojo indiferente los sufrimientos sin término que habian molestado a la tropa. Las lluvias incesantes habian convertido en barriales toda la campiña, i los terribles vientos que las acompañaban destrozaban las tiendas i ponian al soldado fuera del abrigo que ellas podian proporcionarles. Las caballadas sufrian cuanto es dable: por una imprevision de los jefes no se habia conducido forrajes al campamento, de modo que la intemperie vino a diezmarlas cuando ya se hallaban aniquiladas por el hambre.

El ejército patriota, por otra parte, no era bastante poderoso para poner un sitio en regla, i ni siquiera para cercar malamente la plaza. Habia ocupado una altura, desde la cual dominaba un solo punto del pueblo; de modo que su posicion, mas que la de un sitiador, era la de un ejército mal alojado, que tiene en frente otro que disfruta de las comodidades de que él carecia. Sus municiones no eran abundantes, i los víveres comenzaban a escasear en el campamento, por mala disposicion de los jefes, pues en el canton del Maule se encontraban los convoyes que remitia el gobierno de Santiago.

Carrera mismo conocia perfectamente su situacion, i adheria al parecer de sus subalternos de estrechar al enemigo, ya que se habia empeñado el ejército en esta empresa. Los coroneles Mackenna i O'Higgins, que habian desaprobado el proyecto del jeneral en jefe como intempestivo, eran ahora los mas obstinados en atacar la plaza ántes que los estragos del invierno esquilmasen el ejército, como ellos lo habian previsto. En conformidad con el parecer de estos i el suyo propio, Carrera dió la órden de acercar sus baterias i estrechar el sitio de la plaza, que tan poco habia avanzado hasta entónces.

Mackenna era el injeniero con que contaba para estas operaciones. En efecto, en la noche del 2 al 3 de agosto, este jefe, acompañado de los coroneles O'Higgins i Spano, i del sarjento mayor Oller, fué a situarse en una altura distante solo tres cuadras de la plaza. Allí colocó una bateria de seis cañones defendida por un ancho foso que hizo abrir, i le

dió 500 infantes para su custodia: un camino encubierto en cuanto era posible debia mantener la comunicacion entre ella i el resto del ejército. Confióse el mando jeneral de ella al coronel O'Higgins, i el de los infantes i artilleros a Spano i Oller.

Este trabajo se concluyó al amanecer del dia 3. A esa hora se apercibió Sanchez de la proximidad del enemigo, i, conociendo cuanto significaba la actividad del enemigo, despachó inmediatamente una columna de infanteria, al mando del valeroso Elorreaga i del coronel Carvallo. Viendo estos que no podrían acercarse impunemente a la bateria, recurrió a la estratajema de presentar su tropa con los fusiles boca abajo, con las apariencias de querer rendirse; pero descubiertos sus propósitos cuando ya se hallaba a mui corta distancia de los cañones, Spano mandó romper el fuego de fusileria, que fué en breve contestado por la columna realista. La accion fué bien sostenida por ambas partes, pero costó la vida del mayor de artilleria don Hipólito Oller i del bizarro capitan de la misma arma don Joaquin Gamero, que denodadamente preparaban sus cañones contra el enemigo: allí tambien sucumbió el capitan de milicias don Juan José Ureta. Elorreaga, sin embargo, no se atrevió a cargar a la bayoneta, i empleó cerca de una hora en el ataque sin resultado alguno, apesar de haber sido reforzado con el batallon de Valdivia que mandaba don Lúcas Molina, i el de Chiloé a las órdenes de su comandante don José Hurtado.

Carrera veia todo esto desde la otra bateria, que estaba mas retirada de la plaza, i reunia tropas con

que atacar la columna realista. Su hermano don Luis se puso a la cabeza de una gruesa partida de caballeria para cargar sobre el enemigo por el flanco izquierdo, i el cuartel-maestre Mackenna reunió 400 infantes con qué avanzó en buen órden para tomarlo por la derecha. Inútil fué el cañoneo del reducto de la plaza i de dos piezas que los realistas habian colocado fuera del recinto de la poblacion: don Luis Carrera, contra cuyas fuerzas iba dirijido, avanzó con gran serenidad apesar de las pérdidas que esperimentaba, i habria cortado el paso a la columna de Elorreaga, que se empeñaba obstinadamente en acercarse a la bateria de O'Higgins, si el prudente Sanchez, que veia comprometidas sus fuerzas, no hubiese mandado tocar retirada. Forzoso les fué volver a la plaza en gran dispersion i sin haber conseguido sus designios. Solo Hurtado con su batallon sostuvo el fuego en la retirada, i esto desde unos caserios que le servian de trinchera.

Los patriotas, sin embargo, léjos de intimidarse por el fuego de los dos cañones que Sanchez tenia en el campo, persiguieron a la columna de Elorreaga hasta dentro de la ciudad. O'Higgins, sobre todo, supo mostrarse digno del puesto que se le habia confiado: seguido de los infantes de la trinchera, que lo distinguian entre todos los jefes por una manta colorada que usaba de propósito, salvó audazmente el foso esterior que habian abierto en la noche, i entró a la plaza casi al mismo tiempo que el enemigo. En su persecucion llegó hasta la trinchera principal de Sanchez, situada en la calle de Santo-Domingo, que intentó tomar por

asalto. Sus soldados, con no menor audacia, ponian fuego a los edificios inmediatos, i avanzaban atrevidamente por los tejados con ánimo de ocupar la ciudad.

El jeneral en jefe, entre tanto, veia con pesar el curso que habia tomado la accion. Sin conocer las peripecias i ventajas de una lucha, que solo veia a la distancia Carrera temió por la suerte del ejército. En su juicio las tropas no se hallaban en estado de dár el asalto a la plaza porque carecian de disciplina, i preveia solo desastres del ataque de O'Higgins. A fin de evitarlos, despachó a su edecan don Manuel Serrano a ordenarle que se replegase al campamento; pero los militares patriotas, envanecidos con sus ventajas, se negaron a obedecer, esperanzados en que podrian posesionarse de la trinchera i ocupar en poco tiempo mas la plaza. Alentados de un valor sobrenatural, no economizaban sacrificios para penetrar en la ciudad, i hasta se hallaban resueltos a desobedecer las órdenes de su jeneral.

Nada de esto calmó la desconfianza de Carrera: temiendo un desastre, insistió en que debian retirarse, i dió nuevamente la órden de abandonar la ciudad. Forzoso les fué a los jefes patriotas desistir de sus intentos, i abandonar una empresa en que se hallaban tan empeñados, cuando ya creian asegurado el triunfo: el calor de la batalla habia dado a ese puñado de valientes una enerjia superior para soportar las fatigas del ataque, i al regresar al campamento volvian quejosos de la órden del jeneral. O'Higgins, que habia sido el primero en sofocar su arrojo por obedecer a su jefe, no satisfecho sin

embargo con haber obligado al enemigo a encerrarse en la plaza, meditaba algun golpe de mano que indemnizase a la patria de las pérdidas del dia. A su vuelta a la trinchera, encontró un escuadron de caballeria de milicias que mandaba don Fernando Urízar, i pudo resolver a este jefe a dirijirse al castillo de San-Bartolomé a intimarle rendicion; pero recibido a cañonazos, tuvo que volver al campamento patriota despues de haber puesto su vida en inminente riesgo, i dejando en el campo algunos de los suyos.

Este primer ataque del sitio no mejoró la condicion de ninguno de los dos combatientes. Cada ejército tuvo sus pérdidas considerables, i el de Carrera la de tres oficiales: pero era este ejército el que habia combatido con mayor denuedo en la pelea, i él que estuvo mas inmediato a la victoria. Entónces se creyó que sin la órden de Carrera, O'Higgins habria concluido la campaña en ese dia.

VII. Mas no fué este el único combate de aquel dia. Apénas habian vuelto los soldados insurjentes a sus posiciones, cuando se supo que una partida realista, a las órdenes del guerrillero Olate, bajaba de la montaña conduciendo ausilios a la plaza. Inmediatamente salió en busca suya don José Maria Benavente al mando de la Guardia jeneral, i con ella sostuvo un choque, en el cual le quitó algunos prisioneros, que llevó al jeneral Carrera para que los examinara. Ocupábase en esto cuando fué informado de que el enemigo salia nuevamente de la plaza por el punto llamado el Tejar, al norte de la poblacion.

En efecto, Sanchez no habia podido resignarse a dejar sin castigo la audacia de las tropas de Carrera; i temiendo ademas un ataque formal por la noche, quiso precipitar los sucesos i provocar al enemigo. A las cuatro de la tarde salió por el punto indicado el batallon de Valdivia mandado por su jefe don Lúcas Molina: estendió este su línea a inmediaciones del pueblo, i despachó algunas partidas a atacar la bateria de reserva, colocada entre el Tejar i la bateria que mandaba O'Higgins. Allí se hallaba el valiente capitan de artilleria don Bernardo Barrueta, que con arrojo mas que natural defendió por largo tiempo sus cañones; pero habria tenido que sucumbir al mayor número si no hubiese sido reforzado por el coronel O'Higgins. Juntando este algunos granaderos de su bateria i las milicias de caballeria que pudo reunir, cargó contra el enemigo sin intimidarse por el fuego de la ciudad, que hacia grandes estragos en sus filas. La accion fué reñida: los fuegos de fusil i de cañon eran contestados por una i otra parte: la caballeria insurjente estuvo arrollada un momento en los pajonales i pantanos, pero rehaciéndola prontamente, supo el valeroso O'Higgins defender con heroismo la bateria amenazada.

Un accidente desgraciado vino a llamar la atencion de patriotas i realistas hacia otro punto. Cuando O'Higgins i Molina se hallaban mas empeñados en el combate, una bala del castillo San-Bartolomé cayó sobre el armon de una pieza de la bateria avanzada, e incendió la pólvora que contenia, i esta la demas del repuesto i hasta las cartucheras de

los soldados. Levántose una columna de fuego i humo en medio de una espantosa esplocion i de un terrible estruendo, que atrajo las miradas de ambos ejércitos hácia aquel punto. Los gritos de los moribundos i los movimientos desesperados de los heridos, que se creian víctima de una traicion, vinieron en breve a aumentar la confusion jeneral en la bateria, i la presencia del enemigo, que quiso aprovecharse de tan triste circunstancia, puso en gran peligro la suerte del ejército de la patria. Miéntras las fuerzas, que habian marchado a las órdenes de O'Higgins a defender la bateria de reserva, volvian al campamento patriota a prestar sus servicios en el punto en que mas se necesitaba de ellos, las tropas de Molina se movieron con gran precipitacion para caer sobre la bateria avanzada.

En aquellas circunstancias todo el ejército desesperó de su salvacion. Tan inesperada desgracia, i la actividad del enemigo para aprovecharse de ella introdujeron el desaliento por todas partes: pero por fortuna habian salvado en los fosos de la bateria algunos artilleros, el capitan Morla i los tenientes Millan, Laforest, Cabrera i Vazquez, que con valor estraordinario organizaron una vigorosa resistencia en medio de la confusion i del desórden que reinaba en ella. Don Antonio Millan, particularmente, viéndolo todo perdido, llenó con metralla uno de los cañones de a 24, i descargándolo en buena oportunidad sobre la columna mas avanzada, hizo tan terrible estrago que la obligó a replegarse. Las municiones, sin embargo, comenzaban a escasear, i habria esta falta reducido a la inaccion a ese puñado de héroes,

a no llegar el coronel O'Higgins, con un refuerzo de cartuchos, i de hombres con que venia a tomar parte en el combate.

El ataque fué sostenido entónces con valor i denuedo por el jefe realista. Carrera llegó a creer perdida la bateria, i dió repetidas órdenes de desistir de todo empeño para defenderla, encargando que clavasen los cañones, o mandando bueyes para retirarlos; pero los oficiales que la sostenian, desobedecieron sus órdenes, i supieron mantenerse en sus puestos, hacer volver caras al enemigo i perseguirlo tenazmente hasta la plaza. El teniente de granaderos don Francisco Barros, no contento con ver a los realistas dentro de la ciudad, saltó las trincheras seguido de algunos soldados i apoyado por las guerrillas de caballeria, los persiguió por las calles de la poblacion. Algunas partidas de dragones, una de las cuales mandaba el teniente don Venancio Escanilla, atravezaron la ciudad de un estremo a otro, i vinieron a juntarse con el ejército. Los defensores de la bateria pidieron empeñosamente á O'Higgins que los llevase a la plaza; pero como muchos de los soldados que asi hablaban estaban embriagados con el aguardiente que les habia hecho repartir en los primeros momentos, supo eludirse con prudencia a fin de evitar mayores desgracias.

Mucho tiempo pasó ántes que pudiese restablecerse el órden en el campo insurjente. Entónces se comenzó a transportar los heridos i quemados, que ascendian a ciento poco mas o ménos: entre ellos se contaban el valiente coronel Spano, el capitan Rencoret i el subteniente Currel; la pól-

vora habia ennegrecido de tal modo sus rostros, que era casi imposible conocerlos. No fué mas reducido el número de los muertos; entre estos se contaba el alférez de artillería Zorrilla, i el cadete Fernandez.

VIII. Estas pérdidas fueron tambien considerables por parte del enemigo; pero sus tropas tenian en la plaza cuarteles resguardados de la lluvia i de la intemperie, miéntras los soldados de Carrera permanecian en un campo abierto, espuestos a la inclemencia de la estacion, i faltos de forrajes para sus caballos. En la ciudad, por otra parte, no se hacian sentir los sinsabores de la guerra, ni las amarguras de un sitio: si bien es cierto que la poblacion estaba espuesta a caer en poder de los patriotas, el ejército de Sanchez i el pueblo entero estaban mui alentados para desfallecer por los contratiempos del dia 3.

Contribuian poderosamente para mantener el espíritu público los padres del colejio de misiones. Altamente empeñados en el triunfo de Sanchez, esos relijiosos no economizaban dilijencia alguna para mantener bien alimentado a su ejército, i para escitar su ardor en defensa de la causa del rei. Miéntras las tropas se batian, ellos abrian su templo, i entonaban los cánticos de la iglesia para alcanzar de Dios el poder de arrollar a los insurjentes.

Este espectáculo enfervorizaba a los soldados, i los hacia soportar gustosos las fatigas de la guerra. Esos cuerpos, que se habian negado a pasar el Maule al principio de la campaña, se batian ahora con un arrojo que rayaba en heroismo, i llevaban a or-

gullo desafiar el peligro. No contentos algunos jefes subalternos con prestar el servicio ordinario de la plaza, habian solicitado i obtenido comisiones arriesgadas en varios puntos de las inmediaciones. Algunos de estos subalternos, al frente de su guerrilla, salian en busca de ganado, en compañia muchas veces de alguno de los relijiosos de Chillan, que, como mas conocedores de las localidades, prestaban los buenos servicios de guias i consejeros.

Uno de los mas audaces entre esos guerrilleros, don Mariano Cañizares, fué despachado por Sanchez a interceptar un convoi de municiones i pólvora que esperaba el jeneral Carrera para su ejército. Cañizares supo ocupar una posicion ventajosa en un vado del rio Itata, distante nueve leguas del campamento patriota : allí esperó el convoi, i sin mucho trabajo, favorecido por su posicion, batió el dia 4 a sus conductores, i se apoderó de las municiones que llevaban al ejército. No siéndole posible llevarlas todas a Chillan, arrojó una parte al rio, i entró con el resto a la plaza, en donde se comenzaba a necesitarlas.

En el campo de Carrera se necesitaba tambien de ese socorro, i se esperaba su arribo con vehementes deseos. El mismo dia 4, el jeneral en jefe hizo una revista de municiones, i pudo ver que si aun le quedaban once mil cartuchos de fusil i mui pocos para los cañones de 24, no bastaban estas para continuar el sitio, si se repetian los ataques. Como una de las piezas de mayor calibre se habia inutilizado el dia anterior, mandó deshacer algunos cartuchos para proveer a las piezas volantes, i despa-

chó al coronel Mendiburu i al mayor de órdenes Calderon, para que apresurasen la marcha de los ausilios: este último avisó en breve la desgracia ocurrida a orillas del Itata.

Para mayor daño del ejército insurjente, el fuego de cañon se sostuvo ese dia por ambas partes, obligando a los patriotas a consumir sus municiones sin ventaja alguna. Los dos ejércitos estaban bastante estropeados para intentar un nuevo ataque, de modo que pasaron todo el dia en sus respectivos campamentos sin intentar empresa alguna. La inaccion de ese dia era solo una tregua que ambos ejércitos se daban sin pedírsela i por interes propio.

IX. En la noche se tuvo noticia en el campo patriota de que Sanchez preparaba un nuevo ataque a la bateria avanzada. Deseoso de concluir una campaña que le costaba ya bastantes sacrificios, el jefe realista se habia atrevido a tomar la ofensiva, miéntras Carrera se defendia en sus posiciones sin aventurar empresa alguna contra la ciudad.

Con este aviso, Mackenna trabajó en la bateria desde el amanecer para ponerla a cubierto de toda tentativa del enemigo. Pero las fuerzas realistas sin embargo no atacaron tan temprano como se habia anunciado, i algunas partidas de caballeria insurjente fueron a incomodarlas en sus posiciones.

No tardó mucho Sanchez en hacer salir sus tropas. Una columna de mas de 200 hombres, mandada por el valiente coronel D. Lúcas Molina, salió de la ciudad, i avanzó hacia la bateria, haciendo sus fuegos, aunque con la intencion visible de cargar a la bayoneta. Encontrábase separada de ella por

mui corta distancia, cuando cayó el coronel Molina, mortalmente herido por una bala de fusil que le entró en la cabeza; pero sus soldados sin desordenarse por este contratiempo, marcharon denodadamente dispuestos a asaltar la bateria. Allí fueron contenidos por los patriotas. En vano fué que Sanchez reforzase sus tropas con otras partidas, porque el denuedo con que eran defendidos los cañones, i las medidas que habia tomado por la mañana el cuartel maestre Mackenna les opusieron una valla insuperable. Durante el ataque, que fué bastante récio, el comandante don Luis Carrera, que se hallaba en la bateria, se condujo como un bravo: se le vió organizar la resistencia en medio del peligro con ánimo esforzado, i esponer su cuerpo a las balas del enemigo.

Don José Miguel, que veia el combate desde una altura retirada, quizo aprovechar esta circunstancia para intentar la toma de la ciudad. Mandó reunir con este objeto algunas partidas de infantes i jinetes, i les dió la órden de entrar a la plaza, dejando a las fuerzas realistas empeñadas en la toma de la bateria: pero Sanchez, que tambien veia desde alguna distancia lo que ocurria, dió repetidas órdenes para que volvieron sus cuerpos a defender la plaza, amenazada por las partidas insurjentes que entraban por las calles, poniendo fuego a los edificios, i saqueando cuanto encontraban. El combate se empeño en el pueblo mismo, pero con mui poco provecho para los patriotas: la poblacion entera se habia armado contra los agresores, i hasta las mujeres i niños, hostilizaban crudamente a los insurjentes con palos,

lanzas i machetes, miéntras los soldados descargaban sobre ellos sus fusiles. En vista de tan tenaz resistencia les fué forzoso retirarse dejando muertos muchos de los suyos: el comandante don Fernando de la Vega, que tuvo la audacia de penetrar en la plaza por el lado del oriente, esto es el punto opuesto al que ocupaba Carrera, se encontró aislado, i tuvo que rendirse con veinte i siete soldados de su partida. Para mayor desgracia, se habia estendido la voz entre los insurjentes de que el ataque de la bateria era únicamente un movimiento estratéjico de Sanchez para llamar a la plaza a las partidas enemigas, i batirlas una vez que estuviesen encerradas: este temor apresuró la retirada de las tropas de Carrera.

Esta nueva jornada fué, como las anteriores, sin resultado alguno para la terminacion de la guerra. La perdida fué casi igual por ambas partes, i si bien los realistas tuvieron que lamentar la del comandante Molina, militar tan valiente como esperimentado, los patriotas sufrieron la del bizarro teniente Laforest, muerto heroicamente en el servicio de los cañones de la bateria avanzada.

X. Grandes sacrificios costaba el sitio al ejército de Carrera a los tres dias de estrechado. Los rudos ataques que habia sido necesario sostener, el incendio de la pólvera, i los estragos que hacia entre sus soldados i caballos la cruda estacion habrian abatido a militares ménos esforzados que los que formaban el ejército chileno; pero si el desaliento no cundia en las filas que empezaba a diezmar la muerte i la desercion, el jeneral Carrera creyó que sus tropas no podian sostenerse mucho tiempo mas en aquel punto.

Habia encontrado en la plaza mayor resistencia de la que esperaba, habia visto que el ejército que creia inerme i próximo a rendirse tomaba atrevidamente la ofensiva en vez de esperar que se le atacase en sus posiciones, i no se hallaba dispuesto a seguir combatiéndolo cuando tenia en contra suya tan grandes desventajas.

El mejor arbitrio que su inventiva le sujirió en aquellos momentos fué el de intimar nuevamente rendicion al enemigo. El ejército realista habia sufrido tambien mucho en esos pocos dias, i el pueblo de Chillan tenia ya grandes males que lamentar, para que no se hallase inclinado a aceptar la paz; pero Carrera, que conocia mui bien todo esto, no queria pedir una tregua, ni un tratado razonable, sino llana i simplemente que saliera del territorio chileno del ejército que comandaba Sanchez.

Con esta mision entró a la plaza el teniente coronel don Raimundo Sessé. Llevaba al jefe realista un oficio suscrito por Carrera, en que le ofrecia sus recursos para facilitar el embarco de sus fuerzas si se avenia a entregarle inmediatamente las armas: en él le hablaba del valor con que se habian batido las tropas patriotas, de los recursos con que estas contaban i de los refuerzos que esperaba de Santiago. Pero léjos de intimidarse por esas palabras, Sanchez ni aun contestó al oficio; i para manifestar al parlamentario las ventajas de su situacion, recurrió a todos los estratajemas del caso, recibiendole con gran formalidad, i dejandole traslucir que la plaza estaba tan bien guarnecida como fortificada.

Apenas hubo vuelto Sessé al campamento,

llegó el padre Fr. José Amirall, secretario i capellan jeneral del ejército realista, conduciendo un oficio de Sanchez. Manifestabase en él dispuesto á celebrar un tratado, pero sobre bases enteramente opuestas a las que le proponia el jeneral Carrera; era segun él tan grande su superioridad i ventaja que juzgaba intempestivas i desacordadas la oferta i las consideraciones en que la apoyaba, creyéndose él tambien vencedor en los combates anteriores, i en mejor pié para proseguir la campaña. Decia que no le era posible tratar bajo otra base que no fuese dejarlo dueño de las provincias del sur hasta el Maule, pudiendo tambien Carrera pasar este rio, i quedar dueño de las provincias septentrionales. Debian suspenderse las hostilidades por el término de seis meses para que el virey del Perú i el gobierno de Santiago celebrasen un convenio, a que se someterian ambos ejércitos. Pero distando tanto de estar acordes las exijencias de uno i otro, el padre Amirall volvió a Chillan en la misma tarde, sin mas contestacion que la obstinada negativa del jeneral chileno.

XI. En vista de esta imposibilidad para entrar en negociaciones, cada cual de los jenerales celebró en su campo esa misma noche junta de guerra para tomar consejo de sus jefes, sobre lo que deberia hacerse. En la que celebraron los realistas en Chillan se convino, despues de corto tiempo, en que debia sostenerse el ejército en la plaza hasta el último trance; puesto que poseian buenos cuarteles, municiones i viveres, mientras el enemigo estaba espuesto a la intemperie i comenzaba a carecer de estos

artículos. Por último resultado se avinieron todos en despachar al campamento insurjente al teniente coronel Carballo llevando un oficio de Sanchez, en que este jefe se negaba a toda avenencia.

Mui diverso fué el resultado de la junta de guerra celebrada en el campo patriota. Allí no se habló mas que de levantar el sitio ántes que sucumbiese el ejército, diezmado ya por los combates i la desercion. Segun se espuso en la junta, la situacion del ejército era tristísima: el hambre habia comenzado a hacer horribles estragos en sus filas, i la desnudez del ejército se hacia mas i mas amenazante. El campo estaba sembrado de cadáveres i caballos; los ausilios que se esperaban habian caido en poder del enemigo, i la inclemencia de la estacion, léjos de ir a ménos con la proximidad de la primavera, hacia cada dia mayores estragos en el campamento El cuartel maestre Mackenna fué el único que se opuso a este dictámen; manifestó que lo consideraba mui desacordado, porque el enemigo que segun él estaba en situacion semejante, debia caer sobre el ejército insurjente tan pronto como intentase retirarse, i que no creia posible la resistencia en esas circunstancias; pero como su voz no tuvo éco en la reunion, él mismo se prestó gustoso a tomar algunas providencias para hacer mas segura i fácil la retirada.

La primera dilijencia de Mackenna fué ver al coronel O'Higgins para convenir entre ambos el mejor modo de retirar la bateria. No queriendo este abandonar el punto cuya custodia le estaba confiada, en una noche en que el enemigo podia intentar sor-

prenderlo, se abstubo de asistir a la junta; pero al saber que se habia acordado retirarse el dia 7, desaprobó acaloradamente esa resolucion, manifestando que sus soldados, cansados ya por tanto sufrimiento, no se hallaban en situacion de sostener en campo raso un ataque inevitable, desde que el enemigo se apercibiese de su retirada.

Por estas razones se acordó retirar la bateria en la misma noche i con el mayor sijilo. Favorecido por algunas compañias que destacó el jeneral en jefe, O'Higgins movió los cañones i bagajes, i fué a situarse en el cuartel jeneral del ejército. El enemigo que durante el dia habia sacado algunas partidas para inquietar a los insurjentes, observaba sus movimientos, pero no se atrevió a salir de sus trincheras temeroso de una asechanza, i aun que en la mañana siguiente ocupó el lugar en que habia estado situada la bateria volvió luego a la plaza, sin intentar un ataque al campamento.

El movimiento, como se vé, se ejecutaba con bastante prudencia, abandonando poco a poco el terreno que habian ocupado el ejército : en el cuartel jeneral permaneció este dos dias mas, que se emplearon en ciertos arreglos necesarios para proseguir la retirada. A fin de emprenderla con menores embarazos despachó Carrera a Cauquenes al mayor jeneral don Juan de Dios Vial conduciendo los enfermos, que llevaban a hombros los soldados de milicias.

Sanchez, sin embargo, no desperdició esta oportunidad que le presentaba la retirada del enemigo para intentar nuevas empresas fuera de la plaza. El mismo dia 8 hizo salir de Chillan al atrevido guer-

rillero D. Mariano Cañizares, que tan bien se habia conducido en uno de los dias anteriores, con el encargo de sorprender el presidio de la Florida, que segun se le habia informado se hallaba casi indefenso. Cañizares llevaba solo veinte i siete hombres; pero con ellos pudo sorprender la guarnicion, compuesta de un número casi igual, poner en libertad mas de ochenta prisioneros, i volver con ellos a Chillan tres dias despues. Los centinelas que pudieron escapar volaron a Concepcion, haciendo subir a 500 hombres el número de los enemigos, i despertando por todas partes la alarma. Un destacamento de 200 ausiliares que llevaba al ejército el comandante Calderon se desbandó al saber esta noticia.

En la noche del 9 el jeneral insurjente movió otra vez su campo, i fué a situarse, despues de terribles fatigas, en el cerro de Collanco, primer punto que ocupó cuando se acerco a poner el sitio: allí su posicion eran ventajosa, i de fácil defensa, si no era atacado por sorpresa o con fuerzas mui superiores. Sanchez que habia notado este movimiento, quizo perseguirlo de cerca, i dispuso que al amanecer saliese en su alcance una gruesa division, compuesta de 800 fusileros, 100 dragones i 300 milicianos, a las órdenes del mayor jeneral don Julian Pinuel: tenia este encargo espreso de atacar las fuerzas de Carrera en cualquiera parte que las encontrase, i llevaba ademas un oficio de intimacion, suscrito por Sanchez, que solo debia usar en circunstancias imprevistas.

Una espesa niebla favoreció la marcha de Pinuel hasta aproximarse a la posicion del enemigo; pero

este militar irresoluto i debil por carácter, léjos de aprovecharse de esta ventaja formó su línea enfrente del ejército patriota, i encargó al teniente coronel don José Hurtado que presentase a Carrera la intimacion que le habia entregado Sanchez. Hablaba este jefe en su nota con toda la arrogancia de un vencedor, dispuesto a perdonar al vencido si queria entregarse a discrecion, pero amenazándolo en caso contrario con que lo trataria "con todo el rigor de las leyes militares" tan pronto como venciese la corta distancia que lo separaba.

Exijencia fué esta que despertó la risa del jeneral en jefe, i el fervor de sus soldados. En todos los cuerpos se hizo notar un entusiasmo estraordinario, que nadie habria esperado de un ejército en retirada: el brigadier don Juan José Carrera se puso delante de sus granaderos, i prorrumpió en bravatas que, si bien intempestivas, eran dictadas por el deseo de mantener ilesa la dignidad de las armas chilenas. El jeneral en jefe, por su parte, contestó el oficio de Sanchez con gran arrogancia, espresando su sentimiento por no haber tenido ya la ocasion de medir sus armas en campo raso fuera de trinchera, i mofándose de su prudencia que lo obligaba a quedarse en Chillan, cuando el ejército que mandaba salia a batirse. En presencia del parlamentario dió las órdenes necesarias para sostener el ataque; pero como durase su permanencia en el campamento patriota mas tiempo del que queria, Pinuel despachó al capitan don Antonio Vites Pasquel de segundo parlamentario para apresurar la vuelta de Hurtado. Delante de ambos, el jenerel Carrera dió a sus subal-

terrios la órden terminante de hacer la guerra sin cuartel, previniéndoles a ellos que si volvia a su campo otro parlamentario seria castigado como espia; i para que se persuadiesen de que el estado de su ejército no era tan precario como ellos creian, se les dejó reconocer libremente el campamento, i a su despedida se mando hacer una descarga de veinte i un cañonazos, para celebrar la próxima conclusion de la campaña.

De esperarse era que tan fuertes amenazas fuesen precursoras de una mortífera batalla; pero Pinuel no era hombre de arriesgar un combate, tanto mas cuanto que fué informado de la ventajosa posicion que ocupaba el enemigo, i de los recursos con que contaba todavia. Sin atreverse ni aun a quedarse en sus posiciones, mientras remitia a Sanchez la contestacion de Carrera, dió la vuelta a Chillan, seguido de una partida patriota, que lo pifiaba desde alguna distancia, disparándole, para mayor mofa, sonoros voladores (6).

(6) Para la relacion de los sucesos que forman este capítulo he tenido que consultar las *Memorias sobre las prim. camp.*, Cap. V, del S. Benavente, la *Historia de Chile* de don Claudio Gay, tomo V, Cap. XXIV, la *Rèvista de las obras sobre la guerra de la ind.* Mss. cap. II, del coronel Ballesteros, la *Memoria hist.*, Mss. año de 1813, del P. Martinez, i el curiosísimo *Informe* del P. Ramon. Mss. —Este último documento es de gran interes para conocer algunos pormenores del sitio de Chillan, i en él he llegado a descubrir incidentes tan curiosos como nuevos: con su ayuda he podido correjir los errores que se habian escapado a los otros historiadores. Me han servido igualmente algunos detalles que recojí de boca del coronel realista Ballesteros, i que he conservado en apuntes. He consultado tambien a algunos militares que sirvieron en aquella campaña, i debo al coronel D. Ramon Cavareda, algunas noticias complementarias de mucho interes.

Los documentos públicos de aquella época arrojan mui poca luz sobre estos sucesos; pero por fortuna he podido disponer de todos los papeles que formaban el archivo del jeneral O'Higgins, los cuales me han sido de gran utilidad. Casi todos los oficios que recibió en toda su

Una coincidencia singular reagrava mas la orijinalidad de la conducta de Pinuel. Al comenzar el sitio Carrera habia intimado rendicion a la plaza, en nombre solo de la humanidad i a fin de evitar los estragos de la guerra, i la cobardia del coronel Pinuel facilitó a Sanchez volverle la mano doce dias despues. Carrera se habia presentado con las apariencias de un poderoso conquistador, dispuesto solo a perdonar a los rendidos, i concluia la campaña con una forzosa i triste retirada. Tal es el principio, i tal el fin del desastroso asedio de Chillan.

Este sitio notable en los fastos nacionales por los padecimientos sin término que sufrió el ejército chileno, por el heróico valor que supo mostrar en el peligro cada uno de sus soldados, i por las infinitas

carrera militar i política, los borradores escritos de su puño i letra de los que el dirijió, un sin número de cartas de gran interes despachadas o recibidas por él, copias de los documentos que en algo le conciernen, la correspondencia sorprendida al enemigo, diarios que él llevó en ciertos tiempos, apuntes sueltos, escritos casi siempre en ingles, que debian servirle de memorandum, sus títulos i despachos, así como los de su benemérito padre don Ambrosio, i denuncios i avisos anónimos que recibió repetidas veces mientras desempeñaba los primeros puestos del ejército i del estado forman esa preciosa coleccion de documentos compuesta de mas de mil cuatrocientos pliegos, que nadie ántes que yo ha esplotado. Entre otros documentos que me han servido para averiguar algunas ocurrencias del sitio de Chillan, he encontrado una carta que O'Higgins escribió a su madre el dia 6 de agosto, desde la bateria avanzada cuya custodia se le habia confiado. — Notable es la sencilla modestia con que ese bizarro militar, el primero entre todos los heroes del sitio, cuenta a su madre los sucesos en que era actor principal. Su persona aparece mui poco en toda ella, i cuando habla de sí mismo es porque no podia dejar de hacerlo.—He querido copiar ese trozo de su interesante carta : dice así:—"Me hallo con el mando de las fuerzas unidas en la bateria del ejército restaurador, en donde nos ha atacado el enemigo con mucha furia : tres veces lo hemos rechazado matándoles muchisima jente. El ataque de ayer fue furioso; duró por tres horas; les matamos mas de ochenta hombres, entre ellos sus mejores oficiales (tambien hemos perdido oficiales valerosisimos); i los seguimos hasta la misma plaza de Chillan.—Solo el amor patrio me puede obligar a tomar a mi cargo tanto peso, i pasar trabajos indecibles."

desgracias que dió por resultado único aquella empresa forma el hecho de armas mas notable de la campaña. El ejército tuvo que pagar mui caro la imprevision del jefe que los llevaba a un sitio en una estacion tan cruda, i sin haber reunido los elementos que una empresa de esa especie requeria, pero supo mantenerse sereno en el peligro, i escarmentar a veces al enemigo. En esas pocas jornadas se pudo conocer cuanto habia que esperar de los valientes que a los cuatro meses de abierta la campaña combatian con el valor de militares aguerridos i el entusiasmo de buenos patriotas que pelean por ser libres.

CAPITULO VII.

I. Carrera i Sanchez dividen sus ejércitos en las provincias meridionales. — II. Principios de reaccion en los pueblos de la frontera: O'Higgins los sofoca en Hualqui i Yumbel. —III. Insurreccion de la plaza de Arauco.—IV. Se malogra una espedicion patriota contra ella.—V. Elorreaga se posesiona de las plazas fronterizas.—VI. Acciones de Huilquilemu i de Gomero.— VII. El jeneral Carrera pone en ejecucion un nuevo plan de campaña.—VIII. O'Higgins persigue las fuerzas de Elorreaga.—IX. Batalla del Roble.—X. Accion de Trocayan.

I. Al retirarse de Chillan el ejército insurjente tuvo que luchar con infinitos obstáculos que demoraron su marcha. Mas de una vez fué necesario cargar a hombros las piezas de artilleria para no dejarlas perdidas en los fangales, i fué preciso hacer reventar el único cañon de a 24 que quedaba, por que, no siendo posible sacarlo de un pantano en que se habia atollado, se temió que pudiese servir mas tarde al enemigo, cuyas guerrillas incomodaban continuamente a la retaguardia.

De este modo, i despues de trabajos indecibles llegó el ejército el dia 14 a un lugar denominado Quinchamali, a orillas del rio Itata. El jeneral Carrera habia resuelto ya fraccionar sus fuerzas en varios puntos de las provincias meridionales con el objeto de mantener su autoridad en todas ellas. A este fin

apartó una division de trescientos hombres, cuyo mando confió a su hermano don Juan José, con el encargo de situarse en Quirihue para defender el canton del Maule, i mantener espeditas las comunicaciones con la capital: con él debia marchar tambien el cuartel maestre Mackenna, en calidad de consejero. A fin de observar las posiciones del enemigo, reunir los milicianos i favorecer los correos, despachó a Collanco al teniente don Juan Felipe Cárdenas, destacó igualmente algunas otras guerrillas, i para el cuidado de la balsa del Itata dejó una fuerte partida al cargo del capitan Calderon. En esa misma balsa pasó el rio el resto del ejército, reducido a 400 hombres, llevando a su cabeza al jeneral en jefe.

Esta guerra era la que mas convenia a Sanchez. No teniendo posiciones que perder, este jefe queria abrir la campaña de guerrillas para estender la línea de sus operaciones fuera de la ciudad de Chillan, a que habia estado reducido hasta entónces, no solo para sacar algunos recursos sino para hacerse dueño de mayor estencion del territorio.

Sanchez se apercibió prontamente de las disposiciones del jeneral enemigo, i con gran presteza distribuyó su ejército en varias partidas que debian obrar por el sur i norte, sujetándose en todo a él que quedaba en Chillan con una buena guarnicion para defender la plaza. Destinó al activo Elorreaga al mando de 350 fusileros con el objeto de hacerse dueño de Rere i de la frontera, para estender sus comunicaciones hasta Valdivia i Chiloe, de donde podia recibir ausilios, i mandó otro

destacamento de 80 hombres a cargo de don Manuel Lorca, a inquietar al enemigo por el lado de la Florida. Para espedicionar al norte del Ñuble fué comisionado el guerrillero don Juan Antonio Olate, con una division de mas de doscientos hombres.

De todos estos guerrilleros, fué Olate el primero que tuvo que batirse, intentando apoderarse de un valioso convoi de municiones i dinero que venia de Santiago para el ejército, bajo la custodia del capitan don Joaquin Prieto. Habia ido este a buscarlo a Talca para resguardarlo, i marchaba a juntarse con el ejército insurjente cuando fué informado de la proximidad del enemigo: con este motivo se encerró en la villa de Quirihue, i sostuvo un vigoroso ataque contra triple fuerza de que salió vencedor al cabo de poco tiempo.

No bien seguro con este triunfo, i no habiendo recibido un ausilio de 100 hombres que le mandaba Carrera, el capitan Prieto se replegó a Cauquenes, en donde se hallaba el coronel don Juan de Dios Vial; pero espiado desde alguna distancia por el tenaz Olate, no tardó mucho este en caer sobre esta villa, con 400 hombres i dos cañones, e intimarle rendicion. Vial, cuyas fuerzas reunidas con la guerrilla de Prieto montaban a 150 soldados, se negó a toda avenencia, i atrincherado en la plaza del pueblo con murallas de adobes, que se construyeron con la mayor actividad, i en el campanario de la iglesia supo escarmentar al guerrillero realista, i obligarlo a desistir de su empresa (1).

(1) *Relacion de las campañas del jeneral Prieto.* Mss.—Conver-

II. Grandes trabajos se les esperaba a los guerrilleros insurjentes que marchaban a la frontera. La mayor parte de los pueblos inmediatos a Concepcion, i esta misma ciudad se sentian fuertemente ajitados i dispuestos a negar obediencia a las autoridades patriotas. Esas poblaciones estaban indignadas con los estragos de una guerra a que no se le veia término; las exacciones que producia el mal arreglo en las recaudaciones de víveres, i la rapacidad de algunos subalternos habia agotado el sufrimiento de los indiferentes, i encendido el ánimo de los enemigos de la revolucion. Los mas moderados murmuraban de los encargados de hacer prorratas de caballos para el ejército patriota acusándolos de imponer pesadas contribuciones, con las apariencias de emprestito, pero para no devolver jamas lo quitado. Por degracia no faltaron espíritus turbulentos que fomentasen estas quejas en favor de una reaccion.

En la capital de la provincia fué en donde primeramente se hicieron sentir los síntomas de descontento. Allí se reunieron varios realistas i fraguaron una conspiracion, poniéndose de acuerdo, con algunos audaces campecinos de las inmediaciones, que se hallaban dispuestos a defender con las armas el movimiento revolucionario.

El momento era bien escojido. De Concepcion habia salido el teniente coronel don Francisco Calderon, conduciendo al campamento de Chillan un convoi de municiones, i doscientos hombres; de modo que la seguridad del pueblo quedó confiada a

sacion con el señor don Ramon de la Cavareda, que servia en calidad de ayudante del coronel Vial.

una escasa guarnicion, compuesta de unos pocos artilleros i algunas compañias de infanteria de milicias. Aprovechándose de esta circunstancia, los conspiradores convinieron en echarse una noche sobre el cuartel de artilleria, asaltándolo por los pies; para lo cual se pusieron de acuerdo con algunos soldados de la misma arma, con muchos cívicos de infanteria i aun con varios individuos de la guarnicion de Talcahuano. Su plan era vasto, i en él entraron muchos vecinos respetables de aquel pueblo. Pensaban estos nada ménos que someter a la autoridad de Sanchez la ciudad de Concepcion i el puerto de Talcahuano, i estender la línea de sus operaciones a la frontera, para lo que contaban con la cooperacion de un antiguo cura de Hualqui, don Gregorio Valle, sacerdote dotado de un verdadero espíritu militar, que se manifestaba resuelto a tomar en breve las armas.

La conspiracion fué tramada con el mayor secreto: i seguramente habria tenido buen éxito a no descubrírsela una mujer, que estaba iniciada en ella, al soldado Manuel Amaya, a fin de que no durmiese en el cuartel la noche señalada para dar el golpe. Amaya era asistente del capitan don Pedro Nolasco Vidal, que desempeñaba en Concepcion el cargo de comandante jeneral de artilleria; i no vaciló en referirle todo lo que sabia, prestándose a ofrecer sus servicios a los conspiradores a fin de descubrirlos. Vidal aceptó su propuesta; i Amaya se avino con la citada mujer a que seria presentado en la noche del 13 de agosto, a algunos soldados de infanteria cívica, iniciados en la trama.

Vidal comunicó su descubrimiento al vocal de la junta don Julian Uribe, i entre ambos convinieron apresar a todos los soldados que se reuniesen la indicada noche, para descubrir por medio de ellos el hilo de la conspiracion: pero, creyendo de su deber informar de lo ocurrido al presidente de la junta, don Salvador Andrade, se propaló el secreto, i se frustraron sus planes. Este último, atemorisado con tan sérios preparativos, se consultó con muchas personas; i la noticia pudo llegar a oidos de los conspiradores.

Descubiertos en sus planes no tuvieron estos otro arbitrio que tocar que entregarse a la fuga, ántes que recayese sobre ellos la persecucion, mientras las autoridades tomaban las mas rigorosas medidas para evitar un golpe de mano. Para ello se atrincheraron i fosearon las ocho bocas calles de la plaza, en donde se reunian durante la noche todos los patriotas; se separaron los cívicos sospechosos, se reforzó el reten de la artilleria con los soldados convalecientes que estaban en estado de tomar las armas, i Vidal i el comandante militar capitan don Juan Luna, se encargaron de la defensa de la plaza. El presbítero don Julian Uribe asumió en aquellas circunstancias una actitud militar: organizando patrullas de caballeria compuestas de los vecinos mas comprometidos, se hizo cargo de mantener el órden, i de guardar las avenidas de la plaza (2).

(2) He recojido todas estas noticias de boca del coronel D. Pedro Nolasco Vidal, actor principal en aquellos sucesos. A él debo una

Cuando supo estas ocurrencias, el jeneral en jefe se hallaba todavia a orillas del Itata, dividiendo su ejército en varios puntos, i acababa de despachar al coronel O'Higgins a mantener su autoridad en la Florida; pero sabedor de lo ocurrido en Concepcion, apresuró su marcha, i llegó a la ciudad cuando se sabia en ella la noticia de que el cura don Gregorio Valle habia ocupado a Hualqui i se preparaba a seguir sus escursiones, con propósitos de avanzar hasta Concepcion.

En esas circunstancias, Carrera no vaciló un instante en manifestar un alto desprecio por el enemigo, aparentando poseer sobradas fuerzas para proseguir la campaña con buen éxito. Por esto hizo demoler las trincheras i cerrar los fosos de la plaza por mano de los prisioneros realistas; pero deseando cortar con tiempo un peligro que parecia inminente no se descuidó un instante en llamar a O'Higgins, a quien queria ocupar en la pacificacion de Hualqui.

Recibió este jefe la nota en que se la llamaba en la tarde del 19 de agosto. El tiempo estaba tempestuoso, los caminos intransitables i los rios sin vado; pero el esforzado O'Higgins, sériamente alarmado por la noticia que se le comunicaba, dejó el mando de las fuerzas al comandante de la Gran-guardia, i partió en la misma tarde para Concepcion. Caminando toda la noche, a pesar de la copiosa lluvia que caia, i cruzando a nado todos los riachuelos,

interesante i circunstanciada relacion de todos ellos, que publicaré entre los documentos justificativos bajo el nº 1.

convertidos a la sazon en torrentes, llegó a la ciudad en la mañana del siguiente dia, para salir en la misma tarde en busca del enemigo.

Eran tan escasos los recursos con que contaba el ejército, que se necesitó de mucho empeño, para proporcionar a O'Higgins una partida de sesenta hombres equipados, para emprender la campaña: Carrera mismo se desprendió de los caballos de su uso, a fin de montar esa pequeña division. A su cabeza ocupó O'Higgins en la misma noche a Hualqui, que habia abandonado el cura Valle sabedor de su aproximacion, i el 21 lo persiguió por el lado de Yumbel hasta hacerle repasar el Itata, quitándole quince prisioneros (3).

III. El movimiento no se habia limitado a estos solos puntos: mui grande era el disgusto de esos pueblos por una guerra tan prolongada, i que tantos sacrificios costaba ya, y mucho el desprestijio que las autoridades revolucionarias se habian acarreado con las tropelias de sus subalternos para que los turbulentos habitantes de la frontera no se apresurasen a armarse contra los insurjentes. Al lado sur del Biobio habia tomado la insurreccion gran incremento, i en Arauco sobre todo contaba con importantes recursos para resistir a las divisiones insurjentes.

La plaza de Arauco habia adherido a la revolucion, i se hallaba en poder de los patriotas desde que estos se posesionaron de Concepcion: pero sus

(3) *Mem. sobre los hechos mas notab. de la revol. de Chile.* Cap. XII. Mss. Conversacion con el Sr. don Pedro Nolasco Vidal.

habitantes no simpatizaban con el nuevo sistema, i se mostraban poco dispuestos a contribuir con las repetidas erogaciones de caballos i demas recursos para la guerra. Los vecinos del inmediato lugar de Ranguil, que sufrian las mismas exacciones, aconsejados por el juez del distrito don Bernardo Hermosilla, se negaron en una ocasion a contribuir por mas tiempo al sostenimiento del ejército, y pasaron una nota al coronel Sanchez, suscrita por Hermosilla, preguntándole si podian contar con su proteccion i apoyo.

Sabida esta ocurrencia por la junta de Concepcion, concibió este cuerpo la lisonjera esperanza de calmar la excitacion de los ánimos dando la comandancia de la plaza a don Joaquin Huerta, natural del mismo pueblo, i sujeto sagaz en alto grado. Finjiendo olvidar las anteriores desaveniencias, Huerta entró a Arauco con apariencias pacíficas, i solo algunos dias despues, habiéndose reunido casi todo el pueblo en la plaza, con motivo de una revista de las milicias, apresó a Hermosilla, al capitan de cívicos don Fermin Hernandez, al padre misionero frai Juan Ramon i a otras seis personas que fueron remitidas a Concepcion.

Burlados así, los vecinos de Arauco no quisieron dejar sin venganza esta conducta. Tan pronto como Huerta hubo licenciado las milicias, muchos de ellos se reunieron en Ranguil, i fueron a implorar el apoyo de los indios Araucanos, esos terribles ausiliares aparentes solo para defender la peor de las causas, la de la desolacion i barbarie, arma envenenada

que entonces, y mas tarde usaron los enemigos de la independencia nacional.

Allí organizaron una fuerza bastante considerable, compuesta en gran parte de araucanos mandados por cuatro de sus caciques; pero no teniendo mas armas que lanzas i palos se contentaron solo con interceptar las comunicaciones i con mantenerse en los vados de los rios para impedir su paso. A nada mas se habrian atrevido a no haber accedido el jeneral Carrera a los pedidos de don Jaime de la Guarda, aquel patriota de Valdivia que tanto figuró en la junta de aquella provincia i que atravezaba ahora el territorio araucano con el encargo de revolucionar nuevamente la plaza. Guarda quizo hacerse el mediador entre los insurrectos i el gobierno; i para tranquilizar los espíritus solicitó i obtuvo de Carrera la libertad de los presos que habia remitido Huerta. Esa jenerosidad con jente incapaz de apreciarla, léjos de despertar el reconocimiento, vino a dar pábulo a la sublevacion.

Entre los prisioneros que obtuvieron su libertad se contaba el juez Hermosilla. Instado este por el coronel Sanchez que acababa de contestarle su nota, reunió las fuerzas aliadas, i a su frente entró á Arauco el 24 de agosto sin encontrar resistencia alguna: el comandante Huerta, que confiaba en los resultados de la política de Guarda, i este mismo cayeron prisioneros del enemigo. Inmediatamente se nombró por eleccion gobernador de la plaza al oficial de milicias don Manuel Martinez, i su primer cuidado fué mandar pequeñas partidas al cargo de

oficiales de confianza i de valor, que se posesionasen de las plazas de Santa-Juana, San-Pedro i Nacimiento (4).

IV. Este suceso era una nueva desgracia para el ejército patriota. Aquel punto no era solo un puerto por donde podia Sanchez recibir recursos, sino tambien un fuerte avanzado en el territorio araucano desde el cual podia el enemigo llegar a comunicarse con Valdivia i Chiloe, i hasta sacar indios para engrosar su ejército. Carrera lo comprendió así, i con actividad estraordinaria se empeñó en ponerle un pronto i eficaz remedio.

Pero sus recursos no bastaban para hacer frente a las necesidades de la guerra : su ejército estaba fraccionado, i apenas tenia consigo tropas capaces de defender a Concepcion en caso de un ataque, i sus municiones eran tan escasas i su armamento tan malo que le fué preciso tocar recursos estremos. Se despojó a los particulares por medio de venta forzosa del poco plomo que tenian en sus casas i a unos buques balleneros, que habia fondeados en Talcahuano, de los cañones de sus bombas i otros objetos.

Provisto ya de tan importantes artículos, el jeneral Carrera se encontró entónces sin los medios de utilizarlos para su ejército. No tenia un solo oficial armero, y hasta carecia de un molde para hacer balas; pero residia en Concepcion un italiano de Malta, herrero mui hábil i reconocido por godo de todas las personas que lo trataban. A él se dirijió Carrera, i aun cuando se escusó con toda clase

(4) Martinez, *Mem. hist.* Mss. año de 1813.

de pretestos, el jeneral supo imponerle miedo con una formal amenaza de pasarlo por las armas, i el italiano le construyó algunos baleros que fueron de gran utilidad.

Sin embargo el plomo era mui poco, i fué necesario pensar en hacer balas de bronce o cobre, que era aun mas abundante en el pueblo. El oficial de montaje, D. Antonio Besa, español adicto a la revolucion, ideó unos moldes para fabricarlas, i su descubrimiento, que dió un resultado bastante lisonjero, surtió al ejército de este artículo. Por desgracia, esas balas acompañadas de la mala pólvora que se fabricaba en el pais no tenian el alcance de las del enemigo.

Afanes semejantes costó la organizacion i equipo de una reducida caballada: fué necesario que los mas decididos partidarios de la revolucion diesen el ejemplo de desprendimiento presentando caballos de sus propiedad, para autorizar la venta forzosa a que obligó el jeneral Carrera a algunos vecinos (5).

Resuelto a promover la reconquista de Arauco, el jeneral Carrera puso veinte i cinco soldados bajo el mando del coronel de milicias don Fernando Urizar. Creia de tan poca importancia los recursos de la plaza, que en su juicio esa fuerza bastaba para someterla; pero Urizar, que no tardó mucho en salir de Concepcion, lo sacó en breve de su engaño, noticiándole que los insurrectos habian aumentado tanto sus fuerzas que no le habia sido posible avanzar mucho, temeroso de ser envuelto por partidas mas gruesas.

(5) Conversacion con el Sr. don Pedro Nolasco Vidal.

Los repetidas instancias de Urizar decidieron a Carrera a reforzarlo con 80 hombres mandados por el capitan don Juan Luna, que debia subrogar a Urizar en el mando de la espedicion, i los tenientes don Pablo Vargas i don Gregorio Allende. A fin de reforzarlos aun mas, mandó salir de Talcahuano dos lanchas con un cañon, i el bote del resguardo a las órdenes de don Rafael Freire, para servir a Luna en el paso del rio Carampangue. Engrosadas sus fuerzas con dos pedreros de poco calibre, que tomó en el fuerte de San-Pedro, i de las milicias de este fuerte i de Colcura, siguió su marcha para tomar la plaza: tan segura debia contar la victoria que así que hubo llegado a Colcura intimó rendicion al comandante Martinez.

Este, sin embargo no se hallaba en el caso de rendirse, ni carecia del valor necesario para sostener un ataque. Persuadido de que la mejor ocasion para defenderse seria mientras el enemigo pasaba el Carampangue, habia armado seis cañones arrumbados que habia en el fuerte, i colocado dos en una trinchera que hizo construir en la ribera sur de aquel rio. Para la mejor defensa de esta puso en ella la mejor parte de sus milicias i los indios ausiliares, resuelto a impedir el paso del rio al enemigo.

Luna, que no esperaba encontrar esta resistencia, se acercó al rio el 30 de agosto, i aun avanzó hasta una isleta situada a poca distancia de la ribera. Desde allí sostuvo una hora entera el fuego de fusileria i de cañon contra la trinchera enemiga; pero temiendo un descalabro, segun le hacia presajiar tan inesperada resistencia, i viéndose abandonado por

los milicianos de San-Pedro i Colcura, que fugaron ántes de comenzar la accion, Luna, de acuerdo con el coronel Urizar, resolvió suspender la ejecucion de un ataque que le parecia imprudente i aventurado.

Faltos de resolucion para llevar adelánte la proyectada empresa, Luna i Urízar dieron vuelta al norte i fueron a ocupar la plaza de Santa-Juana, defendida por una débil guarnicion que quedó prisionera. Desde allí comunicaron al jeneral en jefe el resultado de su espedicion; pero léjos de satisfacerle este, no pudo ocultar su rabia, i aun pensó en mandar enjuiciar a sus jefes por el mal cumplimiento de sus deberes militares: solo las consideraciones de las circunstancias pudieron abstenerlo de hacer un escarmiento en aquellos jefes (6).

V. La toma de Santa-Juana, sin embargo, no aseguró por mucho tiempo su posesion. Sanchez habia despachado de Chillan, a mediados de agosto, al esforzado Elorreaga al mando de una columna que engrosó despues, hasta hacer subir su número a cerca de cuatrocientos hombres, con el encargo de posesionarse de las plazas fronterizas, i de estender la línea de sus operaciones al otro lado del Bio-bio. Con esas fuerzas Elorreaga creia hacerse dueño de toda la frontera.

En efecto, estaba ésta tan desguarnecida que Elorreaga pudo cruzar el rio de la Laja i enseñorearse fácilmente de todo el litoral del Bio-bio dejando solo algunos soldados en cada fuerte. El co-

(6) Martinez, *Mem. hist. etc.* Mss. año de 1813.—Benavente, *Mem. sob. las prim. campañas*, cap. VI.—*Diario militar* del jeneral Carrera. Mss.

mandante de frontera don Gaspar Ruiz tuvo que abandonar la plaza de los Anjeles, en que residia, por no tener recursos con que defenderla, de modo que el caudillo realista la ocupó sin encontrar resistencia alguna. De allí pasó a la de Santa-Bárbara, Príncipe Cárlos i Nacimiento, que recibieron sin disgusto la guarnicion que quiso ponerles.

No satisfecho con esto, i confiando en la importancia de sus recursos, Elorreaga avanzó mas al poniente con el objeto de posesionarse de las otras plazas i de socorrer a los sublevados de Arauco, sin manifestar temor a las partidas patriotas que recorrian esos campos. Pasó el Bio-bio i ocupó fácilmente a Santa-Juana, que habia desamparado el capitan Luna, para replegarse a San-Pedro, plaza importante, separada solamente de Concepcion por las aguas de aquel rio.

Su marcha, como se ve, habia sido la de un poderoso conquistador, a quien nadie osa resistir. Se habia apoderado de todas las plazas, a las cuales se acercó, i habia hecho un sin número de prisioneros entre los soldados fujitivos i los vecinos comprometidos por la causa de la patria. Entre estos últimos cayeron tambien la señora doña Isabel Riquelme, madre del coronel O'Higgins, i la hermana de este doña Rosa, que marchaban de los Anjeles a Concepcion, en busca de un asilo contra la saña de los realistas (7).

VI. O'Higgins que se hallaba en Yumbel, reci-

(7) Martinez, *Mem. hist. etc*, año de 1813, Mss.—*Mem. sobre los hechos mas not. de la revol. de Chile*, cap. XII. Mss.—Documentos i papeles del jeneral O'Higgins.

bió esta noticia por medio de sus espias, junto con la de haber caido la plaza de Santa-Juana en poder de Elorreaga, i de quedar ocupada por una buena guarnicion. Sin vacilar un momento se dispuso a atacar esa plaza, i se puso en precipitada marcha a la cabeza de todas sus fuerzas. Queria castigar con nuevas hazañas la cruda guerra que comenzaba a hacerle el enemigo aprisionando a su madre i hermana.

Sin encontrar obstáculo alguno, avanzó hasta la plaza de Talcamavida, situada enfrente de Santa-Juana, i separada únicamente de ella por el Bio-bio, i la habria atacado a no recibir noticia de que el caudillo Elorreaga lo buscaba por el lado de Yumbel para batirlo. Su natural audacia i la rabia que le inspiraba la prision de su madre, lo decidieron a dar vuelta para encararse cuanto ántes con su perseguidor, abandonando la empresa que lo habia llevado hasta allí.

A las siete de la mañana del dia siguiente, 6 de setiembre, se avistó con el enemigo, en el lugar denominado Huilquilemu o Estancia del rei. Inmediatamente destinó una guerrilla de diez jinetes, al mando del bizarro teniente don Ramon Freire a contener una partida realista, que, conducida por el cura Valle i el capitan Arriagada, avanzaba a gran prisa a reconocer el campo: se condujo Freire con tanto arrojo en el cumplimiento de esta órden que dispersó completamente al enemigo matando a Arriagada, i obligando al cura Valle a salvarse a pie en una quebradilla inmediata.

Antes de un cuarto de hora se presentó Elorreaga en buen órden de batalla, i esperando solo que

se le atacase para romper sus fuegos. Sus fuerzas eran mui superiores en número, i la prudencia aconsejaba al coronel O'Higgins no batirse bajo tan desventajosas condiciones; pero no queriendo perder ésta oportunidad de medir sus armas con Elorreaga, i no pudiendo desentenderse de las reiteradas instancias de sus subalternos, que se sentian alentados por el buen éxito de la primera escaramusa, dió la órden de cargar por el flanco a la caballeria enemiga que ocupaba la derecha de la línea. Los jinetes de O'Higgins la arrollaron en pocos momentos i la obligaron a replegarse detras de la columna de infanteria; pero atajados por los fuegos de fusileria i las puntas de las bayonetas, los soldados que pronto tuvieron siete muertos i algunos heridos, comenzaron a volver caras gritando que no era posible resistir a tanta fuerza; i fué necesario abandonarse a una fuga precipitada como el único medio para evitar una derrota desastrosa.

O'Higgins no se creyó aun completamente perdido, si bien es cierto que el enemigo lo perseguia de cerca. Tomó el camino de Quilacoya, i al llegar a Gomero se encontró con el teniente Freire, que por su órden se habia adelantado con algunos dragones para preparar una emboscada a los realistas. Entónces cabalmente era cuando mas necesitaba de ese ausilio: al saltar una cortadura del camino se rompieron las cinchas de su silla, i quedó en tierra resistiendo al enemigo en compañia de los dragones de Freire; pero sin duda habria quedado prisionero del enemigo si el soldado de artilleria Gavino Gonzalez no le hubiese presentado su caballo, ofrecién-

dose él a ocultarle en un bosque vecino. El capitan de dragones don Agustin López, que desde entónces mostraba por O'Higgins una decidida adhesion, volvió tambien en su busca con doce hombres, i con ellos cooperó empeñosamente a contener al enemigo i a matarle quince soldados; mas no siendo posible a los insurjentes mantenerse mucho tiempo en aquel punto, i habiendo perdido cuatro hombres en esta corta escaramusa, siguieron su retirada, llevando consigo al soldado Gonzalez.

Irritado por esta desgracia, O'Higgins no pensó mas que en pedir refuerzos al jeneral en jefe para caer nuevamente sobre Elorreaga, i vengar la derrota que acababa de sufrir. Por fortuna recibió ese mismo dia un ausilio de cien hombres, que le remitió Carrera de Concepcion, i con ellos se estacionó en Quilacoya, i aun comenzó a fortificarse para no ser sorprendido: pero Carrera, que conocia la importancia del sostenimiento de O'Higgins en aquel punto lo reforzó de nuevo con otras partidas que le llevaron los capitanes don José María i don Diego Benavente. Con ellas sus fuerzas alcanzaban a cerca de 400 fusileros, i dos cañones (8).

El activo Elorreaga, entretanto, no habia estado ocioso. Sin abandonar la posicion de Gomero, habia reforzado a la plaza de Arauco, i quitado la de San-Pedro al coronel Urízar que la ocupaba. Para favorecer al ejército realista en sus escaseces de dinero encaminó por el territorio araucano a un

(8) Benavente, *Mem. sob. las prim. camp.* cap. VI.—*Mem. sob. los hechos maq. nat.* Ms.—Partes de O'Higgins. Mss.

relijioso franciscano de Chillan que tuvo la audacia de ofrecerse para irlos a pedir a la plaza de Valdivia (9).

En la proximidad en que se encontraban ambas fuerzas no se podia desconocer en una los movimientos de la otra. O'Higgins estaba al corriente de lo que pasaba en el campo realista, i en la mañana del 16 de setiembre supo que el enemigo avanzaba hácia Quilacoya para atacarlo; pero no queriendo esperarlo en aquel puesto, se movió con direccion a Gomero, i avanzó una partida de 50 hombres, al mando del capitan don Francisco Cuevas para llamar la atencion de los realistas. La atacaron estos, i como esa partida tenia encargo de retirarse poco a poco lo hizo así para que las fuerzas de Elorreaga llegase al punto en que estaba el grueso de la division. La accion sin embargo no duró mucho tiempo; i la artilleria insurjente no alcanzó a hacer fuego, como estaba preparado, porque la tropa se apresuró a cargar al enemigo. O'Higgins que sólo perdió un soldado, pudo cantar victoria vista la pronta retirada del enemigo, i la pérdida de veinte hombres que dejó en el campo (10).

VII. Este resultado del plan de campaña que acababa de adoptar vino a hacer mucho mas crítica la situacion del jeneral patriota. Los enemigos se mostraban por todas partes atacando sus partidas, cortando sus comunicaciones i hostilizándolo con rigor i perseverancia. A los pocos dias de haber de-

(9) *Informe sobre la cond. de los PP. misioneros.* Mss.

(10) *Mem. sob. los hechos mas notables de la revol. de Chile*, cap. XII, Mss.—*Epocas i hechos memorables de Chile*, Mss.—Parte de Carrera a la junta de Santiago.

sistido de la empresa de tomar a Chillan, el ejército que se habia mantenido encerrado en la plaza se estendió por todas las provincias meridionales, desde el Maule hasta el territorio araucano, miéntras Carrera perdia una a una las posesiones que habia ocupado anteriormente. A fines de setiembre no tenia ya mas que unas pocas leguas por el lado de la costa para comunicarse con la capital, miéntras el enemigo ocupaba los campos del centro.

Desde luego, i como para remediar su triste situacion, el jeneral patriota no pensó ya mas que en llevar a cabo un nuevo plan de campaña. Se reducia este a encerrar nuevamente al enemigo en la plaza de Chillan, i ponerle sitio formal. Para ello habia comenzado a reforzar los diversos destacamentos que tenia diseminados en la provincia, i a reunirlos poco a poco para acercarse a Chillan i obligar al astuto Sanchez a abandonar sus nuevas conquistas para defender esta plaza. Las guerrillas de Barrueta, Cárdenas i Vargas fueron reforzadas, i pudieron batirse sino con ventajas evitando al ménos graves males.

En conformidad con este plan, Carrera dió órden a su hermano don Juan José de acercarse a Concepcion, con las fuerzas de su mando, para defenderla de un amago del enemigo, i a fin de marchar en seguida sobre Chillan; pero considerando impolítico este movimiento cambió de parecer i ordenó que volviese a Quirihue a engrosar su número i disciplinar sus soldados (11). Solo a principios de

(11) *Informe de Mackenna sobre los Carreras.*

octubre avanzó la division a situarse cerca del Membrillar, para llamar la atencion del enemigo por aquel punto, i distraerlo de la frontera en que habia obtenido tantas ventajas. A fin de reforzar esta division, el jeneral Carrera mandó que se juntasen al ejército los ausiliares que habian vuelto de Buenos-Aires, i que entónces se hallaban en Talca; pero su jefe don Andres del Alcázar se negó a pasar el Maule bajo pretesto de carecer de órdenes de la junta ejecutiva de Santiago, autoridad única a quien respetaba.

Consecuente con su propósito, el jeneral Carrera no descuidó un momento el equipo del ejército; pero eran tan escasos sus recursos, tenia que vencer tantas resistencias que se habia visto obligado a resignarse a esperar la llegada de un convoi de municiones que habia salido de Talca en la primera mitad de agosto, escoltado por el capitan don Joaquin Prieto. Solo el 5 de octubre llegó a Concepcion: el enemigo lo habia perseguido desde que hubo cruzado el Maule; como queda dicho, Olate al mando de su division, lo atacó en Quirihue i Cauquenes, i mas adelante el coronel Lantaño al mando de 400 hombres habia intentado tomarlo en las vegas de Itata, pero temiendo hallarse cortado por las fuerzas que lo escoltaban i un destamento, que a las órdenes de don José María Benavente estaba colocado en Dihueno, a nada se atrevió, i lo dejó pasar a Concepcion, en donde se esperaba con ansias.

En efecto, Carrera carecia de los recursos mas necesarios para el ejército, i las depredaciones de los subalternos i comisionados para el acopio de

víveres, caballos i forrajes habian despertado las resistencias por todas partes. Solo por la fuerza se podian obtener algunos ausilios, i estos eran tan módicos, como habian sido ántes repetidos i abundantes. El jeneral mismo conoció la necesidad de limitar su antigua profusion fijando bajo buenas bases el reparto de víveres i forrajes, i espidió con fecha 1.° de octubre un reglamento provisorio, destinado, segun dice el preámbulo, a "poner reparo a las informalidades i desarreglos que hasta ahora se han observado" en la administracion de víveres (12).

Ese convoi en efecto, era tanto mas valioso cuanto que eran tan grandes las necesidades del ejército. Consistia en 80,000 pesos en dinero, algunas municiones, víveres i vestuarios: la mitad de todo él fué entregada a la division del centro, i aun cuando el resto fuese mui poca cosa para llenar las necesidades del ejército, Carrera lo recibió con gran satisfaccion i contento. Con él venia el obispo ausiliar Andreu i Guerrero, i el coronel don Rafael de la Sota, que fué nombrado gobernador de Talcahuano. Desde luego comenzó el jeneral a impartir órdenes conducentes para estrechar a Sanchez.

El enemigo tenia conocimiento perfecto de cada evolucion del ejército patriota; pero léjos de querer encerrarse voluntariamente en la plaza de Chillan, no perdia ocasion alguna de atacar las divisiones insurjentes, cuidando de mantenerse en buen terre-

(12) *Reglamento provisional, etc.* Mss. He encontrado entre los papeles de O'Higgins una copia de este reglamento escrito i firmado por don José Miguel Carrera.

no para retirarse cuando conviniese a sus propósitos. Apénas supo el movimiento de la division que mandaba el brigadier don Juan José Carrera, se acercaron algunas fuerzas superiores en número á las órdenes inmediatas del comandante Urrejola, i la sitiaron en sus posiciones. Allí sostuvo varios choques, i uno que tuvo lugar el 9 de octubre fué bastante sério (13).

Este era un nuevo conflicto para el jeneral en jefe que empeoraba mas i mas su situacion. Sin tener recursos para reforzar la division del Membrillar, Carrera resolvió ponerse prontamente en marcha á defenderla, con todas las fuerzas que poseia en Concepcion, como lo efectuó el 8 de octubre, despachando por otro camino al capitan don Diego Benavente con la Guardia jeneral i algunos dragones. Estas fuerzas se engrosaron en su marcha con la partida que estaba colocada en Dihueno al cargo del capitan don José María Benavente, i marcharon con gran presteza en ausilio de la division del Membrillar, hasta que sabedor de que Urrejola dejaba sus posiciones para atacarlas, Benavente resolvió replegarse en busca del jeneral en jefe para reunir toda la division (14).

VIII. El coronel O'Higgins, miéntras tanto, no dejaba de perseguir al enemigo, en los campos de Rere i Yumbel. El jeneral Carrera le remitió desde Concepcion, ántes de abrir la nueva campaña, un ausilio de tropa, i el 15 de octubre se le jun-

(13) Parte del brigadier don Juan José Carrera.—Ms.
(14) Benavente, *Mem. sob. las prim. camp.*, cap. VI.

taron los dos hermanos Benavente, con las fuerzas de su mando. De este modo las tropas de O'Higgins, conocidas con el nombre de division de observacion, constaban de quinientos hombres poco mas o ménos.

El mismo dia en que se reunieron a su division las partidas de los Benavente, avanzó O'Higgins hasta Yumbel en busca de Elorreaga, a fin de obligarlo a lo ménos a repasar el Itata para encerrarse en Chillan, segun le encargaba Carrera. Allí supo que el activo Elorreaga le llevaba cuatro horas de camino, i que marchaba con gran prisa para evitar un encuentro que no podia serle favorable : pero no queriendo O'Higgins perder esta oportunidad de batirse con notoria ventaja, se adelantó con solo veinte i cinco dragones a fin de entretenerlo miéntras llegaba el resto de la division, i al oscurecerse llegó a las orillas del Itata, en los momentos mismos en que trataban de pasarlo las últimas partidas de Elorreaga. Con su sola presencia se dispersaron estas, dejándole mas de 400 vacas encerradas en un corral i algunas cargas de víveres.

Viendo asi frustrados sus planes, el coronel O'Higgins se puso inmediatamente en marcha para juntarse con el jeneral en jefe, que avanzaba hácia el Itata, i ambos se reunieron en la tarde del dia 16. A las cuatro llegaron al vado del Roble, diez millas al oriente del Membrillar, punto en que acababa de situarse la division del centro a las órdenes de don Juan José Carrera, i don José Miguel resolvió pasar allí la noche.

La posicion no era de modo alguno ventajosa para acampar. El terreno inmediato estaba cubierto

de árboles, i varios tiros de fusil i de cañon que se oyeron probaban claramente que habian algunas partidas enemigas al otro lado del rio. O'Higgins pidió que se elijiese una colina sobre el lago de Abendaño, distante solo ocho cuadras del punto que habia ocupado la division, como lugar mas apropósito para colocar un ejército con toda seguridad, i aun propuso hacer pasar algunas partidas al otro lado del rio: pero confiando Carrera en que el enemigo no se atreveria a atacarlo, dió la órden de acampar en el mismo punto, aprovechándose de las pequeñas eminencias que dominan el vado. En ellas colocó un cañon de a 4 al cargo del capitan Morla, sostenido por 150 granaderos i 40 fusileros que contestaron los fuegos del enemigo. "La Guardia nacional, que habia servido de infanteria, dice el jeneral Carrera, ocupaba la izquierda de la línea de infanteria i era sostenida por la caballeria del capitan Benavente, que se acampó en la arboleda que está al pié de la altura. La artilleria se colocó en el centro de la infanteria. Todo el campo se cercó de centinelas, i se colocaron grandes guardias desde la hacienda de Mardones hasta el vado del Peñasco, que distaba una legua al sur del campamento (15)." El jeneral pensaba dejar en este punto toda la division al mando de O'Higgins, i volver él mismo a Concepcion para reunir sus fuerzas restantes, i marchar a Chillan a poner el nuevo sitio.

IX. Estos movimientos no pasaron desaperci-

(15) *Diario militar del jeneral Carrera*, Ms.

bidos de los realistas. Sanchez, que por medio de sus partidas i de sus espias estaba al corriente de cuanto pasaba en el teatro de la guerra, quiso aprovecharse de la separacion de las dos divisiones para atacarlas en detall, i mandó salir de Chillan en la tarde del 19 al coronel Urrejola al mando de 200 fusileros i 4 cañones, con encargo de engrosar sus fuerzas, i atacar la division del Roble. Aumentó en efecto sus tropas con las partidas de Elorreaga, que por enfermedad de este quedaron a cargo del comandante del batallon de Valdivia don Pedro Asenjo, i cruzando el Itata en su confluencia con el Diguillin, caminó toda la noche para acercarse al punto en que estaba acampado Carrera.

No se limitaron a esto solo sus providencias para engañar al enemigo. Al paso que él trataba de ocultar sus movimientos, encomendó al guerrillero Olate, que mandaba las partidas colocadas enfrente del vado del Roble, que mantuviese sus fuegos toda la noche i que sus centinelas no cesasen de dar señales de alerta, i sus tambores de tocar diana la mañana siguiente: con esto se proponia mantener a Carrera en la confianza de que el rio lo separaba de sus enemigos, miéntras las tropas de Urrejola caian por el flanco derecho i por su espalda.

Con tan acertadas providencias, su proyecto no podia dejar de darle un buen resultado. En el campo patriota, aunque se supo por comunicaciones interceptadas que Sanchez estaba al corriente de sus movimientos, se ignoraban la salida de Urrejola de Chillan i sus aprestos de ataque. Por esta causa las tropas dormian confiadamente sin temer una sor-

presa, cuando poco ántes de amanecer cayó de improviso sobre ella la division enemiga haciendo sus descargas de fusileria. Una guardia de cuarenta hombres que ocupaba la posicion mas avanzada de retaguardia, sufrió los primeros estragos de la accion: sus soldados fueron en la mayor parte pasados al cuchillo cuando todavia no se reponian de la sorpresa de las primeras descargas; el centinela Miguel Bravo que dió repetidas voces la voz de alarma, quedó tirado entre los muertos con tres heridas en la cabeza, i el teniente de la partida don Manuel Valenzuela pudo escapar felizmente del furor con que atacaban los enemigos.

Grande fué tambien la alarma en el centro de la division. Los tiros de fusil despertaron a la tropa, i en el primer momento de sorpresa los soldados, que no alcanzaban a distinguir al enemigo ni los puntos por donde eran atacados, comenzaron a formarse en pelotones dispersos: varias partidas realistas habian penetrado en el campo patriota, i se ocupaban en llevarse los caballos i mulas. El jeneral Carrera, que despertó a las primeras descargas, quiso organizar la resistencia, i salió de su carpa con este objeto; pero los enemigos habian formado la línea en el sitio mismo en que estaba destacada la guardia de Valenzuela, i sus tiros caian por todas partes. A su propia vista cayó el caballo del capitan don Diego Benavente cuando lo montaba, i al ver esto el jeneral quiso seguir a este jefe que subia la loma, acompañado por algunos dragones: separado de su propósito por el ayudante Barnachea, que le ofrecia un caballo para andar con mas pres-

teza, tomó otro camino, i subió a la loma en que estaba situada la artillería de Morla para darle algunas órdenes, i bajaba con el objeto de acercarse a su línea, cuando fué descubierto i perseguido por una corta partida de milicianos de caballeria que a las órdenes de Olate habia cruzado el rio para apoyar a Urrejola: Carrera descargó sobre su jefe una pistola, que por casualidad estaba sin bala, i uno de los soldados de ella lo hirió de una lanzada en el costado, i su caballo recibió tambien dos golpes. Olate lo persiguió de cerca preparando su carabina para descargarla a boca de jarra, pero por una feliz casualidad no le dió fuego, i pudo salvar el jeneral insurjente. Forzoso le fué arrojarse al rio, seguido de dos asistentes, pasarlo a volapie, repasarlo mas abajo, i dirijirse a la division que mandaba su hermano.

La ausencia de Carrera, sin embargo, no se hizo notar en la organizacion de defensa: ni la sorpresa turbó por mucho tiempo al ejército, ni la falta del jeneral en jefe desconcertó a los subalternos en aquel momento crítico. El coronel O'Higgins, que estaba despierto a la hora del ataque, fué el primero en llegar al punto amenazado, i en organizar la resistencia, reuniendo en el peligro las atribuciones de su jefe, que no se presentaba por ninguna parte. Desde luego se elijió la altura que guarda el vado para punto de defensa: allí se hallaba situada la artilleria al mando del capitan Morla i del teniente don Nicolas Garcia, i a ese mismo punto se fueron replegando algunas partidas de caballeria desmontada, que conducian los capitanes don Joaquin Prie-

to i don Diego Benavente. Un piquete del batallon cívico de Concepcion, que mandaba el sarjento don Nicolas Maruri, se adelantó algo mas, i parapetado detras de unos peñascos, sostenia sus fuegos de fusilería con bastante acierto.

El enemigo, que se habia creido vencedor con la sorpresa, que habia recorrido todo el campo insurjente, i posesionádose de las caballadas de Carrera, casi no esperaba resistencia alguna. La vista de las fuerzas que organizaba O'Higgins vino a sacarlo de este engaño; i sus partidas, dispersas al principio del ataque, comenzaron a replegarse sobre una loma que habia ocupado Valenzuela, separada de la altura en que se defendian los patriotas por un bajo de mas de doscientas varas.

Desde entónces, la accion se sostuvo con valor por ambas partes, aunque con desventajas para los patriotas. El fuego del enemigo hacia grandes estragos en la artillería, a tal punto que un solo soldado de esta arma, que escapó ileso, pudo salvarse porque cargaba los cañones tendido en tierra para que los disparase el teniente Garcia. En los otros cuerpos, el daño era menor; sin embargo los oficiales Benavente, Morla, Benitez, Ureta i Prast fueron heridos en la pelea, i él mismo coronel O'Higgins, que no se habia separado un momento del sitio del peligro, recibió un balazo en una pierna.

El fuego duró mas de tres horas continuas. El enemigo habia intentado moverse repetidas veces, i quizá habria avanzado a no adelantarse los patriotas, a quienes mandaba O'Higgins cargar a la bayoneta. Con esto solo la victoria se pronunció por ellos;

entónces los realistas se movieron en retirada; pero la vista de una corta partida de caballeria que con grandes trabajos pudo organizar el capitan don José María Benavente, i con que los perseguia, apresuró su marcha i se entregó a una completa fuga, dejando en el campo bastantes muertos i heridos, 130 fusiles, dos cañones i algunos cajones de cartuchos. La victoria habria sido mas completa todavia si el teniente don Ramon Freire, que al mando de su guerrilla de caballeria se dejó ver en una altura inmediata, hubiese acudido prontamente en persecucion de los realistas.

Los patriotas sin embargo podian cantar victoria; i solo la falta de caballeria les impidió la destruccion completa del enemigo; pero la ausencia de su jefe, cuya suerte se ignoraba en el campo, vino a disminuir el contento de la tropa. Algunos soldados decian haberlo visto echarse al rio, pero nadie sospechaba siquiera su paradero. O'Higgins, temeroso tambien por su suerte, despachó a su ayudante, el cadete de dragones don Pedro José Reyes, a comunicar lo ocurrido a la division del centro, i a ponerlo de acuerdo con su jefe para buscar a don José Miguel. Este, felizmente encontró a Reyes en el camino; i ambos volvieron al sitio de la accion, en donde fué recibido el jeneral con gran alborozo por los soldados i oficiales que acaban de batirse con tanto denuedo.

Tal fué el resultado del combate del Roble: si bien no fué una batalla de grandes i decisivos resultados, en ella, mas que en cualquiera otra de las ac-

ciones de esa campaña, el ejército insurjente supo batirse con arrojo i heroismo, i no solo escarmentar con ventaja al enemigo, sino tambien convertir en victoria una desastrosa sorpresa. O'Higgins, el primero entre los héroes de aquella jornada, habia dado pruebas de un valor sobrenatural en los momentos de mayor peligro: con un fusil en la mano, enseñaba a sus soldados, en lo mas rudo de la pelea, a hacer un uso ventajoso de su arma; i miéntras él esponia su ancho pecho a las balas del enemigo no cesaba de recomendar a sus subalternos que se parapetasen detras de unas rocas para no presentar su cuerpo al fuego de los realistas. El jeneral Carrera, a su vuelta al campamento, pudo esclamar: "¡Gloria al invicto jefe que ha salvado la division i la patria! (16)".

XI. Cualquiera que fuese la importancia de la

(16) Para la narracion de esta jornada he consultado las relaciones de los historiadores i el parte del jeneral Carrera: pero me ha servido principalmente una noticia escrita por el señor jeneral don José Maria de la Cruz, que se batió ese dia. Debo tambien algunos curiosos detalles al señor coronel don Pedro Nolasco Vidal, que los recojió cuatro años despues de boca del guerrillero Olate. Todas las relaciones i documentos dan a O'Higgins una gran importancia en la jornada, considerándolo como el organizador de la vigorosa defensa de los patriotas. Torrente, Martinez i Ballesteros, de ordinario parcos en el elojio de los patriotas, hacen a O'Higgins la justicia merecida. El *Monitor Araucano* lo ensalzó en su heroismo con la publicacion de algunas cartas de los oficiales del ejército en que se le hacian pomposos elojios. Carrera dice al gobierno ejecutivo, en su parte de la jornada, que debe considerar a O'Higgins como "un soldado capaz en sí solo de reconcentrar i unir heroicamente el mérito de las glorias i triunfos del estado chileno." I en un *Manifiesto* publicado en Buenos-Aires en 1818, con el principal objeto de desprestijiar a O'Higgins, no pudo Carrera dejar de hablar de la parte que tuvo en la victoria el valor con que el jefe de la division animó a sus soldados: véase la páj. 9. Era entónces cabalmente, en 1818, cuando Carrera i sus parciales escribian desde el otro lado de los Andes, que habian visto al coronel O'Higgins escondido detras de una tapia, en una de las acciones del sitio de Chillan. La pasion dictaba esa calumnia.

victoria, ella no decidió al jeneral Carrera a cambiar en sus propósitos. No creyendo suficientemente escarmentado al enemigo, i sospechando que su ejército no bastase para poner el nuevo sitio a Chillan, don José Miguel solo se demoró en dictar algunas providencias militares para volver a Concepcion. Mandó situar la division del centro en Bulluquin, i la de O'Higgins un poco mas al oriente del lugar que ocupaba, en la confluencia del Itata i Diguillin, tras de parapetos i fosos improvisados que construyó el cuartel maestre Mackenna. Ambas divisiones debian sostenerse allí a la defensiva únicamente. El jeneral se separó de ellas el dia 19, despues de recomendar a sus jefes la prudencia i tino que exijian su delicada situacion.

O'Higgins sin embargo no podia conformarse con la inaccion a que lo obligaban las órdenes de su jefe. La division de su mando se habia engrosado con una partida de doscientos fusileros montados que, a las órdenes del capitan don Pedro Valenzuela, habian llegado en su ausilio, remitidos por don Juan José Carrera, el dia de la accion. Al paso que se sentia fuerte para tomar la ofensiva, sabia por buenos informes que el enemigo se habia encerrado en Chillan; de modo que solo el espíritu de subordinacion militar, que siempre distinguió a O'Higgins, pudo reducirlo a mantenerse en aquel punto sin intentar empresa alguna.

Sin embargo, queriendo mantener espeditas sus comunicaciones con el canton del Maule i con Talca, de donde se esperaban municiones i víveres, encargó al capitan don Pedro Valenzuela para que,

repasando el Ñuble al mando de cien granaderos, guardase la ribera norte de este rio, i cubriese San-Cárlos i el Parral contra cualquiera tentativa del enemigo. Uno de los primeros servicios que prestó esa partida fué llevar algunos ausilios a la division de Bulluquin.

Valenzuela era un buen militar, que gozaba entre sus compañeros de la reputacion de valiente; pero era jóven, i gustaba desafiar el peligro con demasiada temeridad. En esta ocasion lo hizó así: habiendo podido llegar a Bulluquin en la misma tarde, prefirió pasar la noche en Santa-Rosa de Trocayan sin manifestar temor a las guerrillas enemigas; i, de acuerdo con su teniente don Rafael Balverde, dió la órden de echar pie a tierra i de acampar cerca de un caserio.

Esta inadvertencia no pasó desapercida de los realistas. En las inmediaciones se hallaba la partida del guerrillero Olate, compuesta de cerca de 400 hombres, el que, noticiado por sus espias del punto en que habia acampado Valenzuela, resolvió atacarlo al anochecerse. Al primer amago de ataque, el jefe patriota que no se habia descuidado se atrincheró con gran prontitud detras de los sacos de galleta i de los lios de charqui, que llevaba a la division del centro, i desde allí comenzó a hacer un fuego bien nutrido sobre las fuerzas de Olate. Una bala de fusil quitó la vida al capitan Valenzuela en los primeros momentos; i poco despues cayó el teniente Balverde, que lo habia reemplazado en la direccion de la defensa, i el sarjento Ortiz. El subteniente don Gaspar Manterola, que apesar de su corta

edad, reasumió el mando en aquellas circunstancias, sostuvo el fuego con gran teson por mas de cuatro horas: entónces sus municiones comenzáron a escasearle; i sus soldados, reducidos en el combate a ménos de la mitad, no se hallaban en situacion de seguir batiéndose por mas tiempo, cuando dió Manterola la órden de cargar a la bayoneta sobre el enemigo, que tambien habia sufrido bastante. Pocos momentos duró este nuevo choque: el enemigo, estropeado en la refriega, no resistió mucho tiempo a Manterola, que pudo llegar sano i salvo a la villa de Cauquenes, conduciendo sus heridos (17).

Tan triste fin tuvo la espedicion del capitan Valenzuela. Cuando se creia que, confiada a un jefe de conocido valor, ella pudiese mantener espeditas las comunicaciones con el canton de Talca, el combate de Trocayan vino a llevarse esa ilusion, i a empeorar aun mas la situacion del ejército patriota. Los realistas, que no fueron perseguidos despues de la batalla del Roble, habian vuelto a tomar la ofensiva, i comenzáron a estenderse en guerrillas por el canton del Maule. Desde entónces la seguridad de las provincias centrales era absolutamente ilusoria.

(17) Benavente, *Mem. sob. las, etc.* cap. VI.—Gay, *Hist. de Chile*, tom. V, cap. XXVII.—Parte del Jeneral Carrera. Mss.

CAPITULO VIII.

I. El gobierno declara la libertad de imprenta—II. Estado de atraso de la instruccion pública en Chile ántes de la revolucion.—III. El gobierno manda fundar escuelas en todos los pueblos.—IV. Solemne apertura del Instituto Nacional.—V. Formacion de una biblioteca pública.—VI. Otras medidas del gobierno.—VII. Adelanto de la idea de independencia.—VIII. Sublevacion realista en Santa-Rosa.—IX. Derrota i castigo de los sublevados.

I. Miéntras el ejército patriota defendia en las provincias del sur la causa de la revolucion, los corifeos de esta no habian cesado un momento de promover en Santiago las reformas que creian de mas alta importancia, i que formaban el objeto principal del movimiento de setiembre. Poseia Chile por fortuna en aquella época unos cuantos hombres superiores a su tiempo i al pais, que habian emprendido la difícil obra de rejenerar la patria, i que no economizaban sacrificio alguno para lograrlo. Para ellos la apetecida independencia en cuya causa se habian comprometido tanto, era solo el medio para llegar a sus apetecidos fines.

Fué una de las primeras entre estas medidas la esplícita declaracion de la libertad de imprenta, por un supremo decreto de 23 de junio. La junta gubernativa habia creido de urjente necesidad esta

declaracion, i penetrada de ella, de acuerdo con el senado, no quiso ponerle muchas trabas i restricciones para las discusiones políticas. "Cuando hemos visto, decia en el preámbulo del decreto, que los déspotas han mirado siempre como el medio mas seguro de afianzar la tirania, prohibir a todo ciudadano la libre comunicacion de sus ideas, i obligarles a pensar conforme a los caprichos i vicios de su gobierno, i finalmente cuando todos conocen que tan natural como el pensar, le es al hombre el comunicar sus discursos, seria presuncion querer decir algo de nuevo sobre este precioso derecho, tan propio de los hombres libres (1)".

Animado de sentimientos tan liberales, el gobierno fué, como queda dicho, mui esplícito para declarar la libertad de la prensa. "Habrá desde hoi entera i absoluta libertad de imprenta. El hombre tiene derecho de examinar cuantos objetos esten a su alcance," decia el primer artículo del decreto. Para garantir este precioso derecho, el decreto lo ponia bajo la salvaguardia del senado, i en especial de uno de sus miembros, encargado de velar por él, i de una junta protectora compuesta de siete individuos, a la cual correspondia tambien la declaracion de si los escritos eran o no ofensivos a la relijion del estado, al sistema de gobierno o a los ciudadanos en particular.

Al sostenimiento i defensa de la relijion del estado estaba tambien consagrado otro artículo del decreto. En esta parte la junta gubernativa se manifestaba

(1) Decreto de 23 de junio de 1813.

inflexible con los contraventores a la lei. En su juicio era un delirio el que los hombres quisiesen discutir sobre esas cuestiones, i para evitarle un agravio, la lei exijia censura prévia para cualquier escrito sobre la materia, i creaba las autoridades que debian juzgar a los que la infrinjiesen en este punto.

II. Esa libertad limitada hasta cierto punto era la única que queria conceder el gobierno, i era quizá la única que convenia en aquellas circunstancias. La junta tenia muchos trabajos a que atender, i en algunos de ellos debia obrar sin miramientos, i quizá con arbitrariedad, i no queria atarse las manos voluntariamente sometiéndose a una crítica intempestiva.

Sus esfuerzos, por otra parte, iban dirijidos a reformas de gran utilidad, i mui en particular al fomento i ensanche de las escuelas i colejios. Para el gobierno eran estos un motivo principal de desvelos i fatigas de que no lo separaban ni los aprestos para el sostenimiento de la guerra del sur, ni las resistencias que solia encontrar en su marcha administrativa.

Desde los primeros tiempos de la revolucion, los diversos gobiernos que se habian sucedido en el mando habian tomado a empeño la reforma i ensanche de la instruccion pública. Este importantísimo ramo de la administracion era en efecto uno de los mas desatendidos por el gobierno español en todas sus posesiones de América, i mui particularmente en Chile. La ciudad de Santiago que gozaba de las atenciones i prerrogativas de capital del reino con-

taba apénas siete escuelas de primeras letras, miéntras muchos pueblos de provincia tenian una sola, i algunos ninguna.

La instruccion superior se hallaba en peor estado todavia. Los pocos colejios con que contaba el pais hasta aquella época estaban cimentados bajo una base bárbara, que, mas que a fomentar el amor al estudio, contribuia a desterrar de sus aulas a los alumnos. Sometida al rigor de un preceptor adusto, i a fuertes castigos corporales, la juventud acababa por mirar con desprecio lo que habia considerado al principio con horror.

La direccion de esos colejios estaba confiada por lo jeneral a eclesiásticos. Los estudios comenzaban por la latinidad, como base principal para los otros ramos, que se cursaban en su mayor parte en ese idioma. En latin se enseñaba la filosofía, el derecho, la medicina i la teolojía, i en latin sostenian los alumnos los escolásticos certámenes a que los sometia el pésimo sistema de enseñanza. La ciencia estaba convertida en una jerga de clasificaciones fútiles con que se pretendia aguzar el injenio de los jóvenes, i con ellas se eludian sus dificultades mas sérias (2).

Los idiomas estranjeros, i el español mismo, la química i la historia natural, no entraban en el plan de estudios : inútil fué que el director jeneral de minería don Manuel Salas pidiese con celoso empeño, en 1801, que se trajesen profesores de química, que

(2) *Ensayo sobre la educacion* por Camilo Henriquez, *Revista del estado anterior i actual de la instruccion pública en la América ántes española*, por don Juan Garcia del Rio.

tanto se necesitaban para el laboreo de las minas, i para la justa interpretacion de la ordenanza : su solicitud quedó sometida a informes i traslados i archivada en un espediente, que se ha conservado hasta hoi para honra de su memoria (3). El doctor Martinez de Rozas, ese patriarca de la revolucion de Chile, que enseñaba filosofía en 1781, se avanzó a dictar a sus alumnos un curso de física esperimental, que se creia entónces íntimamente relacionada con aquella ciencia (4).

III. En esos colejios, i bajo ese sistema, se educaron todos los hombres de pensamiento que encabezaban la revolucion; i mui pocos entre ellos habian ampliado el caudal de sus conocimientos en los colejios de Europa, si bien todos ellos poseian libros cuya introduccion era prohibida. A esos hombres no se ocultaban sin embargo los defectos de tal sistema de enseñanza, i estaban resueltos a dictar un nuevo plan de estudios bajo mui diversa base.

La campaña militar, que habia preocupado sus ánimos en el primer momento de la invasion, no lo distrajo de sus propósitos. Meditando ya la creacion del instituto nacional, el gobierno creyó preciso comenzar la reforma por la instruccion primaria, queriendo inculcar entre los niños las virtudes i hábitos republicanos, empresa árdua que no podia acometer sin imponerse primero de los inconvenientes con que debia tropezar, i de los mejores medios para subsanarlos. Para esto nombró una "comision

(3) *Espediente seguido a instancia del director jeneral de mineria para que se pidan a España profesores de química.* Mss.
(4) *Relacion de méritos i servicios del Dr. Martinez de Rozas.*

compuesta del senador Dr. don Juan Egaña, del director jeneral de estudios Dr. don Juan José Aldunate i del rector del convictorio carolino Dr. don Francisco José de Echaurren, para que a la mayor brevedad formen i presenten al gobierno un plan de educacion nacional, que proponga la instruccion moral i científica que debe darse a todos los chilenos, i la clase de virtudes que especialmente puedan hacer mas feliz este pais, i en que el gobierno debe empeñar sus cuidados para transformarlas en costumbre, i hacer de ellas como un carácter propio i peculiar de los habitantes de Chile. La comision propondrá cuanto hallare conveniente, contando con los vivos deseos que asisten al gobierno para emprender esta grande obra (5)".

De estos pasos preliminares resultó el decreto de 18 de junio de 1813, por el cual mandaba la suprema junta que se crease en cada pueblo de cincuenta vecinos una escuela de primeras letras costeada con los propios del lugar: para no gravar de modo alguno a los padres de familia cada escuela debia surtir a los alumnos de los libros necesarios, i el reglamento no se descuidaba en señalar aquellos cuyo espíritu i estilo podian contribuir a fortalecerlos en la virtud i formarles el gusto literario: entre estos entraba el precioso *Compendio de la historia de Chile* del jesuita Molina.

La lectura de ese libro podia inculcar en el alma de los jóvenes el amor a la patria de que contiene tantos ejemplos, i con los excelentes catecismos de

(5) Decreto de 1.º de junio de 1813, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 29.

relijion de Fleury, Pouget i Pinton, cuyo estudio debia hacerse en las escuelas, se pensaba mantener viva en su espíritu la fé de nuestros padres. Pero el gobierno queria tambien imbuir en los niños los principios de moralidad i buena conducta que solo podia inspirarles el ejemplo de los preceptores: para ésto el decreto exijia de todos los maestros informaciones i certificados de notorio patriotismo i buenas costumbres, i ordenaba que el decano del cabildo de cada pueblo visitase a menudo la escuela, e informase al gobierno sobre su estado (6).

IV. Iguales deseos animaban al gobierno cuando trabajaba con tanto ahinco por abrir el instituto nacional. La autoridad se habia preocupado con esta idea desde 1812, i la junta ejecutiva, que la habia activado sin cesar, llegó a anunciar en un manifiesto que el 1.° de agosto de 1813 tendria lugar la solemne apertura del establecimiento.

Sin embargo, solo pudo llevarse a efecto el 10 del mismo mes. Ese dia clásico en los anales de nuestra revolucion fué celebrado con gran pompa por la junta gubernativa i las corporaciones de la capital. Todas ellas concurrieron al claustro de la universidad en donde se inauguró el instituto. Allí leyó el Dr. Vera un himno entusiasta en honor de las ciencias que se iban a cultivar en Chile con los primeros albores de la libertad, manifestando que el vil despotismo que habia cerrado las vias de la ilustracion i de la cultura seria sostituido en breve por la independencia, cuyo imperio comenzaba a cimentarse.

(6) Decreto de 18 de junio de 1813, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 36.

El secretario de la junta don Mariano Egaña espuso a nombre de ella en un sentido discurso la necesidad que el pais tenia del instituto, i los fines que con su creacion pensaba alcanzar. "Diez i nueve cátedras de todas las ciencias, un museo que comprende todos los departamentos para sus esperiencias i progresos, una educacion pública gratuita abierta a todos los ciudadanos del estado," eran segun él la base del plan de estudios del instituto (7).

La creacion de este establecimiento en efecto, introducia en la enseñanza un cambio tan radical, cuanto era dable esperar de la época i del pais. Sin grandes conocimientos científicos i sin libros para enseñar, esos profesores acometian la árdua empresa de sostituir un plan de estudios metódico i sistemado al embolismo escolástico del antiguo colejio del rei,

(7) Para apreciar mejor este plan de estudios basta conocer los ramos que él comprendia: he querido tambien anotar los nombres de sus primeros profesores i empleados.

Protector civil el senador don Francisco Tagle.—Rector el Dr. don José Francisco de Echaurren.—Ministro vice rector el presbítero don Domingo Antonio Izquierdo.—Inspector de manteistas i de las aulas públicas el presbítero don Pedro Seballos.

Catedráticos.—De elocuencia doctrinal, oratoria i panejírica el senador Dr. don Juan Egaña.—De sagrada escritura el presbítero Dr. don Juan Aguilar de los Olivos.—De teolojia dogmática e historia eclesiástica padre lector frai José Antonio Urrutia.—De derecho natural, de jentes i economia política el presbítero Dr. don José María Argandoña.—De leyes patrias i derecho canónico el presbítero Dr. don Juan de Dios Arlegui.—De física esperimental el presbítero Dr. don José Alejo Bezanilla.—De química don Francisco Rodriguez Brochero.—De ciencias militares i jeografía don Manuel José de Villalon.—De matemáticas puras el padre lector fr. Francisco de la Puente.—De dibujo don José Gutierrez.—De lójica, metafísica i filosofía moral don Pedro Nolasco Carvallo.—De latinidad para mayoristas, i estudiantes de relijion el padre jubilado fr. José Maria Bazaguchascuad.—De la misma para minoristas, don José Miguel Munita.—De primeras letras fr. José Antonio Briseño. Algunas otras clases no se abrieron hasta algun tiempo despues. Entónces rejentó la de ingles don Joaquin Egaña i la de frances don Reinaldo Breton. Las de botánica i medicina tardaron aun mas.

Si tenia algun defecto capital el nuevo i estenso programa de enseñanza, provenia este del poco reparo que habian tenido sus fundadores para acometer una empresa tan superior a sus fuerzas, abriendo cátedras que ningun chileno podia rejentar.

V. La formacion de una biblioteca pública fué una medida que se creyó complementaria de la creacion de este colejio. Cuando habia en el pais tan grande escasez de libros para la enseñanza que no era posible juntar varios ejemplares de algunas obras que debian servir de testo en el instituto, sin una imprenta montada en un buen pie capaz de suplir por medio de reimpresiones a estas necesidades, el gobierno juzgó indispensable la creacion de un establecimiento, en donde se encontrasen reunidas a disposicion de todo el mundo las obras mas notables del injenio humano en todas sus ramificaciones.

El gobierno español ni aun se habia fijado en esta necesidad de su colonia: Santiago no poseia hasta esa época mas que las bibliotecas de los conventos, la del cabildo eclesiástico, de la real audiencia i de la universidad, que sobre ser sumamente reducidas i compuestas de libros sobre materias especiales, estaban sustraidas al dominio público. En Chile, por otra parte, no se vendian libros, i solamente la introduccion de ciertas obras era permitida a los particulares que las encargaban. Por esto mismo, era mas indispensable aun la formacion de la biblioteca nacional.

La junta ejecutiva se manifestaba dispuesta a comprar todos los libros que se le ofreciesen en venta, i aun a pedirlos a Europa para surtir pronta-

mente la biblioteca; pero contaba tambien con los donativos graciosos de los particulares, i en esto sus esperanzas no quedaron burladas. El presidente del senado don Juan Egaña, que habia trabajado empeñosamente por el fomento de la instruccion pública, obsequió al naciente establecimiento un lujoso ejemplar de las obras de Bufon, i algunos otros libros de amena literatura, don Mateo Arnaldo Hœvel entre otras una voluminosa obra sobre bellas artes, don José Gregorio Argomedo algunos libros de jurisprudencia, el ex-jesuita don Juan Gonzalez i don Feliciano Letelier algunas de enseñanza i don Martin José Munita la "Política indiana" de Solorzano.

Este jeneroso desprendimiento, cuando los libros eran tan escasos en el pais, i su precio tan subido, fué en breve imitado por muchos otros ciudadanos, i de las provincias llegaron tambien algunas obras que sirvieron para echar los cimientos de la biblioteca. Esos pocos volúmenes en efecto fueron la base de ese precioso establecimiento que ha llegado a ser un motivo de orgullo para el pais.

VI. Mas no eran estos proyectos los únicos que ajitaron al gobierno en aquella época. La junta patrocinaba ciertas ideas que juzgaba de importancia, aunque en gran parte ellas eran solamente un paso dado para mas ámplias e importantes reformas.

Fué una de estas la de formar un censo jeneral de todos los habitantes del reino, como medida altamente necesaria para "dar a los pueblos aquella organizacion i representacion política que corresponde a un sistema popular," i para emprender con

cálculo seguro las reformas sociales que necesitaban de esos datos (8).

Para facilitar una operacion larga i engorrosa, i a fin de obtener con fijeza las noticias estadísticas de mayor interes, el gobierno mandó imprimir estados que simplificaban mucho el trabajo, i con cuya disposicion se podia alcanzar fácilmente un conocimiento exacto de la edad, oríjen, estado i profesion de cada individuo. Por este medio el gobierno se ponia en situacion de emprender algunas reformas, partiendo de una base fija.

Sin embargo de tan buenas intenciones, pudo en breve convencerse que no era aquella la época mas aparente para un trabajo de esta especie. Las provincias del sur estaban envueltas en una guerra que impedia la realizacion de este proyecto; i en las del centro i norte no bastaron las dilijencias i empeños de los comisionados para persuadir a los campesinos que ningun perjuicio, ni aun el de reclutamiento forzoso para el ejército, se seguiria a los individuos que se inscribiesen en aquellos estados.

Se afanó tambien el gobierno en la reforma de ciertos abusos locales que exijian un pronto i eficaz remedio, i en promover algunas medidas de hacienda, necesarias para cubrir el déficit que abria la guerra. Se prohibió revender los abastos públicos, se fijaron aranceles para el pago de médicos i boticas conforme al parecer del protomedicato de Santiago, se tomaron algunas medidas sanitarias para impedir el rápido progreso de algunas enfermeda-

(8) Circular al juez mayor de cada provincia.

des, i se dictaron providencias rigorosas para cimentar bajo buena base la administracion de tabacos i la venta del papel sellado.

Entónces tambien se trató de plantear un cementerio al norte de la poblacion, a fin de borrar la perniciosa costumbre de enterrar en las iglesias, situadas en el centro de la ciudad. Esta idea tuvo su oríjen en el congreso de 1811, i sin duda se habria llevado a efecto en 1813 si las fatigas i afanes que procuraba la direccion de la guerra, no hubiesen llamado la atencion del gobierno hácia otra parte.

VII. En efecto, la junta trabajaba con gran tezon en mantener encendido el espíritu público en aquellas circunstancias, i en reunir elementos para el sostenimiento de una guerra que se alargaba de dia en dia. En este punto sus medidas fueron prudentes, i su principal empeño iba dirijido a evitar las exacciones de los subalternos del ejército, i a indemnizar los perjuicios que sufrian los particulares. Sin recursos para emprender esta obra de reparacion, el gobierno se desprendió de cantidades exorbitantes, si se atiende a su escasez i a sus necesidades, para cubrir una parte de sus pérdidas a los individuos mas perjudicados. Por esta razon se decretó que se remitiese a la provincia de Concepcion la suma de 10,000 pesos para repartirla conforme a los perjuicios i necesidades de aquellos vecinos que mas espoliaciones hubiesen sufrido en la campaña. Con el objeto de evitar estos males, el gobierno se empeñó en poner sérias restricciones en el cobro de las contribuciones para impedir los abusos i daños.

El mantenimiento del espíritu público reclama-

ba por cierto ménos trabajos. Estaba tan pronunciada la opinion en favor del movimiento revolucionario que se descubrian a cada paso bellos rasgos de civismo i de patriótico desprendimiento para contribuir con erogaciones al sostenimiento de la guerra. Las victorias del ejército insurjente, i muchas veces se contaban por victorias los sucesos mas insignificantes, eran celebradas en la capital con gran entusiasmo, i una noticia favorable del ejército era el motivo de manifestaciones espontáneas en honor de los jefes que lo mandaban.

Entónces, tambien, la idea de la independencia nacional se habia jeneralizado bastante entre todos los ciudadanos. Los decretos del gobierno habian borrado poco a poco las fórmulas de obediencia a Fernando VII, reasumiendo en sí la soberania nacional i algunas de sus providencias dejaban traslucir, claramente que la independencia de Chile era el principal objeto de la revolucion. El periódico oficial, el *Monitor Araucano*, no habia cesado de hablar de los tiranos i de la nacionalidad americana, sin dejar escapar un solo razgo de obediencia i fidelidad al monarca cautivo, cuya prision se presentaba como interminable.

Pero mas clara manifestacion que esas débiles reticencias fué sin duda un decreto supremo dado por la junta de gobierno a mediados de junio sustituyendo la bandera tricolor a la española. Mandábase en él que todos los rejimientos de milicias que concurriesen a la plaza de armas el 17 de ese mes con motivo de la festividad de Corpus debian presentarse con el nuevo estandarte, i considerando abo-

lido por este solo decreto el uso de la bandera española en las provincias del estado i en la marina mercante (9).

VIII. Fueron talvez estas avanzadas providencias las que mas irritaron a los enemigos de la revolucion. Aun que alejados de los negocios públicos por las autoridades patriotas, ellos habian descubierto las miras i tendencias del movimiento, i se manifestaban dispuestos a combatirlas por todos los medios posibles; pero reducidos a la impotencia, perseguidos i vejados, esperaban siempre una circunstancia favorable para vengar sus ultrajes, i para someter el pais a la autoridad del rei. Si bien es cierto que muchos de ellos creian irrealizable una contra-revolucion, tambien es verdad que no faltaban algunos que no querian desesperar.

Por desgracia, el espíritu reaccionario que habia asomado en Concepcion i en los pueblos fronterizos tuvo eco en las provincias centrales. Algunos jóvenes audaces i atolondrados, que no contaban con los elementos necesarios para hacer una revolucion, alucinados con la resistencia que Sanchez hacia en el sur, i creyendo que encontrarian muchos partidarios en el primer momento, se atrevieron a levantar la bandera de la insurreccion en la villa de Santa-Rosa de los Andes.

Poco despues de la invasion del jeneral Pareja, el gobierno de Santiago hizo salir para Mendoza a muchos españoles, o chilenos realistas, que podian conspirar: pero cuando hubieron llegado a Acon-

(9) Decreto inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 80.

cagua dió contraórden para que quedasen en el pais los mas insignificantes entre ellos. Varios de estos eran tan destituidos de relaciones i recursos, que prefirieron quedarse en Santa-Rosa, i todos ellos vivian allí en la mas estrecha amistad. Aventureros sin fortuna que perder casi todos, pensaron por mucho tiempo hacer una revolucion contra el gobierno establecido, i sea por casualidad o porque ellos los llamasen, se juntaron a los pocos meses en ese mismo pueblo algunos otros españoles de los lugares inmediatos, i todos ellos se reunian frecuentemente a tratar de su proyecto favorito que los iba a transformar como por encanto en grandes i poderosos. Esos ilusos proyectistas creian firmemente que las armas de Sanchez estaban victoriosas en el sur, i que la junta gubernativa o ignoraba esto, o pretendia mantener su efímera autoridad apoyándose en embustes ridículos i groseros.

El jefe de la revolucion fué un jóven español sin fortuna ni relaciones llamado José Antonio Ezeyza. Habia sido comerciante de reducido jiro en Santiago, i sus especulaciones le dieron en corto tiempo algunas ganancias i no poco crédito. En una ocasion en que debia mas dinero que de ordinario sea que se hallase atrasado o que quisiese guardar algo para sí por un medio fraudulento, resolvió fugarse secretamente i embarcarse en un buque que zarpaba en esos dias de Valparaiso. Su proyecto fué bien ejecutado, i habria conseguido salir de Chile, si las autoridades, impulsadas por las instancias de los acreedores de Ezeyza, no hubie-

sen despachado otro buque en su alcance (10). Volvió entónces a Santiago en donde tuvo que pasar por las tramitaciones de un concurso. Su oríjen español fué mas tarde la causa de su confinacion a Mendoza.

El 3 de agosto estalló la sublevacion. En ese dia Ezeyza a la cabeza de treinta hombres, de los cuales solo cinco llevaban fusil, se posesionó de Santa-Rosa de los Andes, i apresó al prefecto de la villa i a los demas empleados que podian resistirle. Inmediatamente comunicó el movimiento a varias personas de prestijio de las inmediaciones, a quienes creia interesados en la sublevacion, i dándose las apariencias de comisionado de la junta gubernativa de Santiago, para lo cual mostraba papeles falsificados, declaró que esta corporacion queria el pronto restablecimiento del réjimen colonial, como el único medio de evitar mayores males.

Natural pareceria que aquellas palabras no hubiesen sido creidas: pero hablaba Ezeyza con tanta confianza i seguridad que no faltaron infinitos vecinos que le dieran entero crédito. Ese jóven, oscuro la víspera del movimiento, consiguió en poco rato formarse séquito i reunir el rejimiento de milicias, a cuya cabeza se puso él mismo dándose el título de jeneral: su propósito era posesionarse de San-Felipe, que debia estar desguarnecido, para dar a reconocer el cambio gubernativo que habia intentado.

IX. En San-Felipe entre tanto se organizaba

(10) Conversacion con el señor don Ramon de la Cavareda.

una pronta resistencia a los sublevados de los Andes. Algunos fujitivos de este pueblo llevaron allí la noticia el siguiente dia. Sin pérdida de tiempo el prefecto don José Santos Mascayano mandó reunir las milicias para marchar contra Ezeyza; i por medida mas pronta dispuso que su yerno don Francisco de Paula Caldera al mando de treinta hombres que habian reunido le saliese al encuentro. Con esa corta division el prefecto Mascayano pensaba sofocar la insurreccion de Santa-Rosa, o al ménos presentarle alguna oposicion hasta la reunion del rejimiento de milicias.

Esas fuerzas, en efecto, se encontraron con las de Ereyza en Curimon; pero en vez de empeñarse un rudo combate, como era de esperarse, solo se dispararon algunos balazos, que no hicieron daño en ninguna de las dos divisiones. Caldera se adelantó a sus soldados para persuadir a las tropas enemigas que desistiesen de sus intentos, i estas comenzaron a desbandarse entregándose a una precipitada fuga, o pasándose a la division de San-Felipe. Ezeyza, que habia comenzado el combate disparando el primer tiro, se encontró abandonado hasta de sus amigos i consejeros, i tuvo que fugar a gran prisa para no caer en manos de Caldera.

La victoria, como se vé, no habia costado a este jefe mas que un movimiento audaz i decidido: pero léjos de contentarse con su triunfo avanzó hasta Santa-Rosa, i se posesionó del pueblo al anochecer del mismo dia. Su primer cuidado fué poner en libertad al prefecto i demas empleados, a quienes encarceló Ezeyza, i reducir a estrecha prision a este i a

todos sus parciales que pudo haber a la mano (11).

Grande fué la sensacion que produjo en Santiago la noticia de lo ocurrido en los Andes. Si bien es cierto que mui pocos temieron sérias consecuencias de un movimiento aislado hasta aquel momento i que encabezaban algunos mozos sin prestijio, se creyó sin embargo que podia ser el primer síntoma de la reaccion en las provincias centrales. La junta de gobierno misma vaciló sin saber que pensar de aquel suceso, i quiza no se habria atrevido a tomar providencias enérjicas a no reclamarlas con vehemencia el vocal don José Miguel Infante, que estaba de turno en la presidencia del cuerpo. Animado del mas sincero deseo de salvar la revolucion del abismo que parecia abrirse, el severo Infante se ofreció inmediatamente a pasar en persona a Aconcagua a seguir el proceso, sustanciar la causa i castigar prontamente a los facciosos para hacer un escarmiento ejemplar.

Valia mucho la actividad en aquellos momentos para que el dilijente Infante se demorase en inútiles preparativos. Acompañado del senador don Joaquin Echeverria, del secretario de gobierno don Jaime Zudañez, de dos escribanos, de una partida de soldados de milicias i del verdugo, salió para Aconcagua en ese mismo dia, dispuesto a hacer pagar caro a sus fautores el motin que habia turbado la tranquilidad pública. Creyendo de gran trascendencia el movimiento marchaba dispuesto a obrar con bastante enerjia para estirpar el mal de raiz.

(11) Partes del prefecto Mascayano.—Agosto 4 de 1813.

En efecto, tan luego como hubo levantado el proceso, trabajo que concluyó con gran actividad, sentenció a muerte a Ezeyza, don Manuel Gagos, don Juan Isidro Zapata, don Francisco Herrero, Francisco Novas, José Rafael Carmona e Isidro Raposo, principales instigadores del movimiento, e hizo fusilar en la plaza pública a los dos primeros el dia 19. La junta gubernativa sin embargo conmutó la pena a estos en destierro a Mendoza, i mandó poner en libertad a algunos individuos enjuiciados, cuya culpabilidad no aparecia comprobada en el proceso (12).

A pesar de esta benignidad de la junta gubernativa, sus miembros creyeron que la insurreccion de los Andes era un suceso de consecuencias, i aun pensaron que estaba intimamente relacionado con el proyecto reaccionario descubierto en Concepcion a mediados de agosto. Los documentos públicos de aquella época dejan traslucir claramente estas sospechas del gobierno; i sin duda la junta, que no tenia plena seguridad en su base temió entónces el principio de un desquiciamiento completo. Los pacíficos ciudadanos que la componian tuvieron que pasar por grandes ansiedades, que solo fueron los precursores de mayores afanes i fatigas.

(12) *Manifiesto de la junta gubernativa.*—Nota al subalterno de Aconcagua.—Algunos documentos sueltos de aquella época.

CAPITULO IX.

I. Relaciones del gobierno con el jeneral Carrera.—II. El pueblo i la junta desaprueban la suspension del sitio de Chillan.—III. Vacilaciones del gobierno para quitar el mando a don José Miguel.—IV. Conducta de este i de don Juan José en aquellas circunstancias.—V. Efervescencia de los ánimos en Santiago.—VI. Se traslada a Talca la junta gubernativa, e intima rendicion al jefe enemigo.—VII. El gobierno pide su renuncia al jeneral Carrera.—VIII. Operaciones militares de las guerrillas insurjentes.—IX. El ejército i el gobierno de Concepcion se oponen a la renuncia del jeneral en jefe.—X. La junta gubernativa da este destino al coronel O'Higgins.

I. Cuando salió de Santiago don José Miguel Carrera a contener a los invasores, todo el mundo creyó que la campaña duraria apenas unos pocos dias. Se ponderaba tanto la fuerza del ejército insurjente i la debilidad de las tropas de Pareja, que solo se esperaban en la capital la noticia de los triunfos del sur. Un solo encuentro era necesario segun muchos para pacificar completamente el pais. Los primeros partes del jeneral en jefe fortificaron esa creencia, i la sorpresa de Yerbas-Buenas fué mirada como el principio de los grandes desastres que aguardaban al invasor.

El tiempo vino en breve a probar a los patriotas de Santiago que se engañaban grandemente. La posicion de don José Miguel no era ni con mucho

tan alhagüeña i ventajosa, i su decantada victoria de San-Cárlos no equivalia en realidad a un triunfo mediocre. Carrera pidió con instancias al gobierno de la capital refuerzos de tropas para estrechar al enemigo en Chillan, i esto hizo sospechar que su ejército no era tan poderoso ni su enemigo tan débil como se habia creido.

Entónces todavia sobraron ilusos que creyeron en todas las palabras enfáticas de los partes del jeneral en jefe. En ellos no se contentaba ya con ponderar las ventajas de su posicion, sino que anunciaba paladinamente la próxima conclusion de la campaña. "No pasará la próxima semana, escribia en 8 de julio en marcha para Chillan, sin que tenga V. E. la satisfaccion de anunciar al pueblo nuevos truinfos." "Ya estamos en vísperas de acabar con la gabilla de piratas, que se muestra aun tenaz, decia en uno de 25 de julio escrito enfrente de Chillan, i pasado mañana tal vez tendré la satisfaccion de anunciar a V. E. la total tranquilidad del estado." "Viva V. E. seguro de que no tarda el momento feliz de nuestra tranquilidad," decia en 5 de agosto al dar cuenta de las ocurrencias del sitio.

Es verdad que no faltaban militares que impusiesen al gobierno de la realidad de lo ocurrido; pero este conocia la necesidad de mantener el entusiasmo, i sabia bien que esos partes contribuian poderosamente a ello. El gobierno guardaba para sí un conocimiento perfecto de la marcha de la campaña; i aglomeraba sijilosamente graves cargos contra el jeneral Carrera.

Los miembros que componian la junta gubernativa miraban desde tiempo atras con gran ojeriza a Carrera, que no habia desvanecido del todo el peligro comun de la patria. Don José Miguel Infante le hizo el primer cargo acusándolo de haber dado a sus hermanos los puestos mas importantes del ejército; i el plan de campaña adoptado por él fué el motivo de mil críticas, que si bien se hacian con gran cautela i sijilo, no eran por eso ménos amargas. Mas de una vez la junta pidió al jeneral en jefe noticias de la guerra mas circunstanciadas que esos partes tan reducidos con que informaba al gobierno de ciertos sucesos de ella. Don José Miguel por su parte contestaba a esta exijencia prometiendo pasar un informe detallado sobre la campaña, tan pronto como tocase a su fin, que él consideraba próximo.

Esas seguridades no impulsaron al gobierno a desatender el ejército que mandaba Carrera: lo reforzó con cuanto pudo, mandó organizar en Talca una division de reserva, i solo el 23 de julio, cuando se hallaba poseido del temor que supo introducir la intimacion de la fragata *Bretaña* en el Huasco i cuando comenzaba a tomar el peso a los injentes gastos de la guerra, contestó la junta una nota del jeneral en jefe en que le pedia refuerzo para atacar al enemigo, esponiéndole su escasez de recursos, i la imposibilidad en que se hallaba el gobierno para aumentar el ejército. En ese oficio decia la junta a Carrera que habia consultado el parecer del senado, i que no hallando arbitrio alguno para crear recursos, le parecia mejor que en vista de los antecedentes que le remitia él i los jefes subalternos pódian

acordar el mejor medio para subsanar falta tan grave (1).

II. El desastroso fin del asedio de Chillan vino a quitar a Carrera el poco prestijio que le quedaba ante los miembros de la junta, i el crédito que sus anunciados triunfos le habian granjeado en Santiago (2). Fué inútil que el gobierno quisiese probar en el *Monitor Araucano* que la suspension del sitio era un movimiento estratéjico i bien calculado: nadie lo creyó así, i solo se pronosticaron desastres i derrotas en la campaña que sostenia el ejército patriota.

Cuando se esperaba por momento la noticia de un triunfo completo i decisivo, segun anunciaban los partes del jeneral Carrera, esa noticia vino a turbar los ánimos i a despertar la desaprobacion contra la conducta del jefe del ejército. Sin conocer las causas que produjeron ese movimiento cada cual inculpaba a su agrado a don José Miguel, afeando sus hechos, reagravando sus errores, sin querer disculparle cosa alguna.

De estas quejas pasaron mas allá todavia los enemigos del jeneral Carrera. No contentos con acriminarlo en su conducta militar comenzaron a hablar de su despotismo, de la absurda constitucion que habia hecho reconocer por la fuerza en 1812, de su desmedida ambicion de mando, i del espíritu de esclusivismo que le impulsaba a depositar en su

(1) Nota del presidente de la junta don Francisco Antonio Perez Garcia al jeneral Carrera. Mss.

(2) Martinez, *Mem. hist.* año de 1813. Mss.—Gay. *Hist. de Chile*, tom. V, cap. XXX.

familia, cuyos sueldos costaban al estado muchos miles, todo el mando de las fuerzas; i como si esto no bastase para desacreditarlo recurrieron a hacerle críticas aun mas amargas. Por desgracia suya en el ejército se habian cometido muchas tropelias con los pacíficos hacendados de las provincias del sur, que el jeneral no habia castigado con la dureza debida por meras consideraciones muchas veces o porque los fautores de aquellos excesos eran sus deudos inmediatos. De ellos se agarraron sus enemigos para desprestijiarlo en los corrillos que comenzaron a reunirse en la capital con gran actividad i empeño desde que se divulgaron las últimas noticias del ejército (3).

La junta gubernativa por su parte desaprobó en secreto la conducta de Carrera: pero no pudiendo darse cuenta de las causas de los últimos movimientos del ejército, pidió esplicaciones al jeneral sobre su conducta. En su nota le espresaba con alguna dureza sus sérios temores de que el enemigo abandonando su encierro de Chillan quisiese cruzar el Maule i avanzar hasta la capital que estaba in-

(3) El Padre Martinez ha reunido en su *Memoria histórica* todos estos cargos con que él mismo acrimina al jeneral patriota. Dice así:—"El saqueo de las casas, los asesinatos, las violencias a las mujeres con el simulado título de los diferentes partidos, tanto entre sí como con los realistas ponian a todos en peligro de no tener un instante de seguridad en parte alguna. Tenian ademas los Carreras algunos deudos suyos empleados en las mas importantes comisiones, i siendo estos unos públicos facinerosos, conocidos por tales aun ántes de la revolucion, se puede conjeturar cuales serian ahora autorizados i defendidos con las facultades del gobierno. Estos era una de las principales causas de odio a los Carreras i los nombres de Bartolo Araoz con los Carreras de la Viña del mar i otra gran caterva de esta clase capitaneados de aquellos perpetuarian en Chile la memoria de la época de los delitos."—Véase la páj. 205 de la obra impresa.

defensa. Segun esa nota, el gobierno no habia estado al corriente de la guerra porque solo recibia algunas noticias sueltas del jeneral, e ignoraba las poderosas causas que lo habian obligado a levantar un sitio de que dependia la suerte del pais, i emprendido bajo los mas favorables auspicios segun las mismas palabras de don José Miguel.

Este mismo habia sospechado que se le harian en la capital fuertes cargos con este motivo; i desde Collanco, cuando se retiraba de Chillan, habia encargado a su hermano don Luis i al cónsul Poinsett que pasasen luego a Santiago a esponer su conducta al gobierno, i a sostener el prestijio de su nombre. Pero al imponerse del contenido de aquel oficio se apresuró a contestarlo refiriéndose a la mision de don Luis que debia satisfacer esos cargos, e informando detenidamente al gobierno de la situacion del ejército de su mando, i de la importancia de la insurreccion del sur. Bien hubiera querido intercalar en su nota algunas palabras duras para describir su escasez de recursos, que atribuia a próposito meditado del gobierno; pero las omitió por prudencia, contentándose solo con pedir refuerzos para principiar una nueva campaña (4).

III. Hasta entónces la junta gubernativa habia ocultado cuidadosamente sus motivos de disgusto con don José Miguel: si bien deseaba con vehe-

(4) Oficio de Carrera de 9 de setiembre de 1813. Mss. Este documento así como muchos otros de gran interes para apreciar estos sucesos, existen autógrafos en mi poder. Conociendo que nadie ántes que yo los ha consultado, me he propuesto no omitir detalle alguno sobre el particular, i aun dar publicidad en el apéndice a los mas interesantes.

mencia, separarlo de la direccion de la guerra, el gobierno no se atrevia a dictar una providencia decisiva temeroso de que ella produjese una rebelion armada, de funestas consecuencias. En su delicada situacion aglomeraba cargo sobre cargo contra el jeneral Carrera. No solo le reprochaba el espíritu de esclusivismo que lo habia inducido a dar a sus hermanos los mas importantes destinos del ejército, sino tambien ser la causa del movimiento reaccionario que ajitaba a los pueblos fronterizos. Sus vecinos habian sufrido tantas vejaciones de los subalternos de Carrera, i de sus comisionados para reunir caballos, forrajes i víveres, que era hasta cierto punto escusable la resistencia que ellos oponian a sus depredadores. Ellos habian apoyado i ausiliado con gran gusto el ejército insurjente en el principio de la campaña, i solo los vejámenes de que eran víctimas los habian obligado a cambiar de conducta.

No era por cierto don Luis Carrera el hombre mas aparente para desvanecer tan fuertes acusaciones. Inflamable por carácter perdia en breve la calma necesaria para contestarlas, i su cabeza, que carecia de los recursos que su situacion exijia, no bastaba a sacarlo de su embarazo. En sus conferencias con la junta gubernativa, pudo sospechar los cargos que se hacian a su hermano; i sin tratar de desvanecerlos con calma i reposo, apelaba a protestas i amenazas, manifestando siempre gran confianza en el ejército, que debia apoyarlos. Sus consejeros por otra parte no supieron conducirlo en aquellas circunstancias, i en su acaloramiento hizo

formal renuncia del mando del ejército, a nombre de su hermano don José Miguel; pero la junta gubernativa, temiendo por las consecuencias de una medida tomada en un momento de desesperacion i de despecho, se negó obstinadamente a aceptarla. Aprovecharse de sus palabras para separar al jeneral en jefe, sin conocer con certeza la opinion de este, habria sido comprometer seriamente su autoridad, aventurando providencias que talvez serian desobecidas.

Por este mismo temor finjió la junta olvidar sus resentimientos para llegar cuanto ántes al fin deseado por los revolucionarios. Circulaban ya chismes que comprometian vivamente sus relaciones con el jeneral en jefe, i temeroso el gobierno de que pudiesen llegar a oidos de Carrera, i producir una ruptura de funestísimas consecuencias para la patria, quizo mas bien sacrificar sus rencores, i ofrecerse gustoso a reunir nuevos recursos para proseguir la campaña. La nota que le dirijió con este motivo, con fecha de 14 de setiembre, respira esos sentimientos: lamenta en ella el gobierno su pobreza, los apuros i escaseces porque habia pasado, los tropiezos que encontraron siempre sus medidas, i las angustias que habia sufrido, i le reitera sus encargos sobre la necesidad de evitar los medios violentos para hacerse de recursos. "Por cuanto tiene de sagrado el nombre de la patria i el honor, decia mas adelante, encargamos a V. E. que despreciando esos funestos i criminales chismes, que acaso pueden llegar a sus oidos, convierta toda su atencion a castigar con la mayor severidad, i de un mo-

de público a todos los malvados que hayan cometido vejámenes, a contener la inmoralidad; a consolar a las provincias, i no pensar jamas que podria ser bien servido ni para su persona ni para su ejército por los hombres que se han hecho detestables en la opinion pública." Dábale cuenta de sus esfuerzos para reforzar el ejército i de las personas a quienes pensaba emplear; i al concluir le hablaba de la renuncia que a su nombre acababa de hacer su hermano don Luis (5).

Este por su parte habia dudado hasta entónces de la sinceridad de la junta. Creia tan profundos los resentimientos que en su juicio esas espresiones de reconciliacion de que se le habia hablado eran protestas falaces para esplotar su credulidad. En este sentido escribia a don José Miguel informándole de sus trabajos, de modo que este recibia las noticias de las ocurrencias de la capital vistas por un lado poco lisonjero para él. Don Luis habia descubierto una injuria en cada palabra de los miembros del gobierno, i la gravedad i circunspeccion de estos fué considerada por él como pruebas concluyentes del mal espíritu con que se miraba a su hermano.

Pero la junta gubernativa supo manejarse con bastante destreza, para desvanecer de su espíritu aquellas impresiones. A principios de setiembre se separó de su seno el vocal Perez i ocupó interinamente su puesto, solo para los asuntos de gran interes, el senador don Juan Egaña, hombre sin

(5) Nota de la junta al jeneral Carrera.—Va publicada íntegra entre los documentos, bajo el núm. 2.

odios ni rencores, lo que hizo sospechar a don Luis que la junta estaba inclinada a marchar en union con su hermano. Trataba entónces de reforzar el ejército, i el gobierno no perdió oportunidad alguna de consultarle su parecer, i de manifestarle cierta deferencia en todo, para desvanecer el encono del ánimo de don Luis.

La junta gubernativa, en efecto, consideraba mui esquilmado i reducido al ejército de la patria con las últimas ocurrencias de la campaña, i creia que era menester reforzarlo vigorosamente para que pudiese recomenzar la guerra con mejores elementos. Para esto, el gobierno meditaba la organizacion de una nueva division de 1000 hombres, formada con los ausiliares que habian vuelto de Buenos-Aires con Alcázar, i los reclutas que pudieran recojerse e instruirse; i habia llamado a la capital al gobernador de Valparaiso don Francisco Lastra, para que tomase el mando de ella, i a su cabeza pasase cuanto ántes a reforzar el ejército de Carrera (6). Con el objeto de arbitrar fondos, se ofició al cabildo de Santiago, para que propusiese con la mayor brevedad los medios conducentes a este objeto (7).

Esto haria creer que el gobierno estaba firmemente resuelto a seguir en buena armonia con los hermanos Carrera; pero léjos de ser esto así la junta gubernativa queria solo esplorar el campo, sin comprometer su autoridad, dictando providencias

(6) Tengo en mi poder algunas notas cambiadas entre Lastra i la junta gubernativa sobre la organizacion de esta division.
(7) Acta del Cabildo de Santiago de 10 de setiembre de 1813. Mss.

que serian desobedecidas. El golpe que meditaba exijia mucho tino, i la junta tocaba todos los arbitrios posibles para darlo con certesa, i evitar la resistencia que podia oponerle el jeneral i sus hermanos.

Para esto descubrió un recurso que creyó eficaz. El comandante de granaderos don Juan José Carrera habia estado casi siempre de contrapunto con su hermano don José Miguel, i era mui probable que ahora pretendiese el mando del ejército, i que apoyase las medidas hóstiles a este que dictaba la junta. Por esta razon creyó necesario ponerse de acuerdo con él, avisándole que don Luis acababa de hacer a nombre de don José Miguel la renuncia del mando del ejército i que el gobierno no estaba dispuesto a admitirla; pidiéndole que no diese oidos a los chismes que urdian espíritus mal intencionados, con el objeto de indisponerlo con la junta, i romper las buenas relaciones de armonia. La nota estaba escrita con bastante sagacidad para sonsacarle su parecer, i para hacerle concebir una esperanza lisonjera. Con ella la junta se proponia dividir a ambos, despertando el encono en el ánimo suceptible e irritable de don Juan José.

Don Luis que no estaba mui al corriente de estas tramas, estuvo al fin a punto de alucinarse tambien con la mentida sinceridad de la junta gubernativa. Creyó que se temia al espíritu turbulento de sus hermanos, i que ese temor reducia al gobierno a un cambio de política: habian sido tan terminantes i atrevidas sus amenazas que no trepidó un momento en creer que ellas habian surtido todo el efecto

que esperaba; i ni las voces vagas que se habian estendido en la ciudad, ni las noticias que le daban sus amigos acerca de la actitud hostil del gobierno bastaron a hacerlo persistir en el primitivo sistema de quejas i amenazas.

Como queda dicho, don Luis sufria, en esto un grave engaño. Su ojo mui poco perpicaz, i su carácter débil, dispuesto tan pronto al odio como a la amistad, lo habian engañado colocándolo en una posicion falsa, de que no podia salir fácilmente. Sus cartas a don José Miguel habian pintado hasta entónces sus desavenencias con el gobierno con recargado colorido, i ántes que pudiese hablarle del cambio efectuado en sus relaciones nuevas ocurrencias vinieron a desvanecer sus ilusiones.

Ántes de muchos dias se le presentó una ocasion de conocer nuevamente las pocas simpatías con que contaba su familia en el gobierno. En la solemne misa de gracias que se celebró en la catedral con motivo del tercer aniversario de la instalacion de la suprema junta, el padre Arce, que predicó el sermon, habló largamente sobre la mala direccion de la guerra i la necesidad de operar un cambio en el mando superior del ejército, para evitar mayores males.

Palabras fueron estas que irritaron vivamente a don Luis Carrera. Lleno de rabia i de altaneria pasó a palacio a llevar sus quejas a la junta gubernativa, i a pedir un severo castigo para el sacerdote que tan sin respeto ni consideracion habia atacado a su familia, señalándola claramente al público, i amenazando con hacerse justicia por sí mismo si se desatendia su reclamo. El gobierno lo oyó con

calma; pero Infante, que estaba resuelto a no guardar ninguna consideracion, le contestó con mas rudeza que prudencia, justificando las palabras del predicador como proferidas por un hombre libre, capaz de formar conciencia por sí mismo, i de dar su opinion sin obstáculo alguno.

IV. Don José Miguel estaba al corriente de cuanto se hablaba en Santiago, i su ánimo se halló tambien perplejo con las diversas manifestaciones de la junta gubernativa. Pero al recibir las cartas de don Luis que acompañaban el oficio del gobierno, su indignacion llegó a su colmo, i no pensó mas que en tomar una actitud amenazante para imponer a sus enemigos.

Instruido por las cartas de don Luis, el jeneral conoció que su enemigo mas tenaz era don José Miguel Infante. Era este el que habia hablado con mayor claridad en contra suya, el alma de las decisiones atrevidas del gobierno, i era preciso comenzar por él el combate ofensivo i defensivo que queria presentar a la junta. Cegado por la rabia no vió desde luego un sendero despejado que poder seguir en su embarazosa situacion, i recurrió a un arbitrio dictado solo por el despecho, i que acojió bien su espíritu atolondrado. "Si Infante, escribió inmediatamente a don Luis, no fuese un ignorante i no tuviese una alma vil no se habria atrevido a decir que reunir fuerzas en un ejército bajo el mando de un solo individuo es darlas a una sola familia. A otra proposicion semejante viene bien un bofeton, i puedes darlo en la intelijencia que lo recibe un intruso,

gobernante, i un destructor de nuestra felicidad, i nuestra libertad (8)."

Predispuesto así por su correspondencia privada, don José Miguel descubrió conceptos injuriosos para él en la nota de la junta gubernativa. Su contestacion, escrita en el mismo dia que la carta a su hermano, manifestaba a todas luces su exasperacion i su rabia. Lamentaba altamente los estragos de la guerra i la dificultad de concluirla vista la escasez de sus recursos i la conducta del gobierno, protestando bajo juramento por sí i por sus hermanos que su único interes habia sido la salvacion de la patria. Para probar esto hablaba de sus servicios, de su "desinteres i jenerosidad," i se empeñaba en presentarse como víctima de horribles conspiraciones fraguadas por chilenos ingratos para asesinar a él i a sus hermanos. "No tengo partido, decia, ni relaciones, ni solicito influencia en los negocios públicos, i solo quiero la conclusion de la guerra para separarme enteramente de unos hombres ingratos que tantas veces han fraguado planes los mas horribles para acabar con la existencia de unos ciudadanos jenerosos que se han sacrificado por la libertad jeneral."

Como si tan vanidosa acusacion no hubiese satisfecho el encono de Carrera, escribió tambien en su nota otros conceptos igualmente dictados por la exasperacion de su espíritu, i dirijidos a descar-

(8) Carta de don Miguel Carrera a su hermano don Luis. Concepcion, setiembre 23.

tarse de los fuertes cargos que le habia la junta gubernativa. Segun él, era esta la verdadera causa del retardo de la conclusion de la guerra, por no haberle remitido algunos artículos, que habia pedido con instancia; i los enemigos fomentados por los sacerdotes realistas, habian sabido aprovecharse de esta oportunidad para incrementarse a su vista. Aseguraba tambien que jamas habia empleado en el servicio a subalternos de mal nombre, i que no habia dejado sin castigo a los autores de depredaciones (9).

Mui diversa a esta fué la contestacion de su hermano don Juan José. Alucinado por los términos afectuosos que empleaba en su nota la junta gubernativa, i engañado quiza por la esperanza de suceder en el mando a don José Miguel, no trepidó en manifestarse acorde en todo con el gobierno, i aun en criticar ásperamente la conducta militar de su hermano. "Desde el principio de nuestra pasada campaña, dice su oficio, lloré las desgracias que eran consiguientes a desórdenes que presenciaba sin poder evitar. Me aflijia i confundia en vano cuando veia despreciados mis avisos, i burladas mis justas predicciones. Ellas se han verificado (10)".

La junta gubernativa pudo conocer por ambas notas la opinion de los dos hermanos. De ellas infirió que podia contar con la division que existia entre ambos, pero no se disminuyeron sus temores

(9) Nota de don José Miguel Carrera, setiembre 23 de 1813. —La publicó íntegra entre los documentos bajo el número 3.

(10) Nota de don Juan José Carrera, setiembre 19 de 1813. Véase el documento núm. 4.

por esto solo. Don José Miguel se manifestaba irritado, i aun cuando hablaba de renunciar el mando del ejército, el tono de su oficio hacia creer que estaba dispuesto i se consideraba fuerte para resistir las órdenes del gobierno jeneral. Con esto solo la posicion de la junta se hacia sumamente embarazosa: su impotencia la reducia a la inaccion en aquellos momentos en que mas necesidad tenia de obrar con enerjía, i esta flojedad inusitada en circunstancias tan críticas despertó el desagrado en la capital.

V. La excitacion pública, en efecto habia llegado a su colmo en Santiago con motivo de la mala direccion de la guerra, i de la debilidad que manifestaba el gobierno para refrenar los males que desprestijiaban a la causa de la revolucion. Las lisonjeras esperanzas que se habian concebido en el ejército al abrirse la campaña se desvanecieron una a una, i solo se propalaban sérios cargos contra sus jefes, i algunas quejas contra el gobierno, que no ponia un remedio eficaz a tanto mal.

Moderadas estas quejas en el principio, se hicieron insolentes mas adelante, i llegaron a preocupar a la junta, que trabajaba entónces con gran tezon, i de acuerdo con el senado, para activar con fruto las operaciones de la guerra, i desembarazarse de tantos obstáculos que se oponian a su marcha. Esa ajitacion, es verdad, no era bastante poderosa para alarmar al gobierno; pero comenzóse a hablar de la ilegalidad de su eleccion, i de la nulidad de la constitucion política, i la junta comprometida en sus relaciones con el jeneral en jefe, embarazada por la

ajitacion que reinaba en Santiago, i que de dia en dia tomaba mayor incremento, se halló sin resolucion para tomar medidas enérjicas.

Era el antiguo partido exaltado de 1811 el que dictaba estas quejas: separado desde entónces de la administracion de los negocios públicos, habia esperado una oportunidad favorable para reponerse de sus quebrantos, i solo la vió en los momentos de conflicto entre las autoridades militar i política. Por esto mismo, i contando entre sus enemigos al jeneral en jefe i a la junta gubernativa sus ataques iban contra ambos.

La junta lo comprendió así: en su juicio solo sus antiguos enemigos podian alzar ahora el grito contra su conducta, aprovechándose de aquellas circunstancias; i sin duda sus miembros habrian mirado con indiferencia aquellas quejas a no hablarse de la ilegalidad de su eleccion, i de la urjencia que habia de hacer un cambio en el personal del gobierno consultando la voluntad jeneral. Infante, que era el alma de las decisiones de la junta, cedia por carácter a quejas de esta especie, i no habria consentido por nada en conservar el poder si este no estaba satisfactoriamente autorizado por la libre voluntad de la mayoria nacional. Inducido por este sentimiento no trepidó en proponer el arbitrio de dejar el poder, sin considerar que los enemigos de la junta gubernativa iban a interpretar este paso como emanado por su falta de fuerza para dirijir los negocios en tiempos tan revueltos.

De acuerdo con el senado consultivo convino en reunir las diversas corporaciones de la capital i

los militares de mayor graduacion para tratar en un solo dia del remedio que debia ponerse a la embarazosa situacion del gobierno. Tuvo lugar esta el 3 de octubre; pero como nada se resolviese, quedó acordada segunda reunion para el dia 6: a esta concurrieron todas las personas de algun carácter público i los prelados de las órdenes relijiosas. Allí la junta espuso que estába dispuesta a dejar la direccion de los negocios, porque habiéndose hablado de la ilegalidad de su eleccion, queria dejar a los pueblos en la libertad de nombrar sus gobernantes. El debate fué largo, i hubo gran diverjencia de opiniones entre los concurrentes: cada cual opinaba a su modo segun descubria la situacion, i en realidad se emitieron casi tantos pareceres como eran los asistentes. El senador Henriquez, el rejidor don Antonio José de Irisarri i algunos otros miembros del cabildo i del tribunal del consulado, opinaron que la constitucion era nula en todas sus partes, i que el nombramiento de senadores i rejidores era tambien nulo, reclamando la convocacion de una junta popular para proceder a la eleccion de nuevos funcionarios ; pero varios jefes militares i algunos miembros del tribunal de apelaciones pidieron que quedasen las cosas en el mismo estado, llenando solo la vacante que dejaba en el poder ejecutivo la renuncia del vocal Perez.

Oidos los diversos pareceres, el gobierno i el senado se propusieron obrar con toda la actividad necesaria: la reunion se habia mostrado favorable a su autoridad, i estaban en el caso de conducirse con enerjia para poner un remedio a males segu-

ros e inevitables. Su primera providencia fué dictada el dia 8: era esta un largo decreto que contenia las disposiciones mas urjentes, reasumiendo en sí el senado i la junta importantes atribuciones. Acordábase por él que la junta pasase con la mayor brevedad a Talca, revestida de facultades estraordinarias, a fin de "acordar con los jenerales, i aun con el enemigo todos los puntos de la paz interior i esterior del reino, i cuanto sea conducente a la pacificacion de las provincias del estado." Para esto llevaba ámplios poderes a fin de hacer una honrosa capitulacion con el ejército realista. Durante su ausencia debia gobernar un intendente superior nombrado para Santiago, con injerencia en el gobierno de las provincias centrales. Por otros artículos se decretaba la convocacion de un congreso jeneral, que debia instalarse en enero del siguiente año, i se daba el mando del ejército al gobierno ejecutivo tan pronto como se hiciese la capitulacion con el enemigo, con autorizacion para licenciar las milicias, i distribuir las tropas en nuevos cuerpos, que no podian mandar dos parientes hasta el cuarto grado (8).

Con esto solo el gobierno supo ponerse a la altura de su situacion: asumiendo una actitud mas decidida i enérjica la junta calmaba en parte la ajitacion pública, i se colocaba en situacion de imponer al jeneral Carrera que la habia insultado. Pero los mas decididos ajitadores no se conformaron con esperar la próxima apertura del nuevo congreso, i los

(8) Decreto etc. etc. Véase el documento núm. 5.

ataques de un periódico de que podian disponer, dirijidos en su mayor parte, contra don José Miguel Carrera, como autor de la constitucion política que llamaban absurda i defectuosa, fueron ásperos i duros.

Se publicaba en Santiago desde principios de agosto un periódico titulado *Semanario Republicano*, que redactaba don Antonio José de Irisarri. Desde sus primeros números habia hablado con gran calor sobre la necesidad de la independencia americana, como único término posible de la revolucion, i como el único sendero capaz de hacer felices a los pueblos subyugados tantos años por el mas duro despotismo. Camilo Henriquez decia lo mismo en el *Monitor Araucano*, pero Irisarri, que habia ajitado la reunion de las corporaciones i que en ella habia hablado acremente en contra del reglamento constitucional, pasó mas allá, i atacó rudamente a ese código i a sus autores, llamándolo "pieza completa de sandeces i arbitrariedades," hecho reconocer por la fuerza bruta i hollando los derechos de los pueblos (9). De aquí concluia que la junta gubernativa, el senado i el cabildo, formados con arreglo a esa constitucion, carecian de la lejitimidad necesaria.

Estos escritos avivaron mas i mas el desagrado que habia despertado la conducta del jeneral Carrera. En ellos Irisarri esponia a la execracion pública las tropelias cometidas por don José Miguel i sus hermanos, para alcanzar el reconocimiento de la

(9) *Semanario Republicano* de 9 de octubre de 1813.

constitucion de 1812, i usaba para esto de un estilo acalorado i burlon, destinado a producir el efecto que se proponia. El número 10 del *Semanario*, que contenia el primer artículo obtuvo una gran circulacion; i si bien en él hablaba el escritor de la nulidad de la eleccion del gobierno ejecutivo, los reproches a Carrera venian a apoyarlo en aquellas circunstancias en que acababa de asumir una actitud decidida para separarlo del mando.

VI. La junta gubernativa en efecto no se habia descuidado un momento en los aprestos necesarios para emprender su viaje a Talca. Importaba mucho su presencia en aquel punto inmediato al teatro de la guerra para que no tomase a empeño activar su marcha, provista ya de facultades estraordinarias, i apoyada por una importante division.

Componian ésta 200 ausiliares que se habian pedido a Buenos-Aires, llegados a la capital en los primeros dias de octubre, a las órdenes del comandante don Santiago Carrera, i alguna fuerza mas que se habia organizado bajo la direccion del teniente coronel don Enrique Larenas. Con este refuerzo el gobierno creyó fácil el triunfo sobre el enemigo: por esta razon recibió con el mayor contento a los ausiliares de Buenos-Aires, i aun concibió la lisonjera esperanza de obtener sin grandes trabajos la rendicion del ejército de Sanchez.

Tan alucinado con las futuras consecuencias de su viaje a Talca, el gobierno pensaba solo en separar del mando de las tropas nacionales al jeneral Carrera: si, como lo esperaba, la guerra se concluia por

un tratado de avenencia con el enemigo, la junta no necesitaba entónces de apelar a medidas violentas, porque el decreto que acababa de espedir, conferia al poder ejecutivo el mando inmediato del ejército desde el momento en que cesasen las hostilidades. Por esto mismo, i a fin de no demorar la pacificacion del estado i evitar prontamente males de gran consecuencia, el gobierno procedió a nombrar un sucesor a don Francisco Antonio Perez en el puesto de vocal de la junta gubernativa.

La eleccion, que tuvo lugar el 9 de octubre, fué hecha por la junta gubernativa i el senado, i de ella resultó nombrado el cura de Talca don José Ignacio Cienfuegos. Era este un sacerdote de virtud sólida, de conocido patriotismo i de conocimientos nada comunes: su piedad era ejemplar i su caridad verdaderamente evanjélica, pero carecia del carácter firme i decidido que las circunstancias exijian del gobierno, i del ojo previsor del hombre público. Su eleccion fué para muchos una garantía de la sinceridad i honradez con que pensaba conducirse el gobierno, para otros fué solo una prueba de su falta de nervio i enerjia para dirijir la revolucion en circunstancias azarosas.

En ese mismo dia se elijió un gobernador intendente de Santiago, con ámplias facultades para intervenir en el gobierno de las otras provincias. La persona nombrada fué el senador don Joaquin Echeverria, el presidente del alto congreso el dia en que lo cerraron las tropas de Carrera, i opositor decidido de la política de este. El debia sostener en la capital el prestijio i autoridad de la junta guber-

nativa, desde que se pusiese en marcha para Talca.

No tardó mucho en hacerlo. Evacuadas todas las dilijencias necesarias, el gobierno salió de Santiago el 15 de octubre, llevando a don Mariano Egaña i don Tadeo Mancheño en calidad de secretarios, i acompañado por las fuerzas ausiliares de Buenos-Aires. En su tránsito recibió las mas ostentosas manifestaciones de simpatia i agrado en todos los pueblos por donde pasaba: las autoridades de cada villa salian a su encuentro, i a su entrada se seguian celebraciones públicas, en que tomaban parte todos los vecinos.

El 22 llegó por fin a Talca, en los momentos en que se celebraba en el pueblo la noticia de la victoria del Roble. Esta era una circunstancia mui favorable a sus propósitos de pacificar el pais con una simple intimacion al jefe realista, i no quiso la junta demorar un dia mas el envio de un parlamentario. Con este motivo salió en la tarde del mismo dia el capitan don Francisco Vergara, conduciendo pliegos para el coronel Sanchez en que la junta le esponia el crecido refuerzo de tropas que habia llegado a Talca con ella, sus disposiciones de comenzar mui pronto las hostilidades con notoria ventaja, i la necesidad en que estaba el jefe realista de entrar en transacciones, ofreciéndole las consideraciones i honores de la guerra si queria evitar la efusion de sangre i su completa ruina (10).

(10) Oficio de la junta gubernativa, octubre 22 de 1813. El padre Martinez alude en su *Mem. hist.* a este documento, pero no se rejistra entre los muchos que contiene su obra. He tenido a la vista el oficio orijinal, firmado por el vocal don Agustin Eyzaguirre que presidia la junta en aquellos dias.

Ese mismo dia despachó la junta al capitan don Patricio Letelier a Concepcion, llevando comunicaciones para don José Miguel Carrera en que le anunciaba su arribo a Talca, i la intimacion que acababa de dirijir a Sanchez. En su nota no le daba una sola escusa por su injerencia en los asuntos de la guerra sin consultar de antemano el parecer del jeneral en jefe: por el contrario estaba escrita con toda la terquedad del encono, i la firmeza del poderoso.

Estas disensiones entre el gobierno ejecutivo i el jefe del ejército no se habia ocultado mucho tiempo al jeneral realista. Sus partidas habian interceptado algunas comunicaciones de don José Miguel dirijidas a su hermano don Juan José i a varios jefes subalternos, i en ellas descubrió perfectamente la contraposicion de los dos poderes, i se resolvió a fomentarla por cuantos medios estaban a su alcance: su propósito era ganar terreno con la division de los enemigos (11). Por eso mismo contestó a la junta en una nota firmada por las corporaciones del pueblo i por los oficiales de su ejército, en términos de obstinada negativa a toda transaccion, vindicándose del cargo que se le hacia por los horrores i daños de tan prolongada guerra, como causados por los hermanos Carrera protectores de sus perversos subalternos; i mofándose de los poderosos refuerzos con que se le amenazaba, siendo que la carcoma de la division estaba entronizada entre los parciales del nuevo sistema. Para probar que

(11) Martinez, *Mem. hist.* año de 1813. Mss.

estaba al corriente de las ocurrencias del campo patriota hablaba largamente de las comunicaciones de Carrera interceptadas por sus partidas, en las cuales el jeneral descubria sus deseos i propósitos de sostenerse en el mando del ejército, apoyado en las bayonetas de sus soldados; i a fin de no dejarle duda sobre la veracidad de su acerto, copiaba algunos fragmentos de esas cartas i uno en particular, en que se desataba en recriminaciones contra el honrado senador don Juan Egaña, que habia firmado una acre nota de la junta gubernativa.

VII. El encono i la division entre el gobierno i el jeneral en jefe eran en efecto tan notables como decia Sanchez. Carrera estaba mui irritado contra los gobernantes de la capital, i no habia perdido oportunidad alguna de conquistarse prosélitos para sostenerse en el mando de que se le queria despojar. Al mismo tiempo que se espresaba libremente con sus hermanos para incitarlos a la desobediencia i a la rebelion, se dirijia a los otros jefes en términos mas mesurados para descubrir sus opiniones i saber con certeza si podia contar con ellos. En este mismo sentido escribió una carta al coronel O'Higgins, que hasta entónces no se habia dado por apercibido de las diferencias entre Carrera i el gobierno: en ella se referia a otra por la cual se le informaba que la junta pensaba avanzar a las provincias meridionales para reconocer el ejército, "aunque, decia, me parece bastante difícil creer tan bajos a los facciosos de Santiago, i no tanto esto como el que se entreguen sabiendo el bocado que se les seguiria (12)."

(12) Carta de Carrera.—Concepcion, octubre 27 de 1813. Mss. Ten

Esta irritacion de don José Miguel subió de punto cuando supo por la nota de la junta la parte que este cuerpo queria tomar en la direccion de la guerra. Exasperado por el poco miramiento con que se le trataba, Carrera tuvo un gran trabajo para refrenar su cólera i no romper abiertamente con el gobierno; pero preocupado como estaba contra él por las injurias que se le inferian, en todas partes veia los malos resultados de la política de la junta gubernativa, i aglomeraba cargos sobre cargos para hacer a su vez sus recriminaciones. La accion de Trocayan, acaecida el 29 de octubre, i la muerte de los oficiales Valenzuela i Balverde fueron para él un ancho campo de amargas quejas i de duros reproches que apresuraron su rompimiento con el gobierno.

Al dia siguiente de aquel suceso, apénas hubo recibido la primera noticia de él, escribió a la junta una larga nota en que le hacia las mas fuertes inculpaciones por su tardanza en socorrer el ejército, atribuyéndole a ella los desastres de las armas patriotas. "Estos i otros muchos males de gran bulto, dice en su nota, son debidos a la indiferencia con que mira i ha mirado V. E. el envio del pronto ausilio que hace dos meses pedí." En ella tambien se proponia justificarse de las recriminaciones que se le hacian, i con palabras enfáticas i altisonantes hablaba de los "heroicos esfuerzos de los jefes," que habian merecido la censura de la junta gubernati-

go en mi poder esta carta orijinal escrita toda ella por don José Miguel: forma parte del archivo del jeneral O'Higgins.

va, para procurar la felicidad de la patria; i emplazaba al gobierno a "responder por su conducta a presencia de un Dios que examina i rejistra en la oficina del corazon humano, segun sus propias palabras, cuantos designios se hospedan en ella (13)."



La simple lectura de esta nota hizo conocer a la junta que ya no era posible demorar por mas tiempo un golpe enérjico capaz de sacarla de su embarazosa situacion. La arrogancia de Carrera habia llegado a su colmo, i no era prudente conservarlo por mas tiempo en el mando del ejército: la junta tenia algunas fuerzas que le eran adictas, i confiaba que ellas le impondrian respeto i consideracion.

Resuelto ya el gobierno a separarlo del mando, le remitió una nota con fecha 9 de noviembre concebida en términos corteces, i hasta lisonjeros, pero en la cual le pedia paladinamente que tomase "el único partido que puede hacer apreciable su memoria"—hacer "una renuncia formal del mando del ejército asegurándole, decia la junta, por nuestro honor que no lo pondremos en manos de persona que sea sospechosa a V. E. ni que tenga relaciones, partido o familia." Para probar con mas evidencia la necesidad de dejar la direccion de la guerra recorria todas las ocurrencias de la revolucion desde que don José Miguel figuraba en ella, i trataba de manifestarle que desde el principio de su vida pública se habia acarreado antipatias profundas por

(13) Nota de 30 de octubre. Mss. -- Tengo en mi poder esta nota autógrafa. Va publicada entre los documentos bajo el número 6.



el deseo de mandar que se le atribuia vulgarmente. Las resistencias que le opuso el alto congreso, la separacion de las provincias del sur i sus aprestos militares contra Santiago en 1812, las repetidas conspiraciones que se tramaron contra él, i el desagrado jeneral que se hacia sentir en todo el pais eran pruebas evidentes de su falta de popularidad: en valde el gobierno habia mandado que lo elojiase la prensa, porque desde la suspension del sitio de Chillan ese espíritu de oposicion habia tomado gran importancia hasta manifestarse en público el descontento, i no habia sido posible ponerle atajo alguno. "Decir que los que piensan así son facciosos, decia la nota, es lo mismo que si se asegurase que es faccion lo que quiere ardientemente la voluntad jeneral. Ya han llegado las cosas al estremo de que es tan decidida, i tan universal i tan manifiesta la voluntad de que la fuerza se ponga en otras manos que hasta las personas que siempre han demostrado un ánimo tímido i contemplativo han prorrumpido del modo que V. E. ve en los papeles públicos, que el gobierno ha dejado correr porque hai libertad de imprenta (como debe haber en todo pais libre) i ciertas leyes conforme a las cuales deban juzgarse a los escritores siempre que los interesados reclamasen. Todos miran a V. E. al frente de un ejército: creen muchos, equivocando el carácter de V. E., que ese ejército (como lo ha dicho al gobierno el comandante de artilleria) vendrá a castigar a los que han manifestado sus sentimientos, i con todo no han podido dejar de espresarse así, porque el odio al despotismo es superior al temor, al

interes i a cuantos resortes puedan mover al corazon humano (14)."



VIII. Fácil es inferir cual sería la situacion del ejército en aquellas circunstancias. Pensando don José Miguel resistir a mano armada al gobierno de Santiago trataba de ganarse por todos médios la voluntad de sus soldados, i finjia no ver los excésos que cometian en los campos sus partidas volantes (15).

Algunos de los jefes abusaron entónces ámpliamente de la imposibilidad en que se hallaba el jeneral para castigarlos. Don Juan José Carrera, sobre todo, cuyo espíritu de insubordinacion costaba ya grandes incomodidades a su hermano don José Miguel, aprovechó estas circunstancias para ostentar su altaneria. Habiéndole avisado Alcázar que estaba dispuesto a socorrerlo con su division de ausiliares por haberle aprobado el gobierno esta determinacion, don Juan José le contestó una nota con fecha 22 de octubre, recargada de reproches contra la junta gubernativa, i aun contra aquel jefe: "Bien podia haber perecido esta division mas de cuatro veces, decia en ella, sin tener la precisa i rutinera precaucion de poner una fuerza que la ausiliára en caso apurado. Escuso hacer reflexiones sobre el particular, porque estoi seguro que ni pueden i que tal vez ni se entiendan. Es un milagro que no resulten al estado mil desgracias de la imposibi-

(14) Esta interesante nota, escrita con todo el tino i oportunidad del caso, no solo no ha sido publicada hasta hoi, sino que apénas será conocida por algunos curiosos.— Por esta razon la publico íntegra entre los documentos bajo el número 7.

(15) Martinez, *Mem. hist.* año de 1818. Mss.

lidad que tiene el señor jeneral para combinar sus operaciones—Estimo, agregaba al concluir, el ausilio que se me ofrece; pero entienda U. S. que ni lo necesito ni lo he pedido, aun cuando me he visto en los mayores peligros (16)."

Esas palabras en verdad eran dictadas por la indignación que produjo en su ánimo la negativa del ausilio que habia pedido anteriormente al mismo coronel Alcázar; pero lo que es injustificable es que usando de los derechos de comandante de granaderos, mándase retirar la parte de este cuerpo que se hallaba a las órdenes del coronel O'Higgins, en la division mas avanzada hácia Chillan. Don José Miguel, que fué informado de esta ocurrencia, no se atrevió ni aun a reprender a su hermano por la falta, i solo escribió a O'Higgins en términos de escusa i satisfaccion. "Siento, decia en su carta, que Juan José haya retirado los granaderos, pero yo le mandaré a U. nacionales que no son mui malos (17)."

Este espíritu de insubordinacion por una parte, i la debilidad del jeneral en jefe para refrenarlo, no podian dejar de traer graves perjuicios al ejército; pero entónces la guerra se mantenia con ménos actividad, i felizmente no se hicieron sentir grandes males. El enemigo habia diseminado algunas partidas, i estas sostenian la campaña batiéndose en detall i en encuentros insignificantes con las fuerzas insurjentes.

(16) Nota al coronel Alcázar.—Bulluquin, octubre 22 de 1813. Mss.

(17) Carta del jeneral Carrera.—Concepcion, octubre 27 de 1813. Mss.

El jeneral Carrera separó tambien de su ejército algunas pequeñas partidas que se estendieron por varios puntos de los campos que eran teatro de la guerra. El teniente de dragones don Estevan Manzano salió de Concepcion al mando de una guerrilla de 25 hombres para las riberas del Itata desde su boca hasta el Membrillar, con el fin de mantener espedito el paso, protejer los correos i dar caza a las partidas de ladrones que saqueaban impunemente las propiedades de algunos vecinos indefensos. En esos mismos dias salió tambien la guerrilla del teniente Cárdenas a juntarse con la division de O'Higgins; pero preocupado con la idea de batir a Elorreaga, que se hallaba a las inmediaciones, se distrajo de sus propósitos, i lo persiguió tenazmente picándole la retaguardia hasta quitarle algunos carneros en el paso de Tarpellanca en el rio de la Laja (18). Una de las guerrillas patriotas, compuesta de noventa hombres que mandaba el teniente don Ramon Freire, sostuvo un vigoroso ataque, en el vado de Cuca, en el Itata, contra una partida mui superior en número a la suya, i la batió completamente, persiguiéndola con gran tezon hasta Larqui. La del teniente Manzano no fué ménos feliz en sus correrias en las riberas del Itata: batió las fuerzas de un famoso montonero llamado Dámaso Fontalva, que, declarándose defensor de la causa realista cometia las mayores espoliaciones en aquellos campos. El mismo cayó prisionero con dos deudos de los suyos, que fueron fusilados por

(18) Carta de don José Miguel Carrera a don Bernardo O'Higgins.—Concepcion, noviembre 9 de 1813. Ms.

órden de Carrera con algunos otros soldados que se sortearon para sufrir la misma pena.

Los realistas por su parte no se descuidaban en incomodar al enemigo siempre que podian hacerlo con ventaja, i en proporcionarse elementos para proseguir la campaña. Sanchez habia sabido aprovecharse de esta corta suspension de las hostilidades para estender sus relaciones mas allá del territorio ocupado por su ejército. Fué en aquellas circunstancias cuando pudo conocer la importante adquisicion que habia hecho al recibir bajo sus banderas la plaza de Arauco. A principios de setiembre arribó a sus costas el bergantin *Potrillo*, mandado por el virrei Abascal para informarse de la situacion del ejército realista, conduciendo al antiguo cura de Talcahuano don Juan de Dios Búlnes, exaltado enemigo de la revolucion i mui conocedor de las provincias meridionales, con el encargo de examinarlo todo por sus propios ojos, i de llevar a Lima una noticia individual i detallada del estado de la guerra. El cura Búlnes se comunicó con el padre misionero frai Juan Ramon i de él supo cual era la situacion, i cuales las necesidades del ejército de Sanchez. El *Potrillo* pasó a Chiloé a dejar allí al sarjento mayor don Ramon Jimenez Navia, encargado por Abascal de organizar en el archipiélago un rejimiento de 600 hombres para reforzar el ejército de Sanchez, i volvió a Arauco a tomar a su bordo los prisioneros patriotas de Chillan que debia conducir a Lima.

Al saber esta noticia la junta gubernativa que estaba en Talca, ofició inmediatamente al coronel

Sanchez pidiéndole la suspension de esta órden, i amenazándolo, en caso de embarcar á los prisioneros, con remitir a Buenos-Aires a los oficiales realistas que estaban en poder de los insurjentes, i mui en particular a aquellos que trajo a su bordo la fragata *Tomas*: pero Sanchez se negó a toda avenencia, diciendo que los prisioneros que pensaba remitir a Lima iban con sus procesos iniciados, i que quedarian en completa libertad si de su causa resultaban inocentes; agregando que no reconocia por oficiales suyos a los "traidores" de la *Tomas*, a quienes podia remitir a cualquier punto.

El jeneral Carrera por su parte tomó medidas mas eficaces aun para impedir el embarco de los prisioneros, bien que ellas no surtieron el efecto que esperaba. Dió el mando de cien fusileros al comandante don Fernando Urizar, con el encargo de atacar la partida de los conductores i aun de caer sobre la plaza de los Anjeles; pero este jefe anduvo tan desgraciado en esta espedicion, que sus soldados, que lo miraban con desden, lo abandonaron creyendo que se les traicionaba. O'Higgins quiso hacer algo por su parte para libertar a los prisioneros, i mui en particular al coronel don Luis de la Cruz, con quien lo ligaban relaciones de una amistad estrecha, i con este objeto intentó moverse de Diguillin para cortar al enemigo en su tránsito; pero no tenia caballos para efectuar un movimiento rápido como convenia, i don Juan José Carrera, a quien se los pidió con instancia, no se los mandó. Así fué que pasó los momentos mas preciosos esperando un ausilio para acometer tan importante empresa.

Esta desgracia obligó al jeneral a reconcentrar mas sus fuerzas en las inmediaciones de Concepcion, con el objeto de atacar la plaza de Arauco, por donde el enemigo podia recibir refuerzos. Con este propósito habia ordenado la aproximacion de las fuerzas de la division del centro a la Florida, i el acantonamiento en la hacienda de Curapaligüe de la que mandaba O'Higgins, como puntos mas inmediatos del cuartel jeneral. Hizo preparar en Talcahuano algunas falúas o botes para atacar al *Potrillo*, i desembarcar fuerzas en Arauco, i dió su mando al valeroso teniente don Nicolas Garcia, a quien hizo venir de Diguillin.

Tantos preparativos sin embargo no sirvieron para nada. Sanchez, que estaba al corriente de ellos, mandó a sus partidas, que ocupaban los lugares inmediatos a Concepcion, que no cesasen de incomodar a las tropas de Carrera, finjiendo que proyectaban nada ménos que la reconquista de la ciudad, mientras la plaza de San-Pedro, separada de ella solo por el rio Biobio, i que no tenia mas que cincuenta hombres de guarnicion, disparaba repetidos cañonazos cada vez que se acercaba a sus inmediaciones algun bote enemigo, haciendo entender que no carecia de recursos i municiones para sostener cualquier ataque. Con este simulacro de resistencia, que por todas partes se le presentaba, el jeneral Carrera demoró por algunos dias su proyectado ataque; i la cuestion tan importante para él de su separacion del mando del ejército vino a llamar su atencion hácia otra parte.

IX. En medio de los afanes que le procuraba la

guerra, don José Miguel no habia olvidado por un solo instante sus motivos de resentimiento con la junta de Santiago, i la actitud hóstil que esta acababa de asumir. A juicio suyo su rivalidad habia llegado a tal punto que sin gran abnegacion de su parte no le era ya posible transijir con el gobierno que se empeñaba en vejarlo a cada paso; pero sea que temiese por la suerte de la revolucion en caso de pronunciarse en abierta rebelion, o que no contase con los elementos para ello, estaba dispuesto a transijir momentáneamente con sus enemigos.

Fué entónces cabalmente cuando recibió una nota de la junta gubernativa incluyéndole las comunicaciones en que Sanchez, negándose a toda avenencia pacífica, hablaba de las cartas del jeneral patriota que decia haberle interceptado. El oficio del gobierno no contenia espresiones acres, i aun se manifestaba en él poco dispuesto a dar crédito a la nota del jefe realista; pero el jeneral Carrera, léjos de mirar con indiferencia la acusacion del jefe enemigo, dió las mas visibles pruebas de exasperacion i despecho. Creyendo que el mejor arbitrio que podia salvarlo de un sério compromiso en aquellas circunstancias seria negar abiertamente la existencia de las cartas que se decian interceptadas, ofició al gobierno con fecha de 12 de noviembre protestando de todos modos su inocencia, i haciendo alarde de la sanidad i pureza de su conducta como él mismo lo decia: "Me bastaria, Exmo. Sr., dice mas adelante en su nota, el testimonio de la pureza i sanidad de mi conducta tan autorizada i demostrada por mis hechos públicos que en nada contradicen

estos mismos sentimientos de honor i de virtud. Observe pues, V. E., que la acriminacion particular que forma contra mí el indigno Sanchez es trascribir a la letra las espresiones que he vertido contra Egaña; pero no sabe este infeliz pirata que siendo estas el verdadero i justo resentimiento de mi alma, no solo las he manifestado con franqueza en algunas de mis cartas misivas sino tambien a presencia de las personas mas justas i sensatas (19)."

Pocos dias despues de haber escrito esta nota recibió Carrera el oficio en que la junta gubernativa le pedia terminantemente que hiciese la renuncia del mando del ejército. Fácil es inferir cual seria su indignacion al ver que tan inconsideradamente se le queria separar de la direccion de la guerra; pero sin atreverse a manifestarse en abierta resistencia a las órdenes de la junta, don José Miguel quiso sondear la opinion de los jefes subalternos del ejército, de los cuales necesitaba en aquellas circunstancias.

El gobierno de Concepcion, que le pertenecia decididamente, convocó con este motivo una reunion, compuesta de los jefes i oficiales de mayor graduacion, i del cabildo i demas corporaciones del pueblo, para el 18 de noviembre: allí se trató con gran diverjencia de opiniones de la conveniencia o perjuicios que podia acarrear a la patria la renuncia del jeneral, i se convino al fin en oir el dictámen de los jefes que se hallaban fuera de Concepcion

(19) Nota de Carrera a la junta ejecutiva. Concepcion, noviembre 12 de 1813. Ms.

empleados en el servicio del ejército, i mui en particular el del coronel O'Higgins, a quien se ofició en el mismo dia para que remitiese su informe a la mayor brevedad.

El parecer de este jefe, si bien es cierto que fué bastante honroso para el jeneral Carrera, no era de modo alguno favorable a sus propósitos de rebelion. O'Higgins ante todo era hombre de órden; combatia únicamente por defender la causa de la revolucion i de la república tristemente amenazada, i ninguna consideracion habria bastado a decidirlo a romper con el gobierno apoyándose en las bayonetas que estaban a sus órdenes. "Despreciando, dice en su nota, las negras calumnias con que siniestros informes quieren oscurecer las glorias del jefe del bravo ejército restaurador, es mi dictámen que sin perder momentos se represente al exmo. gobierno superior de Chile la necesidad de no alterar el órden de los negocios presentes, ni ménos variar la direccion de la guerra, quitándole a un jefe tan utilísimo i necesario para la espulsion del enemigo que nos acecha en nuestras disensiones (20)."

La opinion sin embargo no estaba mui pronunciada en el ejército a favor de Carrera para que este dictámen tuviese mui benévola acojida: algunos jefes hablaron al jeneral con toda franqueza esponiéndole que el mejor partido que podia tomar en aquellas circunstancias era hacer lisa i llanamente la renuncia que se le pedia. El cuartel maestre

(20) Informe de don Bernardo O'Higgins. Curapaligue, 19 de noviembre de 1813.—Tengo en mi poder el borrador autógrafo que O'Higgins hizo para pasar su informe al gobierno de Concepcion.

Mackenna fué de este número, i en una entrevista que tuvo con el jeneral Carrera trató de probarle por todos medios que léjos de serle deshonroso dejar el mando del ejército en aquellas circunstancias era por el contrario el mejor medio de acallar las calumnias con que se pretendia mancillar su nombre. Segun sus propias palabras, Carrera no distaba de hacerlo, pero temia que el gobierno confiase el mando del ejército al coronel arjentino don Mârcos Balcarce, que acababa de llegar a Talca a tomar el mando de los ausiliares en reemplazo del coronel don Santiago Carrera: algunas espresiones del oficio de la junta gubernativa le hacian creer que tal era su propósito, i aquello sobre todo de que el jefe electo no tendria "relaciones,partido o familia," no podia referirse mas que a un estranjero como el coronel Balcarce.

Por grandes que fueran los resentimientos de Mackenna con el jeneral en jefe, i sus deseos porque dejase el mando del ejército, no se manifestó por eso dispuesto a aprobar el nombramiento que sospechaba Carrera. El cuartel maestre era un buen chileno de corazon, que habia combatido con fé i valentia por la independencia de su nueva patria, i mal podia avenirse con que un estranjero mandase el ejército nacional. Para evitar que esto sucediese convino con don José Miguel en manifestar a la junta gubernativa que el coronel O'Higgins era el jefe mas aparente para suceder a Carrera i para conducir la campaña con el tino que se requeria. El jeneral manifestó adherir a este parecer, sin dificultad alguna.

X. La junta gubernativa entre tanto, que solo tenia una noticia vaga de lo que ocurria en Concepcion, veia pasar los dias sin recibir ninguna nota del jeneral en jefe que le esplicase sus disposiciones sobre dejar el mando que se le pedia. Su espectativa fué convirtiéndose en temor, i en poco tiempo mas comenzó a creer que la rebelion del jefe del ejército era segura e inevitable. En su juicio don José Miguel no podia resignarse jamas a renunciar la direccion de la guerra, i a dejar sin venganza la nota audaz que se le habia dirijido.

En su situacion creyó que le convenia consultar el parecer de algunos jefes del ejército del sur para no comprometerse mas en una empresa que podia traer funestas consecuencias. Sin vacilar un momento revolvió dirijirse con este objeto al coronel O'Higgins, el cual, si bien se habia manifestado mui retirado de toda disencion, gozaba del crédito de hombre de integridad i acierto. En una nota de 22 de noviembre, a que acompañaba copia del oficio remitido al jeneral Carrera pidiéndole su renuncia, la junta gubernativa le espuso su firme resolucion de quitar el mando del ejército a don José Miguel, cediendo al clamor universal de todos los pueblos de Chile, agregando que no habiendo contestado el jeneral en jefe ese oficio queria informarse del estado de las fuerzas que estaban sujetas a él, i de la opinion de la oficialidad para adquirir un conocimiento exacto de las cosas. "Nos son tan recomendables i gratos el patriotismo i heroico desinteres i desprendimiento de U. S., agregaba mas adelante, i miramos con tanta consideracion super-

sona i méritos jeneralmente reconocidos por todos los ciudadanos, que depositamos en U. S. nuestra confianza i queremos que nos hable con toda la franqueza i libertad con que piensa el hombre que no reconoce mas interes que el bien de su patria, sobre el estado de las fuerzas sujetas al jeneral en jefe, sobre la opinion de la oficialidad, i sobre todo lo conducente a que formemos un buen conocimiento de las cosas (21)."

El coronel O'Higgins habia ya manifestado su opinion oponiéndose a la separacion de don José Miguel del mando del ejército. Esa opinion era dictada por un sentimiento de lealtad hácia Carrera i por el sincero deseo de mantener la unidad de la revolucion, impidiendo a todo trance la guerra civil que debia traer por consecuencia la separacion del jeneral en jefe. Segun él no era de modo alguno prudente el cambio que proyectaba la junta porque el primer síntoma de disension sería la ruina completa de los patriotas, espiados como estaban por el ejército enemigo. "En situacion tan lamentable, decia O'Higgins en su contestacion, creo que no es tiempo, Exmo. Sr., de querer lograr en un solo instante vencer al enemigo i afianzar la libertad del estado: eso seria arriesgar uno i otro. Vénzase la primera dificultad, que la segunda el órden mismo de los sucesos la proporcionará. Repetidas veces he oido protestar a los señores Carrera que vencido el enemigo se convocará un congreso nacional dejan-

(21) Nota de la junta al coronel O'Higgins. Talca, noviembre 22 de 1813. MS.

do a los pueblos la libertad de formar autoridades de su confianza, i a fin de que formen una constitucion libre adaptable i conforme a los deseos de la nacion chilena. No puedo ménos de hacerles la justicia de creer que asi lo efectuaran, i cuando ellos olvidados de tan justas insinuaciones se apartaren de la senda de la razon, lo que no es de esperar, juro por lo mas sagrado que emplearé mis débiles fuerzas para hacerles cumplir promesas tan solemnes. Esté V. E. persuadido que esta es la opinion de muchos de los hombres de honor que hai en el ejército, los cuales a costa de cualquier sacrificio, despues de salvar la patria, le afianzarán su libertad civil (22)."

Los jenerosos sentimientos del coronel O'Higgins, tan dignamente espresados en su nota, no alcanzaron a surtir el efecto que se proponía, porque la junta gubernativa habia precipitado los sucesos, sin querer esperar el dictámen que se habia pedido a este jefe. Cuando mas alarmado estaba el gobierno con el obstinado silencio del jeneral Carrera, un suceso inesperado, el arribo a Talca del cuartel maestre Mackenna i del teniente don Nicolas García, vino a sacarlo de su embarazo.

Esos dos oficiales no abrigaban simpatias ni consideracion de ninguna especie por el jeneral Carrera. Ellos habian aprobado la idea de la junta, de separarlo del mando del ejército, i habian declarado franca i enérjicamente que el coronel O'Higgins de-

(22) Nota del coronel O'Higgins a la junta gubernativa. Collico, noviembre 29 de 1813. Ms.

bia sucederle en él. Predispuestos como estaban contra don José Miguel dieron mui poco crédito a sus palabras de asentimiento a esta opinion; i notando que no se apresuraba en contestar a la junta gubernativa, ni en tomar medida alguna dirijida a la realizacion de este pensamiento creyeron llegado el caso de trabajar por sí mismos, a fin de alcanzar el triunfo de sus propósitos. Aprovechándose de la independencia de que gozaba por su destino, el cuartel maestre pasó a Talcahuano el 23 de noviembre, i allí se juntó con el teniente Garcia, que mandaba las lanchas i botes del resguardo: en uno de ellos se embarcó con este oficial, i finjiendo que pensaba pasar a la isla de la Quiriquina dió la vela al norte, i el siguiente dia tocó tierra en la boca del rio Maule. En treinta horas mas ambos se pusieron en Talca, en donde fueron recibidos con grandes consideraciones por la junta gubernativa.

Mackenna estaba resuelto a trabajar con actividad i decision en favor de su pensamiento. Con este motivo espuso al gobierno que Carrera se hallaba dispuesto a dejar en manos de O'Higgins el mando de las tropas; a su juicio esta decision era la mas prudente por cuanto el jefe indicado reunia las mas brillantes cualidades para dirijir la campaña con valentia i acierto, i que el gobierno debia aceptar inmediatamente este partido como el único capaz de sacarlo de su embarazosa situacion. Todo esto se habló sin reserva ni disimulo: don Luis Carrera que permanecia en Talca, seguia paso a paso las francas deliberaciones del gobierno, i creyó de su deber adherir a este último dictámen, tan confor-

me con el parecer de su hermano, que no se manifestaba dispuesto a dejar el mando a un estranjero.

Esta declaracion de don Luis Carrera vino a simplificar mas las cosas, i a allanar las dificultades que hasta ese momento habian entorpecido la marcha de la junta. Desde entónces el camino se presentó mas llano i despejado, i el gobierno pudo obrar con decision i firmeza, i dar un golpe decisivo para destruir los planes de engrandecimiento personal que se atribuian al jeneral Carrera. El 27 de noviembre estendió cuatro decretos por los cuales separaba del mando del ejército i de la Gran Guardia al jeneral don José Miguel Carrera, de la comandancia de Granaderos a su hermano el brigadier don Juan José, i del mando de la artilleria a su otro hermano don Luis. El coronel O'Higgins, el mayor don Juan Antonio Diaz Muñoz, el coronel don Cárlos Spano, i el capitan don José Domingo Valdes debian sucederles.

La junta gubernativa sin embargo temió todavia el ser desobedecida, a pesar de la imponente enerjia que acababa de asumir. Por esta razon dirijió una nota en ese mismo dia al coronel don Pedro José Benavente, que residia en Concepcion, retirado del servicio militar, interesándolo a cooperar por su parte al fiel cumplimiento de sus decretos, i previniéndole que no eran el odio i la venganza lo que dictaba aquella providencia. Con estas notas partieron para Concepcion en la mañana del dia 28 el teniente de asamblea don Ramon Gaona i el oficial de la secretaria de gobierno don Gregorio Echagüe.

Entónces mismo la junta no contaba siquiera con la voluntad del jefe electo. O'Higgins ni aun sabia que se trataba de darle el mando del ejército, i en el asunto que se ventilaba su opinion habia sido siempre porque se conservase en él al jeneral Carrera. Al recibo de la nota del gobierno se hallaba accidentalmente en Concepcion hospedado en la casa de don José Miguel, i desde luego se manifestó poco dispuesto a echar sobre sus hombros tan pesada carga. En valde fué que don José Miguel le hablase empeñosamente para que desde luego se recibiese del ejército: O'Higgins se negó a todo, i despues de una larga conferencia se avino al fin a pasar a Talca, para obtener de la junta la revocacion del decreto espedido.

Con este objeto salió de Concepcion en la mañana del 6 de diciembre escoltado por las guerrillas del coronel don Manuel Serrano i del teniente don Estévan Manzano i para mayor precaucion se hizo propagar la voz de que marchaba a reunirse con la division de su mando, a fin de ocultar el verdadero objeto de su viaje. Llevaba consigo una carta de don José Miguel a la junta gubernativa, en la que le decia que O'Higgins espondria lo que él pensaba acerca de su separacion del mando del ejército.

La terca negativa de este jefe, sin embargo, no podia ya cambiar la determinacion que tan de improviso acababa de tomar el gobierno. El destino se habia complacido en burlar todas las previsiones humanas; i de aquella lucha en que se debatian intereses tan opuestos iba a surjir la elevacion del hombre que ménos la solicitaba, del mas modesto

entre todos los jefes del ejército, i del único quizá que se habia mantenido alejado de las intrigas i cábalas, en los momentos en que el interes de unos i la pasion de otros atizaban la inminente conflagracion. O'Higgins estaba destinado a figurar en mayor escala ; i ni su propia modestia podia salvarlo del encumbrado puesto a que lo hacian acreedor sus brillantes servicios, su heroismo i el juicio certero que habia manifestado en la campaña. Fué, sin duda, la sinceridad de su patriotismo lo que motivó su elevacion.

CAPITULO X.

I. El intendente de Santiago pide a la junta gubernativa la destitucion del jeneral Carrera.—II. Reconocimiento del nuevo jefe del ejército.—III. Resistencia que opone el cabildo de Concepcion i el brigadier don Juan José Carrera a las órdenes del gobierno.—IV. Conspiracion realista, i castigo de los implicados en ella.—V. Junta de corporaciones en Concepcion para socorrer el ejército.—VI. Acepta O'Higgins el mando de las fuerzas patriotas.—VII. Mision del vocal Cienfuegos a Concepcion.—VIII. Marcha el coronel O'Higgins a tomar el mando del ejército.—IX. Sus trabajos en los pueblos de su tránsito.—X. Llega a Concepcion.

I. Los decretos del gobierno produjeron como era de esperarse grande excitacion por todas partes. La separacion de los Carrera del mando militar era una providencia que si bien muchos deseaban no todos la esperaban del gobierno. Se creia que esos tres hermanos estaban rodeados de un prestijio inmenso en el ejército, i que lo pondrian en juego tan pronto como el gobierno intentase separarlos del mando. En Santiago los temores de una rebelion armada habian preocupado mucho los ánimos, i la tardanza de la junta gubernativa para espedir el decreto de separacion de los Carrera hizo creer que la autoridad les temia.

Sin embargo, en la capital no habian cesado por un momento las quejas contra la conducta débil

que usaba la junta gubernativa. Los contrarios de Carrera habrian querido que echando a un lado los temores i consideraciones diese de una vez el gobierno un golpe sério al jeneral en jefe; i no habian perdonado medio alguno para persuadirlo de que era ese el camino que debia seguir. El intendente de Santiago, don Joaquin Echeverria, habia llegado a hacerse el órgano de esas quejas, i mas de una vez pidió al gobierno la pronta promulgacion del decreto de destitucion: pero como el horizonte no se presentaba mui despejado creyó de su deber aconsejar a la junta el mejor camino que a su juicio le convenia adoptar. "Mediante un oficio en forma de manifiesto de V. E., o como mejor hallare por conveniente decia en una de sus notas, haré convocar una junta solemnísima de todas las corporaciones de la capital, en donde instruyéndoles del estado de los sucesos acuerden como, lo espero, escribir a V. E. suplicándole que remita su oficio a los jenerales, cabildo de Concepcion i demas autoridades que hallase por conveniente, en cuyo oficio se propondrá con todo el peso de razones que da de sí este justísimo objeto, la necesidad que hai de que renuncien el mando militar en atencion a la espresa voluntad de todos los pueblos, sobre que no hayan partidos, divisiones, ni prepotencias, pues confiados los enemigos en suponerlos desunidos del gobierno, se hacen fuertes, e inspirar atrevimiento e insubordinacion a los pueblos refractarios: que en hacer este servicio tendrán un mérito con la patria mayor que cuantas victorias puedan adquirir: que la opinion jeneral es que el reino se va a perder por el empeño

que toman en sostener este mando; i que aunque se ganasen mil victorias, de ninguna de ellas se felicitarían, pues siempre se creerán esclavos del despotismo militar, que es mas fuerte que el de los tiranos. —Si a esta solicitud acompañase V. E. un decreto que en un momento se hiciese público en todos los puntos del reino hácia el sur, i que se incluyese a cada oficial militar con oficio, despachándose todos a un mismo tiempo para que la impresion fuese mas fuerte i absolutamente se quitase la timidez, en cuyo decreto se relevasen del mando a los jefes que V. E. hallase por conveniente, me parece que sería el único camino feliz que abren las circunstancias; a lo ménos yo no hallo otro en el estado en que ya se ha puesto V. E. Los males de la division no han de ser menores que los de una resolucion por aventurada que fuese (1).

II. Los decretos que habia espedido el gobierno el 27 de noviembre vinieron a calmar las inquietudes de los insurjentes de la capital. La noticia llegó a Santiago en la mañana del 4 de diciembre, e inmediatamente que recibió los oficios de la junta gubernativa el intendente Echeverria convocó a la sala de gobierno a todas las corporaciones de la capital i a las personas de alguna representacion civil o eclesiástica. Allí les esplicó en un breve discurso el estado deplorable de los negocios públicos, i les manifestó copias autorizadas de los decretos que

(1) Nota del intendente de Santiago don Joaquin de Echevarria a la junta gubernativa. Santiago, noviembre 29 de 1813. Mss.—Tengo en mi poder el manuscrito autógrafo de esta nota.

acababa de espedir el gobierno, tratando de probar que solo ellos podian remediar la situacion.

Despues de la lectura de aquellos documentos, que hizo el secretario jeneral de gobierno, todos los concurrentes dieron las mas señaladas muestras de aprobacion i aplauso. Segun el acta de aquella reunion "no solo celebraban i aplaudian las sabias resoluciones que ha tomado el supremo gobierno del estado, mirándolas como el gran paso que se ha dado a la libertad, órden i tranquilidad pública, sino que por lo tanto debian darsele las mas espresivas gracias a nombre de todo este virtuoso pueblo, que aumentará desde hoi en adelante sus desvelo i sacrificios por el amor de la patria i sosten de la justa causa que seguimos, i que ya contemplan desde este momento por indefectible la salud pública i la victoria contra sus enemigos; i para que un regocijo tan completo no se demorase un momento sin llegar a noticia de todos los chilenos, eran de parecer que se imprimiese inmediatamente esta acta, manifestando en ella la complacencia que ha causado, haya recaido el mando en una persona tan benemérita i de toda la confianza del pueblo, como son, el jeneralato en el ciudadano coronel don Bernardo O'Higgins, i la comandancia de granaderos en el ciudadano coronel don Cárlos Spano (2)."

A tan pública aprobacion de la conducta del gobierno siguiéronse manifestaciones de contento i regocijo, en que tomaron parte todos los ciudadanos. Las provincias celebraron del mismo modo los nom-

(2) Acta de la reunion de las corporaciones, inserta en el *Monitor Araucano* de 4 de diciembre de 1813.

bramientos, i las actas de sus cabildos eran igualmente mui lisonjeras a los nuevos jefes. Los enemigos de Carrera celebraban su ruina, miéntras los patriotas mas sinceros veian sólo en las providencias de la junta gubernativa la cesacion de las diverjencias que mantenian rota la unidad de la causa revolucionaria. En juicio de todos ese paso era necesario para calmar las inquietudes del pais entero, i para poner en accion los recursos con que contaba para combatir al enemigo.

III. Miéntras los ajitadores i las autoridades de Santiago celebraban de un modo tan público la separacion de los Carrera del mando del ejército, el cabildo de Concepcion llevaba a empeño el sostenimiento de esos jefes, movido a ello, no por cariño a sus personas, sino por un bien dirijido patriotismo. Segun los miembros que componian ese cuerpo, no era aquella la ocasion mas oportuna para un cambio de esa especie, que podia producir funestas consecuencias, i quizá la pérdida de la revolucion. "Si en el ejército se han cometido algunos excesos, decia en una nota de 3 de diciembre, si la fuerza en manos de una familia es medio para su engrandecimiento personal, si son principios que preparan la arbitrariedad i el despotismo para no dejar obrar franca i libremente a los pueblos, para no averiguar la voluntad jeneral creemos ocasion inoportuna para remediarlo." "La buena fé, honor, conocimientos i patriotismo del benemérito coronel don Bernardo O'Higgins son inegables, agregaba mas adelante; valor e intrepidez le sobran;" pero a juicio del ayuntamiento tan relevantes cualidades

no bastaban a conquistarle todo el prestijio del jeneral en jefe, ni a evitar la desercion i los motines de la tropa, i era debido sin duda a este conocimiento el que O'Higgins se hubiese negado a tomar el mando que se le ofrecia.

Carrera por su parte se manifestaba hasta cierto punto inclinado a desistir de toda tentativa de resistencia a las órdenes de la junta gubernativa; pero don Juan José, por el contrario, habia dado las mas visibles muestras de desesperacion i rabia al saber cada uno de los pasos del gobierno para quitar a su familia el mando militar. Desde que perdió toda esperanza de suceder en la direccion de la guerra a su hermano don José Miguel, no habia perdonado circunstancia alguna para aconsejarle la rebelion armada contra el poder ejecutivo. Sus cartas escritas en el campamento, respiraban odios profundos i un deseo desenfrenado de vengarse de sus enemigos.

Sus manifestaciones de irritacion i encono fueron todavia mas allá al recibir el decreto de destitucion. Sin querer leer siquiera el oficio que le presentaban los emisarios de la junta gubernativa, lo rompió i pisoteó encolerizado, llenando de dicterios e inmoderadas injurias a aquellos dos inocentes empleados, por haberse prestado a las exijencias de sus enemigos; i prorrumpiendo en amenazas i protestas contra ellos i el gobierno, que los habia comisionado, dió la órden de conducirlos a una prision.

Esto ocurrió el 4 de diciembre. Habia llegado a Concepcion en ese mismo dia llamado por don José Miguel para que recibiese de manos de los emisa-

rios el decreto de destitucion; pero negándose decididamente a hacer su renuncia volvió en la tarde al campamento, dispuesto a resistirse a las órdenes de la junta gubernativa (3). El estaba al mando de una division del ejército insurjente, i a su cabeza podia mui bien imponer al gobierno, i hacerlo desistir de sus propósitos.

Por poco que fuera el aprecio que el jeneral en jefe hacia de su hermano, esta vez vaciló sobre si debia seguir sus consejos. Tenia a su disposicion un ejército aguerrido, que si bien solo montaba en aquella época a 2,300 hombres, contaba con las simpatías de sus jefes, que debian apoyarlo, aun cuando no queria deber el mando a los subalternos que dependian de él. Sin embargo sus providencias fueron mui débiles, i al parecer mas contaba con la division de sus enemigos que veia próxima, que con su ejército.

IV. Estos asuntos tan importantes para él habian separado su atencion de la direccion de la guerra en aquellos momentos en que convenia estar alerta sobre el enemigo, que se aprovechaba de las disenciones de los patriotas. Sanchez en efecto tenia espias mui fieles en Concepcion, que lo imponian de todo lo que pasaba entre el gobierno i el jeneral insurjente.

Por un conducto seguro el jefe realista pudo co-

(3) Carta de un espia de Sanchez, escrita en Concepcion el 6 de diciembre del 1813 inserta en la *Gazeta de Lima*, núm. 19, de 5 de marzo de 1814. En ese mismo periódico se publicaron varias cartas de don Juan José aconsejando a su hermano la rebelion, las cuales cayeron en poder de las partidas de Sanchez.

municarse con sus parciales de Concepcion, e inducirlos a tramar una conspiracion, ofreciéndoles para ello todo jénero de ausilios. En aquella ciudad residian muchos enemigos de la revolucion que estaban dispuestos a apoyar i protejer un movimiento reaccionario, i entre ellos un antiguo capitan de dragones, don Santiago Tirapegui, hombre de un carácter fuerte i decidido, capaz de encabezar una contrarevolucion. Antes de esta época habian caido sobre su persona las persecuciones de las autoridades insurjentes, i aun permaneció algun tiempo detenido en un buque habiéndosele creido interesado en apoyar la causa de Sanchez; pero su salud quebrantada i su aparente indiferencia por los negocios públicos, le facilitaron el quedar en su casa en calidad de arrestado.

Sin embargo, Tirapegui no habia podido ver con ojo indiferente las tropelias de que eran víctima los vecinos de Concepcion i los hacendados de sus inmediaciones: habia protestado en silencio contra las vejaciones que sufrian los enemigos de la revolucion, i su espíritu inflamable i decidido no le permitió permanecer mucho tiempo mas en calidad de impasible espectador. Se reunió con los descontentos, i resolvió aprovecharse de la desunion del enemigo para operar una revolucion contra el jeneral en jefe i las autoridades de la ciudad, proponiéndose entregarla al coronel Sanchez, con quien se comunicó de antemano. Para esto contaba con las fuerzas que al mando del capitan Quintanilla guarnecian la plaza de San-Pedro, con una columna que Sanchez

le habia ofrecido i con muchos milicianos que debian seducir i atraer a su causa los realistas iniciados en la conspiracion.

Su proyecto debia sin duda tener un éxito feliz: Tirapegui era un militar esperimentado, i no se habria hecho el jefe de una conspiracion sin contar con las probabilidades del triunfo. Pero por desgracia suya, sus parciales no tenian plena confianza en sus recursos, i solicitaron por todas partes apoyo i proteccion. Con este motivo hablaron a don Francisco Javier Solar, ciudadano pacífico cuyas opiniones, si bien estaban en favor del nuevo réjimen, no eran bastante firmes ni declaradas. Al saber la trama se apresuró a comunicarla a Carrera: para esto le dió una cita por conducto del licenciado don Manuel Novoa, para la iglesia de San-Agustin, que entónces se edificaba, a fin de hablarle allí de un asunto mui importante, sin ser oidos por nadie.

En la alarmante situacion del jeneral Carrera, estuvo éste a punto de creer que esa cita era un lazo pérfido con que se pretendia atraerle a un lugar solitario para cometer quizás un alevoso asesinato. Sin embargo don José Miguel no desconfió por mucho tiempo de las palabras de Solar, a quien creia honrado i decidido por la causa de la revolucion, i hasta por su persona. Por medida de precaucion previno al comandante de artilleria don Pedro Nolasco Vidal que estuviese sobre las armas para el caso de una sorpresa, i cargando cuidadosamente sus pistolas, se presentó en el edificio de San-Agustin a las dos de la mañana del 22 de diciembre,

acompañado solamente por don Manuel Novoa. Allí se impuso de los pocos pormenores de la proyectada conspiracion que estaban en conocimiento de Solar, e inmediatamente dió la órden de prision contra todos los iniciados en ella.

Sin duda la conspiracion denunciada no era un movimiento aislado, i en aquellos momentos de confusion i trastorno, en que preocupaban la atencion del jeneral en jefe intereses diversos, creyó fundadamente éste que se necesitaba de un castigo pronto i ejemplar que escarmentase a los conspiradores. Con este motivo formó en la mañana siguiente un tribunal especial compuesto de don Manuel Novoa, don Estévan Manzano i don José Vicente Aguirre, con encargo de enjuiciar a los conspiradores con la mayor brevedad posible.

Felizmente no se necesitó de muchas dilijencias para descubrir la conspiracion: fueron apresados en sus camas los iniciados, i por las declaraciones de un soldado miliciano, i de un tal Narciso Cigarra se pudo descubrir el hilo de toda ella. Tirapegui, que fué reducido a prision en la misma mañana, se condujo en aquellas circunstancias con toda la enerjia de un esforzado caudillo, i aunque convicto i confeso de su culpabilidad personal no confesó el nombre de ninguno de sus cómplices, ni de sus declaraciones se pudo sacar cosa alguna por donde descubrirlos. Por esta razon el consejo que lo juzgaba, de acuerdo con el jeneral en jefe, demoró algunos dias mas la terminacion del proceso, a fin de aclararlo todo, i solo a principios de enero del

siguiente año estendió la sentencia condenatoria de los reos. Por ella Tirapegui, don José Maria Reyes, Tadeo Revolledo, Mateo Carrillo, Antonio Lobato, e Hilario Vallejo fueron condenados al último suplicio i ejecutados en la plaza de Concepcion. Algunos otros cómplices cuya culpabilidad era menor alcanzaron la conmutacion de esta pena en destierro fuera del pais, i las señoras San-Martin i muchas otras personas sospechosas, fueron condenadas a detencion en la isla de la Quiriquina (4).

V. Grande fué la turbacion que produjeron estos sucesos en el ánimo del jeneral Carrera. Los conspiradores habian acertado elijiendo un momento mui favorable para la realizacion de sus proyectos, cuando todo el mundo se preocupaba con las disensiones de los patriotas olvidando inconsideradamente al enemigo comun, de modo que la primera noticia de sus tramas bastó para despertar otra vez la desconfianza i el temor. Don José Miguel por su parte volvió de nuevo su atencion al ejército, i con celoso empeño comenzó a colocar diversas guerrillas en los puntos en que mas necesidad habia de ellas. Por desgracia suya, algunas de estas habian sido batidas por el enemigo en las orillas del Itata, i sus recursos para socorrer las otras eran

(4) Notas de don José Miguel Carrera a la junta gubernativa. Mss. Don Claudio Gay, que da algunas noticias de esta conspiracion en el último capítulo de su Historia, ha incurrido en el error de asentar que Tirapegui fué ejecutado en Santiago el mismo dia en que se descubrió la conspiracion. En una nota del jeneral Carrera con fecha de 6 de enero de 1813 avisa al gobierno quedar preso todavia el capitan Tirapegui, i en otra de 15 del mismo enero le da parte de haberse ejecutado la sentencia. Debo tambien algunos detalles sobre esta conspiracion al coronel don Pedro Nolasco Vidal.

tan escasos que tuvo que recurrir a pedirlos a los vecinos de Concepcion.

Citó con este objeto a las corporaciones i a los vecinos de mas representacion e influjo para una reunion que tuvo lugar el 2 de enero de 1814. A ella concurrió el jeneral en persona, i la abrió con un enérjico discurso en que, despues de anunciar el peligro en que habia estado la patria, i la urjente necesidad de recursos que tenia en aquellos momentos para socorrer su ejército i hacerse respetar del enemigo, protestaba solemnemente que si no era ausiliado por el pueblo se retiraria de la ciudad con sus tropas dejándola abandonada a las fuerzas de Sanchez, que podian ocuparla fácilmente. Segun sus palabras aquella reunion era convocada constitucionalmente para apersonarse en la direccion política del estado, usando de los derechos de los pueblos libres.

Esta amenaza, que debió haber producido gran excitacion entre los concurrentes, no abatió de modo alguno a los enemigos del jeneral Carrera. En Concepcion habia muchos que desaprobaban altamente su conducta militar i política, i ni sus amenazas i protestas bastaban a hacerlos guardar silencio cuando estaban resueltos a obrar a cara descubierta. Tan luego como don José Miguel se hubo retirado de la reunion, para dejar discutir con mayor libertad a los concurrentes, levantaron muchos la voz haciendo los cargos mas sérios al jefe del ejército que trabajaba por quedar a su cabeza a pesar de las terminantes órdenes de la junta gubernativa de la capital. Dos de entre ellos, conoci-

dos por patriotas decididos, dotados de una inteli-jencia clara i despejada i de una enerjia superior a todo elojio, el licenciado don Miguel Zañartu i el cura don Isidro Pineda, se hicieron notar por la virulencia de sus discursos, i por las protestas que hicieron contra la conducta que observaban el gobierno de la provincia i el jeneral en jefe, trabajando públicamente para desobedecer los decretos del 27 de noviembre. Con este motivo se hizo llamar nuevamente a la sala al jeneral Carrera: i cuando creia que su sola presencia impondria respeto a los facciosos, vió con gran sorpresa que se levantaba don Miguel Zañartu con toda la resolucion i firmeza de un audaz tribuno para dirijirle a nombre de la reunion los mas duros reproches. "La voluntad del pueblo, dijo solemnemente, es que V. E. deje el mando del ejército en manos de la junta de esta provincia, para alejar los recelos que tiene el gobierno supremo de que V. E. no lo entregará al nuevo jeneral, por cuya razon no remite los ausilios que se le piden." A todo esto agregó que el pueblo se constituia responsable ante el gobierno por la separacion del mando del ejército que le pedia por su conducto.

Zañartu habia hablado con mas fervor que razon: se habia dejado arrastrar por su encono contra Carrera, i sin considerar lo delicado de la situacion se habia avanzado a pedir lo que el jeneral no podia ni queria conceder. Su discurso fué aplaudido por muchos de los concurrentes, que miraban las cosas por un prisma igualmente apasionado; pero Carrera, que se hallaba atacado cuerpo a cuerpo

i en un terreno no mui seguro, quiso salvar su dignidad personal contestando tan duros reproches, i recurriendo a las amenazas para intimidar a sus enemigos. "Estoi dispuesto, contestó, con este motivo, a dejar el mando en manos de un cabo de escuadra si asi me lo manda el gobierno superior, pero no lo estoi a acceder a las locuras que se me piden a nombre del pueblo. Mi empleo i autoridad, como jefe que soi de un ejército reconquistador de estas provincias, no pueden someterse sino al gobierno superior del estado. La junta de esta provincia i los pueblos deben de sujetarse a mis órdenes en la parte que corresponde. Solo yo soi responsable del ejército, i sería un criminal si por debilidad accediese a tan locas pretensiones. Si mando ahora el ejército es a solicitud del nuevo jeneral i con la voluntad del gobierno supremo." No contento con haber contestado los cargos que le hacia su adversario pasó de allí a dirijir a Zañartu los mas duros reproches, por las intrigas reaccionarias de uno de sus hermanos, encausado por la conspiracion de Tirapegui, i por su espíritu sedicioso que asumiendo por voluntad propia la representacion del pueblo, se habia avanzado a hacerle tan infundados reclamos en términos irrespetuosos: i como sus palabras no alcanzaron a amedrentar a sus enemigos, recurrió a emplear con enerjia i decision las protestas i amenazas, anunciando que estaba dispuesto a usar de las bayonetas para imponer respeto a los facciosos.

Como se ve, la reunion se separaba del asunto que debia ventilarse en ella: las exijencias avanza-

das de Zañartu pidiendo al jeneral Carrera la pronta entrega del mando militar no eran por cierto el objeto de la junta a que éste los habia convocado: pero los ánimos estaban mui acalorados, i pocos de los presentes se hallaban dispuestos a respetar los límites de la discusion ni a guardar consideraciones de ninguna especie; i si las terminantes amenazas de don José Miguel redujeron a sus enemigos a desistir de sus reclamos i observar algun órden en la reunion, fué solo para protestar mas tarde contra todó lo acordado en ella, como obra de la fuerza.

Desde luego rodó la discusion sobre la urjente necesidad de reforzar inmediatamente al ejército para evitar grandes males. El jeneral en jefe habló con este motivo del precario estado de la caja militar, i de la obligacion en que estaban aquellos vecinos de socorrer las tropas de la patria, pidiendo un empréstito o contribucion de 20,000 pesos, que le fué acordado despues de corto debate. En la misma reunion se decretó la formacion de un nuevo gobierno para la provincia compuesta de don José Antonio Fernandez, don Pedro Ramon Arriagada i don Juan Estévan Manzano, i el nombramiento de un vocal i dos senadores para formar el gobierno jeneral del estado, segun la constitucion provisoria que entónces rejia.

Las amenazas de Carrera produjeron esta resolucion: pero si bien ellas obligaron a sus enemigos a guardar silencio en el momento, no los intimidaron por largo tiempo. El siguiente dia se le presentaron algunos de ellos a protestar de lo acordado a viva

fuerza en la reunion del 2, i el coronel don Fernando Urizar, que iba entre estos, le dirijió toda clase de cargos i recriminaciones. Segun él la reunion habia sido compuesta de jente sin crédito e influjo sometida a sujestiones ajenas, i sobornada por él. Esta queja fué acompañada de espresiones tan acres e insultantes, que Carrera, no queriendo dejar impune tamaños ultrajes, lo mandó arrestado a un castillo de Penco (5).

VI. Al mismo tiempo que se manifestaban tan exijentes los enemigos del jeneral Carrera en Concepcion, la junta gubernativa allanaba en Talca las muchas dificultades que a cada paso se le presentaban para hacer efectivo el cambio de personal en la direccion de la guerra. Resuelto como estaba a dar cumplimiento a los decretos de 27 de noviembre, el gobierno no habia dado la mas lijera señal de desaliento en medio de los inmensos trabajos i fatigosos afanes que preocupaban su atencion.

En aquellas circunstancias le fueron de gran utilidad los consejos e indicaciones del cuartel-maestre Mackenna, tan conocedor de las operaciones de la guerra i de los jefes que mas se habian distinguido en ella, i tan decidido a apoyar las medidas de la junta. Su amistad estrecha con el coronel O'Higgins, la conciencia perfecta que habia adquirido del carácter i del valor de este jefe, fueron los motivos que le indujeron a indicarlo como el hombre llamado para proseguir con acierto la campaña comenzada: i habia hablado con tanto empeño a la junta

(5) Nota del jeneral Carrera a la junta gubernativa. Enero 6 de 1814. Mss.

gubernativa sobre esto mismo, que sus miembros, que miraban a O'Higgins con particular distincion, llegaron a persuadirse que la nacion no tenia otro jefe militar capaz de mandar el ejército. Fué esta persuasion lo que decidió al gobierno a instar reiteradamente a O'Higgins que reasumiese el mando para recomenzar la campaña con mayor actividad i empeño.

O'Higgins llegó a Talca a las tres de la mañana del dia 9 de diciembre; i, segun espuso desde luego estaba resuelto a no echar sobre sus hombros tan pesada carga: ni se creia con los conocimientos necesarios para dirijir la campaña, ni queria tomar bajo su responsabilidad la direccion de un ejército desmoralizado por los últimos sucesos, i ante el cual su crédito e influjo no eran bastante considerables para mantener la subordinacion militar. Por esta misma conviccion habia pedido empeñosamente el mantenimiento de Carrera en el mando de las fuerzas de la patria; i al pasar a Talca llevaba por principal objeto probar a la junta los perjudiciales efectos de las medidas que acababa de dictar.

La obstinada negativa de O'Higgins era un nuevo i poderoso obstáculo para la realizacion de los proyectos de la junta gubernativa que era preciso allanar a todo trance. Para ello el gobierno i sus parciales le representaron en la misma mañana, de un modo decidido i terminante, la obligacion en que se hallaba de aceptar el mando que se le ofrecia como el único arbitrio capaz de salvar a la patria en sus conflictos; i para decidirlo definitivamente,

la junta espuso que no volveria jamas sobre sus pasos revocando el decreto que habia estendido.

La posicion del jefe electo se hacia mas i mas embarazosa. Las exijencias de la junta gubernativa i de sus amigos, tanto en Concepcion como en Talca, lo ponian en la obligacion de acceder, i O'Higgins creyendo que era llegado el caso de vencer su repugnancia i aceptar el mando del ejército, hizo el mismo dia 9 de diciembre, el solemne juramento de defender la patria de sus enemigos interiores i esteriores.

VII. El juramento que acababa de prestar O'Higgins vino a sacar de sus conflictos a la junta gubernativa. Este jefe poseia un valor a toda prueba; i si bien se manifestaba dispuesto a seguir en buena armonía con el jeneral Carrera, no habia que temer que se dejase influenciar por él, ni mucho ménos que siguiese su ejemplo pretendiendo dirijir el gobierno político del pais.

En su contento, la junta comunicó la noticia con la mayor brevedad al intendente de Santiago, i a los prefectos de las provincias. En todas partes fué recibida con jeneral aplauso: si los enemigos de Carrera la celebraban porque veian su ruina, los patriotas sin odios ni pasiones la recibieron con agrado, porque el jefe electo gozaba de la reputacion de un militar prudente i valeroso, animado del mas sincero deseo de ser útil a su patria. Para estos últimos su modestia constituia su mas relevante mérito: de él no habia que temer que pretendiese usurparse atribuciones ajenas ni gobernar el pais im-

poniendo miedo al poder ejecutivo. Hasta aquella época, solo se hacian alabanzas de O'Higgins: sus virtudes privadas i su brillante comportacion en la campaña le granjearon la estimacion i el aprecio de cuantos chilenos oyeron pronunciar su nombre. Con su nombramiento debian concluir las rivalidades i disensiones entre este i el jeneral en jefe; i el gobierno, que ya no tenia motivos de desconfianza en el jefe del ejército, estaba en el caso de ausiliarlo poderosamente para proseguir la campaña bajo auspicios mas favorables i con mejores probabilidades de buen éxito.

Grande fué tambien la excitacion que causó la noticia en el centro mismo del ejército: los jefes subalternos no se creyeron ya en la obligacion de respetar a Carrera, i cada cual pensó que era llegado el momento de obrar por sí mismo sin consultar previamente la voluntad del jeneral. En vano se afanaba éste por reorganizar el ejército para entregarlo a su sucesor, en un buen estado de disciplina, i en situacion capaz de recomenzar la campaña: la desmoralizacion habia llegado a su colmo, i la desercion de piquetes enteros de tropa, mandados por algunos oficiales que eran desafectos a Carrera, comenzó a reducir notablemente sus fuerzas. Como si el pais estuviese dividido en dos bandos opuestos, muchos subalternos se separaban de las filas del ejército del sur, para ir a Talca a ofrecer sus servicios al nuevo jeneral. En una ocasion desertó de la division de don Juan José Carrera un grueso destacamento de granaderos al mando del capitan don Juan Miguel Cevallos; i poco despues siguió sus huellas el te-

niente del mismo cuerpo don Juan Manuel Benavides, al mando de otra partida.

Sin duda alguna esta desercion era fomentada por la junta gubernativa a fin de engrosar las fuerzas con que contaba, i de quitar a don José Miguel todos los elementos de resistencia. Mackenna mismo, cuyo influjo en el ejército era mui considerable, habia interpuesto sus relaciones para atraer a Talca a muchos oficiales, creyendo desprestijiar con esto al jeneral en jefe.

La junta, sin embargo, si se proponia herir al jeneral Carrera no queria dar principio a los nuevos cargos i recriminaciones que esa conducta podia producir. En su juicio era menester arreglarse definitivamente con don José Miguel allanando todas las diferencias de un modo pacífico, i olvidando o finjiendo olvidar las pasadas disensiones. Por esta razon comisionó a uno de sus vocales, el cura Cienfuegos, para que pasase inmediatamente a Concepcion, llevando un ausilio de 50,000 ps. al ejército, i encargado de interponer su influjo en favor de la buena harmonia i de obtener de Carrera la pronta entrega del ejército.

No era Cienfuegos el hombre mas a propósito para desempeñar la comision que se le confiaba. Su ánimo se hallaba mui impresionado contra el jeneral Carrera, a quien solo conocia hasta entónces por los cargos i las recriminaciones de la junta gubernativa; por esta razon estaba dispuesto a conducirse con terquedad en el desempeño de su comision, pero carecia del carácter fuerte i decidido que necesitaba para ello, i por desgracia suya tenia que habér-

selas con un jóven enérjico, exasperado ya por la conducta del gobierno, i dispuesto a no guardar consideraciones a sus contrarios. O'Higgins previó los disgustos que iba a ocasionar la mision, i quiso evitarlos a todo trance ofreciéndose a pasar inmediatamente a Concepcion, para recibirse del mando del ejército. Su amistad estrecha con don José Miguel era para el nuevo jeneral una garantia de que podria avenirse con él sin agriar los ánimos, i sin recurrir a medidas estremas: Carrera lo habia propuesto para su sucesor, i en sus conferencias lo habia envalentonado para recibir el cargo manifestándose resuelto a servirle en cuanto estaba a sus alcances. Pero la junta se negó a aceptar el arbitrio propuesto: temiendo que O'Higgins cediese en algo a la amistad de Carrera, el gobierno insistió en el viaje de Cienfuegos, i no hizo caso alguno de las tristes predicciones de aquel (5).

Para el desempeño de su comision salió el plenipotenciario de Talca en los primeros dias de enero: lo acompañaba el coronel don Luis Carrera que habia prometido a la junta gubernativa influir en el ánimo de su hermano para que la entrega del ejército fuese pacífica a fin de evitar grandes males. Su viaje fué feliz, apesar de que las guerrillas enemigas tenian ocupados los campos de las inmediaciones; en Quirihue se juntó con una partida que llevaba un convoi de víveres a Concepcion, i en las orillas del Itata fué ayudado por la division de Alcázar.

Cienfuegos llegó a Penco a las diez de la maña-

(5) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa. Mss.

na del 26 de enero; allí fué recibido con todas las demostraciones de respeto i aprecio a que su elevado puesto i sus virtudes privadas lo hacian acreedor: i al emprender su marcha para Concepcion fué acompañado por muchas personas respetables de esta ciudad que habian pasado a Penco a felicitarlo. El mismo jeneral Carrera, acompañado de su hermano don Juan José, le salió al encuentro en el camino para darle la bienvenida, i lo llevó a Concepcion a su casa en medio de un verdadero triunfo.

Solo don José Miguel i su hermano don Juan José no aplaudieron de corazon estas manifestaciones. Instruidos por don Luis del verdadero objeto de la mision del vocal Cienfuegos, ellos se encontraron disgustados con el ostentoso recibimiento que tan voluntariamente le habia preparado el pueblo cuando se les despojaba del mando; i si bien se manifestaron mui contentos i complacidos con su presencia, estaban dispuestos a conducirse con él de mui deverso modo.

El siguiente dia 27 le pasó un oficio don José Miguel pidiéndole que pusiese en tesoreria los caudales de que era conductor, para distribuirlos entre los habilitados de los diferentes cuerpos del ejército, a fin de pagar los sueldos atrasados de la tropa. A esta exijencia se negó terminantemente Cienfuegos diciendo que él mismo podia distribuir los caudales en su propia casa, i que en caso de pasarlos a la tesoreria debia hacerse el reparto con su entero conocimiento.

La desconfianza que manifestaba Cienfuegos irritó vivamente a don José Miguel. En su despecho le

exijió las credenciales de su comision, i aunque asintió el plenipotenciario convocando a todas las corporaciones para esa misma noche a fin de manifestarlas en público, el jeneral en jefe no solo impidió aquella reunion, sino que quiso burlarlo haciendo tocar jenerala i rodeando su casa de guardias con apariencias alarmantes, como si los enemigos estuviesen a las puertas de la ciudad, o como si temiese una formal revolucion.

Estas amenazas sin embargo no alcanzaron a intimidar a Cienfuegos: aquellos intempestivos movimientos de tropa lo alarmaron sériamente, pero el plenipotenciario supo manifestar mayores ánimos de los que le suponia el jeneral Carrera, apesar de que todo aquello tomaba visos alarmantes. Algunos oficiales de la guarnicion, que pasaron con este motivo a ofrecerle sus servicios, fueron apresados por don José Miguel, i la conduccion de cañones de un punto a otro del pueblo hacian creer que lo que ocurria no era un suceso insignificante. Cienfuegos quiso averiguar de Carrera lo que motivaba aquel estraño movimiento; pero no obteniendo mas que contestaciones vagas i hasta amenazantes, el plenipotenciario despachó a su sobrino don José a informar a O'Higgins de lo que pasaba para que apresurase su marcha (6).

Estas ocurrencias retardaron el reconocimiento de la autoridad de Cienfuegos hasta el 29 de enero. En este dia el plenipotenciario fué solemnemente reconocido por las tropas, en virtud de sus ámplios

(6) Declaracion de don José Cienfuegos, enero 29 de 1814, Mss.— Véase el documento núm. 7.

poderes para allanar todas las diferencias suscitadas hasta entónces, i aun para recibirse del mando del ejército. El jeneral Carrera se manifestó desde luego mui dispuesto a entregárselo en el mismo instante, para que lo mantuviese hasta la llegada de O'Higgins, a quien se esperaba de dia en dia.

En esta proposicion iba envuelta sin duda una burla de don José Miguel: el carácter sacerdotal de Cienfuegos lo imposibilitaba para tomar el mando de las tropas, i por esta razon el plenipotenciario lo rechazó empeñosamente, contentándose con oficiar en el mismo dia al coronel O'Higgins, para que avanzase con la mayor brevedad a recibirse del ejército. "Don José Miguel, decia Cienfuegos en su nota, ha querido entregármelas, pero yo ignoro las ordenanzas militares, no tengo conocimiento de los oficiales i el enemigo está mui inmediato, por lo que no me atrevo a hacerme cargo de ellas; i le he suplicado espere dos o tres dias interin V. E. llega a esta (7)." Don Julian Uribe fué el conductor de esta nota.

VIII. El nuevo jeneral en efecto se hallaba ya en marcha para Concepcion, i solo los trabajos consiguientes al cargo que desempeñaba lo habian demorado en el camino. O'Higgins conocia mui bien el estado de desmoralizacion del ejército, la nece-

(7) Nota de Cienfuegos a O'Higgins—Concepcion 29 de enero de 1814. Hasta ahora no se habia contado todas las ocurrencias de la mision de Cienfuegos a Concepcion; pero he podido descubrirlas con ayuda de los papeles del jeneral O'Higgins, entre los cuales he encontrado los documentos orijinales que me han servido para este punto de la historia. Tengo en mi poder una nota de Cienfuegos a la junta gubernativa de 1.° de febrero de 1814.

sidad de concluir una campaña que costaba ya tantos sacrificios, i con una actividad singular se habia dedicado a los trabajos que le demandaba su nuevo destino.

Desde el mismo dia en que prestó el juramento de estilo, el nuevo jeneral insurjente se ocupó en los aprestos necesarios para recomenzar la campaña, imponiéndose circunstanciadamente de los recursos con que podia contar el ejército de su mando, de los ausilios que necesitaba i de los jefes i empleados que mas útiles podian serle. Con no menor empeño recabó de la junta gubernativa el pronto envio de nuevos socorros para las tropas; i en la mañana del 20 de diciembre salió de Talca, acompañado por el cuartel-maestre Mackenna i el capitan don Nicolas Garcia, a reunirse con el ejército.

O'Higgins se proponia reconocer por sí mismo la division ausiliar, que a las órdenes del coronel arjentino don Marcos Balcarce habia salido de Talca algunos dias ántes, i seguir su marcha con ella hasta situarla en una posicion ventajosa. Contaba esta division con seis piezas de artilleria i una gruesa partida de caballeria de milicias que debian servirle para el reconocimiento de las localidades: pero su jefe, que no conocia absolutamente el terreno que ocupaba, no se habia atrevido a avanzar mas que unas pocas leguas al sur del rio Maule, hasta el lugar denominado Villavicencio, en donde se le juntó O'Higgins al siguiente dia de su salida de Talca.

Desgraciadamente las guerrillas realistas recorrian el canton del Maule. El plan de campaña

adoptado por el jeneral Carrera al retirarse de Chillan, i la inaccion del ejército insurjente producida por las disensiones entre su jefe i la junta gubernativa les habian permitido ensanchar mas i mas el campo de sus operaciones militares, i si sus partidas no se habian dejado ver de la division de Balcarce, se conocia fijamente que andaban por las inmediaciones. Por esta razon, O'Higgins no quiso seguir marchando al sur hasta no haber recibido los pertrechos de guerra que esperaba de Talca para esta division, temiendo que cayesen en manos de las partidas enemigas si se internaba algunas leguas mas en el territorio que ellas recorrian.

Sin embargo de esto, el nuevo jeneral supo aprovechar el tiempo que permaneció en aquel lugar. Situó su campamento en un punto inmediato, en que por via de ejercicio militar, mandó construir atrincheramientos con baluartes para sus cañones. Allí sus soldados se adiestraban continuamente en el manejo de las armas, i en las evoluciones militares que él mismo dirijia, ya cediendo a su natural aficion, o por penetrarse mejor del grado de confianza que debian inspirarle la táctica i disciplina de sus tropas.

Hallábase aun allí el 30 de diciembre cuando llegaron a su campo los pertrechos de guerra que esperaba de Talca. Todos ellos no eran mas que una parte de los que necesitaba, pero O'Higgins creyó que era llegado el caso de acercarse al teatro de la guerra. Con este objeto salió la division para Cauquenes en la mañana del 1.º de enero.

Tan luego como O'Higgins hubo ocupado este pueblo, pudo ya comenzar a intervenir en la direc-

cion de la campaña, ausiliando a las guerrillas insurjentes i dictando sus órdenes para que obrasen con mayor certeza en sus operaciones. Una de esas guerrillas, que mandaba el capitan de granaderos, don Santiago Bueras, salió de Quirihue en los primeros dias de enero a acordonar las orillas del Itata; pero sabiendo que se hallaba en Doñimuelo una partida enemiga que conducia una gran cantidad de ganado, se dirijió a este punto, i sin darle tiempo de evitar un ataque, cargó sobre ella i le tomó quinientas vacas, diez prisioneros, siete fusiles i algunas municiones.

A la primera noticia del movimiento de Bueras, O'Higgins despachó en su ausilio al capitan Garcia i al teniente de granaderos don Francisco Barros, con un cañon i una partida de infantes. Estos atravesaron una distancia de catorce leguas en solo doce horas, i llegaron a Quirihue en la tarde del 8 de enero. Allí supieron que Bueras se habia adelantado hasta el Manzano en busca de la division realista que mandaba don Juan Antonio Olate, i los fuegos de fusil que se oian perfectamente no dejaban la menor duda de que se estaba batiendo. Por este motivo salió Barros inmediatamente a reforzarlo con sus granaderos.

Bueras en efecto se batia en aquel punto con fuerzas mui superiores a las suyas. Llevado por el deseo de cortar la retirada a la division de Olate, que se hallaba en Coelemu, pasó a situarse en el Manzano, i en la tarde del 8 de enero la cargó bizarramente a la bayoneta sin tomar en cuenta la ventajosa posicion que ocupaba. La ala derecha de la

division realista fué batida completamente a la primera carga, i desde entónces se siguió un fuego de fusilería bien nutrido que duró mas de tres horas, hasta mui entrada la noche. Esta puso término a la pelea; i al amanecer del siguiente dia pudo descubrir Bueras que el enemigo habia abandonado sus posiciones, i, dando una vuelta, habia seguido a encerrarse a Chillan (8).

Por este motivo, Barros volvió a juntarse con el capitan Garcia sin haber alcanzado a batirse en el Manzano. Ocupáronse ambos dos dias mas en algunas correrias para dar caza a varias partidas de montoneros o bandidos que inundaban las inmediaciones, i dieron la vuelta a Cauquenes, en donde se juntaron con el coronel O'Higgins, que se disponia ya para seguir su marcha a Concepcion (9).

IX. Las circunstancias, en efecto, lo llamaban imperiosamente a aquella ciudad, convertida entónces en cuartel jeneral del ejército insurjente; pero eran tantas i tan graves sus ocupaciones en cada pueblo que atravesaba, que su marcha se hacia lentamente, apesar de sus vehementes deseos de recomenzar en breve la campaña con mayor actividad. Sólo el 15 de enero entró a Quirihue, i allí las aten-

(8) Parte de Bueras, La-Raya, enero 13 de 1814. Mss.—Parte de Barros, Quirihue, enero 8 de 1814. Mss.

(9) Parte del capitan Garcia.—Quirihue, enero 11 de 1814. Mss.—*Diario de las operaciones militares de la division auxiliar comandada por el coronel don Juan Mackenna*. Mss. Este interesante documento, que comprende todas las operaciones desde su salida de Talca, el 19 de diciembre de 1813 hasta el 3 de mayo de 1814, me ha sido de gran utilidad para escribir la historia de la campaña que mandó O'Higgins.—Es un diario redactado en vista de los sucesos por el mismo capitan don Nicolas Garcia.

ciones anexas a su cargo lo preocuparon grandemente, i aun lo demoraron muchos dias.

O'Higgins queria aprovechar el viaje que hacia para conocer por sí mismo las necesidades del ejército, i para ponerles el remedio que estaba a sus alcances. Guiado por este propósito tenia particular cuidado de imponerse hasta de los mas ínfimos detalles de la organizacion del ejército, i de todas las medidas conducentes a su provision i equipo. Su correspondencia durante los dias de su marcha, que existe íntegra en su archivo, manifiesta a las claras cuan grande era su constancia, i cuan empeñosos eran sus cuidados por el ejército que se le habia confiado. Los proveedores militares se dirijian al jeneral en jefe para todo, i éste llevaba una cuenta exacta de las monturas que mandaba hacer, de las vacas que pedia para la provision de sus soldados i de las cantidades mas insignificantes que invertia en sus tropas. Sus jinetes estaban a pié por falta de caballos i monturas, i la compra de aquellos i la construccion de estas habrian bastado a demorarlo algunos dias en Quirihue si la necesidad de distribuir bien su ejército para recomenzar la campaña no lo hubiese detenido.

O'Higgins se proponia ante todo restablecer los medios de comunicacion entre Concepcion i Talca, para poder trasmitir fácilmente sus órdenes a la division que pensaba dejar a orillas del Itata, i para esto no vió mejor medio que situar en puntos determinados gruesos destacamentos que mantuviesen espeditos los caminos. Con este objeto despachó al comandante don Andres del Alcázar al mando de

una division de 150 hombres a situarse en Doñimuelo (10): su comision era la de alejar de aquellas inmediaciones a las guerrillas enemigas, i llevaba a mas el encargo de custodiar al plenipotenciario Cienfuegos i los caudales que conducia a Concepcion, hasta dejarlo en Coelemu al otro lado del Itata. Allí se hallaba el capitan don Diego José Benavente al mando de una division de 200 veteranos, con órden espresa de protejer la marcha de O'Higgins i de facilitar las comunicaciones (11).

Despues de haber tomado estas medidas, el jeneral en jefe permaneció mui pocos dias mas en Quirihue. El 29 de enero llegó a aquel pueblo el teniente coronel don José Cienfuegos, despachado de Concepcion por su tio don José Ignacio a informar a O'Higgins de las alarmantes ocurrencias que habian tenido lugar a su arribo a la ciudad, i de la urjencia con que lo necesitaba, para evitar el desprestijio de la autoridad ejecutiva, atropellada en su persona, como decia su emisario, por el jeneral Carrera. Segun los informes que éste daba, el vocal plenipotenciario quedaba reducido a prision, i la guarnicion de la ciudad sobre las armas, como si el enemigo estuviese a sus puertas (12).

O'Higgins habia oido muchas quejas contra don José Miguel: la junta gubernativa se lo habia pintado como un ambicioso corrompido, sin mas mérito ni virtud que su audacia, i los razgos de arro-

(10) Notas i estados de la division de Alcázar – enero de 1814. Mss.
(11) Carta del capitan Benavente al coronel O'Higgins. Enero 18 de 1814. Mss.
(12) Declaracion de don José Cienfuegos. Mss.

gante petulancia, tan naturales en un jóven que ántes de los treinta años habia alcanzado a los mas altos puestos del gobierno i del ejército, i sus juveniles travesuras, fueron presentadas ante sus ojos como las pruebas claras de su carácter despótico i de sus inclinaciones depravadas. O'Higgins, sin embargo, no habia dado crédito alguno a aquellas palabras, que creia dictadas por la pasion i el encono; i aunque se le manifestaron notas i cartas de Carrera con que se pretendia apoyar tan graves cargos, él no dudó un momento de la sinceridad de su conducta. Al saber ahora las ocurrencias de Concepcion llegó a sospechar que el parlamentario hubiese despertado en el ánimo de Carrera el espíritu de resistencia a la autoridad del gobierno con medidas violentas e intempestivas, i creyó que su deber le mandaba presentarse inmediatamente en Concepcion a recibirse del mando de las tropas para evitar males de trascendencia.

A consecuencia de esta determinacion se preparaba en la mañana siguiente para ponerse en camino cuando llegó el presbítero don Julian Uribe, conduciendo las notas de Cienfuegos i Carrera en que ambos le pedian encarecidamente que marchase cuanto ántes a Concepcion a restablecer el órden alterado por las últimas ocurrencias, i a contener con su presencia la desercion, que de dia en dia se hacia mas notable en el ejército. Dejó en Quirihue la division ausiliar al mando del coronel Mackenna, i emprendió su marcha a Concepcion (13).

(13) Diario del capitan don Nicolas Garcia. Ms.

IX. El coronel O'Higgins llegó a Penco en la mañana del 2 de febrero, escoltado por la division del capitan don Diego Benavente; desde allí anunció su arribo a Carrera, i en la tarde de ese mismo dia hizo su solemne entrada en Concepcion en medio de las aclamaciones que despertaban el brillo del poder i el prestijio de su nombre. Los patriotas lo recibieron con jeneral contento: segun ellos la excitacion de los ánimos habia llegado a su colmo con motivo de los últimos sucesos, i se necesitaba de la presencia del nuevo jeneral para acallar las disensiones.

Pasado el bullicio i las felicitaciones, el nuevo jeneral tuvo una conferencia a solas con su antecesor. O'Higgins, usando de la intimidad de un amigo i de la franqueza del soldado, le representó en ella la desconfianza que abrigaba de poder dirijir con acierto la campaña, i la necesidad de buenos consejos que tenia en aquellas circunstancias; a todo esto agregó que solo el deseo de servir a la patria en cuanto estaba a sus alcances habia podido reducirlo a echar sobre sus hombros tan pesada carga, i concluyó por solicitar su cooperacion i apoyo para evitar los desórdenes de las tropas en los primeros dias de su mando. Don José Miguel, por su parte, se empeñó en alentarlo, manifestándole que su natural modestia le hacia ver escollos insubsanables en un sendero despejado, i que le sería mui fácil conducir la guerra con ventaja, si se aprovechaba con tino de su prestijio en el ejército, i de los elementos i recursos que debia proporcionarle el gobierno; concluyendo por pedirle que se recibiese del mando

el dia siguiente, para calmar la exitacion pública. Ambos jenerales hablaron al parecer sin reserva alguna: sus palabras fueron las de amigos leales cuyos esfuerzos iban dirijidos al triunfo de una sola causa i por un mismo sendero.

En virtud de esta conferencia, O'Higgins, que ya habia sido dado a reconocer como jeneral en jefe, se recibió del mando del ejército en la mañana de 3 de febrero. Constaba entónces de 2300 hombres de todas armas segun inventarios; pero estaban divididos en su mayor parte en varias partidas volantes cuya fuerza real i cuyo armamento eran mui inferiores a los que fijaban los estados militares del cuartel jeneral. En este número entraban tambien los últimos refuerzos que habian llegado al ejército, de modo que todo él no era apénas una cuarta parte de las tropas que habia mandado el jeneral Carrera ántes del desastroso sitio de Chillan. La desercion habia enrarecido las filas de los cuerpos, i algunos de los que comenzaron la campaña en abril de 1813 estaban o reducidos a ménos de la mitad, o completamente deshechos, sin que ni el jeneral ni sus jefes inmediatos supieron darse cuenta de las causas de su disolucion.

El equipo del ejército correspondia al reducido estado en que se hallaba. Sus caballadas no bastaban para montar ochocientos hombres. No poseia ni siquiera un centenar de bestias de carga, i los víveres eran tan escasos en los campos que las guerrillas volantes solo se mantenian con los carneros que compraban por la fuerza a los campecinos, convertidos a la sazon en declarados enemigos de los insurjentes.

La desmoralizacion del ejército hacia aun mas embarazosa la situacion del nuevo jeneral en jefe. Los últimos sucesos habian producido razgos inauditos de desobediencia militar: los comandantes de guerrillas se habian movido de un punto á otro con desprecio de las órdenes del jefe. O'Higgins habia desaprobado la conducta de los oficiales que, abandonando sus divisiones respectivas, pasaban con los soldados de su mando á ponerse á sus órdenes, i aun habia castigado al teniente don Juan Manuel Zorrilla por haberse puesto en marcha para Talca sin órden alguna de su jefe (14); pero la desmoralizacion habia cundido por todas partes, i se necesitaba de mucho celo i empeño para poner al ejército en pie de recomenzar la campaña.

Por fortuna el nuevo jeneral era un prodijio de constancia i de tezon. Asi como jamas lo habia arredrado el peligro en el campo de batalla, los escollos i embarazos que ahora encontraba no bastaron á abatir su espíritu superior, i con valentia i resolucion puso el hombro a la difícil empresa en que, con tanto desagrado suyo, se hallaba comprometido. Si los obstáculos se multiplicaron mas adelante, tambien se aumentó su celo; i apesar de tantos inconvenientes supo dejar victoriosas las armas de la patria durante el tiempo de su mando.

(14) Apuntes del coronel O'Higgins escritos en enero de 1813. Mss.

CAPITULO XI.

I. Llega a Arauco el brigadier Gainza a tomar el mando del ejército realista.—II. Apurada situacion de O'Higgins al comenzar la campaña.—III. Gainza pasa a Chillan.—IV. Primeras operaciones militares de O'Higgins.—V. Accion de Cucha-cucha.—VI. Medidas conciliadoras de O'Higgins para con los parciales de Carrera.—VII. O'Higgins hace salir de Concepcion a don José Miguel i a don Luis.—VIII. Caen en poder de una guerrilla realista.—IX. Derrota de Gomero.

I. Miéntras el jeneral Carrera se encontraba preocupado con las últimas ocurrencias de su mando militar, desembarcaba a pocas leguas de Concepcion un poderoso refuerzo que venia a engrosar las tropas enemigas. Constaba este de 800 hombres bien armados, i un buen equipo de víveres, municiones i dinero, procedentes de Chiloé i del Perú. Al mismo tiempo llegó el brigadier don Gavino Gainza, nombrado por el virrei Abascal sucesor de Sanchez en el mando del ejército realista.

La separacion de este jefe era el fruto de siniestros informes que se hicieron llegar hasta el gobierno de Lima. Algunos oficiales del campo realista habian visto con desagrado la marcha puramente defensiva de la campaña que mandaba Sanchez; i poseidos de un alto desprecio por sus reducidos conocimientos estratéjicos, no vacilaban en decir que

el sostenimiento del ejército se debia solo a Urrejola, Lantaño i demas jefes subalternos. El intendente de ejército don Matias de la Fuente, el secretario militar frai José Almirall i varios jefes subalternos, le criticaron su conducta, i sin disculpar uno solo de sus errores lo presentaron, en los informes que dirijian a las personas allegadas al virrei Abascal, como un soldado ordinario, sin táctica ni valor, que no habia sabido aprovecharse de los recursos que le presentaba el pais para concluir su pacificacion en poco tiempo.

Esos informes fueron llevados al Perú por el cura Búlnes, i sin obstáculo alguno alcanzaron entero crédito en el gobierno. Sanchez no tenia defensores ni amigos en la corte de los virreyes: no era mas que un capitan plebeyo, desvalido ante los grandes, i su nombre apénas habia llegado a oidos del poderoso jefe de que dependia. Sus servicios, de que él mismo hablaba con modestia, i su fidelidad a toda prueba no eran méritos suficientes para salvarlo de la ingratitud de sus superiores. Su remocion fué una medida tomada sin muchas meditaciones.

Abascal, sin embargo, no tenia muchos hombres de quienes echar mano en aquellas circunstancias. Para suplantar a Sanchez dió el mando de las fuerzas que éste mandaba al brigadier Gainza, jefe favorito del virrei, comandante entónces de un rejimiento de la guarnicion de Lima, pero cuya hoja de servicios no abundaba en razgos brillantes, i cuya reputacion ante la aristocracia del Perú habia sufrido mucho por su pasion al juego.

Don Gavino Gainza contaba en esa época cua-

renta i ocho años de edad: era natural de Viscaya en España, i descendia de una familia ilustre en aquella provincia. Dedicado a la carrera militar desde sus mas tiernos años, alcanzó en ella rápidos ascensos, i pasó al Perú con un batallon denominado de *Blanquillos*, favorecido con mui lisonjeras recomendaciones, i condecorado con la cruz de la órden militar de San-Juan. Gainza en efecto era un jefe de honor, afable en su trato, caballeroso en su conducta i acreedor bajo muchos aspectos al aprecio i consideracion de sus superiores. Buen oficial de guarnicion, él habia combatido mui poco en la península, i se hallaba ya en el Perú cuando estalló la guerra contra Napoleon, que abrió a los soldados españoles una carrera de glorias i ascensos. Tenia pues mui poca esperiencia en los asuntos de la guerra cuando pasó a América, i en el Perú no tuvo teatro para adquirir los conocimientos de que carecia. Allí sirvió simplemente en la guarnicion de varios pueblos de la costa i fué despues empleado en el rejimiento denominado el Real de Lima; lo mandaba todavia cuando fué encargado por el virrei Abascal de la direccion de la reconquista de Chile, empresa que, en vista de los informes que habia recibido aquel gobierno, se creia en el Perú que no presentaba grandes dificultades (1). Decíase allí que si el ejército de Chile habia sobrevivido al jeneral Pareja era porque en el mismo pais contaba con recursos para subsistir largo tiempo.

(1) He recojido algunas de estas reducidas noticias biográficas de boca de varias personas que hicieron con Gainza la campaña de 1814, i mui particularmente del señor don Antonio M. Villavicencio.

Esta confianza sin embargo no hizo creer a Abascal que la pacificacion de Chile seria solo un paseo militar. Se le anunciaba que los insurjentes estaban divididos en dos bandos opuestos, i a punto de tomar las armas para combatir el uno contra el otro; sabia que se organizaba en Chiloé un cuerpo de 600 ausiliares para reforzar el ejército realista; pero estaba íntimamente persuadido que los revolucionarios de Chile tenian elementos para resistir largo tiempo. Las instrucciones dadas al brigadier Gainza prueban a todas luces la poca confianza que tenia Abascal en el resultado de la campaña. Le recomendaba en ellas el virrei que procediese en todo con la mayor cautela, i no aventurase movimiento alguno sin conocer primero las posiciones que ocupaban los insurjentes, i sin ponerse de acuerdo con el ejército realista de Chillan. Detallábale ademas la conducta militar que debia seguir, en vista de las dificultades que podia encontrar; i le aconsejaba que no confiase enteramente ni en Sanchez ni en sus subalternos.

Ese mismo temor dictó un artículo de las instrucciones por el cual le encargaba el virrei que capitulase con los enemigos, si estos se avenian llana i simplemente a rendirse para que se les perdonase sus estravios(2). Entónces, el jeneral debia tomar el título de presidente i capitan jeneral de Chile con poderes necesarios para arreglar el gobierno interior

(2) *Instruccion que deberá observar el señor brigadier don Gavino Gainza en el mando del ejército de la Concepcion de Chile a que va destinado, en relevo del coronel don Juan Francisco Sanchez* inserta en el *Pensador del Perú*.

del pais, i pacificarlo completamente: para esto puso a su lado con el empleo de auditor de guerra al Dr. don José Antonio Rodriguez, chileno de nacimiento, tan hábil como conocedor de la lejislacion española, que debia servirle de consejero en el gobierno político del pais.

Los aprestos de Gainza no fueron largos. Abascal no tenia muchas tropas de que disponer, i solo le dió 200 hombres del rejimiento de su mando; pero contaba con otros elementos de guerra, i pudo propocionarle 50,000 pesos en dinero, 100,000 tiros de fusil, 30,000 de cañon, 6 piezas de artilleria de a 4 i 60,000 pesos en tabaco, vestuarios i azúcar para el ejército i para los indios ausiliares, valioso ausilio con que se pretendia poner en estado de reabrir la campaña al desnudo ejército de Chillan. El embarco de la tropa i de estos artículos a bordo de la fragata *Sebastiana* i el bergantin *Potrillo*, que debian transportarlos, concluyó el 31 de diciembre, i el siguiente dia la espedicion reconquistadora zarpó del Callao con destino al puerto de Arauco.

Su navegacion fué corta i feliz. A pesar de los vientos del sur, tan frecuentes i fuertes en esta estacion i en aquellos mares, la *Sebastiana* i el *Potrillo* arribaron a Arauco el 31 de enero sin daño ni averia. En ese mismo puerto encontró Gainza a las fragatas *Trinidad* i *Mercedes*, que trasportaban de Chiloé el batallon de ausiliares organizados en aquella provincia por el coronel don Manuel Montoya i el sarjento mayor don Ramon Jimenez Navia, que lo mandaban.

Gainza fué bien recibido por las tropas i por las

autoridades de Arauco. Los ausilios que traia, los latos poderes del virrei Abascal i el prestijio que le aseguraba su encumbrada graduacion infundieron desde luego en todos los ánimos las esperanzas mas lisonjeras acerca del resultado de la campaña. Nadie dudó de que el nuevo jeneral ocuparia a Santiago ántes de dos meses, i él mismo creyó que los insurjentes no podrian resistirle.

II. La junta gubernativa recibió de Lima la noticia de la espedicion de Gainza, cuando éste acababa de salir del Callao; i habia pasado aviso a O'Higgins para que se posesionase con la mayor brevedad de la plaza de Arauco, a fin de remediar así el descuido de su antecesor. Pero cuando el nuevo jefe recibió el oficio en que se le comunicaba la noticia, el jeneral enemigo habia desembarcado ya en Arauco, i la deplorable situacion del ejército de su mando no le permitia entónces moverse del cuartel jeneral.

La desmoralizacion de las tropas en efecto habia llegado a su colmo, i cada dia se presentaban nuevos ejemplos de insubordinacion militar, fomentada, segun resulta de los documentos de la época, por los hermanos i parciales del jeneral Carrera. Con dañadas intenciones hicieron éstos propagar la voz de que O'Higgins conducia sumas considerables de dinero i cantidades inmensas de tabaco i víveres para repartir al ejército, i mui disimuladamente hicieron creer a los soldados que guarnecian los puntos inmediatos a Concepcion, que era mui probable que no alcanzasen nada en el reparto si no se presentaban ellos mismos a cobrar sus sueldos i diarios. Los

soldados comenzaron a desertar de los cantones en que estaban estacionados : una partida de tropa de la guarnicion de Talcahuano se separó de sus compañeros en el momento que se les pasaba la lista, i como se quisiese hacerla entrar en su deber, con una órden del gobernador de la plaza don Rafael de la Sota, supo ella hacerse respetar echando mano a las armas, i siguiendo el camino de Concepcion (3).

Como si todo esto no bastase a mantener vivamente preocupado el ánimo de O'Higgins, se le tendieron acechanzas para desprestijiarlo ante la junta. En la noche del 6 de febrero, a los tres dias de haber tomado el mando del ejército, debió estallar en Concepcion un movimiento revolucionario, destinado, segun decian sus autores, a manifestar al gobierno que el ejército desaprobaba su conducta i mui particularmente ciertas medidas que por su sola voluntad acababa de tomar el parlamentario Cienfuegos. El nuevo jeneral tuvo noticia de la trama por algunos de los iniciados en ella que se avanzaron hasta ponerla en su conocimiento, invitándolo a ponerse a la cabeza de la revolucion : se trató de probarle que el gobierno no queria remitirle los ausilios pedidos porque no comprendia las necesidades de la guerra. O'Higgins supo conducirse en aquellas circunstancias con toda la jenerosidad posible. Su negativa fué terminante i enérjica; pero no quiso aprehender a nadie, i por medida de precaucion solamente hizo salir para Penco al cura Cienfuegos, i mantener una parte de sus tro-

(3) Nóta del gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota, febrero 5 de 1814. Mss.

pas sobre las armas para acudir con presteza al punto amenazado, si se intentaba el movimiento (3).

Nada sucedió en efecto: sea que la terca negativa de O'Higgins i sus providencias para reprimir el movimiento hiciesen desistir de sus propósitos a los conspiradores, o que no contaran estos con los elementos necesarios para asegurar el triunfo, no hubo accidente alguno que turbase el órden en la noche señalada para dar el golpe.

Pero no por esto desmayaron los incansables enemigos de la tranquilidad pública. Con intrigas i manejos secretos fomentaron diestramente la desercion del ejército insurjente, haciendo valer para con unos el influjo de los jefes depuestos, i la falta de sueldos i la escasez de víveres para con otros. Don Juan José Carrera, que no cesaba de dar muestras de desesperacion i de despecho por su separacion del ejército, era uno de los jefes que con mayor ahinco fomentaba la desunion i el trastorno. Manifestando que deseaba volver a Talca, pidió su pasaporte al jeneral en jefe, i salió de Concepcion el 8 de febrero; pero ántes de dos dias desertaron mas de cien granaderos, llevando todos su armamento, segun complot que habia dejado dispuesto (4).

La escasez de recursos vino a hacer mas angustiada la situacion de O'Higgins. El ejército comenzó a sentir las mas apremiantes necesidades: los capitales que llevó Cienfuegos alcanzaron apénas

(3) Conversacion con el señor don Manuel Novoa.—*Epocas i hechos memorables de Chile*. Mss.

(4) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa, febrero 10 de 1814. Va publicada entre los documentos bajo el núm. 8.

para satisfacer malamente las escaseces del momento, i la falta de víveres empezaba a producir el hambre. Los vendedores de ganado, que al principio de la campaña se acercaban a las divisiones insurjentes a ofrecerles la venta de sus vacas, les huian ahora el bulto, sea porque arbitrariamente se les hubiese despojado de ellas alguna vez, o porque les presentaban mayores garantías las transacciones con el enemigo.

Mas no se crea que la junta gubernativa habia desatendido al ejército. Informada como estaba de la falta de vestuario, víveres i armamento, se habia conducido con una singular actividad para remitirlos a O'Higgins; pero los convoyes que los conducian tenian que atravesar campos dilatados i montañosos, poblados de partidas enemigas, i les era forzoso marchar con lentitud i precaucion para no caer en una emboscada. Por todos estos motivos de demora, solo el 11 de febrero recibió el nuevo jeneral el primer ausilio, compuesto de 56 lios de charqui, de los cuales "inmediatamente se empezó a dar raciones a la tropa, dice O'Higgins en una nota escrita ese mismo dia, i las recibió llena de complacencia por la estrema necesidad en que nos hallábamos (5)."

Este socorro, sin embargo, no podia mejorar la situacion de los patriotas. El mismo jeneral lo espuso así al gobierno en la nota citada, recabando el pronto envio de dinero, vestuarios, caballos i arma-

(5) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa, febrero 11 de 1814. Mss.

mento. "Los ahogos, decia, crecen. Ya llegó el caso de mandar suspender el sueldo de los oficiales, i aun para diario de la tropa no hai para cuatro dias. Asi es necesario se sirva V. E. activar las dilijencias para que lleguen los caudales. El vecindario que podria hacer algun suplemento no está en estado de hacerlo. Sus fondos estan escasos, su comercio es ninguno. El numerario que los han obligado a exhibir las variedades de gobiernos a que han estado sujetos, los tienen estrechados hasta lo sumo; de modo que aun cuando se les impusiese una suscripcion, o hiciesen el último sacrificio en servicio de la patria, tendrian efecto en pequeñas cantidades.

III. Miéntras O'Higgins se afanaba por contener la desercion en su ejército, i en remediar sus necesidades, el enemigo, que estaba al corriente de su apurada situacion, se habia conducido con singular actividad para principiar la campaña bajo tan favorables auspicios. La forzada inaccion del jefe insurjente era sin duda una ventajosa circunstancia de que debia aprovecharse el jeneral Gainza.

En efecto, al siguiente dia de haber desembarcado en Arauco, celebró junta de indios a que concurrieron los principales caciques de las inmediaciones. Los recibió en un campo vecino al pueblo con todas las formalidades de estilo entre aquellos salvajes: allí les dirijió una breve arenga, por medio de los lenguaraces, a fin de interesarlos en su causa en la campaña que iba a abrir, les obsequió a nombre del virrei del Perú, como delegado de Fernando VII, galoneadas casacas i grandes medallas de metal que debian llevar en sus pechos en premio

de su fidelidad, i les hizo repartir licores con una profusion estraordinaria (6).

La noticia del arribo de Gainza se estendió con gran velocidad por todos los campos de las inmediaciones, i se comunicó a los jefes realistas que recorrian la ribera norte del Bio-bio. El dilijente Elorreaga, que mandaba una division estacionada en Rere, la dejó al mando de un subalterno, i voló a presentarse al jeneral Gainza. Proponíase informarlo detenidamente de las ocurrencias del campo insurjente, tan ventajosas para el triunfo de sus armas, de los caminos que debia seguir para llegar a Chillan, i del estado de pobreza i desnudez del ejército realista. En este particular, el mismo Elorreaga era una prueba concluyente de la exactitud de su relacion: por toda casaca vestia una chaqueta ordinaria a cuya manga prendia los galones correspondientes a su graduacion, i no llevaba mas capote que un enorme poncho del pais. Uno de los oficiales del *Potrillo* le regaló un frac de marino de su propio uso, que Elorreaga conservó como un valioso presente (7).

Informado Gainza de las ocurrencias del campo patriota i del estado de los caminos que conducian a Chillan, solo tardó unos pocos dias en los aprestos mas necesarios para ponerse en marcha i comenzar las operaciones de la guerra. El 8 de febrero cruzó el Bio-bio por el paso de Santa-Juana, a la cabeza de 800 soldados de infanteria, i se juntó con la division de Elorreaga que estaba estacionada en Rere,

(6) Conversacion con don Antonio Maria Villavicenci.
(7) Conversacion con don Antonio M. Villavicencio.

Allí separó algunos jinetes de esta division, i, engrosando con ellos las fuerzas que traia de Arauco, confió el mando de todas a Elorreaga, con encargo de marchar inmediatamente a inquietar al segundo cuerpo del ejército patriota. El resto de la division de Rere quedó al mando del capitan don Leandro Castilla, jóven peruano que servia en los dragones de la frontera.

Gainza prosiguió su viaje a Chillan acompañado solamente por sus edecanes. En este pueblo fué recibido por el ejército i el vecindario con todas las consideracion debidas a su graduacion. Los padres misioneros se apresuraron a felicitarlo por su feliz arribo i a ofrecerle todos los recursos i ausilios de que podian disponer (8). El coronel Sanchez, por su parte, se manifestó dispuesto a entregarle el mando de las tropas, sin manifestar el menor disgusto por la destitucion que sufria. Segun daba a entender, consideraba ya cumplido el encargo que le hizo al morir el brigadier Pareja, conservando la honra del pabellon español i combatiendo en su defensa con enerjia i acierto. Los oficiales que acompañaban a Gainza tuvieron que admirar la jenerosa conducta del jefe depuesto, i en sus comunicaciones al gobierno del Perú no economizaron los elojios i alabanzas de aquel buen servidor de la corona.

Gainza mismo supo apreciar la honrosa comportacion de su antecesor, i se empeñó en no herir de modo alguno su suceptibilidad. Apesar de los apa-

(8) *Informe de la conducta observada por los PP. misioneros, etc. etc.* Mss.

sionados informes que habian llegado al Perú acerca de la profusion de grados militares con que Sanchez premiaba a sus subalternos, Gainza manifestó que aprobaba aquellas medidas; i no vaciló un instante en emplear en la nueva campaña a todos los favoritos de su antecesor, seguro de que sus méritos habian producido su elevacion. A Sanchez mismo le ofreció varios destinos de importancia; pero este jefe se negó a aceptar ninguno, contentándose con recomendar a los oficiales de su ejército. A uno de ellos, al coronel Berganza, dejó en el honroso puesto de jefe político i militar de Chillan, al mando de 700 hombres.

El dia 19 de febrero pasó Gainza al campamento de Quinchamalí, en donde se hallaba una division de tropas realistas, i fué reconocido en ella jeneral en jefe del ejército. Desde allí despachó una partida de 100 hombres de caballería, a las órdenes del coronel don Clemente Lantaño, con el encargo de impedir toda comunicacion entre la division que mandaba el coronel Mackenna i el cuartel jeneral de Concepcion. Esa fuerza debia recorrer la orilla sur del Itata, i ponerse de acuerdo con otra que, a las órdenes de don Manuel Barañao, ocupaba los campos de la costa con igual objeto.

IV. Hasta ese momento el brigadier Gainza habia atravesado una vasta estension del territorio que era a la sazon teatro de la guerra, sin oir siquiera el ¡quién vive! de los centinelas insurjentes. Aunque él habia tenido buen cuidado de alejarse cuanto le era posible de los puntos que ocupaban las

fuerzas patriotas, el nuevo jeneral concibió desde luego las mas lisonjeras esperanzas en el resultado de la campaña, con tanta mayor razon cuanto que sabia el cúmulo de insubsanables circunstancias que detenian a O'Higgins en Concepcion.

Este jefe, en efecto, no habia podido moverse del cuartel jeneral. La desercion de sus soldados, por un lado, la falta de municiones, vestuarios i víveres por otro, i la mala intelijencia que reinaba por todas partes, lo reducian a la inaccion en aquellos momentos en que mas deseaba moverse para tomar la ofensiva. Estas causas frustraron su primer plan de atacar inmediatamente la plaza de Arauco; i el mismo dia en que recibió el primer convoi de ausilios, el enemigo comenzó a inquietarlo en sus propias posiciones.

Tan luego como Gainza hubo pasado el Bio-bio, la *Sebastiana* i el *Potrillo* se acercaron a la isla de la Quiriquina, voltejeando por sus alrededores como si se propusiesen bloquear el puerto de Talcahuano, apoderándose de aquella isla. Lo intentaron en efecto el dia 11, desembarcando alguna jente de cinco botes, i elijieron un punto de la isla separado solo del continente por un angosto canal, denominado la Boca-chica. En Tumbez, asi se llama la playa que enfrenta a la isla, habia destacado O'Higgins una partida de 100 fusileros a las órdenes del capitan don Juan Calderon, los cuales se mantuvieron en emboscada, sin ser vistos por los enemigos, hasta despues de haber bajado a tierra. Los fuegos de fusileria, que hicieron entónces algun

estrago entre los marinos, los obligó a reembarcarse precipitadamente (9).

A esta se siguieron varias escaramuzas mui insignificantes que sostuvieron con resultado vario las guerrillas que mantenia O'Higgins fuera del pueblo. Este reforzaba frecuentemente a sus destacamentos, i tenia gran cuidado de mantenerlos en buen pié; pero solo esperaba el arribo de los ausilios que debia remitirle el gobierno para principiar la campaña. "En el momento que lleguen los ausilios pedidos, decia en una nota a la junta gubernativa, pasará una respetable division a obrar contra la frontera, esto es a tomar las plazas de los Anjeles i Nacimiento, pues la espedicion de Arauco inter dura bloqueado el puerto es impracticable. Los caminos por tierra son de cordillera i desfiladeros por donde no puede conducirse artilleria, i apostado en ciertos puntos un pequeño número de enemigos, resistirá i destrozará cualquiera fuerza que se le oponga; pero tomadas aquellas plazas se les corta la comunicacion con Valdivia, i aun con el mismo Chillan, situando una division en Rere, por cuyo efecto i con el objeto que la mande espero de un dia a otro al coronel don Andres del Alcázar (10). Este oficial, ademas de las apreciables circunstancias que le adornan, tiene pleno conocimiento de la frontera, i un grande ascendiente sobre sus habitantes, cuyas circunstancias facilitarán a ménos costa la toma de

(9) Parte de O'Higgins al gobierno, febrero 11 de 1814. Mss.

(10) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa. Concepcion, febrero 11 de 1814. Mss.

dichas plazas, i quedará aislado el enemigo en su Arauco."

V. Para la mejor realizacion de su plan, O'Higgins dió órden al jefe de la segunda division, que estaba acantonada en Quirihue, de avanzar a orillas del Itata i acampar en el sitio denominado el Membrillar. Era este un punto mas avanzado hácia el cuartel jeneral de los realistas, i O'Higgins se proponia dividir su atencion por ese lado, miéntras él emprendia la campaña contra las plazas fronterizas, de que queria posesionarse.

El coronel Mackenna, que la mandaba, conoció toda la importancia de este movimiento, i se apresuró a efectuarlo. Salió con este objeto de Quirihue el 9 de febrero, pero eran tan malos los carros de guerra, i tan escasos los medios de conduccion que poseia, que solo llegó al Membrillar despues de cinco dias de camino. Allí ocupó las posiciones fortificadas en que estuvo en octubre de 1813 la segunda division que mandaba el brigadier don Juan José Carrera, i se preparó para resistir a los ataques del enemigo. Las fuerzas que la componian eran 800 infantes, 100 dragones i 6 piezas de artilleria.

Sus movimientos no habian pasado desapercibidos de los realistas. Una guerrilla, que ocupaba las alturas de Cucha-cucha observaba impasiblemente todas sus evoluciones; i una corta partida, a las órdenes de un audaz montonero de Chillan, apellidado Zapata, ponia fuego a los campos en que pastaban los caballos de la division insurjente. Por las noticias que llegaban al campamen-

to se sabia que el enemigo se ocupaba tambien en reunir sus fuerzas en las inmediaciones (11).

Mackenna no tuvo calma para permanecer imposible en aquel punto. Por sus espias supo que se organizaban dos partidas realistas en dos distintos puntos, en Coimaco, al sur del rio Itata, i en la hacienda de Cucha-cucha, propiedad de uno de los jefes realistas, el coronel Urrejola, tres leguas al oriente del campamento del Membrillar. La escasez de caballos que esperimentaba lo indujo a atacar con preferencia esta última, "no solo, dice él mismo, por no haber rio que atravesar, sino porque lo escabroso del terreno era mas a propósito para las maniobras de infanteria, que se puede decir es la única fuerza de esta division (12)."

Con este objeto se puso en marcha a las doce de la noche del dia 22 de febrero a la cabeza de una columna compuesta de 300 fusileros, 40 dragones i 2 piezas de artilleria, llevando consigo, en clase de segundo jefe, al coronel don Andres de Alcázar. La division marchó con prudencia i cautela, i al amanecer se halló en las casas de la hacienda de Cucha-cucha, que el enemigo acababa de abandonar, pasando el rio Ñuble para evitar un ataque. Mackenna, que queria sacar algun provecho de la espedicion, dispuso que miéntras la tropa descansaba de la marcha que acababa de hacer, saliesen dos piquetes a recorrer el campo i a recojer el ganado de Urrejola; pero observado este movimiento por don

(11) Diario del capitan García. Mss.

(12) Parte del coronel Mackenna.—Membrillar, febrero 23 de 1814.

enemigos, que permanecian emboscados en la orilla opuesta del Ñuble, repasaron este rio en número de 140 hombres de caballería, dispuestos a resistir a las fuerzas patriotas. Prontamente fueron atacados por el teniente coronel Bueras, que mandaba una guerrilla insurjente, obligándolos a replegarse a gran prisa a las alturas inmediatas. Impotentes para sostener un combate, los enemigos se mantuvieron en aquel punto, contentándose con destacar pequeñas partidas, que fueron rechazadas i perseguidas por las guerrillas de Bueras i un piquete de Voluntarios a las órdenes del alferez Allendes.

La falta de caballeria no permitió a Mackenna atacar al enemigo en sus posiciones. Los realistas estaban mui bien montados, i sabian aprovecharse de esta ventaja retirándose mañosamente para evitar un ataque de funestas consecuencias. Desesperado por esto mismo, el jefe patriota dió la órden de volver al campamento, lo que solo pudo conseguir despues de mucho rato porque las guerrillas de Bueras i Allendes se obstinaban en perseguir al enemigo apesar de la notoria desventaja de marchar a pié.

Este contratiempo obligó a Mackenna a volver al Membrillar a las 10 de la mañana. Habia andado la mitad de su camino cuando cayó de improviso el enemigo, considerablemente reforzado, intentando cortar la guerrilla de Bueras, que se habia separado un poco del grueso de la division. Este bizarro militar hizo frente por todas partes a las fuerzas realistas, que se empeñaban en envolverlo, i, con un heroismo superior a todo elojio, se sostuvo hasta el momento

en que fué ausiliado por el valeroso sarjento mayor de ausiliares de Buenos-Aires, don Juan Gregorio Las-Heras. Traia este 100 hombres de su cuerpo; i sostenido por uno de sus oficiales, el capitan Vargas, avanzó con el mejor órden sobre el enemigo, i le obligó a replegarse a una altura vecina, que dominaba la posicion ocupada por los insurjentes.

Esta desventaja no desconcertó a Mackenna. Sin inquietarse un instante quiso batirse con el enemigo, i con este objeto dió órden al capitan don Nicolas Garcia de romper el fuego con sus cañones. Este esperto artillero dirijió sus tres primeros tiros con tanto acierto que hicieron gran estrago en los desordenados pelotones que formaban los realistas; pero despues de ellos se inutilizaron completamente sus piezas, i le fué forzoso a Mackenna cambiar de posicion para evitar una desastrosa derrota.

El terreno en que habia empeñado la accion era disparejo, i por tanto imposibilitaba las evoluciones de la caballeria. Mackenna supo aprovecharse de esta circunstancia al cambiar de posicion, i trepar en buen órden a una altura que flanqueaba la del enemigo. Pero este, léjos de acometer a los insurjentes, dió su vuelta a gran prisa para no ser inquietado en su retirada.

En estas escaramuzas, a que se dió entónces el nombre de accion de Cucha-cucha, el enemigo perdió algunos soldados, miéntras Mackenna tuvo únicamente dos heridos entre los suyos. Mas seguro en su tropa desde ese dia, este jefe pudo estender sus operaciones i movimientos mas allá de su campo, confiado en el pavor que habia sabido infundir al

enemigo. En una de esas escursiones por los alrededores, el coronel don Andres del Alcázar rescató a viva fuerza, de una guerrilla enemiga, un convoi de veinte i cuatro cargas de municiones i víveres que la junta gubernativa mandaba a la division del Membrillar.

VI. La noticia de estos sucesos fué recibida con gran aplauso en el cuartel jeneral de Concepcion. Ellos probaban claramente que el ejército estaba en situacion de encararse con el enemigo, i que sus soldados no se sentian amilanados con los contratiempos sufridos hasta entónces; i venian a alentar al nuevo jeneral en jefe en los trabajos que lo tenian preocupado.

O'Higgins trabajaba entónces en la reorganizacion de su ejército, procurando la reconciliacion de los ánimos, i promoviendo por todos medios, hasta sin obedecer las órdenes del gobierno, la union de todos sus subalternos. La junta gubernativa habia encargado a O'Higgins que mantuviera alejados de los primeros puestos del ejército a los amigos i parciales de Carrera, a fin de evitar que cundiese en sus filas la influencia del jeneral destituido; pero el nuevo jefe no estaba dispuesto a satisfacer en este particular al gobierno, de quien dependia. Sin tomar en cuenta las opiniones de los jefes subalternos, O'Higgins se propuso ocuparlos segun su mérito i consultando únicamente el buen servicio del ejército. El capitan don José María Benavente, que se habia manifestado siempre adicto al jeneral Carrera, fué entónces nombrado comandante de la Gran guardia a solicitud de O'Higgins, i

su hermano don Diego quedó en el mando de la guardia jeneral.

Proponíase O'Higgins desvanecer con su conducta jenerosa los rencores i encónos que pudiesen existir a causa de las últimas desavenencias entre el gobierno i el jeneral Carrera. En su juicio miéntras las opiniones estuviesen divididas en el ejército, no poseia él todo el prestijio de que necesitaba para mandar con la confianza i la seguridad de ser respetado i obedecido; i estas ventajas solo se podian conseguir por los medios pacíficos, guardando en todo buena armonía i las consideraciones debidas a sus antiguos camaradas. Altamente confiado en la eficacia de su sistema, O'Higgins llegó a olvidar las recientes órdenes, i al comunicar al gobierno sus aprestos militares para principiar la nueva campaña, le hablaba sobre el particular de un modo mui lisonjero. "Ya la providencia, decia en una nota, ha dispuesto que raye la aurora de la tranquilidad. Han cesado los motivos que dieron mérito a algunas inquietudes interiores i solo se descubre union i fraternidad, i un jeneral deseo de atacar i destruir al enemigo (13)."

VII. O'Higgins se engañaba mucho cuando juzgaba definitivamente establecida la tranquilidad en el ejército. Carrera i sus parciales, resentidos como estaban contra el gobierno, no podian mirar con agrado la elevacion de su sucesor, ni las distinciones que este hacia de algunos oficiales desafectos a sus personas. El sistema de conciliacion que O'Hig-

(13) Nota de O'Higgins. Febrero 11 de 1814. Ms.

gins acababa de adoptar, no era de modo alguno de su agrado : el jeneral Carrera hubiese querido impregnar en el ánimo de O'Higgins sus pasiones i sus odios, i no siéndole posible esto veia con disgusto todas las providencias del nuevo jeneral, i encontraba una injuria a su persona o a sus amigos en las mas inocentes providencias.

La junta gubernativa se habia mostrado en este particular mas previsora que O'Higgins. Apesar de las notas de este, en que le hablaba de la tranquilidad que reinaba en el ejército, el gobierno no se habia descuidado un momento en dictar sus providencias para separar del cuartel jeneral a don José Miguel. Su jenio inquieto era para la junta gubernativa el motivo de mil temores, que no bastaban a calmar las seguridades del nuevo jeneral.

Para alejarlo del teatro de la guerra, el gobierno espidió un decreto el 12 de febrero nombrando a don José Miguel Carrera ministro plenipotenciario de Chile en Buenos-Aires, en reemplazo de don Francisco Antonio Pinto, que habia partido para Europa. Los términos en que estaba concebido eran altamente lisonjeros para el funcionario nombrado: decia en él la junta, que habiendo mandado el gobierno de Buenos-Aires con igual encargo a Chile al Dr. don Juan José Pasos, presidente i vocal que habia sido allí del poder ejecutivo, se creia en el caso de comisionar para representante de Chile en ese pais a una persona que hubiese desempeñado en su patria iguales destinos. Pero tomando por pretestos la necesidad que habia de mantener las buenas relaciones con la provincia de Buenos-Aires, i "con-

vencido, como decia el decreto, del patriotismo, luces i carácter" de Carrera, el gobierno se manifestaba dispuesto a no admitir ninguna escusa de negativa, encargándole ademas que inmediatamente se pusiese en camino, sin tomar en consideracion los gastos necesarios para esto, porque la junta se los franquearia gustosa (14).

Con este destino se pensaba alejar a Carrera de un punto en donde era mui temible por su influjo; pero la junta gubernativa temió que don José Miguel, a pesar de las espresiones del nombramiento, se negase a salir de Concepcion, i previendo este caso, ofició a O'Higgins esplicándole el verdadero objeto que se habia propuesto, i dándole sus instrucciones para proceder decididamente. "Conviene, le decia en nota de 12 de febrero, que él (Carrera) no permanezca en Concepcion por mas tiempo, i admita o no el nuevo empleo, U. S. lo obligará a que salga de allí dentro de tres dias (15)."

Sucedió, en efecto, lo que habia previsto la junta gubernativa. Carrera se hizo desentendido del nombramiento que se acababa de hacer en su persona, i, en vez de ponerse en camino para la capital, quedó en el pueblo, reuniéndose diariamente con sus amigos i parciales, sin darse por apercibido de las sospechas que infundia su conducta. O'Higgins, sin embargo, no se encontró dispuesto a servir de órgano a providencias que consideraba intempestivas: guardó con su antiguo jefe todos los fueros de

(14) Oficio de nombramiento. Mss.
(15) Nota de la junta a O'Higgins.

la amistad, i no cumplió con el mandato de la junta.

La desercion que diezmaba al ejército insurjente i las turbulencias de Concepcion decidieron al fin al jeneral en jefe a convocar las corporaciones, los oficiales de mayor graduacion i los vecinos mas respetables a una junta, a que tambien debian concurrir los Carrera, con el objeto de tratar del mejor remedio para evitar tamaños males. Allí hubo muchos que levantaron la voz acusando a don José Miguel i a su hermano don Luis como principales instigadores de la ajitacion que reinaba en el cuartel jeneral. A tan fuertes cargos éstos contestaron que "solo habian procurado tomar algunas medidas para su seguridad personal, pues se les habia afirmado que se les iba a prender para remitirlos a la capital (16)."

Los oficiales del ejército que así se habian espresado contra los Carrera, i algunos vecinos de respeto e influjo no se dieron por satisfechos con esta disculpa, i no cesaron de pedir a O'Higgins que los hiciese salir de Concepcion. El jeneral sin embargo se negó obstinadamente a dictar esa órden, innecesaria segun él, i se mantuvo dos semanas consecutivas en pugna con los jefes de mayor graduacion, i en abierta desobediencia a los terminantes mandatos de la junta gubernativa.

La exasperacion contra Carrera no se limitó a esos solos reclamos, ni la acalló la indiferencia con que oia sus quejas el jeneral. El 1.° de marzo se reunieron los jefes militares en el cuartel de artille-

(16) *Epocas hechos memorables de Chile.* Mss.

ria, i dirijieron al O'Higgins la representacion que sigue: "Exmo. Señor.—Los comandantes, oficiales i vecinos de esta ciudad comprometidos por la seguridad i felicidad de la patria contra la dominacion de la casa destructora de nuestros sagrados derechos, ponemos en la sábia consideracion de V. E. que, habiendo llegado ya nuestros justos enojos contra los dos Carreras i sus protervos satélites hasta el grado de una necesaria exasperacion, en mérito de los repetidos insultos con que a cada momento se burlan de la suprema autoridad de nuestro gobierno, de la de V. E. i la de todo ciudadano que ha manifestado su fidelidad i amor a tan sagrados deberes: consultando nuestra seguridad i la del estado no hemos podido ménos que acojernos en este momento bajo el sagrado de las tropas i cuarteles, desde donde imploramos sin pérdida de instantes la presencia de V. E., a efecto de que en primer lugar haga que estos individuos se retiren al momento de esta ciudad bajo la escolta de mayor confianza; en segundo que se recojan i pongan en buen depósito todas las cargas que tienen prontas para marchar por contenerse en ellas efectos conocidos peculiares al erario público, i hasta útiles de guerra de que tanto necesitamos: V. E. no debe ni puede en estos momentos despreciar la voluntad de este pueblo fiel i patriota. Sabemos positivamente que si se evitan estos pasos es vacilante nuestra seguridad i la del reino, i ántes de que lloremos nuestra inaccion perezosa queremos sacrificarnos gustosos por nuestra tranquilidad deseada."

En la noche O'Higgins ofició a don José Miguel i a don Luis Carrera para que saliesen de la ciudad el dia siguiente ántes de amanecer, a fin de evitar los movimientos i trastornos que mantenian la ajitaccion en el curtel jeneral; pero en su nota, i ni aun en una carta privada que les dirijió, dejaba traslucir las injuriosas quejas que los oficiales habian elevado. Ambos sin embargo se manifestaron mui exasperados al recibir aquella órden, bien que no la atribuyeron a mal espíritu del jeneral en jefe: don José Miguel le escribió inmediatamente dándole las gracias por las pruebas de amistad que de él habia recibido, en el corto tiempo que llevaba de mando, i prometiéndole abstenerse de tomar parte en "los males que se divisan." En su misma carta le pedia seis caballos para sus criados, i le anunciaba que el siguiente dia, a las once de la mañana, se pondria en marcha para Talca.

VIII. Salió en efecto don José Miguel acompañado por su hermano don Luis, i algunos otros oficiales i vecinos que se dirijian a las provincias centrales. Fuése a alojar a Penco, en donde pasó todo el dia en adquirir noticias sobre la seguridad de los caminos que debia andar; i aunque se engrosó considerablemente el número de sus compañeros de viaje, la caravana no se atrevió a salir del pueblo, temiendo a las guerrillas realistas, que, segun exactos informes, recorrian los alrededores.

Gainza tenia noticia de la marcha de Carrera, comunicada, sin duda, por sus espías de Concepcion. En conformidad dió órden a sus comandantes Lantaño i Barañao de atacar a la comitiva en el

camino, i de llevarlos prisioneros a Chillan. Ambos jefes se pusieron de acuerdo para esta empresa; Lantaño debia ocupar el camino del centro que conduce al Membrillar, miéntras Barañao se pose ionaba del de la costa, i debian o caer de acuerdo sobre Penco o sorprender a la caravana en su marcha. Con este objeto Lantaño mudó de posiciones, i llegó al oscurecerse al punto denominado Rafael, pocas leguas al norte de Penco. Disponíase a pasar allí la noche cuando se le presentó un español apellidado Vidal, prisionero de la fragata *Tomas*, trayéndole la noticia del arribo de Carrera a Penco, i probándole que le sería mui fácil echarse sobre la comitiva, i llevarla prisionera a Chillan. Vidal estaba al corriente de todo: habia visto i contado la guardia que escoltaba a Carrera, i se habia acercado tanto a ella para imponerse de sus recursos, que uno de los soldados que la formaban le rompió la barba de un golpe que le dió con el cañon de su fusil para separarlo del paso.

No se descuidó el activo Lantaño. Inmediatamente dió la órden de ensillar los caballos, i, favorecido por la oscuridad de la noche, se puso en marcha para Penco. Llegó allí al amanecer, e instruido por Vidal de la casa que ocupaba don José Miguel i su comitiva, la atacó sin demora. En el primer momento fueron pasados a cuchillos seis hombres de la escolta de Carrera, i ántes que nadie pudiese reponerse de la sorpresa penetraron los realistas en el interior sin resistencia alguna: el alferez don José Ignacio Manzano, que mandaba la partida de

escolta, fué mortalmente herido cuando se afanaba en reunir algunos soldados de los suyos.

La victoria quedó desde luego por Lantaño. Acompañado de su segundo, el capitan don Lorenzo Reyes, penetró en la habitacion de los hermanos Carrera i los hizo prisioneros sin la menor resistencia, tomando con ellos sus equipajes, miéntras sus soldados apresaban al coronel don Estanislao Portales, al capitan de artilleria don Servando Jordan, i a los demas compañeros de viaje. El fuerte de Penco disparó algunos cañonazos, cuando se retiraba la partida; pero, por desgracia, la casa en que fueron sorprendidos los Carrera estaba situada fuera de sus tiros, i no hicieron daño alguno en ella. La fragata *Sebastiana* i el bergantin *Potrillo*, que apercibieron los fuegos de tierra, dispararon tambien algunos cañonazos contra el fuerte de Penco, los cuales distrajeron la atencion de sus artilleros. El comandante Barañao, que venia con su division por el camino de la costa, se juntó a Lantaño cuando éste salia de Penco. Las fuerzas de ambos alcanzaban a 300 hombres, i en todas las inmediaciones no habian tropas que pudiesen resistir.

Lantaño i Barañao siguieron su marcha sin ningun tropiezo. Una partida de desertores patriotas que habian dejado el cuartel jeneral para seguir a los Carrera, intentó oponerles alguna resistencia; pero, como mui pocos de los soldados que la componian llevaban municiones, i eran tan considerables las fuerzas enemigas, desistió de sus propósitos, i se ocultó cuidadosamente en el monte. Los prisioneros

i sus conductores llegaron a Rafael, en donde Lantaño los entregó a la guerrilla de don Anjel Calvo, quien los condujo en triunfo al cuartel jeneral de Chillan (17).

La noticia llegó a Concepcion tres horas despues de haber salido Lantaño de Penco en marcha para los campos del norte; pero los patriotas de aquella ciudad no desesperaron de salvar a los prisioneros. O'Higgins hizo aprestar una partida de jinetes, que no pudo salir con toda la presteza necesaria por la escasez de caballos que habia en Concepcion; i a pesar de haberse movido con la mayor prontitud posible, no pudo alcanzar a la guerrilla realista, que le llevaba tantas ventajas en su marcha.

IX. No fué esta la única desgracia que sobrevino a las armas insurjentes en aquella noche infausta. Dos horas hacía apénas a que habia llegado a Concepcion la noticia de la prision de los Carrera cuando se divulgó en el pueblo la nueva de otro descalabro que acababa de sufrir una division patriota en los campos de Gomero.

El jeneral en jefe proyectó un ataque a las fuerzas realistas que habia dejado Gainza en Rere a las órdenes del capitan don Leandro Castilla. En los últimos dias de febrero, despues de muchos traba-

(17) Don José Miguel Carrera cuenta este suceso en su *Manifiesto a los pueblos de Chile* de un modo diferente a mi relacion. I se supone vendido a los realistas por el oficial don Manuel Vega, secretario, segun él dice, de O'Higgins. Fué cierto que Vega se pasó al enemigo en setiembre de 1814, pero es mui dudoso de que entónces estuviese en relaciones con los realistas. Debo la mayor parte de estas noticias al señor don Manuel Barañao, actor en estos sucesos. La *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia* del coronel Ballesteros, mui digna de fé en esta parte, no se separa en nada de las noticias que me han sido comunicadas.

escolta, fué mortalmente herido cuando se afanaba en reunir algunos soldados de los suyos.

La victoria quedó desde luego por Lantaño. Acompañado de su segundo, el capitan don Lorenzo Reyes, penetró en la habitacion de los hermanos Carrera i los hizo prisioneros sin la menor resistencia, tomando con ellos sus equipajes, miéntras sus soldados apresaban al coronel don Estanislao Portales, al capitan de artilleria don Servando Jordan, i a los demas compañeros de viaje. El fuerte de Penco disparó algunos cañonazos, cuando se retiraba la partida; pero, por desgracia, la casa en que fueron sorprendidos los Carrera estaba situada fuera de sus tiros, i no hicieron daño alguno en ella. La fragata *Sebastiana* i el bergantin *Potrillo*, que apercibieron los fuegos de tierra, dispararon tambien algunos cañonazos contra el fuerte de Penco, los cuales distrajeron la atencion de sus artilleros. El comandante Barañao, que venia con su division por el camino de la costa, se juntó a Lantaño cuando éste salia de Penco. Las fuerzas de ambos alcanzaban a 300 hombres, i en todas las inmediaciones no habian tropas que pudiesen resistir.

Lantaño i Barañao siguieron su marcha sin ningun tropiezo. Una partida de desertores patriotas que habian dejado el cuartel jeneral para seguir a los Carrera, intentó oponerles alguna resistencia; pero, como mui pocos de los soldados que la componian llevaban municiones, i eran tan considerables las fuerzas enemigas, desistió de sus propósitos, i se ocultó cuidadosamente en el monte. Los prisioneros

i sus conductores llegaron a Rafael, en donde Lantaño los entregó a la guerrilla de don Anjel Calvo, quien los condujo en triunfo al cuartel jeneral de Chillan (17).

La noticia llegó a Concepcion tres horas despues de haber salido Lantaño de Penco en marcha para los campos del norte; pero los patriotas de aquella ciudad no desesperaron de salvar a los prisioneros. O'Higgins hizo aprestar una partida de jinetes, que no pudo salir con toda la presteza necesaria por la escasez de caballos que habia en Concepcion; i a pesar de haberse movido con la mayor prontitud posible, no pudo alcanzar a la guerrilla realista, que le llevaba tantas ventajas en su marcha.

IX. No fué esta la única desgracia que sobrevino a las armas insurjentes en aquella noche infausta. Dos horas hacía apénas a que habia llegado a Concepcion la noticia de la prision de los Carrera cuando se divulgó en el pueblo la nueva de otro descalabro que acababa de sufrir una division patriota en los campos de Gomero.

El jeneral en jefe proyectó un ataque a las fuerzas realistas que habia dejado Gainza en Rere a las órdenes del capitan don Leandro Castilla. En los últimos dias de febrero, despues de muchos traba-

(17) Don José Miguel Carrera cuenta este suceso en su *Manifiesto a los pueblos de Chile* de un modo diferente a mi relacion. I se supone vendido a los realistas por el oficial don Manuel Vega, secretario, segun él dice, de O'Higgins. Fué cierto que Vega se pasó al enemigo en setiembre de 1814, pero es mui dudoso de que entónces estuviese en relaciones con los realistas. Debo la mayor parte de estas noticias al señor don Manuel Barañao, actor en estos sucesos. La *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia* del coronel Ballesteros, mui digna de fé en esta parte, no se separa en nada de las noticias que me han sido comunicadas.

jos i gracias a los ausilios que le llegaron de Santiago, consiguió organizar una division de 300 hombres de caballería, i dos cañones bien equipados i armados. Para el mando de estas fuerzas se necesitaba un hombre de valor i tino; pero O'Higgins cometió el indisculpable error de confiarlo a un militar de poco arrojo i de ningun acierto, que habia malogrado ya una importante espedicion que le encomendó el jeneral Carrera.

Era este el coronel de milicias don Fernando Urízar, antiguo comandante del rejimiento de lanzeros de Rere. Poseia la audacia de un tribuno, i gozaba en el cuartel jeneral de gran crédito e influjo, pero no era el jefe mas aparente para un golpe de mano. Las recientes ocurrencias de Concepcion, i el fervor con que habia atacado a Carrera en el último tiempo de su mando le acarrearon las persecuciones, i un arresto en el fuerte de Penco, de donde salió por el influjo i ruegos de su deudo inmediato el coronel Alcázar (18); pero en vez de perder su prestijio con la prision consiguió reponer su nombre del descrédito que le acarreó la malograda espedicion de Arauco. El fué uno de los oficiales que con mayor empeño pidieron la salida de los Carrera de Concepcion, i supo despertar la animadversion contra ellos en muchos de los espíritus indiferentes.

La espedicion salió de la ciudad en la mañana del 3 de marzo. Sabedor de que Castilla estaba acampado en Gomero, Urízar avanzó hasta este

(18) Carta del jeneral Carrera a O'Higgins.—Concepcion, enero 20 de 1813. Mss.

punto, a donde llegó a las diez de la noche. El enemigo, en número de 200 hombres, estaba en completo descuido, sin sospechar siquiera la proximidad de los patriotas: bastaba solo presentarse de sorpresa para concluir definitivamente con él. Este era el deber de Urízar; para conseguirlo contaba con llegar de noche a Gomero a fin de no ser visto hasta el momento de caer sobre los realistas. Sus combinaciones fueron acertadas, pero en el instante en que enfrentó las fogatas del campamento enemigo dió la órden de cargar sobre él al son de cajas, como si quisiese despertar la alarma. Castilla tuvo tiempo de organizar una vigorosa resistencia, no solo para defenderse en sus posiciones sino tambien para tomar la ofensiva con ventaja. Urízar no conocia el terreno como el enemigo, i, en vez de sorprender las fuerzas realistas, se encontró sorprendido i envuelto por ellas en la primera carga. Desde entónces el desórden fué completo: en medio de la oscuridad de la noche, todo era confusion i desconcierto, i por felices se daban los soldados patriotas que podian escapar llevando su armamento. Los muertos pasaron de veinte, entre ellos el capitan de dragones don Juan Estévan Reyes, i los heridos i prisioneros que quedaron en poder de Castilla fueron muchos. Los dos cañones fueron abandonados por sus conductores; i el enemigo tomó posesion de ellos así como de bastantes fusiles, gran cantidad de municion i muchos útiles de guerra (19).

Los patriotas que salvaron de aquella catástrofe

(19) Benavente, *Mem. sob. las prim. camps.*, cap. VIII.

llegaron a Concepcion desordenados i dispersos. Mui pocos entre ellos podian dar cuenta de lo ocurrido en la noche: pero de la relacion de todos se podia sacar en limpio que la division habia sucumbido dejando al enemigo dueño del campo i de un valioso botin.

CAPITULO XII.

I. La junta gubernativa vuelve a Santiago.—II. Cae Talca en poder de los realistas.—III. Creacion de un Director supremo para el gobierno del estado.—IV. Apurada situacion del coronel Mackenna.—V. Sale O'Higgins en su socorro.—VI. Movimientos de Gainza.—VII. Batalla del Quilo.—VIII. Victoria del Membrillar.—IX. Reunion de Mackenna i O'Higgins.

I. La mision principal de la junta gubernativa a Talca quedó concluida a fines de diciembre de 1813. Entónces ya O'Higgins se habia puesto en marcha para recibirse del mando del ejército, i quedaban en ejecucion las medidas que reclamaban su presencia en aquel punto; pero el gobierno temió siempre por la tranquilidad interior en el cuartel jeneral, i creyó que su proximidad podria evitar males de consideracion.

El ejército, por otra parte, necesitaba socorros i ausilios para ponerse en un regular pié de guerra, i en estado de batirse con las fuerzas realistas que acababan de desembarcar; i a juicio de la junta su permanencia en Talca era de la mayor necesidad para organizar sus recursos i remitirlos sin demora. Sin descuidarse un instante, en efecto, se habia afanado para enviar a O'Higgins los ausilios que con tanta urjencia habia pedido, i si estos no fueron tan

considerables como se necesitaba era porque el gobierno no los poseia. El despacho de la junta gubernativa en los primeros dias de febrero se redujo casi esclusivamente a anunciar a O'Higgins las cantidades de dinero, víveres, vestuarios i armamento que habian salido, o que debian marchar para el ejército.

Estos trabajos, sin embargo, no hicieron borrar del ánimo del gobierno los motivos de temor i desconfianza que le inspiraba Carrera. En su juicio don José Miguel no debia permanecer quieto en Concepcion, i era preciso separarlo de ese punto bajo cualquier pretesto. Con este motivo le nombró, como queda dicho, representante de Chile en Buenos-Aires.

Pocos dias despues de haber estendido este decreto, el 17 de febrero, la junta gubernativa espidió otro concediendo a Carrera la pension de 600 pesos anuales sobre el sueldo efectivo de coronel de caballeria, o "sobre el que en adelante gozare por sus mayores graduaciones." El decreto era mui honroso para don José Miguel: segun él, el gobierno queria premiar de un modo mejor el distinguido mérito que se habia labrado en el tiempo que estuvo al frente del ejército patriota; pero su escasez de recurso no le permitia hacer mas (1).

La junta gubernativa, sin embargo, espidió en esos mismos dias otro decreto, que probaba claramente que los sentimientos que lo dictaron estaban en abierta oposicion con el contenido de aquellos. Por ese decreto, que lleva la fecha de 18 de febre-

(1) Decreto de 17 de febrero de 1814. Mss.

ro, se anulaban las sentencias de destierro pronunciadas contra varios patriotas por las conspiraciones, tramadas en los años anteriores para concluir con la prepotencia militar de los Carrera, "no obstante, dice, que conoce (el gobierno) que nunca es el camino lejítimo para evitar los males de esta naturaleza" promover un desórden (2).

Despues de espedir estas providencias, i varias otras de menor importancia, la junta acordó volver a Santiago. En efecto, en la mañana del 17 de marzo salió de Talca, acompañada por 40 granaderos que debian servirle de escolta, i siguió su marcha con gran lentitud deteniéndose en todos los pueblos de su tránsito, imponiéndose de los ausilios con que podian contribuir al sostenimiento de la guerra, i empeñándose en mantener encendido el espíritu revolucionario.

A su paso por San-Fernando la junta se impuso de hallarse preso en la ciudad el brigadier don Juan José Carrera, de órden del gobernador intendente de Santiago. Temiendo Echeverria turbulencias i trastornos en la capital si llegaba a ella alguno de los hermanos Carrera, i sabiendo que don Juan José habia salido de Concepcion seguido de muchos desertores, comunicó sus órdenes privadas al prefecto de San-Fernando para que lo apresase en su marcha. Efectuólo este, i sin duda la prision del ex-comandante de granaderos habria sido mui larga a no dar la junta gubernativa la órden de ponerlo en libertad (3).

(2) Decreto supremo, etc. inserto en el *Monitor Araucano*.
(3) *Epocas i hechos memorables de Chile*, Ms.

II. El gobierno político i militar de Talca fué confiado al coronel graduado don Cárlos Spano: quedaban a sus órdenes 110 fusileros, 70 soldados de artillería i 30 lanceros de milicias. Tan débil guarnicion no bastaba para defender el pueblo de un ataque que podia mui bien intentar el enemigo; i la junta, que, contra el parecer de Spano, llevó para su escolta 40 granaderos, le dejó el encargo de defender la plaza i ausiliar a la division que mandaba Mackenna, remitiéndole municiones i víveres. Inútil fué que Spano representase la debilidad de sus fuerzas para lograr ambos objetos: la junta no tenia tropas que dejarle, i no quiso volver a Santiago sin la escolta de los 40 granaderos.

Poco despues de haber salido la junta de Talca, llegó un propio de Concepcion trayendo comunicaciones del jeneral en jefe, en que pedia mui encarecidamente el pronto envio de algunas cantidades de dinero, i municiones de guerra para recomenzar la campaña, i una nota del coronel Mackenna dando cuenta del estado de pobreza i apuro en que se hallaba la division de su mando. Segun esta nota, la situacion de aquellas fuerzas era tristísima: el enemigo, en número considerable, estaba acampado a su vista, en Quinchamalí, sin serle posible a Mackenna intentar empresa alguna contra él por su escasez de caballería, i la falta de municiones, víveres, dinero i aquellos medicamentos mas necesarios para el ejército.

En Talca habia entónces municiones en abundancia, i una gruesa suma de dinero, i en Curicó se encontraban 28,000 pesos; pero era sumamente difí-

en el transporte de aquellos artículos, teniendo que atravesar un territorio ocupado por partidas enemigas, i tanto mas cuanto que Spano tenia á sus órdenes mui pocos hombres de que disponer. Este digno jefe, sin embargo, creyó de su deber esponerse á un sacrificio casi seguro por reforzar al ménos a la division del Membrillar, ya que no le era posible hacer llegar los ausilios hasta el cuartel jeneral. Con este objeto organizó una escolta de 200 hombres, aunque compuesta en gran parte de milicianos lanceros, que salió de Talca en la tarde del 3 de marzo a las órdenes del comandante accidental de granaderos don Juan Rafael Bascuñan, conduciendo 34,000 pesos, cuatro cargas de pólvora, cuatro de balas de fusil, algunas medicinas i trescientos caballos (4).

El envio de este ausilio importaba la pérdida segura de la plaza. El mismo dia en que despachó al Membrillar el convoi pedido habian llegado a Talca las primeras noticias de haberse avistado en la orilla sur del Maule algunas cortas partidas enemigas, i de que se reunian en número mas considerable en el pueblo de Linares. Sus intenciones no podian ocultarse a nadie: Talca estaba desguarnecida i podia ser ocupada mui fácilmente por los realistas.

El primer cuidado de Spano al saber esta noticia fué despachar al teniente coronel de caballeria don Manuel Serrano al mando de algunas partidas con el cargo de vijilar los movimientos del enemigo en

(4) Nota de Spano á la junta gubernativa. Marzo 3 de 1814. Mss.

las orillas del rio; pero los oficiales subalternos de este abandonaron sus puestos en la noche, i el enemigo, en número de mas de 300 hombres a las órdenes del atrevido comandante Elorreaga, lo cruzó sin obstáculo alguno por el paso de Paredones, i fué a situarse a las inmediaciones de Talca. Desde allí despachó un parlamentario a intimar rendicion: en su oficio Elorreaga fijaba solo un cuarto de hora para que resolviese el gobernador i el cabildo lo que debian hacer, i amenazaba con pasar a cuchillo la guarnicion si se le oponia la menor resistencia.

Las circunstancias de Spano no eran para resistir muchas horas al enemigo; pero, deseando ganar tiempo, contestó su oficio manifestándose dispuesto a entregar la plaza despues de una honrosa capitulacion (5). En el mismo momento hizo salir al teniente coronel don Feliciano Letelier con el encargo de alcanzar a Bascuñan, que en esa noche habia pasado el Maule, para que volviese con sus fuerzas a engrosar la guarnicion de Talca, i despachó un propio a alcanzar a la junta gubernativa, que debia estar en San-Fernando, para que hiciese volver la escolta de cuarenta granaderos que la acompañaba.

El activo Elorreaga no quiso aguardar nada: el jeneral Gainza tenia noticias ciertas del pobre estado de la plaza, i algunos de sus vecinos estaban dispuestos a segundar el ataque. Las partidas realistas avanzaron hasta los suburbios de la ciudad, i sin

(5) Intimacion de Elorreaga.—Marzo 4 de 1814.—Contestacion de Spano, Mss.

duda habrian penetrado fácilmente si Spano no hubiese tomado ciertas providencias militares para oponerles algun atajo. Del mejor modo que le permitia el cortísimo tiempo de que podia disponer, atrincheró la plaza del pueblo, colocó los tres cañones que poseia en tres de sus esquinas para atender a la vez a seis bocas calles, i se dispuso a resistir firmemente hasta que le llegasen los ausilios que esperaba.

La resistencia, en efecto, fué heroica: el teniente de artilleria don Márcos Gamero i el mismo Spano hicieron prodijios de valor en la defensa de la plaza. Confiados en que podrian resistir hasta la vuelta de Bascuñan, que debia llegar en la tarde, no economizaron sacrificio alguno para resistir hasta esa hora : pero por desgracia los enemigos fueron favorecidos por algunos vecinos de la ciudad, i penetraron con su ayuda por el interior de las casas. Desde los balcones i ventanas dirijian un mortífero fuego sobre los patriotas, que estos contestaban del mejor modo que les era posible. Una partida, que ocupó la casa de don Vicente Cruz, hizo grandes estragos en la fuerza de artilleria, i dió muerte al bizarro teniente Gamero, que no habia cesado de organizar la defensa.

Desde entónces quedó despejado el camino que debia andar Elorreaga. Sus soldados penetraron hasta la misma plaza, batiendo las últimas partidas que resistian, i apresando a los reclutas indefensos. Algunos de ellos se adelantaron a tomar el estandarte tricolor que servia de enseña a la division, i como Spano quisiese defenderlo cayó con él cubier-

to de heridas, i espiró en el acto. Elorreaga se posesionó entónces de la ciudad sin trabajo alguno, i desde luego dictó todas las providencias necesarias para impedir el saqueo.

"Bascuñan, entre tanto, al saber la apurada situacion de Spano, repasó el Maule apresuradamente, a fin de llegar a tiempo para auxiliarlo. Temiendo que el enemigo pudiese sorprender los caudales que conducia al Membrillar, los confió a una escolta mandada por el alferez Rivera, con órden de seguir para el norte por el camino de la costa, miéntras él mismo marchaba a ocupar una altura al norte del estero Larqui, para llamar la atencion de los realistas hácia este punto. Allí supo que Talca acababa de caer en poder de Elorreaga; i una gruesa partida de las fuerzas de este fué a atacarlo en aquella posicion. Bascuñan se defendió con valor por mas de tres cuartos de hora, quedando dueño del campo; pero al oscurecerse, cuando el enemigo volvia a Talca, él siguió su marcha para Santiago, i fué a amanecer en la Ovejeria de Cruz. Su objeto principal era engrosar sus fuerzas, i volver nuevamente contra Talca, que queria quitar al enemigo (6).

III. La junta gubernativa se hallaba todavia en el camino, en marcha para la capital, cuando recibió la noticia de la ocupacion de Talca por las fuerzas realistas; i a fin de evitar la desfavorable impresion que debia producir, dió sus órdenes terminantes para impedir que se divulgase en Santiago. En efecto nada se supo de pronto: la junta hizo su solemne

(6) Suplemento al *Diario* del capitan Garcia. Mss.

entrada el dia 6 de marzo en medio de las celebraciones públicas que habia decretado el gobernador intendente para su recepcion; i nadie se dió por apercibido de las tristes ocurrencias del teatro de la guerra, ni del atrevido paso que acababa de dar el enemigo cruzando el rio Maule, i posesionándose de un punto tan importante.

En aquella noche la junta recibió de las personas mas caracterizadas de Santiago las felicitaciones i plácemes por el feliz resultado de su viaje al sur: la concurrencia de palacio era mui numerosa, i por todas partes se hablaba únicamente de la próxima conclusion de la campaña. No faltó sin embargo quien diese cuenta de la importante ventaja que acababa de obtener el enemigo; i, a pesar del secreto con que se trataba sobre el particular, se estendió en breve la noticia con comentarios alarmantes. Al retirarse del palacio, todos los concurrentes estaban informados de la pérdida de Talca, i se alejaban abatidos por tan triste nueva.

Algunos patriotas con todo creyeron que no era llegado el caso de desesperar: eran estos, en su mayor parte, los exaltados de 1811, los cuales acusaban a la junta de lenta e irresoluta en sus determinaciones, atribuyéndole a ella las desgracias del ejército. Muchos de estos se reunieron en la misma noche a tratar del remedio que debia ponerse a males de tanta consideracion, i todos acordaron que era preciso juntar al pueblo en un cabildo abierto, para acordar allí las medidas que debia tomarse. El Dr. don Bernardo Vera, los Allendes, los Astorga, los Formas i varias otras personas fueron encar-

gadas de reunir en la mañana siguiente a lo mas selecto del vecindario de Santiago en la plaza principal.

La reunion, en efecto, fué mui numerosa: la plaza se cubrió de grupos compuestos de personas decentes, i en todos ellos reinaba buen órden i bastante moderacion. De su seno salió don Mariano Vidal, arjentino de nacimiento, con encargo de pasar a la sala de cabildo a esponer los deseos que tenia pueblo de ser oido para acordar las medidas que fuesen mas conducentes a la salvacion de la patria amenazada. El ayuntamiento acojió con agrado la solicitud del pueblo, i el cabildo abierto quedó instalado ántes de una hora.

El rejidor don Antonio José de Irisarri fué el primero que tomó la palabra. En un breve pero enérjico discurso trazó a grandes razgos el verdadero cuadro de la situacion, i ofreció el remedio que divisaba. Segun él la capital estaba abierta al ejército enemigo, no habiendo en ella fuerzas organizadas con que defenderla, i no siéndoles posible a O'Higgins i Mackenna moverse de sus acantonamientos con toda la presteza que las circunstancias reclamaban. Espuso entónces que la mas urjente de todas las necesidades era la de crear un gobierno fuerte, vigoroso, enérjico i con todas las facultades absolutas que se daban en Roma a los dictadores en las estremas crísis de la república: que este gobierno debia residir en una sola persona, i no en dos, ni en tres, porque todo el tiempo que se empleaba en deliberar i en concordar pareceres lo aprovechaba el enemigo que venia marchando sin encontrar

oposicion: hizo ver que los patriotas de Santiago estaban rodeados de vecinos que eran espias del enemigo i sus consejeros, e interesados en el triunfo de los realistas; i que sin separar de la capital estos enemigos domésticos, no era posible triunfar del ejército español. De allí pasó Irisarri a proponer al coronel don Francisco Lastra como el hombre que las circunstancias requerian para el nuevo gobierno.

Su discurso fué mui bien acojido por toda la concurrencia; i casi sin oposicion alguna en el mismo instante se proclamó a Lastra supremo director del estado de Chile. Don Mariano Vidal, que habló despues, trató de probar la importancia de la actividad en aquellos momentos, i propuso que se nombrase un director interino, que sirviese miéntras venia Lastra de Valparaiso, e indicó al mismo Irisarri para el desempeño de este cargo, como hombre de enerjía i decision. Esta proposicion fué igualmente aceptada por el pueblo; i en la acta de la reunion se acordó que sin perder instantes se recibiese del mando Irisarri, "a quien los actuales gobernantes, decia aquel documento, noticiaran puntualmente de todas las medidas que hayan tomado, i órdenes impartidas al ejército."

A todo se prestó la junta gubernativa. Sus miembros se habian conducido siempre como verdaderos patriotas, sin ambiciones ni interes. En el tiempo de su mando habian hecho cuanto estaba a sus alcances en favor de la revolucion sin abrigar miras mezquinas, ni deseos de elevacion personal; i no habrian querido conservar el mando contra la opi-

nion popular, tan claramente espresada en el cabildo abierto. Ellos mismos conocian mui bien los inconvenientes de esos cuerpos gubernativos, i las ventajas del poder unipersonal para conducir la guerra con toda la actividad necesaria. Sin vacilar un solo momento estendieron el decreto supremo por el cual mandaba reconocer la autoridad del nuevo gobierno, creado por la voluntad popular (6).

Desde entónces quedó reconocido el nuevo gobierno del estado. Sus facultades, deslindadas en un reglamento constitucional, que se formó por encargo del cabildo i del senado, eran amplísimas e ilimitadas para casi todos los asuntos públicos. El tiempo de su gobierno debia durar diez i ocho meses, i tenia por consejero un senado consultativo, compuesto de siete miembros, elejidos de una terna que debian presentar las corporaciones (7).

El gobierno unipersonal era sin duda una ventaja para la revolucion. Depositada la autoridad suprema en un solo individuo, este podia conducir los negocios públicos con resolucion i firmeza, i prestar a la guerra toda la atencion que ella merecia. Irisarri habia subido al poder animado por el mas ferviente deseo de dar impulso a la revolucion, i hasta sus mas insignificantes providencias llevaban el sello de la enerjia i voluntad. Ninguno de los gobiernos que se sucedieron desde 1810 habia trabajado mas

(6) Nota del cabildo de marzo 7.—Decreto de la junta id. id.—Manifiesto del supremo director de marzo 8.—Noticias comunicadas por el señor don Antonio José de Irisarri.

(7) Este senado fué elejido por Lastra el 17 de marzo de 1813, i se compuso del Dr. don José Antonio Errázuriz, don José Ignacio Cienfuegos, el padre Camilo Enriquez, don José Miguel Infante, don Manuel Salas, Dr. don Gabriel Tocornal i don Francisco Ramon Vicuña.

claramente en favor de la independencia, i ninguno de todos ellos tuvo mejor tino para sacar del pais pobre i esquilmado cuantiosos recursos para proseguir la campaña con mas probabilidades de acierto. Fué en el corto tiempo que duró el interinato de Irisarri, cuando se removió de sus empleos a todos los españoles de nacimiento que aun no estaban en posesion de la carta de ciudadania; i fué tambien entónces cuando se organizó una gruesa division para rescatar la ciudad de Talca.

IV. El ejército necesitaba de este ausilio. El enemigo habia pasado el caudaloso Maule, establecido posesiones a ochenta leguas de la capital, i cortado las comunicaciones entre Santiago i los jenerales insurjentes, miéntras estos no podian moverse de los puntos que ocupaban.

O'Higgins, en efecto, falto de dinero, caballos i víveres, tocaba los últimos recursos para poner en buen órden las fuerzas de su mando, en los mismos momentos en que Mackenna se hallaba sitiado en sus posiciones por tropas mui superiores a las suyas. La comunicacion de este con el cuartel jeneral era mui dificultosa, sus víveres escasos, i los proveedores que ántes solian acercarse con bastante frecuencia al campamento a vender sus ganados comenzaron a alejarse; i los pocos que se presentaban eran, segun creian los oficiales, espias del enemigo. Las escaramuzas con las fuerzas realistas no habian cesado: casi todos los dias se movian algunas partidas, que si bien no eran destrozadas por el enemigo, estaban obligadas a consumir inútilmente sus municiones. En tan angus-

tiada situacion Mackenna trató de mantenerse a la defensiva hasta la llegada de O'Higgins para evitar mayores males; i con este fin aumentó sus fortificaciones con otro reducto que hizo construir al norte de su campamento (8).

O'Higgins en verdad debia salir de Concepcion en su socorro; pero tambien esperimentaba la escasez de recursos i de medios de movilidad. Su ejército, mal vestido i mal pagado, no estaba en situacion de emprender la campaña: la junta por una parte no habia podido remitirle desde mediados de marzo los recursos necesarios, temiendo que fuesen sorprendidos sus convoyes por las partidas enemigas, i una desgracia de tristísimas consecuencias, la pérdida de 400 caballos, por otra, lo imposibilitaba para moverse de Concepcion. Pastaban estos en la hacienda de Hualpen, al poniente de la ciudad en las orillas del Bio-bio, custodiados por una partida de dragones; pero una noche pasó este rio el gobernador de San-Pedro, don Antonio Quintanilla, a la cabeza de sus tropas, i aprovechándose del descuido de los patriotas, que habian abandonado sus puestos, arrearon con los caballos, llevándose en calidad de prisioneros a un sarjento i dos soldados, que quisieron oponer alguna resistencia.

En la division del centro se recibió la noticia de este suceso junto con la de quedar ocupada Talca por las fuerzas enemigas. El desaliento que ambas ocurrencias produjeron en la oficialidad del Membrillar fué grande. Mackenna mismo, tan resuelto i

(8) Diario del capitan don Nicolas Garcia. Mss.

decidido de ordinario, creyó ahora de su deber celebrar inmediatamente una junta de guerra, para acordar lo que fuese mas prudente en aquellas circunstancias. Tuvo lugar esta el 7 de marzo, i en ella se trató de abandonar por la noche el campamento, i de seguir a Santiago tomando camino por la sierra. El coronel Balcarce, que propuso esta medida, intentó probar que la pérdida de la division era segura e inevitable, puesto que no podia ser reforzada por ninguna parte, i que ya no era posible comunicarse con el jeneral en jefe. Su parecer fué aprobado por muchos otros oficiales, i quizá la mayor parte se habria decidido a seguir su consejo, a no levantarse el capitan de artilleros don Nicolas Garcia para combatirlo. Espuso este que el proyecto era irrealizable por las dificultades sin términos que debia encontrar la division para moverse; i con una enerjia superior agregó que ese pensamiento era altamente indecoroso para las armas chilenas si se dejaban sacrificadas las fuerzas de Concepcion, lo que equivalia a la ruina segura de la patria. "Es necesario mantener la division en el Membrillar, dijo con este motivo, hasta no tener noticias mui exactas del estado del cuartel jeneral: debemos enviar diversos avisos al jeneral en jefe; pero nuestro deber nos manda mantenernos aquí."

El coronel Mackenna aplaudió este parecer: tambien él creia que era mui deshonroso para la division el abandono de las posiciones del Membrillar, i que era preciso esperar allí la llegada de O'Higgins; pero quiso conciliar el parecer de todos los jefes, i para esto propuso que se esperase en ellas

ocho dias mas al ejército de Concepcion, ofreciendo desampararlas si este no venia o si no llegaban noticias del cuartel jeneral. Desde entónces se tomaron las mas activas providencias para defender el campamento: se preparó en su ajuste un enorme mortero, se aumentaron las fortificaciones i se repartió entre ellas la fuerzas de la division.

Todas estas providencias, sin embargo, no alcanzaron a mejorar la situacion de Mackenna. Acaeció por desgracia que en uno de esos dias se llevó el enemigo los caballos de la division, que pastaban en las inmediaciones: los jefes pidieron de nuevo que se abandonase el campamento, i sin la sagacidad de Mackenna para pedir plazo sobre plazo a fin de alargar su permanencia en aquel punto, quizá se habrian hecho sentir los efectos del desaliento (9).

Sus cartas al jeneral en jefe, escritas en ingles, manifestaban claramente la inquietud de que se hallaba poseido su espíritu en aquellas circunstancias. En ellas Mackenna pedia encarecidamente a O'Higgins que marchase cuanto ántes en su ausilio, para salvar la division de su mando i tomar la ofensiva sobre el enemigo. Usando de la franqueza de un amigo sincero, lo declaraba paladinamente responsable ante la patria por su tardanza para socorrerlo. El jefe del Membrillar no sabia que miéntras él se espresaba así, el jeneral, venciendo una infinidad de obstáculos, marchaba en su ausilio.

V. O'Higgins, en efecto, no era culpable por su inaccion. Falto de medios de movimiento, él habia

(9) Diario del capitan Garcia. Mss.

trabajado sin cesar a fin de ponerse en marcha para el Membrillar. Solo el 12 de marzo empezaron a salir las tropas de su mando, i fueron a acampar en el Troncon, a tres o cuatro leguas del cuartel jeneral. "El ejército, dice un diario del mayor jeneral de esa division, estaba desnudo, las armas en mui mal estado, sin plata, víveres, ni ausilios, escaso de todo, i la tierra que pisábamos era enemiga, porque la poseia el godo: asi era que nos armábamos con las bayonetas, marchábamos con cuanto pillábamos, i se amanzaban yeguas, potros i hasta burros para montar la tropa (10)." La division no arreaba ganado vacuno porque no lo poseia; pero llevaba para el rancho de los soldados grandes cantidades de ovejas, que daban mil afanes en el paso de cada riachuelo.

Disponiase O'Higgins para salir a la cabeza de su ejército en la mañana del 14, cuando recibió una triste noticia. El comandante de la plaza de Penco don José Ramon Torres, seguido de la guarnicion, habia desertado en la noche anterior, dejando el pueblo abierto e indefenso. Sin duda esta noticia era un funesto presajio sobre la suerte de las posiciones que el jeneral dejaba a sus espaldas; pero sin arredrarlo esta consideracion despachó a Penco al teniente don Lúcas Melo al mando de 20 hombres, con encargo de guarnecerlo; i para la defensa de Concepcion formó una junta de gobierno compuesta de los tenientes coroneles don Santiago Fernandez,

(10) Diario del mayor jeneral Calderon de la primera campaña de 1814. Mss.

don Juan de Luna i don Diego José Benavente. Dejó a estos, ciento cincuenta fusileros i sesenta milicianos de caballeria, con encargo de mantener la plaza hasta el último trance, i de remitirle ausilios de municiones si podian procurarse.

Todo quedó pronto en el Troncon para romper la marcha al amanecer del dia 15; pero desgraciadamente nuevos tropiezos vinieron a retardarla por algunas horas mas, cuando tanto importaba no perder un solo minuto. Un arriero que cargaba municiones de guerra desertó del campamento en la noche llevándose quince mulas, i fué necesario pedir otras tantas a Concepcion para poder empezar la marcha. Se emprendió esta, en efecto, en la mañana del 16: entónces se movió la vanguardia mandada por el coronel don Juan de Dios Puga, i fué a acampar a Dihueno; pero O'Higgins solo salió del Troncon el dia 17, despues de tocar "todos los resortes de la miseria;" segun dice el diario citado. "Solo a esfuerzos de este gran jeneral (O'Higgins), agrega mas adelante este mismo documento, pudo haberse dado impulso a la marcha; nada llevábamos, i todo iba a la espartana. Cuando ya íbamos a hacer que marchasen las municiones se incendió una carga. En este dia llegamos a Curapaligüe, i allí el virtuoso patriota Guajardo dió al jeneral algunas reces que nos sirvieron infinito, porque este ejército va mantenido por la divina providencia (11)."

VI. Venciendo tantas dificultades se acercó el

(11) Diario del mayor jeneral Caledron. Mss.

ejército a las alturas de Ranquil en la mañana del 19. Los espias avisaron que las lomas del Quilo, que era forzoso atravesar, estaban ocupadas por fuertes partidas realistas, dispuestas al parecer a impedir el paso a los patriotas. Al oir esta noticia O'Higgins se adelantó a su tropa, para reconocer las posiciones del enemigo i en breve rato volvió a su campo resuelto a atacarlas inmediatamente.

Gainza en efecto habia concebido el plan de batir en detall al ejército insurjente, cuando los dos cuerpos que lo formaban, estaban separados por el caudaloso Itata i la montañosa porcion del territorio que se estiende desde Concepcion hasta las orillas de este rio. Con este proyecto habia estrechado con la mayor parte del ejército al coronel Mackenna en el Membrillar, pero el jefe realista dejó pasar el tiempo sin emprender un ataque contra fuerzas tan inferiores a las suyas.

En esta inmovilidad pasó Gainza hasta mediados de marzo. Supo entónces que O'Higgins salia de Concepcion; pero temió que en vez de ausiliar a Mackenna como era de esperarse, marchase sobre Chillan, i se posesionase fácilmente de la plaza. Para evitar este golpe el jeneral realista repasó el el Itata el 16 de marzo, se acampó en la ribera meridional de este rio, i mandó a las órdenes del comandante Barañao una division de 400 hombres a ocupar las alturas del Quilo, posicion ventajosa por donde O'Higgins debia pasar para socorrer a Mackenna i para dirijirse a Chillan.

El activo Barañao en efecto, se colocó en aquel sitio en la tarde del 18 de marzo. En ese punto pe-

dia sostenerse a la defensiva contra tropas superiores a las suyas; pero sus fuerzas no bastaban para rechazar a la division de O'Higgins, que segun las noticias que recibió en la noche, se hallaba mui inmediata a sus posiciones. Con este motivo, inmediatamente pidió a Gainza un refuerzo de tropas, i se dispuso a mantenerse firme en aquel punto. Sea por desconfianza en el plan que acababa de adoptar, o porque creyese que bastaban las tropas de Barañao para resistir a O'Higgins, el jeneral realista se mantuvo impasible i no reforzó su division avanzada (12).

VII. Las alturas del Quilo se veian a la distancia coronadas de tropas que parecian dispuestas a resistir todo ataque. No era posible conocer el número; pero las ventajosas posiciones que ocupaban favorecian mucho a los realistas, por débiles que fuesen. Estas consideraciones, sin embargo, no obligaron a O'Higgins a suspender su marcha. Hizo salir al comandante don José María Benavente al mando de varias guerrillas sueltas de tiradores de a caballo, sacados del cuerpo de dragones i de la Granguardia, los cuales podian servir como infantes; i las reforzó con 40 granaderos a las órdenes del teniente don Pablo Vargas. Estas avanzaron fácilmente por entre los bosques de las inmediaciones hasta llegar a la falda de la loma: allí echaron pié a tierra i acometieron a los realistas con gran denuedo, contestando sus fuegos, i batiéndose con tanto arrojo que ántes de tres horas el enemigo ha-

(12) Conversacion con don Manuel Barañao.

bia abandonado sus posiciones dejando en el campo algunos prisioneros i no pocos muertos. Los insurjentes los incomodaron bastante en su retirada, pero sus enemigos se replegaron sobre otra loma que ocupaba otra division realista, dejando paso libre a las tropas patriotas (13).

O'Higgins nò se habia quedado atras miéntras se batian sus guerrillas. A la cabeza del grueso de su division habia avanzado hasta acampar en las alturas del Quilo, que ocupaba el enemigo; i desde allí pudo dominar con su vista todos los campos de las inmediaciones, i divisar las fuerzas del Membrillar. Para anunciar a esta su arribo mandó disparar tres cañonazos que fueron contestados inmediatamente.

Las dos divisiones del ejército insurjente se encontraban entónces separadas por una distancia de cinco leguas de mal camino, ocupado en su mayor parte por el grueso de las fuerzas de Gainza, que no era posible atravezar en las pocas horas que quedaban de dia. O'Higgins creyó que debia quedarse en el Quilo, puesto que el movimiento que hiciese para incorporarse a Mackenna, podia costarle una derrota inevitable. Con este motivo se resolvió a acampar allí mismo i ocupó dos lomas, desde las cuales podia defender fácilmente su division si se le atacaba en la noche.

VIII. Grande fué el contento que causó en el Membrillar el arribo de la division de O'Higgins. La vista de las fuerzas que marchaban en su ausi-

(13) Diario de Calderon. Mss.--Parte de O'Higgins. Ranquil marzo 19 de 1814.

lió alentó a los soldados de Mackenna, i despertó por todas partes el entusiasmo desfalleciente ya a causa de las últimas ocurrencias.

Desde el momento en que este jefe vió a O'Higgins en las alturas de Ranquil aprontó una division de 450 fusileros i tres piezas de artilleria para marchar sobre la retaguardia de Gainza, si este emprendia un ataque jeneral contra las fuerzas que venian de Concepcion. Pero nada de esto sucedió: el jefe realista, viendo frustrado su plan de impedir el paso a O'Higgins, únicamente habia proyectado un ataque al oscurecerse, de que desistió ántes de intentarlo (14).

La derrota de su vanguardia en las alturas del Quilo, bastó en efecto para desconcertar completamente al jeneral Gainza. Por ella O'Higgins habia acampado en las ventajosas posiciones en que él colocó sus tropas, burlando sus previsiones i desbaratando su plan de campaña. Desde entónces la situacion de los realistas era mui desfavorable, puesto que se hallaban colocados entre dos fuertes divisiones mandadas ambas por jefes cuyo valor i cuya táctica estaban probados.

Gainza, que no habia sabido aprovecharse de las circunstancias, conoció ahora mui bien la desventajosa posicion en que lo habia puesto su falta de enerjía. En su juicio solo un movimiento rápido podia salvarlo de verse en la mañana siguiente colocado entre dos fuegos, i atacado por las divisiones que tenia a su frente i a su espalda, i para evitarlo se

(14) Ballesteros, *Rev., etc.* año de 1814. Mss.

movió ocultamente en la noche, dejando solo algunas guerrillas en observacion de O'Higgins, con encargo de engañarlo por medio de evoluciones falsas, miéntras el comandante Lantaño, a la cabeza de una considerable partida de caballeria, se colocaba en frente de la division del Membrillar. Con el resto de su ejército, Gainza, ántes de amanecer del dia 20, repasó los rios Itata i Ñuble un poco mas arriba de su confluencia, i fué a acampar en las casas de Muñoz.

O'Higgins i Mackenna conocieron al venir el dia que Gainza habia dejado sus posiciones; pero uno i otro calcularon que era menester moverse con mucha precaucion para evitar una sorpresa. El jeneral en jefe hizo reconocer el campo por sus partidas esploradoras, i estas le avisaron que se hallaba una division realista asilada en las casas de Baso, en el camino que debia andar para reunirse con Mackenna. Al saber esta noticia el mismo O'Higgins salió en su persecucion con dos piezas de campaña, 120 dragones i 200 granaderos; pero los realistas abandonaron su posicion en precipitada fuga, ántes que el jefe insurjente los atacase.

Mackenna por su parte no se descuidó un instante en observar los movimientos de Lantaño, de quien solo estaba separado por el rio, esperando descubrir por ellos las intenciones del jeneral Gainza. Estos fueron mui variados, i solo a la una del dia su columna, comenzó a replegarse rápidamente sobre las orillas del Itata. Pocos momentos despues pasaron este rio, dirijiéndose al parecer a Cuchacucha.

En vista de este movimiento el coronel Mackenna creyó que iba a ser atacado por Gainza en ese mismo dia. Inmediatamente dió órden de recojer el ganado; i a las tres de la tarde despachó una partida de infanteria con encargo de favorecer esta operacion, sin adelantarse mas allá de una viña en que pastaban sus animales. Un arrojo inconsiderado impulsó al jefe que la mandaba a avanzar hasta una altura o colina inmediata al vado por donde pasaban los enemigos.

En esos momentos Gainza dictaba las órdenes necesarias para comenzar el ataque; pero el coronel Lantaño, cuyos soldados estaban desprovistos de municiones, no pudo contenerse de cargar a la partida insurjente, que divisaba en el interior de la viña antedicha. Sin respetar las voces del jeneral, que se oponia a aquel ataque, Lantaño cargó contra los insurjentes obligándolos a retirarse precipitadamente a sus posiciones, i sin duda los habria cortado a no despachar Mackenna en su ausilio una corta division protejida por la artilleria.

Las fuerzas patriotas ocupaban mui ventajosas posiciones para querer batirse fuera de ellas. La ciencia principal de su jefe era la de acampar bien; i ahora habia sabido aprovecharse de su permanencia en el Membrillar para situarse con toda seguridad. La division poseia tres reductos colocados sobre otras tantas colinas, separadas entre sí a ménos de tiro de fusil: dos profundas quebradas en que estaban situados el hospital i los ganados hacian mui difícil el ataque por el frente i los flancos. Los reductos de derecha e izquierda estaban un poco

mas avanzados hácia el norte, i por tanto en estado de hacer fuegos cruzados de flanco sobre el enemigo que osase atacar al reducto del centro. Nada habia que temer por la espalda: el caudaloso Itata tiene allí por ribera una escarpada cortatura que hace imposible el acceso.

Sea que el jeneral enemigo no considerase las ventajas de los patriotas, o, como dice un escritor contemporáneo que sus soldados no respetasen sus órdenes (15), las tropas avanzaron con arrojo singular por una quebrada, i su vanguardia, que llevaba el estandarte real, vino a salir al pié de la loma. Desde allí comenzó a subirla a toda carrera para echarse sobre el reducto del fondo: los fuegos cruzados de artilleria i los de fusil del reducto de la izquierda, a cuya inmediacion tenian que desfilar los realistas, no alcanzaron a intimidarlos. Sin embargo, muchos soldados de las otras divisiones, al ver la considerable pérdida que sufria la vanguardia, volvieron la espalda; pero una division de mas de 400 hombres, a cuya cabeza marchaba el atrevido comandante Barañao, avanzó denodadamente, i se acercó al reducto del centro con intenciones de posesionarse de él. En aquellas circunstancias, Mackenna creyó que solo un movimiento audaz podia salvarlo, i no vaciló un instante en dar la órden de hacer una salida de las trincheras. Apartó con este objeto 60 ausiliares de Buenos-Aires, mandados por el coronel Balcarce, 80 voluntarios de la patria a las órdenes del capitan don Hilario Vial, la guerrilla de Bueras i 60

(15) Ballesteros, *Rev.*, *etc.*, *et.*, año de 1814. Mss.

milicianos de lanza de Rancagua, a cuyo frente marchó su comandante don Agustin Almanza. Ellos cargaron denodadamente a la bayoneta, haciendo un estrago formidable en las filas enemigas, i la pusieron en precipitada fuga, despues de una cortísima resistencia que costó la vida al valeroso Almanza.

Batida la primera division realista, Balcarce volvió a las trincheras trayendo consigo fusiles, sables i otros despojos : pero el enemigo no habia sufrido tanto que sus destrozos arredrasen a sus jefes de dar la órden de una carga jeneral. Alentado por varios oficiales de elevada graduacion, avanzó con cuatro piezas de artilleria, i si bien le faltó la resolucion para cargar a la bayoneta a los reductos de Mackenna, tuvo bastante sangre fria para mantenerse a tiro de pistola de las fuerzas patriotas, sufriendo un fuego vivísimo de metralla que vomitaban seis cañones, i el de 700 fusileros bien atrincherados. La accion se hizo entónces jeneral; i el fuego fué tan tenaz que se sostuvo por mas de cuatro horas sin descanso alguno. El enemigo intentó posesionarse por el flanco del reducto de la derecha, i aun avanzó dos veces con este objeto; pero sus columnas volvian desordenadas, asi que avanzaban hasta la distancia de ocho pasos, rotas por el fuego de la trinchera.

El coronel Mackenna, apesar de estas ventajas, temió que el reducto fuese tomado si no se le ausiliaba. Con este motivo él mismo pasó al reducto del centro, que defendia Balcarce, i llevó 50 infantes para defenderlo contra los ataques de los realistas. Para

reforzar mas ese punto, que era por donde cargaba con mayor fuerza el enemigo, mandó Balcarce una culebrina de a 8: en esos momentos los realistas habian abocado tres piezas contra el reducto amenazado; pero sus fuegos eran vigorosamente contestados por los fusileros insurjentes que peleaban detras de sus trincheras.

La accion, sin embargo, duró en toda su fuerza hasta despues de oscurecerse: entónces comenzó a caer una fuerte lluvia, que si bien no mitigó el ardor de los combatientes inutilizó en parte sus municiones. El reducto de la izquierda fué el primero en suspender sus fuegos: "se ignora con que motivo lo hizo media hora ántes de terminar la accion, dice el diario de un oficial de artilleria que servia en el centro, pudiendo ofender al enemigo por el flanco, pues el mucho fuego i la lluvia nos habian inutilizado la mayor parte de nuestros fusiles, i era preciso contestar por la izquierda a sus tres cañones, i por la derecha a las partidas que se aproximaban a ménos de tiro de piedra. En lo árduo de la accion, por desgracia, se nos clavó un cañon de a 4, al introducir la aguja en el oido, pero en cambio al enemigo les desmontó otro nuestra culebrina." Este infortunio, junto con la dispersion que producian la oscuridad de la noche, la lluvia, la fatiga i el cansancio consiguiente a tan obstinado combate, obligó a retirarse a los realistas que ocupaban la izquierda: una partida considerable, que se habia avanzado mas arriba de la loma, por el lado de la derecha, se movió en breve en fuga precipitada. Por toda la línea se estendió la voz de retirarse a Cu-

cha-cucha; i los soldados i jefes, sin preguntar quien daba la órden, siguieron tras de la primera partida que dejó el campo.

Los realistas fugaron en completo desórden. Emprendieron su marcha por los campos del oriente, pero dispersos i amilanados corrian sin direccion fija, sin oir la voz de los jefes ni respetar la disciplina. El jeneral Gainza, acompañado de su edecan Tirapegui, pasó el resto de la noche al abrigo de un espino, que podia favorecerlo mui poco de la fuerte lluvia que caia, i en inminente riezgo de ser hecho prisionero. "Si un tambor nuestro, dice el diario citado, hubiese salido tocando ataque, las pérdidas del enemigo habrian sido incalculables: habia dejado abandonada su artilleria en una quebrada a una milla del campamento, i su dispersion fué excesiva." "No se le persiguió en su retirada, dice Mackenna, recelando que fuese finjida para sacarnos de las trincheras i maniobrar en emboscadas, como le permitia lo quebrado del terreno, sobre todo la estrema oscuridad de la noche ocasionada por un furioso temporal de agua i viento que principió al concluir la accion." En la mañana siguiente los patriotas recojieron del campo de batalla 38 fusiles, 2,000 cartuchos, un armon, una cureña, i algunos otros pertrechos de guerra.

Apesar de esto la victoria fué mui importante: Mackenna supo poner en derrota a un enemigo poderoso i hacer grandes estragos en sus filas con mui poca pérdida por parte suya. Segun documentos fidedignos solo perdió ocho hombres en la accion, entre ellos el comandante Almanza i el ayu-

dante mayor de granaderos don Claudio José Cáceres; i despues de tan reñido combate solo resultaron heridos diez i ocho hombres. El mismo coronel Mackenna fué de este número: una bala de fusil le rasmilló lijeramente la garganta, en los momentos en que con mayor vigor disponia la resistencia (16).

IX. Tan luego como se hubo retirado el enemigo Makenna se ocupó en reparar los daños que habian sufrido sus trincheras i en prepararse para resistir un nuevo choque si volvia a ser atacado. En estos trabajos pasó la noche entera, sin intentar nada contra el enemigo. Antes de amanecer despachó un correo llevando al coronel O'Higgins un papel, escrito en ingles, en que encarecidamente lo llamaba para reunirse cuanto ántes, i operar con todo el ejército en un solo cuerpo. "El camino hasta este lugar, decia Mackenna en él, está libre de enemigos. Le suplico que venga hoi, i con su union tocarán a su fin las calamidades de la patria."

(16) Parte oficial del coronel Mackenna publicado en el *Monitor Araucano* de abril 13 de 1814.—Diario del capitan García. Mss.—Ballesteros, *Revista, etc.* Mss.—El parte de Mackenna, que contiene las mejores noticias sobre la accion, elojia mucho el valor de los insurjentes. Segun él los que mas se distinguieron fueron los siguientes: Los coroneles Balcarce, Alcázar i don Joaquin Guzman. Entre los artilleros, los capitanes Garcia i Zorrilla i el teniente don José Manuel Borgoño.—En granaderos los oficiales don Santiago Bueras i don Francisco Barros, i los sarjentos Carreño i Guerrero. Entre los ausiliares de Buenos-Aires el sarjento mayor Las-Heras, el capitan don Prudencio Vargas, el teniente don Roman Dehesa, los subteniente Alday i Aldao i el cirujano de ellos don José Martel. En voluntarios los capitanes Vial i Elizalde, los subtenientes Belismelis, San-Cristóval, Millalican i los abanderados Allende i San-Martin.—En el rejimiento de Rancagua que sirvió en la infanteria el comandante Almanza, un hijo de éste, i el capitan don José Antonio Cuevas. En la caballeria el mayor don José B. Videla i el sarjento Francisco Ibañez. Los ayudantes Cáceres, Ceballos i Astorga, i los jefes de caballeria miliciana Achurra, Bravo i Campos se hallan igualmente recomendados.

Tambien O'Higgins esperaba esas mismas ventajas de la reunion del ejército insurjente; pero la lluvia de la noche anterior habia convertido en intransitables fangales las cinco leguas de laderas que tenia que andar i con tamaño contratiempo no le era fácil mover un ejército casi enteramente desmontado ni conducir la artilleria de la division. El tiempo por otra parte no estaba mui sereno, i era de temerse que la lluvia volviese a descargarse con nueva fuerza. Por esta causa O'Higgins se resolvió a quedarse un dia mas en aquel punto esperando, que se secase algo mas el camino para emprender su marcha (16).

En la mañana del 22, cuando apénas amanecia, comenzó a moverse la tropa; pero apesar de la lijereza con que se marchaba la division alcanzó únicamente a colocarse en la noche enfrente del Membrillar, separada de Mackenna por el rio Itata i una distancia de veinte cuadras poco mas o ménos. Al amanecer del siguiente dia O'Higgins mandó hacer una salva de siete cañonazos, para saludar a sus compañeros de armas, que fué contestada por otra de veinte i uno; i, despues de tomar varias providencias para reconocer los campos de las inmediaciones, i mui en particular el camino que dejaba a sus espaldas, él mismo pasó el rio acompañado por el mayor jeneral de su division.

Grande fué el contento que produjo la presencia de O'Higgins en la division del Membrillar. La

(16) Diario de Calderon. Mss.—Diario de Garcia. Mss. Benavente, que critica con aspereza la tardanza de O'Higgins en esta campaña, asienta equivocadamente que se movió el dia 21 de marzo.

reunion de todo el ejército era sin duda el único medio capaz de calmar el desaliento de la tropa, i la presencia del jeneral en jefe i la proximidad de sus fuerzas dejaban conocer claramente que se efectuaba el movimiento deseado. La division, en efecto, pasó el rio en la tarde, i, reunido ya todo el ejército acampó en las lomas del Membrillar, dispuesto a seguir su marcha en la mañana siguiente. Constaba entónces de 1,400 fusileros, 18 piezas de artilleria, i un crecido número de tropas de caballeria veterana i de milicias.

En esa noche se reunieron todos los jefes en junta de guerra para acordar el mejor plan de campaña que debia seguirse. Allí nadie estaba al corriente de los últimos sucesos de la capital, i todos la consideraban inerme e indefensa, espuesta a ser presa de las partidas enemigas que habian cruzado el Maule, i posesionádose de Talca. Con ese movimiento, el ejército insurjente se encontraba incomunicado con Santiago, fuente principal de sus recursos. En la discusion, todos opinaron que era preciso volar en su ausilio, adelantándose a los realistas a fin de interponerse entre éstos i la capital. Solo asi podrian recibir de Santiago los ausilios que necesitaban para proseguir la campaña. El movimiento debia efectuarse con tino para ocultarlo al enemigo.

En virtud de este acuerdo, en la mañana del 24 rompió la marcha el ejército, dividido en tres cuerpos, que mandaban los coroneles Puga, Balcarce i Alcázar. Las partidas esploradoras del enemigo se dejaron ver en las alturas inmediatas ; pero el ejér-

cito insurjente, sin querer atacarlas, siguió adelante i fué acamparse a la loma del Palo, pocas leguas al norte del Membrillar. El jeneral O'Higgins no tenia entónces mas que una sola mira; su único plan era cortar al enemigo, cruzar ántes que él el caudaloso Maule i salvar la capital amenazada.

CAPITULO XIII.

I. Organizacion de una division ausiliar en Santiago.—II. Avanza hasta Quechereguas.—III. Sus primeras evoluciones militares.—IV. Derrota de Cancha-rayada.—V. O'Higgins i Mackenna se dirijen a las orillas del Maule.—VI. Movimientos de ambos ejércitos.—VII. Pasan el rio en una misma noche.—VIII. Accion de los Tres Montes.—IX. Paso del rio Claro.—X. Defensa de las Quechereguas.—XI. Los realistas ocupan a Concepcion.

I. La ocupacion de Talca por las fuerzas realistas era un suceso de mucha trascendencia en la suerte de la guerra. La alarma que ella produjo en Santiago no cesó con el cambio gubernativo: pero, por fortuna, don Antonio José de Irisarri que ocupaba interinamente el cargo de director no se descuidó en preparar una nueva division con que resistir a las avanzadas de los realistas. Sus primeros decretos fueron dirijidos a este objeto, i sus providencias tocaron de lleno todas las dificultades que se presentaron. Felizmente, el 11 de marzo, a los cuatro dias de haber subido al gobierno, pudo anunciar la salida de un cuerpo de 600 infantes, 6 piezas de artilleria servidas por 70 hombres i una division de caballeria miliciana.

Para obtener este resultado, el director interino don Antonio José de Irisarri declaró, por un decre-

to de 10 de marzo, batallon de infanteria de línea al segundo cuerpo del rejimiento de Voluntarios de la patria, i confió su mando al teniente coronel don Fernando Marquez de la Plata. Habia salido este poco ántes para Talca con cien hombres a ausiliar a Spano, i se hallaba detenido en Rancagua, cuando se comenzó a organizar la nueva division. Allí se le juntaron 300 hombres mas del mismo rejimiento i las milicias de infanteria de Aconcagua, a las órdenes de don Fermin Torres. La artilleria debia seguirlos en breve.

Faltaba sin embargo un jefe para la division. La mayor parte de los oficiales de algun conocimiento militar servian en el sur a las órdenes de O'Higgins, i los pocos que habia en la capital no contaban con la confianza del gobierno. Casualmente servia en la artilleria con el grado de teniente coronel un jóven distinguido por su educacion, que se habia hecho notar el dia del cabildo abierto que produjo el último cambio gubernativo.

Este jóven era don Manuel Blanco Encalada, natural de Buenos-Aires, pero hijo de una señora chilena. Habíase educado en España, en el seminario de nobles de Madrid, i en la escuela de marina de la Isla de Leon, i habia servido en su escuadra, i en las fortalezas de Cádiz, cuando este puerto estaba ocupado por las naves francesas. Sus conocimientos militares eran los de un buen oficial de artilleria, i sus servicios le valieron una honrosa medalla. A principios de 1810 pasó por Chile, en viaje para el Perú, a donde iba destinado con el empleo de oficial del apostadero

del Callao: pero temeroso el virrei Abascal de que Blanco estuviese imbuido en las ideas de los revolucionarios de Buenos-Aires i Chile, lo retiró a España en la primera oportunidad. De allí volvió a América en las tropas que debian guarnecer a Montevideo, i durante el sitio de esta plaza, se pasó a los insurjentes que la asediaban, llegó a Buenos-Aires i vino a Chile a juntarse con su familia i a ofrecer sus servicios al gobierno patriota. En Chile obtuvo el grado de teniente-coronel de artilleria i el mando de la tercera division que debia salir en breve a campaña.

II. Llevaba esta por único objeto la reconquista de Talca, i como una empresa de tanta importancia debia acometerse con la mayor prontitud posible, a fin de evitar que el enemigo reforzase la guarnicion de la plaza, todas las órdenes del gobierno iban dirijidas a activar los movimientos de la division. Para alcanzar este resultado, a costa de mil sacrificios se reunieron caballos para toda la tropa, i merced a este arbitrio los voluntarios de Santiago i los milicianos de Aconcagua llegaron en dos dias a San-Fernando, en donde se hallaba el teniente coronel Marquez de la Plata.

En ese mismo pueblo se juntó a la division el comandante don Juan Rafael Bascuñan, que venia de Talca a la cabeza de una columna de 80 granaderos veteranos. Poco despues se agregaron las milicias de caballeria de Colchagua, que mandaba el coronel don Ramon Fórmas, i los cañones que, a las órdenes del teniente don Ramon Picarte, debian servir en la campaña. La division constaba entónces de 670 infantes,

700 milicianos de caballeria, i seis piezas de artilleria servidas por 70 hombres. Bascuñan tomó el mando en jefe de los primeros, i don Enrique Larenas llegó de Santiago a recibirse de la comandancia jeneral de la caballeria.

En la organizacion de estas fuerzas, el director supremo habia vencido dificultades que parecieron insuperables a sus antecesores. Poco ántes la junta gubernativa habia hecho grandes esfuerzos para reclutar tropas i engrosar el ejército, i solo habia podido conseguir pequeñas partidas de 300 hombres. Creyendo que el pais no podia producir un ejército superior al que mandaba O'Higgins, el gobierno escribia a éste, i anteriormente a Carrera, lamentando la escasez de recursos del reino, que no le permitia engrosar su fuerza. Miéntras los jinetes del ejército del sur marchaban con sus monturas al hombro por falta de caballos, la nueva division los tenia en abundancia para todos sus soldados, aun para los de infanteria.

La calidad de las tropas por desgracia no correspondia a su equipo. Era compuesta en su mayor parte de reclutas bisoños, i muchos de los veteranos que contaba en sus filas eran desertores o licenciados del ejército del sur. Es cierto que en toda la division reinaba un buen espíritu i un entusiasmo admirables, pero era menester conducirla con mucho tino i prudencia en la campaña, o adiestrarla previamente, i era esto lo que no podia hacerse a causa de la premura del tiempo. Ella, por otra parte, marchaba sin combinacion alguna con el ejército de O'Higgins, con quien naturalmente debia obrar

de acuerdo, i por única instruccion se habia encargado a su jefe que a la mayor brevedad cayese sobre Talca.

Blanco, sin embargo, tardó dos dias mas en llegar a San-Fernando; pero en virtud de sus órdenes salieron del pueblo dos cuerpos de la division con encargo de situarse a orillas del rio Teno, que no debian pasar con motivo alguno. El primero fué en efecto a acamparse en las riberas del Teno, en donde se juntó el coronel de milicias de Curicó don José Antonio Mardones, i por instancias de este jefe, que aseguraba que el enemigo estaba mui retirado, Bascuñan se resolvió a pasarlo, i a ir a situarse en los potreros de la hacienda del mismo coronel Mardones.

Encontrábase allí la primera division en la noche del 15, cuando llegaron los oficiales Larenas i Villota anunciando que se acercaba una considerable partida realista mandada por don Anjel Calvo, con el visible propósito de sorprender a los insurjentes. Desde luego Bascuñan mandó ocupar el cerrillo de Curicó, a inmediaciones de este pueblo, como un lugar seguro para resistirle. Allí, apesar del desórden de la tropa, la division pasó toda la noche sobre las armas; pero solo al amanecer se vieron desde léjos las fuerzas enemigas, reforzadas por dos piezas de montaña. En esos momentos llegó Blanco de San-Fernando: lleno de rabia al ver desobedecidas sus órdenes mas importantes, reprendió ásperamente los jefes subalternos por su temeraria inprudencia; i reasumiendo el mando de la division dió a los soldados la órden de echar pie a

tierra, i formar en línea para simular una columna de infanteria, dispuesta a defenderse en su ventajosa posicion. Temiendo, sin embargo, verse atacado mandó acelerar la marcha de la segunda division que habia quedado en Chimbarongo, i despachó una partida de fusileros montados a las órdenes del teniente don José Miguel Cruz para escaramusear con las avanzadas del enemigo.

La estratejia de Blanco surtió todo el efecto deseado. Su línea infundió respeto a Calvo, que la miraba a la distancia; i viendo burladas sus esperanzas, este audaz montonero comenzó a retirarse mañosamente, batiéndose en guerrillas, miéntras los insurjentes daban vuelta al norte en marcha para Chimbarongo. Desde este punto destacó Blanco una partida de 24 hombres a las órdenes del teniente Gonzalez en observacion del enemigo, i siguió su marcha hácia San-Fernando, en donde pensaba reorganizar la division, para hacerla salir toda en un sólo cuerpo.

Este primer contratiempo era debido a la desmoralizacion de las tropas novicias i bisoñas que mandaba Blanco. Sus jefes subalternos se habian avanzado a desobedecer sus órdenes terminantes, comprometiéndose imprudentemente sin contar con el número de soldados preciso para acercarse al enemigo, ni con las municiones necesarias para batirse. Ese espíritu de desobediencia habia cundido por toda la division: apesar de los espresos mandatos de Blanco la tropa se dividió en guerrillas durante su marcha en la noche del 16, i despues de cometer algunas partidas varias depredacio-

nes en el camino, entraron a San-Fernando en completo desórden, descargando sus fusiles sin objeto alguno, i despertando por todas partes la confusion i la alarma.

Estas circunstancias obligaron a Blanco a quedar tres dias acuartelado en San-Fernando. Empleó ese corto tiempo en moralizar la tropa castigando ejemplarmente a los soldados que habian desobedecido sus órdenes, en adiestrarlos en el manejo de las armas i en la táctica, i en organizar las secciones de su division, distribuyendo en ellas los recursos i elementos con que contaba. En esos mismos dias llegaron de Santiago las municiones de artilleria, i el 20 de marzo, a las dos de la tarde, pudo salir de San-Fernando para comenzar la campaña.

Toda la division iba bien montada, i sus marchas eran tan rápidas como convenia al objeto de la espedicion : apesar de haber dormido en el camino, ántes de veinte i cuatro horas toda ella entró a Curicó, en donde debia esperar un refuerzo de 100 milicianos bien disciplinados, que habian salido de Aconcagua. Inmediatamente despachó Blanco algunas partidas avanzadas a guardar las riberas del Lontué, que corre a pocas leguas al sur de aquel pueblo, miéntras el grueso de la division quedaba adiestrándose en el cuartel jeneral.

Las avanzadas enemigas a las órdenes de Calvo, entre tanto, no atreviéndose a quedar en el mismo puesto despues de la escaramusa del 16, habian vuelto al sur i fueron a acampar en la hacienda de las Quechereguas. Allí se engrosaron considerable-

mente con nuevas partidas que vinieron de Talca, i recibieron órdenes de adelantarse para distraer a la division insurjente con evoluciones falsas, a fin de ganar tiempo miéntras llegaban refuerzos del ejército realista. Calvo era sin duda un jefe mui aparente para esa clase de movimientos; con una audacia singular avanzó hasta las orillas del Lontué, i el dia 24 amagó pasarlo, rompiendo sus fuegos contra las partidas insurjentes que lo guardaban.

En vista de esta ocurrencia, Blanco salió de Curicó en la mañana del 25 a la cabeza de toda su division, i ántes de llegar a la ribera del Lontué destacó varias guerrillas de fusileros montados para batir a los enemigos que se oponian al paso del rio. Estas lo cruzaron fácilmente sin ser incomodadas por los realistas, que finjian replegarse a las Quechereguas; mas como sus fuerzas no habrian bastado para sostener un encuentro con esperanzas de buen éxito dieron prontamente la vuelta hácia el norte. En ese momento cayeron algunas partidas enemigas sobre la guerrilla que mandaba el oficial don José Gregorio Allendes, i se empeñó un reñido combate en que los patriotas se batieron con gran valentia, pero habrian tenido que sucumbir ante el mayor número sino se hubiese acercado Blanco con toda su division a las orillas del Lontué, con intenciones de pasarlo. La vista de tan respetables fuerzas hizo desistir a los realistas: sin querer presentar la menor resistencia dejaron el campo con pérdida de siete muertos i quince prisioneros, i abandonaron sus posiciones de Quechereguas para replegarse mas al sur.

III. Este primer encuentro era un anuncio lisonjero del favorable resultado de la espedicion. Los insurjentes le dieron una gran importancia, i llegaron a creer que el enemigo iba en completa fuga, i que para alijerarla habia abandonado dos cañones. Con este motivo, Blanco despidió a Allendes desde las Quechereguas con encargo de traerlos al campamento en la misma noche.

La retirada de Calvo no era por cierto lo que creian los insurjentes: se habia movido con bastantante maña para evitar un encuentro que podia ser desastroso para él, i habia dejado varias partidas colocadas en diversos puntos i encrucijadas del camino con el objeto de caer sobre las guerrillas patriotas si estas intentaban perseguirlo en su retirada. Colocáronse algunas de ellas en dos potreros separados solamente por un ancho callejon que servia de camino público, i por donde debian pasar los perseguidores. La partida de Allendes llegó a aquel punto como a las nueve de la noche, i como la oscuridad no le permitia distinguir al enemigo entró confiadamente en el callejon. Allí fué sorprendido por los fuegos de los tiradores de Calvo; su primera descarga costó la vida del ayudante don José Vicente Guzman i de un soldado; i sin duda habrian sido mayores los estragos a no replegarse inmediatamente Allendes a Quechereguas, para evitar tan desventajoso combate.

Blanco sin embargo creyó que era llegado el momento de marchar con toda su division para no dar a los realistas el tiempo de reforzarse. Al amanecer

del dia 26 salió esta en busca de Calvo, que se hallaba acampado en las casas de Parga; i habia apénas andado unas pocas cuadras cuando se le presentó un parlamentario del enemigo trayendo una nota de su jefe. Se quejaba en ella Calvo del mal trato que habian recibido el dia anterior sus prisioneros, prometiendo tomar represalias en los patriotas que tenia en su poder si se confirmaba la noticia que se le habia dado. Su emisario, por su parte, procuró intimidar a los subalternos de Blanco, refiriéndoles, miéntras éste contestaba la nota de Calvo, que Concepcion i Talcahuano se habian rendido a los realistas, i que la causa de la patria tocaba ya a su completa ruina.

La estratajema de Calvo para demorar a Blanco no era mui mal concebida, mas ella no surtió todo el efecto que podia esperar. Es cierto que algunos de sus prisioneros habian sido mutilados por un oficial de milicias de San-Fernando; pero el único propósito de Calvo era el de intimidar a Blanco con sus amenazas. La pronta contestacion de este negando el cargo que se le hacia i manifestando un alto desprecio por las palabras de su enemigo desconcertó su plan, i lo obligó a seguir su retirada a Talca. A fin de retardar algunos momentos mas la marcha de éstos, miéntras él i sus fuerzas avanzaban en su retirada, despachó nuevamente al parlamentario a decir a Blanco que le señalase el lugar en donde queria que se batiesen ambas fuerzas.

El jefe insurjente era de carácter franco i caballeroso: juzgando por sí mismo, Blanco creyó que era aquel un lance de honor i que debia aceptar el

desafío que tan paladinamente le hacia el enemigo. En este sentido contestó al parlamentario de Calvo fijándole el sitio mismo que ocupaba, e inmediatamente formó su línea de batalla resuelto a sostener allí el combate, si, como lo creia, era atacado por los realistas. Con este motivo permaneció allí todo el dia, i solo al oscurecerse, canzado ya de tan inútil espectativa, volvió la division a las casas de Quechereguas en donde pasó la noche.

La pérdida de un dia entero, en una campaña en que tanto importaba la presteza, era sin duda de mucha importancia. Blanco mismo lo conoció, i a las seis de la mañana del 27 se puso en marcha con direccion a Talca; pero entonces le convenia avanzar con cautela para verse libre de emboscadas, i por esto llegó en la noche solo a Pilarco, en donde acampó la division. Disponíase a salir de este punto el dia siguiente cuando llegó a su campo un oficial del ejército del sur con comunicaciones del jeneral en jefe don Bernardo O'Higgins. Decia en ellas que en siete dias mas cruzaria el Maule con todas sus fuerzas para interponerse entre el enemigo i la capital, i encargaba encarecidamente a Blanco que sin empeñar accion alguna se acercase a las orillas del Maule para protejerlo en el paso del rio contra la division realista de Talca.

Este plan era en verdad mui acertado. O'Higgins traia 2,023 fusileros, 600 soldados de caballeria i veinte cañones, de modo que una vez reunidos con los soldados de Blanco, i entreverados estos en los cuerpos veteranos que venian de Concepcion, el ejército insurjente quedaba montado en un pié bri-

llante, i en disposicion de concluir la campaña en mui pocos dias. En vista de la nota en que se le proponia este plan, Blanco se consultó con todos los oficiales de alguna graduacion, i todos ellos opinaron porque debia atacarse a Talca, puesto que su guarnicion no bastaba para defender la plaza contra sus fuerzas. El presbítero don Casimiro Albano, que acompañaba a la division en calidad de capellan militar, trató de probar que ningun perjuicio se seguiria con avanzar hasta las inmediaciones de Talca, si se tenia el cuidado de acampar en una altura situada a veinte i tres cuadras de la plaza que la dominaba completamente. Blanco dió entónces la órden de marcha: su division fué a acampar esa noche a la Ovejeria de Cruz, al sur del rio Larqui, i en la siguente mañana se halló sobre Talca, en el sitio designado por Albano.

IV. Esta posicion no era ventajosa como se le habia dicho: "podia tener todas las seguridades descritas por Albano, dice el jefe de la division en su parte oficial, ménos la de hallarse dominante, ántes por el contrario, estaba dominada por una altura" mas inmediata a la plaza. Los soldados conocieron mui bien esta desventaja; pero sabedores de la debilidad del enemigo, comenzaron a pedir que se les llevase inmediatamente al ataque, persuadidos como estaban de que no encontrarian una resistencia capaz de contenerlos.

Blanco sin embargo temió dar el ataque. El enemigo estaba atrincherado en la plaza de la ciudad detras de murallas de adobes, desde donde su artilleria podia destrozar las columnas patriotas en

las calles; i a juicio del jeneral en jefe sus soldados novicios i bisoños no podrian mantenerse en buen órden en las circunstancias que preveia. Por esto se contentó solo con desplegar su línea de batalla para imponer al enemigo, i con este objeto colocó sus cañones en el centro de su infanteria, i su caballeria a retaguardia dividida en dos alas, a fin de conservarla fresca, para perseguir al enemigo por derecha e izquierda si llegaba el caso de que saliese de Talca para batirse. A las once del dia le intimó rendicion por medio de un parlamentario; pero Lantaño, que mandaba las fuerzas de la plaza, contestó a ella que tenia un tercio mas de tropa que la que lo atacaba, i que no se rendiria jamas, agregando a todo esto una formal amenaza de pasar a cuchillo a los soldados insurjentes si intentaban quemar la ciudad.

Esta contestacion no intimidó a los subalternos i soldados de Blanco: "insistiendo todos, dice este jefe, que era engaño (lo que decia el enemigo acerca de sus fuerzas) i que solo pensaba en fugarse, resolví siempre amenazarle, i marché en batalla hasta una cuadra de las bocas-calles que miraban a la plaza." Ocupó en efecto los arrabales del norte i desde allí su artilleria comenzó a batir las trincheras de los realistas. Una partida de 40 voluntarios, a las órdenes del alterez don Florentino Palacios, avanzó por la calle de San-Agustin, apoyada por un cañon i un piquete de infantes, que mandaban los oficiales don Ramon Picarte i don Blas Reyes, i tomó posesion sin dificultad alguna de la iglesia de ese nombre. Sus fuegos obligaron al enemigo a

encerrarse en la plaza por aquel punto, i dejó libre un barrio de la ciudad, por donde salieron de ella muchos vecinos a juntarse con la division patriota. Ellos aseguraron a Blanco que la fuerza sitiada era mui pequeña, i que los primeros tiros de su artilleria habian destruido una trinchera de la plaza.

Desde entónces el resultado del combate no podia ser dudoso: pero, desgraciadamente, llegó un espia de Blanco a avisarle que una fuerza enemiga compuesta de 300 fusileros pasaba el Maule en ausilio de Talca. El jefe patriota reunió en el instante a algunos jefes subalternos para consultarles lo que debia hacer. Temerosos estos de que el refuerzo del enemigo los atacase por la espalda i los envolviese entre dos fuegos en las calles del pueblo, aconsejaron a Blanco que debia retirarse: i no queriendo éste arriesgar una accion bajo auspicios desfavorables, i desobedeciendo las órdenes terminantes del jeneral O'Higgins, mandó replegarse sobre la chacha de Albano, situada a pocas cuadras de la plaza. El movimiento fué ejecutado con buen órden: la tropa se formó en línea de batalla, i dando el frente al norte siguió su marcha al punto fijado. Para que esta fuese mas ordenada, Blanco mandó que ningun soldado volviese cara al pueblo, i que ni siquiera disparáse su fusil si se intentaba atacarlos por la espalda.

Los realistas entre tanto se habian visto en las mayores aflicciones en la plaza. Sitiados por fuerzas tan superiores a las suyas, ellos estaban convencidos que no podrian resistir muchas horas sino les llegaban refuerzos del sur: pero al ver la retirada

de los insurjentes no vacilaron en perseguirlos. Por desgracia, Blanco habia cometido el error de no dejar fuerza alguna que entretuviese al enemigo para protejer su retirada: ántes de mucho tiempo los fuegos de éste comenzaron a llegar a la línea patriota, pero como su jefe dió la órden terminante de no volver caras i de continuar la retirada, sufrian sus estragos sin disparar un solo tiro. Dos veces las milicias de Aconcagua quisieron abandonar la línea, i las dos veces fueron obligados a seguir su retirada en buen órden, apesar de la activa persecucion de los realistas. Los soldados sin embargo creyéndose traicionados, comenzaron a tirar al suelo su armamento, i muchos de ellos prorrumpian en gritos de desesperacion i despecho cuando llegaban al sitio denominado Cancha-rayada.

Allí mandó Blanco volver frente al enemigo; pero la vista de este acabó de introducir la confusion i el desaliento entre los patriotas. La accion no alcanzó a durar un cuarto de hora: los cívicos de Aconcagua i los milicianos de caballeria de Colchagua fueron los primeros en emprender la fuga, i a ellos los siguieron en breve los voluntarios i los artilleros. Inútil fué entónces que el jefe de la division, los comandantes Bascuñan, Larenas i Plata, i los oficiales Reyes, Thompson, Diaz, Allende i Espinosa hiciesen prodijios de valor para contener la fuga de sus tropas. El teniente don Ramon Picarte disparó sus cañones miéntras tuvo soldados para su servicio, i cuando estos huyeron se sentó en la cureña de uno de ellos a esperar su suerte.

El enemigo entre tanto continuaba avanzando i

dirijiendo sus fuegos de artilleria. Aprovechándose de la confusion i fuga de los insurjentes se apoderó sin dificultad alguna de sus cañones, le tomó 300 prisioneros, entre ellos el teniente Picarte, los oficiales Thompson i Reyes de voluntarios i el capitan Espinosa de los cívicos de Aconcagua, i acabó de dispersar a los fujitivos.

Estos siguieron su marcha a Santiago en completo desórden, i algunos de ellos llegaron a la capital en la noche del siguiente dia. En su marcha despertaban la alarma en todos los pueblos de su tránsito. El director Lastra, prevenido de la derrota en los primeros momentos, no economizó sacrificio alguno para evitar la consternacion i el desaliento que esa noticia debia producir. Publicó un manifiesto con el título de *Estado de la guerra i necesidad de concluirla*: en él se empeñaba en manifestar que la situacion militar de la patria no era tan precaria como se creia, i anunciaba la reorganizacion del tercer cuerpo del ejército nacional para marchar a unirse con O'Higgins que debia ya haber cruzado el Maule. En esos momentos sin embargo todas las esperanzas de la revolucion estaban cifradas en este jeneral: solo él era capaz de salvarla del caos que se abria (1).

(1) Para la relacion de la campaña de la tercera division me ha servido mucho un diario anónimo de las operaciones de la division, que comienza con la salida de San-Fernando i acaba con la derrota de Cancha-rayada. Mss. He tenido a la vista el parte de Blanco, i varios otros papeles i documentos de importancia; pero he alcanzado a investigar algunas otras noticias consultándome con los señores don Fernando Marquez de la Plata i don Blas Reyes. Ambos me han informado mui detenidamente de todos los movimientos i operaciones de la campaña, i a ellos debo en parte el caudal de noticias que contiene esta parte de mi trabajo.

V. O'Higgins, entre tanto, habia seguido su marcha a las orillas del Maule sin encontrar tropiezo alguno. Si bien es cierto que sus medios de movilidad no les permitian andar con toda la presteza necesaria, él habia sabido aprovecharse de las circunstancias para moverse, i marchaba del mejor modo que le permitian sus recursos. El 25 de marzo llegó al portezuelo de Duran, i el siguiente dia alcanzó a alojar en la hacienda de don Felipe Lavanderos. En este último dia se dejaron ver en las alturas inmediatas algunas partidas enemigas.

Gainza en efecto habia alcanzado ya a reponerse de la derrota del Membrillar. Al siguiente dia de ese desastre volvió a su cuartel jeneral de Chillan, i sin muchos esfuerzos despachó un cuerpo de 400 hombres a ocupar la villa de San-Cárlos i sus inmediaciones. Su objeto era entónces el de cruzar el Maule, para seguir hasta la capital, dejando a sus espaldas al ejército patriota. Con este propósito se juntó en aquel pueblo todo el ejército el dia 28, i se dirijió al norte, trazando en su marcha una línea paralela a la que seguian los insurjentes. Miéntras estos marchaban por el centro de la provincia, los realistas caminaban a su derecha separados de ellos por una distancia de dos o tres leguas.

Estos por su parte marchaban con toda la presteza que les permitia su escasez de recursos. Faltos de caballos andaban de ordinario a gran prisa, para no quedar atras del enemigo, que los tenia en abundancia. Llevaba consigo grandes cantidades de carneros, i arreaba con las pocas vacas que encontraban en el camino, "porque, dice el diario de uno de

los jefes, no habia mas víveres, ni mas recursos que los que tomábamos a la fuerza."

Fácil es inferir cual sería la precipitacion con que se hacia esa marcha, i cuales los fundados temores que a cada instante debian asaltar a los jefes patriotas. Los dos ejércitos marchaban paralelos, separados solo por una corta distancia; i a cada instante llegaban al campo noticias alarmantes acerca de los preparativos que hacia el enemigo para dar un ataque.

En la noche del 28 acampó O'Higgins en un lugar denominado Maritemu. Los espias habian avisado que el enemigo meditaba atacar por sorpresa al campamento insurjente i las noches se pasaban en acecho i vijilancia sin que suceso alguno turbase el órden i la tranquilidad. Esa noticia, sin embargo, habia alarmado sériamente a los patriotas, que marchaban con precaucion para evitar los desastres de un ataque inesperado. En la mañana del siguiente dia despachó O'Higgins un espia a San-Cárlos en busca de noticias, que solo volvió en la tarde, cuando el ejército estaba ya acampado en Mellocavan: trajo éste la nueva de haber salido los realistas de aquel pueblo en la tarde del dia anterior dando por objeto de este movimiento un premeditado ataque sobre el campo de O'Higgins, i aun aseguraba haber visto en la misma tarde un cuerpo de tropas que a marchas forzadas se dirijia a Mellocavan. "El jefe del centro, Balcarce, que tuvo la primera noticia, dice el diario citado, mandó tocar jenerala; se pusoen movimiento el campo, se comenzó a formar la línea i se iba replegando a ella el todo del ejér-

cito, cuando se supo que era la retaguardia nuestra que llevaba sus marchas mas prolongadas."

VI. O'Higgins, sin embargo, no queria evitar una batalla decisiva; pero temia que el enemigo adelantase algunas leguas mas, si él en vez de seguir siempre su marcha hácia el Maule, intentaba atacarlo. Por esta razon se contentaba con despachar algunas guerrillas a tomarle sus ganados i caballos; i solo preparó una sorpresa para la noche del 1.° de abril, cuando ambos ejércitos se hallaban separados por una corta distancia. El enemigo habia llegado esa noche a Linares casi al mismo tiempo en que O'Higgins acampaba en la orilla derecha del rio Archibueno, una legua hácia al poniente de aquel pueblo.

El jeneral insurjente, que estaba informado de su inmediacion, dispuso que su ejército se moviese a las doce de la noche, i que, favorecido por la espesa niebla, cayese sobre las fuerzas de Gainza. Sus mulas quedaron aparejadas i todo estaba pronto para la sorpresa; pero sea por causa de la lluvia que cayó esa noche, o por la lentitud del capitan de artilleria don Manuel Vega para mover el parque, como dice el diario de un oficial, el proyectado ataque se dejó para la madrugada. Al efecto, los soldados se pusieron sobre las armas ántes de amanecer, i se disponian a marchar cuando un accidente inesperado vino a desconcertar el plan de O'Higgins. Fué este el repentino incendio de una parte de sus provisiones de guerra; una mula, que iba cargada de municiones, produjo este desastre revolcándose cerca de una fogata. Una horrible esplosion acompa-

ñó al incendio: gran cantidad de cascos i de balas subieron por los aires, i al caer produjeron nuevos estragos en las demas cargas de cartuchos; mas por fortuna no ocasionaron ninguna averia en el ejército. Los soldados, sin comprender lo que pasaba, i temiendo que fuese aquello un violento ataque del enemigo, formaron apresuradamente la línea, desatendiendo para esto la vijilancia de los pocos prisioneros de guerra, que seguian al ejército. Uno de estos, Vicente Benavides, tan famoso mas tarde por sus proezas i crueldades, se escapó del campamento, i fué a dar parte al jeneral realista de la proyectada sorpresa.

El plan de O'Higgins quedó desbaratado con esta desgracia; léjos de abatirse por ella, rompió de nuevo su marcha a las ocho de la mañana i siguió derecho hasta los altillos de Elguen. En esa misma tarde Gainza acampó en Yerbas-Buenas, a pocas cuadras de su enemigo. Las guerrillas insurjentes, estuvieron en continuo movimiento, incomodando a los realistas, interceptando sus comunicaciones con Calvo, que mandaba en Talca, i batiendo a sus partidas sueltas, miéntras el cuerpo del ejército marchaba ordenadamente a ganar las orillas del Maule.

El jeneral realista marchaba tambien con gran presteza en la confianza de que el resultado de la campaña seria favorable al que primero cruzase este rio. Sus partidas avanzadas de Talca habian recibido órdenes suyas de acercarse a la orilla norte del Maule, para favorecer el paso a su ejército e impedirlo al enemigo; pero habia llevado su camino

mui inmediato a la cordillera, i en lugar de hallarse en frente de Talca, se encontró en la noche del 2 de abril a algunas leguas al poniente de los vados que guardaban sus avanzadas, i le faltó el valor para intentar pasar el rio por aquel punto. La marcha de los insurjentes lo habia puesto en este conflicto.

Para el jeneral patriota era tambien aquel un contratiempo de importancia. Hallábase ya inmediato al rio Maule, que ansiaba pasar; pero por desgracia estaba colocado en frente del vado de Alarcon que guardaba desde la ribera norte una columna enemiga. O'Higgins sin embargo no vaciló en seguir adelante: destacó solo una division de 300 hombres mandados por el coronel Alcázar para distraer al enemigo, i a las nueve de la mañana mandó romper la marcha con direccion al Maule. Al cabo de cuatro horas de camino llegó en efecto al vado de Alarcon, que defendia el enemigo por la banda del norte con dos o tres piezas de artilleria i bastantes fusileros. Las guerrillas insurjentes intentaron forzar el vado; pero en vista del poco éxito de esta empresa, O'Higgins celebró inmediatamente junta de guerra para resolver lo que debia hacerse. El coronel Balcarce, que asistió a ella, inflamado por un heroico ardor, sostuvo que debia pasar todo el ejército por ese vado, a lo que se opusieron los demas jefes. El jeneral mismo espuso que era mucha la caja del rio en ese punto, i sumamente arriesgado pasarla puesto que el enemigo la defendia, i que Gainza, que se habia quedado mas atras, podia caer sobre ellos por la espalda, i aca-

barlos en pocos minutos: segun él, valia mas tomar uno de los vados de mas arriba, o empeñar una batalla en aquellas inmediaciones.

Al efecto dispuso su línea en órden, i mandó cortar muchos árboles corpulentos que le quitaban la vista de los campos del sur, por donde debia marchar Gainza; i con ellos comenzó a formar trincheras. "En efecto, a las tres i media, dice el diario del mayor jeneral, se nos presentó, como a ocho cuadras de distancia, una línea de caballeria que seguia el mismo camino que habiamos traido."

Era esta la caballeria realista. Queriendo Gainza cruzar el Maule por el paso de Bobadilla, protejido por la guarnicion de Talca, se habia quedado atras, i dirijió su marcha hácia el noreste, pensando ocultar en los montes sus movimientos a O'Higgins, a cuya retaguardia tenia que pasar. Las medidas que acababa de adoptar el jeneral insurjente frustraron su plan: el terreno estaba desmontado, i los realistas no pudieron evitar que se descubriese su movimiento. Su caballeria, segun se veia en el campo insurjente, iba formada en media luna: detras de ella estaba colocada su infanteria.

"El jeneral O'Higgins, dice el diario citado, se puso inmediatamente a la cabeza de su caballeria i cargó sobre las realistas." Empeñóse entónces un corto tiroteo; pero el enemigo siguió solo su marcha hácia el poniente eludiendo el combate a que se le provocaba. Los patriotas, sin embargo, reforzados con una carronada de a 8 i 100 soldados de infanteria, los persiguieron hasta que comenzó a oscurecerse.

VII. Los dos ejércitos se encontraron entónces a orillas del caudaloso Maule; pero miéntras los realistas ocupaban el paso de Bobadilla, que les guardaba Calvo desde la ribera del norte, i tenian a su disposicion espaciosos lanchones para cruzarlo, O'Higgins se encontraba cerca del vado de Alarcon, con enemigos en la orilla opuesta, i sin mas recursos para atravesarlo, que los estropeados caballos de su tropa.

El jeneral insurjente no se abatió en vista de tantas contrariedades. Tan luego como hubo vuelto a su campo dió órden al cuartel maestre Mackenna de ir a tomar posesion del vado del Carrizalillo, o de las Cruces, a la cabeza de 250 granaderos i 180 milicianos de caballeria apoyados por dos cañones de campaña. O'Higgins le siguió en breve; pero tuvo el cuidado de tender sus carpas i encender grandes fogatas enfrente del vado de Alarcon, para engañar a las partidas enemigas que lo guardaban. Con igual objeto dejó por aquellas inmediaciones al teniente Molina al mando de 100 hombres; i miéntras éste hacia mover algunas carretas cargadas de piedras como si quisiese dirijirse rio abajo, para llamar la atencion de los realistas por aquel punto, el jeneral insurjente marchaba a ganar uno de los vados de arriba. Con estas providencias logró moverse sin ser sentido.

El vado de las Cruces no era por cierto un paso fácil. Las copiosas lluvias del año anterior habian aumentado de tal modo el caudal de los rios que en abril de 1814 no se podia pasar ninguno de los vados del Maule sin vencer sérias dificultades; i el

de las Cruces, inseguro de ordinario, presentaba mil riesgos en aquella época. O'Higgins no vaciló en arrostrarlos todos a trueque de cortar al enemigo el camino de la capital. Poco despues de haber oscurecido dió órden de abandonar todo el equipaje que no fuese de absoluta necesidad para el ejército, i de emprender inmediatamente el paso del rio. Para no demorar esta operacion, O'Higgins se resolvió a abandonar el ganado lanar que arreaban sus soldados.

El mismo jeneral en jefe i el cuartel maestre Mackenna dirijieron de cerca el movimiento. El sarjento mayor don Enrique Campino recibió la órden de comenzar el paso del rio: a la cabeza de 50 milicianos de caballeria, que llevaban a la grupa a otros tantos granaderos, lo atravezó sin pérdida alguna, i protejió desde la orilla del norte el paso de todo el ejército. El agua cubria los pechos de los caballos i algunos infelices que tuvieron la desdicha de separarse un poco del sendero del vado fueron arrastrados por la corriente del rio. Estas desgracias no amortiguaron el entusiasmo de los oficiales i soldados insurjentes; cuando un cañon o alguna de las treinta i seis carretas del ejército se atajaban en las piedras del rio, ellos se echaban al agua para moverlos a brazos.

A las dos de la mañana se encontró O'Higgins con todo el ejército en la orilla norte del Maule. Habia dejado en él tres cañones, algunas cureñas rotas i una gran parte de su equipaje; pero como el enemigo no se presentase en la siguiente mañana O'Higgins se ocupó desde el amanecer en sacarlas,

lo que consiguió al fin, aunque no sin grandes trabajos. El ganado menor que arreaba el ejército, reducido ya en el paso de los otros rios a la mitad de su número, quedó abandonado.

Los realistas no tuvieron que vencer ningun obstáculo para cruzar el Maule. Elorreaga defendia el paso de Bobadilla desde la ribera opuesta miéntras Gainza lo atravesaba cómodamente en espaciosas lanchas i sin peligro alguno, pero no sin alarma i sobresalto. Varias partidas que dejó en la banda del sur para favorecer la operacion, recorrieron en la noche los campos inmediatos, i sin duda habrian llegado hasta el vado de las Cruces a no encontrarse con las fuerzas del guerrillero Molina, que tomaron por las avanzadas del campamento insurjente, cuyos fuegos divisaban a lo léjos.

Informado de esta última ocurrencia, Gainza creyó que O'Higgins esperaba la luz del dia para cruzar el rio. Engañado por sus propios esploradores pasó el resto de la noche en la confianza de que los insurjentes tendrian que quedarse al otro lado del Maule, cuyos pasos podia él guardar mui fácilmente, miéntras su ejército marchaba sin dificultad, ni tropiezo hasta la capital. En su juicio, el solo movimiento de aquella noche importaba la reconquista de Chile.

En esta persuacion despachó ántes de amanecer al coronel Elorreaga al mando de una columna de 400 hombres con encargo de guardar los vados de arriba, para frustrar así el proyecto que le suponia a O'Higgins. Elorreaga, en efecto, se acercó al vado de Alarcon, i al ver desierto el campo patriota

apresuró su marcha para cortar a los insurjentes cuando comenzasen a pasar el rio. Fácil es inferir cuál seria su sorpresa al encontrarse atacado por las partidas avanzadas de O'Higgins, i al divisar el grueso de su ejército, que reparaba en esos momentos los estragos sufridos en la noche anterior para seguir su marcha. Confundido i alarmado el jefe enemigo volvió inmediatamente a su campo, en donde la noticia sembró en el instante la consternacion i el desaliento (1).

VIII. El paso del Maule, en efecto, fué un movimiento estratéjico de grandes resultados en la campaña. O'Higgins habia logrado no solo alcanzar a los enemigos salvando esa inmensa barrera, sino tambien acercarse al principal almacen de sus recursos, miéntras los realistas se alejaban mas i mas de su cuartel jeneral de Chillan.

Gainza vió desde luego burlado su plan de campaña. Ya no le era posible seguir su marcha a la capital si no queria verse perseguido de cerca por el ejército de O'Higgins; i sus propias tropas, que habian dado visibles señales de descontento porque se les separaba del antiguo centro de sus operaciones, se sintieron dispuestas a negar obediencia a su jefe.

(1) Para la relacion de todos estos sucesos me ha sido de suma utilidad el diario del mayor jeneral Calderon minucioso i detallado en la narracion de todas las operaciones de la campaña. Me ha servido igualmente el diario del capitan don Nicolas Garcia, que, si bien no contiene tantos pormenores como el de Calderon, i si está recargado de injustas i exajeradas recriminaciones a los jefes superiores i algunos oficiales subalternos, es bastante noticioso. He consultado las relaciones impresas i manuscritas i muchos documentos referentes a aquellos sucesos; pero a esos dos diarios debo la mayor parte de las noticias del testo. El señor jeneral Aldunate, que hizo toda esta campaña en calidad de ayudante de granaderos, me ha aclarado algunos detalles que se presentaban algo confusos en ambos documentos.

Los insurjentes por su parte se encontraron mui estropeados despues del paso del Maule. Sus carros habian sufrido cuanto es dable, i sus caballadas estaban casi rendidas. Emplearon todo el dia 4 en recojer equipajes, sacar del rio los cañones abandonados i las carretas de municiones i prepararlo todo para romper la marcha en la mañana del siguiente dia. Para evitar en lo sucesivo los desórdenes i depredaciones, que tantos enemigos habian acarreado al ejército patriota, O'Higgins hizo publicar solemnemente en la órden del dia que seria pasado por las armas el soldado que robase la cantidad de cuatro reales en especies o dinero. Con tan severo castigo pensaba refrenar la rapacidad de la tropa, i granjearse las simpatías de los habitantes de las inmediaciones.

Como se habia propuesto el jeneral chileno, a las nueve de la mañana rompió la marcha su ejército. El mal estado de sus carretas, el cansancio de la tropa i de sus caballos i lo tortuoso i quebrado del camino le impidieron que avanzase mas adelante de los altos de Lircai, en donde acamparon cuando ya la noche estaba mui entrada. Una gruesa partida enemiga se dejó ver a la distancia, pero ni aun intentó oponerse al paso de los insurjentes.

Al dia siguiente los espias de O'Higgins comunicaron noticias ciertas acerca de los propósitos del enemigo. Pensaba éste atacar con sus partidas avanzadas a los insurjentes en varios puntos del camino; pero sea el temor de empeñar una accion jeneral con todo el ejército de O'Higgins, que marchaba unido i compacto, o sea que no creyesen ven-

tajosos los sitios que habian elejido al principio, sus partidas se fueron replegando hácia Talca sin emprender ataque alguno. Los patriotas siguieron tranquilamente su marcha venciendo las grandes dificultades que les oponia lo quebrado del camino i el mal estado de sus carretas, dos de las cuales se quebraron ese dia, i a las doce de la noche lograron llegar al sitio denominado los Tres-Montes de Guajardo.

La proximidad de las partidas enemigas era efectiva. Los dos ejércitos seguian entónces tambien una marcha paralela hácia el rio Claro, cuyo paso querian disputar los realistas; i entre tanto sus partidas incomodaban a los insurjentes por el flanco izquierdo i por el frente. Al amanecer del dia 7 se divisó una columna de caballeria realista, compuesta, segun el cálculo de testigos presenciales, de 700 hombres. O'Higgins sin embargo no se detuvo en su marcha, ni manifestó el menor desaliento; pero cuando almorzaba la tropa, las guerrillas, enemigas se echaron sobre algunas mulas i caballos del ejército patriota, i obligaron a su jefe a tomar inmediatamente la ofensiva. Despachó con este objeto en diversas partidas al comandante don José María Benavente con sus nacionales, al coronel don Andres del Alcázar con los dragones de la frontera i al teniente don Francisco Barros con 50 granaderos apoyados por dos piezas de artilleria.

La accion fué corta, pero bastante reñida. Ambos combatientes echaron pie a tierra. Hubo un momento en que los realistas se acercaron a tiro de pistola de sus enemigos apesar de los bien dirijidos fuegos de artilleria; i sin duda se habrian abalanzado sobre los

cañones; i quizá los habrian tomado en un instante en que estuvieron casi abandonados, a no presentarse el teniente Barros a defenderlos denonadamente con sus granaderos. El grueso del ejército se acercaba miéntras tanto: los fuegos certeros de una pieza que hizo salir O'Higgins al cargo del capitan Garcia, que hicieron algunos estragos en el flanco del enemigo: acabaron de ponerlos en completa fuga. Su pérdida fué, segun consta de documentos no mui fidedignos en este particular, mui superior a la de los patriotas: estos tuvieron solo tres húsares muertos i once heridos (2).

IX. El grueso del ejército, en efecto, no habia cesado de caminar. O'Higgins, que estaba vivamente empeñado en llegar esa misma noche a Quechereguas, no interrumpió su marcha por la pequeña accion que acababa de presentarle el enemigo. Antes de las dos de la tarde llegó a la orilla izquierda del rio Claro; pero, por desgracia, la caballeria realista ocupaba ya la ribera opuesta, i se manifestaba en disposicion de disputar el paso a los insurjentes. Una gruesa partida se habia posesionado de las casas de Parga, situadas al frente del punto por donde queria pasar O'Higgins, i otra, no ménos considerable, i que contaba con un cañon de a 4, estaba colocada diez cuadras mas abajo. El comandante don Anjel Calvo llegaba por el lado de arriba, a reforzar esas dos partidas, en los momentos en que O'Higgins se acercó al rio.

(2) Diario de Calderon. Mss.—Diario de Garcia. Mss.—Parte del coronel Benavente. Mss.—El jeneral Aldunate me ha comunicado algunas noticias sobre la accion de Tres-Montes que he intercalado en el testo.

Una dificultad insubsanable se oponia a su paso. La caja del rio estaba encerrada por altos barrancos, i la pérdida de los patriotas habria sido segura e inevitable si hubiesen cometido la imprudencia de penetrar en ella. O'Higgins, viendo esta desventaja, situó favorablemente sus cañones en las alturas de la izquierda i dió órden de romper sus fuegos sobre el enemigo. El capitan don Nicolas Garcia i el teniente don José Manuel Borgoño, artilleros ámbos de pericia i sangre fria, dirijieron sus tiros con bastante acierto, i obligaron a los enemigos a abandonar sus posiciones. El coronel Benavente pasó entónces al mando de un cuerpo de caballeria, acabó la dispersion de los realistas i los forzó a repasar el rio algunas cuadras mas abajo, a la vista del ejército insurjente.

Desembarazados de este obstáculo, los patriotas atravesaron el rio sin dificultad alguna. Por mayor precaucion O'Higgins habia hecho repasar a la banda izquierda al comandante Benavente, con el fin de contener a los realistas que habian cruzado de nuevo el rio; i sin necesidad de muchos movimientos supo este imponerles i mantenerlos alejados del punto cuya defensa se le encomendaba. El ejército todo se halló en la orilla derecha ántes de las tres de la tarde: no solo no perdió un solo hombre en el paso del rio, sino que sorprendió e hizo prisioneros a un oficial i siete soldados enemigo (3).

VI. La situacion del ejército insurjente cambió mucho con este solo movimiento. En la misma tar-

(3) Diario de Calderon. Mss.—Id. de Garcia. Mss.—Conversacion con el jeneral Aldunate.

de logró dejar atras a los realistas i siguió adelante a acampar en las espaciosas casas de Quechereguas, en donde la tropa tenia un alojamiento cómodo, desde el cual podia defender fácilmente el camino para la capital, al paso que le ponia en la mejor disposicion de recibir los refuerzos que venian de Santiago. Para mayor ventaja, en la misma tarde llegó el guerrillero Molina conduciendo 300 vacas quitadas a las partidas enemigas que recorrian los campos del sur del Maule, o sacadas de las haciendas de aquellas inmediaciones.

Apesar de todo esto se pasó la noche en alarma i sobresalto. Las guerrillas de observacion no dejaron de moverse, i por las noticias que llegaban al campo insurjente se sabia que las partidas enemigas no habian cesado de dar señales de alerta. En las Quechereguas se reunieron los jefes para acordar lo que debiera hacerse en aquellas circunstancias, i discutir el mejor plan de campaña que convenia adoptar. Allí la opinion fué casi unánime de que era necesario quedar en el mismo punto para defender el camino de la capital: el coronel Balcarce que, a causa sin duda de su ningun conocimiento del territorio en que se batia, opinó de diverso modo, tuvo al fin que ceder al parecer de la mayoria de los jefes.

Los enemigos, entre tanto, preparaban un ataque jeneral a los insurjentes. A las nueve del dia 8, juéves santo, se acercó todo su ejército al campamento de Quechereguas; pero visto desde léjos por el jeneral O'Higgins pudo prepararse para la defensa. Esperaba por momentos que le llegase de la

capital un cuerpo de reserva, organizado por el coronel arjentino don Santiago Carrera con los restos de la division de Blanco, i creyó que mas le convenia mantenerse a la defensiva para obligar al enemigo a consumir sus municiones sin arriesgar una accion. Al efecto hizo construir precipitadamente una sólida trinchera de lios de charqui i panzas de cebo, que se sacaron de los graneros de la hacienda, cubrió los tejados de las casas con infantes, puso andamios en los corrales para que desde ellos pudiesen hacer sus fuegos los fusileros, abrió portillos en las paredes para sus cañones i saco al frente toda su caballeria, con encargo de cargar precipitadamente sobre los realistas, tan pronto como estos hiciesen el primer movimiento para volver.

Por desgracia, al flanco izquierdo de la posicion que ocupaba la caballeria patriota habia una corrida de paredones o restos de tapia detras de los cuales fué a colocarse el enemigo. Estendió su línea apoyando su izquierda en el rio Claro, i su derecha en Lontué, i comenzó un vivísimo cañoneo dirijido con mucho acierto. Inmediatamente O'Higgins i Mackenna introdujeron su caballeria al corral de matanza de Quechereguas, movieron algunas piezas de artilleria i comenzaron tambien un nutrido fuego de cañon. Su certera punteria desconcertó a los artilleros realistas, "que al fin, dice el entendido capitan Garcia en su diario militar, no disparaban un solo tiro de provecho." Desde luego las ventajas estuvieron por los patriotas: mejor colocados i mejor defendidos no solo hicieron grandes destrozos sobre el enemigo, sino que lograron impedirle el paso del rio

Lontué, que algunas de sus partidas se proponian pasar, i consiguieron felizmente apagar el fuego que los realistas pusieron a unas cercas de ramas, que iban a rematar en los edificios, con el propósito de incendiarlos.

El enemigo, sin embargo, intentó mas de una vez atacar a O'Higgins en sus posiciones; pero sus soldados ni aun se atrevieron a acercarse a los edificios, que no cesaban de vomitar metralla, i sus cuerpos volvian atras inmediatamente. La caballeria fué la primera en retroceder; siguiéronle en breve los fusileros i artilleros, de modo que a las tres de la tarde el campo estaba enteramente desembarazado de enemigos. Algunos oficiales propusieron a O'Higgins que se cargase al enemigo en su retirada; pero el jeneral en jefe i los coroneles Mackenna i Balcarce creyeron mas conveniente esperar la llegada de don Santiago Carrera para tomar la ofensiva.

En ese mismo dia llegaron al campamento noticias de hallarse Carrera inmediato a Quechereguas: eran traidas por una partida de milicianos que escoltaba un convoi de víveres para la tropa. Pero, léjos de sentirse todo el ejército alentado por esta noticia i por la victoria de ese dia, no faltaron jefes que pidiesen en aquella noche un nuevo consejo militar para discutir el plan de campaña que debia seguirse. Balcarse insistió otra vez en que convenia pasar el Lontué i seguir la marcha al norte hasta juntarse con Carrera i engrosar su ejército(4); pero

(4) *Mem. sob. los hechos mas not. de la revol. de Chile*, cap. XVI. Mss.—Diario de Calderon. Mss.—Diario de Garcia. Mss.—Ballesteros, *Revista*, etc., año de 1814. Mss.

O'Higgins, Mackenna i el capitan Garcia se opusieron a ese proyecto diciendo que su derrota seria segura si eran atacados en el paso del rio.

Sobraban motivos para temer que asi sucediese: el enemigo se habia retirado hácia al sur, pero no habia desistido de su propósito de atacar las casas de Quechereguas. En la mañana siguiente en efecto renovó sus ataques, aun que no ya con la enerjia i empeño del dia anterior. Se batieron únicamente las guerrillas dispersas de ambos ejércitos, i a las dos de la tarde Gainza dió vuelta hácia el sur seguido de cerca por la caballeria patriota.

Con esto solo la defensa de Quechereguas equivalia a una espléndida victoria. El jeneral realista, avergonzado i confundido, se resolvió a irse a encerrar en Talca, despues de nuevas e inútiles tentativas para batir las guerrillas insurjentes, miéntras el ejército patriota recibia los refuerzos que esperaba de Santiago. El 11 llegaron a su campo 200 hombres i 500 caballos, i pocos dias despues se le juntó el resto de la division. Desde entónces podia tomar la ofensiva sin temores de ser derrotado.

X. La situacion del ejército realista habia empeorado considerablemente con las últimas ocurrencias. La desercion habia comenzado a enrarecer sus filas: la tropa se manifestaba disgustada en Talca, i los soldados no pensaban mas que en volver al sur en busca de buenos i seguros cuarteles de invierno. Su jefe, falto de resolucion i valentia para hacer frente a tan tristes circunstancias, pensaba solo en cruzar el Maule, cuando le llegó la noticia de haber caido en poder de sus subalternos la ciudad de Concepcion i el puerto de Talcahuano.

Cuando el jeneral Gainza salió de Chillan, a fines de marzo, dejó encargo al comandante de la plaza de San-Pedro don Antonio Quintanilla, de que no cesase de hostilizar a los patriotas de Concepcion, i que, si sus recursos se lo permitian, emprendiese un ataque jeneral a la plaza. Quintanilla habia cumplido en cuanto le era posible el encargo de Gainza: sus partidas volantes molestaron sin cesar a la guarnicion de la ciudad, i supieron mantener en continua alarma a la junta gubernativa que allí mandaba. Esta se habia visto precisada a cortar con trincheras guardadas por cañones las bocas calles que dan entrada a la plaza principal, i a tener en servicio activo a la reducida guarnicion, i a los patriotas mas pronunciados, los cuales se prestaban gustosos a patrullar en las noches por los lugares inmediatos.

En los primeros dias de abril el intendente del ejército realista don Matias de La Fuente concibió el proyecto de posesionarse de Concepcion. En virtud de órdenes de Gainza, habia salido poco ántes a juntarse con Quintanilla: entre ámbos organizaron una division de cerca de 800 hombres compuesta de milicianos i soldados de las guarniciones de Arauco, San-Pedro i parte de la de Chillan, i, en la confianza de que sus fuerzas sobraban para tomar la ciudad, en la noche del 10 de abril, se adelantaron hasta los campos de sus inmediaciones.

"Antes de amanecer el 11 de abril, dice uno de los jefes que mandaban en Concepcion, recibió la junta de gobierno la noticia de que una division enemiga habia acampado en la chacra de las Mon-

jas, i se destinó una partida de veinte fusileros montados a las órdenes del teniente de granaderos don Juan Manuel Correa para que fuese a hacer el reconocimiento; la que encontrando las primeras avanzadas cerca de Palomares se comprometió en un pequeño combate. Cinco soldados se pasaron al enemigo, lo que obligó a Correa a ponerse en retirada hasta el Aguanegra, donde encontró a Benavente con una pieza volante de artilleria i 40 fusileros. Luego se avistó la fuerza enemiga en número mui considerable, i la nuestra se replegó sobre la plaza. El ataque era combinado con las fuerzas de San-Pedro i Rere, i todas ellas traian una marcha simultánea. Así fué que casi a un tiempo cubrieron las alturas de Chepe, Puntilla i Caracol, estableciendo su cuartel jeneral en las casas de Lúcares. El 12 hicieron repetidas entradas por diversas calles, i en todas fueron rechazados, no atreviéndose a presentarse por aquellas que miraban a la plaza i estaban guardadas por los cañones. La noche se pasó en continua alarma, amagando el enemigo por todas partes con el intento de incomodar a la guarnicion, hacer consumir municiones que escaseaban mucho, i robar algunas casas. En la madrugada del 13 hicimos una salida por el costado de la laguna del Gabilan, para dar agua a la poca caballeria que teniamos; pero el enemigo cargó con tanto arrojo que no logramos el objeto, tuvimos tres muertos, un herido, prisionero el cadete don Francisco del Rio i dos soldados, i perdimos tambien algunos caballos. No fuimos mas felices en otra salida que hicimos despues por la parte del Bio-bio, en la que nos hi-

rieron gravemente al oficial de infantes de la Patria don Ramon Gil i tuvimos tambien tres muertos. Se circunscribió la defensa al estrecho cuadro de la plaza, i el enemigo emprendió el ataque por dentro de las casas, las que de paso eran entregadas al saqueo para satisfacer la rapacidad del enjambre de huasos que habian arrastrado de toda la campaña. A medio dia llegaron a apoderarse de la casa de los Benaventes que linda con el palacio, i se trabó la pelea encima de los tejados. Por otro punto tenian la casa de los Novoas, que comunica con la recoba por medio de una ventana, i en ella se estableció tambien la lucha. En estas circunstancias, i segun se dijo, por los ruegos de la señora de don Pablo Hurtado, despachó el comandante realista don Matias de la Fuente, un parlamentario intimando rendicion i ofreciendo una capitulacion honrosa. Fué necesario aceptarla, pues la plaza no podia sostenerse dos horas, las fuerzas que la atacaban eran diez veces mayores que las que la defendian, i el ejército patriota se hallaba a cien leguas de distancia. El resto de ese dia se gastó en concertar la capitulacion, quedando por último convenido en que a la mañana siguiente la guarnicion rendiria las armas en la plaza, saldria de ella con tambor batiente, i no volveria a servir contra el rei; que los vecinos no serian incomodados por sus opiniones, i que el cumplimiento del pacto era *garantido por todo el honor de la nacion española*. En esta virtud se rindieron 130 fusileros, 60 lanceros de los Andes con sus respectivos oficiales i doce vecinos que habian quedado en el cuadro. El honor de la nacion

española, representado por los realistas de América, fué siempre la garantia mas ineficaz, por no decir atroz. Asi es que el mismo dia los defensores de Concepcion fueron declarados reos de estado, i encerrados en estrechos calabozos o lugares habilitados al efecto, como el *De profundis* del convento de la Merced, miéntras se preparaba la nueva iglesia de la catedral para depósito jeneral, en que entraron hombres de todas clases, ancianos de 80 años, i niños de 15. El ayudante de plaza Manterola, que por su ardiente patriotismo i carácter osado i bullicioso, se habia granjeado el odio del partido realista fué castigado con bofetadas i palos; i tendido en el suelo con las manos amarradas i una mordaza en la boca, permaneció muchas horas, para ludibrio del soldado. Los oficiales don José Santiago Gomez, don Juan José Quijada i don Santiago Flores curaron sus heridas en la prision; pero don Ramon Gil murió en ella i el valiente don Juan Manuel Vidaurre sucumbió ántes de entrar. Los demas fuimos tratados con el mayor rigor: por muchos dias fué mi colchon un pellejo de carnero, mi almohada un ladrillo i mi cobija un pedazo de capote, i con todo no era de los peor parados. Las mujeres que quedaron en las casas, con mil apuros podian proporcionarnos el diario sustento i al introducirlo era desfalcado por la guardia. Esta era mui numerosa, i constantemente tenia abocados a la única puerta que se habia dejado, dos cañones cargados a metralla, la mecha encendida i la órden de disparar sobre nosotros al menor movimiento que hiciésemos.—La desierta isla de la Quiriquina fué

tambien convertida en depósito de prisioneros. Se nombró una junta para instruir los procesos, pues todos éramos considerados reos de lesa majestad. Se aguardaba solo la conclusion de ellos, para imponer las mas severas penas a algunos oficiales, asi en Concepcion como en Chillan, i para remitir otros a las Casas-matas del Callao. Todos sufriamos con serena fortaleza el rigor de nuestro destino, i los insultos de oficiales improvisados ; o de partidarios triunfantes en una guerra civil, i en quienes ni la educacion ni los sentimientos de honor, mitigaban el acaloramiento de las pasiones (5)."

(5) Benavente, *Memoria sobre las prim. camp.*, cap. X.—He tenido a la vista el parte que pasó Benavente al jeneral O'Higgins en 1.º de junio de 1814. Se halla publicado en el *Araucano* núm. 179 de febrero 14 de 1834.

CAPITULO XIV.

I. Situacion respectiva de los dos ejércitos.—II. El virrei Abascal comisiona al comodoro Hillyar para tratar con los insurjentes de Chile.—III. Causas de sus demoras para llegar a Santiago.—IV. Es nombrado mediador entre los belijerantes.—V. Entrevista de los jenerales.—VI. Firman los tratados de Lircai.—VII. Gainza se pone en marcha para Chillan.—VIII. Su ejército recibe mal los tratados.—IX. Los insurjentes se oponen a su cumplimiento.—X. El jeneral O'Higgins espone al gobierno la necesidad de recomenzar la guerra.

I. La situacion del jeneral Gainza sin embargo léjos de mejorar con la nueva conquista que acababan de hacer sus subalternos se hizo mas angustiada. Con la noticia la desercion aumentó considerablemente: los campesinos de las provincias meridionales que servian en el ejército realista, creian que la reconquista de Concepcion i Talcahuano era lo mas que podia pretender Gainza, que era loco i aventurado proseguir la campaña al norte del Maule; i se manifestaban quejosos contra los jefes, i dispuestos a volver a sus hogares, que habian abandonado muchos por engaño i otros por temor. Esos campesinos habian llenado las bajas de los cuerpos de Valdivia i Chiloé, de modo que su desercion disminuyó mucho la fuerza real del ejército.

Bien habria querido Gainza repasar el Maule i

seguir a encerrarse a Chillan; pero su ejército estaba mui estropeado para emprender una marcha de esa especie cuando indudablemente debia ser perseguido de cerca por los patriotas, i quizá atacado en el paso mismo del rio. Faltábanle ademas los medios de movilidad para emprender la marcha. Su caballeria, compuesta en la totalidad de milicianos de la frontera, estaba reducida a ménos de un tercio de su número; i sus bestias de carga no bastaban para mover la mitad de sus útiles de guerra. Obligado asi por la mas imperiosa necesidad tuvo Gainza que quedar en Talca (1).

La situacion de O'Higgins, por el contrario, era sumamente lisonjera. Su ejército se habia acercado a la capital, habia rehabilitado sus comunicaciones con ella, i al cabo de pocos dias comenzó a recibir los recursos de que carecia. Le llegaron víveres en abundancia, bastantes caballos i municiones de guerra en cantidad suficiente para equipar bien su ejército.

No era esto todo: en la segunda mitad de abril llegó a Quechereguas la division de reserva que mandaba don Santiago Carrera, i casi junto con ella algun dinero i vestuario que O'Higgins distribuyó a sus soldados, disponiéndose a concluir en breve la campaña. Su tropa estaba entónces animada de un buen espíritu: las ventajas de que gozaba la habian envalentonado, i el jeneral en jefe queria aprovecharse a todo trance de tan favorables circunstancias para batir al enemigo.

(1) Ballesteros, *Revista de las obras*, etc. etc., año de 1814. Ms.

II. Un acontecimiento inesperado vino a salvar al jeneral Gainza de la segura e inevitable ruina del ejército de su mando. Fué éste la llegada a Santiago del comodoro ingles Mr. James Hillyar, comisionado por el virrei del Perú para pacificar el reino de Chile por medio de una honrosa rendicion de las armas insurjentes.

Hillyar recorria el Pacífico al mando de la fragata *Phæbe* i de la corbeta *Cherub* para protejer el comercio i los buques ingleses, amenazados por la *Essex* i otras embarcaciones menores de los Estados-Unidos de América, a la sazon en guerra con la Gran-Bretaña. Hallábase en el Callao en enero de 1814, a la época de la salida de la espedicion del brigadier Gainza, i en varias conferencias que tuvo en ese puerto con el virrei Abascal le manifestó el sentimiento que le causaban las desavenencias entre la España i sus colonias, los horrores de una guerra jeneral i prolongada, i los fundados temores que él abrigaba de que la lucha sin principios ni bandera que sostenian entónces los insurjentes de muchas provincias fuese solo del deseo de segregarse definitivamente de la madre patria. Hillyar comprendia que la España no se hallaba en estado de poder sofocar una conflagracion jeneral, i pensaba que mas valia la paz con tratados, o mas bien con una promesa franca i esplícita de completo olvido de las pasadas desavenencias, i no vaciló en aconsejarle a Abascal la política de reconciliacion.

Preparábase entónces el comodoro ingles para darse a la vela con direccion a las costas de Chile, en busca de los buques americanos: con este motivo

se ofreció al virrei para servirle de mediador entre los insurjentes de este pais, i el jeneral don Gavino Gainza. Abascal aceptó su propuesta: él tampoco tenia gran confianza en el ejército realista de Chile ni esperaba la pronta pacificacion del reino por medio de las armas; i creyó que valia mas aprovecharse de la mediacion de un personaje que, por su nacionalidad i graduacion militar, podia prestar algunas garantias a los insurjentes.

En esta persuacion Abascal dió a Hillyar sus credenciales cerca de Gainza, que habia zarpado de Callao once dias ántes, i un pliego de las instrucciones que debia seguir para celebrar el tratado. En ellas se estendia Abascal enumerando las inmensas ventajas que por todas partes alcanzaban las armas españolas, la abundancia de recursos con que contaba el Perú, i la poca necesidad que aquel pais tenia del comercio de Chile: segun él no eran ni el temor ni el cálculo lo que lo inducia a entrar en transacciones i tratados, sino solo "el horror con que miraba el derramamiento de sangre i el dolor de que estaba penetrado por su imprescindible obligacion de usar de la fuerza contra los insurjentes." Por esto mismo en esas instrucciones ofrecia Abascal, como única base, un completo olvido en pago del desistimiento de todos los propósitos de los revolucionarios: "Siempre que los chilenos, decia en el artículo 10, ratifiquen el reconocimiento que han hecho de Fernando VII, que en su ausencia i cautividad reconozcan la soberania de la nacion en las córtes jenerales i estraordinarias, i reciban i juren la constitucion española hecha por las

mismas, los recibirá en sus brazos (el virrei) como un verdadero padre, echando en olvido todo lo pasado sin que directa ni indirectamente se proceda contra ninguno por mas o ménos parte que haya tenido en la revolucion; en el concepto que deben admitir la audiencia, gobierno i empleados por la soberanía, como lo estaban ántes, con solo la diferencia dictada por la propia constitucion, i que para el resguardo de las personas, propiedades i sosten de la administracion de justicia han de recibir la guarnicion necesaria de tropas chilotas interin se organiza otras de todo el distrito (2)."

Con estas instrucciones zarpó del Callao el comodoro Hillyar el 11 de enero de 1814. Lleno de esperanzas halagüeñas en el resultado de su mision, el marino ingles se lisonjeaba entónces con la idea de ver pacificado el reino de Chile, merced solo a sus buenos oficios.

III. La *Phœbe* i la *Cherub* arribaron a Valparaiso en la mañana del 8 de febrero; pero, contra los deseos del comodoro Hillyar de concluir en breve el tratado de pacificacion de Chile, encontró anclados en la bahia a la fragata americana *Essex* i dos de sus presas. Con esto solo ya no le era posible pasar a Santiago.

Para mayor causa de demora, el comodoro Porter, que mandaba las naves americanas dió principio a las hostilidades, promoviendo la desercion en los buques ingleses; pero sin intentar ataque alguno contra ellos. El territorio neutral que ocupaban era

(2) *Instrucciones, etc., etc.,* insertas en el *Pensador del Perú.*

para ambos un impedimento sério que no les permitia batirse; i Porter, que se consideraba mas débil que su enemigo, se obstinaba en no salir de la bahia, sino era burlando a Hillyar. Todos sus movimientos para lograr esta ventaja fueron infructuosos.

Pásose así mes i medio. En la tarde del 28 de marzo, el comodoro Porter, aprovechándose de una brisa favorable, salió por fin del puerto. Hillyar lo siguió de cerca, i le dió alcance a una milla mas al norte de la punta denominada de la Caleta. En poco tiempo mas se empeñó entre ambos un reñido combate, en que salió vencedor el comodoro ingles. Desde entónces, Hillyar podia pasar a Santiago a entenderse con las autoridades chilenas para celebrar el tratado.

IV. Hillyar llegó a la capital a principios de abril. Inmediatamente se presentó al supremo director don Francisco de la Lastra, le manifestó los poderes i credenciales del virrei Abascal i le espresó los buenos deseos de que se sentia animado para trabajar en favor de la paz del reino. No satisfecho con esto, trató de probarle que el mal estado de la insurreccion americana, i las ventajas que obtenian en la península los ejércitos ingleses i españoles eran claros indicios de que se les acercaba su fin a los independientes del nuevo mundo, i que convenia mas celebrar un tratado que esponerse a la saña de los vencedores.

Entónces cabalmente llegaban a la capital las noticias del paso del Maule i de la ventajosa defensa de Quechereguas; pero eran tan tristes las que

venian del esterior que Lastra i sus consejeros llegaron a creer que las victorias del ejército patriota servirian apénas para alcanzar condiciones mas ventajosas en el tratado. Las tropas arjentinas acababan de sufrir dos grandes derrotas en Vilcapujio i Ayohuma; Caracas i las provincias del norte de la América meridional habian sido subyugadas; la España estaba libre de sus invasores a los cuales habian batido sus aliados en Vitoria i los Pirineos; i, para colmo de males, la insurreccion de sus colonias léjos de contar con el apoyo de algun estado poderoso de Europa, era mirada, segun se decia en Santiago, como un movimiento ridículo i sin consecuencias.

Los políticos que dirijian la revolucion chilena desde la capital se sintieron desalentados con tan tristes noticias; pero a estas causas de abatimiento se agregaban otras que, si bien caseras, eran aun mas poderosas. La campaña del sur se habia alargado todo un año sin fruto alguno; el erario público se habia agotado sin que los donativos voluntarios bastasen a satisfacer las necesidades del ejército; todos los chilenos tenian que lamentar males i perjuicios causados por la guerra; el comercio estaba paralizado; las tropas habian asolado las ricas i fértiles provincias de su tránsito; i cada batalla costaba a la patria algunos centenares de chilenos, porque, por desgracia, eran chilenos los soldados de ambos ejércitos.

En el campamento, es verdad, no se habia sentido aun desfallecer el espíritu marcial; pero en las ciudades i particularmente en Santiago todo el mun-

do miraba la guerra con disgusto. Ya no se creian las victorias del ejército insurjente, acostumbrados como estaban todos a ver celebrar por tales las acciones de la campaña de 1813; i si faltaban quienes propusiesen rendirse al enemigo era solo porque temian los castigos a que los hacian acreedores sus compromisos.

El supremo director no podia dar ánimo a sus correlijionarios: él mismo veia la situacion por un prisma igualmente fatídico. Los horrores de la guerra, los sacrificios que costaba, i sobre todo la imposibilidad en que se creia para sostener la causa de la revolucion en aquellos momentos lo impulsaron a aceptar el tratado, pero solo como una tregua de poco tiempo para que la patria se repusiese de sus quebrantos, i bajo bases mas ventajosas que las propuestas por el comodoro Hillyar. Para esto convocó al senado consultivo, i de un acuerdo de este cuerpo resultó la aprobacion de las bases e instrucciones que debian seguir los jenerales O'Higgins i Mackenna para tratar con el enemigo. No importaban estas una pronta i absoluta rendicion como queria Abascal, i como habia pedido Hillyar en virtud de sus poderes: el mismo comodoro se habia penetrado de la ventajosa posicion de los insurjentes, i por su sola voluntad, i despreciando las instrucciones del virrei, llegó a modificarlas i correjirlas.

Esas instrucciones, en verdad, se oponian abiertamente a la anunciada independencia de la nacion chilena; pero tampoco no se sometian sus autores a la antigua sumision de la colonia como lo queria Abascal. Segun ellas el gobierno patriota debia

subsistir tal como fué aprobado por la rejencia española de 1811, i debian salir del pais las tropas realistas, quedando Chile obligado a mandar diputados à la península para arreglar definitivamente todas las diferencias, i a dar todos los ausilios que estuviesen a sus alcances para el sosten de la España. A juicio de Hillyar las bases que le fijaban los insurjentes eran un justo medio entre las avanzadas pretensiones de los dos partidos, i mui aceptables por el virrei que deseaba evitar los horrores de la guerra, i la efusion de sangre. Con ellas partió de Santiago el comodoro ingles, en compañia del doctor don Jaime Zudañez, hábil abogado arjentino, que debia asesorar a los plenipotenciarios O'Higgins i Mackenna.

V. El ejército insurjente estaba entónces reforzado con la division ausiliar que le habia llevado el coronel don Santiago Carrera. Su jefe se preparaba para atacar a Gainza en Talca cuando llegó a Quechereguas el comodoro ingles conduciendo las instrucciones para formar el tratado de paz, i algunas cartas particulares para el brigadier O'Higgins.

Eran estas escritas por vàrios de los personajes de mayor importancia i suposicion en la política del pais, i en ellas se empeñaban en probarle la necesidad que habia de tratar con el enemigo para evitar males de funestísimas consecuencias. El mismo director Lastra, que en su oficio daba a O'Higgins ciertas esplicaciones, no habia vacilado en mandarle que capitulase con el enemigo; i en carta particular le hablaba del hastío que ya habian pro-

ducido en su ánimo los negocios públicos, i del descrédito que siempre acarreaba su direccion.

En vista de esas notas el jeneral O'Higgins aceptó gustoso la mediacion que le ofrecia Hillyar, pero le previno que solo trataria con el enemigo bajo las bases convenidas en Santiago, i que deseaba aun fijar claramente ciertos puntos de importancia. Al efecto el comodoro partió para Talca el dia 27 de abril con el objeto de conferenciar con el jeneral realista, i de dar principio al desempeño de su mision.

Hillyar fué bien recibido por el brigadier Gainza. En la apurada situacion en que este se encontraba era sin duda una importantísima ventaja la espectativa de un tratado que lo salvase de una derrota segura. Pero al ver las bases acordadas en Santiago estuvo a punto de negarse enteramente a entrar en avenencia. Por dos artículos de sus instrucciones, Gainza estaba autorizado para tratar con su enemigo si este consentia en rendirse a fin de alcanzar el perdon de sus faltas; pero las bases que por conducto de Hillyar ofrecian los insurjentes se apartaban mucho del punto de partida que le habia fijado el virrei. En efecto contestó al comodoro ingles que si bien estaba mui dispuesto a tratar con sus enemigos no podia hacerlo bajo las bases que ellos proponian; a esto agregó que no le parecia sin embargo imposible entenderse con ellos, i que convenia pedir un armisticio para tener una conferencia con el jeneral patriota, quedando miéntras tanto el ejército de este en el campamento de Quechereguas.

Esto no era ya posible. O'Higgins se movió con

direccion a Talca en la mañana del 28 i fué a acampar a las casas de Parga, al sur del rio Claro, i el siguiente dia a Santa-Rita a orillas del Lircai. Allí recibió la nota en que Hillyar le avisaba el resultado de su entrevista con el jeneral Gainza; pero léjos de ceder a sus exijencias, le ofició inmediatamente con toda la firmeza i resolucion que las circunstancias exijian de él. "La estacion de las lluvias, decia en su nota, se acerca a gran prisa; i Gainza debe determinarse sin demora a seguir la guerra o a negociar, bien entendido que solo se tratara bajo las bases que estan en su conocimiento." Sin tardanza, i como si sus palabras no mostrasen por sí solas la firmeza de su resolucion, atravesó el Lircai con todo su ejército, i quedó acampado a cuatro leguas de Talca.

Grande fué la consternacion que produjo esta noticia en el ánimo de Gainza. En las noches anteriores las guerrillas insurjentes habian tomado algunos prisioneros realistas, i la marcha de O'Higgins no dejaba la menor duda acerca de sus intenciones, i de su confianza en las fuerzas de su mando. Sériamente alarmado, contestó Gainza en el mismo dia la nota del jeneral patriota: decíale que se hallaba dispuesto a tratar en los términos convenidos, pero que le parecia sumamente necesario tener el dia siguiente una entrevista para ponerse de acuerdo en los pormenores i detalles del pacto, i le fijaba el sitio en que esta debia tener lugar.

En la mañana del dia siguiente, 1.° de mayo, salieron del campamento con direccion a Talca los brigadieres O'Higgins i Mackenna i el secretario

don Jaime Zudañez, escoltados por un piquete de 25 dragones mandados por el capitan don Ramon Freire. En la mitad del camino encontraron a Gainza acompañado por Hillyar i el auditor de guerra don José Antonio Rodriguez Aldea, igualmente escoltados por otra partida de dragones mandados por don Anjel Calvo. Unos i otros se desmontaron en un rancho, en que Gainza habia hecho preparar algunas viandas para almorzar juntos; i allí tuvieron una discusion que duró tres horas consecutivas. En ella O'Higgins no solo no quiso ceder un ápice de sus instrucciones, si no que le fijó al enemigo el término de 30 horas para abandonar a Talca, i el de 30 dias para salir del pais, amenazándolo con el ejército de su mando en caso de no aceptar Gainza este punto del tratado. El jeneral realista, que conocia mui bien su situacion, tuvo que pasar por todo; pero su secretario Rodriguez, mas sincero que él en esta vez, confió a Zudañez los temores que abrigaba de que Abascal no aprobase el tratado.

Esto sin embargo no influyó en el ánimo de las partes contratantes para desistir. Hillyar aseguró que el virrei estaba dispuesto en favor de la paz, i el jeneral Gainza, cuya posicion era mui desesperada si no se concluia el tratado, se manifestó resuelto a adherir a todo. Tratóse tambien de la necesidad de abrir los puertos de Chile al comercio estranjero, como una medida de gran utilidad para el pais, i como un premio para la Inglaterra, que con tanto empeño habia trabajado por la independencia de la monarquia española. Hillyar, O'Higgins i Macken-

na abogaron por la aprobacion de este artículo, i Gainza cedió al fin sin gran disgusto. En el mismo dia se estendió el convenio en términos mas ventajosos aun para los insurjentes que los que señalaban las instrucciones de sus plenipotenciarios. Gainza quedó encargado de hacerlo sacar en limpio, i remitirlo firmado desde Talca para que se le enviase al supremo director, miéntras que el comodoro Hillyar, dando por concluida su mision se volvia a Santiago, conduciendo la primera noticia de quedar concluidos los tratados.

VI. Gainza se separó triste i abatido despues de aquella conferencia. El tratado que acababa de celebrar no era de modo alguno de su agrado; nada le importaba a él que los insurjentes declarasen formar "parte integrante de la monarquía española," porque en el convenio se establecia una especie de independencia disimulada i ciertas bases mui degradantes para el ejército realista. Segun el artículo 6.° sus oficiales no podian gozar en Chile de mas grado que los que tenian ántes de la guerra; por otros artículos debia abandonar todas sus conquistas a los insurjentes, que quedaban sometidos a un gobierno enteramente nacional, i dueños de todo el territorio que ocupaban ántes de la invasion del jeneral Pareja.

A su vuelta a Talca, el jeneral realista se sintió asaltado por dudas i vacilaciones sobre si debia firmar un convenio que iba a acarrearle tanta mengua i tanto desprestijio. Por desgracia suya, su posicion no le permitia negarse desembosadamente a cumplir lo que se habia acordado en la mañana. Se propuso

burlar al enemigo, i creyó que podria aprovecharse ventajosamente del armisticio convenido, cruzar el Maule i seguir su marcha a encerrarse a Chillan, en donde debia defenderse hasta que le llegasen nuevos refuerzos del Perú.

En la misma noche fué O'Higgins informado por sus espías de las determinaciones i preparativos del jeneral Gainza. Inmediatamente se puso sobre las armas, i una hora ántes de amanecer rompió la marcha a la cabeza de todo su ejército para atacar al enemigo ántes que atravezase el rio. Su vanguardia habia avanzado hasta el cerrito de Talca, cuando se presentó al jeneral en jefe un edecan de Gainza, encargado por este de asegurarle su buena disposicion para firmar prontamente el tratado sin reparo ni modificacion alguna, agregando ademas que por demora de sus copistas no le habia sido posible remitírselo firmado.

Esta esplicacion del enemigo detuvo la marcha de O'Higgins; pero dudando siempre de las protestas de Gainza hizo solo un movimiento de flanco i fué a situarse a Cancha rayada, dispuesto a no retirarse de esas inmediaciones hasta que la evacuacion de Talca por las fuerzas realistas le permitiese acuartelar sus tropas en la misma ciudad. Con este propósito el brigadier Mackenna i el capitan Sepúlveda buscaron i atrincherearon un sitio aparente para acampar en la noche sin temor de una sorpresa.

En la mañana del dia 3, O'Higgins recibió, despues de una formal intimacion, los tratados firmados por Gainza, e inmediatamente los remitió a

Santiago para que fuesen ratificados por el supremo director. De acuerdo este con el senado consultivo los firmó el 5, i lo avisó a O'Higgins para que les diese cumplimiento en lo que le correspondia, i exijiese de Gainza la pronta evacuacion de Talca (8).

VII. Sin duda ambas partes contratantes obraron con doblez al estipular aquel convenio. Obligados por las circunstancias, el gobierno insurjente i el jeneral realista habian firmado un compromiso que no querian cumplir. Desde luego uno i otro apelaron a subterfujios i pretestos a fin de no entregar los rehenes prometidos para garantizar el tratado. Los patriotas se negaron a entregar al brigadier O'Higgins, como estaba convenido, escusándose con la necesidad que tenia el pais de este buen servidor, al mismo tiempo que Gainza se negaba a remitir a sus jefes veteranos, i ofrecia a los guerrilleros chilenos que servian en su ejército. Ambos consiguieron fácilmente lo que se proponian i al efecto los realistas dieron a los coroneles don José Hurtado i don José Ramon Vargas, i los insurjentes a don Juan de Dios Puga i don José María Soto, militares de igual graduacion.

Un nuevo inconveniente vino a ofrecerse al exac-

(8) Para la relacion de todas estas ocurrencias he tenido a la vista muchos papeles i documentos de aquella época; pero me ha servido principalmente un diario manuscrito de las conferencias i demas incidentes de la capitulacion, escrito en ingles por el jeneral O'Higgins. No hai pormenor alguno de mediana importancia que no tenga su lugar en ese diario; i la apreciacion de los sucesos es siempre exacta i hasta imparcial. En una nota escrita posteriormente a aquella época se espresa así: "No se puede fallar en justicia si Gainza firmó el tratado de mala fe. Si es cierto que él no salió de Chile como lo habia prometido, tambien es cierto que el gobierno no pudo facilitarle buques para llevar al Callao sus tropas, en número de 2,000 hombres."

to i fiel cumplimiento del tratado, Gainza tenia que evacuar a Talca a las treinta horas despues de habérsele notificado su ratificacion, pero carecia de elementos para ello. En carta de 6 de mayo esponia a O'Higgins su escasez de recursos i la imposibilidad en que se hallaba para moverse de aquel punto. "En este estado, decia con este motivo, ocurro a U., lleno de los mejores deseos i con designio formal de que todo se cumpla, rogándole me ausilie como precisamente lo he menester.... Cien mulas aparejadas i 60 yuntas de bueyes es lo que pido a U. me franquee el dia que llegue la ratificacion; con eso i lo que tengo emprendo el viaje i cumpliré lo ántes que pueda mi contrato (4)."

Estas palabras de Gainza esplicaban a medias su apurada situacion. Asi lo comprendió el jeneral O'Higgins; pero léjos de querer aprovecharse de las circunstancias para destruir al enemigo despreciando los tratados que acababa de firmar, como le aconsejaron algunos jefes, contestó inmediatamente al jeneral realista ofreciéndole no solo los ausilios pedidos sino tambien una division de 800 milicianos de caballeria para servirle en el paso del Maule. Estos socorros salvaron al ejército en su retirada. Con ellos pudo Gainza salir de Talca el 8 de mayo cruzar aquel rio el dia siguiente, i encontrarse por fin en camino para su cuartel jeneral de Chillan.

VIII. Mayores fueron sin duda las dificultades que encontró el jeneral realista para aca-

(4) Carta de Gainza. Mss.—Tengo en mi poder muchas cartas escritas en esas circunstancias por este jeneral i dirijidas a O'Higgins.

llar el descontento de sus tropas. Los tratados que acababa de firmar estaban en abierta oposicion con las opiniones de los suyos i hasta con los intereses de los oficiales i empleados del ejército. Eran estos en su mayor parte chilenos de nacimiento, o españoles avecindados en el pais, relacionados i emparentados con familias chilenas, i no podian resolverse a salir de él para ir a buscar servicio en el ejército del Perú. Ellos veian desbaratadas sus esperanzas de ascensos i elevacion, i se encontraban reducidos a la dura necesidad de alistarse en el ejército de Chile conservando solo el grado i sueldo que tenian ántes de la guerra.

En el cuartel jeneral de Chillan se recibió la noticia con un descontento universal. Los oficiales que no habian cruzado el Maule i los primeros que llegaron a Chillan despues de la vuelta del ejército recriminaron al jeneral Gainza sin rebozo ni disimulo, i hasta se complotaron para quitarle el mando por medio de una revolucion militar. El intendente interino de ejército, don Matias de la Fuente, el secretario frai José Almirall, i el auditor de guerra don José Antonio Rodriguez encabezaban el proyecto, i contaban con la cooperacion i apoyo de muchos jefes de segundo rango.

El jeneral español estaba en el sitio denominado las Trancas de Longaví cuando recibió informe del complot que se tramaba contra él. Temiendo las consecuencias de una conspiracion encabezada por personas de tanta importancia en el campamento, Gainza halló mas prudente demorarse en el camino i despachar a Chillan al coronel don José Balleste-

ros. Llevaba este el encargo de desvanecer las tristes impresiones que los tratados de Lircai habian producido en el ánimo de sus subalternos; apelar a la fidelidad de todos, representándoles que la division i la anarquia eran entónces mas perjudiciales que nunca, puesto que aun estaban al alcance del ejército de O'Higgins, que podia aprovecharse de tan favorable circunstancia, para acabar de batirlos. Sea que esta consideracion influyese en el ánimo de algunos de los caudillos de la proyectada revolucion o que el comisionado no alcanzase a penetrarse bien del espíritu de los militares, a los pocos dias de haber llegado a Chillan, avisó a Gainza, que se hallaba en las orillas del Ñuble, la buena disposicion del ejército para con él (5).

Por insignificante que fuese en sí el proyecto de revolucion, él era la obra del desagrado estraordinario que despertaron la conducta militar del jeneral Gainza, i las degradantes capitulaciones con que concluyó la campaña. Los padres misioneros de Chillan, autoritarios por sistema i hasta entónces parciales decididos de Gainza, se avanzaron a manifestarle su desaprobacion a los tratados del modo mas claro i esplícito. Su guardian o provincial se negó terminante a interponer su influjo i relaciones para hacer reconocer "unos tratados que envolvian la ruina del ejército i la del todo el reino (6)."

Las tropas entretanto i el cabildo de la ciudad no

(5) *Relacion de méritos del coronel Ballesteros.* Mss.—*Revista, etc., etc.,* año de 1814. Mss.

(6) *Relacion de la conducta observada por los PP. misioneros.* Mss.

habian cesado de manifestar su descontento. Nadie en el pueblo aceptaba la paz comprada con el deshonor de las armas realistas, despues de tantos trabajos i sacrificios. El proyecto de conspiracion ganaba terreno de dia en dia entre los jefes i oficiales del ejército, i sin duda habria estallado el movimiento a no emplear algunos, ántes de apelar a las vias de hechos, las representaciones francas i sinceras. Gainza, que conocia mui bien su situacion, supo conciliarlo todo dejando entrever que no cumpliria jámas los tratados de Lircai, i que su propósito era demorar cuanto le fuese posible su salida de Chile, para que llegasen nuevos socorros del Perú (7).

IX. El gobierno insurjente se hallaba en la misma disposicion del jeneral Gainza para no dar cumplimiento a los tratados. Solo el desaliento de sus parciales de la capital i las noticias funestas a la causa de la independencia americana que de todas partes se recibian obligaron al director Lastra a capitular con el enemigo; pero él consideraba el pacto como un armisticio de corta duracion, durante el cual la patria recobraria sus fuerzas, desfallecientes entónces, i se pondria en disposicion de recomenzar la lucha con mayores esperanzas en su resultado.

Estos sentimientos respiran dos notas, dirijida una a don Francisco Antonio Pinto, enviado estraordinario de Chile en Lóndres i otra a don José Miguel Infante, diputado diplomático en Buenos-Aires. "Esté U. cierto, decia al primero en nota de 28

(7) Id. id. Conversacion con el señor don Manuel Barañao.

de mayo, que (Chile) no sucumbe; que está resuelto a ser libre a toda costa, que miéntras mas conoce sus derechos, mas odia la esclavitud: que ha olvidado absolutamente el sistema antiguo: que apetece un sistema liberal, i que proporciona a esta parte de América, la mas abandonada i abatida, las ventajas que hasta hoi ha desconocido. Estos son los íntimos i verdaderos sentimientos de Chile, i estos los principios liberales, bajo que se ha propuesto sostenerse. Si en la correspondencia oficial notase U. alguna ocasion espresiones que digan otro sentido, debe U. creer, que la variacion es accidental, i porque las circunstancias o conducto así lo exijen.—Por este seguro antecedente dirija U. todas sus operaciones i planes, i solo cuando U. vea en estos reinos tanta fuerza que no podamos resistir, dirá U. que Chile cederá al esterior con interior oposicion i violencia que harán algun dia su efecto." "Prevenga U. a Pinto, decia Lastra con la misma fecha al diputado Infante, que Chile está resuelto a ser libre a toda costa, que miéntras mas conoce sus derechos, mas odia la esclavitud; que ha olvidado absolutamente el sistema antiguo, que apetece un sistema liberal, i que proporciona a esta parte de América, la mas abandonada i abatida, las ventajas que hasta hoi ha desconocido, i cuanto mas concurre a descubrirle nuestros íntimos i verdaderos sentimientos (8)."

Sin embargo el supremo director se creyó en la

(8) Estas dos notas se hallan reproducidas en un folleto publicado por Ossorio a su entrada a Santiago, en octubre de 1814, i que tiene por título:—*Conducta militar i política del jeneral Ossorio.*

necesidad de ocultar sus verdaderas intenciones. Con la paz alcanzada habia calmado en parte sus temóres, pero no habian cambiado las circunstancias que lo obligáron a tratar. En la capital se anunciaron los tratados con repique jeneral de campanas, salvas de artilleria i un solemne Te Deum en accion de gracias que se cantó en la iglesia catedral el 9 de mayo, con asistencia de todas las autóridades civiles, militares i eclesiásticas. Por todas partes se celebraba, con encargo del gobierno, la paz que aseguraba el pacto de Lircai. "De hoi en adelante, dijo el supremo director en su manifiesto, no será la sangre de los chilenos, no serán los estragos de la guerra los que compren la felicidad de Chile. Serán las razones, las amigables conferencias, la mútua confianza las que esclarezcan nuestros derechos...... ¿Cuál ha sido el pais que despues de mil victorias ha sacado mas ventajas de la guerra? (9)"

Esas manifestaciones con todo no alcanzaron a desvanecer la funesta impresion que los tratados produjeron en el ánimo de los patriotas mas exaltados. Ellos, los mas valientes el dia del peligro, no podian avenirse con tener que rendir de nuevo vasallaje a la España, i protestaban en secreto contra los tratados, que calificaban de degradantes al honor i a la dignidad nacional. Los oficiales que habian hecho la campaña se manifestaban igualmente dispuestos a desobedecer los tratados i toda pro-

(9) *Manifiesto que hace a los pueblos el supremo director de Chile.* Mayo de 1814.

videncia que tendiese a darle autoridad i prestijio.

Como era de esperarse, las pasiones i rencores entre godos i patriotas no se estinguieron por el solo hecho de haberse concluido el tratado de Lircai. Unos i otros se echaban en cara sus pasadas opiniones con encarnizamiento i calor: sarracenos e insurjentes eran los apodos con que se llamaban en sus disputas i en los pasquines que diariamente amanecian fijados en los puntos mas notables de la ciudad; i, sin cuidarse de la conservacion de la paz, unos i otros hacian cuanto les era dable para mantener encendido el espíritu de bando, hasta el punto de darse de palos en una noche de retreta, en la plaza pública.

El supremo director no pudo ver sin gran pesar el acaloramiento de los ánimos en aquellos momentos, en que, a juicio suyo, se necesitaba de calma i disimulo para ocultar al virrei del Perú el verdadero objeto de los tratados. Alentado por las mejores intenciones creyó que su deber le mandaba ser conciliador: con este deseo mandó publicar un bando en el cual se disponia que "nadie so pena de estrañamiento insultará a otro llamándole sarraceno o insurjente, ni fijará, ni leerá, ni hará conversacion de pasquines alusivos a estas materias." Los consejeros del supremo director creian que este simple mandato bastaria para calmar los espíritus.

En el mismo dia, 11 de mayo, se hizo publicar otro bando de tendencias verdaderamente reaccionarias. Mandábase en él que el ejército nacional, las plazas fuertes, los castillos i buques del pais no usasen de otra bandera que la española, ni

que las tropas llevasen otra cucarda que la que usaban ántes de la revolucion. Segun los considerandos de ese decreto el cambio de bandera, producido por "un abuso de la autoridad de un gobierno arbitrario," habia causado la guerra.

El resultado que inmediatamente produjo dicho bando distaba mucho de ser el que deseaba el supremo director. La bandera tricolor, que aun no tenia dos años de edad, habia guiado al ejército insurjente a la campaña, i contaba ya con el amor de todos los soldados que habian combatido por ella. Estos no pudieron resignarse a obedecer el bando del supremo director; protestaron en secreto contra él, i, para escarnio de la bandera española, que se les mandaba respetar, la pusieron dos dias consecutivos en la horca que estaba plantada en la plaza mayor de Santiago.

No quedaron reducidas a esto solo las manifestaciones de los revolucionarios. En los cuarteles de la capital se recibieron con jeneral desagrado las cucardas españolas que, por órden del gobierno, se repartian a la tropa i a la oficialidad; i mas de una vez se vieron manifestaciones mui francas de desprecio por la antigua escarapela i de adhesion a los colores de la patria. El batallon de voluntarios del mando de don José Antonio Cotapos, que el supremo director mandó volver de Talca, dió el primer dia de su entrada a Santiago una prueba de insubordinacion a las órdenes del gobierno, presentándose en la plaza principal con cucardas tricolores en las gorras de todos los soldados, i dando gritos de ¡viva la patria! El capitan de granaderos don Jo-

sé Santiago Aldunate, que hacia la guardia en el palacio, léjos de emplear la fuerza de su mando para atacar a los voluntarios, siguió su ejemplo pisoteando él i sus soldados la escarapela española, que usaban por mandato del gobierno (10).

En el cuartel jeneral de Talca las protestas no fueron ménos sérias i esplícitas. En la primera revista militar los cuerpos prefirieron presentarse sin estandarte ántes que alzar la bandera española; i tanto en esta ocasion, como en una carrera de caballos, a que asistió casi todo el ejército, la tropa de caballería, a ejemplo del comandante de húsares de la gran guardia don Joaquin Prieto, puso la cucarda en las colas de sus caballos. Para mayor desprecio de los mandatos del gobierno, el jeneral O'Higgins, en vez de castigar este acto de indisciplina, celebró la ocurrencia del comandante Prieto, i disimuladamente impidió que los soldados de su ejército usasen la bandera i la cucarda española, miéntras los tratados no tuviesen la ratificacion del virei del Perú (11).

X. El jeneral, en efecto, era, entre todos los oficiales del ejército, el que estaba mas dispuesto a romper los tratados que él mismo celebró con el enemigo. Convencido como estaba de que Gainza no habia de darles cumplimiento, O'Higgins no cesó de manifestar al gobierno la necesidad de recomenzar la guerra, i de pedir al enemigo la pron-

(10) Conversacion con el jeneral don José Santiago Aldunate.
(11) Noticias comunicadas por el jeneral de division don José María de la Cruz.

ta evacuacion del territorio chileno, en virtud del artículo segundo de los tratados de Lircai.

Gainza por su parte no se hallaba mui dispuesto a dar cumplimiento a ese artículo. Desde que pasó el Maule comenzó a ponderar a O'Higgins las dificultades inmensas que se oponian a la movilidad de su ejército, las lluvias i temporales que lo atajaban, disculpando así su tardanza para salir de Chile. "No podré esplicar bastantemente a U., le escribia en carta confidencial desde Chillan en 18 de mayo, mis trabajos para llegar a esta plaza; han sido i son de todo jénero."—"Ha tres dias decia el 22 del mismo, que estamos casi a oscuras con un temporal tan récio de viento i agua, que lo creo razon suficiente con que contestar su nota, en que me insta sobre la pronta salida de estas tropas (12)."

El jeneral O'Higgins, sin embargo, se cansó de oir esas mismas escusas dos meses consecutivos. Exasperado por la estudiada tardanza del jefe realista, despachó a don Miguel Zañartu i al cura don Isidro Pineda con el cargo de plenipotenciarios hábiles para entenderse con Gainza i disponerlo todo para el mas pronto cumplimiento de los tratados. Su mision estaba reducida a exijirle el cumplimiento del artículo segundo del convenio, i a interponer su influjo para con los habitantes de las provincias meridionales, a fin de que estos cesasen de hostilizar a los realistas en su retirada.

Esta providencia del jeneral O'Higgins puso en

(12) Cartas del jeneral Gainza a O'Higgins. Mss.—Tengo en mi poder muchas otras cartas de Gainza, escritas todas ellas en el mismo sentido.

duro conflicto a Gainza. Los dos plenipotenciarios eran sujetos notables por su penetracion, enerjía i patriotismo; i, segun se presentaban las cosas, no le era ya posible mantenerse en Chillan apoyado en los groseros subterfujios, que hasta entónces le habian servido de escusa para no cumplir los tratados. Entónces, por otra parte, esperaba de dia en dia noticias del Perú, i quizá un poderoso refuerzo con que recomenzar la guerra con mas probabilidades de buen éxito; pero necesitaba mantenerse un mes mas bajo cualquier pretesto, engañando al enemigo a fin de evitar que engrosase su ejército i se preparase para la guerra.

En su apurada situacion, Gainza hizo cuanto le era dable para disimular sus propósitos. Ofició a los gobernadores i subdelegados del camino que debian andar Zañartu i Pineda recomendándoles que los tratasen con la mayor consideracion i respeto, i aun avisó a ambos que habia espedido aquellas órdenes para su recepcion en los pueblos de su tránsito; pero se negó cortezmente a recibirlos en calidad de plenipotenciarios por no traer poderes del gobierno jeneral del reino. Despues de cambiar algunas notas, Zañartu i Pineda, sin aceptar las atenciones de Gainza, dieron la vuelta a Talca a comunicar a O'Higgins el ningun resultado de su mision (13).

La falta del jefe realista quedaba descubierta con esto solo. No era posible ya creer en las protestas de su sinceridad i buena fé despues de la conducta

(13) Tengo en mi poder los documentos relativos a esta mision. Todos ellos no arrojan mas luz que lo que queda apuntado en el testo con detalles de mui poco interes.

que usaba con los plenipotenciarios de O'Higgins. Este mismo, lleno de una justa indignacion, no hizo otra cosa que reclamar del gobierno medidas enérjicas i decisivas contra los enemigos de Chile, i una pronta declaracion de guerra. Su nota, escrita el 26 de julio, manifiesta claramente los sentimientos que lo animaban en aquellos momentos, i su vehemente deseo de recomenzar la guerra contra los "insaciables tiranos" de la América. Es como sigue:

"Exmo. señor.—El dia de esta fecha ha llegado a esta ciudad el licenciado don Miguel Zañartu, i mañana entrará el cura don Isidro Pineda; por la correspondencia que estos señores han tenido con el jeneral Gainza, i que acompaño en testimonio, quedará V. E. cierto hasta la evidencia, que los recelos que desde el principio tuvimos de la poca fé de dicho jeneral, se hallan hoi realizados a pretestos fútiles, ridículos i despreciables, queriendo solo ganar tiempo para saber del virrei del Lima, si ha de dar cumplimiento a los tratados, o si ha de seguir en el propósito de la desolacion del reino, único objeto de estos tiranos insaciables, de la envidia de los virtuosos americanos; V. E. verá cuan claramente se lo espongo en contestacion al oficio de anoche que separadamente he recibido de Gainza, i que acompaño igualmente en testimonio; desentendiéndome de la llegada de Zañartu por esperar la de Pineda que trae un oficio de aquel jeneral que contestaré igualmente tan claro como deseo, i de todo noticiaré a V. E. inmediatamente.

"Con lo dicho solo habria un suficiente motivo para que V. E. inmediatamente hiciese la formal

declaracion de guerra; pero aun hai mas que como aquel jeneral ha tenido siempre dobles intenciones, ha procurado en tiempo hacer cuantas hostilidades le ha suscitado su tiranía en perjuicio de los patriotas de la provincia que ocupa: la casa de Mendiburu ha sido obligada por este pirata a contribuir con diez mil pesos, la de Benavente con cinco mil, i así sucesivamente hasta haber dejado los campos sin ganado, i sus habitantes sin socorro alguno para la mantencion necesaria para sus familias, pues a pretesto de las necesidades de su ejército ha hecho un saqueo jeneral, con el que es de inferirse quiere sostener la guerra, o cuando ménos aprovecharse de todo como buen ministro del señor virrei de Lima; i supuesto pues que ya Chile en la línea de condescendiente toca los límites de humillacion indecorosa que le denigrará a la presencia de los pueblos que sostienen i han sostenido a toda costa su libertad sagrada, es de necesidad, es preciso, i no hai otro medio sino que V. E., a la posible brevedad, haga que se acopie en cajas públicas de esa ciudad hasta medio millon de pesos, exhibidos por los infinitos enemigos de nuestra causa, a quienes inmediatamente se les deberá poner en la mas estrecha captura, hasta consumirlos i esterminarlos al todo, pues es el único medio de que la patria se salve; yo al par el dia de hoi, i por medida de precaucion, les echaré mano a cuantos en esta ciudad sé i me consta deben pagar con sus bienes i la vida las perfidias i traiciones que han fomentado i fomentan contra su suelo, contra la humanidad i contra la quietud pública.

"Defendido asi, señor Exmo., tome V. E. inmediatamente las mas sérias providencias para surtir al ejército de armeros, cañones, obuses, fusiles, i cuantos útiles de guerra sean en abundancia bastantes para una guerra decisiva; con el apresto de cuantas tropas hai en esa capital para que caminen a primera noticia mia: afirme desde ahora V. E., como yo lo hago con mi vida, que no solo haremos cumplir a Gainza con lo estipulado, sino que obligándole cuando ménos a dejar el armamento, i sin necesidad de mandar mártires a Lima, daremos mui en breve un ejemplo al mundo, i recojeremos todas las glorias que habiamos sacrificado en las aras de la humanidad, con asombro eterno de los tiranos del mundo. I bajo el supuesto, que las naciones cultas con la Inglaterra bendecirán las huestes de Chile, que asi saben hacer respetar el órden sagrado de los pactos.

"No es hora ya, Exmo. señor, de trepidar un momento en esta materia, ni V. E. crea en protestas, simulaciones i cuantos mas arbitrios quieran dictar los tiranos de este pais. Tenga V. E. entendido, que aquellos son la causa de todo, i que cuantos males se les irrogue en sus bienes i personas, sin respetar casados ni solteros, son otros tantos grados de honor i gloria, que adquirirá Chile en su sistema, i obligará a las jeneraciones posteriores a bendecir con alegria las sábias manos que fabricaron el firme edificio de su felicidad.

"Bien sabe V. E. que nuestros mayores apuros en la guerra pasada han sido solo por falta de fusiles; i suponiendo en el dia que a nuestros her-

manos los de Buenos-Aires les sobra demasiadamente armamento de toda clase, soi de parecer que V. E. inmediatamente le haga un espreso a aquel exmo. director, significándole la falta que tenemos de este armamento, i los motivos que nos obligan a ponernos a cubierto de las insidias de los tiranos de nuestros sagrados derechos, con cuyas razones i el interes formal que aquel estado tiene en la conservacion del nuestro, no dudo que rápidamente socorrerá con dos mil fusiles, que considero mui bastantes para doblados enemigos; asegurando a V. E. que pondré en esta ciudad tantos soldados de línea, cuantos fusiles sean los que se me remitan.

"Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Talca, i julio 26 de 1814.—Exmo. señor.—*Bernardo O'Higgins.*—Exmo. supremo director del estado chileno."

CAPITULO XV.

I. Prision de los Carreras en Chillan.—II. Alcanzan su libertad.—III. Pasan por el cuartel jeneral de Talca.—IV. Ajitacion que produce en la capital el arribo de los Carrera.—V. Revolucion del 23 de julio.—VI. El ejército de Talca no reconoce al nuevo gobierno.—VII. Se pone en marcha para Santiago.—VIII. Accion de Maipo.—IX. Reconciliacion de O'Higgins i Carrera.

I. El jeneral don José Miguel Carrera i su hermano don Luis permanecian prisioneros en Chillan miéntras O'Higgins dirijia la gloriosa campaña que vino a concluir con los tratados de Lircai. A ellos no les toca en nada la vergüenza de haber reconocido de nuevo la soberanía de la metrópoli; pero tampoco habian alcanzado el renombre que su sucesor obtuvo en el campo de batalla batiendo al enemigo i dirijiendo operaciones bien combinadas.

El mismo dia en que los Carrera i sus compañeros cayeron prisioneros en poder de Lantaño (4 de marzo) (1), fueron conducidos a Chillan, a donde llegaron poco despues de oscurecerse. El coronel Berganza, que mandaba en la plaza, dió la órden de poner en la cárcel a todos los prisioneros, i remitió

(1) Véase la pájina 326.

a los Carrera a la casa del intendente de ejército don Matias de La Fuente, para que este dispusiese de ellos como lo creyese necesario. Por casualidad, La-Fuente habia salido ese dia fuera del pueblo, i cuando volvió, que ya era mui avanzada la noche, encontró en el patio de su casa a don José Miguel i don Luis Carrera, cargados con una barra de grillos i rendidos de cansancio i de fatiga producidos por una marcha precipitada por ásperas laderas i en malos caballos.

El intendente tenia un gran encono contra don José Miguel. Gravemente perjudicado en sus intereses por la confiscacion de una valiosa fábrica de salitres que poseia en Tumbez, La-Fuente guardaba un vivo rencor al jeneral Carrera, atribuyéndole a él lo que era solo efecto de la guerra. Quizá a causa de este encono se puso a su disposicion a los prisioneros; pero el intendente de ejército supo mostrarse jeneroso en aquellas circunstancias. Olvidando sus resentimientos los acomodó en dos cuartos separados inmediatos a su casa, i, aunque les puso una buena guardia para su seguridad, les mandaba diariamente cuanto podia hacer mas lijera su prision. Allí pasaron dos meses consecutivos sin comunicarse ni verse mas que con sus centinelas i los criados del servicio de La-Fuente, que les llevaban la comida.

A los pocos dias de su prision se inició contra ellos la causa criminal, como revolucionarios i traidores declarados a la autoridad i soberania del rei de España. Con este objeto comisionó Gainza al coronel Ballesteros, para que, en calidad de fiscal,

siguiese el proceso hasta dejarlo bastante avanzado, a fin de remitirlo a Lima con los prisioneros. Sea en virtud de órdenes superiores del jeneral, o solo por un efecto del carácter bondadoso de Ballesteros, este los trató con todas las consideraciones posibles, i en los primeros dias de mayo, dando por concluidas sus tareas, salió de Chillan para juntarse a Gainza, e informarlo del resultado de su comision. Entónces el jeneral realista habia celebrado el convenio de Lircai, i la causa de los Carrera i su deportacion al Perú quedó reducida a simples proyectos.

II. A consecuencia de esos tratados O'Higgins i Gainza pusieron en libertad a sus prisioneros de guerra; pero por un artículo secreto los Carrera quedaron siempre en Chillan. El director supremo temia que la presencia de don José Miguel en el campamento ocasionase movimientos i trastornos en el ejército; i a fin de evitarlos dió sus órdenes a O'Higgins para que estipulase un convenio con el enemigo que pusiese al cuartel jeneral al abrigo de los males que él presajiaba.

En virtud de este encargo el jeneral patriota convino con Gainza que los hermanos Carrera fuesen embarcados en Talcahuano, i remitidos a la mayor brevedad al puerto de Valparaiso. Desde allí don José Miguel debia partir para el esterior, con una mision diplomática del gobierno de Chile (2). El

(2) El artículo secreto de los tratados de Lircai, de que se habla en el testo, ha sido desfigurado por los detractores del jeneral O'Higgins. Se ha dicho que este jefe convino con Gainza en remitir presos a los Carrera a las casas-matas del Callao, a la disposicion del virrei del Perú. Si hubiera de desmentir esta asercion reproduciendo todos los

jeneral realista se comprometió formalmente a su cumplimiento.

Apénas hubo cruzado el Maule, Gainza avisó al gobernador de Chillan el convenio que acababa de celebrar con el enemigo. En esta virtud, i por empeño de un oficial italiano que servia en el ejército realista, se les quitaron los grillos a los Carrera, i se les permitió salir libremente de la prision, sin mas garantia que su palabra de honor. Ellos por su parte usaron ámpliamente de esta libertad: contrajeron relaciones con varios oficiales del ejército realista, levantaron entre estos i algunos vecinos un empréstito de quinientos pesos, i se prepararon perfectamente para fugarse. La familia del intendente La-Fuente, a la que visitaban con mucha frecuencia, favoreció su proyecto; i en la noche del 12 de mayo, durante un baile que se daba en la casa de esta, los Carrera, que tambien habian asistido, desaparecieron sin ser notados por la concurrencia. A

documentos que tengo en mi poder, tendria que ocupar muchas pájinas. Baste solo el estracto siguiente de dos interesantes notas. En una dirijida por O'Higgins al supremo director Lastra, con fecha de 9 de mayo, dándole cuenta del resultado de su mision para tratar con Gainza, se encuentran las palabras siguientes: "Entre los tratados celebrados con el jeneral Gainza se acordó que los prisioneros de una i otra parte debian restituirse a sus destinos; entre los nuestros se hallan los caballeros Carrera que tambien deben ser comprendidos i para estos he tratado con el espresado jeneral Gainza, sean conducidos al puerto de Valparaiso a disposicion de V. E."—En otra nota de Gainza, de 13 de mayo, dirijida a O'Higgins para darle cuenta de la evasion de los Carrera, se espresa así: "Celoso de cumplir exacta i relijiosamente, en cuanto alcance nuestro convenio o tratados, dirijí prontamente su órden para poner en libertad los prisioneros de Concepcion i Chillan, previniendo al comandante de este segundo punto que lo es don Luis Urrejola, que los Carrera debian embarcarse en Talcahuano para Valparaiso de lo que debia cuidar."—No he visto un solo documento que manifieste lo contrario de lo que dicen las notas, ni los detractores de O'Higgins lo han citado jamas.

las doce de la noche todo el mundo sabia en Chillan que don José Miguel i su hermano habian fugado: nadie lo estrañó ni lo sintió, porque se conocian sus preparativos, i todos deseaban su evasion. Resueltos como estaban a desobedecer los tratados de Lircai i a recomenzar la guerra, los jefes de la guarnicion de la plaza creian firmemente que los prisioneros excepcionados en el convenio serian el orijen de la discordia en el campamento patriota; i si no fomentaban su evasion al ménos no hicieron nada para impedirla.

Los fujitivos entretanto encontraron en una de las calles estraviadas de Chillan dos caballos ensillados i un muchacho práctico de los caminos, que les habia preparado la señora doña Maria Loaiza, esposa del intendente de ejército don Matias de La-Fuente. Sin pérdida de momentos salieron del pueblo con la intencion de dirijirse a Talca por senderos estraviados.

Aquellos campos se hallaban entónces poblados de bandidos dispuestos a robar i a asesinar al viajero que no tenia la precaucion de acompañarse con las guerrillas que los cruzaban en todas direcciones. La noche estaba oscura i lluviosa, i sin el guia que se les habia proporcionado en Chillan no habrian podido separarse del pueblo ni unas pocas cuadras siquiera. Para colmo de males, el muchacho que los acompañaba tuvo miedo de verse en el campo a aquellas horas de la noche, i se volvió a Chillan, dejando a los viajeros perdidos en un camino que no conocian, i que la oscuridad no les permitia distinguir.

Por fortuna distinguieron a lo léjos la débil luz

que despedia una fogata encendida en un rancho: allí encontraron una vieja que les dió algunas indicaciones del camino, i mas adelante uno de esos mismos salteadores, cuya presencia querian evitar. Los dos hermanos le impusieron miedo: don Luis lo amenazó con una pistola si hacia el menor ademan a dañarlos, i don José Miguel le ofreció una buena gratificacion en dinero si los llevaba hasta Talca por laderas estraviadas. El bandido halagado con la esperanza del premio, e intimidado por las amenazas de don Luis, no vaciló en servirles de guia.

III. El jeneral O'Higgins tuvo noticia de la fuga de los Carrera un dia despues de acaecida. Gainza, que aun no habia entrado a Chillan, se la anunció en la mañana del trece de mayo, desde el sitio denominado las Trancas de Longaví, con una hipocresía mui naturalen su posicion. Lamentaba en su nota este accidente, i se empeñaba, aunque con disimulo i maña, en disculpar a sus subalternos, de la complicidad que el jeneral insurjente debia atribuirles; pero nada le decia en ella de sus providencias para apresar a los fujitivos.

Fuera de esto nada se sabia en Talca del destino i paradero de los Carrera, cuando en la noche del 14 de mayo, poco despues de oscurerse, los dos se presentaron al jeneral O'Higgins en su propia habitacion. Este abrazó cordialmente a don José Miguel, estrechó fuertemente la mano de don Luis, los alojó en su casa, i se empeñó en atenderlos en cuanto le fué posible.

Apesar de todas estas manifestaciones, O'Higgins

tuvo particular cuidado de no divulgar la noticia del arribo de los Carrera. Su presencia en el cuartel jeneral, cuando en él habia tantos jefes que se declaraban en abierta oposicion con la paz alcanzada por el convenio de Lircai, iba a ponerlo en una situacion mui embarazosa. O'Higgins previó males incalculables, i comenzó a temer movimientos i trastornos semejantes a los que embarazaron la realizacion de sus proyectos militares cuando se recibió del mando del ejército.

En esta virtud O'Higgins pidió encarecidamente a don José Miguel i a don Luis que no saliesen de su casa con ningun motivo. Para ocultarles sus temores trató de probarles que tenian muchos enemigos entre los jefes del ejército insurjente, i que él mismo iba a hallarse mui embarazado si alguno de estos cometia algun desacato en sus personas. Pero estas consideraciones nada pudieron en el ánimo de don José Miguel; i, sea que alcanzase a vislumbrar los sentimientos que dictaban este encargo, o que no abrigase temor alguno sobre lo que pudiesen intentar sus enemigos, recorrió toda la ciudad en compañia de su hermano don Luis, jactándose ambos de la alarma que su sola presencia habia despertado en el cuartel jeneral.

Su permanencia en Talca fué sin embargo de esto sumamente corta. Despues de haber visitado a sus amigos, i de haber reconocido personalmente el estado del ejército, se resolvieron sin dificultad a seguir su camino para Santiago. Segun ellos les convenia mucho llegar cuanto ántes a la capital, para que quisieran demorarse mas tiempo en aquel pun-

to. Con este objeto salieron del pueblo en la tarde del 15 de mayo, resueltos a juntarse a su padre que entónces residia en el campo.

IV. La primera noticia de la evasion de don José Miguel i don Luis conmovió grandemente al gobierno de Santiago. A juicio del supremo director, don José Miguel no debia conformarse jamas con verse reducido a llevar una vida oscura, alejado de los negocios públicos, que él habia dirijido a su arbitrio; i el cuidado que los Carrera tomaban para no presentarse en la capital, léjos de acallar sus sospechas, no hizo mas que producir mayor desconfianza.

Don José Miguel i don Luis, en efecto, habian tenido la precaucion de no entrar a Santiago. Con el motivo de que su familia residia en la hacienda de San-Miguel, ellos se dirijieron a este punto, i desde allí dieron parte a Lastra de su arribo con fecha de 19 de mayo. Contestó este evasivamente a don José Miguel, ofreciéndose a servirle en todo aquello que no comprometiese su autoridad; pero, sériamente alarmado con la excitacion que se hacia sentir en la capital, despachó al capitan don Pablo Vargas con un piquete de fusileros a prender a los dos hermanos. Despues de inútiles pesquisas la tropa volvió a Santiago sin noticia alguna del paradero de los perseguidos.

Con esta ocurrencia los temores del gobierno se aumentaron considerablemente. El supremo director no cesaba de culpar a O'Higgins como causa principal de las angustias i zozobras del gobierno. "En lo sucesivo, le decia en una nota de 18 de ma-

yo, es preciso que V. E. abandonando esa parte de bondad que le es característica, sostenga con entereza las determinaciones del gobierno que todas son dirijidas a la conservacion de las glorias que V. E. le ha adquirido." "Los efectos de la fatal condescendencia de V. E., decia en otra nota de 21 de mayo, en el permiso de la venida de los Carrera, motivó la fermentacion del pueblo, i me obligó la providencia ejecutiva de mandarlos prender i asegurar como reos de estado, i atentadores de su libertad (3)."

Desde entónces comenzó para los Carrera una vida errante i de proscripcion; pero, por fortuna, contaban con amigos decididos, dispuestos a servirlos en todo i a sacrificarse por ellos. Don José Miguel ha dicho que entónces tuvo la idea de buscar un asilo contra la saña de sus perseguidores en las provincias del otro lado de los Andes, i que para esto se puso en camino, pero que las nieves habian cerrado todos los pasos de la cordillera, i que mui a su pesar se quedó en Chile.

Sea cual fuere la verdad de este aserto, los amigos de los Carrera no cesaron de ajitarse i de trabajar por un cambio gubernativo. El directorio se habia desprestijiado completamente despues de la ratificacion de los tratados de Lircai. Si habia querido calmar los temores de algunos por la suerte de la guerra firmando un convenio que no pensaba respetar, el director Lastra habia tambien despertado el descontento de los patriotas mas fervientes, de los mas dispuestos a desobedecer al gobierno.

(3) Notas de Lastra. Mss.

Estos no conocian las verdaderas intenciones de los gobernantes, ni los motivos que los habian obligado a capitular con el enemigo; pero murmuraban i combatian el tratado que creian degradante, i se preparaban para romperlo.

V. La presencia de Carrera vino a exaltar mas aun a algunos de estos fervorosos revolucionarios. Un movimiento armado necesitaba de un caudillo influente i atrevido que lo encabezase, i ninguno era mejor que don José Miguel para un trabajo de esta especie. Emparentado i relacionado con muchos oficiales de la guarnicion de Santiago, él podia hacer lo que no les era dado a sus parciales.

La revolucion quedó desde luego convenida i acordada entre ellos. Todos los actores del drama que se preparaba repartieron hábilmente sus papeles entre sí, i solo pensaron en los aprestos necesarios para el movimiento. Miéntras algunos de estos se encargaban de mantener encendido el descontento, de murmurar del gobierno en las tertulias i reuniones, i de propalar noticias falsas o alarmantes sobre la triste situacion del pais, otros se ocupaban en conquistarse prosélitos entre los oficiales de la guarnicion para tenerlos propicios.

El gobierno no ignoraba estos aprestos. Los consejeros del supremo director no cesaron de representarle el peligro de que se hallaba amenazado el órden público; pero Lastra, bondadoso por carácter, no tomó las medidas mas eficaces para sofocar la revolucion en su cuna. Persiguióse si con gran tenacidad i empeño a los dos hermanos Carrera; i despues de mil pesquisas i dilijencias inútiles, una cor-

ta partida de voluntarios, que mandaba el teniente don Blas Reyes, aprehendió en la noche del 9 de julio al coronel don Luis Carrera, en la casa de doña Ana Maria Toro.

Por insignificante que parezca esta ventaja el gobierno la celebró mucho. Inmediatamente se le sometió a juicio, se le tomaron declaraciones acerca del paradero de su hermano don José Miguel, i se dió principio a nuevas dilijencias para prender a éste. Siguiendo la fórmula usada, se le citó solemnemente por edictos i bandos, sin que tanto trabajo diese resultado alguno.

Los parciales de Carrera entre tanto se movian con mas acierto que el gobierno. Todos sus aprestos iban dirijidos a un solo objeto, i fueron tan felices en la combinacion de sus planes, que, apesar del anuncio vago que por todas partes circulaba, las autoridades no tomaron las providencias enérjicas con que se podia sofocar la proyectada revolucion.

En la noche del 22 de julio, en efecto, todo quedó pronto para el movimiento. Sin aparato ni ruido, don José Miguel ocupó el cuartel de artilleria a las dos de la mañana del siguiente dia: su guarnicion, que estaba de acuerdo con él, ni siquiera dió la mas débil señal de resistencia. Desde allí sacó algunos cañones, que colocó en varios puntos de la ciudad, i despachó diversas partidas a aprehender a todas las personas que podian oponerse a sus proyectos; i con órdenes, que hizo firmar a algunos de estos, sometió a su autoridad al batallon de voluntarios. El brigadier Mackenna, el coronel Urízar, el intendente de Santiago don Antonio José de Irisarri

i otros sujetos de menor importancia fueron conducidos al cuartel de San-Pablo. El supremo director Lastra fué tratado con toda consideracion, i quedó en su casa en plena libertad.

Al amanacer la revolucion estaba hecha. A esa hora Carrera ocupaba ya el palacio de gobierno, i el pueblo, atraido por la novedad, se reunia a gran prisa en la plaza principal. De su seno salieron al poco rato el coronel don Rafael de la Sota; el capitan don Antonio Bascuñan i don Cárlos Rodriguez para convocar las corporaciones a un cabildo abierto, segun la voluntad del pueblo.

Acudieron estas a la citacion, i desde luego se comenzó a tratar del cambio gubernativo que exijian las circunstancias. Con una enerjia superior a todo elojio alzaron la voz don Manuel Antonio Recavarren i don Gaspar Marin para protestar solemnemente contra toda mudanza operada por la sola voluntad de los sublevados, i sin derecho ni razon que la justificase. En sus discursos trataron de probar que el cambio de gobierno porque se trabajaba en esos momentos no haria mas que perjudicar a la causa de la revolucion, i echaria por tierra el réjimen representativo que se iba a plantear con el nuevo congreso que trataba de reunir el director Lastra. A ambos contestó don Cárlos Rodriguez en lenguaje igualmente acalorado, defendiendo el movimiento de ese dia como mui necesario para cimentar un gobierno bajo bases sólidas i equitativas.

La mayoria de los miembros de aquella reunion era compuesta de parciales decididos de Carrera i

de sacerdotes u hombres que por su carácter débil no eran capaces de oponerse enérjicamente a sus pretensiones. Recavarren i Marin, viéndolo todo perdido, se retiraron de la sala, dejando a los miembros restantes en completa libertad para llevar adelante el proyectado cambio gubernativo. Desde luego, todos los presentes opinaron por la creacion de una junta de gobierno, i sin mucha discusion se procedió al nombramiento de su personal. Carrera i sus partidarios lo habian arreglado todo tan bien que ni aun hubo diverjencia de votos en la eleccion: despues de una tramoya de poco momento quedó formada la junta con el brigadier don José Miguel Carrera, el presbítero don Julian Uribe i el teniente coronel de milicias don Manuel Muñoz Urzúa.

La nueva forma del gobierno no era sin duda el cambio mas radical que se introducia en la administracion. Las personas que componian la junta, estrechamente ligadas al jeneral Carrera, subian al poder dispuestos a ayudarlo en todo i a servirlo por cuantos medios estaban a sus alcances. Uribe era un sacerdote de carácter fuerte i emprendedor, mas dispuesto a ceñir la espada i a mandar un batallon que a someterse a ser un consejero moderado. Habíase distinguido en Concepcion, siendo miembro de una junta gubernativa de la provincia, por su singular actividad i por la exaltacion de sus principios revolucionarios. Muñoz Urzúa, por el contrario, aparecia ahora por primera vez en el campo de la política. Empleado esclusivamente en el comercio de ganados venia con frecuencia de Curicó, lugar de su nacimiento, i contrajo relaciones estrechas con

los hermanos Carrera. El subia al poder dispuesto a segundarlos decididamente en todos sus proyectos.

Los primeros trabajos del nuevo gobierno llevaban el sello de la resolucion i firmeza que animaban a Carrera i Uribe. En su manifiesto hablaban enérjicamente contra una faccion que habia trabajado por combatir la "felicidad de Chile," i prometian la próxima formacion de un congreso; pero, contra los deseos de los patriotas, guardaban silencio sobre la declaracion de guerra. Sus primeros decretos fueron dirijidos a la remocion del cabildo i tribunal de apelaciones, suplantando a los antiguos miembros de ambos cuerpos con personas que les eran adeptas. Inmediatamente don José Miguel suspendió el destierro de su hermano don Juan José, que habia sido confinado a Mendoza por el director Lastra, puso en libertad o confinó a varias provincias de Chile a algunas de las personas apresadas en los primeros momentos de hecha la revolucion, i desterró a Mendoza a las mas importantes entre ellas (4).

Con no menor actividad la junta gubernativa

(4) He aquí una lista de los desterrados a Mendoza.—Brigadier don Juan Mackenna, don Antonio José de Irisarri, doctor don Hipólito de Villegas, don Juan Agustin Jofré, doctor don José G. Argomedo, el padre Oro, provincial de Santo-Domingo, el padre Jara, don Nicolas Matorras, don José Antonio Ariz, don Agustin Llagos, el coronel don Fernando Urízar, el sarjento mayor don Francisco Formas, i el padre Arce.—Cuando estos pasaban la cordillera, se encontraron con don Juan José Carrera, i allí se demoraron un corto rato. El brigadier Mackenna sostuvo con él una corta conversacion sobre los sucesos de Santiago, i acabó por decirle: "U. vuelve a Chile cuando nosotros salimos de él: ántes de cuatro meses todos los patriotas chilenos que escapen del campo de batalla vendrán a juntarse con nosotros. Veo mui próxima la ruina de la patria, i el triunfo de los godos." (Noticia comunicada por don Antonio José de Irisarri.)

anunció su formacion a todos los pueblos i villas cabeceras para obtener su formal reconocimiento. Con igual prontitud mandó salir de Santiago al teniente coronel don Diego José Benavente, con encargo de llevar comunicaciones para el jeneral O'Higgins avisándole el movimiento efectuado en la capital i el cambio producido en el gobierno. Benavente debia llegar hasta Chillan i entregar una nota al jeneral Gainza, en que la junta le manifestaba su "deferencia al pacto de Lircai," i los buenos deseos que tenia de respetarlos i hacerlos respetar en todas sus partes (5).

(5) La nota que conducia Benavente fué entregada al jeneral O'Higgins, i pasó mas tarde al poder de Carrera, en cuyas manos se estravió, sin duda, puesto que no se encuentra citada en ninguno de los opúsculos i memorias que se han escrito sobre aquellos sucesos; pero, por fortuna, se ha conservado otra nota a Gainza en que Carrera aludia a su primera, i en que espone lo que yo asiento en el testo. Es la siguiente:

"Sobre una silla de gobierno a que jenerosamente me han ascendido mis conciudadanos, i con toda la dignidad de su representacion, aseguro a V. S. que conozco la responsabilidad de mi comision: que sé mis deberes: que nunca abusaré de su confianza. Chile será feliz en cuanto alcancen mis facultades: i quisiera cubrirlo, quisiera asegurarlo a costa de mi propia sangre.

"A la entrada de gobierno escribió a V. S. la junta su deferencia a los pactos que nos impone la capitulacion de mayo, i protesta siempre soldar su cumplimiento, si es posible enmendar sin indecencia la disolucion que V. S. nos anuncia penosamente.

"Tales son los sentimientos que nos animan, tal es mi verdadero empeño. V. S. los leerá mas espresivos en los pliegos que firma el gobierno.

"Bien convencido de las obligaciones de mi majistratura, no necesito para ellos la esperiencia, el honor, ni el talento, de que V. S. me escribe con la larga franqueza que reconozco. Creo los recomendables de V. S. i todas sus virtudes dispuestas al mismo fin. Seremos pues felices, i llevaremos a los pueblos la quietud i la conveniencia enterando sus relaciones i su comercio.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago 19 de agosto de 1814.

José Miguel de Carrera.

Señor don Gavino Gainza, brigadier i jeneral en jefe del ejército de Lima.

El decreto i el bando que siguen ratifican lo mismo.

VI. Benavente llegó al cuartel jeneral de Talca el 27 de julio, pocas horas despues de haberse divulgado en el pueblo la noticia de la revolucion operada en la capital. En esos dias O'Higgins se sentia vivamente preocupado con la idea de recomenzar la guerra con los realistas, como lo habia pedido al director supremo descubriéndole la falsia de Gainza. El cambio de gobierno era un sério contratiempo para la realizacion de sus proyectos; i la mision de Benavente cerca del jeneral realista le esplicaba claramente cuales eran las determinaciones de la junta a este respecto.

O'Higgins desaprobó desde luego la revolucion

DECRETO DEL GOBIERNO.

Santiago, agosto 19 *de* 1814.

"Visto con lo espuesto por el senado que representó al Directorio desde 4 de julio i ha repetido; por el cabildo; conforme al clamor jeneral, i en efecto de la conveniencia convencidas en diversos serios acuerdos de gobierno, se declara libre i franca la carga i salida de los buques anclados en Valparaiso, i su comercio con los puertos del virreinato del Perú. ¿Para qué la paz, si corren los años sin sentir su fruto? Las últimas comunicaciones del señor jeneral don Gavino Gainza ratifican la duracion de nuestras capitulaciones. Publíquese en bando esta providencia, imprímase, i circúlese al reino.

Carrera—Uribe—Muñoz—Diaz.

BANDO.

"Silencio: las razones a la razon de la necesidad i la conveniencia. Desde hoi es libre la carga i salida de los buques anclados en Valparaiso i su comercio con los puertos del virreinato del Perú. Asi ha declarado el gobierno en efecto de la capitulacion de mayo, en atencion a representaciones que ha repetido el senado desde 4 de julio, a los informes del cabildo, i al clamor jeneral. Sientan el Perú i Chile el fruto alhagueño de una paz celebrada tantos meses ha, descansen ambos pueblos en su duracion que ratifican las últimas comunicaciones del jeneral Gainza. Sala de Despacho de Santiago, agosto 19 de 1814.

José Miguel de Carrera—Julian de Uribe—Manuel Muñoz i Urzua—Agustin Diaz, Escribano de gobierno.

En medio del embolismo gerundiano en que estan concebidos estos tres documentos el lector podrá comprender que la junta gubernativa no queria la disolucion de los tratados de Lircai, como han escrito los parciales de Carrera.

operada en Santiago. Para él el gobierno depuesto era el único legal, i no se hallaba en disposicion de reconocer a la junta formada por medio de un movimiento tumultuario. Sus amigos de Santiago, personajes importantes en la política, miembros muchos de ellos del cabildo o de los tribunales de justicia, le escribieron reservadamente pidiéndole su cooperacion i apoyo para desbaratar la junta gubernativa. Estas cartas llegaron a Talca casi al mismo tiempo que Benavente: despues de su lectura O'Higgins mandó apresar al emisario de Carrera, i anunciar al ejército en la órden del dia la revolucion de Santiago, recordándole el deber en que estaba de hacer respetar al gobierno caido. Segun sus propias palabras, era necesario tomar las armas para restablecer el directorio.

El jeneral en jefe sin embargo no quiso echar sobre sus hombros toda la responsabilidad de la empresa que iba a acometer. Citó a todos los jefes del ejército para un consejo militar, i les concedió derecho de voz i voto a todos los oficiales desde la clase de capitan. Ellos debian discutir entre sí i resolver lo que fuese mas conveniente a la causa pública.

La reunion tuvo lugar el mismo dia 27 de julio al anochecer. A ella asistieron todos los oficiales del ejército, con la sola excepcion del coronel don José María Benavente, que desde algunos dias atras estaba retirado con licencia en la hacienda de Cumpeu. El jeneral O'Higgins abrió la discusion con un corto discurso en que esplicaba la situacion del ejército en aquellas circunstancias. "Yo,

dijo solemnemente, no deseo seguir mas tiempo a la cabeza del ejército, pero tampoco quiero sacrificar la obediencia de la tropa poniéndola a disposicion de los que han escalado el gobierno por medio de un motin."

Sus palabras fueron mui bien acojidas por todos los presentes. Carrera no tenia muchos partidarios en el ejército; i los pocos oficiales que no estaban predispuestos en contra suya no se atrevieron a hablar una palabra, i se dejaron arrastrar por el influjo del jeneral i de sus adeptos. La discusion no fué larga ni acalorada: todos los oficiales se manifestaron acordes i dispuestos a marchar hasta Santiago para reponer con las armas al gobierno caido.

VII. Apesar de tan enérjica decision la salida de Talca se retardó algunos dias. Sea que O'Higgins esperase que la actitud que habia tomado el ejército inclinase a Carrera a una transaccion que evitase el derramiento de sangre, o que no poseyese los medios de movilidad de que necesitaba para emprender la marcha, la salida de las tropas de su mando principió solo el 6 de agosto.

En ese dia salió la primera division compuesta de un escuadron de dragones que mandaba don Andres del Alcázar i dos cañones a las órdenes del capitan don Nicolas Garcia. Siguiéronla por partes los otros cuerpos de modo que solo el 13 de agosto se encontró fuera de Talca todo el ejército. El jeneral O'Higgins dejó en esta ciudad alguna tropa, i al comandante interino de húzares de la Gran Guardia don Joaquin Prieto con el mando político i militar de aquellas provincias.

La marcha de O'Higgins se hacia con lentitud. Deseoso al parecer de transar con Carrera i evitar la efusion de sangre, no se apuraba mucho en llegar cuanto ántes a Santiago.

Cuando se hallaba en Rancagua en efecto recibió a don Antonio Hermida i a don Ambrosio Rodriguez en calidad de parlamentarios mandados por Carrera invitándolo a transacciones pacíficas; pero eran tan desventajosas sus propuestas que casi equivalian a una rendicion. Segun ellas el gobierno debia quedar como lo formó la revolucion del 23 de julio, O'Higgins i don José Miguel tomarian cada uno el mando de un cuerpo del ejército, i darian el mando jeneral a un tercer jefe, que no podia ser otro que alguno de los hermanos de Carrera. O'Higgins se negó decididamente a tratar bajo esa base.

El jeneral en verdad creia que una parte de sus tropas bastaria para disolver la junta gubernativa. En esa persuasion marchaba él a la vanguardia con el batallon de infantes de la patria, el escuadron de dragones, dos cañones i algunas guerrillas de caballeria que mandaban oficiales de su entera confianza. El 26 de agosto O'Higgins atravezó el el Maipo a la cabeza de estas tropas, miéntras que el resto de su ejército, que no le inspiraba tanta seguridad, permanecia acampado en fracciones en varios puntos del camino. En ese mismo dia los granaderos estaban acampados en el Mostazal, los húzares en Rancagua i el parque de artilleria, que custodiaba una partida de dragones al mando del

teniente don José María de la Cruz, se encontraba todavía en Rengo (6).

VIII. Don José Miguel Carrera entre tanto no se habia dado un momento de descanso. Habia hecho reconocer la autoridad de la junta en los pueblos mas inmediatos a Santiago por medio de los ayuntamientos, i con el empeño de sus emisarios, i habia tomado medidas activas para hacerla respetar. El gobernador de Valparaiso don Francisco Formas, que se negó a reconocerla, fué suplantado por el coronel de milicias don Francisco Javier Videla.

Tan luego como supo por la relacion de su emisario Benavente la actitud que habia tomado el ejército de Talca, comenzó a dictar todo jénero de providencias a fin de formar algunos cuerpos de tropas para resistir a O'Higgins. En la capital estaba entónces el rejimiento de voluntarios, i habia ademas alguna fuerza de granaderos i una brigada de artilleria; pero Carrera no podia tener plena confianza en los granaderos, i no consideraba el resto suficiente para oponerse a los veteranos del ejército del sur. A fin de proveerse de caballeria, hizo reunir i venir a Santiago todas las milicias de Aconcagua a las órdenes de su comandante don José María Portus. Si esos cuerpos carecian de instruccion militar, en cambio estaban intactos porque hasta entón-

(6) Para la relacion de estos sucesos he tenido a la vista la *Memoria de los hech. mas not. de la revol.*, atribuida al jeneral O'Higgins, cap. XVII. Mss., i me han servido mucho algunos detalles comunicados por el jeneral don José María de la Cruz, i el coronel don Pedro N. Vidal.

tes ninguno de sus soldados habia salido a campaña.

Nada de esto sin embargo bastaba a calmar los justos temores de don José Miguel. Desde su exaltacion al mando no habia pasado casi un solo dia sin que se hiciesen sentir diversos síntomas de una contrarevolucion, cuyas ramificaciones se estendian hasta las tropas de su mando. Por esta causa pensó en capitular con O'Higgins; pero, como no queria desistir de sus propósitos, vió desechadas sus propuestas por su rival.

Desde luego no le quedaba mas arbitrio que batirse en batalla campal. Sus tropas eran pocas i mal disiplinadas; pero confiado en su fortuna i en los recelos que manifestaba O'Higgins por sus soldados, no vaciló un instante en adoptar este arbitrio. Salió en efecto de la capital al mando de sus tropas i fué a colocarse en el espacioso llano de Maipo: allí destacó diversas partidas para inspeccionar los movimientos del enemigo.

En la mañana del 26 de agosto se avistaron las fuerzas de O'Higgins en la hacienda de Chena. Don Luis Carrera, que se habia adelantado a su hermano con la mayor parte de su ejército, en vez de pensar en atacarlos, trató solo de replegarse a Santiago, dejando en observacion algunas milicias de caballeria. O'Higgins habia cruzado el rio sin dificultad alguna; i desde luego sus guerrillas comenzaron a esplorar el campo, i a tirotearse con las milicias de Carrera. Una de esas guerrillas, que mandaba el bizarro capitan don Ramon Freire, desobedeciendo las órdenes del jeneral, cargó vale-

rosamente contra los milicianos, los obligó a ponerse en precipitada fuga, i los persiguió de cerca sin darles un momento de descanso.

Don Luis Carrera entretanto se habia replegado prudentemente mas al norte del punto denominado Tres-Acequias. Trabajábase entónces el cauce de Ochagavia: los desmontes de tierra i piedra de la obra formaban al lado norte del canal un débil parapeto de que supo aprovecharse don José Miguel. Segun habia acordado de antemano, colocó allí infantes i dejó a su retaguardia un cuerpo de 250 fusileros montados que mandaba el teniente coronel don Diego José Benavente. Su plan estaba reducido a mantenerse allí a la defensiva, resistir las primeras cargas del enemigo, i despues evolucionar con sus jinetes.

Antes de mucho rato se acercaron a la vista de Carrera los milicianos de su mando, siempre perseguidos por la guerrilla de Freire. Contra las órdenes terminantes de O'Higgins se acercó éste hasta ponerse a la vista de don José Miguel: sus soldados sufrieron el fuego i volvieron atras en desórden. Cargó entónces O'Higgins con el grueso de sus fuerzas, i sin arredrarlo las posicion de su enemigo se acercó hasta cambiar sus fuegos con él. Sus dos cañones, que mandaba el valiente capitan García, dirijieron sus tiros contra la línea de don José Miguel; pero la artillería de éste, mas numerosa que la de su enemigo, rompió sus fuegos, sino con certera puntería, al ménos con bastante actividad para no permitir que avanzasen las tropas de O'Higgins. La accion se sostuvo bien por mas de una hora, sin

grandes perjuicios para los combatientes, i sin que ninguno de los dos retrocediese un solo paso.

El comandante Benavente, entre tanto, se separó mañosamente del campo de batalla, i, dando un rodeo por el oriente, cayó sobre el flanco derecho i la retaguardia de la division de O'Higgins. Los soldados de Benavente rompieron un nutrido fuego de fusil que hizo bastantes estragos en las filas enemigas, i alcanzaron a introducir el desórden i la confusion. Algunos jefes subalternos de O'Higgins, i éste mismo, quisieron cambiar de frente para batirse con la tropa que los atacaba de cerca: pero sus soldados no estaban en disposicion de obedecer sus órdenes i comenzaban a dispersarse por todas partes. El comandante Alcázar se vió abandonado por sus dragones, i los infantes, que mandaba el coronel Larenas, tomaron el mismo camino que habian traido. Inútil fué que O'Higgins impartiese toda clase de órdenes i que el valiente capitan Garcia sostuviese la accion con sus cañones por algun tiempo mas: la tropa no obedecia ya a las órdenes de sus jefes, i nadie pensaba en otra cosa que en tomar la fuga. O'Higgins, guiado por su ayudante Barnachea i acompañado por Alcázar, las guerrillas de Freire i de Anguita i algunos otros oficiales de caballeria, marchó por Lonquen i repasó el rio Maipo sin ser perseguido. El comandante Elizarde i Larenas con sus infantes siguieron por la hacienda de Chena, burlando en cuanto les era posible la persecucion de Benavente.

La division de Carrera quedó dueña del campo. Miéntras la jornada costaba a las tropas de O'Hig-

gins mas de cuarenta muertos i setenta prisioneros, las de don José Miguel tuvieron solo cuatro o cinco muertos i unos pocos heridos. A las ocho de la noche, no teniendo nada que temer de sus enemigos, que no se divisaban por ninguna parte, se replegó toda su division, por encargo de don Luis Carrera, a las casas de Ochagavia. Inmediatamente se hizo salir para Santiago a los prisioneros enemigos i se tomaron todas las providencias necesarias para pasar allí la noche.

IX. Despues de anochecer llegó O'Higgins a las casas de la hacienda de doña Concepcion Jara, situada al lado sur del rio Maipo. A ese punto se fueron replegando los dispersos de su division; i tanto el jeneral como algunos jefes subalternos pasaron la mayor parte de la noche en tomar providencias militares para alojar bien a sus soldados i evitar una sorpresa. En la misma noche despachó órdenes terminantes al comandante don Juan Rafael Bascuñan, que se hallaba en el Mostazal, para que se le juntase inmediatamente con los granaderos i la artilleria. Con igual urjencia despachó otros propios con las mismas órdenes para que se le reuniesen los húsares, que estaban en Rancagua, i el parque que aun se hallaba en Rengo.

Esperaba O'Higgins la llegada de estos cuerpos para volver a atravesar el rio Maipo, cuando sus partidas de retaguardia le presentaron a un oficial realista que marchaba con direccion a la capital, acompañado por un corneta. Era este el capitan don Antonio Vites Pasquel, oficial español a quien O'Higgins habia conocido en tiempo atras. Reci-

bióle afectuosamente, i tuvo con él una larga conferencia, que ambos sostuvieron en frances para que no les entendiesen los jefes i oficiales del ejército de O'Higgins. Pasquel le anunció a éste que acababa de desembarcar en el puerto de Talcahuano una respetable division de tropas españolas, a las órdenes del coronel don Mariano Ossorio, a quien mandaba el virrei Abascal para concluir la reconquista i pacificacion de Chile. A todo esto agregó que él mismo era parlamentario de Ossorio, que conducia un pliego para el gobierno jeneral de Chile, pidiéndole la rendicion de su ejército, como el único arbitrio capaz de salvarlo de su saña. Segun se espresó, Ossorio estaba dispuesto a marchar inmediatamente sobre Santiago si no eran aceptadas sus propuestas. El mismo Pasquel, que habia salido de Chillan el 21 de agosto, a los tres dias de haber ocupado Ossorio aquella plaza, aseguraba que lo habia dejado mui adelantado en sus preparativos de viaje. Pasquel habia marchado con toda precipitacion para entregar las comunicaciones de que era conductor. En la mañana del 26 de agosto salió de Curicó, en la tarde llegó a Rengo, en donde encontró el parque de la división de O'Higgins, i a las dos de la madrugada del siguiente dia siguió su viaje para Santiago (7).

(5) Se ha pretendido que el parlamentario Pasquel hizo su viaje a Santiago midiendo sus marchas para llegar al campo de batalla despues que se hubiesen batido O Higgins i Carrera. Mal pudo suceder esto cuando Pasquel salió de Chillan en la mañana del 21 de agosto, conduciendo un pliego que habia sido firmado en la tarde del dia anterior, i que tuvo que cruzar una gran porcion de territorio en la peor estacion del año, cuando las lluvias habian convertido en intransitables fangales los caminos de las provincias del sur. Del mismo

En vista de estas exijencias, O'Higgins contestó al parlamentario realista que nada podia hacer él en el particular, i que debia entenderse con el gobierno de la capital. Pasquel siguió su viaje para Santiago, cruzó el rio Maipo por el punto denominado los Morros, i se encontró en el campo de batalla con el comandante Benavente, que en esos momentos se ocupaba en enterrar los muertos de la jornada del dia anterior. Presentólo éste al jeneral Carrera para que le entregase los pliegos de que era conductor.

Grande fué la sorpresa que causó en el ánimo de Carrera la lectura de la nota de Osorio. El tono altanero en que estaba concebida, las amenazas que dirijia al gobierno insurjente, si éste lo ponia en la necesidad de usar de la fuerza, i el desden con que pretendia mirar a la revolucion de Chile i a sus hombres, exaltaron sobre manera el ánimo inflamable de Carrera. El parlamentario Pasquel, que se apresó delante de él con descomedimiento i hasta insolencia, quedó preso en un cuartel de Santiago.

El jeneral O'Higgins entretanto no habia quedado impasible en el punto que ocupaba despues de su entrevista con Pasquel. Inmediatamente escribió una nota a don José Miguel allanándose a todo pa-

modo se ha asegurado que O'Higgins salió de Talca en los mismos dias en que Osorio ocupaba a Chillan, i que aquel tenia noticia del arribo del jeneral realista i de sus hóstiles aprestos en esta ciudad. Las últimas partidas del ejército de O'Higgins salieron de Talca el 13 de agosto, el mismo dia en que la espedicion de Osorio desembarcaba en Talcahuano; i solo el 18 de ese mes llegó a Chillan el jeneral realista. La cronolojia, la guia mas segura de la crítica histórica, tiene aun que desvanecer muchos errores sobre aquellos sucesos, i muchos cargos injustos que se han hecho a los padres de la patria.

ra reorganizar el ejército insurjente i resistir al nuevo jeneral realista. Pedia en ella la union de todos los chilenos en favor de una sola idea, que se hiciese un buen arreglo en el gobierno jeneral del estado i en la organizacion del ejército, i se ofrecia a servir en cualquier puesto militar para batirse con el enemigo. Con esa nota marchó para Santiago el coronel de milicias don Estanislao Portales.

En el mismo dia salió O'Higgins a juntarse con una division de sus tropas que se hallaba acampada en las casas de la hacienda del hospital. Ocupóse allí en dictar las medidas necesarias para la reorganizacion de sus tropas, no ya con el objeto de marchar de nuevo contra el gobierno de Santiago, sino para resistir al ejército de Ossorio.

Hallábase aun allí el 31 de agosto cuando volvió el coronel Portales trayendo la contestacion de don José Miguel. Era esta sumamente vaga en el fondo: si bien el jeneral Carrera se manifestaba en ella dispuesto a hacer cualquier sacrificio para rechazar al jactancioso Ossorio, nada decia sobre el arreglo necesario para unir las dos divisiones que acababan de batirse. O'Higgins reunió inmediatamente a los oficiales de mayor graduacion para discutir los medios mas conducentes a un buen arreglo. "Se adoptó por la totalidad, dice este jeneral a don José Miguel en su nota del mismo dia, el medio humano i conciliatorio de aproximar las fuerzas del ejército a la capital en igual distancia a la que debe estar el ejército del mando de V. S.; que en tal disposicion de las fuerzas, que no puedan violentar la eleccion se elija por el pueblo un

gobierno provisorio, presidiendo dicha eleccion, con facultades de calificar los votos, el cabildo depuesto, siendo precisa condicion que a esta asamblea libre no concurra individuo alguno de los dos ejércitos, i que se restituyan inmediatamente para que sancionen este acto en union de los demas los ciudadanos que estuvieron espatriados por sus particulares opiniones."

Carrera sin embargo no se avino a aceptar este partido que se le proponia. Sea que no creyese mui prudente el arbitrio propuesto por O'Higgins de hacer en aquellos momentos elecciones populares, o que sospechase que el resultado de estas no le fuese favorable, don José Miguel se negó decididamente a aceptarlo. En este sentido le dirijió una nota citándolo a una entrevista personal para avenirse definitivamente, i aprovechar el tiempo que se perdia en escribir oficios i contestaciones.

La entrevista tuvo lugar en los callejones de Tango. Allí se juntaron ambos jenerales en la mañana del dia 2 de setiembre, i, despues de una corta conferencia, se estrecharon cordialmente entre sus brazos, prometiéndose ámbos olvidar todo lo ocurrido. O'Higgins quiso sacrificarlo todo ante el peligro de la patria, desistió de todas sus pretensiones, se ofreció a servir a las órdenes de su rival, en cualquier puesto del ejército con tal que se le colocase en un punto en que debiese batirse con el invasor. Segun sus propias palabras, nada le importaban los honores i las distinciones cuando se trataba de pelear con el enemigo.

El dia siguiente Carrera i O'Higgins entraron

a Santiago, i ámbos fueron a hospedarse a la casa del primero. Recorrieron juntos las calles de la poblacion, i visitaron los cuarteles manifestando por todas partes la unidad de sus intenciones i la buena armonia que reinaba entre ellos. "Un mismo deseo, un mismo propósito, decia una proclama firmada por Carrera i O'Higgins que circuló en Santiago el dia 4, animan el corazon de ámbos jenerales i de toda la oficialidad.... La muerte será el término preciso del que recuerde las pasadas disensiones condenadas a un silencio imperturbable.... Conciudadanos, compañeros de armas, abrazaos i venid con nosotros a vengar la patria, a afianzar su seguridad, su libertad, su prosperidad con el sublime triunfo de la union."

Apesar de esta reconciliacion, sincera en verdad por parte de muchos, hubieron aun algunas pendencias entre los soldados de ámbas divisiones, en que se llegó hasta a hacer uso de las armas. Los jenerales no creyeron que era este un motivo fundado de alarma, i solo trataron de reunir i engrosar el ejército. O'Higgins salió de Santiago el 5 de setiembre a juntarse con sus tropas, para organizar la primera division. Siete dias ántes, el 27 de agosto, la junta gubernanativa habia contestado la nota de Ossorio, en términos atrevidos i enérjicos; i, declarándose defensor de los tratados de Lircai, acusaba al virrei Abascal de déspota, que pensaba tiranizar la América, en perjuicio de los intereses del rei de España i contra sus órdenes.

La guerra iba a comenzar de nuevo.

1914
1770
144

CAPITULO XVI.

I. Antecedentes biográficos del jeneral Ossorio.—II. El virrei Abascal le dá el mando del ejército de Chile.—III. Sus aprestos para abrir la campaña.—IV. Trabajos combinados de Carrera i O'Higgins para resistir al enemigo.—V. El jeneral O'Higgins ocupa a Rancagua.—VI. Ossorio intima rendicion a los insurjentes.—VII. Atraviesa el Cachapoal i avanza hasta Rancagua.—VIII. Manda a sus divisiones a sitiar la plaza.—IX. Heroica defensa de Rancagua.—X. O'Higgins pide a Carrera que ataque con la tercera division.—VI. Movimientos de éste.—XII. O'Higgins se abre paso por entre los sitiadores salvando una parte de sus tropas.—XIII. Los realistas ocupan la plaza.

I. El jeneral español que acababa de desembarcar en el puerto de Talcahuano para tomar el mando del ejército realista de Chile, era el coronel de artilleria don Mariano Ossorio. Formado en el ejercicio de las armas este jefe habia adquirido la reputacion de un militar valiente i entendido, capaz de llevar a cabo empresas importantes. En el Perú sobretodo se habia granjeado muchas simpatias por su carácter afable i cortez, i ante el vulgo alcanzó todo el prestijio de un hombre importante bajo muchos aspectos.

Ossorio nació en Sevilla por los años de 1770. Hizo sus estudios en un famoso colejio que habia entónces en Segovia, i desde luego se contrajo a las matemáticas i ciencias militares. Sus padres

lo dedicaron a la carrera de las armas desde el colejio. De allí salió a servir en el real cuerpo de artilleria, i habia alcanzado el grado de capitan a la época de la invasion francesa en la península. Tuvo la fortuna de ocupar puestos distinguidos durante la gloriosa lucha de la independencia española, i por tanto de obtener rápidos ascensos. Hallóse en el primer sitio de Zaragoza, i, segun constaba de sus títulos, se batió con valor en el servicio de una bateria. En uno de los infinitos combates que sostuvieron sitiados i sitiadores, Ossorio fué herido por una bala de cañon que le llevó la pantorrilla de la pierna derecha. Esta desgracia le granjeó la reputacion de un militar valiente.

En 1812 pasó al Perú con el grado de coronel de artilleria, i en calidad de maestro de matemáticas de un colejio militar. El virrei Abascal estaba entónces escaso de jefes para sofocar la conflagracion revolucionaria que tenia preocupada su atencion; pero mantuvo siempre en Lima al coronel Ossorio como hombre mui útil que debia guardar para un caso estremo.

II. A fines de junio llegó a Lima la noticia del pacto celebrado en Lircai por el jeneral Gainza. Desde luego Abascal se negó decididamente a aprobarlo, i solo pensó en reforzar el ejército de Chile, mudarle jefe i hacer abrir una nueva campaña reconquistadora. Su camarilla, que siempre se habia manifestado disgustada con la eleccion del brigadier Gainza, le indicó al coronel Ossorio como un militar capaz de llevar a cabo la proyectada empresa. Al virrei le agradó esta indicacion: él tenia

por Ossorio mucha afeccion, i si bien no habia concebido una alta idea de sus talentos militares, pensaba que podia mui bien pacificar a Chile.

Habia llegado de España poco tiempo ántes, el 25 de abril, el navio *Asia*, conduciendo a su bordo el rejimiento de Talavera, que mandaba el coronel don Rafael Maroto. De este cuerpo sacó Abascal 550 hombres bien disciplinados, tomó 50 artilleros de la guarnicion de Lima i el Callao, reunió un reducido cuerpo de oficiales, considerable porcion de municiones, efectos i dinero, i puso todo esto a disposicion del coronel Ossorio, fijándole las instrucciones conforme a las cuales debia obrar en la campaña. Segun ellas él desaprobaba en todas sus partes los tratados que celebró Gainza; i no autorizaba a su sucesor para tratar bajo otra base que no fuese una completa rendicion de los insurjentes (1).

Destinóse el navio *Asia* para el transporte de la espedicion. Embarcóse en él el coronel Ossorio en medio del entusiasmo de sus soldados, que creian marchar a un simple paseo militar. El 19 de julio se alejó de las costas del Callao, dejando al virrei en la confianza de que Chile seria reconquistado.

III. La espedicion reconquistadora entró al puerto de Talcahuano el dia 13 de agosto. Inmediatamente se dió principio al desembarco de las tropas, i ántes de pocas horas todas las fuerzas habian bajado a tierra sin dificultad ni averia alguna. La poblacion de Talcahuano i las autoridades de

(1) *Instruccion que deberá observar el coronel Ossorio en el mando del ejército real de Chile a que va destinado*—inserta en el *Pensador del Perú.*

Concepcion recibieron al nuevo jeneral con claras i esplícitas manifestaciones de adhesion i respeto a su persona, felicitándolo por su feliz arribo, i celebrando el rompimiento de la paz comprada a costa de los tratados de Lircai.

No queriendo permanecer mucho tiempo en Concepcion, el coronel Ossorio se puso luego en marcha para la ciudad de Chillan, a donde llegó el 18 de agosto. Allí los relijiosos del colejio de propaganda lo recibieron con repiques de campanas i un solemne *Te Deum* en accion de gracias por su próspero viaje, i lo llevaron al convento, en donde le habian preparado un alojamiento cómodo para él, i los altos del colejio para la tropa. Los curanderos del ejército habian dicho que los soldados de Talavera i los artilleros, que venian de un clima mas benigno, no podrian resistir a las enfermedades producidas por la humedad de los cuarteles de la plaza.

Desde luego el brigadier Gainza se prestó gustoso a la pronta entrega del ejército de su mando, i sometióse contento a la decision de un consejo de guerra que debia procesarlo, en la confianza de que en justicia habia de declarársele inocente de los cargos que se le hacian (2). Ossorio, que se hizo reconocer inmediatamente por jeneral en jefe

(2) En la *Reconquista Española* por M. L. i G. V. Amunátegui se asegura equivocadamente que tan luego como Ossorio se recibió del mando del ejército realista remitió a Lima a su antecesor.—Gainza pasó a Santiago poco despues de haber entrado Ossorio, i en esta ciudad fué sometido a juicio su conducta. El fiscal fué el capitan de Talavera don Salvador Domingo Gali, i su defensor el teniente del mismo cuerpo don Vicente Meneses. Elevada la causa a proceso, fué remitido Gainza a Lima i sometido a consejo de guerra de oficiales jenerales, por el cual fué absuelto. Tengo en mi poder algunas piezas de ese curioso proceso, i la sentencia definitiva. Véase el documento núm. 10.

del ejército, recibió de él i de los jefes subalternos algunos lijeros informes, i comenzó con gran presteza los preparativos para abrir la campaña.

Con este objeto mandó formar un escuadron de caballeria con el nombre de carabineros de Abascal, cuyo mando confió al comandante don Antonio Quintanilla. Dió a éste las monturas, uniformes i armamentos necesarios, i agregó a su cuerpo gran parte del cuadro de oficiales que traia del Perú. En pocos dias el activo Quintanilla levantó el escuadron pedido: su fuerza montaba a 150 soldados.

Igual encargo confió Ossorio al comandante don Manuel Barañao; pero a éste no le dió ni vestuario ni armamento, i ni aun puso a sus órdenes un solo oficial subalterno. Este jefe sin embargo supo sacar provecho de todas las circunstancias, i levantar i equipar el escuadron de húsares de la Concordia. Vistió algunos milicianos con merino colorado que le dieron varios comerciantes realistas de Concepcion, los adiestró en el manejo de las armas i a los cinco dias de haber recibido el encargo de Ossorio, se presentó con su escuadron dispuesto a comenzar la campaña que iba a abrirse.

El ejército realista montaba entónces a cinco mil hombres (3). Estaba formado de cuatro divisiones,

(3) Compuesto en la forma siguiente:

VANGUARDIA.

	plazas.
Coronel Elorreaga con milicianos........................	200
Teniente coronel de milicias Quintanilla con un escuadron...	150
Coronel Carvallo, con su batallon de Valdivia..............	502
Coronel Lantaño, con el batallon de Chillan....	600
Total...........	1452

confiadas al mando de militares de valor i táctica, capaces de obrar por sí mismos, i sin necesidad de órdenes superiores, en un caso de apuro. Si los soldados no estaban mui bien instruidos en la táctica, los jefes no dudaban de salir airosos en la campaña que iban a comenzar.

En esta confianza el coronel Ossorio hizo salir de Chillan a su vanguardia el dia 28 de agosto. El siguiente dia la siguió la primera division, el 30 la segunda i el 31 la tercera con los pertrechos, equipajes, municiones de boca i guerra i las demas provisiones del ejército. Ossorio queria avistarse cuan-

Con cuatro cañones de campaña.
Jefe de la caballeria, Elorreaga.
Id. de la infanteria Carvallo.

PRIMERA DIVISION.

Jefe coronel de ejército don José Ballesteros con el batallon voluntarios de Castro	800
Id. de Concepcion	600
Total	1400

Con 4 cañones de campaña.

SEGUNDA DIVISION.

Jefe coronel de ejército don Manuel Montoya con el batallon de Chiloé	500
Id. auxiliar de id.	550
Total	1050

Con 4 cañones de campaña.

TERCERA DIVISION.

Jefe coronel de ejército don Rafael Maroto con el batallon de Talavera	550
Dos compañias del real de Lima	200
Escuadron de húsares	150
Fuerza total	900

Con 6 cañones de campaña.

TOTAL.

Infanteria	4352
Caballeria	600
Artilleria con 18 cañones	120
Suman	4922

to ántes con el enemigo para aprovechar las circunstancias: desde Talca dió órden para que en todas las iglesias matrices del otro lado del Maule se hiciese una piadosa rogativa a la vírjen del Rosario, patrona del ejército realista, ántes del 21 de setiembre, porque pensaba que en ese dia presentaria la batalla al enemigo (4).

IV. Carrera i O'Higgins entretanto hacian grandes esfuerzos para organizar el ejército insurjente con que debian resistir al de Ossorio. Sin perder tiempo en inútiles recriminaciones, ellos trataron solo de reclutar jente, disciplinarla, reunir vestuarios i víveres i fabricar municiones i hasta ciertas piezas del armamento. Por desgracia, este trabajo ofrecia las mas sérias dificultades: Chile estaba esquilmado con la guerra, los soldados desertaban de las filas de su ejército, i su armamento era tan reducido i malo que segun una nota de O'Higgins, de 8 de setiembre, la infanteria de su mando, que alcanzaba a 897 hombres, tenia solo 697 fusiles, i muchos de estos inservibles.

La junta gubernativa secundaba en todo las miras de los jefes del ejército; pero la reorganizacion de éste exijia gastos considerables, que no podian hacerse porque las arcas nacionales estaban exaustas. Para salvar este inconveniente, el gobierno, o mas bien dicho el jeneral Carrera que estaba a su cabeza, repartió una contribucion, que queria hacer montar hasta 400,000 pesos, entre los capitalistas españoles o chilenos desafectos a la causa de la revo-

(4) *Relacion de la conducta observada por los padres del colejio de Chillan*. Mss.

lucion. Con el mismo objeto empleó la plata labrada que entónces abundaba en las iglesias, i mandó que todos los deudores al erario nacional cubrieran sus créditos con la mayor prontitud.

Esto sin embargo no era mas que una parte de las necesidades de la patria en aquellos momentos de peligro i confusion. Los cuerpos del ejército estaban entónces mui reducidos, i era preciso llenar sus plazas, i aun crear algunos nuevos. Con este motivo proclamaron la libertad absoluta de todos los esclavos que quisiesen alistarse en un batallon que se acababa de crear con el nombre de injenuos; pero el tiempo estaba mui angustiado i la instruccion de los reclutas exijia mas de un mes de trabajo. Para subsanar esta dificultad, los jenerales acordaron colocar las tropas mas disciplinadas en la division de vanguardia, que debia oponer la primera resistencia al enemigo. Con urjencia i presteza se despachó al comandante don Joaquin Prieto a las provincias del norte, a reunir las milicias, i se pidió al gobernador de Mendoza el batallon de ausiliares de Buenos-Aires, que habia pasado la cordillera despues de los tratados de Lircai.

A la cabeza de la vanguardia salió O'Higgins de Santiago a principios de setiembre, i fué a estacionarse en el llano de Maipo, en donde debia disciplinarla e instruirla. Desde allí despachó a algunos jefes de su division a informarse de la marcha de Ossorio, pensando que aun podia ganar mas terreno adelantándose al sur, i se resolvió a preferir la villa de Rancagua para punto cén-

trico de la defensa. El no queria abandonar al enemigo una vasta estension del territorio ni empeñar la batalla en las goteras de la ciudad i a campo raso, contra fuerzas tan superiores a las de su mando; miéntras que desde Rancagua podia defender el paso de Cachapoal i sostenerse en la plaza por largo tiempo. "Se puede hacer en este punto, decia O'Higgins a Carrera en oficio de 14 de setiembre, una vigorosa defensa sin esponer mucha tropa, ni aventurar la accion, aun cuando nuestra fuerza sea la quinta parte menor."

El jeneral Carrera por su parte pensaba de mui distinto modo. Ménos resuelto i decidido que O'Higgins, él creia que su deber le mandaba demorar una accion decisiva, para disciplinar sus tropas i burlar al enemigo. Su plan de campaña se reducia a disputar a los realistas el paso del Cachapoal; i en caso que éstos lo forzasen, los insurjentes debian replegarse al sitio denominado la Angostura de Paine, estrecha garganta de terreno plano, cortada por dos cordones de cerros bajos. En ella mandó el jeneral Carrera formar dos baterias, que construyeron los peones del canal de Maipo, bajo la direccion del cura don Isidro Pineda, i se resolvió decididamente a fijar allí el punto principal de la defensa.

El sitio de la Angostura en efecto presentaba grandes ventajas para la resistencia; pero don José Miguel olvidaba que podia verse colocado entre dos fuegos, sin poder evitar su derrota, si el enemigo tenia la precaucion de flanquear sus posiciones, haciendo desfilar sus infantes por las cerranias inmediatas; i era preciso que los jefes realistas fuesen

mui torpes para que no aprovechasen esta circunstancia (7).

A esta desventaja se agregaba otra mayor, que tuvo mui presente O'Higgins para oponerse al plan de Carrera. "Las Angosturas de Paine, le decia en una carta confidencial, no son suficientes para contener al enemigo: hai otro camino (que conduce a la capital) por Aculeo, que aunque difícil para artilleria gruesa no lo es para la de montaña, i diri-jiéndose por él puede dejar burlada la division de Angosturas (8)." Si esto sucedia, Ossorio se hacia dueño de Santiago sin disparar un tiro.

Sea por la conviccion de la ineficacia de su plan, o por una prueba de deferencia al parecer de O'Higgins, el jeneral Carrera aceptó al fin la propuesta de este jefe para posesionarse de Rancagua ántes que el enemigo pasase el Cachapoal. Allí debia colocarse con la division de su mando, fortificarse, defender el paso del rio, i sostenerse, si era atacado en el pueblo, hasta que las divisiones del centro i de retaguardia llegasen en su socorro. Don José Miguel sin embargo, no desistió de su proyecto favorito de mantenerse en la Angostura, i para calmar los temores de sus subalternos se manifestó dispuesto a replegarse al llano de Maipo, si se veia obligado a abandonar sus posiciones, i defender el paso del rio de este nombre, o presentar en esa vasta campiña la batalla decisiva.

V. Estas diverjencias entre las opiniones de

(7) Conversacion con el señor don Manuel Barañao.
(8) Carta de O'Higgins.—Maipo, setiembre 14 de 1814.

O'Higgins i Carrera no suponian de parte del primero mala voluntad para obedecer los mandatos de su jefe. Al someterse gustoso a servir a sus órdenes, O'Higgins habia olvidado sus anteriores resentimientos a fin de servir con mayor eficacia a la causa de la revolucion tristemente amenazada. Para esto no vacilaba en sacrificar su orgullo i en ofrecerse espontáneamente a tomar el fusil i a batirse como soldado bajo el mando de su antiguo rival. "U. debe ocupar el lugar de jeneralísimo, decia a Carrera en una carta confidencial: es preciso salvar a Chile a costa de nuestra sangre: yo a su lado serviré ya de edecan, ya dirijiendo cualquiera division, pequeña partida, o manejando el fusil: es necesario para la conservacion del estado no perdonar clase alguna de sacrificios. El influjo de U. en el ejército i algun pequeño mio reunido será alguna ayuda (9)."

Animado por estos sentimientos, O'Higgins ocupó a Rancagua en la tarde del 20 de setiembre (10). La division de su mando constaba entónces de 1,100 hombres de todas armas, en gran parte milicianos de escasa instruccion militar, a quienes habia disciplinado en su marcha. Sin darse un momento de descanso, su jefe comenzó a construir trincheras de adobes en las calles, i a organi-

(9) Carta de O'Higgins a Carrera. Setiembre 14 de 1814.

(10) En la *Reconquista Española* por don M. L. i G. V. Amunátegui (páj. 16) he encontrado un pequeño error en esta parte. Dicen los autores que la division de vanguardia, que mandaba O'Higgins, se posesionó de Rancagua el 30 de setiembre, siendo que ese dia ya habian concluido los insurjentes la construccion de sus trincheras en el pueblo. Tengo en mi poder varias notas i cartas escritas por O'Higgins en Rancagua el dia 21 de setiembre.

zar por todas partes la resistencia. Convencido de la oportunidad de su proyecto, no vacilaba en asegurar a Carrera, que Rancagua seria la tumba del enemigo, si él i sus hermanos lo apoyaban con toda la eficacia necesaria. En carta de 26 de setiembre, escrita en el pueblo, O'Higgins le ponderaba las ventajas que ofrecia aquella plaza para la defensa, i le pedia encarecidamente olvidase hasta el último vestijio de odio o rencor por las pasadas desavenencias; decíale allí que algunos hombres depravados se habian empeñado en probarle que el jeneral en jefe trataba de perderlo, i que por eso lo habia confiado el mando de la vanguardia; pero que él no creia esos chismes, i que aceptaba gustoso el delicado puesto que se le habia confiado, porque él iba a ser el primer chileno que resistiese al invasor.

Carrera sin embargo no estaba mui decidido en favor del plan de O'Higgins. En sus notas no cesaba de recomendarle que se replegase a la Angostura si era atacado por todas las fuerzas del enemigo, i todas sus providencias iban dirijidas a organizar la resistencia en este punto: pero firmemente persuadido de que era menester defender el paso del Cachapoal, mandó avanzar la division del centro, que mandaba su hermano don Juan José, con el objeto de acordonar la ribera del rio para oponerse al enemigo desde una legua mas arriba de Rancagua. El 27 de setiembre acampó esta, fuerte de 1,800 hombres, en la chacra de Valenzuela, una legua al oriente de Rancagua, i el jeneral en jefe, con la tercera division compuesta de 1,000 hombres, que

mandaba don Luis Carrera, ocupó el 30 los graneros de la hacienda de la Compañía, situados al noroeste del pueblo, i a tres leguas de distancia.

VI. El jeneral realista por su parte no habia andado mui activo para acercarse a la capital. Irresoluto i débil por carácter, el coronel Ossorio marchaba con timidez i vacilacion sin conocer el pais que cruzaba, ni los jefes mas distinguidos de su ejército i el grado de confianza que debian merecerle. Arrastrado mas bien por la enerjia i decision de estos, él seguia la campaña a la cabeza de las tropas sin ideas mui fijas sobre sus operaciones.

El 29 de setiembre se encontró en las casas de la hacienda de la Requinoa. Informábase allí de las posiciones que ocupaban los patriotas, cuando recibió nueva órden del virrei Abascal para que a la mayor brevedad celebrase con los enemigos el tratado mas ventajoso que pudiese alcanzar, i se reembarcase en Talcahuano con el batallon de Talaveras i algunas otras fuerzas. Allí debia hacerse a la vela para alguno de los puertos del sur del Perú, a fin de engrosar el ejército del jeneral Pezuela, que se hallaba amenazado por las tropas arjentinas, vencedoras en Montevideo, que marchaban a reforzar el ejército insurjente del Alto Perú. La órden de Abascal era el triplicado de otras que se le habian remitido, i su mandato era decisivo i terminante(11): segun ella, la proyectada reconquista de Chile era una empresa secundaria,

(11) *Relacion del gobierno del marques de la Concordia*, manuscrito citado por el jeneral García Camba en sus *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, cap. VI.

que era preciso dejar de la mano para atender a la seguridad interior del virreinato.

Inmediatamente reunió Ossorio una junta de jefes militares para tratar de lo que debiera hacerse en aquellas circunstancias. Allí se acordó desobedecer la órden de Abascal, pasar el rio i atacar prontamente al enemigo aprovechándose del desconcierto que debia existir entre los jenerales patriotas. A juicio de algunos de los jefes realistas, bastaba solo una simple intimacion para rendir a los insurjentes; i Ossorio mismo, sea por no desobedecer al virrei Abascal o por conviccion de la debilidad del enemigo, no trepidó en aceptar este arbitrio. Su nota, recargada de citas de los documentos contradictorios de los insurjentes, exijia lisa i llanamente la rendicion jeneral del reino si sus jefes querian evitar el inútil derramamiento de sangre. Para engañar al enemigo acerca de sus movimientos i proximidad, Ossorio tuvo el cuidado de fechar su oficio de intimacion en la villa de San-Fernando, que habia dejado desde algunos dias.

VII. Este ardid del jeneral realista no surtió efecto alguno en el campamento insurjente. Carrera i O'Higgins sabian mui bien su proximidad para dejarse engañar por el oficio de Ossorio, i desatender en esta confianza la organizacion de la defensa. Sin dignarse siquiera contestar su nota, los jenerales insurjentes siguieron en los aprestos de guerra aleccionando sus reclutas, distribuyendo sus partidas de tropa i preparándose por todas partes para guardar el Cachapoal i organizar la resistencia.

Por desgracia, el reconocimiento del rio vino a

manifestar que era imposible impedir el pasaje a los realistas. Hasta entónces no habia comenzado el deshielo de las nieves, i su caudal de aguas estaba tan reducido que podia vadearse mui fácilmente en toda su estension. Para aumentarlo algo mas i ayudar a defender el paso, se mandó cerrar todas las bocas-tomas del Cachapoal; pero ni aun esta medida bastó para disminuir el mal. El jeneral O'Higgins se decidió por fin a colocar en los vados principales del rio diversas partidas de observacion a cargo de buenos jefes.

Ossorio supo aprovecharse de esta ventaja. En la tarde del 30 de setiembre colocó en la orilla sur del Cachapoal los escuadrones de carabineros, húsares i lanceros de los Anjeles en número de 650 jinetes; i a las nueve de la noche se puso en marcha con todo su ejército hácia el poniente, para atravesar el rio por el vado de las Quiscas o de Cortes, dos leguas mas abajo de Rancagua. La noche estaba en estremo oscura: las tropas marchaban formadas en columnas por divisiones, llevando a la cabeza 25 zapadores i 50 granaderos, reforzados por cuatro cañones i los húsares de Barañao, i seguian en todo las instrucciones de sus jefes para no fatigarse en la marcha, para no ser descubiertos por el enemigo i para no separarse inavertidamente de la formacion. Despues de cada hora de marcha los soldados tomaban un momento de descanso; pero tenian particular encargo de no hablar una palabra i aun de no fumar un cigarro para no advertir a los patriotas de su movimiento. Durante la marcha reinaba un silencio profundo, en medio del cual solo

se oia el ruido de los cañones en los pedregales del rio (12). Gracias a todas estas precauciones, los realistas anduvieron un cuarto de legua por la ribera sur del rio i lo cruzaron felizmente sin ser notados por las partidas de observacion del jeneral O'Higgins. El capitan don Rafael Anguita, qué guardaba ese vado, no sintió el movimiento de Ossorio sino cuando la vanguardia de éste ocupó la ribera derecha del rio.

O'Higgins tuvo noticia del movimiento del enemigo cuando apénas amanecia. Inmediatamente pasó aviso á don Juan José Carrera de que se replegase á juntarse con él, i despachó a su ayudante Garai a poner en conocimiento del jeneral en jefe lo ocurrido. En esos momentos los realistas se hallaban colocados entre las fuerzas de vanguardia i las del centro acampadas al oriente, i la division de retaguardia, mas débil aun que las otras, que estaba colocada al noroeste, en los graneros de la Compañia. O'Higgins llegó a sospechar que atacase á esta última, para tomar el camino de Santiago; i lleno de esperanzas en el triunfo se puso a la cabeza de su division, aguardando solo que se moviese Ossorio para cargar por el flanco i la espalda con sus tropas i las de don Juan José. Si esto sucedia el enemigo se iba a ver mal colocado, i el triunfo de los patriotas ya no era por cierto un imposible.

Por desgracia, Ossorio se resolvió a marchar hácia Rancagua. Formó en batalla todo su ejército, apoyando su derecha en el rio, i encargó al teniente

(12) Parte del jeneral Ossorio.—Santiago, octubre 12 de 1814.

coronel don Pedro Asenjo, i al capitan don Leandro Castilla, cada uno al mando de cien jinetes, que tiroteasen por la izquierda a un cuerpo de 280 dragones, que a las órdenes del valiente capitan don Ramon Freire se habia adelantado a las fuerzas patriotas. Estos se replegaron hácia la villa, hasta juntarse con la division de O'Higgins, escaramuceando siempre con las avanzadas realistas.

El ejército de Ossorio formado en línea de batalla, ocupaba una vasta estension de terreno, i parecia a la distancia aun mas formidable de lo que era en realidad. Su jefe ademas tuvo la precaucion de separarse de las riberas del Cachapoal, corriéndose mañosamente hácia el norte para acercarse a Rancagua de frente, i ocupar los caminos que conducen a Santiago. De este modo, O'Higgins i don Juan José Carrera, que no podian empeñar una accion contra 5,000 hombres, tuvieron que replegarse al pueblo, para resistir al enemigo detras de sus trincheras. En su retirada, el brigadier Carrera dejó atras 1,153 hombres de las milicias de caballería de Aconcagua, del mando del coronel Portus, que formaban parte de su division. Estas se dispersaron, i, dando grandes rodeos, fueron a juntarse con el tercer cuerpo del ejército, que se hallaba en el camino de la capital. La accion comenzaba, pues, bajo mui malos auspicios para los insurjentes.

VIII. Rancagua era entónces un villorio pobre i desmantelado, sin mas fortificaciones que los campanarios de tres iglesias. Su plaza, a diferencia de las de todos los otros pueblos de la república, tie-

ne solo cuatro salidas, que nacen en la mediania de las cuatro cuadras que la forman. O'Higgins habia construido en las cuatro calles, i a una cuadra de la plaza, trincheras de adobes, con tres frentes, mirando a la calle principal i a las dos laterales. Tenian éstas vara i media de alto, i detrás de ellas debia colocar sus cañones para sostener el ataque.

Despues de los primeros movimientos, las divisiones que mandaban O'Higgins i don Juan José Carrera entraron a la plaza por la calle del sur, llamada de San-Francisco, miéntras el bizarro capitan Freire escaramuceaba aun con sus dragones por la cañada situada al norte del pueblo Este entró luego por la calle de la Merced, e inmediatamente se dió principio a todos los aprestos inmediatos para la defensa. El brigadier Carrera, sea por un acto de deferencia por el jefe de vanguardia, o, lo que es mas probable, porque no se hallaba con ánimo para dirijir la resistencia, cedió a O'Higgins la parte que le correspondia en el mando de las tropas. Desde entónces iba a pesar sobre éste la enorme responsabilidad de defender la plaza contra fuerzas tan superiores a las suyas.

O'Higgins no tenia a sus órdenes mas que mil setecientos hombres entre artilleros, dragones e infantes; pero muchos de éstos carecian de armas, i su instruccion militar era mui limitada. Por fortuna, el jeneral poseia una alma superior, que no se dejaba intimidar ni por los peligros ni los contratiempos; i con una calma singular comenzó a dictar las órdenes necesarias para la defensa de la plaza. Para manifestar al enemigo la firme reso-

lucion en que estaba de batirse a todo trance, enlutó sus banderas con jirones negros, i asi las colocó en los puntos mas visibles. Dividió las tropas de su mando en las cuatro trincheras que habia construido de antemano, colocando en cada una de ellas algunos cañones, i una buena partida de fusileros, distribuidos en los tejados i troneras que habia abierto en los edificios. Colocó con este objeto en la trinchera del sur o de San-Francisco a los capitanes don Manuel Astorga i don Antonio Millan, con doscientos infantes el primero, i tres cañones el segundo; en la del norte, o de la Merced, al capitan don Santiago Sanchez con cien infantes i dos piezas de artilleria; en la trinchera de la calle de Cuadra, o del poniente, al capitan don Francisco Molina a la cabeza de ciento cincuenta soldados con igual dotacion de cañones; i en la calle que mira al oriente destacó al capitan de voluntarios don Hilario Vial al frente de dos piezas, i cien hombres de fusil. El resto de las fuerzas quedó de reserva en la plaza, para acudir al punto en que se necesitase.

Estas providencias en gran parte estaban dictadas de antemano; pero fué preciso ejecutarlas con la mayor presteza. El jeneral Ossorio habia marchado rápidamente contra la plaza cuando las fuerzas insurjentes se replegaban a ella, i se colocó con su estado mayor en los arrabales del sur, miéntras sus partidas de caballeria, batiéndose con los dragones de Freire, ocupaban los del norte. En ese punto Ossorio dividió su ejército en cuatro cuerpos que debian atacar a la ciudad simultáneamente por sus cuatros avenidas.

En conformidad con sus órdenes, los coroneles Lantaño i Carvallo, al mando de sus respectivos batallones con una fuerza de 1,100 hombres i cuatro cañones, debian ocupar la calle del norte; Montoya, a la cabeza de 1050 infantes de los batallones de Chiloé i cuatro piezas de artilleria, por la del oriente; Maroto i Barañao al frente de mil hombres i seis cañones, por la calle del sur; i el coronel Ballesteros, con los batallones de Concepcion i voluntarios de Chiloé con cuatro piezas, debia atacar por el oriente. La caballeria, a las órdenes de Eleorreaga i Quintanilla, quedó en la cañada de Rancagua con el encargo de interceptar las comunicaciones entre la plaza i la capital. Por consejos de algunos vecinos del pueblo que se juntaron a su ejército, i para hostilizar a los insurjentes por todos medios, Ossorio mandó torcer el curso de la acequia que dá agua a la poblacion. Con estas solas providencias, creyó que su ejército penetraria en la ciudad ántes de mucho tiempo.

IX. Sus tropas en efecto avanzaron en buen órden para ocupar los puestos a que estaban destinadas, en la confianza de que solo necesitaban presentarse para rendir a los insurjentes. Las banderas negras que O'Higgins habia puesto en sus trincheras despertaron solo la risa de los sitiadores, i atribuyendo esa manifestacion de firmeza a una ridícula fanfarronada, los realistas persistieron en creer que serian dueños de la plaza despues de una hora de combate.

Esa conviccion era aun mas firme en el ánimo de los jefes i soldados españoles que por primera

vez se batian con los insurjentes de Chile. Los oficiales de Talavera, i aun su comandante don Rafael Maroto, juzgaban al ejército patriota por las relaciones exajeradas del campamento enemigo, i creian asegurada la victoria con solo penetrar en las calles de la ciudad. Alentado por esta confianza, el jefe de este cuerpo, reforzado con 200 hombres del Real de Lima i los húsares de Barañao, entró al pueblo por las calles de San-Francisco formando en columna cerrada, como si nada tuviese que temer de la artilleria insurjente. Para mayor engaño suyo, sus soldados no vieron la trinchera de los patriotas porque la ocultaba la puente alta de una acequia que atraviesa la calle a dos cuadras i media de la plaza del pueblo; i no apercibiendo apresto ninguno de resistencia marcharon resueltamente.

Los insurjentes en efecto habian tenido la precaucion de dejar avanzar la columna enemiga sin descargar un fusil; pero así que esta se hubo acercado a su bateria, rompieron un vivísimo fuego de cañon con tres piezas que habian cargado a metralla. Los estragos fueron horribles: la calle quedó sembrada de cadáveres, i durante un momento la columna realista no pudo moverse del punto que ocupaban. Poseidos de un terror pánico, por la inesperada sorpresa que esperimentaban, los soldados trataron solo de huir; pero los muertos les impedian retroceder, i el fuego de la trinchera seguia causando en sus filas grandes daños. Pasada la confusion, los realistas pudieron acojerse a las calles atravesadas, escurriéndose por la orilla de las paredes.

En esos mismos instantes, las otras divisiones del ejército de Ossorio atacaban la plaza por las otras avenidas. En todas partes fueron recibidas con una nutrida lluvia de metralla, miéntras los infantes, que ocupaban los tejados i las troneras practicadas en los edificios, descargaban sus fuegos sobre ellos. El combate se empeñó con un ardor estraordinario: sitiados i sitiadores estaban separados por una corta distancia, i los daños que éstos sufrieron en los primeros momentos, si bien no fueron mui considerables, les obligaron a replegarse para atacar desde las bocas calles, o desde los tejados i ventanas.

El jeneral realista entre tanto se habia tendido a descansar en los corredores de una casa situada en las inmediaciones del pueblo, miéntras sus soldados se batian en las calles de la ciudad. A ese sitio le llegaron los avisos del descalabro que acababa de sufrir la columna de Maroto en la calle de San-Francisco: algunos oficiales de Talavera, testigos presenciales de todo lo ocurrido, exajeraban el número de los patriotas, i daban a su derrota el colorido de una sorpresa a traicion. Apesar de esto, nadie entre ellos dudaba del triunfo completo i de la toma de la plaza en el dia. Ossorio mismo no se manifestó desalentado con la dispersion del batallon de Talavera; i cegado por la cólera i el despecho, dió al bizarro comandante de húsares don Manuel Barañao la bárbara órden de tomar con sus jinetes la trinchera defendida por cañones i fusiles, llevando sable en mano i tercerola a la espalda. Con estas providencias hacia alarde de su desprecio por la resistencia de los sitiados.

El nuevo ataque, sin embargo, no fué mas feliz: los húsares sufrieron las primeras descargas de los cañones patriotas, i la metralla hizo destrozos entre ellos. Su jefe, que, apesar de su repugnancia para obedecer la desacertada órden de Ossorio, habia cargado con un valor sobrenatural, no halló otro arbitrio para salvar a sus soldados que replegarse a las calles atravesadas, demontarlos i romper el fuego con sus tercerolas desde los tejados inmediatos. Barañao dió el ejemplo a sus tropas: su plan dió los mas lisonjeros resultados, i permitió el adelanto de los trabajos del sitio por aquella calle. Protejido por los fuegos de los húsares, el capitan de la sesta compañia de Talavera, don Vicente Zambruno, reunió sus soldados en la misma calle, formó una bateria i rompió los fuegos de cañon contra la trinchera insurjente. El comandante Barañao fué gravemente herido en los mismos momentos en que dirijia nuevas operaciones de ataque.

O'Higgins, que personalmente recorria los puntos de defensa de la plaza, conoció en breve la importancia de la obra que acaba de construir el enemigo, i se resolvió a atacarla inmediatamente. Con este objeto encargó al subteniente de la lejion de Arauco don Nicolas Maruri i al alferez de dragones don Francisco Ibañez, que a la cabeza de cincuenta infantes destruyesen la trinchera enemiga, clavasen sus cañones i, si les era posible, los condujesen a la plaza. A juicio del jeneral O'Higgins un ataque de esta especie iba a probar a los sitiadores que en la plaza habia hombres i elementos no solo para resistir sino tambien para tomar la ofensiva.

Los dos oficiales electos eran acreedores a la confianza que en ellos depositaba O'Higgins. Ibañez i Maruri, animados de un valor sobrenatural, aguardaron solo a que Millan descargase los cañones que tenia a sus órdenes: envueltos entónces en una nube de humo, avanzaron a gran prisa, atacaron a viva fuerza la trinchera de Zambruno, se hicieron dueños de ella en el primer empuje, i comenzaron a destruirla apresuradamente. Los realistas, amilanados en el momento, apénas hicieron una corta resistencia; pero vueltos de la sorpresa, se reorganizaron i cayeron con gran ímpetu sobre los patriotas, obligando a estos a replegarse momentáneamente para dejar obrar a la artillería de Millan. Recomenzaron entónces los fuegos de cañon, miéntras Ibañez i Maruri se rehacian en una calle atravesada.

El astuto Zambruno sin embargo no se habia contentado con salvar su trinchera del riesgo que corria. Queriendo concluir con la partida de Maruri, despachó a uno de sus subalternos para que, penetrando por los interiores de las casas a la cabeza de un piquete de infantes i un cañon, rompiese sus fuegos sobre los insurjentes, cuando estos se retirasen a la plaza; pero, por fortuna, estos tuvieron noticia de lo que ocurria i supieron tomar sus precauciones. Inducidos por el ejemplo del subteniente Maruri, treparon algunos a los tejados vecinos, rodearon otros el patio en que se hallaban los Talaveras, preparando su cañon para romper los fuegos sobre la calle, i solo esperaron la señal del jefe para acometer. Esta señal la dió el mismo

Maruri arrojando al patio una granada de mano, que le habia remitido O'Higgins de la plaza. Ella produjo una confusion estraordinaria entre los realistas: todos quisieron huir del peligro que los amenazaba, pero todos fueron pasados a cuchillo por los patriotas; un tambor i dos soldados, los únicos que escaparon con vida, cayeron prisioneros. Maruri volvió a la plaza por los interiores de los edificios, conduciendo el cañon, los fusiles i las municiones; i apénas hubo entrado, el jeneral O'Higgins lo dió a reconocer a sus tropas con el grado de capitan de ejército, en premio de su heroica conducta en aquel ataque.

El combate se habia empeñado con igual ardor, aunque no con estas peripecias, en las otras calles. En estas no se peleaba cuerpo a cuerpo, ni se habia llegado al caso de atacarse a la bayoneta; pero ambos combatientes mantenian desde las troneras i tejados un vivo fuego de fusil i de cañon, que si bien se suspendia en ciertos intérvalos, recomenzaba cada vez que se avistaban las partidas enemigas. No satisfechos con hostilizar a los insurjentes por cuantos medios estaban a sus alcances, los realistas creyeron estrecharlos mas, incendiando algunos edificios para adelantar sus fuerzas por entre los escombros i ganar mayor espacio de terreno.

X. Apesar de la gran actividad que desplegaban en la refriega, los combatientes no estaban cansados al anochecer. Los fuegos no se interrumpieron, pero, poco despues de haberse oscurecido, el jeneral O'Higgins reunió en junta militar a todos los jefes de la plaza a fin de discutir las providencias

que debian tomarse en aquellas circunstancias. La reunion tuvo lugar en la casa del cura, situada en la misma plaza del pueblo; a ella concurrieron los comandantes de las trincheras i los oficiales de mayor graduacion que habia en Rancagua.

De la esposicion de todos estos se deducia claramente que hasta ese momento los sitiados eran los vencedores. Si bien era cierto que ellos habian sufrido mucho i se veian encerrados en la plaza, faltos de agua i escasos de víveres i municiones, tambien habian sabido resistir a los reiterados ataques del enemigo i causar en sus filas grandes destrozos. El desaliento por otra parte no se habia apoderado de los insurjentes: ninguno de los miembros de aquella junta habló de capitulacion.

Léjos de eso, el jeneral O'Higgins propuso quemar el último cartucho i resistir a todo trance hasta que llegase a auxiliarlo don José Miguel Carrera con la tercera division del ejército. Persuadidos de que el enemigo tendria que sucumbir si se veia atacado por la espalda por tropas de refresco, todos los jefes creyeron que se debia anunciar al jeneral Carrera el estrecho sitio que los realistas habian puesto a sus posiciones i la necesidad en que se hallaban de ser socorridos para concluir con ellos. Las municiones de cañon abundaban aun en la plaza, miéntras las de fusil, que tanto se necesitaban en aquellos momentos, cuando se combatia desde los tejados i ventanas, habian comenzado a escasear, i no era posible sostenerse mucho tiempo mas si no se les auxiliaba. La comunicacion con el jeneral Ca-

rrera estaba absolutamente cortada, i era mui difícil, ya que no imposible, hacer llegar a sus manos un papel o una noticia cualquiera; pero hubo un atrevido soldado de dragones, cuyo nombre no se halla apuntado en las memorias i documentos de la época, ni lo recuerda la tradicion, que se encargó gustoso de salir del pueblo, disfrazado de mujer, i de presentar al jeneral en jefe un papel de cigarro, en que O'Higgins habia escrito con lápiz estas palabras: "Si vienen municiones i carga la tercera division, todo es hecho".

Mayor aun era el desórden i la confusion que reinaba entre los realistas. Habian encontrado en la plaza una resistencia que no esperaban, habian sufrido pérdidas mui considerables en el ataque, i si bien los subalternos no se sentian abatidos, el jeneral Ossorio no deseaba otra cosa que levantar el sitio, para salvar su responsabilidad personal. Contra las órdenes terminantes i repetidas del virrei Abascal, i cediendo solo a las influencias de los jefes de su ejército, el jeneral realista habia cruzado el Cachapoal i empeñado la batalla en la confianza de que solo necesitaba presentarse para batir a los insurjentes. La resistencia que habia encontrado lo hacia vacilar; i su debilidad le aconsejó el mal arbitrio de retirarse con sus fuerzas, dejando a los enemigos dueño del campo que él abandonaba.

Los jefes de division se abstuvieron de cumplir esta órden, que, segun ellos, importaba la ruina segura del ejército realista. El mayor jeneral don Luis Urrejola lo representó a Ossorio, probándole el inminente peligro que corrian sus tropas si, co-

mo era de esperarse, el enemigo los atacaba por la espalda en su retirada i los perseguia en el pasaje del Cachapoal, i manifestándole la obligacion en que ellos estaban de transportar sus heridos, entre los cuales habia un jefe i algunos oficiales, para librarlos del mal trato de los insurjentes. Estas reflexiones apénas hicieron vacilar al jeneral realista; pero, por desgracia, se pasaron en la noche dos soldados patriotas, que descubrieron la verdadera situacion de las tropas de la plaza i la escasez de recursos que se comenzaba a esperimentar entre los sitiados. Con esta noticia, nadie, ni Ossorio mismo, volvió a pensar en la retirada.

XI. En aquellos momentos de angustia i confusion para los realistas, cuando la inmensa superioridad numérica no habia podido salvarlos de verse rotos i desconcertados, una carga de la tercera division del ejército insurjente habria bastado para destruirlos completamente. Estaba esta acampada en los graneros de la hacienda de la Compañía, a tres leguas de Rancagua: desde allí se oian perfectamente los cañonazos de la batalla, pero no se movió ni una sola partida para socorrer a los sitiados.

El jeneral en jefe del ejército insurjente, don José Miguel Carrera, se habia juntado a la tercera division el último dia de setiembre, i ocupaba con ella el punto antedicho. A la primera noticia que recibió de O'Higgins de haber pasado el enemigo el rio Cachapoal, Carrera despachó a su edecan don Rafael de la Sota a ordenar al jefe de la vanguardia que se replegase inmediatamente a la Angostura,

aun cuando fuese necesario clavar la artilleria i perder las municiones. En su sentir, la resistencia debia organizarse en aquel punto, a pesar de las desventajas que le encontraban O'Higgins i los otros jefes patriotas.

La órden del jeneral era dictada a la distancia, i carecia del acierto necesario para aquellas circunstancias. El ejército realista constaba de 5,000 hombres, i formados en batalla, como marchaban al acercarse a Rancagua, se estendian en una vasta estension i no permitian al enemigo movimiento alguno que no fuese encerrarse en la plaza. Cuando Sota se acercó a Rancagua, ya O'Higgins i los suyos estaban sitiados por el ejército de Ossorio.

La caballeria de la tercera division avanzó entónces hasta las inmediaciones de la villa; pero despues de haber cambiado algunos tiros con las fuerzas enemigas, que ocupaban la cañada, volvió a los graneros de la Compañia, engrosada con varias partidas dispersas del rejimiento de Aconcagua. En ese punto se mantuvo impasible hasta la mañana siguiente.

En la noche recibió Carrera el papel en que O'Higgins le pedia que atacase al enemigo para concluir de un solo golpe su derrota. El emisario mismo era un testigo ocular de cuanto habia ocurrido, i pudo informar a don José Miguel de las ventajas que habian alcanzado los patriotas en el principio de la accion, i de la escasez de municiones, agua i víveres que habia empezado a esperimentarse en la plaza. El jeneral en jefe escribió por toda contestacion estas palabras: "Municiones no

pueden ir sin bayonetas. Al amanecer hará sacrificios esta division: para salvar a Chile se necesita un momento de resolucion." Temiendo que la esquela fuese interceptada por los realistas, i que ella descubriese sus planes, encargó al atrevido dragon que dijese a los jefes sitiados que contasen con que él atacaria con la tercera division.

Al amanecer del domingo 2 de octubre, en efecto, Carrera ocupó la quinta de Cuadra, situada a una milla del pueblo. Allí dispuso la línea de su division, i mandó a su hermano don Luis que avanzase por los callejones con 200 infantes i dos piezas volantes de artilleria. Alcanzó éste a cambiar algunos tiros con los de un cañon que los enemigos colocaron en la boca de la cañada, miéntras el coronel don José Maria Benavente, a la cabeza de tres escuadrones de caballeria, ocupaba los potreros de la derecha del callejon, obligando a la caballeria enemiga, casi sin disparar un tiro, a replegarse a la cañada. Una parte de ésta, que intentó atacar a los insurjentes por la retaguardia, tomando para ello los campos de la izquierda, fué rechazada por el escuadron que mandaba el teniente coronel don Diego José Benavente.

A pesar de haber alcanzado tan importantes ventajas en los primeros momentos, el jeneral Carrera no avanzó de ese punto. Desde allí no podia incomodar a los realistas, i ni aun alcanzaba a dividir su atencion para favorecer a los sitiados, que en ese momento se batian con una heroicidad i denuedo superiores a todo elojio. Fuera del alcance de los fuegos del combate, don José Miguel permaneció a

la entrada de los callejones que conducen a la cañada de Rancagua, sin intentar ataque alguno. Poco despues del mediodia dió la órden de retirarse al norte, con el propósito, segun dice él en su diario militar, de reorganizar la defensa en otra parte.

XII. Los sitiados, entre tanto, no habian cesado de combatir. Pasaron la noche entera con las armas en la mano, dirijiendo sus fuegos a los puntos por donde oian ruido, componiendo sus trincheras i preparándose para seguir en la defensa miéntras les fuese posible. Alentados con la promesa del jeneral Carrera de atacar en la mañana siguiente, los jefes de la plaza no desesperaron de alcanzar el triunfo.

Desde el amanecer subió al campanario de la Merced una partida de observacion, encargada de anunciar los movimientos de Carrera. Poco rato despues avisó ésta que la tercera division se acercaba en efecto por los callejones del norte, i mas tarde que dispersaba a la caballeria enemiga; pero desde entónces se la vió impasible, sin intentar siquiera un nuevo movimiento, i como si su obligacion se redujese en aquellos momentos a mantenerse a la espectativa. Ni las señales que hacian los sitiados, ni los repiques de campanas con que pretendian llamar a don José Miguel, bastaron para hacerlo avanzar de sus posiciones.

O'Higgins sin embargo creyó que se le habia llegado el caso de cargar sobre el enemigo. En la calle de Cuadra, en donde los realistas habian hecho muchos destrozos, se presentó una partida de éstos en columna a posesionarse de una casa. El jeneral O'Higgins despachó inmediatamente en contra de

ellos al capitan Molina, a la cabeza de un piquete de fusileros. Cargaron éstos a la bayoneta, hicieron grandes estragos entre los enemigos, i, temiendo que fuesen reforzados, volvieron precipitadamente a la plaza.

A las doce del dia hubo un corto momento en que se mitigaron los fuegos de los sitiadores. O'Higgins creyó que el jeneral en jefe habia atacado con su division a la caballeria realista, i con el objeto de tomar sus providencias, subió a los tejados de la casa del cabildo, desde donde podia divisar lo que pasaba en las inmediaciones. Con gran sorpresa suya vió entónces que la tercera division se alejaba de Rancagua, dejándolo abandonado, próximo ya a ser víctima de una derrota desastrosa e inevitable.

La batalla, en efecto, estaba a punto de decidirse. Los soldados patriotas, reducidos en el combate a la mitad de su número, se encontraban rendidos de cansancio i de fatiga. Sus municiones no bastaban para sostener el fuego muchas horas mas: los víveres se agotaban, i una sed rabiosa comenzaba a hacer los más funestos estragos entre los hombres i los caballos. A la primera noticia de la retirada de don José Miguel, los soldados de las trincheras, considerándolo ya todo perdido, alzaron el grito de ¡traicion! Hubo un instante en que el mismo O'Higgins sintió que su ánimo superior comenzaba a desfallecer; pero por fortuna, su desaliento no alcanzó a manifestarse a sus compañeros de armas. Finjiendo creer que su situacion no era tan angustiada, ese heroico hijo de la guerra montó un caballo,

desenvainó su sable, i, para infundir coraje a sus soldados, visitó en persona las trincheras, alentando a los suyos con su ejemplo i pronunciándoles sencillos pero enérjicos discursos: "¡Soldados! dijo a los defensores de una batería, miéntras nosotros existamos la patria no está perdida." "Es preciso pelear hasta morir, i morir como leones, dijo en otra parte; el que hable de rendicion será pasado por las armas."

La tropa en verdad siguió batiéndose con un valor estraordinario. Muchos vecinos de Rancagua i hasta algunas mujeres tomaron un fusil en aquellas circunstancias supremas, i fueron a engrosar el número de los defensores de la plaza, i a resistir las reiteradas embestidas del enemigo. Desde que don José Miguel volvió las espaldas al sitio de la batalla, los realistas cargaron sobre la plaza con nuevo furor; sus defensores, sin embargo, resistieron con enerjía i decision, sin perder un palmo del terreno que ocupaban. El combate se sostuvo con gran teson hasta las cuatro de la tarde; pero a esa hora O'Higgins habia perdido cerca de dos tercios de sus tropas, i los soldados que aun vivian no tenian en su cartuchera mas que dos o tres tiros, i muchos de ellos ninguno. Los artilleros de las trincheras habian perecido en el servicio de sus cañones, i soldados de infantería habian ido a reemplazarlos en sus puestos. Las calles i la plaza estaban sembradas de cadáveres. Los escombros de las casas que los realistas habian incendiado caian por todas partes, aumentando el ruido i el horror de aquel cuadro de muerte i desolacion.

A esa hora el ejército de Ossorio dió una nueva

i mas vigorosa embestida contra las trincheras de los patriotas. Alentados los Talaveras con las palabras del mayor don Antonio Morgado i del capitan Conde, cargaron por la calle de San-Francisco; pero fueron desordenados por la metralla de los insurjentes, i los escombros que caian de los tejados. La division del coronel Ballesteros embistió tambien por la calle del oriente: sus zapadores, conducidos por el capitan del batallon de Concepcion don Joaquin Pino i el sarjento Vicente Benavides habian abierto grandes brechas en las murallas vecinas, que permitian a los realistas acercarse a la trinchera patriota sin sufrir sus fuegos; pero los defensores de ésta resistieron aun con un valor estraordinario, i obligaron a los enemigos a desistir de sus intentos. El capitan don Hilario Vial, que mandaba las fuerzas patriotas en aquel punto, sucumbió en su defensa, dictando las órdenes necesarias para mantener la resistencia.

Estas ventajas no alcanzaban a mejorar la situatuacion de los sitiados. Sin darse por batidos, los realistas redoblaron sus ataques por todas partes, miéntras los insurjentes se veian forzados a abandonar la defensa por falta de jente i municiones. Las piezas de artilleria se habian caldeado: en la plaza faltaba el agua necesaria para refrescarlas, i solo una culebrina de a ocho, que tenia el capitan Millan en la trinchera de San-Francisco, podia seguir manteniendo sus fuegos. O'Higgins mismo creyó perdida toda esperanza de resistencia por mas largo tiempo, i solo pensó en salvar a los suyos de quedar prisioneros.

En un momento de audaz inspiracion, O'Higgins concibió el atrevido proyecto de atacar las columnas realistas i abrirse camino por entre ellas para llegar a la capital. La plaza tenia cuatro salidas; pero de nada le habria servido al jeneral patriota salir del pueblo por tres de ellas, puesto que iba a verse separado del sendero que le convenia seguir, i cortado por la caballeria realista, que se hallaba rezagada i fresca hasta entónces. En su situacion solo debia acometer por la calle del norte, la de la Merced, que conduce al camino de Santiago; pero le era forzoso atravesar la cañada, en donde estaba estacionada la caballeria de Ossorio. Salir de Rancagua por esa calle era una empresa superior a cuanto podia esperarse de los héroes del sitio.

El ánimo superior del jeneral O'Higgins no se abatió con tamaño obstáculo. Hizo tocar llamada en la plaza del pueblo, reunió precipitadamente a los oficiales i soldados que no se hallaban heridos, i, despues de pronunciarles una breve arenga, dió la órden de montar a caballo para intentar la salida. O'Higgins tenia consigo 280 caballos de los dragones de su division, i en ellos se acomodaron hasta 300 soldados patriotas. Los dragones desenvainaron sus sables para cargar al enemigo.

El heroismo de los chilenos no quedó reducido a esto solo en aquellos momentos de angustia i confusion. El bravo capitan don Ramon Freire, que mandaba los dragones, dispuso su tropa formando un círculo i dejando en el centro un espacio para colocar al jeneral O'Higgins. Este notó las disposiciones de su subalterno, i apretándole fuertemente la

mano le dijo :—"Capitan Freire, Vd. es un valiente: celebro mandar hombres de su temple; pero no puedo aceptar el sitio que Vd. me prepara. Yo, dijo colocándose delante de los suyos i echando su sable al hombro, debo atacar de frente al enemigo."

Clavó, en efecto, las espuelas a su caballo, i seguido de cerca por sus soldados, cargó precipitadamente a los realistas, gritando a voces: "Ni damos, ni recibimos cuartel." El primer empuje, sin embargo, no fué feliz; pero alentados nuevamente, los patriotas dieron una segunda carga con sable en mano. Pisoteando i arrollando a cuantos enemigos encontraron delante, saltando los cañones de los realistas i los escombros i maderos que habian arrojado, i atropellando por todas partes la resistencia que se les oponia, O'Higgins i los suyos llegaron felizmente a la cañada. Allí los atacó por el flanco otra division realista: los fuegos de ésta les causaron algunos estragos; pero, sin demorarse en organizar la defensa, los patriotas pasaron casi sobre sus enemigos, i tomaron el camino de Santiago. Algunas partidas de caballeria realista, que intentaron perseguir a O'Higgins volvieron en breve a la plaza, desesperando de darles alcance.

XII. En los mismos momentos en que O'Higgins salia de la plaza, los realistas entraban a ella por la calle de San-Francisco. El valiente capitan don Antonio Millan habia defendido con un coraje sobrenatural la trinchera que la guardaba; pero en la tarde del segundo dia fué herido en una pierna por una bala de fusil, i en los últimos instantes del combate se encontró sin soldados que lo ayudasen a

defenderla. La muerte habia hecho los mayores estragos en aquel punto, i para mayor desgracia se incendiaron algunas municiones, introduciendo la confusion entre los patriotas i alentando a sus enemigos. Millan llegó arrastrándose hasta la plaza, i entró a la iglesia matriz, llena entónces de mujeres i niños que buscaban un asilo contra la saña de los vencedores, i allí fué hecho prisionero por algunos soldados de Talavera.

Casi al mismo tiempo entraron los realistas a la plaza por las otras calles. Los pocos patriotas que quedaron en la ciudad, despues de la salida de O'Higgins, siguieron aun resistiendo con el valor de la desesperacion. El teniente de voluntarios don José Luis Ovalle, en lo mas crudo de la refriega, mantuvo izado el estandarte tricolor en el centro mismo de la plaza, hasta que cayó herido por una bala de fusil; i si bien alcanzó a montar a caballo i seguir a O'Higgins en su salida, le cupo la desgracia de recibir dos lanzasos i de quedar en poder del enemigo. El teniente don Jose Maria Yañez, que relevó a Ovalle, murió heróicamente en su puesto, defendiendo con denuedo la bandera nacional. El capitan don José Ignacio Ibieta, a quien una bala de cañon le habia cortado las piernas, defendió puesto de rodillas con un valor sobrehumano el paso de una trinchera; i, despreciando las promesas de perdon que a nombre de Ossorio le hacian sus enemigos, se mantuvo firme en su puesto, hasta que sucumbió acribillado de balas.

No fueron estas las únicas muertes que se siguieron a la entrada de los realistas a la plaza.

El teniente coronel de milicias don Bernardo Cuevas, que se habia batido con valor en la trinchera de la calle de la Merced, fué hecho prisionero en la retirada de los patriotas, i bárbaramente asesinado por los enemigos. Confundiéndolo algunos con el jeneral O'Higgins, porque llevaba una casaca galoneada, pretestando otros que habia intentado escaparse despues de haber caido prisionero, i deseando todos satisfacer una inútil venganza, lo fusilaron en la calle, sin proceso ni ceremonias. Igual suerte cupo a muchos soldados que intentaron defender sus puestos o resistir por mas tiempo.

Desde entónces la ciudad fué entregada al saqueo. Los soldados realistas hicieron por todas partes grandes daños rompiendo las puertas de las casas i destruyendo todo lo que no era para ellos objeto de lucro i de provecho. Con las culatas de los fusiles destrozaron los cajones de la sacristia de la matriz, i robaron en un instante los ornamentos de la iglesia. La soldadesca cometió todo jénero de crímenes en esa horrible tarde.

Miéntras tanto, nadie se acordaba de cortar el fuego que los realistas habian puesto a algunos edificios durante el sitio. Ocupados unos en robar i saquear las casas i otros en defender sus propiedades o esconder sus bienes, el incendio habia cundido sin obstáculo, i habia llegado al sitio que servia de hospital de sangre a los heridos de la trinchera de San Francisco. Las llamas devoraron fácilmente el edificio, sin que ninguno de los infelices que en él se hallaban asilados pudiese evitar tan triste suerte. Al siguiente dia se encontraron allí veinte i ocho

cadáveres reducidos a cenizas: de las rejas de las ventanas estaban aun aferradas algunas manos, como si esos desgraciados hubiesen querido escapar de la horrible suerte de que se hallaban amenazados (7).

¡Con tan trájica escena se abria ese horrible período de la historia nacional que comenzó con la funesta jornada de Rancagua!

(7) Para la relacion de los sucesos que forman la última parte de este capítulo he tenido a la vista un gran acopio de memorias, documentos i papeles de gran interes. El parte del jeneral Ossorio, el diario del jeneral Carrera, las memorias atribuidas al jeneral O'Higgins i su correspondencia, la obra del coronel Ballesteros, la relacion de méritos de este jefe, la hoja de servicios i varios papeles del jeneral Maroto son los principales entre ellos. Esta parte de mi historia contiene muchos detalles que he recojido en esos documentos i papeles; pero debo noticias mui curiosas e importantes a algunos testigos i actores en aquellos sucesos. El coronel Ballesteros, don Manuel Barañao, i don Antonio Garcia Aro, ayudante de Maroto entónces, me han informado mui detenidamente en muchos pormenores del campo realista. Don Antonio Millan i don Nicolas Maruri, entre los patriotas, me han referido incidencias enteramente desconocidas sobre la defensa de la plaza. El primero de estos ha tenido la modesta i honrada jenerosidad de asegurarme que son enteramente falsos algunos razgos de decision i tenacidad que le han atribuido Benavente i Amunátegui, en sus obras citadas.

CAPITULO XVII.

I. Providencias del gobierno de Santiago durante el sitio de Rancagua.—II. Los restos del ejército insurjente siguen su marcha para la capital.—III. Medidas del jeneral Carrera para reorganizar sus fuerzas.—IV. Abandona la capital.—V. La ocupan las fuerzas realistas.—VI. Emigracion chilena.—VII. Aprestos de resistencia de don José Miguel.—VIII. Pasa la cordillera con sus fuerzas.—IX. Próspero fin de la campaña de Osorio.—X. Llega al Perú la noticia de la reconquista española.

I. Miéntras el jeneral O'Higgins se batia en Rancagua con tanto denuedo i decision, los patriotas de Santiago se hallaban sobresaltados i confusos. Los partes de don José Miguel Carrera, que llegaban por momentos a la capital, aunque no anunciaban las alternativas del combate, dejaban traslucir claramente la desconfianza. Todos aguardaban con la mayor ansiedad una noticia definitiva del resultado de la batalla; pero despues de dia i medio de espectativa, solo se sabia que el valiente O'Higgins continuaba resistiendo con enerjia i resolucion.

En medio de la alarma de todo el pueblo, el gobierno, o mas bien dicho el presbítero Uribe, que desde la salida de Carrera habia asumido la direccion administrativa, tomaba las medidas que creia

necesarias para reunir los elementos de resistencia. Persuadido, en vista de los partes de Carrera, de que O'Higgins habia de sucumbir sin remedio, pensaba solo en aglomerar recursos para organizar la defensa en otra parte. Con este objeto hizo empaquetar los caudales de la casa de moneda, i reunir el armamento i la tropa que habia quedado diseminada en varios puntos.

Tan luego como llegó a Santiago la noticia de haberse retirado don José Miguel Carrera de las inmediaciones de Rancagua, las medidas de Uribe fueron aun mas enérjicas i vigorosas. Con mas atolondramiento que prudencia, ofició al gobernador de Valparaiso para que despues de incendiar los buques se retirase a la capital con todas sus fuerzas. "Acelere sus marchas destruyendo enteramente el puerto, le decia en un segundo oficio de ese dia. No deje U. S. un solo cañon útil. Incendie los buques, bodegas, i cuanto haya (1).

II. El jeneral en jefe del ejército insurjente entre tanto se hallaba en marcha para la capital. Despues de haberse retirado de las inmediaciones de Rancagua, comenzó a dictar sus medidas para reunir un nuevo cuerpo de tropas con que organizar la defensa en otro punto; pero la vista de los soldados de O'Higgins, que habian escapado de la plaza, produjo entre los suyos el terror pánico que era de esperarse. Al oir esta noticia, don José Miguel, que se habia adelantado a su division, aumentó sus guerrillas para sostener a los fujitivos, encargó a su hermano don

(1) Notas del vocal Uribe al gobernador de Valparaiso. Octubre 2 de 1814.

Luis que se mantuviese en la Angostura hasta la media noche, i él se puso en precipitada marcha para la capital;(2).

Sus providencias no sirvieron de nada. Eran dictadas cuando el mal no tenia remedio, i cuando ni las promesas ni las amenazas bastaban para contener en sus puestos los soldados patriotas. El capitan don Patricio Castro, que mandaba una de las partidas de la tercera division, tuvo que usar de su sable para hacerse obedecer de su tropa, i aun asi los soldados se desbandaban de la fila. Convencido de la ineficacia de las órdenes de su hermano, el coronel don Luis Carrera esperó solo que se le juntasen algunos fujitivos de Rancagua, i dió la vuelta a Santiago poco despues de haberse oscurecido.

III. A su entrada a la capital, el jeneral Carrera vino a penetrarse de la importancia de la derrota que acababan de sufrir las dos primeras divisiones de su ejército. Las diversas partidas patriotas que guarnician a Melipilla i un destacamento que habia salido de Santiago a ausiliar la tercera division se dispersaron completamente a la primera noticia del descalabro, de modo que sus jefes se presentaron casi solos en Santiago à recibir las órdenes del jeneral. El desaliento habia cundido por todas partes, i nadie quizá pensaba en aquellos momentos que pudiese salvarse la patria.

Don José Miguel sin embargo no se dejó abatir. Queriendo reponer con una intempestiva actividad los males que habia causado su inercia, Carrera

(2) Diario del jeneral Carrera.

dictaba órdenes de todo jénero i despachaba propios en todas direcciones para reunir los elementos de resistencia. Llamó precipitadamente al batallon de auxiliares de Buenos-Aires, que habia llegado a Aconcagua, mandó al justicia mayor de esta provincia, Villaroel, que remitiese al gobierno 1000 mulas i 400 caballos; i que cubriese los pasos de la cordillera para que nadie la atravesase sin pasaporte. Con la misma urjencia ofició a todos los jefes de milicias de la provincias del norte para que las reuniesen a la mayor brevedad. Su plan entónces era organizar la resistencia en Aconcagua o Coquimbo.

Para esto quedaban aun en Valparaiso algunos elementos; pero mui poco habia que esperar de ellos despues del mandato que Uribe habia dado al gobernador de aquel puerto. La junta misma abrigaba sus temores, i su nota a este funcionario, dándole nuevas órdenes, los deja ver claramente. "Aunque a U. S. se le tiene prevenido, decia con fecha del 3, incendie los buques, si han quedado algunos menores haga U. S. que estos marchen a Coquimbo conduciendo los cañones i demas pertrechos. Se encarga de nuevo a U. S. no deje otra cosa que escombros (3)."

Alentado con la idea de llevar a cabo su plan, don José Miguel hizo salir para Aconcagua a su ayudante el capitan Barnechea, acompañado por el coronel Merino, conduciendo 300,000 pesos en oro i plata, que escoltaban veinte fusileros. Para reunir esta suma, el jeneral en jefe habia barrido con cuan-

(3) Nota de Uribe de 3 de octubre de 1814.

tó se encontraba en la casa de moneda i demas oficinas públicas, i habia despojado a algunas iglesias de los lujosos adornos de plata que cubrian sus altares. Segun pensaba, con estos recursos podia engrosar sus fuerzas con las milicias i prolongar la lucha en las provincias del norte.

IV. En la mañana del siguiente dia 4 comenzaron a salir de Santiago las tropas insurjentes en marcha para Aconcagua. Algunas de ellas que habian quedado en observacion en el llano de Maipo atravezaron la ciudad, i siguieron por el camino del norte, dejando solo una partida de 20 fusileros mandados por los capitanes Molina i Maruri. Estos debian observar los movimientos del enemigo, miéntras el jeneral en compañia de su hermano don Luis, del vocal Uribe, de dos ayudantes i dos ordenanzas, quemaban los efectos del parque de artilleria, clavaban los cañones, incendiaban la casa de pólvora i los repuestos que habia de este artículo, i destruian por todas partes las oficinas en que el enemigo podia establecer sus trabajos militares.

En medio del trastorno i confusion que esta clase de afanes debia producir en la ciudad, el populacho dió principio al saqueo de algunas casas. Viveando al rei unos, i otros a la patria, pero todos de acuerdo, rompian las puertas de calle i robaban todo lo que habia despertado su codicia. Un batallon de Voluntarios, que mandaba don Pedro Nolasco Vidal, disparó al pasar para el norte seis balazos sobre la gavilla que saqueaba una casa en las inmediaciones del puente; pero si tan ejecutiva amenaza bastó para dispersarla, no alcanzó a evitar los

males que entónces comenzaban. El mismo jeneral en jefe, no tanto para distraer al pueblo del robo de las propiedades particulares como para privar al enemigo de los recursos pecuniarios i militares que habia en la capital, entregó al saqueo la administracion de tabaco, los almacènes de víveres i la fábrica de fusiles.

Fácil es inferir cual sería el desórden que reinaba en esos momentos en Santiago. Nadie obedecia los mandatos del gobierno: los vecinos mas pacíficos, aquellos que por imposibilidad física o por falta de todo compromiso con los patriotas, no dejaban la ciudad en seguimiento del ejército, se armaron gustosos i patrullaron en las calles, castigando a los delincuentes i conteniendo al populacho.

El jeneral en jefe salió de la capital en la tarde del mismo dia 4. Nombró gobernador militar al coronel de milicias de Colchagua don Eujenio Muñoz, ordenándole que comisionase una diputacion para acercarse al jeneral Ossorio, a fin de alcanzar de él que sus tropas no entrasen hóstilmente a la poblacion (4).

V. El jefe realista en efecto no habia querido demorarse mucho tiempo en Rancagua. En la mañana del 3, al dia siguiente de haber ocupado el pueblo, Ossorio hizo celebrar una solemne misa en el templo de San-Francisco, a que mandó concurrir a todo el vecindario, amenazando con castigos a las señoras que se negasen a pasar sobre los cadáveres para llegar a la iglesia. Inmediatamente dió al co-

(4) Diario militar del jeneral Carrera.

ronel don Juan Nepomuceno Carvallo el cargo de gobernador político i militar, con una guarnicion compuesta del batallon Valdivia, i ordenó la marcha de su ejército. En virtud de esta órden, salió para Santiago el escuadron de carabineros de Abascal, que mandaba Quintanilla, la caballería de Elorreaga, la division del coronel Montoya i el batallon de Talaveras.

Ossorio se movió en la tarde de ese dia, i llegó hasta la hacienda del Hospital. Desde allí dirijió en la mañana siguiente a sus soldados una proclama, recomendándoles la conducta que debian observar a su entrada a Santiago. "Es preciso, decia en ella, os manifesteis en la capital no con aquella severidad que en la infeliz Rancagua: los santiaguinos son nuestros hermanos i no nuestros enemigos que ya han fugado: usemos con ellos de toda nuestra ternura i compasion."

En ese mismo dia entraron a Santiago las primeras partidas del ejército realista. Se les habia preparado un espléndido recibimiento, se habian embanderado todos los edificios, i el vecindario los felicitaba por cuantos medios estaban a sus alcances. Los godos, sin impedimento alguno para espresar su alegria, recorrian las calles, ufanos con la victoria que acababa de alcanzar Ossorio, i preparándose para gozar largamente de su triunfo.

En estas manifestaciones tomaban tambien parte algunos indiferentes, que veian por fin el término de la guerra, i un gran número de patriotas. Deseando estos evitar el saqueo i las amenazas del enemigo, se empeñaban en aplacarlo para que su

entrada a la capital no fuese acompañada de robos i asesinatos.

Por fortuna, Quintanilla i Elorreaga venian horrorizados con las ocurrencias de Rancagua, i dispuestos a tratar mejor a los habitantes de Santiago. Animados de un buen espíritu, ellos supieron conducirse con jenerosidad i prudencia, i evitar el saqueo i las tropelias de la soldadesca. Constituyeron autoridades provisorias, formaron un cabildo compuesto de cinco miembros (5), i dictaron todas las providencias necesarias para mantener el órden público hasta la llegada del jeneral Ossorio.

VI. En Santiago quedaban entónces mui pocos patriotas. Temiendo los mas comprometidos la saña de los vencedores, se habian apresurado a dejar sus casas i a seguir a los restos del ejército insurjente. Ellos consideraban perdida toda esperanza de resistencia, i solo trataban de cruzar las cordilleras para buscar un asilo en las provincias arjentinas, sin cuidarse mucho de los aprestos necesarios para tan penoso viaje, ni de sus familias que dejaban abandonadas. Aquellos que por su edad avanzada o por otras causas no podian emprender tan larga peregrinacion, trataban de ocultarse en los campos vecinos para sustraerse a las persecuciones que los amenazaban.

El camino de Aconcagua, que seguian los esquilmados batallones del ejército insurjente, presentaba entónces un espectáculo lastimero. Hombres de todas

(5) Eran estos don Jerónimo Pizana, don Manuel de Araos, don Juan Nepomuceno de Herrera, don Pedro Antonio Villota, doctor don Pedro Ramon de Silva Bohorquez, rejidor secretario.

condiciones, i entre ellos los personajes mas nota bles de Chile, mal montados i peor equipados, acompañaban de cerca a las tropas, compartiendo con ellas los sinsabores i fatigas de una marcha precipitada i por ásperos caminos. Faltos de dinero i escasos de todo recurso, su viaje fué la romeria del proscripto, desde el momento en que dejaron sus casas i comodidades. Muchas mujeres, que acompañaban a sus maridos i padres, contribuian a aumenmentar con sus lágrimas el dolor de todos i a embarazar la marcha de los fujitivos.

VII. El 5 de octubre se hallaron por fin en los Andes los restos del ejército insurjente. Carrera comenzó desde luego a dictar las órdenes mas necesarias para la reunion de los dispersos a fin de reconcentrar las reliquias del ejército insurjente, pero en aquellos momentos nadie obedecia sus mandatos. Muchos de los oficiales de las divisiones que habia mandado O'Higgins en Rancagua se hallaban dispuestos a todo ménos que a respetar las órdenes de don José Miguel. Los ausiliares de Buenos-Aires, que mandaba don Juan Gregorio Las-Heras, se negaron a cumplir los mandatos de Carrera, i tomaron el camino de la cordillera el dia 6, seguidos de cerca por O'Higgins i muchos de sus soldados.

Seguian a estos una multitud de paisanos de todas edades i sexos. Por vehementes que fuesen sus deseos de ponerse fuera del alcance de los soldados realistas, su marcha se hacia con lentitud por los mil obstáculos que a cada instante encontraban al paso. Las cordilleras estaban cubiertas de nieve, como en lo mas rigoroso del invierno, i los caballos

que montaban apénas podian andar por aquellas asperezas.

Para colmo de males Elorreaga no se habia detenido en Santiago mas que el tiempo necesario para tomar ciertas providencias, i siguió su marcha precipitadamente para alcanzar a los fujitivos. El dia 7 se halló a las inmediaciones de las cerranias de Chacabuco, i sin duda las habia cruzado fácilmente a no verlas defendidas por una fuerza que parecia respetable. Don José Miguel, temiendo en efecto verse atacado de cerca i separado de los refuerzos que esperaba de Valparaiso i Quillota, tocó todos los recursos que estaban a sus alcances, reunió los dispersos i arrieros de sus bagajes, los vistió i formó en la plaza con fusiles descompuestos, i despachó una partida de 80 fusileros montados a las órdenes de los capitanes don Francisco Molina i don Nicolas Maruri, a ocupar las alturas de Chacabuco. La vista de estos bastó para que Elorreaga diese su vuelta á Santiago a engrosar sus fuerzas.

Esta pequeña ventaja no alcanzaba a mejorar en nada la situacion de Carrera, ni a indemnizar otras pérdidas. Los soldados de Molina i Maruri, aprovechándose de la oscuridad, se desertaron en su mayor parte en la primera noche que pasaron en Chacabuco. El refuerzo que debia llegar de Valparaiso se pasó al enemigo, con los caudales de que era conductor. La desgracia perseguia por todas partes a los restos diseminados del ejército patriota.

VIII. Don José Miguel entre tanto no habia cesado de moverse en todas direcciones. Cansado de aguardar los refuerzos que esperaba se dirijió al

sur i llegó hasta el pueblo de Santa-Rosa, pero allí supo lo que habia ocurrido al capitan Molina i la traicion de las tropas de Valparaiso, i tomó de nuevo su marcha hácia el punto denominado la Ladera de los Papeles, en donde estaba reunido mas de un millon de pesos en especies i dinero.

En la noche del 9 recibió en ese punto un refuerzo de cuarenta fusileros, que a las órdenes del capitan don Servando Jordan le remitia su hermano don Luis desde el paso de la cordillera en donde se hallaba colocado. Con esta corta fuerza don José Miguel se puso en camino para Santa-Rosa, a fin de reunir algunas cargas de municiones o dinero, i protejer su marcha hácia el norte; pero sus primeras partidas se encontraron con las avanzadas del ejército realista, i despues de sostener un corto choque dieron la vuelta al norte en precipitada fuga.

En aquellos momentos no quedaba otro arbitrio que la fuga. Carrera se retiró con sus tropas el dia siguiente, el 11, a la Ladera de los Papeles, para seguir su marcha por las cordilleras. El 12 alcanzó hasta la Guardia, echando al rio de Aconcagua todo aquello que no se podia conducir, i no queria dejar en manos del enemigo que avanzaba precipitadamente. Una division de este, compuesta al parecer de 400 hombres, alcanzó en la tarde de ese mismo dia a la retaguardia de los patriotas cuando comenzaban a moverse de la Ladera de los Papeles. Allí se empeñó una corta accion: los fujitivos, mandados por los capitanes Maruri i Molina, se batieron con denuedo i heroismo, aprovechándose de las ventajas del terreno montañoso que ocu-

paban; pero no pudieron evitar una derrota, i dejaron en el campo algunos muertos i muchos prisioneros. La oscuridad de la noche les permitió seguir precipitadamente su marcha, e internarse en el camino de la cordillera.

Los fujitivos tenian que andar de prisa para no caer prisioneros, destruyendo por sus propias manos los útiles i pertrechos que habian acopiado para que no quedasen en poder de los enemigos que los perseguian. Para mayor desgracia no encontraron en el camino ninguna partida que los reforzase: algunas partidas del batallon de ausiliares de Buenos-Aires, que ocupaban la posicion de Calaveras, se habian puesto en retirada sin dejar un solo hombre para ayudar a Carrera. Con mil afanes i fatigas este jeneral i sus soldados pasaron la cumbre de la cordillera el siguiente dia, 13 de octubre, i siguieron su marcha a Mendoza (6).

IX. El coronel Ossorio habia concluido su campaña a los dos meses cabales despues de haber desembarcado en Talcahuano. En su marcha a la capital se le habia recibido como vencedor, en medio de las mas claras manifestaciones de alegria.

Su entrada a Santiago fué sumamente solemne. Los godos de la capital no habian evitado dilijencia para que fuese suntuosa i triunfal, i los patriotas tivios, que querian reconciliarse con el partido vencedor, los ayudaron eficazmente en sus trabajos.

(6) Todos estos detalles estan tomados del diario militar de don José Miguel Carrera. Los autores de la *Reconquista española*, que lo siguen en esta parte, han asentado equivocadamente que el encuentro de la Ladera de los Papeles tuvo lugar el 11 de octubre.

Ossorio habia anunciado que su entrada tendria lugar el 9 de octubre: desde algunos dias atras estaban embanderadas todas las casas para felicitar a cada batallon realista que entraba a la ciudad; pero para celebrar la entrada de Ossorio, el entusiasmo de sus partidarios llegó al mas alto grado.

En la tarde de ese dia entró al fin Ossorio por la calle de Santa-Rosa, acompañado de su estado mayor i seguido de algunas tropas de su ejército. En su tránsito desparramaban de los balcones una variada multitud de flores, i hasta considerables cantidades de dinero que se arrojaba a los soldados. Un repique jeneral de campanas acompañaba a las músicas militares i a los desacordados gritos del populacho que viveaba al monarca español i al jefe realista que acababa de vencer.

Ossorio no se demoró mucho tiempo en la capital para gozar de su triunfo. Empeñado en perseguir a los patriotas salió de la capital el 13 de octubre para activar las operaciones militares de su division de vanguardia, dejando el gobierno de la capital al rejidor Pisana. En ese mismo dia Carrera habia cruzado los Andes con los últimos restos del ejército insurjente; i Elorreaga, desesperando de darle alcance, volvia con sus partidas a Santiago cuando se encontró con el jeneral en jefe. Entrególe allí nueve piezas de artilleria de diferentes calibres, mas de 300 fusiles i de 200 prisioneros, cuatro banderas insurjentes i diez i nueve cargas i media de oro i plata que habia quitado a los fujitivos. Ossorio se detuvo solo el tiempo necesario para mandar todo esto a la capital, i siguió su camino a Aconca-

gua, Quillota i Valparaiso. Desde allí despachó la goleta *Mercedes* con direccion al Callao, llevando a Abascal la noticia de la reconquista de Chile, i alguna parte del botin hecho a los insurjentes.

X. Grande era la ansiedad con que se esperaba en Lima las noticias del ejército de Chile. El mismo virrei Abascal ha consignado en documentos importantes sus temores i sobresaltos en aquellas circunstancias. "No se tenia noticia, dice, del comandante jeneral Ossorio en Chile, ni del estado de la guerra de aquel reino. Ignorábase la suerte de las órdenes que hasta por triplicado se habian pasado a aquel jefe, en conformidad de lo espuesto en junta de guerra para activar sus operaciones, para que en cualquier estado tratase con los insurjentes la negociacion mas decorosa que pudiese alcanzar para volar al socorro del jeneral Pezuela i de sus valientes i beneméritas tropas, i era en fin de recelar que reforzadas en Jujui i Salta, los enemigos del Rio de la Plata, en consecuencia de la pérdida de Montevideo, incomodasen i molestasen al ejército en término que ocasionasen su entera ruina i destruccion (7)."

La llegada de la corbeta *Mercedes*, el 6 de noviembre, convirtió en júbilo i contento los temores que habian asaltado al virrei i a su corte sobre la suerte del ejército realista de Chile. "Cuando mas atribulados nos hallábamos, la providencia nos ha proporcionado este gusto a tiempo que llorábamos la desercion de otra porcion de nuestros hermanos,"

(7) *Relacion de gobierno del marquez de la Concordia.*

dijo la *Gazeta* de Lima al anunciar esta noticia.

Inmediatamente que el virrei supo el arribo de la *Mercedes*, i que esta traia a bordo nueve banderas que Ossorio habia quitado a los insurjentes de Chile, mandó que se depositasen a bordo del navio *Asia* miéntras se hacian los preparativos para su recepcion. En la mañana del siguiente dia se desembarcaron, i en la tarde se llevaron a Lima escoltadas por dos compañias de soldados. Las conducian nueve oficiales de los mismos que se habian batido en Rancagua, i llevaban estos las mismas casasas con que habian hecho la campaña. Salieron a servirlos dos bandas de música militar, i el mismo virrei, a cuya vista las tendieron en tierra: la carróza de éste pasó varias veces por delante de ellas (8).

Las celebraciones públicas duraron en Lima algunos dias mas. El virrei, su corte i los realistas todos creïan perfectamente asegurada la dominacion española en Chile, i pensaban que jamas volveria a asomar la insurreccion. Ellos no sospechaban que los héroes de Rancagua habian de armarse de nuevo para emprender la reconquista de la patria; pero el espíritu de independencia, aunque sofocado en aquellos momentos, estaba aun vivo i pronto a manifestarse de nuevo i con mayor vigor.

(8) La *Gazeta* de Lima de 12 de noviembre da muchos detalles de estas celebraciones. El jeneral Garcia Camba' que dá en sus *Memorias* algunas noticias sobre el particular, asienta equivocadamente que la primera noticia de la reconquista de Chile llegó a Lima el 2 de noviembre.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Número 1, páj. 170.

De resultas de haber salido el teniente coronel don Francisco Calderon para el sitio de Chillan con un convoi de municiones escoltado por 200 hombres, quedó la ciudad de Concepcion con una escasísima guarnicion compuesta de unos pocos artilleros i algunas compañias de milicias de infanteria. Queriendo los realistas aprovecharse de esta situacion para apoderarse de la ciudad, tramaron una conspiracion que fué descubierta por el artillero Manuel Amaya, asistente del capitan Vidal que habia quedado de comandante de artilleria de la plaza. Amaya comunicó a su comandante que una mujer, con quien estaba en amistad, despues de exijirle juramento de guardar secreto, le habia comunicado que los realistas iban a apoderarse de la ciudad echándose sobre el cuartel de artilleria i que para salvar su vida no debia recojerse al cuartel la noche que ella le avisase iba a darse el golpe. El comandante encargó al soldado no comunicase a nadie aquella noticia, que esa noche se fuese a dormir a casa de su amiga i le asegurase que amándola mucho i deseando casarse con ella queria tomar parte en la conspiracion si el golpe era seguro, para lo que deseaba le dijese con que elementos contaban, pues en los cuarteles habia mucha vijilancia.—La mujer le aseguró que encabezaban la conspiracion varios individuos de su posicion cuyos nombres no habia querido revelarle su hermano, i mas de cien hombres resueltos a tomarse el cuartel de artilleria para asegurarse de las armas i municiones; que lo asaltarian por los pies, para lo que estaban de acuerdo varios artilleros realistas

de los prisioneros de Talcahuano que habian sido incorporados a los patriotas, i con varios de los cívicos de donde era sarjento su hermano, i que procuraria entrar de guardia la noche convenida i sublevar su cuerpo en el momento que estuviese tomado el cuartel de artilleria.—El soldado Amaya le dijo a la mujer que el golpe le parecia seguro, que entraba en la revolucion i que en lugar de dormir fuera la noche del asalto convenia que estuviese dentro para encerrar con llave a su comandante lo que era mui fácil; pues dormia en la pieza anterior con su asistente, pero que era indispensable lo pusiese en relacion con los artilleros comprometidos para que supiesen que era de su partido i le ofreciesen respetar la vida de su comandante. La mujer lo convidó a merendar a las oraciones del dia siguiente, ofreciéndole que encontraria en su casa a todos los artilleros comprometidos para que los conociese i entrase en relacion con ellos.—Con estos antecedentes, Vidal, de acuerdo con don Julian Uribe, determinaron echarse la noche siguiente sobre la mujer i sus convidados, pero habiendo dado cuenta de todo al presidente de la junta el Dean don Salvador Andrade. Este señor se alarmó i atemorizó tanto que apesar del encargo de guardar secreto lo comunicó esa noche a varios amigos, i de unos en otros al amanecer del dia siguiente la conspiracion era pública en toda la ciudad, i habian desaparecido la mujer, su hermano i varios cívicos i artilleros. Cortado ya el hilo que debia conducir a descubrir los cabezas, se tomaron medidas para evitar un golpe de mano a que podia conducirlos la desesperacion, i para ello se atrincheraron i fosearon las ocho bocas calles de la plaza, se reunieron en ella de noche todos los patriotas, se separaron todos los cívicos sospechosos, se reforzó el cuartel de artilleria (que estaba en la plaza) con los soldados combatientes que estaban en estado de tomar las armas. Vidal i el capitan Luna se encargaron de la defensa de la plaza, i don Julian Uribe de mantener el órden en la ciudad i guardar las avenidas con patrullas de caballeria compuestas de los vecinos mas comprometidos. En este estado se mantuvo Concepcion por varios dias hasta la llegada del jeneral Carrera a quien se le habia dado parte de lo ocurrido: el jeneral, al dia siguiente de su llegada, para dar confianza al pueblo i manifestar cuan poco temia un ataque, mandó allanar las trincheras i segar los fosos, mandando al coronel O'Higgins sobre Hualqui para perseguir a Valle.

Número 2, páj. 227.

Exmo. Señor:

Como nada sería mas peligroso en las actuales difíciles circunstancias de nuestra situacion que el que se creyesen disensiones entre el gobierno i los jenerales, i como los espíritus egoistas i sin amor a la patria, por la miserable bajeza de sacar partido, o de hacerse espectables, tiran a fomentar estos recelos, i a formar misterios de lo que no saben, o de las acciones mas sencillas; es preciso que por el bien del estado, por el nuestro individual, i por la responsabilidad en que nos hallamos con los pueblos, hablemos mútuamente de una vez franca i abiertamente, i que V. E. nos crea como unos hombres que no tenemos partidos ni relaciones, que jamas hemos solicitado influencia en los negocios públicos: que tenemos la resolucion mas firme de no gobernar, i que solo ansiamos el momento de la conclusion de esta guerra para retirarnos a nuestras casas, aun cuando nos costara la vida esta resolucion.

Primeramente V. E. debe cerciorarse del estado esterior e interior de nuestros negocios. Por la parte de Lima, aunque la actual contienda que tiene con Buenos-Aires parece que debe agotar sus recursos; pero si se hace cargo V. E. del interes que le resulta en sacar tropas i caballerias de Chile: de la necesidad en que se halla de proveer con nuestros abundantes víveres sus ejércitos, i de la facilidad con que puede poner todo esto en las costas del Perú, i en las campañas de Córdova: de que parece se halla desahogada por la parte del norte, que tiene todos sus buques ociosos i al ancla en el Callao, que le faltan armas, i aquel comercio, que en sustancia no tiene otra navegacion que la de Chile, debe hacer los últimos esfuerzos para franquearla, veria V. E. con estos antecedentes, que no es tan difícil como se creeria el tener sobre nosotros una espedicion de aquel virrei. Cuando prefirió remitir a Chile sus mejores oficiales en circunstancias de hallarse batido el ejército del Perú, es sumo el interes que tiene contra nosotros; i si por desgracia sucumbiese Belgrano, jamas podriamos dudar de los estraordinarios esfuerzos que emprenderá contra Chile.

En este estado de cosas considere V. E. nuestra situacion interior. El erario sin entradas por mar ni cordillera se halla enteramente agotado. Nuestros sucesos de Yerbas-Buenas, San-Cárlos i Talcahuano, hacian aguardar por momentos la conclusion de esta ruinosa guerra; i cuando todos consolaban sus pérdidas con la próxima esperanza del fin, i ninguno pen-

saba ya en ulteriores sacrificios, es cuando sabemos los movimientos de Concepcion, la insurreccion de las provincias, la considerable fuerza de Chillan, i por consecuencia de estos la necesidad de cargar, como se ha hecho, fuertes i prontas contribuciones sobre todos los pudientes, de sacar cuantas milicias sea posible para el ejército i para las guarniciones de la capital i de Valparaiso, i de arrancar cuasi todas las caballerias de las provincias, porque en efecto fuera de los 2,000 caballos que se mandan aprontar para las ocurrencias, se ordena marchar al ejército 2,400, 1,200 hombres de caballeria, i 1,000 para estas guarniciones, respecto de que se mandan al ejército por 800 a 1,000 hombres de nuestra tropa veterana, a mas del arrieraje que necesita esta division, i la conduccion de cañones. Considere V. E. que esto sobreviene cuando estan estancadas las ventas de los frutos del reino i cuando los infelices labradores iban precisamente a verificar las siembras del año venidero. V. E. no podria pensar la consternacion i el abatimiento que han causado estas providencias, i la que causaran en las provincias. El poco espíritu público ha desaparecido, i un sordo i lastimero lamento sucede a las bellas esperanzas i lisonjeras enhorabuenas que ántes encantaban al pueblo. Por desgracia se repiten i multiplican diariamente por todos los que vienen de ese ejército i provincias, los inauditos i jeneralísimos robos i vejaciones que han sufrido aquellos miserables habitantes, ya por los comisionados, i ya por los bandidos, que tomando el nombre de comision han asolado la fortuna i la existencia de todos los particulares. Aunque la absoluta conformidad de relaciones no dejan lugar a dudar; i aunque el mismo señor don Luis conviene en mucha parte de estos excesos, bien nos persuadimos que la distancia aumentará alguna cosa; pero todos jeneralmente atribuyen nuestros atrasos i los movimientos de las provincias a la violenta odiosidad que han causado estos bandidos.

Puesto el gobierno en estas circunstancias, considere V. E. qué angustias, qué tropiezos i qué contemplaciones no necesitará para cada paso que se emprenda. Es preciso vencer la opinion con la opinion: no tenemos una fuerza con cuya autoridad i prepotencia saquemos la nueva fuerza que necesitamos, i con la celeridad que debe marchar. No nos queda mas recurso que el de hacernos amar, multiplicar las providencias de órden, de justicia i de atencion hacia los pueblos i reconquistarnos la afeccion que podiamos haber perdido.

Por cuanto tiene de sagrado el nombre de la patria i el honor i opinion que en esta guerra debemos ganar o perder enteramente encargamos a V. E. que despreciando absolutamente esos funestos i criminales chismes, que acaso pueden llegar a sus oidos, convierta toda su atencion a castigar con la

mayor severidad i de un modo público a todos los malvados que hayan cometido vejaciones, a contener la inmoralidad, a consolar las provincias, i a no pensar jamas que podia ser bien servido ni para su persona, ni para su ejército por los hombres que se han hecho detestables en la opinion pública. El gobierno correjirá sin la menor contemplacion cuanto se halle a sus alcances; pero es preciso que ninguno piense que ha de encontrar la menor proteccion en los jenerales, aunque les hagan cargos de servicios a que habrán contribuido mas por satisfacer su rapacidad que por el bien del estado o el honor de sus jefes. Si V. E. hubiese sido bien servido no se hallaria repetidas veces pereciendo el ejército, cuando Talca se hallaba abastecido de forrajes i víveres para un año, como ha escrito con frecuencia el gobernador. Díganos igualmente V. E. que providencias convendrá que tome el gobierno, así para calmar la insurrecion de las provincias, como para saber directamente cuales son los pensamientos de los chilotes, qué esperanzas, qué partidos, o qué arbitrios políticos deberian tomarse, para que estos dos puntos, así como en que en lo sucesivo sea bien servido el ejército por aquellas provincias con su menor daño posible; está acordando noche i dia principalmente sobre el fruto que se podria sacar de que el gobierno hablase directamente con las tropas de Chillan (que no lo ha hecho hasta ahora) i con los puntos insurreccionados.

Aunque desde el primer aviso que se recibió habrá un mes i medio por el gobernador de Talca, que incluia algunas declaraciones de noticias funestas del ejército, se pensó mandar a don Francisco Lastra con la division que debia ausiliarlo, i aunque ahora se dieron nuevas órdenes para lo mismo, sin que el señor don Luis hubiese puesto dificultades cuando fué llamado de Valparaiso, i se lo avisamos, pero posteriormente nos ha hecho algunos reparos que probablemente nos desanimarán; bien que en las difíciles circunstancias de estar comprometido con este meritísimo ciudadano, que hoi mismo llegará. La comandancia de la caballeria se pondrá a cargo del teniente coronel Alcázar, i en la infanteria estamos vacilantes; porque el sujeto de que nos habla el señor don Luis no tiene aquella opinion que necesita en circunstancia que somos esclavos de los pensamientos públicos.

Las armas, municiones, etc., ajita cuanto puede el señor don Luis que estraordinariamente se ha hecho cargo de avisar estas dilijencias, i cuya superintendencia tiene el señor Eyzaguirre, en que no descansa mañana i tarde; pero apesar de cuantos liberales, francas i amistosas confianzas, procura estrechar el gobierno con un comisionado, i hermano de V. E., las instigaciones llegan a término que el dia de ayer nos ha estrechado con el mayor esfuerzo i resolucion previniendo al

gobierno que renuncia por sí, i que tiene órden formal de V. E. para renunciar el mando del ejército: es preciso que V. E. nos hable con toda franqueza (i como ciudadano que ama a la patria mas que a sus sentimientos particulares) qué oríjen tiene esta deliberacion; i si acaso es, como presumimos, un acto de mero acaloramiento, desprecie como es justo los influjos de los malvados, que nada pierden con causar males a su patria, con tal que lo pasen bien la hora en que respiran.—Dios guarde a V. E. muchos años. Santiago, 14 de setiembre de 1813.—*José Miguel Infante.*—*Agustin Eyzaguirre.*—*Juan Egaña.*—P. D. Al marchar este propio, ha ocurrido nuevamente el señor don Luis asegurando que acaba de recibir nuevas órdenes de V. E. en que le previene que absolutamente haga formal renuncia a nombre de V, E. del empleo del jeneral, i repitiendo la suya. El gobierno, despues de haberle propuesto las dificultades que ofrece este paso, ha resuelto no hacer novedad hasta que V. E. con la franqueza e injenuidad que exijen las circunstancias le hable de los motivos que le obligan a dar este paso. Sobre todo se espera la contestacion de V. E. con la mayor brevedad i si fuese posible ántes de dos dias.

Número 3, páj. 233.

Reservado.

Exmo. Señor:

Cuantas reflexiones me hace V. E. en su oficio de 14 del actual relativas al interes que tiene el virrei de Lima sobre este reino son bien manifiestas i constantes, así como el de todos los mandatarios europeos que han jurado perpetuar la oscuridad i abatimiento de los americanos; pero no comprendo el fin a que se dirijen cuando nos hallamos en estado de esterminar los tiranos invasores, si vienen aceleradamente de esa capital las tropas de fusil que se preparan, i que ya debian estar aquí. Si V. E. las indica con el objeto de que desistamos de la guerra en que estamos empeñados, la responsabilidad en que nos hallamos con los pueblos, esa es la que nos impele a continuarla de un modo que los salve, sino para siempre, al ménos en la presente revolucion de la América en que los tiranos se han propuesto sostener su preponderancia i orgullo a costa de la sangre de nuestros ciudadanos. Crea V. E. que si Lima no hace todos sus esfuerzos ántes de un mes i nosotros logramos tener aquí dentro de pocos dias los

ausilios que ansiosamente esperamos, Chile triunfará de sus enemigos con lo ventaja de hacerse temible en todos tiempos, i si el virrei insiste despues en sus ambiciosas i codiciosas miras, tendrá que costear una espedicion de ocho a diez mil hombres para tentar de nuevo nuestra constancia i valor.

Nuestra situacion interior, yo a la verdad la considero i lamento, mas no por eso debemos acobardar cuando al reino sobran recursos. Los espíritus egoistas i sin amor a la patria por fines particulares han contribuido a fomentar disensiones, que no trato por ahora de indagar. Yo aseguro a V. E. por Dios i por mi honor que jamas he tenido otro interes ni otras miras que ayudar en cuanto me permitan mis débiles fuerzas a la salvacion del pais en que nací i que amo como su verdadero hijo. No tengo partidos, ni relaciones, no solicito injerencia en los negocios públicos, i solo quiero la conclusion de la guerra para separarme de unos hombres ingratos que tantas veces han fraguado planes los mas horribles para acabar con las existencias de unos ciudadanos jenerosos i que se han sacrificado por la libertad i por la felicicidad jeneral. Cuando se presentó el enemigo en esta ciudad, aun no habiamos leido bien el parte del gobierno, cuando tomamos a impulso de nuestros buenos deseos cuantas providencias estaban a nuestros alcances para salvar la patria amenazada de un modo que hizo temblar a muchos de los que hoi desde su gabinete critican llenos de ignorancia los mejores pasos del ejército i los que nos han salvado.

No quiero traer a la memoria el eslabon de sucesos prodijiosos desde aquella época hasta la presente; solo quiero recordar a V. E. que cuando ibamos a concluir la guerra con el esterminio del último tirano nos vimos obligados a retirarnos por falta de algunos artículos que habia pedido a V. E. i que no habian venido por los motivos que claramente se dejan ver hoi. Resolví mandar a mi hermano para obtener lo que era indispensable para completar las glorias de la patria, le dí mis instrucciones, i le advertí que si observaba facciones, desconfianza e imposibilidad de allanar las dificultades que labran nuestra ruina hiciese por él i por mí una formal renuncia de nuestros empleos, protestando ante V. E. i el pueblo los poderosos motivos que nos obligaban a tamaña resolucion, para no sufrir algun dia el martirio de que nos titulasen autores de la esclavitud chilena. Aunque no he recibido sus avisos, tengo entendido se trataba de hacer a nuestro honor el mayor ultraje, i este poderoso motivo será una de las causas por qué con tanta decision clama por separarse.

Yo he informado a V. E. en mi oficio del 9 del actual, núm. 1, que el oríjen de la insurreccion de esta provincia es la falsa doctrina de nuestros antiguos rivales, i que ahora se

han reanimado las jentes del campo con el robo que les franquea el enemigo, protejidos con armas. Los que quieran atribuirlo a excesos de mis tropas o comisionados, deben no olvidar, que ántes de pisar un soldado ni molestar a ningun habitante de la frontera, ya se declararon abiertamente contra el sistema, saliendo el fuego de la insurreccion de la plaza de Arauco donde los frailes de aquella mision i la inmediata de Tucapel debian tener correspondencia con los de Chillan. La misma conducta observaron en los partidos de San-Cárlos i el Parral desde que se aproximó nuestro ejército. No crea V. E. que me sirvo *de hombres detestables en la opinion pública,* ni que los jenerales cometerán la bajeza de protejer a los inícuos. Mis órdenes repetidas han sido bien severas sobre esta materia, i se harán efectivas en cualquier tiempo i circunstancias que se justificase su transgresion.

Conocido pues el fundamento de la insurreccion, vendrá V. E. en conocimiento de que no está al alcance del gobierno tomar otras providencias que la de destruir al enemigo que la fomenta. Tampoco se halla V. E. en el caso de saber directamente cuales son los pensamientos de los chilotes porque ningun paso podria dar que no le fuese degradante, i por consecuencia que los ensoberbeciese. Las mejores insinuaciones son las bayonetas en circunstancias como las actuales en que nos hacen la guerra a sangre i fuego.

V. E. conoce cuan importante es la presencia del meritísimo ciudadano don Francisco Lastra en el gobierno de Valparaiso para pensar en separarlo destinándolo a este ejército, i no es ménos desairoso, i reparable, que no se confien las fuerzas que deben venir a esta capital al jeneral de vanguardia que arriesgando su persona ha pasado a ella con este solo objeto. Me persuado que no haya dificultad en que V. E. disponga que vuelva a su destino donde no es ménos útil a la seguridad de la patria.

Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Concepcion, 23 de setiembre de 1813.

José Miguel de Carrera.

Exmo. Gobierno Superior del Reino.

Número 4, páj, 233.

Exmo. Señor:

Con gran dolor acabo de ver en el oficio de V. E. fecho en 14 del presente los sentimientos i aflicciones que ajitan su superior atencion. Ellos son propios de unas almas virtuosas,

i yo me lleno de honor cuando miro los mios tan íntimamente unidos a V. E.

Desde el principio de nuestra pasada campaña lloré las desgracias que veia sin remedio consiguientes a desórdenes que presenciaba sin poder evitar. Me aflijia i confundia en vano cuando veia despreciados mis avisos, i burladas mis justas predicciones. Ellas se han verificado, i aunque es temeraria injusticia esperar las resultas desgraciadas de una omision, somos tan felices que aun puede remediarse todo.

La esperiencia i los golpes enseñan a los hombres a ser prudentes i precavidos. Esta verdad i las grandes ventajas que de ella resultan, deben tranquilizar el ánimo de V. E. Las mismas desgracias, los peligros pasados, i los presentes apuros desterrarán el tolerantismo i los funestos errores, dejando a la virtud el lugar que corresponde. Ya esta se ve colocada tal vez en una parte de nuestro ejército, i espero que dentro de poco se estenderá en el todo. Entónces seguirán las glorias que habian desaparecido, i finalizarán las aflicciones de ese pueblo jeneroso, i de V. E. que tanto i tan justamente se ajita por su bien. Crea V. E. que sus desvelos no han de perderse, i que sus sacrificios son tan manifiestos que nadie podrá ocultarlos, aunque se empeñe la malicia mas apurada. Nada vale mi opinion, pero (dígnese V. E. creerme como un militar honrado) jamas han podido los atroces chismes de que V. E. se lamenta bajar un solo punto del respeto i amor con que le venero.

Con esta fecha escribo a mi hermano José Miguel manifestándole la sorpresa que me ha causado el proceder de Luis, que seguramente ha obrado a impulso de alguno de los muchos que se empeñan en nuestra ruina, pero esté V. E. cierto de que todo va a quedar en nada, i de que luego se convertirán los disgustos en placeres.

Dios guarde a V. E. muchos años. Canton de Quirihue i setiembre 19 de 1813. Exmo. señor.

Juan José de Carrera.

Número 5, páj. 237.

El supremo gobierno de Chile representante de la soberania de la nacion, despues de haber consultado por mas de veinte dias en sus acuerdos ordinarios i estraordinarios con el H. senado; despues de haber convocado en dos sesiones públicas, toda la representacion de la capital, comprendida en el senado, cabildo secular i eclesiástico, tribunal de justicia, jefes militares, i veteranos, prelados de las relijiones, todos los de-

mas tribunales, i los prefectos de los cuarteles; despues de haber tratado de la mayor parte de estos acuerdos con el señor brigadier de Carrera, i con el señor coronel don Luis, como apoderado de su hermano el exmo. señor jeneral en jefe; teniendo a la vista los oficios del señor jeneral, i del señor jeneral del centro el señor don Juan José de Carrera sobre los eficaces deseos de concurrir a la tranquilidad pública; despues de haber escuchado las jenerosas protestas de dicho apoderado señor don Luis, i de lo que ha pedido repetidas veces renuncia del mando militar, i buen órden interior, decreto lo siguiente de acuerdo con el senado i consulta de las corporaciones.

Art. 1.° Inmediatamente pasará el supremo gobierno al cuartel jeneral de Talca representando la completa soberania del pueblo, reasumiendo en sí solo todas las facultades ordinarias i las estraordinarias en que deberia necesitar del dictámen del senado. El exmo. señor presidente se adelantará a la marcha del gobierno, revestido de estas mismas facultades a tratar de acordar con los jenerales, ir aun con los enemigos a todos los puntos de la parte interior i esterior del reino i cuanto sea conveniente a la pacificacion de las provincias i bien del estado.

Art. 2.° Quedan ratificados i sancionados del gobierno i el senado los artículos de capitulacion que deberá proponerse al ejército de Lima, e insurjentes de las provincias con fecha de de , sin perjuicio de que el gobierno pueda añadir, o modificarlos, como lo requieran las circunstancias.

Art. 3.° El gobierno con previo dictámen del Senado i como han opinado las corporaciones, nombrará un vocal para que llene la terna por la escusa que ha hecho el señor don Francisco Perez.

Art. 4.° Vencidos o capitulándose con nuestros enemigos, inmediatamente tomará el mando del ejército el gobierno, i licenciando las tropas milicianas que no hubiesen de permanecer en un pie veterano i fijo, distribuirá el resto en cuerpos interinos cada uno de 200 hombres, cuyos comandantes no sean parientes entre sí hasta el 4.° grado, permaneciendo de este modo los cuerpos militares hasta el resultado del congreso jeneral.

Art. 5.° Se decreta la convocacion del congreso jeneral del estado, i dentro de 8 dias perentorios se despachará la convocatoria e instrucciones para la eleccion de los diputados de las provincias. El congreso se abrirá precisamente en uno de los dias del mes de enero que señala el gobierno.

Art. 6.° Por anuencia del gobierno se nombrará un gobernador para la provincia de Santiago, que tambien dirija la intendencia de la capital; i en los casos urjentes i estraordinarios procederá como representante del gobierno consultando

al senado. Este gobernador le nombrará el gobierno con acuerdo del senado.

Art. 7.° Con respeto a que el coronel i apoderado del señor jeneral en jefe ha pedido al gobierno se le oiga en el manifiesto que inmediatamente trata de presentar, i a que dicho señor apoderado se halla instruido de los puntos que contiene este decreto por las diversas sesiones que se han celebrado con su concurrencia; desde luego se reserva proveer el gobierno todos los demas artículos que sean justos i convenientes a vista del espresado manifiesto.

I asi lo decreta, i sanciona en el senado, en Santiago de Chile a ocho de octubre de mil ochocientos trece.—*Infante—Eyzaguirre—Egaña—Manuel Antonio Araoz—Echeverria.—Henriquez.*

Número 6, páj. 245.

Excmo. Señor:

Acabo de saber por don Antonio Merino coronel i justicia mayor del partido de Quirihue que en la tarde del 29 fué atacada la guerrilla del inmortal Valenzuela i Balverde, cuyo suceso ha comunicado al jeneral del canton del Maule; i por consiguiente ya lo sabrá V. E. En efecto nuestras armas se han cubierto de gloria i los que las dirijian son dignos de la mayor gratitud i reconocimiento. Nos faltan aquellos dos valientes i virtuosos oficiales, cuando mas los necesitamos, por haber muerto ambos en la accion. Estos i otros muchos males de gran bulto son debidos a la indiferencia con que mira i ha mirado V. E. el envio del pronto ausilio que ya hace dos meses que le pedí. En dicho canton se encuentran innumerables i copiosos recursos, i la principal fuerza del ejército no los tiene. Hai allí miles de caballos i aqui andamos a pie, sin podernos ausiliar humanamente con la prontitud a que nos obliga i estrecha el enemigo, por tener este mucha i buena caballería.

Aun no viene el plomo, i estoi sin municiones, cuya falta por sí sola es bastante para arruinar el estado. Con igual desgracia no tengo un real para el pago de mis tropas i V. E. ni me dice la causa de no remitir caudales; ántes bien por el contrario con la negativa al lasto de las libranzas que he jirado a favor de varios individuos, sustrae a estos el ausilio que podian prestarme. Por esta conducta tan estraña i tan excéntrica a la esfera de la justificacion de V. E. en las mas críticas circunstancias del dia parece, o al ménos como que se traslúce (permítaseme usar de una satisfaccion) el sórdido i ram-

pante fomento de las facciones i que bajo del mismo aspecto nuestros papeles públicos, resultan dirijidos por una mano diestra para dar valor al enemigo (como sucede) i para destruir el valiente, el entusiasta i el virtuoso ejército restaurador, que a costa de los mayores sacrificios ha jurado i conseguirá precisamente la libertad de su patria. Segun esto ya colejirá V. E. la raiz i la ramificacion de males inherentes a este resultado. De la responsabilidad mas terrible i obligatoria para con Dios i los hombres.

Cuento en el ejército i guarnicion 2,500 veteranos que reunidos emprenderán su marcha ántes de 15 dias para vencer o morir, i si V. E. no nos da anticipadamente una clara idea de sus intenciones i determinaciones. Por estar sin semejantes conocimientos hemos derramado la sangre mas preciosa de Chile i estamos espuestos a una total ruina. Sin embargo venceremos i triunfaremos solos; i daremos a nuestros conciudanos pruebas incontestables de los santos deseos que nos animan. Esta es la voz jeneral del ejército, que tengo el honor de mandar, la misma que estimula al indiferente a ser virtuoso, héroe. Con esta claridad i franqueza de alma puede hablar a V. E. un hombre que siendo un individuo del gobierno, obtuvo de él su voluntad para crear un ejército, dirijirlo, i llevar sus glorias hasta donde le permitiesen sus débiles fuerzas, o hasta donde ha alcanzado a conocer el bien: circunstancias que ciertamente se engrandecen a un grado superior cuando ha tenido la fortuna de reunir oficiales i soldados dignos por todos títulos de la justa admiracion del mundo. Si, señor excmo.: siempre han escarmentado estos con heróicos esfuerzos al enemigo; i jamas se ha conocido en ellos otro interes que la gloria de buscar con los mayores sacrificios la felicidad de su pais. Una virtud tan sublime como esta al paso que excita i conmueve la gratitud i reconocimiento de los mortales, vincula en V. E. la estrechísima obligacion de responder por su conducta a presencia de un Dios que examina i rejistra en la oficina del corazon humano cuantos designios se hospedan en ella, i en manos de los hombres que no son puramente espectadores de nuestras acciones sino rijidos fiscales que acusan las manchas que los tisnan i envilecen. Con efecto este es, el indispensable caso en que necesariamente debe constituirse V. E. si no pone de su parte i con abjuracion de todo espíritu de partido cuantos arbitrios esten en sus manos para esterminar brevemente al enemigo, sin demasiado sacrificio de los soldados de la patria i para evitar que cuando se lleve el armamento, único principio en que estriba la principal defensa del estado en lo futuro.

Por mi parte protesto, excmo. señor, con franqueza que no espero mas felicidad ni instante mas precioso de toda mi vida que

el de presentarme a la faz de Chile para que al lado del cadalso, i revestido de la virtud i justicia juzgue V. E. i el mundo entero mis operaciones. Entónces conoceremos de un modo evidente los autores de nuestros males que debiendo ahogarlos i sofocarlos en su oríjen incendiaron con su iniquidad la parte noble i sensata del pueblo de Chile, substrayendo a la inocencia los carácteres que lo distinguen de la escoria i la zizaña. Entónces repito, balanceándose el mérito de uno i otro aparecerá con toda su estension i brillantez la virtud i el desprendimiento de ánimo de todo buen patriota, i con verguenza i escándalo de la humanidad el feo escorpion del egoismo i la sucia intriga acompañada de la calumnia. En fin el tiempo decidirá de nuestra suerte.

Pero apesar de todo, no puedo ménos que decir a V. E. que desearia con ansia dar a V. E. una idea de nuestra profesion militar para que se convenciese a todas luces de la razon con que me quejo, mayormente cuando veo cierta nuestra destruccion i esterminio si no nos enmendamos i procedemos de acuerdo. Si V. E. es testigo de esta verdad, todo el ejército i los habitantes de esta provincia, que lloran sus desgracias, conocen sus defectos, i no pueden remediarlos. Viva pues V. E. íntimamente persuadido que el deseo de la justicia, el interes de la salvacion del estado, i la asecucion lisonjera de nuestra libertad e independencia son los únicos resortes que me arrancan del alma los sentimientos que he tenido el honor de esponer a V. E. Soi inviolable i aun cuando no lo fuese, siempre deberia hablar a V. E. con la misma injenuidad i sinceridad de espíritu que acompaño a mis espresiones.

Dios guarde a V. E. muchos años. Concepcion, octubre 30 de 1813.

Exmo. Señor.

José Miguel de Carrera.

Exmo. Gobierno Supremo del Estado de Chile.

Número 7, páj. 247.

Exmo. Señor:

Si las espresiones de que está sembrado el oficio de U. de 30 del pasado no las atribuyésemos en gran parte a un celo mal dirijido, i a la hábitud de mandar, ellas nos harian ver el funesto estado a que hemos llegado, cuando un jeneral, esto es un funcionario sujeto al gobierno, manifiesta esa especie de

insubordinacion, i poco aprecio a la suprema autoridad; i ya las circunstancias nos han conducido al tiempo de que todos hablemos con franqueza, i de que V. E. haga a su patria el único servicio que puede salvarla i el mas grande que ella debió esperar de V. E. entendiendo que vamos a hablarle conforme a los sentimientos de nuestro corazon sin que ocultemos ni disimulemos cosa alguna. Las tres personas que subscriben este oficio son a los ojos de todo el mundo, i deben serlo a los de V. E., tan distantes de facciones, que el último vocal ha sido un hombre a quien para llenar estas funciones se le ha sacado del retiro i del pueblo en donde existia, i donde jamas se habia mezclado en negocios públicos; i los dos primeros si fueran capaces de tomar algun interes que no fuese el bien de la patria, lo tornarian a favor de V. E. i su familia, pues ellos han sido vejados por las personas que se han mirado como opuestas a V. E. No hai una mano diestra que nos dirija, ni la ha habido en el tiempo de nuestro gobierno, porque conduciéndonos por lo que nos han dictado la razon i el conocimiento de los sucesos i de los hombres, i no teniendo partidos, ni relaciones, jamas hemos seguido ciegamente la voluntad de otro, ni habrá uno que pueda echarnos en cara que nos hayamos prestado a sus seducciones. Procedemos llenos de buena fé i amor público, siendo nuestra constante i firme resolucion, procurar el bien de la patria miéntras gobernemos, i concluida la crísis actual dejar un mando que aborrecemos, i cuya renuncia no se nos quiso admitir en la junta de 6 de octubre a pesar de nuestros empeños, i resueltas instancias.

Vamos a decir a V. E. verdades de que está penetrado su corazon, i que deben obligarle a tomar el único partido que puede hacer para siempre amable la memoria de V. E. entre sus conciudadanos. El amor natural de los hombres a su libertad, ese amor a que no es capaz de contener ni el terrible imperio de la costumbre, ni el despotismo i opresion mas dura, obró en América los prodijios de que solo es capaz el deseo de ser libre. I la autoridad del rei, de los virreyes, i de los demas jefes sostenida por el uso envejecido, por los ejemplos, por el interes de una gran porcion del pueblo, por la opinion, por las armas, i aun para muchos por la relijion misma, fué atacada i destruida en el momento que una crísis favorable hizo parecer a los pueblos, ménos peligrosa la recuperacion de su libertad. La idea del despotismo es por sí tan horrible, i disgustante que aun a los hombres mas grandes, mas benéficos i mas adornados de virtudes se ha aborrecido, por el solo hecho de conceptuarles tiranos, i creerse que su prepotencia puede ofender aquella absoluta libertad, e igualdad de derechos que es alma de las repúblicas.

Los movimientos de 15 de noviembre i 2 de diciembre que

pusieron en manos de V. E. i sus hermanos el gobierno i toda la fuerza militar de Chile, hicieron tanta impresion en los ánimos, que V. E. vió entónces repetirse sucesos de que ni aun se tenian ideas. Una conspiracion sangrienta, la insurreccion de medio reino que se pasó sobre las armas, i el descontento público mas manifiesto, fueron los resultados de aquellos movimientos. Chile se vió entónces envuelto en una guerra civil, i que habria hecho derramar una infinidad de sangre; si la providencia no hubiese dispuesto lo que es raro en el órden de los sucesos, esto es que se retirasen dos ejércitos sin batirse, en la esperanza de que los males se remediarian, ¿i en caso, como era probable, que se hubiese llegado a hacer uso de las armas, quien deberia haber respondido a Dios i a la patria de tantas víctimas, sino los que habian conducido las cosas a este estado? Este peligro es el mismo que nos amenaza siempre que la fuerza no se halle repartida, i no debe sernos objeto indiferente la vida de los hombres, ni permitir que nuestros hermanos sean espuestos a los males que es tan fácil evitar. No es necesario que el ciudadano en que se ven las armas, i el poder sea malo, para que se le aborresca, basta solo que pueda abusar i ser árbitro de la suerte de sus conciudadanos para que se desee su ruina aunque positivamente a nadie ofenda. Una prueba de esto tiene V. E. en lo mismo que aconteció en los movimientos referidos. El 15 de noviembre el pueblo, i entre las personas que por su mayor celo i amor público eran reputados por los mas decididos patriotas, proclamaron por brigadier al comandante de granaderos, i pidieron honores, i distinciones para su familia, i estos mismos persuadidos a los pocos dias que esta revolucion solo tenia por objeto el engrandecimiento personal, i reunion de toda la fuerza militar en una sola familia, procuraron la destruccion de los que con tanto entusiasmo i sinceridad habian deseado ántes honrar i distinguir.

Parecia imposible que dueños tres hermanos de las armas i del gobierno, i castigados los primeros conspirantes, hubiesen todavia hombres que intentasen maquinar contra sus vidas, pero V. E. ha visto repetirse conjuraciones, i ha sabido que apesar del temor, se ha hablado con suma libertad contra los que han creido sus opresores.

Pero donde V. E. debe conocer que no hai reserte capaz de contener a los hombres que se creen oprimidos del despotismo, es en los sucesos ocurridos durante la presente guerra. Todos vieron dar a V. E. i sus hermanos las mas activas disposiciones para la defensa de la patria; les vieron emprender marchas precipitadas i penosísimas; les vieron organizar un ejército que no habia, esponerse a los mayores peligros, sufrir incomodidades i trabajos; en una palabra todas las penalidades que debia traer una campaña dura, i en lo mas rigoroso

de la estacion: mas tantos trabajos, i tantos servicios no pudieron borrar la idea de que eran verificados por personas que podian de algun modo ofender la libertad pública. Manlio salvó a Roma; pero Manlio fué sacrificado porque se sospechó que trataba de tiranizarla, sin que le bastase presentar su pecho cubierto de infinidad de cicatrices que demostraban otras tantas heridas recibidas en defensa de su patria. Los cuidados del gobierno, las victorias del ejército restaurador pudieron contener i calmar las inquietudes; pero apénas se levantó el sitio de Chillan, cuando ya fué imposible poner freno al impetuoso torrente del descontento público. V. E. verá en los *Monitores* mil elojios tributados a su nombre; verá en nuestros oficios las mas espresivas i lisonjeras felicitaciones, sin que esto bastase a impedir o disminuir el fermento público. Convencidos de que no seria conveniente una division, hemos procurado acallar a los hombres mas decididos con la prepotencia militar de la familia de V. E. pero nada ha sido capaz de contener este deseo universal i constante, de que no esten todas las fuerzas militares de un pais que quiere ser libre en poder de tres hermanos que por los vínculos de la sangre i por razones de conveniencia recíproca tienen unos mismos intereses i unos mismos pensamientos.

Como no todos los hombres piensan con solidez i aguardan para resolver tener todos los conocimientos i datos suficientes, ha contribuido mucho a hacer disgustante el mando de V. E., la noticia de robos, vejaciones i asesinatos cometidos por parientes i comisionados de V. E. i a quienes se sustrajo, sin órden de las autoridades, del castigo que iban a sufrir por sus anteriores delitos. Nosotros hacemos la rigorosa justicia, tan distante de haber aprobado semejantes excesos, que conservamos su oficio en que nos habla de la prision de los Carreras i Araoz, i tambien sabemos que si V. E. trajo a los primeros al ejército, fué porque creyó que en él harian un servicio a la patria; pero ellos han causado males que se han atribuido por muchos al hecho de no haberse ejecutado los decretos de los tribunales.

V. E. habrá tenido noticias por las personas de su casa, i por el comandante de artilleria, de las juntas celebradas en Santiago sobre las ocurrencias del ejército; i si se escribe a V. E. con franqueza, como es de creerse, tendrá una prueba de que no hai un solo ciudadano de opinion i carácter público, que no desee ardientemente ver las armas i el poder repartidos de un modo que se afiance la libertad de los pueblos. Decir que todos los que piensan así son facciosos, es lo mismo que decir que es faccion lo que quiere ardientemente la voluntad jeneral. Ya han llegado las cosas a un estremo de que es tan decidida, tan universal i manifiesta la voluntad de que la fuerza

se ponga en otras manos que hasta las personas que siempre han demostrado un ánimo tímido i contemplativo, han prorrumpido del modo que V. E. ve en los papeles públicos, que el gobierno ha dejado correr porque hai libertad de imprenta (como debe haberla en todo pais libre) i ciertas leyes conforme a las cuales debe juzgarse a los escritores, siempre que los interesados reclamasen. Todos miran a V. E. a la frente de un ejército: creen muchos equivocando el carácter de V. E. que ese ejército (como lo ha dicho al gobierno el comandante de artilleria) vendrá a castigar a los que han manifestado sus sentimientos, i con todo no han podido dejar de espresarse asi, porque el odio al despotismo es superior al temor, al interes, i a cuantos resortes pueden mover al corazon humano.

Si todos los chilenos nos engañamos en esto, lo decidieran las otras naciones; pero lo cierto es que si V. E. pregunta cuales son nuestros pensamientos, ya sea en clase de ciudadanos particulares, o ya como mandatarios públicos, le aseguraríamos francamente que son los mismos que los de todo el pueblo: que nos horrorizamos al ver que este pais que ha trabajado tanto por su libertad, se vea reducido a la triste situacion de tener que esperarlo, o temerlo todo de tres hermanos; i que creeriamos hacer la mas infame traicion a nuestra patria si no procurásemos remediar estos males, aunque supiésemos que este empeño nos costaba la vida.

Por fortuna vivimos persuadidos de que el honor, la buena fé, i el amor a la patria dirijirán nuestros pasos i que V. E. se cubrirá de gloria; i de una gloria no pasajera i vana, sino de aquella que solo es reservada para los héroes. Nosotros exijimos de V. E. que haga una renuncia formal del mando del ejército asegurándole por nuestro honor que no lo pondrémos en manos de persona que sea sospechosa a V. E. ni que tenga relaciones, partido o familia, i la recompensa de esta accion heróica i digna por todos estilos de la eterna gratitud del pueblo chileno será tal, cual V. E. jamas ha podido, ni puede esperarla siguiendo el órden actual de las cosas. Su nombre pasará hasta las jeneraciones mas remotas, quienes jamas podrán recordar sin término este paso tan suspirado por todos los hombres de bien, i tan propio de quien procede con honor, i desinteres. Por otra parte V. E. nada debe, ni tiene que recelar aun cuando viviese en la clase de ciudadano particular. Sería inútil esponer ahora las muchas razones que convencen que V. E. se veria dueño del amor i respeto de sus conciudadanos, desde el momento en que observasen esa grandeza de alma con que, superior a la vanidad, al amor propio, al interes i a cuanto es capaz de halagar el corazon humano, se habia despojado voluntariamente del mando por amor a la patria; pero si V. E. quiere tener una seguridad que le parezca mas positiva, i no

bastase nuestra palabra de honor que damos como representantes de la nacion, i autorizados con todas las facultades de conservar indemnes la persona, familia i bienes de V. E., sino que ahora ni en tiempo alguno puedan recordarse los sucesos acaecidos para hacer cargo alguno de ellos; en la hora le remitiremos un salvo conducto que seria a V. E. de suficiente garantia, firmado por todas las majistraturas i autoridades, por todos los cuerpos públicos, por todos los jefes de cualquiera clase que sean, i en una palabra por todos los ciudadanos que de cualquier modo revistan carácter i representacion pública.

Una vida ajitada i llena de zozobras es la que ha traido V. E. desde el momento en que se ha visto elevado al gobierno, i con el poder a su disposicion. Las intrigas, las conspiraciones se han sucedido unas a otras de tal suerte que no han dejado a V. E. gozar un momento de aquella tranquilidad sin la cual es imposible puedan vivir los hombres. Los castigos no podrán contener a los enemigos de V. E. porque tampoco pueden sofocar el jérmen del disgusto, i odio que abrigan en su corazon. Los servicios, ni el mérito que labre V. E. serán suficientes para reprimir el entusiasmo de los que creen que no hai servicio que pueda hacer apreciar a un déspota entre sus conciudadanos, i si V. E. ha visto que en medio de sus mayores sacrificios, un disgusto público, i jeneralmente sostenido clama por su separacion ¿qué hai ya que esperar en lo sucesivo? Solo vendrán a conocer que V. E. es benemérito cuando separado del mando vean en don José Miguel de Carrera a un ciudadano que ha servido a su patria i no a un hombre a quien tengan que temer. La convulsion presente hará que los de un carácter emprendedor i atrevido o que con mas empeño han descubierto sus sentimientos, sean en adelante otros tantos que procuren la separacion de V. E. i que al cabo lo conseguirán así porque es difícil resistir a la voluntad universal i constante de un pueblo, como porque mas cautos con la esperiencia de las conspiraciones pasadas tomaron tales medidas que logren su empresa, a pesar de toda la vijilancia i poder de V. E. En el entretanto V. E. no vivirá sino en el medio de las amarguras i sobresaltos, i se verá reducido a la triste situacion de recelar de todos sus conciudadanos i mirarlos como enemigos.

Por el contrario una renuncia que llena a V. E. de gloria desde el momento mismo que la verifique, va a ponerle en el estado mas feliz que pueden desear los hombres sobre la tierra. Dias de serenidad i gozo sucederán á los sobresaltos, i dichoso en el seno de la tranquilidad será V. E. el objeto del amor i respeto de los chilenos. La providencia se empeña en proporcionar a V. E. el camino que seguramente debe conducirle

a la felicidad; i es temeridad resistir al bien i conveniencia que se presentan espontáneamente.

Reflexione V. E. sin precipitacion sobre estas verdades, i cuando las vea producidas por hombres que jamas han tenido odios ni resentimientos con V. E., que no han entrado ni son capaces de entrar en conspiraciones, que se hallan distantes del lugar en donde mas se ha manifestado el disgusto de V. E., i que solo hablan cuando puestos a la frente del gobierno estan persuadidos que por su ministerio, i por el bien de la patria deben espresarse así, conocerá que no hai otro motivo a que atribuir nuestras determinaciones que el bien jeneral, i la conveniencia particular de V. E.

Todos los bienes que de la renuncia de V. E. deben resultar a la patria i a V. E. mismo, se aventurarian si V. E. los dilatase un momento solo, así porque el temor i consiguiente disgusto nunca pueden ser mayores que cuando vean a V. E. continuar a la frente de un ejército, i pasar con tropas a la capital, como principalmente porque se ha apagado el entusiasmo, creyendo todos que cuantos sacrificios hacen por apagar la guerra han de servir para el engrandecimiento personal de V. E. i su familia, i solo puede revivir el patriotismo, cuando los ciudadanos se desengañen de que las miras de V. E. son mas jenerosas i que otra persona va a dirijir la fuerza militar. No podemos recordar sin el mas íntimo dolor, que ha llegado el desaliento público a tal estremo que los que ofrecieron donativo para los gastos de la guerra se resisten a entregarlos hasta que no mejoren (como ellos dicen) las circunstancias.

Considerando las personas, fatigas, desvelos i trabajos que V. E. ha sufrido en toda la campaña, i que no se nos ocultan, i considerando que solo el temor i ofensa indirecta que reciben los pueblos de ver concentrados el mando i el poder en una sola persona, es la causa impulsiva de su separacion, el gobierno quiere premiar este heróico i sublime acto de amor a la patria de un modo brillante i distinguido.

Si V. E. quiere ausentarse de Chile, será V. E. nuestro diputado en Buenos-Aires, o en los Estados-Unidos de Norte-América; i en ambos casos se le asignará un buen sueldo, cuyo pago correrá de cuenta del estado de Buenos-Aires, i a ambos destinos irá V. E. con todas las distinciones que hagan honrosa su comision, asegurando por último a V. E. el congreso jeneral que se halla próximo a reunir, i para el cual ya se ha convocado, se ratificará i aprobará por un acto solemne todo lo que proponemos.

He aquí cuanto el gobierno en nombre de la patria exije i espera de V. E. Estamos seguros que nuestras insinuaciones tendrán el efecto que deseamos, i que V. E. mirará ya llegado el caso de manifestar la pureza i honradez de sus intencio-

nes. No queremos persuadirnos ni aun pensar se verifique otro estremo, que abrazar V. E. ciegamente las disposiciones de su gobierno, i tratamos de apartar de nuestra vista las funestas consecuencias que traeria el caso de que a V. E. se llamase rebelde i pereciese V. E. i tal vez la patria.

Atendida la urjencia que hai de saber pronto la resolucion de V. E. para que no se dilaten las operaciones del ejército esperamos su contestacion en el término de ocho dias contados desde esta fecha.—Dios guarde a V. E. muchos años. Talca, 9 de noviembre de 1813.—*José Miguel Infante.*—*Agustin Eyzaguirre.*—*José Ignacio Cienfuegos.*

Exmo. jeneral en jefe del ejército restaurador don José Miguel de Carrera.

Número 8, páj. 287.

Acompaño a V. E. la declaracion de don José Cienfuegos que acaba de llegar de Concepcion: por momentos espero noticias mas circunstanciadas acerca del particular. Me temo que al cabo se verifique lo que tanto anuncié a V. E. cuando se trató de la ida del señor Cienfuegos a Concepcion, i lo que debia haberse conseguido con moderacion i sagacidad, se haya violentado tal vez por falta de direccion. Si yo me hubiese apersonado ántes de la ida de este señor, creo no hubiese sucedido lo que se esperimenta, i lo mas que debe seguir. Oportunamente daré parte a V. E. de los sucesos que llegasen a mi noticia de las provincias del sur.—Dios guarde a V. E. Quirihue, 29 de enero a las 9 de la noche.—*B. O'Higgins.* Exmo. Gobierno Supremo.

Ha llegado a este cuartel jeneral de Quirihue hoi 29 de enero a las cinco de la tarde, el teniente conorel don José Cienfuegos, prófugo de la ciudad de Concepcion, por disposicion del señor vocal plenipotenciario señor don Ignacio Cienfuegos i comunica las noticias siguientes:—Que habiendo llegado el señor don Ignacio el miércoles 26 del corriente a Penco, a las diez del dia, despues de pasado la mitad de este llegaron a felicitarle como cien personas de las principales del pueblo de Concepcion con demostraciones mui sinceras de un verdadero regocijo i muchos vivas al gobierno, con quienes a las cinco de la tarde salió dicho señor Cienfuegos para la ciudad i a la mediania del camino fué recibido por el brigadier don José Miguel Carrera a quien acompañaban sus hermanos don Juan José i don Luis con otros oficiales, en cuyo acto i el de la marcha continuaron los vivas i se repitieron a la entrada por to-

dos los habitantes con tal entusiasmo que causaron celos en don Juan José, quien manifestándose resentido se produjo con espresiones de incomodidad diciendo siempre habrán palos. El mismo le condujo hasta su casa i dejandolo en ella a poco rato volvieron los tres i le acompañaron por dos horas. Al dia siguiente don José Miguel ofició al señor vocal para que pusiese en tesoreria los caudales que habia conducido i habiéndole contestado que en su casa se haria la distribucion a los habilitados o que los haria pasar a las cajas con órden de que no se entregase de ellos cantidad alguna sin su consentimiento le reprodujo otro exijiéndole por las credenciales de su comision a que asintió el señor Cienfuegos i para hacerlas públicas mandó se citasen todas las corporaciones para las seis de la tarde, lo que impidió el señor don José Miguel, ignora con que pretesto pidiendo se suspendiese la convocacion. En la tarde fué aquel señor advertido de que se trataba sacarle los referidos caudales por la fuerza i sabido por su tropa de escolta se pusieron oficiosamente todos sobre las armas ofreciendo el defenderlos i principalmente evitarle cualquier insulto. A las nueve i media de la noche se tocó la jenerala por el término de una hora: don Juan José se apoderó de la guardia del Palacio, la reforzó con cien hombres i un cañon, los oficiales Campino, Urízar, Urrutia, Mendiburu, Rencoret i Bezanilla se presentaron inmediatamente con otros varios al señor vocal, i se le ofrecieron en su ausilio. Este mandó con su ayudante a saber de don José Miguel la novedad que motivaba aquella alarma i respondiéndole que no la habia que se echase a dormir sin cuidado i que si ocurriese despues la participaria, mandó se cerrase la puerta, i que si venian a saltearle no se tirase un tiro i dejásen que se llevasen el dinero. Luego se supo que acordonában la casa con tropa armada que a los oficiales que se ofrecieron, a excepcion de Bezanilla que aun permanecia en ella, habian prendido ya, i mandado á la artilleria, i que allí permanecian hasta las nueve del dia siguiente en que verificó su salida el referido don José.—Es copia.—*José Cienfuegos.*

Número 9, páj. 306.

Exmo. señor:

El diá 8 salió para esa el brigadier don Juan José Carrera i a renglon seguido se desertaron mas de 100 granaderos. Estos han de pasar por la boca de Itata i Maule, i es indispensable se sirva tomar V. E. las providencias mas activas para su aprehension a fin de no perder el armamento que tanta falta nos hace. Estoi informado se hallan en Santiago cerca

de 400 que en pequeñas partidas han fugado anteriormente. Esta reunion de pérfidos en el centro del reino escudados con alguna proteccion pueden causar ruidosos movimientos, gravosos e incomodantes al estado.

Ya estoi acopiando los fusiles inútiles que llegaron a cuatro cientos para remitirlos a disposicion de V. E. Lo mismo haré con los salitres i algunos cañones del tren.

Espero que V. E. se sirva dar órdenes para que bajen a esta dos armeros pues los que tenemos aqui son cuasi inútiles, i por lo mismo es mui pequeño el número de los fusiles que dan corrientes en la semana.

Ya exmo. señor, llegamos al último estremo, rodeados de enemigos, sin víveres, sin dinero, caballos ni vestuario, todo falta i nada llega. Asi señor no hai sino hacer los últimos esfuerzos ántes que perezcamos miserablemente.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel Jeneral de Concepcion, 10 de febrero de 1814 a las 11 de la noche.

Exmo. señor.

Bernardo O'Higgins.

Exmo. Supremo gobierno del estado Chileno.

Número 10, páj. 466.

Habiéndose formado por don Salvador Domingo Gali, capitan de Talavera, el proceso que precede contra el brigadier de los reales ejércitos don Gavino Gainza, en el exámen de su conducta militar i política en el mando del ejército real de Chile, i por el tratado que celebró con los jenerales insurjentes de aquel reino el 13 de mayo de 1814 en Lircai, próximo a Talca, en consecuencia de la órden inserta por cabeza el 9 de octubre de dicho año, del señor don Mariano Ossorio, comandante jeneral interino de dicho reino en virtud de la de 8 de agosto anterior del Exmo. señor virrei del Perú Marquez de la Concordia i capitan jeneral de ambos reinos; i héchose por dicho fiscal relacion de todo lo actuado al consejo de guerra de oficiales del señor don Joaquin Molina, jefe de escuadra de la real armada, que lo preside en sus diez secciones anteriores desde el 27 último hasta hoi, siendo jueces de este consejo los señores mariscales de campo conde del Valle de Oselle, los brigadieres don Joaquin Alos, don Pedro Molina, don Mateo Cosio, don Simon Ravago, el marquez de Valdelirios, el capitan de navio don Pascual Vivero i el coronel de ejército don Francisco Araoz Saavedra, i asesor el auditor de guerra de esta capitania jeneral, marquez de Castel Bravo de

Rivero, comparecido en el mismo tribunal el referido brigadier acusado segun consta de las dilijencias, i oidos sus descargos con la defensa de su procurador, i todo bien examinado: ha resuelto dicho consejo de guerra, en atencion al arresto que ha sufrido, se le ponga en libertad reprobándoles los tratados que hizo con los jenerales insurjentes; i que al auditor de dicho ejército, actual oidor de la real audiencia de Chile, doctor don José Antonio Rodriguez Aldea, se le forme la correspondiente causa, por el Exmo. señor virrei sacándose del proceso en los términos que se indican en la votacion de la causa.—Lima, 14 de junio de 1816.—*Joaquin Molina.—El conde del Valle Oselle.—Joaquin de Alos.—Pedro A. Molina.—Mateo Cosio.—Simon Ravago.—Marquez Valdelirios.—José Pascual Vivero.—Francisco Saavedra.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

